

# Luděk Pachman ajedrez y comunismo



**OBRAS DE AJEDREZ DE  
LUDEK PACHMAN**

**TACTICA MODERNA EN AJEDREZ, 2 tomos**

**ESTRATEGIA MODERNA EN AJEDREZ**

**APERTURAS ABIERTAS**

**APERTURAS SEMIABIERTAS**

**GAMBITO DE DAMA**

**APERTURAS CERRADAS**

**PARTIDAS DECISIVAS**

**EL MATCH DEL SIGLO: FISCHER-SPASSKY**

Todos estos títulos han sido publicados en la  
COLECCIÓN ESCAQUES, de Ediciones Martínez Roca, S. A.

**Ludek Pachman**

# **Ajedrez y comunismo**



**EDICIONES MARTÍNEZ ROCA, S. A.**

**<http://matika-chessismylife.blogspot.com/>**

**1.ª edición: septiembre 1974**

**Título original: *Jetzt kann ich sprechen***

**Traducción de Mariano Orta**

**© 1973 by Walter Rau Verlag, Düsseldorf**

**© 1974, Ediciones Martínez Roca, S.A.**

**Avda. José Antonio 774, 7.º — Barcelona (13)**

**I.S.B.N. 84-270-0259-9**

**Depósito Legal B. 39.320 - 1974**

**Impreso por Gráficas Ampurias — Vilamarí, 102, Barcelona (15)**



# Indice

|  |   |
|--|---|
| En vez de prólogo... una carta . . . . . | 9 |
|--|---|

## PRIMERA PARTE

|    |   |     |
|----|---|-----|
| 1  | Cómo empezó . . . . .   | 17  |
| 2  | Cómo se hace un jugador de ajedrez . . . . .                  | 22  |
| 3  | El primer gran torneo . . . . .                               | 28  |
| 4  | Cómo se hace uno marxista . . . . .                           | 35  |
| 5  | El abuelo tuvo razón . . . . .                                | 41  |
| 6  | El camino con el ejército victorioso . . . . .                | 43  |
| 7  | Gran potencia URO . . . . .                                   | 53  |
| 8  | El victorioso febrero . . . . .                               | 62  |
| 9  | Educador de la clase obrera . . . . .                         | 67  |
| 10 | Con el tablero de ajedrez alrededor del mundo . . . . .       | 76  |
| 11 | Encuentro con la joven revolución . . . . .                   | 95  |
| 12 | Encuentro con Bobby Fischer . . . . .                         | 102 |
| 13 | Un periodista quiere organizar unos juegos olímpicos. . . . . | 106 |

## SEGUNDA PARTE

|   |     |
|---|-----|
| Advertencia preliminar . . . . .                        | 115 |
| 14 La primera divergencia seria . . . . .               | 117 |
| 15 Primavera de Praga en Puerto Rico . . . . .          | 128 |
| 16 Los siete días de agosto . . . . .                   | 138 |
| 17 Un otoño movido . . . . .                            | 154 |
| 18 La segunda primavera . . . . .                       | 171 |
| 19 Ruzyn y Pankrac . . . . .                            | 212 |
| 20 «¡Siempre has de pertenecer a un partido!» . . . . . | 243 |
| 21 No escribas para las «Flores» rojas . . . . .        | 249 |
| 22 Se desata el octavo poder . . . . .                  | 267 |
| 23 Una amistad de veinte años . . . . .                 | 273 |
| 24 ¡Al fin unidos! . . . . .                            | 276 |
| 25 Milan y Jana . . . . .                               | 296 |
| 26 ¡Usted viene con nosotros! . . . . .                 | 308 |
| 27 De nuevo 4 × 2 metros y hospital . . . . .           | 320 |
| 28 Sentencia en nombre de la República . . . . .        | 334 |
| 29 Debo ser sincero . . . . .                           | 351 |
| 30 Nuestro viaje hasta la frontera . . . . .            | 386 |
| Cronología . . . . .                                    | 405 |

# En vez de prólogo... una carta

A Angela Davis,  
Comunista,  
USA

*Querida Angela:*

*Seguramente resulta inusitado escribir una carta en lugar de un prólogo; y bordea la impertinencia dirigir esta carta a alguien de quien se sabe que no la desea en absoluto.*

*Sin embargo, es lo que voy a hacer.*

*Usted Angela, estuvo en la cárcel. Según usted, porque había luchado a favor de la libertad y del socialismo. Por la misma época, también yo estuve en prisión; a mi parecer, por igual motivo: porque había luchado en pro de la libertad y del socialismo. Actualmente algunos de mis amigos están en la cárcel; en mi opinión porque han luchado por la libertad y el socialismo.*

*La pena que se impuso a uno de mis amigos, por agitación electoral representaba las tres cuartas partes de la condena aplicada a mi compañero de cárcel, Emil, quien se encontraba*

*allí por una tentativa de doble asesinato. He leído algunas cosas sobre algunas de sus apariciones en el escenario internacional y, hace algún tiempo, sobre sus triunfales viajes por la Europa oriental, de los que pudo usted volver, tranquila y despreocupadamente, a su patria. Y, cuando leía eso, no tenía más remedio que pensar en mis amigos, en Honza y Rudolf, en Jarda y en los demás. También sobre usted giraban mis pensamientos.*

*Usted es comunista. Los comunistas no hacen ningún secreto de su propósito de aniquilar el régimen del capitalismo. ¿Por qué piensa usted de una manera sobre el aniquilamiento del régimen en Washington y de otra manera distinta sobre el derrocamiento del régimen en Praga? Por lo demás, puedo asegurarle que ni yo ni mis amigos nos proveímos, con vistas a ese derrocamiento del régimen, de dos pistolas ametralladoras, como se proveyó usted. Para suerte nuestra, puedo decir; porque, si las hubiéramos tenido, los castigos que nos habrían impuesto le cortarían a usted el resuello.*

*Nosotros, Angela, nos habíamos limitado a hablar y a escribir. Fuimos condenados. Usted fue absuelta. Le envidio la libertad. No me gusta que las personas sean condenadas por haber luchado en pro de la libertad; lo único que me duele es que las gentes, en las distintas partes del mundo, tengan ideas tan distintas de la libertad, y que, por eso, incluso tengan que ladrar, furiosas, tras los barrotes de sus cárceles.*

*Ustedes dicen que la libertad es un concepto clasista; lo que les importa es la liberación del proletariado. Querida Angela, todo eso lo había oído yo antes de que usted naciera. Yo mismo lo he proclamado en varias lenguas del mundo y del minimundo. Hoy no me atrevería a emplear tan a la ligera la palabra proletariado. Para liberar al proletariado, habría que preguntarse antes si lo desea y cómo lo desea. Pero esta es una pregunta que en muchos países no se formula en absoluto. ¿Quien habla, realmente, en nombre del proletariado? ¿En qué han quedado las consignas de Karl Marx sobre la justicia y la igualdad sociales?*

*El ministro debe tener los mismos ingresos que el trabajador profesional; cierto que, al fin y al cabo, hoy día un ministro no es algo así como un dios. Entre nosotros hay personajes mucho más importantes. Pero, de cualquier forma, el secretario del Comité Central percibe ingresos equivalentes a los de diez obreros especializados poco más o menos; por lo demás, vive ya hoy dentro del comunismo. Cubre sus necesidades de consumo*

en tiendas especiales, donde hay artículos que la mujer de un proletario sólo puede —si es que puede— conseguir después de estar pacientemente muchas horas en una cola, una vez terminado su trabajo. En lugar de justicia social, han surgido una subordinación y un sometimiento sociales mucho más marcados. Profesores de universidades, científicos, periodistas cualificados tienen que realizar oscuros trabajos manuales. Algunos carecen de sustento. Entre nosotros, decenas de miles de personas han perdido sus empleos. ¿Por qué? Quizá porque tenían otros puntos de vista sobre conceptos tales como la libertad, la servidumbre o la ocupación.

Sé que, en su patria, la población negra no tiene siempre una vida fácil. Pero, al revés de lo que ocurre entre nosotros, entre ustedes está permitido hablar y escribir sobre eso. En contraste con usted, me preocupan los problemas de personas de otros países.

Usted es comunista. Usted lucha por sus ideales. Pero, ¿por qué los correligionarios de su movimiento propugnan derechos civiles como la libertad de palabra y de prensa, la libertad de reunión y otras análogas, y niegan estos mismos derechos civiles cuando llegan al poder? Mi juez de instrucción rechazaba mis objeciones en este sentido con las palabras de que cada país tiene sus propias leyes.

Entre nosotros, hubo un tiempo en que los comunistas eran castigados con veinticuatro o cuarenta y ocho horas de cárcel por haber llevado a cabo la llamada «agitación». Hoy han condenado a mi amigo Vladimir, por la misma conducta, con cincuenta meses de cárcel. ¿Es que, entonces, el llamado humanitarismo socialista es realidad, o sólo retórica?

A mi amigo Vladimir lo encarcelaron la primera vez porque había ofendido a Antonin Novotny; la segunda vez, porque ha ofendido a los que derrocaron a Novotny. La primera ofensa fue sancionada con año y medio de cárcel; la segunda, con cincuenta meses.

Mi amigo Jiri sufrió dos años de prisión porque, de forma mucho más suave, había escrito sobre el camarada Gomulka lo mismo —poco más o menos— que dos años más tarde dijo sobre dicho camarada, el camarada Gierek.

Me encarcelaron por primera vez en mi vida porque me desagradaba rotundamente la ocupación alemana; la segunda vez, porque juzgué necesario expresar mi parecer sobre un acto que se podía llamar ocupación, y la tercera vez, porque me

*manifesté a favor de mi amigo Vladimir. En la prisión se arruinó mi salud, pero no tengo por qué quejarme de eso, puesto que se debió principalmente a mis cuatro huelgas de hambre. ¿Qué le importa hoy a nadie que se declare uno en huelga de hambre? Hay otras formas...*

*¿Las hay, en realidad? Si yo, en Praga, hubiese tratado de formular alguna declaración para la prensa, como usted lo hacía invariablemente, ¡buena me la habrían formado! Si mis amigos, que estaban fuera, en «libertad», se hubiesen atrevido a organizar una manifestación a favor mío, como hicieron sus amigos, Angela, habrían tenido que seguirme detrás de las rejas.*

*¿No opina usted, querida Angela, que la libertad es algo indivisible en todo el mundo y que no está bien propugnarla para unos y, al mismo tiempo, negársela a otros?*

*No le guardo a usted rencor por lo que haya dicho o encargado decir a Jiri Pelikan cuando éste intervino a favor de nuestros detenidos. Por lo demás, Pelikan fue comunista mucho más tiempo que usted; tiene más experiencia que usted. Uno de mis amigos dice que el comunismo habría que experimentarlo en la propia piel, pues de otro modo no se le puede comprender. Eso es aplicable no sólo a individuos, sino también a naciones enteras.*

*Cuando en el año 1972 me sacaron por tercera vez de la cárcel, me dije: «Ahora, ¡basta ya! En lo sucesivo me limitaré a seguir escribiendo mis libros de ajedrez». Y me encontraba con fuerzas para hacerlo; pero en Checoslovaquia no me era posible hallar la tranquilidad necesaria. Por otra parte, habría sido completamente desleal labrarme un clima de descanso escribiendo libros de ajedrez mientras muchas familias de mis amigos estaban separadas por la fuerza y no podían hallar descanso alguno: la pequeña Lucinka Skutina, por ejemplo, no disfrutaba de paz ninguna, porque hace mucho tiempo que tiene que vivir sin su padre. Y si usted conociera a la pequeña Lucinka, también lo comprendería así.*

*No obstante, tenía mis dudas en cuanto a lo de escribir este libro. Me parecía impertinente escribir unas Memorias. Eso queda para personalidades como Churchill... o como usted. Pero entonces me dijo un amigo, al que aprecio mucho, que hay que dar testimonio de la verdad. En uno de estos casos habría que escribir Verdad con mayúscula —opina él, como cristiano creyente—. No me atrevo a emplear la «V» mayúscula. Sé aún muy poco de mayúsculas. Pero las palabras de mi*



*amigo me obligan a decir: «En mi libro únicamente escribo sobre cosas que creo poder referir con seguridad y con exactitud».*

*Es posible que, más adelante, le añada a este libro un epílogo.*

*Con mucho gusto le habría dedicado a usted mi libro, Angela. Pero usted, desde luego, habría tomado eso como una provocación. Usted está llena de ímpetu revolucionario. Usted quiere avanzar, destruir el mundo viejo y proclamar: «¡Proletarios de todos los países, uníos!» En agosto de 1968 inventé otra divisa: «¡Hombres decentes de todos los países, uníos!» Eso se me censuró duramente. Iba contra el espíritu de clases. Pero no creo ya en las consignas clasistas proclamadas dogmáticamente. Creo, a pesar de todo, y sigo creyendo en la decencia humana, en la razón humana. Quizás alguna vez le pase a usted también lo mismo. Le deseo, de todo corazón, que le ocurra antes de que la Madre Revolución amenace devorarla como a uno de sus hijos predilectos.*

*En espera de que usted mostrará una reacción desfavorable a esta carta y que la misma reacción desfavorable mostrarán los órganos centrales de la república socialista checoslovaca, en especial los círculos allegados al ministerio del Interior, quiero, finalmente, dirigir unas palabras a esos círculos y a usted misma. Proceden, en resumen, de un llamado documento de los «Diez Puntos», por el cual tuve que pasar trece meses y medio en prisión preventiva. Le ruego que cambie en la cita, meramente el plural por el singular:*

*«Finalmente, rechazamos de antemano los usuales reproches e improperios con los que tenemos que contar. No somos oportunistas, porque se sabe que los oportunistas se colocan la capa según el viento que sopla y trabajan mano a mano con los poderosos. No decimos nada hostil al Estado, porque ningún círculo de personas, que se sientan aludidas, puede esgrimir la pretensión de considerarse el Estado, y porque no tenemos el propósito de socavar las instituciones del Estado. Propugnamos, por el contrario, que funcionen tal como prescribe la constitución. No pensamos en forma hostil al partido, porque defendemos un tipo de socialismo que es posible en los Estados de completo desarrollo. Nos esforzamos en liberar al socialismo de los rasgos repelentes que le confiere la capa exterior de dogmáticos sectarios, arribistas ávidos de poder y reprobables autores de actos de violencia. No tenemos motivo alguno para*

*adoptar un punto de vista antisoviético en tanto que se trate de circunstancias de otros Estados».*

Redactado en Praga, julio 1972  
Revisado en Solingen, junio 1973

**EL AUTOR**

# 1

## Cómo empezó

Sentado ante mi mesa escritorio, lo primero que compruebo es que no tendría nada de interesante que contase lo sucedido en mis años de juventud. En realidad, uno tendría que escribir la historia de su vida solamente a partir de sus treinta años, poco más o menos.

Pero todos tuvimos que aprender a describir en innumerables cuestionarios el curso de nuestra vida, desde el nacimiento. El mío empezaba siempre con la frase: «Procedo de una familia de empleados».

Mi comprobación autocrítica era totalmente superflua, ya que mi padre había sido al principio trabajador textil, pero después había ascendido en la empresa Noe Stross hasta el puesto de primer diseñador, pues pintaba muy bien. Asimismo, le gustaba mucho tocar diversos instrumentos musicales. Su mayor ilusión era que sus hijos llegasen a ser músicos. En consecuencia, mi hermano mayor, Vladimir, que me llevaba seis años, tocaba el violín, —con gran repugnancia por su parte— y yo, —sin tanta repugnancia— el piano. Las desagradables consecuencias del deseo paterno descargaron, media generación más tarde, en nuestros invitados: como epílogo a la comida y a la bebida,

tenían que escuchar mi interpretación de la sonata *Claro de Luna* o la *Moldavia*.

Mi hermano parecía tener decididamente inclinaciones más intelectuales que yo. Durante algún tiempo coleccionó y clasificó todas las variedades posibles de escarabajos; por otra parte, jugaba con apasionada afición al ajedrez. Pero conmigo no quería jugar. Decía que yo era demasiado testarudo para aprender el juego regio.

Eso me ofendía profundamente, y me propuse hacérselo pagar alguna vez. Mientras tanto, me limitaba a jugar partidas contra mi padre o mi tía Slavka. Esta afición empezó en la más temprana infancia —aún me acuerdo de una partida que jugué sentado en mi orinal—, y, si perdía, empezaba a llorar lastimeramente, poniéndome morado de rabia. De vez en cuando era tan desorbitada mi reacción, que me ganaba unos cuantos cachetes.

Apenas me acuerdo de mi madre. Murió cuando yo tenía cinco años. Los viejos de mi ciudad natal, Bela pod Bezdezem, me hablaban de ella como de una mujer llena de vida. Especialmente entre los miembros del teatro local de aficionados, todos la recordaban con admiración, porque —me decían— siempre había interpretado muy bien los papeles de enamorada.

Por aquel entonces me preocupaban otras cosas más que el ajedrez. Sólo en raras ocasiones utilizaba mi tablero. Correteaba por los prados con los demás chiquillos, y jugaba al fútbol junto al club de tiradores. Ciertamente que en aquellos partidos frenéticos intervenía con alguna desventaja, porque, poco después de mi nacimiento, padecí una ligera parálisis infantil. Como consecuencia, los talones de ambas piernas se quedaron algo encogidos.

En las carreras las cosas no me iban mucho mejor. Los compañeros me gritaban frecuentemente: ¡Cojo!, y eso hacía que me enredara una y otra vez en feroces peleas. Por lo común, estos enfrentamientos acababan muy mal para mí, ya que los más débiles se me escapaban, y a los fuertes no podía esquivarlos debido a que no era lo bastante ágil. Lógicamente, eso tenía como consecuencia que, en general, sólo pudiese enfrentarme con los más fuertes, lo cual me acarrea numerosos arañazos y chichones. Para compensar esta desventaja, aprendí boxeo. Con eso aumentaron considerablemente mis posibilidades en los combates.

Hasta el quinto de primaria fui a la escuela de Bela; luego

a la secundaria. Para el instituto no había dinero. A partir de 1932, mi padre sólo contaba con una pequeña pensión de inválido, y mi hermano Vladimir iba al instituto. Después del segundo en secundaria, hice el examen de ingreso en el instituto y pasé directamente al curso superior. Por aquel entonces, mi hermano estaba ya en Praga, en la universidad, y ganaba algún dinero dando clases particulares. Eso es lo que empecé a hacer yo también, pero, poco después, encontré una fuente de ingresos más cómoda. Para mis camaradas financieramente fuertes, escribía poesías amorosas destinadas a la Academia de Danza.

A causa de mi predilección por la ingeniería aeronáutica, salí del cuarto curso e ingresé en la Escuela Técnica de Ingenieros Aeronáuticos; uno de mis errores, porque yo no sabía ni dibujar ni diseñar. Los dibujos me los hacía mi padre en casa y luego yo los introducía a escondidas en la escuela. Los diseños los recibía de condiscípulos más meticulosos que tenían la paciencia de hacer dos o tres copias. En el peor de los casos, se los compraba. Por lo demás, lo pasaba muy bien en la Escuela. No aprendía casi nada y todo el tiempo se me pasaba en bromas o en deportes. Mi profesor se dio cuenta en cierta ocasión de que yo no tenía tabla de logaritmos: me faltaba el dinero necesario para comprarla. Me exigió que a la semana siguiente me hubiese procurado una.

A los pocos días, me llamó y me preguntó por la tabla.

—No tengo. No me hace falta. Me sé los logaritmos de memoria.

Creyó, por lo visto, que mi intención era simplemente escabullirme de la cuestión y me hizo salir a la pizarra. Cometió un error: porque me sabía de memoria los logaritmos en base cinco de los primeros números naturales desde el 1 hasta el 1.000, y los demás los deducía por resta o multiplicación. Los muchachos rugían de contento cuando dejé al profesor con un palmo de narices.

En comportamiento me daban casi siempre un dos, la mayoría de las veces por ridículas chiquilladas. En cierta ocasión, por ejemplo, debido a una batalla en la clase: tiza y esponja volaban por el aire, todo estaba blanco y mojado. Me hallaba precisamente junto a la puerta y quería arrojar mi proyectil contra un empollón, cuando, por detrás, alguien me tiró de la manga:

—Va a te...te...ner que arre...arre...pentirse us...usted de... de esto.

Aquel catedrático se volvía tartamudo siempre que se excitaba.

—Desde luego, señor profesor. Si le hubiese lanzado antes la tiza, ahora ya la habría recuperado.

Y así quedó la cosa.

En otra ocasión le reproché al profesor Kozak lo mal que se había comportado al obligar a uno de mis condiscípulos —con amenaza de ponerle una mala nota en el libro escolar— a que le dijera quién había volcado una cosa muy concreta. Eso me valió una reprimenda del director de la Escuela. Con su aire paternal, nuestro «sheriff» Svtil hacía de eso una auténtica «tragedia». Todavía hoy recuerdo cómo empezó entonces a hablarnos:

—¡Jovencitos! Si hoy me presento ante vosotros, es porque se trata de un caso especialmente serio e importante. Ha ocurrido algo que sacude los fundamentos mismos de nuestra moral escolar. ¡Pachman, póngase usted en pie!

En casa procuré que la comunicación por escrito de la reprimenda desapareciese lisa y llanamente con sólo ponerme al acecho del cartero. Uno de mis condiscípulos imitó de forma perfecta la firma de mi padre. Así quedó salvada la cosa.

En el boletín escolar, la nota del comportamiento estaba en la parte superior. Por eso, al mostrar el boletín a mi padre o a mi abuelo, me las ingeniaba para que pudiesen ver todas las calificaciones menos aquella, que tapaba con el pulgar. El truco me estaba dando buen resultado. Pero en cierta ocasión se descubrió el engaño cuando mi abuelo me arrancó rápidamente el boletín. Se llevó las manos a la cabeza y le gritó a mi padre:

—¡Fíjate, Slava, en nuestra familia está creciendo un criminal!

¡Pobre abuelo! No podía sospechar ni remotamente que, años después, la vida me llevaría varias veces tras las rejas de la cárcel.

Las matemáticas y la física eran mis asignaturas favoritas. Leí diversos libros de divulgación científica y estudié por mi cuenta el *Manual de matemáticas*, de Radl, para escuelas técnicas superiores. Con ayuda de unos versitos, aprendí de memoria el número de Ludolf (número pi) hasta el quincuagésimo decimal, y solía hacer enfadar a mi profesor cuando cubría toda la pizarra con mis cálculos al no contentarme con el usual 3'14159.



También me gustaba la gramática checa, especialmente cuando teníamos que analizar poesías. Esto era en la época en que proporcionaba las consabidas poesías amorosas a los alumnos de la Escuela de Danza, a los cuales hacía pagar de diez a cincuenta coronas, según la situación financiera de cada cliente.

A los catorce años me entusiasmé por el escultismo. Eso entrañaba sus dificultades. Solamente el sombrero de ala ancha costaba entonces veinticinco coronas, una suma del todo inaccesible para mí. El problema se resolvió al hacerme con uno de segunda mano. Ciertamente me costó baratísimo, pero tenía un defecto: sus medidas eran enormes. Debido a eso, los muchachos me llamaban «gran hongo». También mi camisa estaba bastante desteñida, pero no era un obstáculo para mi pasión por el escultismo.

Cuando presté juramento, me pareció estar protagonizando algo muy solemne: «Prometo amar y servir en todo momento a mi patria, la República checoslovaca.»

## 2

# Cómo se hace un jugador de ajedrez

En un torneo internacional, un periodista me preguntó cómo me había hecho jugador de ajedrez. Le contesté que había sido mi tía quien me había enseñado a jugar. Pero se trataba de otra variante del ajedrez, porque mi tía colocaba, por ejemplo, el caballo en lugar del alfil y viceversa. El gran maestro estonio Paul Keres, que estaba presente en aquella entrevista, comentó con su ácido humor:

—Naturalmente habrá que tener en cuenta eso al leer los libros de ajedrez que usted escribe.

Tía Slavka estaba considerada, en toda la parentela, como el terror de la familia. Por lo pronto, fumaba. Hasta entonces ese caso no se había producido nunca en nuestra familia: el de una mujer que echase humo. En segundo lugar, se decía de ella que era bolchevique y que tenía la revolución rusa sobre la conciencia. Había vivido algunos años en Odessa; pero no con los bolcheviques, sino con los grupos izquierdistas esenios: cuando los bolcheviques enseñaron los dientes a sus antiguos aliados, la expulsaron desde Odessa a la Pardubice bohemia, donde la desinsectaron y la reenviaron a casa del abuelo, en Mlada Boleslav. Todo eso me lo contó tía Slavka mucho más tarde, poco antes de su muerte.

Cuando yo tenía aproximadamente cinco o seis años, me enseñó efectivamente el ajedrez, pero, como ya he contado, tuve que sufrir mucho por culpa del juego. Otro adversario era mi padre, quien, cuando jugaba, solía decir:

—Cuando la situación es mala, hay que sacrificar una pieza.

Mi hermano jugaba conmigo sólo en muy raras ocasiones, y cuando se sentaba ante el tablero, frente a mí, no tenía más remedio que enfadarme. Él empezaba siempre a atacar de improviso, con dos o tres peones, y yo no sabía qué hacer contra eso. Por lo general me daba mate. Yo protestaba, no consentía que moviese los peones de torre, pero él no quería respetar esas reglas innovadoras.

En el instituto, en Nachod, tuve dos adversarios. Uno era mi profesor de matemáticas, Kesner. Por la tarde, después de la clase, solía jugar con nosotros. Pero en junio, cuando los exámenes ya se habían terminado, jugábamos también durante la clase. Me seguía costando mucho trabajo encajar las derrotas. El mejor jugador de nuestra clase era el hijo del profesor de religión. Un verdadero zorro. La mayoría de las veces me ganaba. Yo hacía siempre el gambito nórdico, sacrificaba dos peones, pero casi nunca me servía de nada.

Sólo al ingresar en la Escuela Técnica me aficioné seriamente al ajedrez. Empecé a estudiar libros que me prestaban, jugué centenares de partidas publicadas en revistas y me afilié a un club. Durante una temporada jugué en el club ajedrecístico «Charousek» de Mlada Boleslav y, a principios de 1940, me pasé al club rural Duras Cista. Lo curioso es que, de los novecientos habitantes que tenía, aproximadamente, la aldea, ciento diez eran miembros del club. Al principio jugué en el segundo tablero, detrás de Grolmus, el campeón del club; pero finalmente gané el campeonato del club y desafié a Kerek Grolmus a un match que también pude ganar sin dificultades. Por lo demás, nuestra Escuela Técnica de Boleslav se había transformado en un auténtico nido ajedrecístico. El profesor Soukup era el maestro de Mlada Boleslav; siempre me sacaba de apuros cuando un profesor «enemigo» ayudaba a mi adversario. Mi contrincante en la clase era Jurka Dudacek. Tuve que enseñarle el ajedrez para poder jugar con él. A comienzos del nuevo curso nos sentábamos juntos en el último banco hasta que nuestro profesor, Lanc, se dio cuenta de la situación y me envió al primer banco. Pero con eso no acabó nuestro juego prohibido. Dudacek se quedaba con el tablero y yo jugaba contra él a ciegas.

—Caballo b8 a c6 —susurraba él desde detrás, y yo respondía:

—Alfil de f1 a g4.

Nuestros juegos ajedrecísticos verbales excitaban de modo especial a nuestro profesor, el ingeniero Heler. Me decía una y otra vez:

—Déjese de esa tontería del ajedrez, Pachman; eso no da de comer a nadie. Es mejor que aprenda un buen oficio.

En la primavera de 1941 se convocó un torneo de copa en el norte de Bohemia, por aquel entonces un sistema completamente insólito. Unos ciento veinte participantes debían luchar por la victoria. Quien perdiera una vez o hiciese dos veces tablas quedaba excluido de la competición. Traté de convencer a Jirka para que participase. Pero no le apetecía intervenir, porque, irremediablemente, habría de enfrentarse conmigo y perdería. Entonces hicimos un trato: jugaríamos nuestra partida de forma que terminase en tablas. Eso no me parecía nada peligroso, porque me imaginaba que él quedaría excluido en la primera ronda.

Por capricho de la casualidad, tuvimos que enfrentarnos en la primera ronda. Yo tenía que cumplir mi promesa, y medité muy prudentemente durante toda la partida para que él no desmereciese ante los demás. Como era de esperar, Jirka quedó eliminado en la segunda ronda, y yo tenía que ganar ahora todas las partidas, porque unas nuevas tablas habrían significado mi exclusión. Pero todo fue sobre ruedas. Una partida en Boleslav, la segunda en Jicin, la tercera en Sobotka, todas ganadas y, como resultado, el primer puesto, y con ello el primer éxito que se podía tomar en serio.

Esto me movió a intensificar mis estudios de ajedrez. Mientras mis condiscípulos se reunían con muchachas o en la taberna de Bulharka, yo me quedaba en casa, estudiaba, hacía mis comentarios, analizaba partidas mías o de otros. Ya no me contentaba con mi actividad en un club de ajedrez. Seguía siendo miembro del «Duras», pero asistía también como invitado al Charousek. En el otoño de 1941 gané allí un torneo relativamente fuerte y, en el año 1942, logré, en Mlada Boleslav, aunque de un modo no totalmente regular, el título de maestro. En el grupo que iba en cabeza no me había destacado de forma especial cuando, la última partida se interrumpió: yo tenía un peón menos y, como máximo, podía aspirar a tablas. Sólo contaba con un punto de ventaja. Triste y resignado, me dispuse

a aceptar un final prematuro de la partida. Pero entonces ocurrió el milagro: mi adversario empezó a jugar a un ritmo muy rápido, en una posición totalmente simple cometió varios errores y, por fin, abandonó. Eso aumentó de un modo enorme la confianza en mí mismo. En el final, desbordado por la alegría, le permití a mi adversario unas únicas tablas. Sólo posteriormente me enteré de que mi victoria no tenía nada de gran «milagro»; se trataba únicamente de que la directiva del club quería contar conmigo en el final. Mi contrincante se sacrificó porque aquello no le importaba nada, mientras que a mí me remordía la conciencia, pues desde mis tablas con Dudacek, aquella era ya la segunda incorrección en los comienzos mismos de mi carrera ajedrecística. Posteriormente hube de comprobar que los amañes en el ajedrez no son mucho más raros que, por ejemplo, en el boxeo profesional.

En el otoño de 1942 gané, después de dura lucha, el grado de maestro de Bohemia del Norte, y el periódico «Pojizerske Listy» publicó un comentario laudatorio sobre mi forma de jugar. Por aquel entonces componía yo ya problemas y estudios que enviaba a la revista «Sach» y a otros periódicos.

En Navidad de 1942 se jugó en Praga un torneo en el que el gran Alekhine combatió por el liderato con el alemán de diecinueve años Klaus Junge. Para poder asistir como espectador, exploté mi primer premio obtenido en el torneo de maestría de Bohemia del Sur. Junge tenía un aspecto muy simpático. ¿Que si le pedí un autógrafo o le pregunté por la variante Nimzo-india? No, no se me ocurrió eso; él era alemán. En cambio Alekhine era eslavo y, por tanto, uno de los nuestros. Naturalmente, yo no sabía por aquel entonces que había escrito un artículo sobre los engaños de los judíos en el ajedrez. No me atrevía a hablarle, pero me deslizaba constantemente en torno de él.

La última ronda entre Alekhine y Junge fue el momento decisivo. Junge tenía un punto más y era preciso que el campeón mundial ganase. Jugó una de sus grandes partidas: sacrificó primeramente un peón, luego la calidad y, de pronto, le anunció al adversario mate en siete jugadas. Aquello me excitó extraordinariamente y, a voz en grito, empecé a explicarles a los espectadores que se hallaban en la sala las jugadas que habrían llevado al mate. Acudió el director del torneo y quiso expulsarme. Sólo a ruegos de parte del público me permitió seguir presenciando el encuentro.

Por la noche, en mi barato hotel de los suburbios, me era imposible dormir. Diversas combinaciones me andaban por la cabeza, y el pensamiento de si algún día podría enfrentarme con Alekhine o con Junge era el que más me excitaba.

En abril de 1943 se jugó en Praga otro torneo en el que se decía iban a tomar parte también los que entonces eran los mejores jugadores del mundo: A. Alekhine y P. Keres. Desde 1927, Alekhine detentaba firmemente el título de campeón, y quien de modo oficial aspiraba entonces a sustituirlo era Keres. A mi club se le comunicó que, al mismo tiempo que ese torneo, se organizaría otro en el que participarían algunos maestros; se quería ofrecer así también una oportunidad a jugadores jóvenes y prometedores. Se me convocó al torneo y, con ayuda de algunos aficionados, obtuve permiso en la Escuela. La cosa no era nada fácil, pues dos meses más tarde estaban los exámenes de fin de curso. Después de algunas vacilaciones, el director accedió a darme el permiso, pero recomendándome que me llevase los libros de estudio para aprovechar lo mejor posible aquellas tres semanas, además de jugar al ajedrez.

En Praga, lo primero que hice fue presentarme en la oficina de prensa checoslovaca para ver al maestro K. Opocensky, que era un relevante jugador al que conocí en una partida de simultáneas en Bohemia del Norte. Por él me enteré de la desoladora noticia de que el torneo secundario se había suspendido, debido a que algunos fuertes participantes no podían obtener permiso en sus respectivos empleos.

Me sentí decepcionado. No sólo porque por primera vez en mi vida iba a enfrentarme con auténticos maestros, aunque sólo se trataba de maestros de segunda fila, sino también porque había concebido grandes esperanzas de poder seguir día tras día las partidas de Alekhine, Keres, Foltys, Opocensky y otros.

Opocensky dio unos golpecitos a su cigarro de Virginia, se quedó pensando un rato y me dijo luego:

—¿Sabes una cosa? Quizá pueda arreglarse esto. Precisamente hoy Zita se ha disculpado por no poder intervenir en el torneo. Tal vez te admitan a ti. Voy a llamar ahora mismo a Kende.

Me explicó que el señor Kende era el director del torneo, el mismo que en diciembre había querido expulsarme de la sala. Me parecía imposible que aquel hombre tan severo quisiese ayudarme. Pero Opo —así llamaban al maestro— agarró el



auricular, le explicó al señor Kende de qué se trataba y dijo de mí lo siguiente:

—Sí, mire usted, el tal Pachman no conseguirá muchos puntos, probablemente quedará el último, pero es joven y eso puede hacer el torneo más atractivo.

El señor Kende quiso primero conocerme personalmente.

En el despacho del Hotel Palace hizo que le narrara mi trayectoria ajedrecista hasta entonces y lo que pensaba sobre el ajedrez. Luego decidió:

—Voy a arriesgarme con usted; espero que no me deje en ridículo.

# 3

## El primer gran torneo

El torneo me absorbió por completo. Sólo entonces comprendí que había entrado en otro mundo, un mundo totalmente aislado.

En la primera ronda jugué contra el maestro Prucha. Éste no era de los mejores; yo nunca había oído hablar de él. ¿Se me presentaba alguna posibilidad desde el comienzo mismo? Ataqué sin contemplaciones. Con cuatro peones en el ala de rey, avancé de un modo análogo a como en otro tiempo lo hacía contra mi hermano Vladimir. Prucha hizo con mucha timidez algunas jugadas eficaces, sacrificó luego la calidad en el ala contraria y mi posición quedó hecha trizas. Me sentía muy desgraciado y comprendí que allí no se podía jugar como en Mlada Moleslav. ¿Llegaría alguna vez a aprender a jugar al ajedrez?

La sensación de la primera ronda fue el éxito obtenido por el maestro moravo Jiri Fichtl, quien sólo era dos o tres años mayor que yo. Fichtl jugaba con las negras, Alekhine con las blancas. Al final, Fichtl aceptó las tablas que le ofrecían en una posición en la que estaba casi mejor que su gran adversario.

En la segunda ronda, y llevando además las negras —lo que significa una desventaja—, tuve que jugar contra Fichtl. Las

blancas abren la partida, con lo cual pasan antes al ataque.

Al segundo día fue mi adversario quien, empleando casi la misma táctica que yo había utilizado el día anterior, quiso derrotarme rápida e implacablemente. Con la misma apertura, la defensa siciliana, avanzó con los peones, aunque solamente con tres, reteniendo el cuarto prudentemente retrasado.

Yo estaba en grandes apuros, pero decidí defenderme duramente. En una fulgurante maniobra con mi caballo desde un ala hasta el ángulo de la banda opuesta, conseguí finalmente la ruptura en el ala de dama; como detalle notable hice un sacrificio de calidad, con lo cual dominé totalmente el campo y, además gané.

Los espectadores estaban sorprendidos. Anteriormente Fichtl había hecho tablas con Alekhine. ¿Cómo era posible que perdiese ahora contra aquel desconocido? Se me acercó un espectador y me dijo:

—¡Una proeza muy buena! No debe usted desanimarse. Quizá llegue a ser mejor que los demás.

Se presentó: un maestro de la vieja generación, Amos Pokorny.

Gané las tres partidas siguientes, la sexta acabó en tablas y en la séptima jugué con las negras contra el entonces maestro del «protectorado de Bohemia y Moravia»; Opocensky. Jugó una apertura casi desconocida, quedó mejor, pero se le escapó un lance táctico y perdió una pieza menor. Abandonó poco después y me dijo, medio en serio medio en broma, que, a pesar de lo que había conseguido, yo seguía estando verde y que únicamente le había privado de una mejor clasificación.

—Pero si ahora no ganas contra Foltys, no vuelvas a aparecer ante mis ojos —añadió.

Foltys era el gran rival de Opo. Ya antes de la guerra había logrado varios triunfos, y en el torneo de Podebray quedó el tercero entre varios grandes maestros, detrás de Alekhine y de Flohr. Parecía totalmente imposible derrotarlo.

Dos o tres días más tarde me enfrenté con él. Me concentré y jugué con suma atención. Conseguí la mejor partida que había jugado hasta entonces. Posteriormente, incluso se la llegó a mencionar en manuales de ajedrez.

Después de aquella partida, Alekhine me invitó a visitarle en su habitación. A petición suya le enseñé mis partidas, hizo algunos comentarios sobre las mismas, las elogió y luego me mostró las suyas, explicándome algunas combinaciones ocultas.

La señora Alekhine permanecía a nuestro lado, flanqueada por sus dos gatos, sus fieles acompañantes en todos los grandes torneos. Tuve el honor de sostener uno de los gatos entre los brazos y pronto resulté arañado. Aun así, para mí fue una tarde fantástica y uno de los momentos culminantes de la vida que había llevado hasta entonces.

En lo sucesivo, Alekhine me invitó diariamente, y en cada visita analizábamos algunas partidas. Pronto me di cuenta de que se enfadaba enormemente cuando se le discutían sus opiniones. Así pues, me limitaba a estar allí y a escucharle atentamente.

Una vez me invitó a tomar café en el Luxor; allí era posible tomar café auténtico, naturalmente a precios astronómicos. Él dejaba que yo pagase la cuenta, ya que por cuestión de principios, nunca pagaba ninguna cuenta. La mayoría de las veces llevaba consigo un acompañante que se cuidaba de pagar por él; si no, salía simplemente del establecimiento. Los camareeros ya le conocían y se limitaban a enviar la cuenta al director del torneo. Eso me lo había contado una vez el señor Kende, no sin lanzar los correspondientes improperios. Ya empezado el torneo, Alekhine había exigido el pago de sus honorarios especiales, que en principio se le habían fijado en 40.000 coronas. Exigió otras cinco mil con la amenaza de no comparecer y marcharse inmediatamente.

Cuando Alekhine volvió a invitarme al café, me amenazaba la bancarrota. Yo había consumido ya mi cartilla de racionamiento y, por tanto, tenía que surtirme en el mercado negro. Por fortuna, surgió entonces un mecenas. El comerciante y terrateniente Stork me trajo un salchichón de más de medio metro de longitud; como premio de mis triunfos, según él decía. Él disfrutaba de una cocina espléndida y me invitaba invariablemente a la comida del mediodía. Esta era tan copiosa que podía abstenerme de la cena y, de ese modo, pagar el café de Alekhine.

Conocí también a otros grandes del ajedrez. Un día, alguien llamó a mi puerta a las seis de la mañana. Abrí y apareció ante mí el maestro alemán Fritz Saemisch.

—¡Vaya inmediatamente a correos y envíe un telegrama a casa! —ordenó.

Todavía adormilado, no podía imaginar el porqué de tal telegrama.

—Telegráfíe usted: «Enviadme inmediatamente cigarrillos.»

—Pero, maestro; si yo no fumo.

Evidentemente mi objeción carecía de lógica. Me replicó diciéndome que quien fumaba era él y que necesitaba cigarrillos.

Todo el mundo sabía que Saemisch era un fumador empedernido. Durante la partida tenía constantemente el cigarrillo en la mano: encendía uno tras otro. Cuando meditaba sobre una situación complicada, la ceniza del cigarrillo le caía en los pantalones, en el tablero, en cualquier parte. Completamente ensimismado, le soplaban al adversario el humo en la cara y seguía pensando. Siempre estaba apurado de tiempo: dos horas y media para hacer cuarenta y cinco jugadas (así se jugaba entonces, hoy el ritmo se ha hecho más lento, sólo cuarenta jugadas) no le bastaban nunca. En Praga perdió una partida por agotar el tiempo en la vigésima jugada, otra en la décimotercera jugada, lo cual, indudablemente, constituye un record mundial.

En cierta ocasión le vi pensar, durante una hora larga. Y en su postura acostumbrada, inmediatamente después del comienzo de la partida: en su cuarta jugada. Después le pregunté por qué había pensado tanto.

—Mire, me acordé de una partida de Bogoljubov. En la jugada vigésima tercera sacrificó una pieza menor. Se me ocurrió que ese sacrificio no era del todo correcto y estuve pensando todas las posibilidades.

Expresé mi extrañeza por lo que tendría que ver un sacrificio en la vigésima tercera jugada con la meditación sobre la jugada cuarta. Me dijo que siempre meditaba sobre las cosas que se le ocurrían en el momento.

Poco después de aquella irrupción nocturna, Saemisch vino a sentarse a mi mesa en el café Luxor: no resultaba muy agradable en aquellos tiempos sentarme a la mesa con un alemán.

—¿No es un estúpido ese Hitler? Cree que va a poder ganar la guerra contra los rusos.

Lo dijo en voz bastante alta; se le podía oír por lo menos desde las dos mesas próximas, y en aquel tiempo Praga estaba llena de gente de la Gestapo y de soplones.

Le rogué que hablase más bajo.

—¿Y no cree usted que es un estúpido? —me preguntó con toda franqueza.

Saemisch resistió hasta el verano de 1944, entonces habló en un banquete de clausura, en Madrid. A su regreso, le detuvieron inmediatamente en la frontera y permaneció encar-

celado durante algunos meses en un campo de concentración.

En abril de 1946 volví a encontrármelo en Suiza. Le pregunté cómo lo había pasado en el campo de concentración.

—Increíble —contestó—; no tenía nada para fumar. —Y añadió—: lo peor es que de momento, no tengo ni un franco.

Saemisch no llevaba nunca dinero encima; esto era para él una cuestión de principios. Corrían varias leyendas sobre eso. Una vez, con los ingresos de sus torneos compró una máquina de escribir y declaró que iba a trabajar en serio. Todos se asombraron, pero ya al día siguiente había cambiado de opinión y vendido la máquina por la mitad de lo que le costó; prefería no trabajar.

En aquel torneo de Pascua conocí a varias personas; una de las más curiosas fue el maestro praguense Dietze, oriundo de Alemania. Le gané una partida interesante. Luego estuvimos conversando de todo lo divino y humano. Él hablaba checo sin el menor acento y así cobré valor y le pregunté si había escuchado las noticias de Radio Londres. Según ellas, las fuerzas alemanas habían vuelto a sufrir graves pérdidas.

—No, no las he oído. Pero, realmente, eso es muy interesante. Por lo visto, la guerra va a acabar pronto —dijo con energía.

En aquel momento recibí un fuerte golpe en la espalda. Foltys me llevó aparte muy excitado y susurró:

—¡Hombre!, ¿está usted dejado de la mano de Dios? Dietze es miembro de la SS y trabaja para la Gestapo de Praga.

Lo vi todo negro. Durante la tarde entera estuve esperando la ominosa llamada a mi puerta. No llegó. Al día siguiente, Dietze me salió al encuentro con toda cordialidad y charlamos sobre problemas de ajedrez.

En mayo de 1945 me enteré de algo que me hizo pensar: Dietze había salvado del arresto a varias personas y, según me dijeron, estaba prisionero de los rusos y en peligro de ser fusilado. Nos pusimos de acuerdo varios jugadores checos y escribimos una instancia, que Bedrich Thelen (yo había jugado por primera vez contra él en abril de 1943 y me enteré de que era comunista de la preguerra y ex presidente de la federación de educación física proletaria) llevó a toda prisa al comandante del campamento, con quien habló del caso. El resultado fue que a Dietze lo pusieron en libertad e incluso quedó excluido del destierro y pudo quedarse a vivir en Checoslovaquia. Me visitó varias veces, y le ayudé a buscar trabajo. Por aquel entonces yo estaba ya empleado en el consejo central de los sin-



dicatos. Le extendí un certificado con un sello oficial, grande como un puño, pero no encontré a nadie que se mostrase dispuesto a darle un trabajo fijo. Un alemán —decía la gente— no interesa; habría que molerle a palos. Dietze no pudo resistir más y buscó fortuna en la República Federal Alemana. Nunca llegué a saber con claridad qué fue de él. Al cabo de los años me enteré de que había muerto de una forma extraña. Se dijo entonces que había caído víctima del crimen de un tribunal secreto, pero hasta la fecha sigo ignorando los hechos. Su destino me dio mucho que pensar. Entre los checos no había podido vivir dignamente porque era alemán, y los alemanes le despreciaban porque se había portado bien con los checos. ¡Qué injusticia! Esta sinrazón y estas enemistades las identificaba yo entonces con las consecuencias del fascismo bárbaro.

Ya durante el torneo, los periódicos checos me calificaron de sensación y de nuevo descubrimiento.

Pero el final del torneo fue para mí mucho menos glorioso. Naturalmente, Alekhine y Keres me dieron buenos revolcones. En cierto modo, aquellas partidas fueron muy apreciadas por los expertos, pero a mí, entonces novato, sólo me parecían dignas de atención las partidas que ganaba. Perdí también contra el tercer vencedor, Katetov, e incluso una partida contra el poco peligroso Urbanec. Pero con quien tuve peor suerte fue con el austriaco Lokvenc. Jugué contra él una variante perfectamente aprendida, hubo un momento en que no vi bien el tablero e hice, en lugar de la correcta jugada séptima, la octava. Eso me costó una pieza menor. Pronto tuve que abandonar. La compensación fue que pudimos aprovechar el tiempo libre para dar un paseo por el Petrin. El tiempo era espléndido y Lokvenc me resultó tan simpático, que lo invité a probar el salchichón que me habían regalado. A decir verdad, me quedaba aún tanto salchichón, que había el peligro de que se echase a perder el exquisito embutido.

Acabé el torneo en el décimo lugar entre un total de veintidós participantes, lo cual en cierto modo, podía considerarse como un éxito sensacional: Alekhine me alabó en el «Frankfurter Zeitung». Después de la clausura, recibí una invitación para asistir a un torneo en el Reich, pero rehusé inmediatamente. La clausura del torneo transcurrió con toda solemnidad. El presidente del gobierno del protectorado Krejci, hizo entrega de los premios, y en los solemnes discursos intervino el presidente

de la Federación Alemana de Ajedrez, el maestro Erhart Post de Berlín. Estuvo muy imparcial en su discurso, alabó a los checos y a sus jugadores y a la dorada Praga; ni una sola palabra sobre una nueva Europa o sobre la «victoria final». Luego se distribuyeron los premios. Al principio nos limitábamos a dar las gracias con una inclinación de cabeza y el señor Post nos estrechaba la mano a cada uno. Pero luego aparecieron dos maestros checos, se cuadraron rígidamente y saludaron con el brazo en alto. A uno hay que perdonarlo, ya ha muerto; el otro está hoy políticamente en alza: en el debate sostenido en 1971 sobre mi papel en la Federación Checa de Ajedrez, a la propuesta de que a Pachman se le debía permitir por lo menos la posibilidad de tomar parte en las competiciones patrias, replicó:

—¿Es esa una opinión digna de un comunista?

Sea dicho esto sólo de pasada. *Tempora mutantur et nos mutamur in illis.*

Después del torneo de Pascua se organizó otro más reducido. Entre los maestros conocidos jugaban allí Saemisch y Thelen. Envié en seguida a mi «sheriff» de Boleslav un telegrama, resuelto firmemente a pasar por alto su posible negativa. En aquel torneo triunfé holgadamente. En once partidas sólo concedí tablas a un adversario, cuando prácticamente ya tenía yo la victoria en el bolsillo. De ese modo empezó mi carrera ajedrecística. En el otoño del mismo año quedé ya tercero en el torneo de Zlin y, un año más tarde, conseguí el título oficial de maestro de ajedrez.

# 4

## Cómo se hace uno marxista

A mis nueve años se despertó en mí una especie de conciencia política, porque aquel primero de mayo vi una manifestación callejera con carteles y maravillosas banderas rojas. La gente gritaba y profería vítores o imprecaciones, cosa que también a mí me gustaba mucho hacer. Por tanto, me incorporé a la multitud e hice lo mismo que ella. El puño cerrado. Yo gritaba: «¡Abajo los burgueses!» «¡Abrid las fábricas y meted en la cárcel al Dobes!» Yo conocía también a aquel Dobes. Era el director de la fábrica Noe Stross y, por lo visto, un pillo de siete suelas. Sobre eso tenía mis propias experiencias. En las últimas vacaciones había tenido que relacionarme con el hijo y el sobrino de Stross y con el hijo de aquel tal Dobes. Ya el primer día hubo un choque violento entre Dobes y yo.

Me agradaba mucho que quisieran meter en la cárcel al padre de aquel majadero; por eso coreaba con especial entusiasmo aquella consigna.

Nuestra vecina lo contó todo en casa, recibí una buena paliza y, consiguientemente, una lección de marxismo. Porque mi padre era miembro del movimiento de Unión Nacional: incluso insultaba a Benes y alababa los cambios realizados en la vecina Alemania.

Tres años más tarde surgieron en casa profundas diferencias entre nosotros a causa de la guerra civil española. Mi hermano Vladimir era muy de izquierdas y se adhirió poco después a la Unión en Praga de la KòStuFra (Fracción de Estudiantes Comunistas); defendía a los republicanos y criticaba a Franco. Las ásperas discusiones me producían un secreto regocijo y disfrutaba echando pasto a las llamas utilizando malignos comentarios, unas veces de Stribny, otras de Gottwald.

Mi padre no hacía ni caso, pero mi hermano me castigaba con bofetadas. Eso hacía que el peligro de la izquierda me pareciese mucho mayor. Por tanto, lógicamente, simpatizaba con el generalísimo. Para justificarme tenía además otro motivo. En nuestra clase empezaron a organizarse duras batallas entre dos partidos. Unos se llamaban republicanos; otros franquistas. Y los franquistas estaban en ínfima minoría, lo que me impulsaba a aliarme con ellos, con los más débiles. En los descansos, defendíamos la tarima del aula tan orgullosamente como habían hecho con el Alcázar.

Sólo en la primavera de 1938 me pasé al bando de mi hermano. Contribuyeron a ello la movilización de mayo y las manifestaciones celebradas en Boleslav. Mi hermano proclamó, en la plaza del mercado de Bela, que los comunistas querían defender la república. El guardia del lugar corrió inmediatamente contra él, gritándole:

—Señor Pachman, dispérsese inmediatamente.

Pero la gente defendió a nuestro Vladimir. Me sentía muy orgulloso de ser hermano de un orador intrépido.

El 15 de marzo no fui a la Escuela. Me quedé en la ciudad nueva, en el barrio de Masaryk, y vi pasar a los soldados alemanes. Me puse de mejor humor cuando ocurrió algo insólito: un bajito oficial alemán conducía un pelotón de nuestros soldados al sitio donde éstos tenían que entregar las armas. Las calles estaban cubiertas de nieve y por la noche había helado. Uno de nuestros soldados, que estaba en la primera fila, hizo como si quisiera agacharse, pero al mismo tiempo empujó fuertemente con una pierna al oficial y éste resbaló sobre el hielo y se cayó; no tuve más remedio que echarme a reír ruidosamente: tal vez nuestra causa no estaba perdida del todo cuando uno de nuestros soldados había podido tumbar tan hábilmente a aquel oficial del ejército de ocupación.

En otra ocasión yo estaba apretujado en medio de la multitud cuando se acercaron dos alemanes en una motocicleta

con sidecar y preguntaron por el camino hacia Mradec Kralove. La muchedumbre reaccionó con un sombrío silencio. Pero yo me adelanté servicialmente y señalé, en mi alemán escolar —lo que al principio fue acogido con murmullos de desagrado por la multitud—, el camino hacia Nachod. Los soldados se pusieron en marcha y la gente se desternillaba de risa. Si aquello hubiese ocurrido en 1945, seguro que los habrían llamado *Moloddec*; pero en aquel entonces eso no era aún costumbre entre nosotros.

Vladimir me explicó que no aceptaríamos tan pasivamente aquella ocupación; habría luchas. Pero me avisó, recalcándolo mucho, de que yo era un terrible atolondrado que hablaba más de la cuenta. No tenía por qué meterme en tales líos.

No tuve más remedio que sorprenderme ante el pacto entre Hitler y Stalin. Tampoco Vladimir parecía comprender aquello; pero se negaba a hablar del asunto y se mostraba bastante preocupado. También mi padre estaba hecho un mar de confusiones. Afirmaba que habría guerra. El hecho de que los dos se pusieran de acuerdo no hacía presagiar nada bueno. Mi padre siempre había dicho que los comunistas no servían para nada.

Cuando estalló la guerra, yo empezaba el curso en la Escuela Técnica de Aeronáutica. Mi tía de Boleslav insultaba sin tapujos a Stalin, pero no por haberla expulsado en otros tiempos, a pesar de ser partidaria de la revolución, sino por haber pactado con Hitler. Mi abuelo, del Sokol y nacionalista checo, aseguraba que Benes nos liberaría del mismo modo que Masaryk nos había liberado veinte años antes.

En mi cabeza había un torbellino de confusiones ante todos aquellos acontecimientos. Los comunistas y los nacionalsocialistas antes se insultaban, ¿y ahora se hacían aliados? Sobre Benes había corrido un chiste el año anterior: «Érase una vez un hombre que tenía un plan: un "aeroplan" (aeroplano) siempre dispuesto para emprender la fuga.» ¡Y ese era ahora el que nos iba a liberar de nuevo!

En lo único en que estábamos todos de acuerdo era en insultar a los nazis. Yo me prestaba a eso con mucho gusto. La primera oportunidad de una acción de envergadura se presentó en la clase de alemán, en la Escuela. Teníamos que escribir la letra del himno nacional alemán para, a la semana siguiente, poderlo cantar a coro. Nuestro profesor iba a dirigir los ensayos.

En el descanso nos juramentamos para no cantar el himno, pasase lo que pasase. Yo ya tenía un plan secreto.

En clase, el profesor de alemán preguntó si había algún voluntario. El mismo no parecía estar precisamente muy entusiasmado; por lo visto también tenía sus preocupaciones. Me levanté:

—Señor profesor, me gustaría cantar, pero el canto no es mi fuerte. Me sé la letra, pero la melodía me cuesta trabajo.

Respondió, aliviado:

—Eso no importa nada. Lo que tenemos es clase de alemán. Lo que interesa es la letra.

Subí a la tarima y canté a todo pulmón la letra del famoso himno que se nos exigía y la música de una canción callejera checa, cuyo estribillo decía: «La estufa está hecha trizas, hecha trizas.»

Ya no recuerdo cómo me las ingenié para que la melodía encajase exactamente con la letra, pero la clase rugía de placer y nuestro profesor de alemán estaba pálido, hundido en su sillón. Pero no se atrevió a echarme una reprimenda.

Poco después del 20 de noviembre recibimos una carta con la noticia de que habían detenido a nuestro Vladimir y se lo habían llevado a un paradero desconocido. Por los periódicos sabíamos ya que habían cerrado las universidades.

La patrona de Vladimir nos contó los detalles. Nos habló de la manifestación del 17 de noviembre, del fusilamiento y del entierro del estudiante Jan Opletal, y de la ejecución de los nueve funcionarios estudiantes. La Gestapo y la gendarmería habían penetrado en los Hogares Estudiantiles y en los edificios universitarios, llevándose a todos los que encontraron dentro. Por eso mi hermano pudo escabullirse al principio, debido a que vivía en una casa particular. Pero no quiso esconderse, ya que pertenecía a la Junta de la Facultad.

Al día siguiente fue a la universidad, pero no le dejaron entrar. Empezó a discutir con los soldados que estaban de guardia y, por último, le dejaron que entrase, pero ya no pudo salir; no regresó hasta tres años más tarde.

Sólo muchísimo después me enteré por sus amigos de cómo lo había pasado en el campo de concentración de Sachsenhausen. Por su parte, hablaba muy poco de eso. Parece que le querían mucho sus compañeros de cautiverio. Había ejercido diversas actividades y, con otros varios había formado parte del llamado «comando de la muerte». Estos hombres eran los encargados de retirar los cadáveres y de comunicar las defunciones. Según me contaron, allí casi todo el mundo moría de tuberculosis, y

generalmente por la noche. El comando de Vladimir sólo comunicaba los fallecimientos después del reparto de las raciones, ya que de ese modo quedaban a favor de los supervivientes.

Por aquel entonces yo no tenía ni la menor idea de lo que era un campo de concentración. Me sentía muy orgulloso de la estancia de mi hermano en uno de aquellos campos, hablaba en todas partes de eso y lanzaba pestes contra los ocupantes.

En agosto de 1940, en Bela, fui al cine con Franta Kreibich, uno de los que en otro tiempo habían sido cazadores de ardillas. Se proyectaba una película policíaca alemana titulada: *El sexto no vuelve*, pero antes tenían que proyectar el noticiario de guerra. En lugar de heroicos combates apareció en la pantalla el aviso: «A causa de dificultades técnicas, se suprime el noticiario.» Empecé a aplaudir ruidosamente y a gritar: ¡Bravo! Franta me imitó en seguida y todos los espectadores nos corearon rápida y entusiásticamente. Aquello, moralmente nos sentaba muy bien; estábamos de un humor excelente. Muy satisfechos, contemplamos cómo el sexto no podía venir debido a que lo habían asesinado.

A la mañana siguiente, a eso de las diez, se presentó en nuestra casa el gendarme Safranek. Había unos señores que querían hablarme; debía acompañarle. Por el camino me habló de muchas cosas, pero no de lo que me aguardaba. Delante de dos señores desconocidos, y en el cuartelillo de la gendarmería, me dirigió un sermón sobre nuestra pertenencia al Reich, sobre la obediencia y cosas por el estilo. Los dos señores le interrumpieron, bastante impacientes, e hicieron venir a Franta desde la habitación contigua. Luego nos metieron en un Mercedes y nos llevaron a Mlada Boleslav. Nos detuvimos delante de una villa. Allí nos condujeron ante un señor que, por lo visto, era de una categoría superior. Tuvimos que ponernos firmes. Me interrogó a mí el primero: nombre, fecha de nacimiento, quién era mi padre, etc. Y luego:

—Usted tiene un hermano, ¿verdad?

Respondí que sí.

—¿Dónde está él ahora?

—En el campo de concentración de Sachsenhausen.

—Bueno, pronto le verá usted de nuevo.

Su tono era amenazador. Puse cara de tonto y pregunté:

—¿De verdad? ¿Van a dejarle en libertad?

Saltó como un tigre furioso y me abofeteó. Inmediatamente comprendí que no se le podían gastar bromas. Pero ya era

demasiado tarde. Me agarró por la camisa, me empujó hacia la pared y me golpeó la cabeza contra ella una y otra vez. No dolía mucho, pero me sentía como atontado.

Luego me soltó y se volvió hacia Franta. Le preguntó si también él había aplaudido en el cine.

Franta contestó con la mayor desenvoltura. Se notaba que lo tenía todo preparado: Cuando entramos en el cine, se entretuvo al darse cuenta de que tenía desatado el cordón del zapato derecho. En la oscuridad, había estado dando vueltas buscando sitio y por eso se había perdido el principio. Luego había oído que alguien aplaudía. Entonces también él se había puesto a aplaudir y a gritar «bravo», aunque en realidad no sabía en absoluto de qué se trataba.

Me pareció una explicación muy torpe; por eso no me disgustó lo más mínimo que también él recibiera unos cuantos sopapos. Ciertamente que las bofetadas no tenían ya una violencia especial y más bien podía clasificárselas de rutina burocrática.

Después nos llevaron a la cárcel de Boleslav. Cada uno en una celda.



# 5

## El abuelo tuvo razón

En la celda me acordé de aquellas palabras de mi abuelo de que teníamos un criminal en la familia. ¡A tanto habíamos llegado!

Mi celda era bastante espaciosa, de unos tres metros por cinco. A un lado una mesa y un taburete, al otro una cama de campaña con una manta cuidadosamente doblada; en un rincón, un retrete. Un guardián checo me explicó brevemente el régimen de la cárcel y luego me dejó solo. Al anochecer me trajeron la cena; miserable: patatas sancochadas y verduras.

Los días en la cárcel me parecieron interminables. Por la mañana, a eso de las diez, teníamos una hora de paseo. Unas cincuenta personas, a la distancia aproximadamente de un metro una de otra, andábamos en círculo alrededor del patio de la cárcel. Estaba rigurosamente prohibido hablar, pero, si uno acortaba hábilmente la distancia con el hombre que le precedía, era posible cambiar unas cuantas palabras.

En uno de esos paseos, alguien pronunció mi nombre detrás de mí. Miré y vi a Lauermann, el que había sido alcalde de Bela, un conocido funcionario del Sokol. Me susurró que estaba

en la celda contigua a la mía, que levantase la tapa de mi retrete y que le llamara; de ese modo podríamos hablar.

Pero nuestros contactos verbales pronto fueron descubiertos y tuve que pensar en algo nuevo a fin de pasar el tiempo.

Junto al retrete había papel de envolver. Corté cuadraditos, pedí papel y lápiz para escribir a casa, y pinté en mis cuadraditos figuritas de ajedrez. Utilicé la mesa como tablero.

Como no tenía ningún adversario, traté al principio de jugar contra mí mismo. Primeramente jugaba con las blancas, luego pasaba al lado opuesto y consideraba la jugada de mi adversario. Pero aquello no servía de nada, porque siempre sabía cuál era la intención de mi contrincante. Por tanto, la partida acababa en tablas. En la novelita de Stefan Zweig *Una partida de ajedrez*, el protagonista juega contra sí mismo: una prueba de que el autor no jugó nunca en serio. Me acordé de que a mi hermano le gustaba componer problemas de ajedrez. Es lo que entonces procuré hacer yo también. Tres de los problemas que compuse en mi celda se publicaron posteriormente; por uno de ellos incluso recibí un importante premio en un concurso.

Sin dramatismo de ninguna clase, finalmente nos pusieron en libertad.

Mi primera visita fue a la Escuela, donde, con voz conmovida, le pregunté al director si podía seguir estudiando. Me contestó del modo usual en él con su profunda voz de bajo:

—Mire usted, Pachman, a principios de septiembre me llamó por teléfono un señor de la Gestapo, diciéndome que debía expulsarle a usted de la Escuela. Le expliqué que no hacía falta, ya que usted no se había matriculado. Por tanto, no podía considerársele alumno nuestro y, consiguientemente, tampoco se le podía expulsar... Así pues, venga usted a las clases. Quizás esos señores se olviden completamente de este asunto.

Ni una sola palabra de reproche. Quedé convencido de que era un hombre muy decente. Me propuse no volver a molestarle, pero no conseguí cumplir la promesa. Un año después hubo una gran oleada de detenciones entre los funcionarios del Sokol; también detuvieron al director Krause y se lo llevaron con destino ignorado. Nunca regresó.

# 6

## El camino con el ejército victorioso

Seguía yendo a la Escuela, estudiaba diligentemente ajedrez y soñaba con llegar a ser campeón del mundo.

Mis mayores preocupaciones seguían siendo de índole financiera. Mis clases particulares y mis poesías no podían cubrir mis gastos, y el ajedrez continuaba siendo un negocio ruinoso. A menudo no tenía dinero ni siquiera para pagarme el regreso a Belá. Una vez el revisor me pescó cuando viajaba de polizón; a partir de entonces no me atrevía ya a subir al tren sin billete y prefería recorrer a pie los quince kilómetros. Cuando llovía, el agua me entraba por los zapatos, siempre rotos.

En junio de 1941 hice una visita al Hogar Estudiantil de Boleslav —allí a menudo jugaba al ajedrez o tocaba el piano— y, nada más llegar, los muchachos me dijeron:

—¡Fíjate, ahora hay guerra con Rusia!

Excitado por esa noticia, me senté al piano y toqué *Hej Slovane*, la conocida canción eslava. Los muchachos corearon inmediatamente, pero en aquel momento llegó el administrador y nos expulsó.

Por fin, en enero de 1943, dejaron en libertad a mi hermano y nos reunimos en casa de tío Miroslav, en Praga. Nuestro sa-

ludo fue de lo más escueto, quizá porque me daba vergüenza la presencia de mi tía. Me limité a ofrecer la mano a Vladimir y dije: «¡Hola!» El también contestó «¡Hola!»; sólo entonces noté que estaba en los puros huesos. En tiempos de paz pesaba sus buenos ochenta kilos; ahora apenas llegaba a los cuarenta y cinco. A finales de junio aprobé los exámenes de fin de curso y me trasladé a Praga. Vivíamos Vladimir y yo, como subinquilinos en casa de la señora Sedlackova, una buena mujer. De vez en cuando nos traía un puré o una sopa de patatas, pues siempre teníamos hambre. Pero en la vivienda había chinches, cosa que tardamos algún tiempo en descubrir, a pesar de que yo siempre me notaba en el cuerpo unas ronchas muy sospechosas.

En el verano de 1943, Vladimir me dio a leer un librito titulado *Ludwig Feuerbach y la filosofía clásica alemana*. Por aquel entonces se me hizo una lectura demasiado pesada. En ocasiones tenía que preguntarle algo a Vladimir y me quedaba muy sorprendido al enterarme de que la materia está en constante movimiento. Luego cayó en mis manos la *Dialéctica de la Naturaleza*. Ese libro me interesó muchísimo: la serie infinita de los números, la energía es la forma del movimiento de la materia, ¡una doctrina fantástica y, sin embargo, muy comprensible! Me volví muy juicioso y creí comprender el mundo y la vida. Las *Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo* me convencieron de la necesidad de la lucha de clases. Después de leer dos o tres libros más por el estilo, me dediqué al estudio de la famosa consigna: «Proletarios de todos los países, uníos».

Gustosamente me habría unido al punto con cualquiera, pero no encontraba a nadie dispuesto a ello. Sospechaba, desde luego, que Vladimir mantenía algunos contactos secretos, pero impedía tajantemente que me inmiscuyese en algo, afirmando que yo hablaba demasiado y que no se me podía utilizar en tales cosas.

A comienzos del verano de 1944 vino una vez a casa, me llamó aparte y me preguntó si estaba seriamente dispuesto a guardar silencio. Tenía que callar como un tumba, porque se trataba de un asunto en el que nos jugábamos la cabeza. En lugar de Vladimir, alguien iba a vivir con nosotros durante unos cuantos días. El, por su parte, marcharía a Vinohrady, a casa de un amigo. A la señora Sedlackova le diría que se trata de la visita de un primo nuestro, cuya llegada había comunicado ya

a la policía. Según él, la señora Sedlackova lo enredaría todo en cualquier caso.

Efectivamente, llegó un joven que dijo llamarse Zdenek. Casi nunca estaba en casa, sólo de vez en cuando cambiábamos algunas palabras; más tarde hablamos sobre temas marxistas. Un día el desconocido desapareció. Sólo al final de la guerra me enteré de que nuestro joven visitante era el comisario de la sección de partisanos, Jan Svoboda. Por aquel entonces yo permanecía mucho en casa, engolfado en mis estudios de ajedrez. Entonces tenía tiempo de sobra, ya que había encontrado un empleo muy cómodo en los talleres Skoda de Smichov. Todas las mañanas, a eso de las siete, recibía una lista de pequeños encargos que debía buscar entre los proveedores de Praga. Eran encargos sin importancia: dos correas de sección en cuña, una empaquetadora de goma y pequeñeces por el estilo... Si el material estaba listo para su entrega, no tenía más que recogerlo; si no, debía enterarme de la causa del retraso, reiterar el encargo y fijar la fecha para la próxima entrega.

La práctica demostraba que nunca estaba nada terminado en el plazo previsto. Por eso me parecía altamente antieconómico, molesto e inútil corretear por Praga. Así pues, aproximadamente a las siete abandonaba la fábrica, no sin quejarme en voz alta de lo mucho que tendría que zancajear aquel día, y desde la cabina telefónica más próxima llamaba a nuestros proveedores. Después de hacerles los correspondientes reproches por el incumplimiento del plazo, me iba tranquilamente a casa. Si por casualidad había algo listo para su entrega, tenía que hacer el viaje; pero generalmente, eso no duraba más de una hora.

En febrero de 1945 se reunieron varios maestros de ajedrez y funcionarios en el domicilio de Karel Opocensky. Se habló de cómo reorganizar la Federación después de la guerra. Deliberamos sobre la forma de ponernos en contacto con los jugadores soviéticos y de llevar adelante el asunto. Entre otras ideas, se nos ocurrió la de organizar con regularidad un *match* Praga-Moscú, cosa que, efectivamente, se llevó a cabo a principios de 1946, aunque sólo se celebró una vez.

Al término de nuestra «reunión ilegal», Opocensky sacó las reservas de coñac que tenía escondidas: mi primer conocimiento con aquel veneno acabó de forma desastrosa.

Opocensky estaba muy bien provisto de otras materias: en aquellos tiempos de «vacas flacas», él jugaba partidas simul-

táneas exclusivamente a cambio de harina, huevos o carne de cerdo. Poco después celebró su cumpleaños con un copioso banquete, cuya apoteosis la constituía un ganso maravilloso: uno de mis más espléndidos recuerdos de la guerra. A propósito de ese ganso, hubo un escándalo mayúsculo que motivó la posterior enemistad entre los maestros Opocensky y Emil Richter. Ocurrió así: en enero de 1945 quise jugar nuevamente en un torneo; pero no se encontraba ningún promotor. Entonces decidí organizarlo por mi cuenta. El dinero necesario me lo proporcionaron algunas «mecenaz», y el señor Stork prometió, además de su apoyo financiero, un premio especialmente valioso para quien quedara en el primer puesto: un ganso. Seis maestros competían por el ganso en aquel torneo de dos vueltas. Opocensky estaba en excelente forma y, dos rondas antes del final del torneo, nos llevaba una ventaja de punto y medio a Richter y a mí.

En esta situación, habló con el señor Stork y le dijo que quería celebrar su cumpleaños. Como la victoria en el torneo la tenía, por así decirlo, prácticamente en el bolsillo, preguntaba si no se le podría entregar ya el ganso.

El codiciado animal nos supo a gloria.

Una semana después se jugó el final del torneo; pero, como si el diablo hubiese intervenido en el juego, Opocensky perdió las dos últimas partidas. En cambio, Richter las ganó. Cuando se llevó a cabo la distribución de premios, Opocensky se ausentó por motivos tácticos. Emil preguntó inmediatamente por el ganso, y entonces estalló la tormenta. El señor Stork procuró salvar la situación, pero no disponía de más gansos, ya que en aquella época esta clase de volatería era una rareza. Como sustitutivo, le entregó a Emil un gallo, una gallina y una liebre. De este modo participé nuevamente de un succulento asado, pero Emil y Opo quedaron enemigos desde entonces. Cuando se encontraban en los torneos, no se miraban. Si tenían que luchar entre sí, ni siquiera se daban la mano.

A principios de abril vino a Praga mi madrastra y me contó que el señor Safranek la había visitado para informarla de que la Gestapo de Boleslav estaba preguntando por mí. Aquello me intranquilizó, pues ya hacía dos años que yo no había estado ni en Boleslav ni en Bela. Posiblemente el señor Safranek sólo quería darse importancia. No obstante, acogí la noticia como pretexto plausible para realizar una acción no del todo limpia.

Utilicé el sello de la empresa para marcar quince papeles de cartas que firmé con el nombre del director alemán, Naske. Luego me extendí diversos certificados. Según uno, estaba con permiso de convalecencia; según otro, en viaje de servicio por Bohemia del Norte, etc. Cubrí así distintas fechas hasta finales de mayo, porque la guerra, según pensaba, no podía durar más tiempo.

Luego marché a Bela y pedí, al que había sido mi consejero de grupo en los *scouts*, la llave de la casa que tenía junto al río Kokorin para pasar los fines de semana: me había enterado de que por allí, en los espesos bosques, acampaban grupos de partisanos, y quería incorporarme a ellos.

En el valle Kokorin, el tiempo era frío, tormentoso y la lluvia constante; además pululaban los soldados alemanes. Los certificados que me había extendido yo mismo me prestaron entonces valiosos servicios. Lentamente, mi reserva de víveres iba disminuyendo. Por todas partes había carteles: «Está prohibido entrar en el bosque. Todo el que penetre de forma clandestina será fusilado inmediatamente, sin más aviso.» Eso no impidió internarme en el bosque, aprovechando la oscuridad. Avancé por la espesura y me puse al acecho por si aparecía algún partisano. No vino ninguno.

Finalmente me di por vencido y, hasta finales de abril, estuve errando por la comarca alrededor de Mlada Boleslav. Pasaba el tiempo en casa de mi tía, de amigos ajedrecistas de Sobotka o Bousov, o en la fonda Zikmund, de Bakov. El 4 de mayo regresé a Bela. Visité a mis amigos, discutimos y quedamos de acuerdo en que entonces tenía que ocurrir algo. El 5 de mayo, por la mañana, fue el momento presentido: por la radio oímos noticias del levantamiento en Praga. En algunos idiomas se difundieron llamadas de socorro a los aliados; también hubo luchas alrededor del edificio de la emisora y en otros lugares de Praga. ¡Había llegado el momento de hacer también aquí una revolución!

Para ello necesitábamos un jefe; y alguien pensó en el presidente de la Junta Directiva Revolucionaria de Bela. Del señor Bina, jefe del sindicato de Vcela, se decía que antes de la guerra había sido presidente de la organización local del partido comunista. Con algunos amigos, fui a visitarle en su tienda. El señor Bina no se mostró muy entusiasmado con nuestra visita. Dijo que no podía atendernos, pues acababa de recibir una partida de azúcar y tenía que pesar la mercancía y meterla en saquitos.

Me pareció vergonzoso que la revolución tuviese que fracasar por el hecho de que alguien pesase una partida de azúcar, y así se lo dije francamente al señor Bina. Pero no renunció a su propósito. Por consiguiente, decidimos llevar a cabo la revolución sin el concurso de aquel viejo y experimentado comunista, y nos trasladamos a la plaza del mercado.

Allí estaban los hombres, desperdigados en grupos; por ninguna parte se veía un soldado alemán. Pronto descubrimos que habían tomado posiciones en el parque situado delante de la escuela, y bloqueado la entrada con sacos de arena.

En una casa de la esquina con la plaza del mercado había dos habitaciones desocupadas. Nos trasladamos allí y celebramos una asamblea. La situación fue analizada concienzudamente y se puso en claro que, para llevar a cabo la revolución, disponíamos de dos pistolas de reglamento y tres escopetas. Pensamos que era demasiado poco frente a las ametralladoras de la guarnición de Bela. Por eso propuse enviar una delegación al comandante de la ciudad, para exigirle que se rindieran. Si nos entregaban voluntariamente las armas, podríamos asegurarles la retirada hasta Hlinoviske y, desde allí, al país de los sudetes. Como prevaleció la opinión de que el señor comandante no nos entregaría las armas, sino que, en el mejor de los casos, nos daría un puntapié, concebimos otro plan. Iríamos a la fábrica de papel, donde había una pequeña fuerza. Posiblemente nos dejarían hablar con ellos y entregarían las armas, con las cuales enriqueceríamos nuestro arsenal y aumentarían las probabilidades de obligar al comandante a capitular.

Primeramente obligamos al conductor del autobús de servicio público a calentar su gasógeno. Queríamos llevarnos también al gendarme, ya que los alemanes tenían respeto a cualquier uniforme. El chófer calentó su vehículo con visible mala gana y nada dispuesto a secundar nuestras maniobras revolucionarias. De pronto se oyó un agudo tintineo. En alguna parte había estallado el cristal de una ventana y alguien gritó:

—¡Cuidado, SS!

En un instante quedaron olvidadas nuestras dos pistolas y las tres escopetas. Nos precipitamos por el corral al huerto, saltamos rápidamente la valla y corrimos como liebres por la pendiente que bajaba hasta el río, lo vadeamos y en la otra orilla llegamos al bosque. Sólo allí nos atrevimos a tomar aliento.

Al cabo de una hora, poco más o menos, nos encontró allí



alguien que se denominaba a sí mismo agente de enlace y nos dio un informe de la situación. ¿Qué había ocurrido? Cuando nos reunimos en la plaza del mercado, había varias personas en las inmediaciones. Alguien debió de comentar que estábamos deliberando sobre la revolución y quizás lo escuchó un alemán quien transmitió inmediatamente la noticia a Mlada Boleslav. En cualquier caso, acudieron en seguida un carro de combate y dos camiones con tropas SS. Junto a la plaza del mercado se apearon los hombres de las SS y lanzaron un cañonazo y varias ráfagas de ametralladora contra la casa en cuestión. Ni un solo disparo dio en el blanco. Por fortuna, la gente de las SS había creído que estábamos armados. Antes de que hubieran desplegado y rodeado la casa, hacía ya mucho tiempo que habíamos puesto pies en polvorosa.

Por lo pronto, nos quedamos muy quietos en el lodazal del bosque. Sólo cuando oscureció nos atrevimos a regresar a nuestras casas para dormir. Por todas partes reinaba la tranquilidad y, a la mañana siguiente, volvimos a reunirnos. En el transcurso de pocos días, los alemanes evacuaron la ciudad de Bela: nos considerábamos los héroes de aquella «revolución» que había durado tres días.

Al cuarto día de la revolución, montamos guardia en la calle principal. Acababan de entregarme un fusil impecable —con el que, por lo demás, no sabía disparar—, cuando, muy cerca de mí, alguien gritó desde la esquina:

—¡Cuidado! ¡Alemanes!

No tenía tiempo para echar a correr. Alrededor de mí empezaron a zumbir carros de combate y los camiones pasaban casi rozándome. Por lo menos traté de esconder mi fusil, pero he aquí que de los carros y de los camiones empezaron a caer ametralladoras y pistolas: el ejército se nos entregaba. Orgullosamente, volví a colgarme el fusil al hombro y empecé a juntar aquellas armas. El ejército alemán se desarmaba voluntariamente para poder escapar con más rapidez hacia el oeste, donde se suponía que estaban los americanos.

Movilizamos nuestras reservas. En el pabellón de gimnasia se iban amontonando las armas. Me agencié una ligera pistola automática italiana y tres granadas de mano. Por la radio local proclamamos la movilización, pero los reclutas acudían en número muy escaso. Casi todos eran muchachos a los que conocía de la Escuela. Un capitán con uniforme checoslovaco asumió el mando. Su uniforme tenía trazas de haber estado cuidado-

samente empaquetado durante la guerra, dondequiera que lo hubiese escondido. Ahora Bela tenía su «ejército».

Entonces nos llegó la noticia de que en las inmediaciones de la estación de ferrocarril, hacia mi aldea ajedrecística de Cista, había ocurrido algo espantoso. Cuatro muchachos habían disparado contra una columna alemana. La columna hizo alto detrás del bosque, volvieron algunos tiradores escogidos, sorprendieron a los muchachos por la espalda y los ejecutaron tras un breve proceso.

Aquello era la guerra, y nuestro espíritu de lucha se fortaleció. Nos apoderamos de las carreteras de acceso a la ciudad, nos equipamos con armas de nuestro reciente botín y abrimos zanjas contra los carros de combate. Pero, como carecíamos de experiencia, quisimos primero ensayar cómo funcionaba aquella técnica de la guerra. Disparamos varias ráfagas de ametralladora e hicimos estallar unas cuantas granadas de mano. Inmediatamente se produjo un gran pánico en la ciudad; la gente se refugió en sus bodegas y un enlace se apresuró a buscarnos para enterarse de qué había ocurrido. Nos reconvinó con frases no muy escogidas y nos dio a entender enérgicamente que, en lo sucesivo, debíamos abstenernos de tales bromas.

Otro mensajero trajo la noticia de que tropas de las SS estaban en camino hacia Bela; teníamos que evacuar inmediatamente nuestras posiciones, retirarnos al bosque y aguardar allí nuevas órdenes. Si se comprobaba que las tropas sólo querían pasar por Bela, debíamos permitirselo pacíficamente; pero si atacaban, debíamos contestar a sus disparos. Pensé que aquello era una estupidez. He aquí que debíamos evacuar la ciudad y entregársela sin lucha al enemigo para luego tener que reconquistarla. Así es que le dijimos al mensajero que no íbamos a obedecer aquella orden, sino que defenderíamos Bela. Pocos minutos más tarde vino a vernos una delegación del ayuntamiento para pedirnos encarecidamente que nos quitásemos de en medio cuanto antes, de lo contrario pondríamos en peligro a toda la ciudad. Nos sentimos considerablemente frenados en nuestro ímpetu revolucionario, pero cedimos y nos llevamos al bosque las armas pesadas y los equipos de los carros de combate. No llegamos a ver el menor indicio de tropas de las SS, pero, a pesar de eso, tuvimos que montar guardia toda la noche.

Me había puesto un casco alemán, al que pegué una gran estrella roja que había comprado en la papelería situada junto al convento: el propietario de la tienda había puesto a la venta

con mucha rapidez aquel artículo de moda. Mi aspecto debía de ser espantoso con aquel atuendo, porque cuando al anoche-  
cer descubrimos a un muchacho con uniforme alemán, salí de la espesura y grité:

—¡Manos arriba!

El muchacho recibió un susto tal, que inmediatamente se dejó caer al suelo y empezó a gritar, histérico perdido. Me acerqué a él y le dije, en mi mejor alemán de bachillerato, que se dejase de tonterías, puesto que yo no quería hacerle nada malo. Asustadísimo, se puso en pie, murmuró unas cuantas palabras incomprensibles y desapareció rápidamente.

—¡Ahí están los rusos! —era el grito que, al día siguiente, lanzaban corros de personas desde los umbrales de las casas.

Nos dispusimos a recibirlos con un hurra gigantesco, pero lo que nos salió al encuentro nos dejó sin habla.

Por la carretera venían despacito unos cuantos carros tirados por caballos, sobre los cuales cabalgaban algunas figuras vestidas de uniforme. Los carros iban cargados hasta arriba de heno y, encima, había unas cuantos sacos. De vez en cuando, una de aquellas figuras hacía restallar el látigo, los caballos seguían avanzando dócilmente y los carros pasaban ante nosotros. ¿Este era el ejército cubierto de gloria? ¿Eran los mismos hombres que habían acorralado a los alemanes?

Unos veinte carros desfilaron ante nosotros. Luego volvió a hacerse el silencio. Nadie decía una palabra; nos sentíamos decepcionados...

De pronto, media hora más tarde, oímos un estruendo. Un gigantesco carro de combate dobló la esquina. Sólo entonces prorrumpimos en gritos de júbilo. ¡Hurra! He aquí que un segundo carro de combate, un tercero y un cuarto pasaban rugiendo, los famosos T 34...

Hacia mediodía, una columna se detuvo ante el ayuntamiento y los oficiales rusos fueron solemnemente acogidos. Comprendí que la revolución había terminado. Pregunté al conductor de un camión si podía llevarme a Praga. El ruso me dejó subir, pero previamente me quitó la lujosa «Stuck» italiana. Por fortuna, había escondido mis otras armas en la mochila.

En Praga regresé a la pensión, llena de chinches, de la señora Sedlackova. Estaba muerto de cansancio y dormí casi quince horas seguidas.

Por la mañana caí en la cuenta de que aquel día era mi cumpleaños, pero no había nadie con quien pudiese celebrarlo.

Así es que, sin plan ninguno, me puse a vagar por las calles. En la esquina llamada «Junto al Ángel», me detuve y vi el letrero: «Partido Comunista de Checoslovaquia, secretaría de distrito.»

Entré y pregunté:

—¿Quién de ustedes puede aceptarme como miembro del partido?

No tenían tiempo para atenderme. Me dieron un trozo de papel para que hiciese mi solicitud. Escribí: «Estoy a favor de la revolución mundial y del socialismo y ruego, por tanto, que se me admita en el Partido Comunista de Checoslovaquia.»

## Gran potencia URO

La guerra había terminado. Por fin estaba listo también mi folleto sobre «El torneo de los seis maestros». En consideración a la fecha histórica, lo sazoné con el ampuloso párrafo de que «tanto el pasado como los últimos restos de los carros de combate alemanes yacen en las zanjas callejeras, la odiosa y discordante música de la retirada enmudece y, de la melodía del socialismo, brota la canción de nuestro futuro feliz, que saludamos con alegres corazones».

En el terreno del ajedrez teníamos grandes planes. Sabíamos que el Estado soviético protegía el deporte ajedrecístico. Según aquel modelo, tenía que ser un juego de niños estructurar también entre nosotros una organización ajedrecista que se extendiera por todo el país. Por consiguiente, elaboramos un plan de campaña. Tres de nosotros ya aquel mismo día avanzamos los primeros pasos. Nos dirigimos a las instituciones adecuadas a dicho fin: el ministerio de Instrucción Pública, el consejo central de sindicatos y la asociación juvenil. Cada uno de nosotros debía en primer lugar aludir al ejemplo de la URSS, y afirmar que ya las otras dos instituciones habían aceptado el ajedrez en su programa cultural y esperaban que hiciera lo

mismo la institución que entonces visitábamos. En la confusión que en aquellos tiempos reinaba por doquier, era improbable que alguien quisiera comprobar la certeza de nuestras afirmaciones.

Fui el encargado de presentarme en el consejo central de sindicatos, porque mi hermano trabajaba allí en la sección de cultura. La secretaria debía anunciarme al jefe. Tuve suerte y fui recibido. Un hombre vivaracho y calvo me estrechó la mano con insólita cordialidad. El tuteo me resultó al principio muy difícil, por eso intenté evitar el tratamiento directo. Le describí enfáticamente la inmensa importancia del ajedrez y conseguí un éxito inesperado:

—¿Cuándo quieres incorporarte a nosotros, compañero?  
¿Ahora mismo o a partir del lunes?

Yo no tenía el menor deseo de trabajar allí. Quería estudiar y, secundariamente, ganarme la vida con el ajedrez; pero la visión del confortable despacho del compañero jefe me sedujo. Ocupé mi puesto inmediatamente, pues no quería arriesgarme a cambiar de idea.

En el URO me encontré con gente interesante. Mi superior, el doctor Jaromir Leng, que había estudiado literatura francesa, conocía a mi hermano Vladimir del campo de concentración. Allí le llamaban Pascal. Le gustaba dirigirme largos discursos; parecía muy inteligente, pero en la oficina se murmuraba que no tenía nada de buen organizador y que más bien lo enredaba todo. En el año 1947 se casó con Herberta Masaryk, y de los sindicatos pasó al servicio diplomático como embajador en Suiza, donde, según se afirmaba, mantuvo relaciones con la mujer de un virtuoso del piano. Cierta noche hubo una disputa entre el pianista y el diplomático, y en el transcurso de la pelea, el doctor Lang rompió un dedo al pianista: posteriormente tuvo que pagarle casi diez mil francos de indemnización. Con eso acabó la carrera diplomática de Pascal y como, por otra parte, la familia Mararyk había perdido su influencia, también finalizó su matrimonio con Herberta. Todavía se casó en dos ocasiones, y otras tantas se divorció. Más adelante volveré a ocuparme de su posterior carrera política.

En mi departamento había varios intelectuales, entre los cuales no me sentía completamente a mis anchas: el compositor Stanislav, el pintor Dolezal y dos poetas que colaboraban en una sección que se llamaba «prensa cultural». Al principio sus funciones me parecían bastante nebulosas, pero pronto des-

cubrí que por lo general, los dos poetas se pasaban, el día en el café, escribiendo versos y discutiendo, mientras la compañera Konarovska hacía el servicio por ellos, avisándoles rápidamente cuando iba a celebrarse una reunión o cuando tenían que inventarse un informe de sus actividades.

El principal cometido de nuestro departamento era la dirección de varios teatros. En esa tarea se despilfarraban millones, ya que los teatros estaban siempre vacíos. Por ejemplo, durante un año entero se representaba el drama soviético *El torrente de hierro*, y sin embargo no iba nadie. De vez en cuando repartíamos docenas de entradas en las fábricas y rogábamos encarecidamente a los obreros que asistieran a la función.

Más tarde empezamos también a organizar los permisos de descanso; se los llamaba el recreo. Los preparativos resultaban muy agradables. Un compañero recorría en coche todo el país y buscaba palacios, castillos y hoteles adecuados; si le gustaba un edificio, pegaba una papeleta en la puerta: «Confinado para uso de los sindicatos.»

En nuestras juntas hacía referencia al crecimiento de nuestros bienes y nos sentíamos orgullosos de tener otro castillo más. Solíamos citar con especial satisfacción las palabras de nuestro secretario general: «Gran potencia URO».

Mi cometido era organizar asociaciones de ajedrez en las diversas empresas, los llamados círculos. Aunque la cosa despertaba cierto interés, en el informe sobre mis actividades triplicaba usualmente las cifras de mis éxitos, a fin de asegurarle al ajedrez una posición decorosa entre las demás ramas de la cultura.

Al principio trabajaba a las órdenes de mi hermano, que dirigía la sección de «Clubs de empresas». Vladimir no era un organizador muy bueno, que digamos; prefería con mucho las discusiones ideológicas y solía decir que teníamos que aprender de la clase obrera y vivir en estrecho contacto con los trabajadores. Casi siempre, de la mañana a la noche, estaba caminando por su despacho, esperando que llegase alguna visita. Cuando por fin venía alguien, se apoderaba del huésped y, al cabo de unas dos horas, al salir de su despacho abría la puerta y decía:

—¡Mira, muchacho, ese era un trabajador!

Mi mayor interés en nuestro departamento lo constituía la secretaria del jefe. Se llamaba Eugenie Petraskova y en cierta ocasión me contó que durante la guerra había pertenecido a

una unidad combatiente, cosa que me impresionó muchísimo. Iba a verla a cada momento con los pretextos más diversos. De vez en cuando me sentía tentado a declararle mis sentimientos, pero siempre me faltaba el valor necesario. La secretaria del jefe estaba en contacto con todo el departamento, dirigía a todos y en todo y sólo dejaba pasar al sanctasanctórum del jefe a quien ella se le antojaba. Contra eso no se podía hacer nada, pensaba yo.

En enero de 1946 se habló en una reunión de trabajo sobre quienes acudirían, en representación del departamento, a una velada cultural que iba a celebrarse en la sala Lucerna, con motivo de la fiesta de Lenin. Nadie tenía ganas de ir; todo el mundo estaba, por rara coincidencia, espantosamente atareado. Por último, nuestro jefe se puso furioso y nos designó a mí, como el jefe más joven de sección, y a su secretaria para que nos beneficiáramos de la fiesta. Ciertamente yo tenía el compromiso de dirigir un discurso con motivo de la organización de un club de ajedrez de la empresa X, pero la perspectiva de la acompañante que se me ofrecía me hizo callar, esperanzado.

Al anoecer nos reunimos en el palco, dejamos que nos resbalara por encima el discurso del que era entonces papa de la cultura, Zdenek Nejedly, y aguantamos recitales, cantos y más discursos. Aquello duró tres horas largas, resultó agotador e hizo que me entrara mucha hambre. Como todavía me quedaban en la cartera algunos cupones de comida, me armé de audacia e invité a Eugenie a cenar. Por lo visto, también a ella los placeres culturales le habían excitado vivamente el estómago. Accedió sin vacilar. Comimos en el restaurante «Metro-Vagón». El camarero nos ofreció como especialidad un aguardiente de albaricoques. Naturalmente, no me atreví a preguntar por el precio; lo único que me aterraba era el pensamiento de no tener dinero suficiente. Pero lo tenía, y el aguardiente nos elevó a las nubes. Ya en el puente de las Legiones, ofrecí el brazo a Eugenie, le conté una historia romántica en la que comparé sus ojos con las estrellas y al final me atreví a besarla. Eugenie afirma que en aquella ocasión me comporté como un perfecto hombre de mundo, posiblemente bajo el influjo del aguardiente de albaricoque.

En abril, nuestro equipo de ajedrez hizo un viaje a Suiza para participar en un pequeño torneo. El viaje estaba organizado por los sindicatos. Metí de matute a Eugenie como secretaria de nuestro equipo, pero sin pedirle permiso al compañero jefe,



quien se asombró mucho de que le hubiera raptado a su secretaria.

A nuestro regreso, reinaba en Praga una actividad febril: se preparaban las primeras elecciones de la postguerra. Por las noches recorríamos las calles, arrancábamos los carteles del partido nacionalsocialista y pegábamos nuestros carteles comunistas en postes y fachadas. No permanecían mucho tiempo pegados, porque, como es natural, los restantes partidos nos hacían la competencia.

En cierta ocasión, cuando pasaba al anochecer, junto a la Casa del Pueblo de Smochov, vi algunos grupos de personas ante el edificio y me acerqué a leer un anuncio en donde se comunicaba que la diputada del partido popular, Helena Kozeluhova, pronunciaría aquella noche un discurso electoral, al término del cual se celebraría un coloquio.

La oportunidad de asistir a un coloquio me fascinaba; así que entré inmediatamente, encontré asiento en la tercera o cuarta fila y escuché lo que la señora Kozeluhova tenía que decirnos. Habló sobre las ventajas de la democracia, dijo que ella no estaba contra el socialismo, pero que los comunistas aspiraban en realidad a hacerse con el poder. Aquello no se podía aguantar.

Después de ella, habló el secretario del círculo y, cuando hubo acabado, también yo levanté mi brazo. Poco más o menos, fui el cuarto orador que intervino en la discusión y, tan fogoso me mostré, que produjo un pequeño escándalo. Mientras dos robustos encargados de mantener el orden en la sala me expulsaban, aún seguía discutiendo. Delante del guardarropa continué vociferando y, asombrado, comprobé que una parte considerable del público me prestaba atención, y que la mayoría de la gente se mostraba de acuerdo con los argumentos que expresaba.

Posteriormente, en el decenio de los años cincuenta, me escribió un desconocido diciéndome que, cuando joven, había estado en aquella discusión nocturna en la Casa del Pueblo y que, tan fuertemente se había sentido impresionado por mis argumentos, que «había echado a andar por el camino recto»; había ingresado en el partido comunista de Checoslovaquia y actualmente era ya miembro del consejo de la paz mundial. Asimismo me daba las gracias por el hecho de que «entonces le había abierto los ojos y lo había ayudado infinitamente para el resto de su vida».

Posiblemente ocurrió así. Hoy me gustaría pedirle que me disculpara.

En el verano, ya Eugenie me llevaba regularmente a casa de su familia. La madre era una mujer de aspecto muy juvenil y una excelente cocinera. Cuando iba a visitarla, hacía ex profeso para mí dos gigantescos asados de carne rellenos de albóndigas, ¡una verdadera delicia!

Me había enamorado de Eugenie.

Estábamos siempre juntos, y constantemente la distraía de su trabajo. Pronto hablamos de casarnos, pero antes queríamos buscar una vivienda adecuada. Yo iba de un negociado a otro, pero todo en vano. En mi ingenuidad, ni siquiera se me ocurría la idea de explotar de algún modo la consigna de «gran potencia URO». Pero aquello no era culpa mía, sino de mi estupidez. Lo mismo me pasó con la adquisición de mi primer auto. Todos mis conocidos se asombraron de que hasta los treinta años no tuviese mi primer coche, aunque habría sido un juego de niños conseguir el auto por medio del URO, a cambio de un montón de cartoncitos, incluso en una época en que eso aún se consideraba un lujo.

A principios de septiembre no aguanté más: nos casaríamos inmediatamente. Participé a Eugenie mi decisión en plan de ultimátum y me esforcé en cumplimentar las formalidades necesarias a ritmo vertiginoso. Nos casaríamos aquella misma semana. Estábamos a lunes; la primera fecha libre para contraer matrimonio era el viernes, 6 de septiembre, pues nadie quería casarse en un día tan gafe. Obtuve la licencia en un tiempo record: media hora escasa. Pero luego me dijeron que para casarnos necesitábamos nuestros certificados de ciudadanía. Me dieron un formulario, del que se desprendía que para obtener aquel documento se necesitaban unos treinta certificados más, entre ellos, por ejemplo, el boletín escolar paterno del año 1910. Sólo algunos certificados podían suplirse con una declaración jurada. Un inventario de nuestros documentos dio como resultado que, como máximo, estábamos en posesión de una quinta parte de los que exigían. Procurarse los demás certificados significaba por lo menos dos meses.

Se me acabó la paciencia. Sin más ni más, junté los papeles y me dirigí a la Junta Nacional.

—Tengo que realizar un importante viaje de servicio, al extranjero, y he de casarme antes. Por favor, ¿puede entregarme inmediatamente los necesarios certificados de ciudadanía?

La funcionaria revisó los papeles, dijo «imposible» y se libró de mí, enviándome a su jefe, que estaba en el piso de arriba. Si él decía que sí, entonces...

Salí al pasillo, durante un rato fui de un lado a otro y volví a entrar sin aliento en el despacho:

—Todo arreglado. El señor jefe del negociado da su autorización. Debe usted extender ahora mismo los documentos.

Me miró muy asombrada. Ya temía que concibiera sospechas, pero empezó a rellenar dos formularios, prendió con una grapa la escualidez de los certificados exigidos y me alargó todo con las siguientes palabras:

—Si el jefe del negociado lo permite, él es también quien debe firmar.

Me detuve en la escalera y doblé los certificados con objeto de que el paquete pareciese más grueso, lo coloqué bajo los formularios recién rellenados y me precipité dentro del despacho del jefe de negociado:

—Tengo que hacer un importante viaje de servicio, al extranjero, pero antes he de casarme. La señora jefe de sección se permite rogarle, por eso, que firme inmediatamente estos dos certificados.

No miró los anexos, firmó sin pestañear y me di buena prisa en desaparecer. Los amigos me informaron de que salvar aquel trámite por los conductos regulares constituía un verdadero martirio, pero ninguno se sentía con valor para imitar mi ejemplo.

Nuestra boda debía celebrarse el viernes a las nueve de la mañana. En plan de broma, habíamos ocultado la fecha a nuestros colegas. A las ocho fuimos a la oficina, como siempre. Eugenie pidió dos horas de permiso para ir al dentista; yo, como jefe independiente de negociado, no tenía que pedirle permiso a nadie. Cuando estábamos ya en la puerta de la calle, caímos en la cuenta de que no disponíamos de ningún testigo. Aquello no era de extrañar, con el ajetreo de los últimos días.

Así pues, nos dirigimos al colega Bohacek, solterón empedernido contra cuya tozudez habían fracasado varios intentos de llevarlo a la vida matrimonial.

Me escuchó y se negó rotundamente. No estaba vestido para una ceremonia así, no tenía tiempo para afeitarse, etc. Rogué y supliqué hasta que me propuso un trato aceptable. Vendría conmigo, pero eso me costaría cuarenta cigarrillos. Como yo no era fumador, cambiaba mis cupones de cigarrillos por car-

tillas de racionamiento, pero ahora me iban a ser de mucha utilidad. Bohacek no pudo ya replicar nada y nos siguió a regañadientes hasta el Registro Civil. Llegamos en el último momento. Me preguntaron por el ramo de flores. También se me había olvidado. Así pues, nos quedamos con nuestros cartapacios de documentos bajo el brazo y escuchamos el discursito del empleado del Registro. Luego nos pidió los anillos. También se nos había olvidado comprarlos. Nuestra boda fue rica en improvisaciones, y el banquete, con el gigantesco asado de ganso, no pudo celebrarse hasta el domingo. Pero teníamos toda clase de planes para el futuro.

En aquel tiempo yo intervenía ya en diversos mítines y desempeñaba ciertas funciones dentro del partido. Era presidente de una comisión de cultura de tres células locales confederadas del partido. Ejercía una función llena de responsabilidad en el teatro que, en Smichov, promovía el realismo literario. Yo hacía allí de «instructor del partido». Me hice amigo de los actores de aquella compañía teatral y, hasta los últimos años, fui espectador asiduo de sus interpretaciones.

En el plan oratorio tuve al principio algunas dificultades. Ya desde mi infancia pronunciaba mal la «r», al estilo de la blanda «r» francesa: la fonética checa, dura y retumbante, era superior a mis fuerzas. Por eso me esforzaba en procurar que en mis discursos apareciera el menor número posible de palabras en que figurase la letra «r». Con el tiempo, eso se trocó en mí en una especie de rutina. Pero en cierta ocasión no tuve escapatória:

En el Teatro Realista se celebró el aniversario de la gran revolución socialista de octubre. Yo era el principal orador en aquel acto solemne. Algo emocionado, subí al escenario y, una vez en la tribuna, con la excitación, me olvidé de mis mejores propósitos:

—Me gresulta un ggran honogr podegr hacegr oígr mi modesta voz al hablagr aquí de la inmagrcesible grevolución grusa cuyo grecuegrdo...

Entonces en la primera fila se levantó la conocida actriz Sonia Neumann (posteriormente Skoda) y gritó:

—Grespetable amigo, ¿pogr qué no vas a vegr al profesagr Seeman? Tu fogrma de prgronunciagr nos greuerda precisamente una cagrraca.

Casi me caí del escenario. Tuve que sujetarme a la barandilla de la tribuna. Desconcertado, pregunté quién era ese Seeman.

Ella me contestó que se trataba de un experto lingüista que vivía junto al Palacky-Brücke y que podría enseñarme lo que, por lo visto, mis padres habían descuidado. Le di las gracias (¿qué remedio me quedaba?) y ella me permitió amablemente que la citase como la persona que me había recomendado.

Durante las tres semanas siguientes recité sin parar una frase checa parecida a esa que dicen los castellanos: «El perro de San Roque no tiene rabo porque Ramón Ramírez se lo ha cortado». Cuando pronunciaba rápidamente y sin atropellarme, me salía una «r» perfecta, dura y retumbante. Ciertamente con ello sufrió un poco mi pronunciación francesa, pero se me perfeccionó la checa. Con «r» retumbante y una creciente confianza en mí mismo, en el año 1947 pronuncié un discurso ante dos mil empleados de la fábrica de gas y tuve conversaciones con algunos representantes de los empleados del servicio público, en una misión no poco espinosa.

# 8

## El victorioso febrero

En octubre circulaban rumores inquietantes; nada concreto, pero algo flotaba en el aire. Una información confidencial del partido afirmaba, que «es necesario prepararse para el choque decisivo con la reacción, incluso antes de las elecciones». Las elecciones debían celebrarse en la primavera de 1948. La consigna confidencial se basaba en que la reacción, en sus esfuerzos por impedirle al partido comunista el triunfo electoral que se esperaba, intentaría llevar a cabo una subversión de las condiciones existentes. Pero los iniciados encontraron una explicación mucho más natural: «¡Ahora está todo listo!». Antonín Zapotocký presidente entonces de los sindicatos, ayudó a Klement Gottwald, presidente del partido comunista de Checoslovaquia, a poner en pie de guerra en el plazo más breve posible a las llamadas «milicias populares», cuyo mando se encomendó a miembros del partido.

La situación dentro del partido comunista checoslovaco empeoraba por momentos. La gente murmuraba porque Checoslovaquia encontrándose en situación tan mala, se había negado —evidentemente por orden de Moscú— a participar en el plan Marshall. El partido checoslovaco se justificaba ante la

opinión pública con la propuesta de instaurar un «impuesto a los millonarios», lo cual era risible, pues todo el mundo estaba enterado de que entre nosotros no había ya millonarios. En su mayor parte, éstos habían desaparecido un año antes, cuando la reforma monetaria había convertido el reluciente dinero efectivo en las llamadas cuentas bloqueadas, que únicamente podían considerarse un vago recuerdo de posesiones de otros tiempos. A pesar de eso, se hablaba mucho del impuesto a los millonarios.

En el año 1946, el partido comunista checoslovaco había obtenido el treinta y ocho por ciento de los votos: un éxito sin igual en toda la historia del movimiento comunista. Las inminentes elecciones acarrearían, seguramente, pérdidas a los comunistas. Las «milicias populares en las calles» fue la consigna que debía aplastar todas las dificultades. En febrero de 1948 estaba todo listo.

Viví aquellos días preñados de historia exclusivamente desde la lejanía del hospital, y seguí el transcurso de los acontecimientos con ayuda de una radio vieja y achacosa.

A pesar de eso, pude apreciar muy bien la situación. Cuando los ministros no comunistas presentaron su dimisión, dije a los pacientes de mi sala:

—Son estúpidos. Con eso no conseguirán nada; simplemente perderán sus puestos en el gobierno.

Y luego se precipitaron los acontecimientos. Los sindicatos convocaron un congreso de los consejos de empresas y la huelga de protesta salió bien. Klement Gottwald fue a ver al presidente Benes y le presentó su ultimátum: «O acepta usted las dimisiones, y hace posible así que el partido comunista checo forme un nuevo gobierno, o...»

La disyuntiva era clara. El presidente Benes le preguntó al entonces ministro de la defensa, Ludvik Svoboda, si el ejército interpondría en caso de una acción armada. El ministro contestó inequívocamente:

—¡El ejército nunca se enfrentará con el pueblo!

En el año 1971, Ludvik Svoboda intervino en un debate que hubo en un congreso de la junta directiva del partido comunista checoslovaco con el grupo Bilak-Kapek-Indra. Se jactó de sus antiguos méritos. Afirmó que ya en 1945 había querido representar al partido comunista checoslovaco, pero que Gottwald lo había disuadido. Gottwald le había dicho que podía servir mucho mejor al partido como ministro de la Defensa no comu-

nista. Pocos años más tarde se le dio la insólita recompensa que suele darse por nuestras tierras: primeramente le rebajaron de su alto cargo a la función de presidente de la Delegación Nacional de Educación Física y Deportes. Luego le despojaron de todas las funciones. Al final trabajaba en una Cooperativa de producción agrícola en el sur de Bohemia, hasta aquel día del año 1955 en que el tío Nikita Krushev, en Praga, dio una palmadita en el hombro a Antonin Novotny y preguntó:

—¿Qué hace mi viejo y buen amigo Svoboda?

Aquella pregunta desató un verdadero pánico. Un cochazo del gobierno fue enviado a toda prisa para recoger al bueno y viejo amigo. En el espacio de pocas horas estaba listo también un resplandeciente uniforme de general. Ludvik Svoboda apareció con todo esplendor para estrechar la mano a su viejo amigo.

Pero volvamos al año 1948. El presidente Benes, privado de toda esperanza, se resignó, por segunda vez en el espacio de diez años, y aceptó las dimisiones. Klement Gottwald se apresuró a llevar la alegre noticia a la asamblea de los barrios de la ciudad antigua, donde le aguardaban unas cien mil personas. Los milicianos y los compañeros del partido prorrumpieron en ruidosas exclamaciones de júbilo.

Poco después del glorioso triunfo, me dieron de alta en el hospital: las dos piernas sólidamente enyesadas. Aún tenía que permanecer en casa unas cuantas semanas. Oí hablar de que se habían constituido los llamados comités de acción, cuya tarea consistía en «imponer el orden en la vida pública», perseguir a todos los reaccionarios y, cuando fuese posible, detenerlos, para conseguir hacer avanzar el socialismo con las botas de siete leguas. Recibí mi nombramiento por escrito: como secretario general del comité ejecutivo de la organización central unificada de los jugadores checos de ajedrez, tenía que depurar aquella importante institución social. El presidente de aquel comité era sólo una especie de figura decorativa; se llamaba Polansky y era diputado del partido popular, uno de aquellos pocos diputados no comunistas que para salvar sus puestos colaboraban con los nuevos mandamases. Ya en nuestro primer encuentro se puso de manifiesto que el señor presidente sólo estaba para escuchar. El que tenía que decidir era yo. Recibí instrucciones confidenciales de las cuales deduje a quienes tenía que expulsar de sus puestos: ante todo a los funcionarios en activo y miembros de los partidos anticomunistas que no habían reco-



nocido sus errores y que no estaban dispuestos «a colaborar con los partidos recién organizados del frente nacional».

Aquello afectaba concretamente, ante todo, al que durante muchos años había sido director de nuestra federación de ajedrez, el entusiasta maestro y funcionario Josef Louma. Inmediatamente después de los acontecimientos de febrero, el comité ejecutivo de la fábrica praguense Walter le destituyó de su puesto de jefe de administración, porque era miembro del partido nacional socialista.

Louma y yo nos habíamos enfrentado duramente en diversos debates políticos, pero una cosa es discutir y otra es expulsar. Por eso me limité a esconder en mi mesa las instrucciones que acababa de recibir y propuse a la asamblea el siguiente dictamen: «Todos los funcionarios de la federación central de ajedrez han demostrado su fidelidad a la ordenación social de la democracia popular. Con esto consideramos realizada la depuración en nuestra organización. ¿Hay alguien que esté en contra?»

Por aquel entonces todavía nadie se mostró en contra. La propuesta fue aprobada unánimemente y el informe se elevó a la superioridad. Pero después recibí un escrito del comité ejecutivo central del Frente Nacional. En el último párrafo se decía: «Hay que relevar a Josef Louma de cualquier función pública.»

¿Qué hacer ahora? Pensé que una orden tan tajante tampoco había por qué ejecutarla. Posiblemente pasarían por alto una pequeñez así. En consecuencia, guardé en mi mesa aquella carta y no dije una palabra sobre aquel enojoso asunto. Pero en la sesión siguiente me extrañó que el maestro Opocensky preguntase, como quien no quiere la cosa, si la superioridad no había tomado ninguna medida respecto a Louma. Paré la pregunta con la demagógica frase de que la ejecución de las instrucciones recibidas por escrito era cosa de mi incumbencia y que eso a él no le atañía. Una semana más tarde recibí una citación del comité ejecutivo central. Allí me comunicaron que el maestro Opocensky había llamado la atención sobre el asunto de Louma; se trataba de un problema serio que había que resolver fuera como fuese. Se produjo una discusión violenta en la cual declaré que quería dimitir de mi cargo. Procuraron calmarme y, por fin, me dejaron las manos libres para que resolviese el asunto como quisiera, pero «era imprescindible resolverlo».

La cuestión de Louma se solventó con todo decoro. Para cubrir las formas, se nombró a otro funcionario jefe de ajedrez,

pero Louma siguió perteneciendo a la comisión como secretario con sueldo, ya que se había quedado sin empleo y no tenía la menor perspectiva de encontrar un nuevo trabajo en su profesión. Aparte eso, seguía siendo redactor de la revista «Ajedrez checoslovaco». Con eso no tenía ya ningún problema en cuanto a su economía. A la «superioridad» comuniqué brevemente que Josef Louma había sido relevado de su función de jefe de ajedrez, pero que podía permanecer en un «cargo de importancia muy inferior».

Hasta la muerte de Louma, en el año 1955, seguimos siendo grandes amigos. Ciertamente que aún sosteníamos acaloradas discusiones, pero ya nunca en público.

# 9

## Educador de la clase obrera

Mi actividad en los sindicatos no era ya la misma. Trabajaba ahora en el departamento educacional y tenía que regir la sección encargada de «instruir a las masas». El cometido de ésta consistía en organizar diversos cursillos en las empresas y convertir lo más rápidamente posible en marxistas a todos los miembros de los sindicatos. Redacté varios programas de enseñanza, escribí bosquejos de conferencias, convoqué reuniones de activistas y realicé viajes por los círculos rurales.

El presidente Benes dimitió en mayo y murió en septiembre. Incluso en febrero se ensalzaba «su perspicacia de hombre de estado», pero después de su fallecimiento se personó en nuestra organización un «representante de la Central» que puso a Benes de vuelta y media. Pedí la palabra y declaré que era indigno cubrir de alabanzas en vida a una personalidad política y condenarla inmediatamente después de su muerte. Mis palabras provocaron una gran disputa, y entonces se convocó para la semana siguiente una asamblea extraordinaria en la que debían ponerse en claro nuestras diferencias de criterio. Con un colaborador de nuestra sección redacté una propuesta que debería ser sometida a la asamblea, y en la que condenábamos

los improprios contra Benes y rechazábamos durante la llamada «proclama de Gottwald», en virtud de la cual se exigía que tanto funcionarios como empleados y maestros firmasen una petición de ingreso en el partido comunista. Calificábamos esa exigencia de «concepción antimarxista del partido» y pedíamos que fuera rechazada.

En la sesión hubo un violento contraste de pareceres. Algunos viejos comunistas se alinearon contra mí. Mi hermano se llevaba las manos a la cabeza y decía airadamente:

—¿Os dais cuenta, compañeros, de que os estáis colocando contra la línea general del partido?

Defendían mi punto de vista todos los antiguos socialdemócratas, que poco antes se habían «fusionado con el partido comunista checoslovaco». De ellos formaba parte también el coautor de nuestra propuesta, Styblo. Conseguimos una notable mayoría, por lo que la propuesta, en su texto primitivo, duramente redactado, tuvo que pasar al comité central.

Al cabo de unos catorce días hubo una nueva reunión en la que intervino, como delegado del comité central, nuestro secretario de distrito, Konvalinka. Se mostró muy seguro de sí mismo.

—Vuestra propuesta hace surgir dudas sobre el perfil político de vuestra organización. Estoy aquí para que esa propuesta sea revisada conforme a mi criterio.

Luego me atacó y calificó mi postura de «nocivo intelectuallismo». Pero sólo al principio pudo hablar con tan arrogante seguridad, pues seguidamente pasamos nosotros al ataque. Se vino abajo de modo muy visible, declaró que no tenía tiempo para seguir discutiendo y se marchó.

Muy posteriormente me enteré de que «mi caso» había sido investigado en el comité central, donde levantaron un acta, pero en definitiva se llegó a la conclusión de que, aunque en mí se notaban ciertas «inclinaciones intelectualistas», no podía dudarse de mi fidelidad a la clase trabajadora.

A principios de 1949, nuestro jefe, un buen hombre, pero completamente incapaz —tanto que no sabía expresarse ni de palabra ni por escrito—, tuvo una fuerte discusión con Marvan, miembro del secretariado de sindicatos. El caso es que, de pronto, se oyó un estrépito espantoso y vimos cómo Marvan perseguía a nuestro jefe de una oficina a otra. Toda la sección presenciaba con regocijo aquella disputa.

Una hora más tarde me llamaron al secretariado de Perstyn y allí me enteré de una novedad sorprendente: acababan de

nombrarme jefe del departamento central de educación sindical. Tenía yo entonces veinticinco años y debía instruir ahora a la clase obrera conforme al espíritu «de los grandes pensamientos del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario».

Lo único penoso del caso era el hecho de que ahora mi hermano pasaba a ser subordinado mío. No podía imaginar cómo iba a arreglármelas para dar órdenes a mi hermano mayor. Resolví el asunto rápidamente creando un nuevo negociado que había de dedicarse a la elaboración teórica de fórmulas encaminadas a la solución de problemas sindicales. Allí se estableció mi hermano y yo me limité a darle unas directrices generales para su trabajo. Por lo demás, él debía investigar independientemente y acopiar materiales que pudieran servir para la labor pedagógica.

Como es natural, reorganicé inmediatamente mi departamento. Dupliqué el número de empleados en el mismo. Quería crear toda una red de escuelas sindicales, dotarlas de maestros competentes e instruir en ellas a los funcionarios.

En un tiempo relativamente corto conseguí montar un aparato gigantesco. Entraron en funcionamiento unas veintiséis escuelas a las que concurrían varios centenares de maestros y jefes de secciones. Todo sometido a una organización centralizada. Hacíamos viajes de inspección por las escuelas en las que pronunciábamos conferencias, y revisábamos los planes de enseñanza. El tema favorito de mis conferencias era: «El imperialismo es la fase suprema del capitalismo».

Me entregué con ardor a la obra, pero pronto me desagradaron algunas cosas. Por ejemplo, las eternas rencillas entre los jefes sindicales. Se habían consolidado dos grupos rivales que, predominantemente, se hacían la guerra sobre cuestiones secundarias. De los asuntos de envergadura, nunca se hablaba; sobre ellos decidía siempre el comité central del partido.

No soy quien para juzgar sobre mis cualidades como jefe. Sólo sé que la gente me quería. Sólo en una ocasión despedí a un individuo, pero se lo había merecido. Resulta que en las escuelas surgían a menudo motivos de disgusto. Los «escolares», personas adultas, permanecían durante meses en los internados y así, con frecuencia, nacían entre maestros y alumnos «relaciones demasiado íntimas».

Un caso de estos provocó el despido de dicho empleado.

En una ocasión me llamaron urgentemente a la escuela de

**Mala Skala.** La cocinera había presentado una denuncia en el sentido de que un maestro había permanecido encerrado unos cuarenta y cinco minutos, con una alumna suya, en el cuarto de baño.

Primeramente, en el despacho de la dirección tuve que soportar el discurso de la cocinera, a la que se le notaba evidentemente que hablaba por pura envidia. Luego hice comparecer al desgraciado maestro. Su explicación del incidente no me pareció del todo sincera:

—Compañero, me indignan tales sospechas. Tenía que sostener una conversación reservada con la compañera, sobre asuntos del cuadro de mandos. La sala del club estaba ocupada. ¿Adónde podía ir entonces con ella?

¿Qué responder a una cosa así? Lo que más furioso me puso fue su retorcida forma de expresarse: «Una conversación reservada sobre asuntos del cuadro de mandos». Dije que se dejara de cuentos. Se las dio de ofendido y me soltó un largo discurso en el que subrayó su procedencia de la clase trabajadora y sus relaciones con la junta directiva de distrito del partido. Eso me hizo estallar. Le dije que quedaba despedido, y no por cierto a causa del incidente del cuarto de baño, sino por estupidéz notoria.

Así pasamos algunos meses, pronunciando conferencias, concibiendo nuevos temas, escribiendo propuestas y haciendo viajes de inspección. Todo un mundo maravilloso donde sólo entrábamos en contacto con un determinado círculo de personas y no sabíamos lo que ocurría realmente en el país.

Nos adoctrinábamos nosotros mismos e íbamos adoctrinando a otros; producíamos frases sobre la explotación de la clase trabajadora por los capitalistas y sobre un futuro feliz, mientras una multitud de inocentes llenaba nuestras cárceles y cientos de miles se veían privados de sus medios de vida. Pequeños industriales eran literalmente despojados de sus escasas propiedades que, a lo largo de generaciones enteras, habían ido conquistando con un duro trabajo. Esforzados campesinos que durante toda la vida se habían afanado como esclavos, de la noche a la mañana eran desposeídos de sus tierras e incluso se les designaba con el epíteto despectivo de *kulak* (campesino rico ruso que explotaba a los asalariados). Nadie me contaba lo que ocurría verdaderamente, pues ninguno de los perseguidos confiaba en un comunista. Hoy esto puede parecer muy inverosímil, pero es la pura verdad; aunque la ignorancia no pueda

servir de disculpa. Ciertamente que de vez en cuando se filtraban noticias en la prensa, las cuales ofrecían tema para la meditación, pero estábamos tan poseídos de nuestro celo partidista que estábamos como ciegos. Por ejemplo, el gigantesco escándalo del llamado «milagro de Cihost». Al parecer, el párroco Toufar, de una aldea de Sazava llamada Cihost, había colocado bajo la imagen de un santo un mecanismo simple con ayuda del cual movía la imagen durante la misa, para hacer creer en un milagro. En todos los cines se proyectó la escena de cómo el señor párroco solía tirar del alambre para mover la imagen del santo. La noticia acababa con la lapidaria afirmación de que al párroco le aguardaba el merecido castigo. Vi aquella película con mis propios ojos. ¿Cómo no se me ocurrió entonces que aquello no podía ser verdad? ¿Se puede filmar en una iglesia un milagro amañado sin que ninguno de los fieles se dé cuenta? Por otra parte, debería haberme hecho sospechar el detalle de que nunca se supo nada del juicio contra el párroco, quien desapareció discretamente sin que volviera a decirse sobre él ni una palabra más. ¿No era nuestro deber preguntar qué le había pasado por fin? Pero entonces ni siquiera pensamos en eso: citábamos ardorosamente nuestras consignas sobre la revolución, la justicia social y la todopoderosa clase trabajadora.

Hasta el año 1968 no me enteré de cómo se había montado en realidad el caso del «milagro de Cihost». El Servicio de Seguridad del Estado había hecho colocar el aparato en la iglesia. Su agente «descubrió el mecanismo y preparó un proceso contra el párroco con objeto de poner ante los ojos de la población el sombrío papel del embrutecimiento religioso, pero todo fracasó por una «pequeñez». A pesar de bárbaras torturas, el señor párroco no quiso confesar nada, sino que expuso la verdad ante el tribunal. El funcionario de la Seguridad del Estado, Macha, debía arrancarle la confesión. Tras horrendos martirios, el párroco murió por fin, porque no había querido «confesar». Hasta hoy el señor Macha no ha sido acusado de asesinato: había «obrado conforme a las instrucciones del partido» y el partido no puede nunca equivocarse, y muchísimo menos cometer un crimen.

Bajo la dirección de «expertos» soviéticos, nuestro Servicio de Seguridad perfeccionó luego sus métodos hasta el punto de que, de pronto, todo el mundo estaba dispuesto a confesar y a declarar haber cometido espionaje, desviación, sabotaje y

otros delitos. Leíamos eso en los periódicos y lo oíamos por la radio y nos asombrábamos de que, tan de repente, hubiesen surgido en nuestro país tantísimos criminales. En los «procesos a la iglesia» se dictaron tres penas de muerte y varios encarcelamientos de diez, quince y veinte años. Por ejemplo, el que hoy es cardenal, doctor Trochta, estuvo cuatro años en el campo de concentración de Dachau y, después de la guerra, once años en prisión «socialista». Se ejecutó también a una mujer, la diputada doctora Milada Horakova. ¿Por qué nadie protestaba contra eso? ¿Cómo podía yo, impertérrito al parecer, seguir proclamando mis «conocimientos»?

Otra vez, durante una sesión del partido, se nos descubrieron los horribles crímenes que había cometido Ota Sling. Pedí la palabra y dije que había algo que no encajaba, que muchas cosas forzosamente tenían que haberse exagerado. Parecía inverosímil la afirmación de que Sling había matado a su abuela poniéndole inyecciones.

Después de ese pequeño comentario, reinó una consternación general. Los asistentes mostraban un terror pánico. Por mi parte no sentía miedo ninguno, más bien miraba con indiferencia las cosas que no correspondían a las «doctrinas de nuestra fe».

A principios de 1950 tuve que escribir, para la revista «Tvorba», un artículo sobre el trabajo educacional en los sindicatos. La redacción me devolvió el manuscrito con la nota: «Cierto que en el artículo se emplean las citas adecuadas de Marx y Lenin y de los compañeros Stalin y Gottwald, pero es conveniente añadir una cita apropiada del compañero Slansky». Como es natural, eso era un puro juego de niños, pues para algo tenía yo mi negociado de referencias y mi archivo. El artículo se publicó, enriquecido con la cita del compañero Slansky.

Medio año más tarde, Slansky no era ya tal compañero, sino un «traidor» y un «espía». Los periódicos lo calificaban de «serpiente repulsiva» y de «repugnante Judas». Al cabo de algunos meses, oímos la transmisión radiofónica desde la sala de justicia y nos enteramos de cómo los acusados formulaban las más increíbles autocríticas y solicitaban que se les castigase lo más duramente posible.

Por aquel entonces empezaron mis dudas, aunque no con excesiva intensidad. La atmósfera política se me había hecho, de pronto, casi irrespirable. Todos sospechaban de todos: a mis manos llegaron dos o tres denuncias en las que se acusaba



a uno de mis subordinados de haber sido agente del traidor Slansky. Le dije a mi secretaria que aquello nos lo había escrito algún perturbado y arrojé la denuncia al cesto de los papeles. Pero entonces llegó una denuncia contra mí. A consecuencia de la misma se produjo una situación dramática. Por aquel entonces era presidente de los sindicatos Gustav Kliment, ministro de Industria, muy conocido por su total incapacidad y que seguía en aquel puesto sólo por ser amigo de Gottwald. En aquella época se encontraba ya enfermo, sujeto a tratamiento en el llamado sanatorio del partido, en Sanops, donde sólo ingresaban los peces gordos, pero no quería soltar de las manos la dirección de los sindicatos. Con regularidad sometía a su personal a «lavados de cerebro».

Tuve que comparecer ante él en compañía de Daubner, el secretario de los sindicatos. El compañero presidente se incorporó en la cama, me puso en las manos unas cuantas hojas de papel y me ordenó con voz temblorosa:

—¡Lea en voz alta!

Era una larga carta, de diez páginas, del director de nuestra escuela en Ostrava, en la cual se afirmaba que yo formaba parte de la banda de Slansky. Como prueba de eso, aducía que yo estaba minando el cuadro de mandos de trabajadores y que encomendaba funciones a intelectuales, como, por ejemplo, a un académico de Brünn que se llamaba Smetana y que procedía, al parecer, de una familia de fabricantes. Seguía diciendo el director que yo me apartaba de las doctrinas del gran Marx, de Lenin, Engels y Stalin y que introducía en nuestros sindicatos las teorías del reformismo, el revisionismo, la socialdemocracia y el sionismo.

Cuando hube terminado de leer, Kliment preguntó:

—¿Qué dices a eso, compañero?

En realidad no dije nada, porque aquel director era decididamente un estúpido. No me interesaba aquella charla. Tras lo cual, el compañero me dirigió un largo discurso en el que analizó todas las cuestiones de principio de la política sindical, explicó los fundamentos de la necesidad que tenía el partido de estar en guardia y acabó con la exclamación:

—¡Si fuese verdad sólo una décima parte de lo que ahí se dice, sería espantoso!

El compañero Daubner se esforzó en tranquilizarle, le habló muy cortésmente y casi con unción. Cuando ya habíamos salido de su cuarto, escupió y maldijo:

—¡Que se vaya al diablo el miserable viejo chocho!

La situación siguió agudizándose.

Aquello empezó con una pequeña información judicial ante el comité del partido, por lo demás la primera información disciplinaria a que se me sometía. Como sospechoso de haber tenido tratos con el traidor Slansky, mi amigo de otros tiempos, L. Valka, jefe del departamento de cultura, fue expulsado de los sindicatos. Encima de su mesa escritorio se encontró un comentario escrito por mí sobre las condiciones reinantes en la URSS. En dicho comentario se afirmaba, por ejemplo: «Allí no hay nada bueno que se pueda comprar, excepto vodka o coñac y caviar fresco. Si necesitas dinero, lo mejor es ir a la emisora checa de la radio de Moscú para que te hagan una entrevista. Puedes charlar de lo que quieras; pagan bien, pero disponte de antemano a tener que contemplar la ópera *Boris Godunov* y el ballet *Llamas de París*. Ambos espectáculos son espantosamente aburridos, pero podrás soportarlos.»

Valka había estado unas semanas en la URSS con una delegación sindical, y yo le había dado antes del viaje unos cuantos informes que imprudentemente se dejó en su mesa. ¡Buena la había hecho yo! Menosprecio y crítica de la URSS! Gracias a mi actividad publicitaria pude demostrar fácilmente que no se trataba de menosprecio de la URSS, sino de todo lo contrario. Así también se echó tierra a aquel asunto.

Estos y otros, «episodios» me amargaron tan a fondo el trabajo político, que decidí abandonar aquella organización; pero el problema consistía en cómo conseguir eso sin ser perseguido como miembro del «centro hostil al estado». Llevaba pensando varios días en el asunto cuando la casualidad vino en mi ayuda. Una llamada telefónica:

—*Cest praci*, gloria al trabajo, compañero. El vicepresidente, compañero Kopecký, quiere hablar contigo.

Para mi categoría, aquel era un personaje sumamente elevado, por lo que pensé que aquello no sería más que una de tantas bromas pesadas de Styblo. Pero al otro extremo del hilo brotó el raudal de un discurso incontinente, lo que me convenció de que, en efecto, se trataba del vicepresidente: después de Gottwald, el hombre más poderoso del Estado y, al igual que su jefe, responsable del asesinato de sus amigos y colaboradores más íntimos. Fue presidente de la comisión del comité central encargada de investigar «los crímenes de los conspiradores centristas».

Escuché su discurso infinitamente largo y, por último, afirmó que habíamos asistido juntos al mismo instituto.

—No, compañero vicepresidente, eso no puede ser; tales catedráticos no estaban ya en mis tiempos.

Fue la única frase que pude intercalar en el inacabable monólogo. Al cabo de una media hora fue por fin al grano. La educación física iba a reorganizarse y quería que yo le asesorara sobre dónde debía insertarse el deporte del ajedrez. Lo mejor sería que fuese a hablar con él al día siguiente.

Consulté a toda prisa con los miembros de nuestra junta ajedrecística y, en mi entrevista con el compañero vicepresidente, le dije —entre otras razones porque el organismo que se cuidaba de la educación física tenía más dinero que el departamento de cultura— que lo más apropiado era incorporar el ajedrez al organismo de la educación física. Pero eso sólo pude decirlo al cabo de unas dos horas, ya casi en la despedida. Velozmente aproveché la oportunidad y añadí que yo tendría que decidirme entre la política y el ajedrez; ambas cosas no podía hacerlas a la vez con la pulcritud necesaria, y el compañero vicepresidente fue de mi opinión. Le informé del asunto de modo que salieran bien mis cálculos. Dio un puñetazo en la mesa y declaró:

—Estúpidos empleados de sindicatos los tenemos a docenas, pero sólo hay un jugador de ajedrez así.

Estando yo aún presente, llamó por teléfono a alguien del comité central del partido y le comunicó que yo debía abandonar el URO para dedicarme totalmente al ajedrez. Además de jugar, debía asumir la dirección del nuevo departamento de ajedrez que iba a erigirse dentro del organismo encargado de la educación física. El compañero se cuidaría de cumplir los trámites necesarios.

Escasamente una semana después, se me pidió que propusiese quién iba a ser mi sucesor. Presenté a un exalumno de nuestra escuela central, un muchacho ansioso de trabajar y para quien aquello significaba una carrera inesperada. El 15 de febrero de 1953 entregué mi renuncia y durante quince años largos no intervine ya activamente en política.

Empecé a correr mundo, a participar en torneos, a escribir libros de ajedrez y a organizar nuevamente nuestro deporte ajedrecístico. Conseguí algunos objetivos, otros no, pero aquello me parecía mucho más interesante que la política, aunque no llegué a perder del todo el interés por ésta.

# 10

## Con el tablero de ajedrez alrededor del mundo

Los torneos de ajedrez tienen su atmósfera incomparable, su encanto propio. Resulta muy difícil hacer comprensible esto a cualquiera que sólo de vez en cuando mueva sus piezas en el café. Quien nunca en su vida haya jugado al ajedrez, tampoco puede comprender esto lo más mínimo.

Jugar un torneo significa dos, tres, cuatro semanas de absoluta concentración, de un estado de ánimo tenso y sin respiro. Hay jugadores que tratan de disimular su tensión íntima adoptando una actitud de indiferencia hacia la jugada siguiente, otros caminan sin descanso por la sala, observan cada una de las partidas o intercambian algunas palabras con los espectadores. Pero, en la mayoría de los casos, eso ocurre únicamente durante las primeras horas del juego. Cuando se aproxima la fase decisiva de la partida, el maestro que espera ganar se sienta ante el tablero con la expresión tensa del cazador que tiene ya su presa en la línea de mira. Si pende sobre él la amenaza de perder la partida, se asemeja al condenado a muerte que aguarda su ejecución. A muchos jugadores de ajedrez, cuando están en posición perdedora, se les ponen rojas las orejas, síntoma este del que las esposas no expertas en el ajedrez extraen indefectiblemente la conclusión de cómo va la partida.

En la mayoría de los casos, una partida se juega durante cinco horas y luego se interrumpe. Al día siguiente se juega para terminarla. En el año 1947 jugué en Moscú contra el yugoslavo Gligoric una partida en tres sesiones; en total trece horas y media. Después de 132 jugadas mi adversario abandonó. En el mismo momento, el último espectador, que había soportado la fase final, difícil, pero infinitamente insípida y aburrida, subió a la tarima y dijo:

—¡No es que haya usted ganado la partida; es que la ha exprimido!

Aquel hombre tenía toda la razón del mundo. Cuando el vigilante de la sala quiso expulsarle, me puse de parte del desconocido.

En 1955, jugué en Mar del Plata una partida que duró exactamente lo mismo que la antedicha, pero sin interrupción. Desde años atrás florecía en la Argentina un negocio muy próspero a base de las partidas aplazadas, ya que en la última ronda se ve claramente quién puede ganar un premio. Por consiguiente, algunas partidas se vendían, por así decirlo, al menudeo, a quienes tenían mayores posibilidades de victoria. Para evitar esto, se introdujo la regla de que la última ronda había que jugarla hasta el final. Ningún jugador debía salir de la sala del torneo. Todos estaban sometidos a la severa vigilancia del árbitro.

En aquella ocasión jugué contra la gran estrella de los argentinos: el joven gran maestro Panno. Para él y para mí se trataba de una partida de idéntica importancia, a la cual acudíamos los dos igualmente cansados. La noche anterior, el alcalde de Mar del Plata nos había ofrecido una gran recepción con indecibles cantidades de bebidas selectas. La fiesta se prolongó hasta las tres de la madrugada y me desperté con un dolor de cabeza que hacía que me la sintiera por lo menos diez kilos más pesada que de costumbre. A eso de las dos de la tarde empezó la última ronda del torneo. Los organizadores calculaban que todas las partidas finalizarían, lo más tarde a eso de las diez de la noche, pues a las diez y media estaba programado el banquete y la distribución de premios. Alrededor de las diez y media, todos los invitados oficiales estaban puntualmente en sus puestos, ya que en Sudamérica un acto así constituye una sensación mayor que un partido de fútbol. El champán estaba helado y los aperitivos en los platos, pero el banquete no podía empezar. Panno y yo seguíamos sentados ante el tablero de ajedrez.

Yo jugaba con las negras. Durante largo tiempo había tenido que rechazar los ataques de mi adversario, pero luego pasé al contraataque. Al cabo de unas cinco horas, la situación era tal que yo habría podido ganar la partida con una sola jugada. Nervioso por la alegría de aquella perspectiva, hice una jugada pésima y tuve que seguir luchando duramente en la fase final. Todas las demás partidas habían acabado y los organizadores nos dirigían ya miradas reprobadoras. Por su gusto, nos habrían obligado a poner fin a la partida fuera como fuese.

Lo malo era que la situación se había puesto, precisamente entonces, muy delicada. Vi que sólo me quedaba una posibilidad de victoria. Antes de que pudiese iniciar la maniobra decisiva, era necesario adormecer la atención de mi enemigo, porque, con una defensa precisa, mi maniobra nunca habría podido cuajar. Se imponía el esfuerzo agotador de actuar con los máximos rodeos: un casi interminable ir y venir de piezas. Mi adversario rechazaba pacientemente las más mínimas amenazas.

Alrededor de las once de la noche, la inquietud se hacía ya claramente visible en los organizadores. Incluso el director del torneo se decidió a acercarse a nuestra mesa para preguntarnos prudentemente, en voz baja:

—¿Cuánto tiempo, señores, creen ustedes que puede durar aún la partida?

—No mucho tiempo —respondí, impertérrito—; tres horas escasas como máximo.

Por lo visto, consideró mi respuesta como una broma. Sin embargo, ni a la una, ni a las dos, ni a las tres de la madrugada había terminado la partida. Los primeros invitados abandonaron el escenario y los espectadores se fueron a casa. Sólo quedaban los organizadores y los participantes en el torneo, ya que estos últimos estaban pendientes de que les entregasen sus premios. Exactamente a las tres y media de la madrugada abandonó Panno. Rápidamente, y sin ninguna clase de formalidades, recogimos nuestros premios y nos fuimos a la cama, pero el sueño no acudía a mí. Me acosté; sin embargo, me mantuve despierto hasta las ocho. Luego marché a la playa, pero ni siquiera la visión de las olas que rompían suavemente en la arena sirvió para relajarme. El cerebro seguía trabajando siempre en la misma dirección. Panno aún habría tenido una posibilidad de tablas si en la jugada 90 hubiese hecho esto y no esto otro...

Cuando la partida se interrumpe, es todavía muchísimo peor. Imposible intentar descansar. La partida tiene que ser analizada. El jugador al que le toca mover, no hace ya su jugada en el tablero, sino que la apunta en un formulario, el cual es introducido en un sobre que seguidamente se sella. Sólo este jugador sabe lo que ha escrito, pero tiene que calcular todas las réplicas posibles del adversario. Y eso significa casi siempre, incluso en los casos que parecen del todo claros, un aburrido trabajo mental de varias horas.

En mayo de 1959, en un torneo que se celebraba en Lima, interrumpí a eso de las nueve de la noche una partida importante contra el maestro chileno Letelier. Si lograba la victoria, tendría buenas perspectivas de conseguir el primer puesto. Si hacía tablas, tendría que despedirme de esa esperanza.

Desde la sala del torneo fui directamente a la habitación de mi hotel. No había que pensar en la cena. Mandé que me subiesen al cuarto un zumo de frutas e inmediatamente me puse al trabajo. La situación no aparecía nada mala: yo tenía un peón más en un final de torres. Pero de pronto descubrí dos fuertes contrajugadas. Si mi adversario había metido en el sobre una de aquellas dos jugadas, ¿qué hacer entonces? Todas las demás jugadas eran absolutamente inofensivas y no podían servir para arrebatarme la victoria.

A eso de las diez, creí haber llegado a una conclusión clara: tenía la partida ganada. Alrededor de las once encontré una sorprendente defensa para Letelier. Por tanto, había que empezar de nuevo, buscar otro plan. Así transcurrió toda la noche. Siempre que pensaba «¡Ahora lo tienes!», se me ocurría una nueva alternativa a favor de mi adversario. La serie de variantes posibles seguía alargándose. Por la mañana pedí que me trajeran el desayuno a la habitación, escribí en una cuartilla todas las variantes descubiertas durante la noche y empecé a ordenarlas, a elegir las más probables y a revisarlas. Las horas pasaban volando. A mediodía llegué a esta conclusión: si mi adversario se defendía correctamente, me sería imposible ganar la partida. Me duché a toda prisa y, con el malhumor que es de imaginar, y aquejado de un fuerte dolor de cabeza, entré en la sala para poner fin a la partida. Exactamente a las dos de la tarde, el árbitro abrió el sobre que contenía la jugada de Letelier. Un momento después me habría gustado insultar a mi buen amigo Letelier, a pesar de que después de aquella jugada mi victoria estaba al alcance de la mano, pues la noche

antes Letelier había elegido una jugada tan mala, que perdió la partida, rápida y limpiamente. Mi agotador esfuerzo mental de quince horas había sido, por tanto, completamente inútil. Yo habría podido comer con toda tranquilidad e incluso ir al cine.

Cuando uno tiene perspectivas de ganar, este esfuerzo aún resulta relativamente soportable. Resulta mucho peor cuando se interrumpe la partida estando uno en posición mala o perdedora. Son muy pocos los jugadores que se resignan a perder, y buscan desesperadamente un camino para salvarse o al menos la mejor posibilidad práctica. Comparativamente, es mucho mejor perder en la primera sesión que hacerlo al día siguiente del aplazamiento. En el primer caso resulta muchísimo más fácil alejar los pensamientos del percance, adaptarse a ello y conseguir el sueño y el descanso.

En cierta ocasión estuve toda una noche en vela, al igual que mi adversario, porque los dos estábamos en posición perdedora; ocurrió en la olimpiada ajedrecística de Leipzig, en 1960. Interrumpí la partida contra el sueco Lundin. Durante toda la partida yo había llevado un ligera ventaja, pero, por apuros de tiempo, jugué tan mal que mi posición se hundió completamente. Cuando me puse a analizar, abandoné prácticamente al cabo de dos horas, puesto que, desde un punto de vista objetivo, no había forma de salvar la partida. Sin embargo, cuando llegó la noche, me levanté tres veces de la cama para acercarme al tablero y comprobar si, efectivamente, no quedaba ya nada que hacer.

Por la mañana me dirigí a la sala del torneo con la decisión de abandonar. Mi adversario estaba ya sentado frente al tablero y examinaba sombríamente la posición en que habíamos interrumpido la partida. En el momento en que me disponía a alargarle la mano y firmar mi rendición, se puso en pie bruscamente, me tendió la mano y dijo que abandonaba. Lundin había apuntado una jugada tan increíblemente floja, que su mate estaba prácticamente a la vista. Ocurrió, pues, que toda la noche estuve convencido de mi derrota, pero mi adversario sabía otro tanto de sí mismo, porque, naturalmente, conocía su jugada secreta. Todavía hoy me produce escalofríos pensar qué habría ocurrido si me hubiese adelantado y hubiese sido el primero en alargar la mano y rendirme. Desde entonces, incluso en posiciones completamente perdidas, espero siempre a que se conozca la jugada secreta, excepto como es lógico, cuando he



sido yo quien la he hecho, ya que en ese caso no cabe esa esperanza.

Las partidas aplazadas pueden agotar totalmente a un jugador. Si durante un torneo se tiene la mala suerte de sufrir varias interrupciones, la cosa cobra caracteres de «catástrofe».

En el año 1949 se jugó un gran torneo internacional en Trenčianske Teplice. Yo estaba en excelente forma y fui todo el tiempo a la cabeza hasta tres rondas antes del final. Jugaba como vencedor casi seguro contra el maestro húngaro Szilly. Al interrumpirse la partida, quedó un final de áfiles muy interesante, pero también muy complejo. Consiguientemente, el agotador y acostumbrado trabajo nocturno tuvo que continuar, sin remisión, durante la mañana siguiente. Ciertamente descubrí algunas posibilidades sorprendentes, pero el triunfo final seguía teniéndolo en la manga mi adversario. Naturalmente, yo no podía darme por satisfecho con ese resultado y busqué incansablemente otra posibilidad. No había ninguna pero lo cierto es que, antes de llegar a esa conclusión, tuve que consumir casi quince horas de intenso trabajo mental.

Empleamos cuatro horas más en acabar la partida. Al principio, Szilly jugó con mucha precisión, pero terminó por cometer un error poco llamativo. Gané de un modo fulgurante, con uno de esos procedimientos que se llaman «estudios». Después naturalmente, me sentía cansadísimo. Muerto de sueño, me puse a caminar por el paseo del casino. El adversario con el que debía enfrentarme a continuación, el gran maestro francés —posteriormente norteamericano—, Rossolimo, no había dejado de observarme y, por eso, me hizo la siguiente propuesta amistosa: yo estaba muy cansado, unas tablas bastarían para mantenerme en el primer puesto. ¿Para qué, entonces, seguir esforzándome? Podríamos jugar rápidamente a tablas y luego ir al cine.

Hoy apenas se me ocurriría rechazar semejante propuesta, pero en aquel entonces yo tenía veinticinco años. Además, medio año antes Rossolino me había derrotado en el torneo de Southsea, y me había costado el primer puesto. Ahora quería tomarme el desquite a toda costa. Esta vez jugaba yo con las blancas, lo que, frente a él representaba una ventaja bastante grande.

Férreamente resuelto, me senté ante el tablero. Ya en la apertura sacrifiqué una pieza menor y pasé a un duro ataque, pero con eso cometí un error y perdí con toda rapidez.

Pero aún no había perdido del todo mi primer puesto. En

la última ronda jugaba contra el maestro inglés Golombek, al que solía ganarle casi siempre porque era un adversario que «me iba». Si me hubiese limitado a jugar contra él a tablas, habría sido un puro juego de niños. Pero entonces surgieron de nuevo las dudas. ¿Qué iba a pasar si Stahlberg le ganaba a Szilly? Entonces tendría que despedirme de mi primer puesto.

También contra Golombek sacrifiqué una pieza menor. Anteriormente Stahlberg había jugado sólo a tablas pero, en mi caso, una vez más no podía pensarse en un empate. O todo o nada. Y, al final, fue nada: me quedé con medio punto menos para el triunfo.

Aún hoy sigo haciéndome reproches: si hubiese jugado a tablas la partida contra Szilly y hubiese empatado también las otras dos... Pero, ¿y si hubiese hecho tablas la partida con Szilly y al final hubiese vuelto a faltarme aquel medio punto para la victoria? Entonces habría tenido que hacerme reproches nuevamente. Como se ve, la vida de un jugador de ajedrez no es ningún juego de niños.

No deja de ser interesante el hecho de que, precisamente en mis años jóvenes, se me escapara el triunfo de las manos poco antes del final de varios torneos. En 1954 derroté en Bucarest, en medio del expresivo júbilo del público, a mi adversario soviético Neschmetdinov, pero perdí luego las tres últimas partidas. Por el contrario, en mi último torneo de grandes maestros, celebrado en Atenas en diciembre de 1968, gané las cinco partidas finales después de un comienzo «lento». Quizá porque en Atenas ya tenía otras cosas en la cabeza y consideraba el juego sólo como diversión y entretenimiento. En cualquier caso, los nervios son el enemigo principal en el deporte del ajedrez.

He utilizado repetidas veces la expresión «apuros de tiempo». Ahora debo explicar qué significa eso. En una partida de torneo se emplea un reloj especial que podría describirse como una especie de despertador de doble esfera. Cuando un jugador ha movido la ficha, aprieta el botón del reloj que está a su lado. Con eso su reloj se para y pone en movimiento el del contrario. A partir de este momento mide el tiempo que el adversario emplea en pensar. Cuando él juega aprieta el botón y su reloj se para, mientras el otro se vuelve a poner en movimiento.

En un tiempo prescrito y determinado deben hacerse un número determinado y prescrito de jugadas. Por regla general en el espacio de dos horas y media hay que realizar cuarenta jugadas. Hacia el final del límite de tiempo, el minuterero levanta

una banderita que amenaza caer. Si uno ha hecho ya sus cuarenta jugadas, puede dejar tranquilamente que caiga la banderita. La situación es mala, por el contrario, si se ha pensado demasiado tiempo. La banderita está en alto y te queda tiempo para hacer aún dos o tres jugadas, algunas veces incluso diez. A eso se llama estar en apuros de tiempo. Y el jugador que se encuentra corto de tiempo sabe que no es cosa de risa. Debe jugar casi sin pensar, con la velocidad del rayo y, por eso, dedicar más atención a la estúpida banderita que al tablero. Si están los dos jugadores, como también puede darse el caso, cortos de tiempo, se organiza un loco torbellino. Las piezas vuelan de aquí allá, y con las prisas alguna que otra cae al suelo, llueven los denuestos y las protestas.

El apuro de tiempo puede significar la pérdida de una partida e incluso el fracaso en todo un torneo. Así lo experimenté en una ocasión. Fue de nuevo en Mar del Plata, pero en el año 1962. En la segunda mitad del torneo me tocó jugar contra el maestro norteamericano Donald Byrne. Fue una de mis mejores partidas en aquel torneo. Rebasé a mi adversario, conquisté un peón y sólo me quedaban por explotar eficazmente mi superioridad. Aproximadamente a la mitad de la partida perdí quizás un tiempo excesivo y me vi con un pequeño apuro de tiempo, pero sin que la cosa fuese en modo alguno trágica. Ciertamente que la banderita ya estaba arriba, pero mi adversario, que jugaba con las negras estaba pensando su 39.<sup>a</sup> jugada. Por tanto, sólo me quedaba una única jugada por hacer. Como yo no conocía aquella clase de relojes de ajedrez, llamé para asegurarme al árbitro que, casualmente, era un buen amigo mío, el doctor Skalicka. Era un exiliado checoslovaco que en 1939 estuvo como capitán de nuestro equipo en la olimpiada ajedrecística que se celebró en Buenos Aires. En aquel momento estalló la guerra y él se quedó donde estaba, se casó con la simpática señora Adela, adquirió la nacionalidad argentina y una sola vez vino de visita a Checoslovaquia. En Buenos Aires me acompañaba y me obsequiaba con exquisitos «panqueques» de dulce de leche: una tortilla de huevos rellena de una confitura muy especial hecha de leche.

—Doctor, ¿cuánto tiempo me queda aún por este reloj—  
—le pregunté, de acuerdo con la regla que prescribe que, durante la partida, sólo deben formularse preguntas al árbitro.

—Un minuto y medio, «más o menos».

Los checoslovacos residentes en la Argentina tienen la cos-

tumbre de intercalar en la conversación expresiones españolas. «Más o menos» es una de ellas.

\* Su respuesta me tranquilizó completamente. Byrne, cuyas orejas ya se habían puesto rojas, hizo por fin su jugada, la escribí, conforme a lo ordenado, en mi formulario, pensé unos treinta segundos, hice la contrajugada correcta, que sellaba definitivamente mi victoria en la partida y apreté el botón del reloj. En el mismo momento caía la banderita. Sobre el tablero la jugada estaba ya hecha, pero según las reglas del juego, es la banderita la que decide y todo jugador tiene derecho al comienzo de la partida a comprobar si el reloj funciona correctamente. Como es natural, nadie hace esa comprobación, todos confían en los organizadores.

En vez de ganar la partida, la había perdido; en vez de compartir un segundo puesto, me vi relegado al séptimo. Haciendo el cálculo en dinero efectivo, aquellos uno o dos segundos me costaron exactamente seiscientos cincuenta dólares. Un placer caro: a mi juicio, ni siquiera el más extravagante apostador de Montecarlo puede perder tanto dinero en tan poco tiempo.

Pero a menudo también es posible aprovechar el apuro de tiempo del adversario. Eso lo experimenté en 1965 en el «Memorial Capablanca» que se jugó en La Habana.

Desde 1962 hasta 1967, ningún año dejé de ir a La Habana. En Cuba ayudé a crear la organización del deporte del ajedrez y jugué además todos los años, con éxito bastante aceptable, en algún gran torneo internacional. En 1965 ese torneo fue foco de la atención pública, debido a que uno de los participantes fue Bobby Fischer. En efecto, jugó en dicho torneo, pero... sin estar presente. Los cubanos le ofrecieron a Fischer unos honorarios especiales. Él aceptó la invitación, pero cuando quiso emprender el viaje, surgieron dificultades. A los norteamericanos no se les permitía entonces trasladarse a Cuba. Con Bobby no se hizo ninguna excepción: también a él se le prohibió el viaje, pero los cubanos no se resignaron. La participación de Fischer tenía para ellos, desde luego, un valor no meramente ajedrecístico. Se encontró un notable remedio para aquella dificultad. Todos los días se sentaba Fischer ante el tablero en el Manhattan Chess Club de Nueva York, donde lo vigilaba y controlaba un árbitro. Durante todo el torneo la sala del club estuvo en contacto con La Habana por teletipo, existiendo además enlace telefónico como medio supletorio de comunicación.

Las jugadas de Bobby se transmitían a La Habana por teletipo. En La Habana un segundo árbitro hacía sobre el tablero las jugadas de Bobby. Los dos relojes, el de Nueva York y el de La Habana, quedaban parados durante el tiempo que se perdía en transmitir el mensaje por teletipo. Ciertamente que así se alargaba la duración de una partida (se jugaba unas siete horas, en lugar de cinco), pero la participación de Fischer quedaba asegurada. Los cubanos tuvieron que gastarse en este arreglo más de diez mil dólares.

Fue grande la sensación que se produjo, pero no tanta como cuando, seis o siete años más tarde, Bobby derrotó a tres de sus adversarios soviéticos y se convirtió en campeón mundial. Toda la prensa mundial se hizo eco de la participación de Bobby —sin su presencia— en el torneo cubano, pero hubo juicios que no tenían nada que ver con lo puramente ajedrecístico. Poco antes del comienzo del torneo, Bobby Fischer le echó en cara públicamente a Fidel Castro que éste quería explotar su participación para fines políticos. Excepcionalmente, Castro no tuvo entonces ninguna culpa. La frase de Fidel la había inventado un periodista norteamericano. Por eso, en desquite, atacué en el periódico «El Mundo» al querido Bobby. Poco antes de mi partida contra Fischer recibí la carta anónima de un cubano que no parecía ver con muy buenos ojos a Fidel Castro, puesto que me escribía: «Estaré en la sala, presenciando su partida contra Fischer, no le quitaré los ojos de encima y estoy seguro de que usted tendrá que perder.»

Cuando empezó la partida, me sentía algo nervioso. Miraba más a la sala que al tablero. A aquella hora había diariamente en la sala unos cinco mil espectadores, más que en cualquier otro torneo de ajedrez. La confusa masa de personas me tranquilizó, pronto me entregué de lleno a mi juego, procuraba no perder y conseguí finalmente que Bobby, después de tres o cuatro horas de juego, por teléfono, me propusiese tablas. Intercambiamos algunas palabras y luego me dediqué en el bar a refrescarme la garganta tomando «Cuba libre», esto es, ron con Coca-cola.

Poco después de aquella partida, tuve que enfrentarme con el polaco Doda. Quería ganarle a toda costa. Inicié un juego duro, sacrifiqué una torre por un alfil y me coloqué en posición de ataque, pero un diminuto error bastó para que Doda pudiese hacer una contrajugada inesperada. Convencido de su victoria, dio un golpe en el tablero y llamó junto a la mesa

a varios colegas que descansaban, para mostrarles cómo me tenía atrapado.

Yo estaba totalmente vencido ante el tablero y, desde luego, tenía rojas las orejas. Mi primer impulso fue abandonar, no darle importancia a la cosa y echarme al colete unos cuantos Cubas libres. Sin embargo, conseguí dominarme para movilizar mis fuerzas en busca de una valoración objetiva de la situación. El resultado fue que mi derrota estaba clara. Perdía uno de mis peones amenazados y con ello se frustraba mi ataque. Descubrí no obstante que aún me quedaba una debilísima esperanza. Cuando perdiese el primer peón, podría, con una jugada aparentemente débil, ofrecer otro más. Si mi adversario lo tomaba, yo sacrificaría además una pieza menor, pero entonces las cosas se pondrían mal para él. Cierto que yo no había calculado la situación hasta el final, pero de aquello podría derivarse un mate.

En circunstancias normales, esa es una esperanza que se desvanece rápidamente, porque, si ofrecía el segundo peón, lo lógico era que mi adversario entrase en sospechas. Si consideraba la situación con detenimiento, por lo menos tendría que caer en la cuenta de lo que ya acababa de descubrir, pues, desde luego, él no tenía ni un pelo de tonto.

No me era necesario pensar mucho, puesto que se trataba de mi única esperanza. Si él no aceptaba mi sacrificio, lo mejor que yo podía hacer era abandonar inmediatamente, pero en aquel momento se me ocurrió una idea para apuntalar un poco aquella esperanza.

Una vez más estudié rápidamente todas las posiciones. Encontré lo mismo que había hallado al principio. Necesitaba aproximadamente diez jugadas más y disponía aún de una hora de tiempo. Haría un poco de teatro y me mostraría visiblemente arrepentido de haber jugado con demasiada prisa, disponiendo aún de tanto tiempo. Apoyé la cabeza en las manos como si quisiera encontrar una salida en tan desesperada situación. En realidad había decidido pasarme una hora sin pensar en el ajedrez. Prefería recitarme mentalmente poemas o mis logaritmos de la escuela técnica.

Doda se pavoneaba por la sala, y mis competidores no dejaban de fijarse en mis rojas orejas. Lentamente, demasiado lentamente, iban transcurriendo los minutos. De vez en cuando sonaban aplausos cuando en algún sitio de la sala se terminaba la partida. Luego volvía a hacerse el silencio.

Según el reloj, quedaban aún dos minutos hasta el límite de tiempo. Precisamente aquel era el margen que me había propuesto para la ejecución de las diez jugadas restantes. Hice la jugada que había pensado una hora antes. Doda volvió rápidamente al tablero y, después de meditar un breve tiempo, tomó mi peón. Con fingida alarma, miré el reloj y, con la velocidad del rayo, le puse otro peón delante de las narices. Doda sacudió la cabeza, miró mi reloj y tomó el peón. Seguramente pensó que yo estaba entregado y que, por el apuro de tiempo, había perdido todo control e iba a sacrificar una pieza tras otra. Con fulgurante rapidez, ¡otro sacrificio más! Esta vez Doda sospechó algo, puso la cabeza entre las manos y pensó intensamente. Pero ya era demasiado tarde. «Lo que un instante corrompe no puede ser redimido ni siquiera con toda una eternidad», escribió una vez Stefan Zweig. Golpe tras golpe iba acorralando al rey negro. Dos minutos escasos habían bastado para llevar a cabo el ataque aniquilador. Poco antes del control del tiempo, mi adversario abandonó. Los competidores se acercaron rápidamente y desataron improperios sobre la suerte endiablada que había vuelto a tener ese Pachman. Una posición tan pésima y, además, corto de tiempo... Las conclusiones precipitadas suelen resultar perjudiciales en el ajedrez, pero esa vez le costaron a mi adversario un punto en el torneo.

En todos los torneos ocurren semejantes dramas silenciosos. Se dan en cada ronda. Los espectadores que están en la sala muy raramente se dan cuenta de eso y resulta difícil hacerles comprender las interioridades de tales experiencias. Desde luego, el ajedrez no consiste sólo en su teoría. Para poner en claro esto, se necesitarían millares de páginas. El ajedrez tiene también una faceta psicológica.

Cuando te dispones a enfrentarte con un adversario determinado, no basta con conocer las variantes que él suele jugar. Hay que estar enterado también de su carácter, de sus peculiaridades. Porque en el estilo de su juego se pone también de manifiesto su manera de ser. Una persona temerosa se «atrincherará»; de él pueden esperarse pocos ataques por sorpresa. Un temerario, en cambio, es capaz no sólo de combinaciones inverosímiles, sino, a veces, incluso de combinaciones algo incorrectas.

En la evolución del ajedrez se percibe también, de un modo muy especial, la evolución del pensamiento humano. El ex-campeón mundial doctor E. Lasker, un hombre multifacético, ma-

temático y filósofo, puso de relieve un interesante paralelismo entre la evolución de la estrategia ajedrecística y la estrategia militar.

El mejor jugador de ajedrez en tiempos de la gran revolución francesa, A. D. Phillidor, que, en el café de la Régence, llegó a jugar incluso con Robespierre, descubrió una estrategia que expresó con la máxima de que «los peones son el alma del juego». Colocaba estas debilísimas piezas en columnas, como era característico también en estrategias de lucha de los soldados franceses de la revolución. Labourdonais descubrió en el ajedrez la ruptura central que Napoleón puso en práctica en los escenarios bélicos europeos. El norteamericano Morphy solía utilizar el rápido cambio de posición de las piezas menores, lo que recordaba las marchas de Washington. El estilo posicional de Steinitz recuerda la estrategia de trincheras de la primera guerra mundial y (con esto puede completarse a Lasker) las partidas de Alekhine y de Tal recuerdan los ataques relámpagos de la segunda guerra mundial. No sé cómo podría demostrar que Bobby Fischer utiliza la estrategia del terror atómico, pero si todo encajara tan armoniosamente, no resultaría ni la mitad de interesante.

He corrido mucho mundo, conozco Europa, América y Asia. En todas partes he pasado largas semanas, sentado horas incabables ante el tablero, he escrito libros y más libros de ajedrez y a veces me ha atormentado la duda de si todo no será trabajar para nada. Cuánta energía anímica se malgasta, por ejemplo, en el problema de si, en una posición determinada, uno debe avanzar con un peón una o dos casillas. ¡Cuánto papel se escribe con consideraciones sobre esos y otros problemas incapaces de conmover al mundo! Los maestros de ajedrez malgastan las energías de sus cerebros en sus partidas, a pesar de que quizá podrían utilizar mucho mejor su capacidad intelectual. Posiblemente, si no existiesen tales partidas, yo habría construido algún tipo nuevo de avión. ¿Quién sabe?

Una vez les confiaba a mis amigos las preocupaciones y ansiedades con respecto a eso. El escritor Jiri Fried llegó a describirlas en una interesante novela corta con el título *Casovatisen*. Al final de su relato, rebatía las dudas que yo no soy el único en alimentar. Afirmaba que el juego del ajedrez alegra a los hombres, les ofrece relajamiento, diversión, instantes hermosos, y, por ello los maestros ajedrecísticos deben consolarse cuando se rompen la cabeza buscando nuevas variantes, porque



de ese modo hacen algo para el entretenimiento de los meros aficionados.

Hay jugadores aplicados y los hay que son verdaderos bohemios. El gran maestro húngaro Portisch estudia ajedrez, al parecer durante ocho horas al día. Lo estudia de un modo completamente sistemático y no por cierto para escribir luego libros, sino para proporcionar a sus futuros adversarios horas amargas. Pero nadie ha podido hasta ahora sorprender al gran maestro argentino Pilnik sentado en su casa ante un tablero de ajedrez. Pasaba su tiempo libre en tertulias de casinos o en compañía de hermosas mujeres.

Hay jugadores que permanecen pegados al mostrador de algún que otro local hasta las cuatro de la madrugada, se pasan la mañana durmiendo y por la tarde se dedican al juego. Existen en cambio, verdaderos ascetas del ajedrez. Uno de ellos fue durante muchos años el campeón mundial Mijail Botvinnik. En 1960 estuve en su «dacha», junto a Moscú, invitado a almorzar. En la mesa preguntó si quería tomar un vaso de vino, pero se disculpó inmediatamente por lo inapropiado de la pregunta, ya que aquella tarde yo debía jugar una partida. A pesar de eso, bebí un vaso y le pregunté, asombrado:

—Y usted, Mijail Moiseievich, ¿por qué no bebe? Usted no juega en este torneo.

Botvinnik dijo que no, que no podía beber vino, porque se estaba ya preparando para el desquite contra Tal. Era en junio o en julio cuando estábamos comiendo. El match de desquite contra Tal no se celebraría hasta marzo del año siguiente.

—Si hay que vivir así para ser campeón mundial, me alegro de no serlo —le dije entonces a Botvinnik.

Se echó a reír, me sirvió otro vaso de vino y por su parte bebió agua mineral marca Borzom.

Hace algunos años tuve la intención de escribir alguna vez un relato de mis viajes, pero, ¿qué habría podido decir sobre los países que había visitado? La mayor parte del tiempo la pasaba encerrado en las salas de torneo o frente al tablero en la habitación del hotel. Las pocas horas que me quedaban libres iba a bañarme, leía una novela policíaca o jugaba al bridge. Las excursiones y giras formaban parte de los deberes desagradables de los torneos. Me excusaba siempre que podía, porque era un estorbo para mi concentración.

Algunas veces estos viajes constituían una auténtica peripecia. Cuando en 1962 estaba en Cuba, se declaró el bloqueo de

la isla. Cuba quedó excluida de la organización de estados americanos. Desde Cuba debía ir a la Argentina, a Mar del Plata, para tomar parte en un torneo. Mi visado argentino estaba con mi billete de avión en Río de Janeiro, pero ¿cómo llegar hasta allí?

De un modo u otro me enteré de que era posible trasladarse en avión a Brasil o a la Argentina... ¡pasando por Praga! Desde La Habana a Praga había dos veces a la semana un vuelo directo y, si se tenía la suerte de enlazar en Praga, se podía viajar a la Argentina poco después de la llegada del avión.

Pero en 1962 yo era aún muy joven. Me atuve a mis conocimientos geográficos, pues lo que yo quería era ir desde La Habana a Buenos Aires. Algo muy simple aparentemente. Sólo necesitaba para ello tres visados. Empecé por el brasileño, y con éxito. Si quería pagar el sobreprecio por tramitación rápida, podría recoger el visado dentro de una semana. Pagué. Luego me dirigí al consulado mejicano.

—¿Un visado de tránsito? No hay inconveniente, señor. Haga el favor de rellenar estos cuestionarios.

Una dama joven, elegante y cortés, me entregó seis extensos formularios. Los rellené a toda prisa, añadí luego las fotos exigidas y entregué el conjunto a la joven señora.

—¿Y cuándo quiere usted partir?

—Ah, no corre tanta prisa. A finales de la semana que viene.

Una respuesta muy ingenua. La joven y amable señora no pudo reprimir una fina sonrisa.

—El visado de tránsito tarda en concederse seis semanas, en casos muy importantes y excepcionales podemos facilitarlos en cuatro semanas. Tendrá usted que esperar, señor.

No podía esperar, mejor dicho, no podían los adversarios que me aguardaban en Mar del Plata. Mi intento de conseguir un visado venezolano fracasó. Entonces llegó a mis oídos la extraña noticia del vuelo pasando por Praga. Cuando quería encargar un billete me enteré de una oportunidad mejor. Una semana más tarde un avión especial volaría desde La Habana a Chile y al Brasil. Ese aparato lo estaban aguardando centenares de viajeros, en su mayoría personas que querían trabajar en Cuba y que ahora se encontraban en la misma ratonera que yo. Calculé, exactamente como estarían haciendo ellos, que si volaba en el avión especial, no necesitaría ningún visado de tránsito; en el peor de los casos, me resignaría a no salir del aparato.

Pero, poco antes de la fecha de apertura, el maestro cubano Jiménez recibió también una invitación para el torneo en Mar del Plata. Lo acompañaría el presidente de la federación cubana de ajedrez. Nos dispusimos por tanto a emprender los tres juntos el viaje con dirección a Ecuador. Despegamos con cuatro horas de retraso, después de cinco horas de vuelo aterrizamos antes de la una de la noche en el aeropuerto de Guayaquil. Nuestro vuelo transcurrió muy cómodamente, en total cuatro pasajeros. Después del aterrizaje, me dirigí rápidamente a la puerta de salida para, por lo menos, respirar un poco de aire fresco. Apenas colocaron la escalerilla, puse un pie en el primer peldaño, pero retrocedí con la misma rapidez al interior del aparato. Porque unos cincuenta soldados, empuñando pistolas ametralladoras, rodeaban en semicírculo nuestro avión. Un cuadro verdaderamente terrorífico. Pronto nos enteramos de la causa de aquella escena: una manifestación en el aeropuerto. Unos doscientos manifestantes pedían claramente a la policía y a los militares que los dejaran llegar a nuestro aparato. Se habían enterado de que, después de una interrupción de mucho tiempo, nuevamente iba a aterrizar un avión cubano. Ahora querían aliviar su permanente malhumor con gritos de «¡Cuba sí, yanquis no!»

Nuestro aparato fue repostado a toda prisa y escasamente media hora más tarde estábamos de nuevo en el aire, esta vez en dirección a Santiago de Chile. Por el camino nos comunicaron que en Santiago tendríamos que aguardar veinticuatro horas, porque los pasajeros que debían subir allí no habían cumplimentado todos los requisitos necesarios para el viaje. Mis compañeros cubanos no necesitaban ningún visado, ya que Chile no había roto las relaciones diplomáticas con Cuba, pero a mí me amenazaba ahora el peligro de tener que pasar un día entero en el avión, perspectiva que no resultaba nada agradable teniendo en cuenta el intenso calor. ¿Qué podía hacer? ¿Bajar sin visado? Es lo que hice aprovechando el gran barullo que había en el control de pasaportes mientras se revisaba a pasajeros de otros dos aviones. Me deslicé sin que me vieran. En Santiago comuniqué a mis conocidos mi imprevista llegada, pasé con ellos una noche agradable y sólo a la mañana siguiente empecé a preocuparme de cómo podría volver al avión. Porque era domingo y en el aeropuerto apenas había movimiento. Las posibilidades de no ser descubierto eran mínimas. No me quedó más remedio que mostrar mi pasaporte con una tranquilidad

estoica. El funcionario que estaba de servicio lo revisó e hizo la pregunta inevitable:

—¿Dónde tiene usted el visado chileno?

—Desgraciadamente no lo tengo, porque en La Habana no me lo pudieron dar.

El hombre enmudeció de asombro. Sólo al cabo de cierto tiempo preguntó:

—¿Cómo está usted aquí, pues?

—Porque llegué ayer con el avión especial cubano.

—¿Y salió usted del aeropuerto?

—Como usted ve, sí, ¿por qué no? ¿Iba a pasar aquí la noche?

Desde luego mi argumento no le hizo ninguna gracia, pero empezó a hojear de nuevo mi pasaporte y a buscar el sello de entrada.

—Debe estar en alguna parte. Estoy seguro de tenerlo.

Comprobó que no estaba estampado el sello correspondiente. Entonces empecé a lanzar improperios contra el desorden reinante en el país. En Praga nunca podría pasar una cosa así. Yo no tenía la culpa de que aquí se hicieran mal las cosas.

Llamó al comandante, con quien se reanudó el debate. Yo temía la detención y un interrogatorio en regla, pero entonces acudió en mi ayuda un aliado imprevisto: el calor espantoso. A mis atormentadores les corría el sudor a chorros por la cara. Redactar unas diligencias, detenerme e interrogarme estaba, indudablemente, por encima de las agotadas fuerzas de aquellos hombres. Así pues, me dejaron pasar. Nuestro aparato voló en línea recta hacia el norte, cruzando el desierto, hasta llegar a Arica. Allí subieron nuevos pasajeros y seguidamente continuamos el vuelo hasta el puerto brasileño de Porto Alegre.

Otros treinta pasajeros estaban allí, a eso de las nueve de la noche, esperando nuestro aparato. Sentadas en sus maletas, las madres tenían en brazos a sus niños. La tristeza era general, porque la policía brasileña les había recogido los pasaportes y no permitían que continuasen el viaje. Entonces empezó para la tripulación de nuestro aparato una agotadora tarea nocturna. Voluntariamente uní mis esfuerzos a los de la tripulación y estuvimos corriendo de Herodes a Pilatos. Hablamos con el jefe del aeropuerto, con el comandante de la policía municipal y con el comandante de la policía republicana. A pesar de que conseguimos sacarlos a todos de sus camas, nuestros esfuerzos seguían resultando inútiles. Sólo a eso de las seis de la mañana se pudo despertar al gobernador. Este le dio a un comandante

la orden de que devolviese los pasaportes a aquella pobre gente. Dicho comandante transmitió la orden a otro, éste a un tercero y el último devolvió por fin los pasaportes. A eso de las ocho subimos al avión completamente agotados

Durante el viaje empecé a estudiar el plan de vuelo. Dos horas después de nuestra llegada a Río salía un aparato de la Air France para Buenos Aires. Ciertamente que primero debía recoger en la embajada argentina mi correspondiente visado (Argentina había roto poco antes las relaciones diplomáticas con Cuba), cosa que no me costó ningún trabajo, pero lo que no conseguí, a pesar del visado argentino, fue el permiso para continuar el vuelo.

Inmediatamente después de nuestra llegada a Río, nos detuvieron a los tres: a los dos jugadores cubanos y a mí. Quizá debería decir que solamente nos «retuvieron», pero mi portugués no era tan bueno como para poder distinguir matices tan finos del lenguaje. ¿Por qué nos retenían? Los motivos no podían ser más ridículos. Nuestro aparato sólo estaba autorizado para transportar pasajeros, pero no para descargar ninguno. Mostré mi visado brasileño y afirmé que con aquel visado podía entrar allí como quisiera: a pie o a nado por el mar. La policía no se dejó impresionar por mi ocurrencia. Nos encerraron en un cuarto inhóspito. Sólo al cabo de dos horas pude sostener una conversación telefónica con nuestra embajada. Seguidamente nuestro embajador y el embajador cubano se personaron en el ministerio brasileño de Asuntos Exteriores y dos horas más tarde estábamos en libertad.

Posteriormente nos enteramos de lo que había ocurrido. Habíamos sido víctimas de las diferencias entre el gobierno Goulart y el gobernador Lacerda. Goulart quería mantener las relaciones con Cuba, Lacerda no. La policía de este último nos detuvo, las autoridades federales nos ponían seguidamente en libertad.

Pero el aparato de la Air France se había marchado. Sólo al día siguiente pudimos continuar viaje. De este modo nuestro vuelo La Habana-Buenos Aires había durado cinco días completos. Habríamos tardado menos pasando por Praga, aproximadamente la mitad.

Mi regreso en avión desde la Argentina a Cuba no careció de complicaciones. Ciertamente en Buenos Aires pude conseguir fácilmente los visados de tránsito por Trinidad y Curaçao, que preferí por ser un camino más corto, pero un visado no

es siempre una garantía de que no habrá problemas. De eso ya me había convencido en Río.

En Trinidad un funcionario de uniforme caqui escrutó todos los ángulos de mi pasaporte, me pidió el billete de avión y me sorprendió con la pregunta:

—¿Dónde tiene usted su billete La Habana-Praga?

Lo miré consternado:

—¿Es que quiere usted mandarme directamente a Praga?

No, él no quería eso, pero debía mostrar mi billete de avión para Praga, porque «en Cuba reina una situación caótica» y por eso no era imposible que no me dejaran desembarcar. En ese caso me reenviarían a Trinidad y yo pasaría a ser una carga para Su Graciosa Majestad.

Emprendí una larga campaña de persuasión: estoy en poder de un «visado de cortesía», lo que me capacita para estar en Cuba todo el tiempo que quiera. Me esperan allí y Fidel me conoce mucho (la exageración nunca perjudica en tales casos). Hablé y hablé, pero todos mis argumentos se estrellaban contra el moreno mocetón. Faltaban veinte minutos para el vuelo. Un último y radical intento, nacido de la pura desesperación: con el más perfecto estilo de los colonizadores, lo increpé:

—*I have many friends in London.* El viceministro del Foreign Office es amigo personal mío. Paso los fines de semana en su casa de campo jugando al bridge con él. Le presentaré mis quejas sobre usted. Esto le enseñará a comportarse.

Dios me perdone. Por única vez en mi vida he actuado como un racista. El pobre se asustó enormemente y a los pocos minutos estaba yo en el avión.

# 11

## Encuentro con la joven revolución

Di este título en otros tiempos a mi primer reportaje desde Cuba. Cantaba en él a las animosas milicias femeninas cubanas que montaban la guardia delante de mi hotel. Eso era a comienzos de 1962, poco después de los acontecimientos de Playa Girón. Reconozco que me impresionó mucho el valor con que los cubanos, no lejos de la costa norteamericana, asestaron aquel golpe.

Después de mi llegada a Cuba me asignaron un acompañante, un muchacho de veintiún años llamado José. Este José, ya desde sus diecisiete años había intervenido en acciones de los partisanos contra Batista. Con escasamente veinte años, a causa de aquellas acciones nocturnas y entre la niebla, se había roto su matrimonio que sólo hacía un año que contrajo. El motivo fue que no podía decirle a su joven esposa dónde pasaba las noches.

José entró en mi habitación del hotel y empezó a hablar por los codos:

—Compañero Pachman, quiero explicarle primeramente los principios de la revolución cubana. Es una revolución de los pobres para los pobres...

En este momento conseguí interrumpir su raudal de palabras:

—Mire usted, José; ya he oído muchas cosas de la revolución. Venga, vamos a bañarnos.

El joven se puso muy triste e intentó una vez más, en la piscina, dar sus explicaciones ideológicas de hombre a hombre, pero, poco después se resignó a callarse. Viajamos juntos en el coche por toda Cuba. Yo pronunciaba conferencias en todas las provincias y jugaba al ajedrez. José afirmaba, serio y convencido, mientras yo conducía el vehículo, que estaba pasando más miedo que en tiempos de Batista. Nos hicimos buenos amigos. Yo lo llamaba «Cheíto». En realidad influía en nuestras relaciones amistosas el hecho de que él se había enamorado de un miembro femenino de una delegación deportiva checoslovaca. Yo le ayudaba como intérprete y José me estaba infinitamente agradecido.

A raíz de mi primera visita a Cuba conocí a Fidel Castro en un partido de béisbol. Fidel jugaba con uno de los equipos y, cuando cometía una falta, la gente le gritaba dándole ánimos o se reía de él. Aquello me gustó. Sabía ya que nuestro Antonín Novotny no permitiría nunca que alguien «lo pusiese en ridículo en un estadio. Hablamos con Fidel en la tribuna y me dijo que también él jugaba al ajedrez. Una vez lo vi jugar. Ya su segunda jugada fue completamente espantosa. Me dijeron que los miembros del gobierno organizaban de vez en cuando un pequeño torneo de ajedrez y que en uno de estos, Fidel había conseguido el segundo puesto. Imagino que los miembros del gabinete le ayudaron un poco para lograr ese resultado.

El primer puesto en ajedrez lo ocupaba, sin competencia, el doctor Guevara, el conocido «Che». En Europa también lo habían considerado un jugador excelente. Jugaba con mucha afición y apasionamiento. Cuando se celebraba algún torneo en La Habana (lo que, desde 1962, ocurría todos los años porque se jugaba el «Memorial Capablanca»), apenas podía encontrarse en el ministerio. Estaba con nosotros en la sala y contemplaba casi todos los encuentros para, seguidamente, jugar con nosotros partidas relámpago. El «Che» era un hombre de relevantes cualidades, extraordinariamente modesto, un auténtico revolucionario, un idealista. Lo visité con frecuencia en su villa, la última vez en septiembre de 1964. En aquella ocasión se quedó considerando pensativamente una partida y, de pronto, se volvió hacia mí y me dijo con su peculiar impulsividad:



—Mire, compañero Pachman, no me hace ninguna gracia jugar a ministro. Me gustaría: o jugar al ajedrez como usted, o hacer la revolución en Venezuela.

Es curioso que el «Che» hablase entonces de Venezuela y no de Bolivia. Me acuerdo con toda claridad de eso y sé también lo que le contesté:

—Mire usted, comandante, hacer una revolución es, desde luego, interesante, pero jugar al ajedrez es más seguro.

Se echó a reír y dijo que, desgraciadamente, no jugaba al ajedrez tan bien como yo, pero que tenía más experiencia de lo que es una revolución. Medio año más tarde dimitía, dejaba su puesto de ministro de Industria, abandonaba Cuba y se iba como guerrillero a los bosques de Bolivia.

El motivo de su marcha habría que buscarlo, principalmente, en sus diferencias políticas con Fidel. El modelo del «Che» era Mao. Era un secreto a voces que no miraba con simpatía a los soviéticos. Como es natural, se mostraba muy prudente en los discursos políticos, que rehuía siempre que le era posible, pero, por pequeñas alusiones, se notaba muy a las claras cuáles eran sus puntos de vista.

Todavía en el verano de 1963 se disputó en Cuba, en el terreno de la política exterior, la lucha de la orientación a seguir. En un gran mitin que se celebró en la Plaza de la Revolución, Fidel criticó con duras palabras la política soviética. Presencié aquel mitin con Eugenie, quien por primera vez había venido a Cuba. Fidel habló cuatro horas largas y no resultó nada fácil escucharlo todo ese tiempo. Su monótono discurso fue interrumpido por la explosión de una pequeña bomba muy cerca del lugar donde estábamos. Fidel mantuvo una férrea serenidad y se burló del incidente con un chiste. Cuando los fidelistas se disolvieron, a eso de la media noche, saludaron con mucha ostentación a un grupo chino que estaba presente.

Pero al año siguiente se produjo el cambio de orientación. La economía cubana estaba al borde del caos y los soviéticos inyectaban millones de dólares en el lejano país. Fidel se mostró realista y el «Che» se fue a Bolivia a morir.

Entre 1962 y 1967 visité Cuba todos los años. Ayudé a organizar allí el deporte del ajedrez y tomé parte con regularidad en el «Memorial Capablanca». En cada viaje que hacía a Cuba, esperaba encontrar mejores condiciones de vida. Pero la evolución era más bien en sentido contrario. Cuando en 1966 tuvo lugar en La Habana la olimpiada ajedrecística los cubanos ya

vivían a base de miserables raciones de hambre. En el país del café, la taza de café se había convertido en un lujo. En el país de los cigarros, el tabaco sólo se daba por cartillas de racionamiento. Todos los años anunciaba el gobierno una gigantesca acción para alcanzar una cosecha record de azúcar, que debía resolver todas las dificultades, pero las cosechas de azúcar eran cada vez peores y los beneficios pronto fueron menores que en la era Batista.

La olimpiada ajedrecística se inició muy pomposamente. Durante los encuentros se organizó un lujoso banquete como yo no había visto nunca en mi vida. Participaron en el mismo el gabinete en pleno, todo el cuerpo diplomático y más de trescientos maestros de ajedrez que intervenían en la olimpiada. En la Plaza de la Catedral se colocaron mesas que se arqueaban literalmente bajo el peso de los manjares más escogidos. Por contraste, desde las casas de los alrededores nos veían personas que aquella noche no habían comido más que un poco de arroz seco. Aquello me ponía de mal humor.

En aquel banquete, Fidel me llamó a su lado y me pidió que escribiese un libro sobre la olimpiada. Debía publicarse en cuatro o cinco idiomas. Le prometí que lo empezaría en cuanto regresase a Praga, pero Fidel rechazó eso con una carcajada:

—Nada de eso. En Praga no. Usted se queda cómodamente con nosotros en Cuba y escribe el libro inmediatamente.

No se podía pensar en llevarle la contraria, cosa que yo ya había experimentado aquella misma noche. Fidel me había ofrecido un cigarro. Rehusé, diciendo que no fumaba, pero él insistió:

—Si es usted amigo de Cuba, pruebe a fumar ahora, en el acto.

Lo probé, me atraganté y me pasé toda la noche procurando quitarme el gusto del tabaco con cubalibres.

A la cuestión del libro contesté que me era imprescindible estar de regreso en Praga lo más tarde dentro de quince días y que no podía escribir un libro tan rápidamente, pero él no se dejó convencer y apeló a mi espíritu revolucionario. Finalmente concertamos que me ayudaría a escribir nuestro gran maestro doctor Filip. Para los trabajos pequeños tendría a mi disposición toda una plantilla de secretarías, correctores de ajedrez y traductores.

Fue la más curiosa confección de un libro que jamás me

haya tocado experimentar. Disponía de cuatro grandes despachos y un total de más de dieciocho ayudantes. Juntamente con Filip iba estudiando las partidas. Dictaba los comentarios en castellano. Las secretarías los escribían y los traductores los iban vertiendo simultáneamente del castellano al inglés, ruso, alemán y francés.

La cosa parecía muy simple, pero aquello sólo funcionaba bien en rarísimos casos. Los primeros días tuve más trabajo con «mi personal» que con las partidas de ajedrez. A mis ayudantes no había quien los encontrara por ninguna parte. O estaban tomando café (aprovechando la rara oportunidad de tomar café en el hotel de lujo, cosa que no les resultaba tan fácil en sus casas) o se sentaban aquí y allá y descansaban. Mi secretaria no podía resistir el ritmo del trabajo ni siquiera dos horas. Me vi obligado a convocar una reunión en la que les hice a todos un concienzudo lavado de cerebro e introduje un sistema de control. Cada uno de mis dieciocho colaboradores recibía, consignada en una ficha, una lista de las tareas que debía realizar durante la jornada. A la caída de la tarde, yo controlaba y refrendaba lo que habían hecho.

A pesar de eso, seguía siendo una empresa totalmente química. Los traductores realizaban un trabajo totalmente inaceptable. Ya en el segundo día tuve que tirar el texto alemán al cesto de los papeles. Mi traductor estaba en violento pie de guerra con la gramática. Su forma de expresarse no podía ser más anticuada. Requerí a otro hombre, que ya en la primera página cometió dos errores garrafales. También hubo que desecharlo. Finalmente el doctor Filip y yo debíamos revisar las cinco versiones en los respectivos idiomas.

Aproximadamente el tercer día nos dimos cuenta de que no podíamos escribir el texto ruso. No teníamos máquina de escribir con caracteres cirílicos, y tampoco había donde adquirirla. En vista del apuro, llamé por teléfono al embajador soviético Alexeiev. Era el único diplomático soviético que me había impresionado hasta entonces. Era un hombre muy abierto y que dominaba varios idiomas, cosa esta muy rara entre sus colegas de profesión. Una vez fuimos con él Eugenie y yo, en auto, a media noche, y recorrimos toda La Habana para encontrar un local donde se pudiera escuchar un poco de música y beber algo. Todos los locales nocturnos estaban cerrados. Después de la prolongada e inútil búsqueda, movió tristemente la cabeza:

—Es realmente una lástima, *tovarich* Pachman, que los cubanos se hayan tomado el socialismo tan en serio.

Le rogué, pues, que me prestase una máquina (en alemán, *maschine*) rusa. Me la prometió inmediatamente. En aquella ocasión tuve que comprobar que mi dominio del ruso no era de los más perfectos, porque su secretaria volvió a llamar para preguntarme si quería la *maschina* con chófer o sin él. En ruso *maschina* significa auto; pero máquina de escribir se dice *maschinka*.

El caso es que recibí la máquina de escribir rusa y pude poner lo escrito también en caracteres cirílicos. En dieciocho días lo tuvimos, efectivamente, todo preparado, a pesar de que hasta hoy aún no sé cómo se pudo hacer aquello, puesto que para escribir mi libro tuve que revisar mil novecientas cuarenta y cuatro partidas con objeto de poder dar una apropiada visión de conjunto.

Por lo demás, aquel tiempo record fue absolutamente superfluo. La versión en castellano tardó en publicarse más de medio año. La inglesa se demoró un año más; y las demás no se publicaron nunca.

La Olimpiada de La Habana tuvo dos auténticas sensaciones. La primera corrió a cargo de Bobby Fischer. Los EE. UU. debían jugar un viernes contra la URSS. En consecuencia, Bobby rogó que se empezase el juego un poco más temprano con objeto de que pudiera acabarse antes de la puesta de sol. Bobby nunca juega al ajedrez en sábado. Los soviéticos rechazaron su deseo, aduciendo que Petrosian no podía en ningún caso empezar tan temprano y jugar sin haber tomado la comida del mediodía. En señal de protesta los norteamericanos no se presentaron y perdieron por incomparecencia 0:4. Finalmente se llegó a un acuerdo y la lucha se reanudó once días más tarde. Petrosian descansó y los soviéticos ganaron por escaso margen, 2 1/2:1 1/2.

La segunda sensación tuvo un carácter más imperecedero. El equipo cubano avanzó hasta situarse en el grupo final A. Un éxito que no habían esperado ni siquiera los más optimistas. En la tarde de la final de los grupos que quedaron en cabeza tuve que conceder varias entrevistas sobre este tema a los periódicos y a la radio. Verdaderamente cansado, me retiré a mi habitación, pero pocos minutos más tarde me interrumpieron la siesta. Llegaron unos veinte cubanos, entre ellos dos ministros, funcionarios de la Federación de Deportes y el presidente de la

**Federación de Ajedrez. Querían festejar conmigo aquel éxito, porque también yo había hecho méritos como entrenador del equipo cubano. Aquel reconocimiento me alegró. Claro que por aquel entonces no sospechaba aún que sólo una vez más iba a ver Cuba y que la prensa de Fidel iba a calificarme de «conocido contrarrevolucionario».**

# 12

## Encuentro con Bobby Fischer

Una de las causas de la atmósfera absolutamente peculiar de los torneos de ajedrez la constituyen sus actores. Los jugadores de ajedrez son hombres completamente distintos unos de otros, tranquilos o coléricos, taciturnos o locuaces, pero raramente insípidos. En los torneos se encuentran durante decenios con los mismos hombres, juntos visitan países extranjeros y casi todos son amigos entre sí.

Los buenos jugadores de ajedrez suelen ser hombres cultos y multifacéticos. Los jugadores geniales son de otra manera. Con Alekhine sólo se podía hablar de ajedrez. También Bobby Fischer rechaza cualquier otro tipo de entretenimiento y todos los demás temas de conversación. Cuando estábamos en la ciudad yugoslava de Portoroz, le señalé dos bonitas muchachas y le pregunté qué le parecían las *girls* yugoslavas. Hizo un ademán desdefioso y dijo:

—*Chess is better.*

Una vez estábamos él y yo con un nutrido grupo en un local nocturno. El director de la orquesta le rogó a Bobby que cantara algo. Lo hizo con visible entusiasmo y recibió grandes aplausos. Bobby dio las gracias sonriendo y declaró cuando hubo vuelto a nuestra mesa:

—Armstrong cobra diez mil dólares por una sola noche. Yo no gano tanto en un torneo. ¿Y si dejase el ajedrez y me metiese a cantante?

Ahora bien, en aquel entonces Bobby sólo tenía quince años, pero era ya campeón de los Estados Unidos y gran maestro internacional. En aquellos días aún iba vestido con pantalones vaqueros azules y abigarradas camisas T. Todavía un año más tarde se presentó con la misma vestimenta en un *cocktail-party* que se había organizado en nuestra embajada de Buenos Aires con motivo de mi triunfo en Mar del Plata. Se sirvieron diversas bebidas y los habituales emparedados. Al cabo de una hora, poco más o menos, Bobby se levantó de pronto y se despidió de nuestro embajador:

—*Bye, bye*, aquí no hay nada de comer; me voy a casa a cenar.

En aquella gira por Sudamérica coincidí con Bobby en todas partes. Primeramente jugamos en Mar del Plata. Poco después del comienzo del torneo, me declaró, verdaderamente lleno de optimismo:

—Juego contra usted con blancas, míster Pachman. Lo aplastaré.

Le pregunté si me permitiría defenderme un poco. Me concedió indulgentemente:

—Puede usted hacerlo. Así la cosa será, por lo menos, más interesante.

Cuando nos sentamos ante el tablero, atacó inmediatamente como un huracán. Pero yo estaba en forma, me defendí con toda precisión y pasé luego duramente al contraataque. Al aplazarse la partida, Bobby tenía una pieza menos, pero esperaba conseguir tablas. Cuando por fin tuvo que rendirse, se puso en pie de un salto, tiró las piezas de mala manera y escapó corriendo de la sala como si le estuvieran persiguiendo. Al día siguiente me avisó:

—*Next time I'll kill you* (la próxima vez te aplastaré).

Después del torneo vivimos unas dos semanas en el mismo hotel. Allí nos hicimos amigos e incluso empezamos a prepararnos juntos para el próximo torneo en Santiago. Le mostré a Bobby una de mis armas secretas: una nueva variante que yo quería jugar en la defensa siciliana con las negras. Había montado una estrategia muy notable ligada con el sacrificio de una pieza menor. Bobby me colmó de alabanzas, pero, en la soledad de su habitación, encontró en mi análisis un «agujero»

que no se podía pasar por alto. La sorpresa principal la tenían las blancas en la mano. Llevaba directamente al mate.

Bobby guardó silencio sobre su descubrimiento. Se limitó a anotar toda la variante en su cuadernillo de notas y completó el apunte con una nota al pie: «Jugar contra Pachman». Pero en Santiago no pudo ser: tuvo mala suerte en el sorteo; le tocaba jugar con las negras y no podía hacer valer su descubrimiento contra el hombre para el cual estaba destinado. Fue una partida como raras veces he jugado en mi vida. Estábamos los dos juntos a la cabeza del torneo. Bobby quería vengarse a toda costa de su derrota en Mar del Plata. Sacrificó una pieza menor e inmediatamente después una torre. Ya estaba mi mate en el aire mientras mi rey podía pasearse en seguridad por todo el tablero. De nuevo Bobby derribó todas las piezas y escapó de la sala sin haber firmado su capitulación.

En la ronda siguiente jugaba yo contra el colombiano Sánchez, un adversario que había jugado todas las partidas a «tablas rabiosas». Contra él era difícil ganar. Grande fue mi alegría cuando pude llevarlo a la defensa siciliana, ¡e incluso a la variante por mí preparada como arma secreta! Me lancé con gran ímpetu al ataque, pero, de improviso, sobreviene la sorpresa... y mi final. Mi rey estaba en mate. Incrédulamente me quedé mirando a mi adversario, que se había revelado como genial jugador atacante, y a mis espaldas Bobby estalló en una clara risotada:

—No ha sido Sánchez el que le ha ganado a usted. Le he chafado su variante. Él no ha hecho más que jugar lo que yo le he enseñado. *That's very nice.*

Me dominé lo suficiente no sólo para felicitar a Sánchez, sino también a Bobby. Sin sombra de reproche, le pregunté si no se le había ocurrido nunca decirme algo de su descubrimiento.

Se limitó a echarse a reír:

—¿Para qué? Quería gastarle una broma.

Los periodistas que estaban allí escucharon nuestra conversación. Al día siguiente la historia se propalaba por la prensa y la radio. Tomé la cosa por su lado cómico.

Lo cierto era que Fischer, con la ayuda de Sánchez, había vuelto a adelantarme en el torneo. Pero no acabó ahí la cosa. Dos días más tarde estuve paseando por Santiago con el joven jugador chileno Jáuregui. Hablamos de ajedrez y de todo lo divino y lo humano. De las cordilleras, de la belleza de las muje-



res chilenas y de las cualidades de los vinos chilenos. Cuando llegamos a la esquina que había antes de la sala del torneo, nos tropezamos con Bobby:

—Oh, mister Pachman —exclamó desde lejos—, ¿ha estado usted hoy preparando contra mí a su acompañante?

Sólo entonces caí en la cuenta de que aquel día jugaba Bobby contra Jáuregui.

—Naturalmente, Bobby. E incluso muy bien.

La prontitud de mi respuesta intranquilizó a Bobby. Cuando se inició la partida ya en las primeras jugadas pensó concienzuda y profundamente. Por casualidad Jáuregui jugó un sistema que también yo solía emplear. Eso confirmó a Bobby en sus sospechas. Una hora y veinte minutos estuvo meditando las primeras once jugadas. Quería jugar fuera de toda teoría, con objeto de evitar una posible sorpresa. Lo consiguió perfectamente. En la décimoquinta jugada perdió la dama, en la decimonovena se tuvo que rendir. Casi podría decirse que los remordimientos de conciencia le habían hecho perder un punto y con ello la esperanza de conseguir el primer puesto en el torneo.

Pero entonces el actual campeón del mundo era aún un muchacho. Poco después cambió de ideas con una rapidez desconcertante y cobró una apariencia completamente nueva. En lugar de los azules pantalones vaqueros, elegantes ternos a medida. Los premios que gana en los torneos se convertían en ropa. En poco tiempo llegó a reunirse con veinticinco trajes, pero, a pesar de eso, todavía hoy sigue siendo un fenómeno voluntarioso. Los organizadores no están nunca seguros de lo que va a hacer en el momento siguiente. En el año 1967 jugó en excelente forma en el torneo interzonal para el campeonato del mundo, luego se negó a comparecer en dos partidas (las perdió sin luchar), pero aún así continuó estando a la cabeza. Se marchó del escenario del torneo, volvió inesperadamente y derrotó en una partida miniatura a su compatriota y rival Reshevsky, tras lo cual se marchó definitivamente. Quizás entonces, con aquella escapada, huyó también del título mundial. Y casi estuvo a punto de repetir la misma historia en el año 1972, cuando tenía a su alcance la meta.

# 13

## Un periodista quiere organizar unos juegos olímpicos

Desde 1959, me dedicaba al periodismo además de al ajedrez. Estuve primero como redactor y posteriormente como director de la sección del extranjero en nuestro diario deportivo *Deporte checoslovaco*. En mi trabajo periodístico no sólo debía comentar acontecimientos deportivos, sino ocuparme también de asuntos fundamentales como, por ejemplo, el movimiento olímpico internacional, problemas de la situación de los aficionados y de los profesionales, dificultades con la llamada «cuestión alemana» y otras cosas por el estilo.

Mi trabajo en la redacción deportiva me parecía demasiado simple, muy poco creador. Por eso intentaba, de vez en cuando, imprimirle un poco más de colorido. Lo mismo hice en mis informes sobre los juegos olímpicos de Roma en 1960. Publicábamos todos los días diversas columnas con anécdotas olímpicas al margen. Esos informes eran definitivamente indigestos y secos. Para poner remedio a eso concerté una apuesta con los colegas de redacción en el sentido de que me inventaría cinco sucesos sensacionales que haría pasar en el periódico sin que nadie se diese cuenta de lo más mínimo. Así lo hice y estuvo en un tris que la cosa tuviese un final desagradable.

Inventé, entre otras cosas, que la célebre campeona de saltos Rudolph se había enamorado del no menos famoso Norton. La joven pareja de deportistas pensaba incluso en el matrimonio. A la mañana siguiente hojeé como de costumbre los periódicos extranjeros que habían llegado a la redacción y descubrí, consternado, que todos ellos, todos sin excepción, habían recogido «mi» noticia sensacionalista. Los húngaros y los rumanos, la prensa de la República Democrática Alemana y la de Polonia, incluso el periódico deportivo soviético y un diario occidental habían aceptado el bulo. Lo curioso es que la casualidad hizo que, después de los juegos olímpicos, la señorita Rudolph se casara efectivamente, aunque con otro hombre.

Cuando en 1963 estábamos en Cuba, se organizó una excursión para pasar el día en el campo. Como soy un perezoso, retrocedo en la mayoría de los casos ante empresas tan agotadoras; pero Eugenie fue. Volvió diciéndome que no lejos de La Habana había encontrado en su cabaña al pescador Anselmo, aquel pescador que le sirvió de modelo a Hemingway para su libro famoso. Me dolió haberme perdido aquel encuentro tan interesante, pero basándome en la descripción de Eugenie, escribí un reportaje con el título «Encuentro con el viejo Anselmo». Los de mi redacción consiguieron así un premio especial y el que era entonces nuestro redactor jefe recalcó en una reunión de compañeros que temas así era los que había que buscar y que debían escribir sus reportajes en aquel fluido «estilo Capek». Me enfadé mucho cuando, a mi regreso, los colegas me saludaron gritándome:

—¡ Ven aquí, viejo Capek-Chod!

Cualquier periodista que haya trabajado en los años cincuenta en nuestra prensa o en la radio tiene que haber faltado alguna vez, de un modo u otro, a la ética periodística, se afirma entre nosotros. No puedo demostrar que eso sea cierto, pero, por lo que a mí se refiere, tengo ciertamente dos pecados de esta índole sobre mi conciencia. Una vez atacué violentamente a mi condiscípulo, luego conocido escritor Josef Skvorecky, porque en una novela corta escribió despectivamente sobre el ajedrez. La segunda falta, un asunto que hay que tomar mucho más en serio, la «cometí» en el marco de una campaña totalmente organizada «desde arriba». Por aquel entonces se nos ordenó tronar contra la emigración. Si no recuerdo mal, se había anunciado una amnistía, y nuestros ataques contra la emigración debían tender a incitar a los «súbditos del estado

que estuviesen en el extranjero sin permiso oficial» a que regresasen y a infundir temor a los que estaban en el país respecto a una posible huida de la república.

El ministerio del Interior me envió datos sobre el caso de la que había sido nuestra representante del patinaje artístico, Jana Mrazkova. Construí con todo eso un artículo muy estúpido porque, en aquel entonces, ni siquiera en sueños se me habría ocurrido la idea de que también el ministerio del Interior podía mentir. Por regla general, los artículos de aquella índole se firmaban con seudónimo, pero a mí eso me parecía indigno. Así pues, puse mi nombre completo al pie del artículo en que insultaba a Jana, porque había huido con su esposo a Canadá pasando por Yugoslavia e Italia. Una vez publicado mi impertinente trabajo, llegaron tres cartas anónimas a nuestra redacción y además un escrito muy mesurado y muy digno de la misma Jana Mrazkova a quien tan injustamente había atacado. Desgraciadamente aún no he contestado a su carta para presentarle mis disculpas. ¡Ojalá pueda servirle de satisfacción saber que contra el autor del ataque a su persona se han publicado, mientras tanto, en Checoslovaquia, ataques mucho más virulentos!

Uno de los temas favoritos de toda nuestra prensa era entonces el desenmascaramiento del imperialismo alemán occidental. En el terreno deportivo llevamos a cabo diversas campañas en apoyo de la República Democrática Alemana. Sólo a mediados de los años sesenta algunos periodistas suavizaron e hicieron más objetivos sus escritos y se esforzaron por entablar un diálogo decoroso. Eso se puso de manifiesto sobre todo en la revista literaria *Literarni listy*. En el otoño de 1966 llegué a la conclusión de que también en lo deportivo debía emplearse una forma de escribir parecida. Por aquel tiempo, precisamente, acababa de decidirse que los juegos olímpicos del año 1972 se celebrasen en Munich. Contra esta decisión desató una furiosa campaña toda la prensa de la Europa oriental.

Me acordé del adagio latino *audiat et altera pars* (también hay que oír a la otra parte) y me trasladé a Munich para hablar con el entonces alcalde, doctor Vogel. Aquel viaje no se me contaba en Praga como viaje de servicio, pero lo principal fue que me entregaron mi pasaporte y me permitieron dirigirme a occidente.

Mi conversación con el doctor Vogel la recogí en un pequeño aparato Grundig y casi me ocurre entonces un percance. Con

el nerviosismo, apreté el botón de «reproducción» y no el de «grabación». Por fortuna, un curioso gruñido de mi aparato hizo que el doctor Vogel sospechase algo. Me llamó la atención sobre aquello (yo difícilmente habría descubierto el error) y volvimos a sostener la conversación desde el principio. Esa conversación se publicó en nuestro periódico sin alterar lo más mínimo. Eran las primeras palabras positivas que circulaban en toda la Europa oriental sobre los Juegos de Munich.

En Munich me dejaron ver todos los planes de construcción relacionados con el proyecto olímpico. Comprobé entonces que la metrópolis de Baviera tenía problemas análogos a los de Praga en lo referente a medios de transporte, instalaciones deportivas y posibilidades de alojamiento. Por tanto, si en Munich podrían celebrarse los Juegos, ¿por qué no también en Praga?

A principios de 1967 estuve una vez más en Munich para mantener una conversación con Willi Daume, el presidente del comité nacional olímpico de la República Federal y director del comité de organización de los Juegos de 1972. Hablamos principalmente de cuestiones de política deportiva, entre otras de un problema muy discutido en el deporte internacional: la condición de miembro y los derechos de la República Democrática Alemana en las instituciones deportivas internacionales.

Al regresar a Praga tuve muchas dificultades para publicar la entrevista. Nuestro redactor jefe se tomó repentinamente una semana de vacaciones y me dijo que yo mismo resolviese aquel asunto como me pareciera. Ya antes de mi viaje había recibido objeciones contra aquel proyecto; ahora debía tratar el caso con el comité central del partido comunista checoslovaco y con el Ministerio del Exterior. Eso resultó bastante difícil, aunque empleé el truco, entre nosotros muy corriente, de decir en el comité central que el Ministerio del Exterior estaba de acuerdo con que se publicara la conversación, y, en el Ministerio, que el comité no tenía nada que objetar. En realidad, las dos instituciones mostraron sus reservas. El asunto se prolongó varios días y por fin se me comunicó que podría publicar la entrevista únicamente si los compañeros de la República Democrática Alemana no tenían ninguna objeción que oponer.

Así pues, tomé el avión para Berlín. Allí tenían ya noticias del asunto. En la mesa de conversaciones, me encontré frente a una abrumadora mayoría. Estaba el vicepresidente de la Federación de Deportes que se encargaba de las cuestiones ideoló-

gicas, el director del departamento educacional de la misma institución, el redactor jefe de *Sport-Echo* y otros funcionarios, entre ellos, naturalmente, también un compañero de la respectiva sección del comité central de la SED.

El punto de vista de mis interlocutores o, mejor dicho, de mis adversarios, era totalmente inequívoco. La entrevista no podía publicarse porque el señor Daume ¡criticaba en ella a la República Democrática Alemana! Traté de explicar que en un diálogo siempre se desliza alguna crítica, que en la conversación yo defendía a la República Democrática y que eso era lo que ellos querían. No, eso no podía ser, un diálogo así era demasiado peligroso. ¿Dónde se iría a parar si se dejasen introducir tales métodos? Repliqué que, sin embargo, yo había defendido nuestro punto de vista y que los lectores podían formar por sí mismos su propio juicio. ¿Por qué habíamos de temer eso? Por lo visto, se oponían con todo rigor a que la gente pudiera formarse un juicio propio.

La discusión se continuó en un ambiente más acogedor del Bar Budapest. Allí apareció también el redactor jefe, que se encontraba precisamente en la República Democrática, del periódico deportivo soviético, señor Novoskolzev, quien desde lejos, gritó:

—Daume... no publicar nada.

Le pregunté si había leído la conversación. Naturalmente, no; pero Daume era un imperialista.

Pero con el vino la discusión se hizo algo más fácil y, hacia las tres de la madrugada, se había llegado a un cierto «compromiso». La entrevista podría publicarse si en la misma edición de nuestro periódico aparecía también un artículo donde Herr Daume fuese «desenmascarado». Por la mañana telefoneé a Praga, informé a los compañeros sobre lo ocurrido y se me comunicó que era yo quien debía escribir el artículo en cuestión, preferiblemente desde el mismo Berlín. Aquello me dejó sorprendido. Yo había expuesto mi postura con toda claridad en Munich. No tenía el menor motivo para «desenmascarar» ahora a Herr Daume, a posteriori. A causa de esto se originó de nuevo un tumultuoso debate con el resultado de que los compañeros del *Sport-Echo* se encargaron por su cuenta del «desenmascaramiento» y lo transmitieron por teletipo a Praga, donde dicho artículo apareció como editorial sin firma. Pero mi conversación con Herr Daume se publicó en el mismo número y fue decididamente el mayor éxito de mi carrera periodística

hasta el año 1968. Envié muy satisfecho a Herr Daume el ejemplar con su entrevista y posteriormente, en el otoño de 1968, le conté cómo se había conseguido su publicación.

Después de mi segunda estancia en Munich trabajé en el bosquejo de un proyecto sobre cómo podrían organizarse en Praga unos juegos olímpicos. Calculé un presupuesto muy moderado de seis mil millones de coronas, expresando claramente que por lo menos tres cuartas partes del coste representaban inversiones que producirían beneficios seguros. Desde luego habrían reportado mayores compensaciones que la conducción de gas natural que hoy están construyendo.

Entregué el proyecto a Frantisek Vodslon, pero en aquellos tiempos él estaba muy ocupado con los preparativos del congreso de la organización de educación física; y en extremo preocupado, además, por el inminente encuentro con sus adversarios. No podía atender el asunto de los juegos olímpicos. Por ello me dirigí al nuevo presidente de la Organización Checoslovaca de Educación Física. Una versión abreviada de mi proyecto se la envié al comité central del partido comunista checoslovaco. Sorprendentemente, la junta directiva del partido, en junio de 1967, aprobó las líneas fundamentales de mi proyecto, incluso antes de que los organismos de educación física hubiesen tomado postura respecto al asunto y recomendaron al gobierno la realización de aquél.

De ese modo cobró vida una cadena de planes audaces. Se esperaba llevar a cabo proyectos con los que se soñaba desde hacía mucho tiempo, como la construcción de una autopista desde Praga a Regensburg y, en otra dirección, hasta Kosice. Se consideró también, edificar una ciudad satélite que, después de los juegos, cuando hubiese acabado su función de aldea olímpica, pudiera cederse a la población. Se aumentarían las líneas del metro y se triplicaría la capacidad de los hoteles. También resultaba seductora la esperanza de un nuevo estadio olímpico.

Pero ya en los primeros sondeos surgieron dificultades, por ejemplo en el proyecto de la autopista hasta Regensburg. Los órganos gubernamentales estaban enterados de que esa autopista le saldría relativamente barata al estado, porque la República Federal Alemana pagaría una parte del coste. Estaba claro lo que eso significaría para nosotros en aumento de turistas extranjeros, pero inmediatamente se interpuso el ministerio de Defensa. La autopista, se explicó, iba en contra de los intereses de la seguridad del estado, porque aviones de la Alemania occi-

dental podrían despegar de ella y atacar nuestro territorio. Al principio creí que se trataba de una broma, pero los compañeros lo decían en serio.

Estaba dispuesto a dedicarme a esa tarea en cuerpo y alma, pero entonces sobrevino el tropiezo que describo en el capítulo siguiente. Poco después se celebró una conferencia de prensa sobre los preparativos para los juegos olímpicos de 1980, conferencia a la que no se me invitó en absoluto. Tampoco en el discurso del delegado del comité central del partido comunista checoslovaco se hizo la menor mención de a quién se le había ocurrido aquel proyecto. Sólo cuando algunos de mis indiscretos colegas quisieron saber el nombre del autor del proyecto, afirmó el representante de nuestra institución de vanguardia que aquella idea había surgido de distintas fuentes, y, como las preguntas se hacían cada vez más concretas, tuvo que reconocer, sin mucha alegría que digamos, que el compañero Pachman había presentado aquel proyecto al presidium del comité central.



## Segunda parte

## Advertencia preliminar

*La invasión de las cinco potencias del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia, en la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, significó el final violento de la «Primavera de Praga». Se siguió la ocupación del país. Los legítimos dirigentes políticos, Alexander Dubcek, Oldrich Cernik, Josef Smrkovsky y Frantisek Kriegel, fueron detenidos por el servicio soviético de seguridad estatal y transportados por la fuerza a la Unión Soviética. Como principal motivo de este acto de fuerza se supuso, generalmente, el temor del mando soviético ante el «peligro de infección de Checoslovaquia» y el temor de que la democratización iniciada en su propio territorio pudiera propagarse a los estados del Pacto de Varsovia y comprometiese la posición de fuerza de Moscú. Naturalmente, la invasión y la ocupación se justificaron con otros argumentos: «Está amenazado el socialismo por fuerzas antisocialistas», y también el «peligro de una invasión de Checoslovaquia por la Alemania Occidental». Oficialmente se dijo, por último: «En una aguda situación contrarrevolucionaria, funcionarios del partido y del estado de Checoslovaquia» se hablan «dirigido a la Unión Soviética con el ruego de ayuda con fuerzas combatientes». Realmente es cínica la explicación de que*

*se había decidido «atender este ruego de petición de ayuda» y presentar la ocupación del país como «ayuda fraternal al pueblo de Checoslovaquia».*

*Ahora bien, ¿qué había ocurrido realmente en Checoslovaquia antes de la penetración de las tropas del Pacto de Varsovia? Se habían producido cambios, en efecto. Desde principios del año 1968 y con la elección de Dubcek el 5 de enero como primer secretario del Comité Central, los puestos rectores en el partido comunista checoslovaco y en el aparato estatal se habían cambiado poco a poco. Los nuevos funcionarios dirigentes, apoyados sobre todo por intelectuales y representantes de la cultura, propugnaban una política más democrática que la que hasta entonces se había realizado bajo el sistema estalinista de Novotny. La divisa era un «socialismo con rostro humano». Correspondiendo a esta y otras consignas, se suprimió la censura de prensa y se concedió a la vida cultural del país una libertad hasta entonces no conocida. Fueron rehabilitadas algunas víctimas del sistema de Novotny. Se cancelaron sentencias injustas. Se corrigieron errores en la política económica. Se desarrolló una política que se ajustaba a los intereses bien fundados de las minorías nacionales. Pero eso no significaba aún una democratización y, desde luego, tampoco era «resolver el problema de la libertad que faltaba a las masas más amplias» (Dubcek el 16 de marzo de 1968 en un discurso pronunciado en Brünn). Los reformadores, alentados por la simpatía de la población, pensaban en la posibilidad real y concreta para todos los ciudadanos de juzgar y criticar las decisiones del partido comunista checoslovaco y del gobierno. Sólo de una discusión de todos y no sólo dentro de la dirección del partido, discusión libre y sin trabas, debían brotar las decisiones.*

*Pero este camino peculiar de Checoslovaquia hacia un socialismo democrático no dejaba de ser problemático. Aliar la democratización en el propio estado con los intereses ideológicos, militares y económicos de los otros estados del bloque de Varsovia, aparecía como la dificultad principal de los reformadores de Praga. Que eso no era posible debía demostrarlo la evolución posterior.*

## La primera divergencia seria

**En julio de 1967 jugué en Moscú en un torneo de grandes maestros que se había organizado en el marco de las fiestas con motivo del 50 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. En una entrevista que me hizo la prensa a mi llegada, subrayé ese motivo. Dije que aunque me quedase en el último puesto, para mí sería un honor y una alegría poder tomar parte en una competición que se celebraba por motivo semejante. Fueron palabras casi proféticas, porque al comienzo no conseguí nada en absoluto, el final no fue mejor y, en el medio del torneo, ocurrió exactamente lo mismo que en el principio y el final. Spasski, Keres y Petrosian me barrieron. Ciertamente no quedé el último, pero sólo porque mis colegas grandes maestros Filip, Uhlmann y Bilek sufrieron un destino análogo.**

**En la ceremonia de clausura hablé en nombre de los extranjeros invitados al torneo, naturalmente menos sobre ajedrez que, ante todo, sobre la Revolución, para terminar luego con algunas palabras acerca de la paz, la democracia y el socialismo, según la rutina aprendida desde hacía muchísimo tiempo. El discurso totalmente antiprotocolario de Mijail Tal llamó mucho la atención por aquel entonces. A pesar de que**

Tal había hablado muchísimo mejor que yo, mi discurso fue acogido con aplausos, pero tras el suyo reinó un silencio lleno de turbación. Tal dijo literalmente aquel día: «En la Unión Soviética estamos siempre organizando torneos conmemorativos, primero por el famoso Tschigorin, luego por el famoso Alekhine, y ahora precisamente acabamos de terminar otro de esos torneos. ¿En conmemoración de quién, realmente?» Con posterioridad me enteré de que Mijail había hecho acopio de mucho valor para pronunciar semejante discurso. Durante el torneo tuve que comparecer una vez más en público y, por cierto, a causa de algo muy triste. En el curso de un torneo que se celebraba por aquellas mismas fechas en Leningrado, murió mi amigo de muchos años y pareja de bridge en los últimos tiempos, Gideon Stahlberg. Era un hombre muy inteligente y simpático, aunque no jugase al bridge con exagerada corrección ya que solía lanzar impropiedades a voz en grito y de vez en cuando nos enzarzábamos en polémica por la forma de declarar. En cierta ocasión llegamos a apostarnos cien dólares sobre si mi declaración de dos *carreaux* había sido correcta o no. Incluso pensamos en escribir a los Estados Unidos, al señor Goren, para que actuase como árbitro en la discusión, pero finalmente nos reconciamos de nuevo y anulamos la apuesta. Todavía hoy no puedo defenderme contra la sospecha de que, con aquella anulación, fui yo quien me perjudiqué en el aspecto financiero. Sin embargo, Stahlberg jugaba al bridge mucho mejor que yo. Un pequeño episodio ocurrido en el aeropuerto canadiense de Gander (Terranova) ilustra muy bien sus relaciones con el bridge.

A causa de una avería en el aparato tuvimos que pasar allí toda la noche. Para Stahlberg, ese fue motivo más que suficiente para jugar al bridge. Nos animó calurosamente.

—Pero nada de discutir como otras veces —dijo, curándose en salud, el belga Albert O'Kelly, quien odia las discusiones ruidosas como la peste.

—Claro está que gritaré; eso forma parte del bridge —replicó Gideon y nos arrastró, a mí sin violencia, a O'Kelly forzándolo un poco, hacia la mesa.

En la primera parte, durante los dos primeros *rubbers*, O'Kelly tuvo de compañero a Stahlberg. Ya a los tres minutos aproximadamente vociferó Stahlberg:

—¡Es increíble como juegas!

Albert, al que yo en broma llamaba algunas veces «señor

**conde», a pesar de su afirmación de que su abuelo había dilapidado la fortuna condal, se revolvió irritadamente y murmuró algo como «así no se puede jugar al bridge».**

**—Te dije previamente que gritaría. Si, a pesar de eso, te has sentado a la mesa, ahora sigue jugando y no vengas con melindres.**

**A eso no se podía replicar nada, por lo que seguimos jugando hasta tomar el avión a la mañana siguiente.**

**Y ahora nos despedíamos de nuestro amigo en una ceremonia de duelo que se celebró en el Club Central de Ajedrez de la URSS. ¡Me parecía la situación tan irreal! Un día juega uno con el amigo al bridge o al ajedrez y al día siguiente se habla del compañero como de algo accesorio. Las revistas de ajedrez imprimirán el mes próximo su foto con una orla negra, al lado estará el análisis de sus mejores partidas y en el torneo venidero no se dirá ya de él una sola palabra. *Finito*, su peregrinaje por el mundo ha terminado, el sol se ha puesto.**

**Leer los periódicos resultaba muy excitante por aquellas fechas. Los ejércitos israelitas avanzaban en tres direcciones cardinales después que el gran rabino de Israel (se llamaba también Goren, como el conocido experto en bridge) hubo pronunciado las notables palabras: «Quien en esta tierra no cree en milagros, no es un hombre realista».**

**Dos millones de judíos contra setenta o más millones de árabes. Según todos los axiomas de las matemáticas, el resultado debía ser terminante, porque, al fin y al cabo, no era ya con beduinos del siglo pasado con los que debían enfrentarse. Los árabes disponían de carros de combate, aviones y cohetes que eran casi más modernos que los que tenían los israelíes. Rodeaban al pequeño país por todos lados, un país cuya anchura en la parte más estrecha es de sólo diecinueve kilómetros. Había fuerza tras la amenaza del jefe del movimiento palestino Ahmed Shukari: «Los judíos serán tirados al mar; quien no escape a tiempo, será aniquilado.» Esta frase se publicó también en nuestra prensa y lo curioso es que no hubo nadie entre nosotros que escribiera que esa era propiamente la expresión de un bárbaro, indigno de nuestra época. Nadie se escandalizó por el hecho de que divisiones acorazadas egipcias se concentrasen en la península del Sinaí, de donde Egipto había exigido previamente la retirada de las unidades de la ONU. A nadie se le ocurrió la idea de que, según el texto de la definición del concepto de agresión, (propuesta a la ONU por los**

soviéticos), el bloqueo del golfo de Akaba era un acto de agresión.

Pero cuando los carros de combate egipcios quedaron abandonados en el desierto, cuando los aviones egipcios ni siquiera llegaron a despegar y sólo el rey Hussein, que al principio había tenido poquíssimas ganas de meterse en aquella empresa, combatió realmente, entonces empezó en nuestra prensa un gran griterío.

Checoslovaquia rompió sus relaciones diplomáticas con Israel tan rápidamente que incluso se adelantó a los soviéticos. La prensa se volcó en descripciones de los agresores israelitas, tachándoles de militaristas y fascistas. Aquello que parecía muy raro. Al fin y al cabo Israel era el único país del Cercano Oriente en que el partido comunista podía desarrollar su actividad legalmente, mientras los comunistas habían vivido en los países árabes su noche de San Bartolomé. Yo era entonces de la opinión de que los intereses de las grandes potencias no debían ponerse por encima de las ideas cuya sublimidad yo mismo había alabado tantas veces en mi vida.

Confié mis dudas a varios amigos soviéticos. En privado se podía discutir muy bien con ellos sobre eso, pero tan pronto como se empezaba a hablar en un círculo más amplio, en la antesala de la Casa Central del Ejército, incluso mis mejores amigos se apartaban discretamente. Aquello empezó a irritarme. El resultado fue que me senté a la mesa de mi habitación del hotel y escribí al que era amigo mío desde el año 1964, el secretario de la Asociación pro Amistad Israelí-Checoslovaquia, Chanan Rozen, residente en Tel-Aviv. Le di la carta a Najdorf para que la llevase, porque, naturalmente, por correo no se podían mandar pensamientos tan heréticos. El texto apareció poco después en el periódico *Al Hamishmar*, pero sin mi nombre. Este sólo se dio a conocer, en el mismo periódico, un año más tarde.

De regreso a Praga, me irritaban cada vez más los artículos periodísticos sobre los agresores israelitas. Hasta que, después de pasarme una noche sin dormir (era el 20 de junio a las cinco de la mañana), me senté ante la máquina de escribir y redacté la carta siguiente:

Al Comité Central del Partido Comunista de Checoslovaquia, para entregar en mano al secretario V. Koucky, Praga 1.

**Consideramos que es nuestro deber moral comunicarle que no estamos de acuerdo con la política de nuestra república y de los demás estados socialistas en la cuestión del Cercano Oriente. Somos de la opinión de que esta política va en contra tanto de los fundamentos del derecho y de la justicia como de los auténticos intereses de la situación socialista. Tememos que la propaganda carente de objetividad y tergiversadora de algunos hechos puede también producir daños en la política interior ya que con ella, en ciertas capas de la población, se suscitan sentimientos antisemitas.**

**El conflicto entre los países árabes e Israel empezó en el año 1948 por una agresión brutal y no provocada de los árabes, apoyados en aquel entonces por el imperialismo británico. Los países socialistas, entre ellos también Checoslovaquia, ayudaron entonces a los israelíes a lograr la victoria en su guerra defensiva. Los países árabes rechazaron en todo momento cualquier solución pacífica del conflicto. Actualmente apoyan a organizaciones terroristas que operan en los territorios fronterizos. Proclaman públicamente la doctrina de la «aniquilación física de Israel». El genocidio como doctrina política es la vergüenza de la sociedad civilizada del siglo xx y no existe la menor duda de que los estados árabes, si fuesen bastante fuertes, lo practicarían como en la Alemania de Hitler. Nasser y los demás jefes de los países árabes son políticos de cuño semifascista que, entre otros apoyos, cuentan también con una serie de criminales de guerra alemanes que ocupan posiciones dirigentes en la República Árabe Unida. Y, además, tienen sobre la conciencia la persecución y asesinato de verdaderos patriotas árabes, como la del presidente del partido comunista de Libia, compañero Helu.**

**A causa de esta descarada política agresiva ha estado amenazada en todos estos últimos años la existencia del pequeño Israel. Por eso no puede ser decisivo para determinar quién es el agresor decidir quién ha hecho el primer disparo en el actual conflicto. Israel no puede permitirse en modo alguno, dada su situación estratégica, esperar a que los ejércitos enemigos penetren en el territorio de su estado.**

**Sabemos que Israel es en la actualidad un aliado de los Estados Unidos, pero es asimismo un hecho histórico que no son sólo las fuerzas reaccionarias dentro de Israel las**



que han impulsado esa alianza, sino también la política de los países del campo socialista, que, después de las conocidas campañas contra el sionismo en los años cincuenta han empezado a apoyar a los estados árabes incondicional y unilateralmente. Esa política tiene, además, otras consecuencias desfavorables. Condujo prácticamente a la liquidación de los partidos comunistas en varios países árabes. Por eso se han paralizado en dicho campo las fuerzas auténticamente revolucionarias y progresivas.

La política de los países socialistas no debe inspirarse en los intereses de la fuerza, sino en los verdaderos fundamentos del derecho y del progreso, que corresponden a las nobles ideas de la sociedad socialista. A pesar de las grandes inversiones en forma de ayuda económica y militar a los estados árabes, el último conflicto ha demostrado su incapacidad. La consecuencia de los últimos acontecimientos es, sin duda, no sólo la pérdida de las posiciones de esos países, sino también un severo golpe contra el prestigio de los estados socialistas en África y en el mundo entero.

Estoy convencido de que una política eficaz y consecuente de los países socialistas con respecto al Oriente Próximo debe brotar de los siguientes principios:

1) Para lograr un arreglo definitivo y pacífico en esta zona del mundo, se debe decidir que sea garantizada la existencia y la intangibilidad de todos los países que forman parte de la misma, tanto los países árabes como Israel. Las propuestas formuladas últimamente de una retirada incondicional de las tronas israelitas no constituyen, desde este punto de vista, solución alguna.

2) Se debe suprimir el apoyo unilateral a los estados árabes y apoyar a las fuerzas realmente progresivas de todos los países del Cercano Oriente, incluyendo a Israel. Los medios invertidos hasta ahora con tan poca eficacia podrían quedar disponibles y utilizarse para un refuerzo de la ayuda heroica y justa del pueblo vietnamita contra el imperialismo americano.

3) Se deben reanudar las relaciones diplomáticas con Israel y robustecer los contactos económicos y culturales con dicho país.

Nuestras palabras las dicta la sincera preocupación por la rectitud, la eficacia y la pureza ética de los países socialistas. Expresamos sinceramente nuestro parecer sobre una

cuestión que no sólo entre nosotros, sino también en los demás países socialistas, está viva y palpitante. Creemos que nuestro escrito será interpretado tal como ha sido concebido: como muestra de nuestra confianza en el partido y en el trabajo del mismo a favor de la estructuración de un futuro nuevo y más feliz de la sociedad, tanto entre nosotros como en el mundo entero, a favor de la victoria definitiva de las grandes ideas humanas del marxismo-leninismo.

En el bosquejo primitivo redacté este texto en primera persona del singular, pero a las siete y media llamé por teléfono a Arnost Lustig, un amigo con reputación de conocer Israel, para confirmar uno de mis datos. Había conocido a Arnost en 1962 en Cuba. En la piscina del Hotel Habana Libre me gritó alguien:

—¡Hola! ¡Apostaría algo a que vienes de Praga por tu cara tan típicamente checa!

Nos hicimos amigos, y las tardes libres las pasábamos sentados en la terraza de su hotel o del mío, bebíamos Cubas libres y contábamos los días que nos faltaban para volver a la Praga de las cien torres.

En lugar de darme una respuesta concreta a mi pregunta, bramó Lustig en el teléfono:

—No envíes nada todavía, por favor. Voy ahora mismo a tu casa. Eso tengo que firmarlo yo también.

Apenas había pasado mi texto de la primera persona del singular a la primera del plural que ya Arnost estaba en mi casa, marcaba en el teléfono y llamaba a Jan Prochazka para preguntarle si podíamos ir a verlo. En casa de Prochazka sucedió todo muy rápidamente. En dos minutos había leído la carta y declarado: «¡sí, eso es!» Los esfuerzos de Arnost por iniciar una nueva discusión les cortó por el motivo de que tenía que marcharse inmediatamente a su taller de fotógrafo. Firmó y fuimos con Arnost al comité central del partido comunista para entregar el escrito personalmente. En el papel, además de mi firma, puse el cargo que desempeñaba en el partido: «Presidente del comité central de empresa del partido comunista de Checoslovaquia, Editorial Olympia», porque eso me parecía más adecuado para sostener correspondencia con el comité central.

Tres días más tarde empezó en Praga el Congreso de Escritores. No me interesaba de un modo especial. Como sólo escri-

bía libros de ajedrez no era admitido en aquella organización. Y por tanto no pertenecía a ella. Respecto a ese congreso no se oía decir nada especial; nadie sospechaba que pudiese pasar algo importante.

En la noche misma del día de la primera sesión me llamó Lustig por teléfono, y por su voz adiviné que algo había ocurrido. Me dijo que, entre los asistentes al congreso, los que eran miembros del partido habían celebrado una reunión y que el jefe de la delegación del comité central, compañero Hendrych, nos había atacado con duras palabras a causa de aquella carta. Había puesto el escrito como ejemplo de la opinión desviacionista de los intelectuales. Pero los oyentes, en vez de los usuales aplausos o imprecaciones de «¡Qué asco! ¡Qué vergüenza!», habían exigido en forma tumultuosa que se les diera a conocer el texto de la carta, a lo que el compañero Hendrych contestó que no era posible porque no llevaba la carta encima. En aquel momento saltó Arnost con la velocidad de un rayo. Él podía leer el texto en voz alta, porque tenía consigo una copia de la carta. Durante su lectura hubo ruidosos aplausos. Ladislav Mnacko afirmó que quería firmar la carta inmediatamente. Lo mismo dijeron Pavel Kohout y otros.

No sé si el debate sobre Israel, en el transcurso del cual se formó en el Congreso de Escritores aquella atmósfera histórica de crítica y de repulsa, habría podido producirse sin este episodio. El hecho es que el primer impulso para eso lo había proporcionado la actuación falta de táctica del compañero Hendrych. Cuando posteriormente Hendrych abandonó la reunión en señal de protesta, fue sujetado a la salida por un anciano poeta cuya idea fija era, desde hacía años, que se debía cambiar la letra del himno nacional. El anciano señor, al ver la excitación general, creyó que aquel era el momento más apropiado para que se realizase su idea, con lo cual se puso al borde del insulto físico.

Aún pudimos enterarnos de otras cosas sobre el desarrollo del congreso. En Praga circulaba de mano en mano el texto del discurso de Ludvik Vaculik, llamando la atención, sobre todo, aquel pasaje esencial sobre «un régimen que en veinte años de existencia no ha conseguido resolver ni un solo problema humano».

Pocos días más tarde se me citó para tener una conversación en el comité central del partido comunista. En lugar de ser recibido por el compañero Koucky, me explicó el asunto un

subordinando. Me informó de que la zona del Cercano Oriente constituía un problema muy espinoso; allí se cruzaban los intereses del imperialismo. Por eso debíamos callar y meditar más. Prometí meditar. El silencio lo colmé de silencio, porque, después de madura reflexión, aún seguía sin comprender por qué debía callar. Quizá mi pausa de meditación no fue lo suficientemente larga puesto que pocos días más tarde emprendía viaje, como todos los años, a Cuba, para tomar parte en el torneo Capablanca.

A finales de septiembre, después de mi regreso de La Habana, me enteré en mi redacción de que ya no era jefe de la sección del extranjero. Se había decidido que en lo sucesivo siguiese escribiendo exclusivamente sobre ajedrez. No tuve que investigar cuáles eran los motivos de mi destitución, porque saltaban a la vista. Rogué sólo que me informasen si aquella decisión la había tomado el redactor jefe. No, se me dio a entender, aquello se había decidido en un «lugar más alto».

Escribir sólo sobre ajedrez no me parecía motivo suficiente para permanecer en la redacción, porque sobre ajedrez uno puede escribir en casa con toda tranquilidad y mucho más cómodamente. Es lo que dije en seguida a los compañeros, tras lo cual se convocó una asamblea del partido para tratar de aquel asunto y, además, de mi cargo en el partido como miembro de la junta directiva. A la asamblea no sólo asistió la junta en pleno, sino también el director de la editorial, el antiguo redactor jefe, el redactor jefe en funciones y representantes del comité central y del comité de distrito del partido comunista de Checoslovaquia. La reunión no podía ser más completa.

Quien me atacó más duramente fue mi antiguo jefe. Con una rara mezcla de sentimientos pensé entonces que en la primavera de aquel año me había asegurado repetidas veces en mi casa que yo era su único amigo. Sin mí se habría sentido en Praga como un extranjero. Para no faltar a la verdad, debo añadir que eso era lo que decía siempre cuando estaba bajo el influjo de unas cuantas copas de más. No resistía la bebida lo más mínimo, aunque se empeñase en convencer a todo el mundo de que aguantaba más que nadie. Claro que entonces, en aquella reunión tan seria, condenó mis puntos de vista y me hizo la sugestiva pregunta de si los últimos actos de agresión de los elementos israelitas sionistas no me habrían movido a cambiar de parecer. Repliqué que los últimos acontecimientos no habían hecho más que confirmar mi opinión, porque

precisamente acababa de prohibirse el último partido comunista que existía en los países árabes: el del Sudán. Yo veía entonces atolondradamente en la prohibición de un partido comunista un ataque a la democracia. Saqué a relucir una vez más, y detalladamente, mis argumentos de por qué en aquel conflicto no se podía calificar de agresor a Israel y me pronuncié a favor de la reanudación de las relaciones diplomáticas con el mismo.

Como conclusión de las deliberaciones se me concedió un permiso no pagado de medio año, tres el cual tendría que desaparecer de la redacción. En cuanto a la junta general técnica del partido, en lo sucesivo se encargaría de su dirección el vicepresidente, aunque de modo formulario yo siguiese ostentando dicho cargo hasta las elecciones de enero. Esto último para no crear una sensación inútil con aquel incidente.

A finales de septiembre me visitó de modo inesperado Frantisek Vodslon, quien más tarde había de ser conocido como uno de los «hombres de enero». Su destino es digno de contarse en una novela. Era comunista desde sus diecisiete años, y había ejercido en la primera república las funciones más diversas. Durante la ocupación alemana lo condenaron a muerte por comunista. No fue ejecutado, pero sí sufrió varias heridas, y le condonaron la sentencia por cadena perpetua. Después de la guerra fue primeramente subsecretario de Agricultura, luego presidente de la junta directiva del círculo nacional. Como es lógico, era también miembro del comité central del partido comunista checoslovaco. Pero ya en 1956 expresó opiniones que no eran muy distintas de las mías y que después del año 1968 se fueron ampliando más y más. Con anterioridad lo habían nombrado presidente del organismo encargado de la educación física y deportes. Sin embargo, le interesaba más la política que el deporte. Al principio lo tomamos por un hombre de Novotny, por un dogmático e intrigante insertado en el aparato del partido. En nuestra redacción se le denostaba con frecuencia.

En el verano de 1966 había yo pasado las vacaciones con mi mujer en Bulgaria, en la Playa Dorada. En el Hotel Sport vivíamos cerca de los Vodslon. Nos encontrábamos en la comida del mediodía, en la playa y en los paseos que dábamos al anochecer. Allí aprendí a conocerlo desde otro punto de vista. El hombre que con tanta frecuencia había puesto de mal humor a sus subordinados se mostraba en extremo inteligente, tenía sentido del humor y opiniones que no podían calificarse en

absoluto de convencionales respecto a los más diversos problemas políticos. Cuando, después de las vacaciones, les hablé de aquello a mis compañeros de redacción, llegaron a sospechar que yo quería congraciarme con el jefe máximo.

En la primavera de 1967, Vodslon, con la correspondiente música de acompañamiento de rumores y bulos, debió abandonar su puesto de presidente del organismo encargado de la educación física y deportes. Recibió un cargo de menos importancia, pero siguió perteneciendo al comité central y, en calidad de miembro del mismo, venía a visitarme ahora. Se trataba de que en la próxima sesión del comité iba a tratarse de la expulsión de cuatro escritores: Ludvik Vaculik, Pavel Kohout, Ivan Klima y A. J. Liehm. Y Vodslon no estaba de acuerdo con esta medida. Me dijo que había leído el discurso tan criticado de Vaculik. En su opinión, no había ningún ataque contra el socialismo: él podría hacer suyas aquellas mismas palabras. Pero quería informarse concienzudamente sobre el asunto. Me consideraba, y en eso estaba totalmente equivocado, un buen conocedor de la intelectualidad. Tan a pecho había tomado su tarea que incluso había adquirido los libros de los cuatro «rebeldes» y estaba intentando leerlos rápidamente.

Coincidimos totalmente en nuestras opiniones sobre aquel asunto. Considerábamos que expulsar a los cuatro escritores sería un error. A nuestro juicio, los órganos del partido debían meditar seriamente sobre las opiniones que se habían expuesto en el congreso de escritores y considerarlas como crítica de aquellos abusos que tanto daño le habían causado ya al socialismo. Frantisek Vodslon fue luego uno de aquellos cinco miembros del comité central del partido que votaron finalmente contra la expulsión de los escritores. Además, en un discurso polémico, se colocó a su lado.

## Primavera de Praga en Puerto Rico

Poco después de Año Nuevo, el 3 de enero de 1968, se celebró en la embajada cubana una gran recepción a la que fui invitado. Allí me enteré de que mi artículo sobre el «Che» Guevara era, por lo visto, «la única valoración correcta que se ha publicado en Checoslovaquia». He de confesar que me alegró mucho eso, porque todavía hoy sigo considerando al doctor Guevara un auténtico idealista revolucionario, un hombre para el cual la revolución significaba el verdadero camino para liberar a los demás.

En la recepción encontré a varios conocidos, especialmente diplomáticos con los que me había relacionado en alguna que otra visita a nuestra embajada en Cuba. Hablamos sobre la sesión plenaria del comité central del partido comunista de Checoslovaquia, que se estaba celebrando en aquellos momentos. Se sabía ya que el trono de Antonin Novotny estaba en peligro. ¿Sobreviviría o llegaría a producirse un gran cambio en el terreno de la política interior? Casi todos opinaban que no podía haber muchas alteraciones. Novotny sería sustituido por cualquier otro, pero la política seguiría rodando por los mismos carriles.

Entrada la noche llegó también a la recepción Vladimir Koucky. Parecía estar muy preocupado y apenas respondía a los saludos. Por los salones circuló la noticia de que el nuevo primer secretario del comité central del partido comunista de Checoslovaquia era Alexander Dubcek. Los que no estaban relacionados muy de cerca con el comité central apenas conocían a aquel hombre. Sabíamos únicamente que había estudiado en Moscú, en la Escuela Superior del partido, y que en los últimos tiempos había tenido varias diferencias con Novotny. Antonin Novotny estaba considerado como un ardiente defensor del centralismo y, por lo general, rechazaba con un simple ademán las peticiones eslovacas y las presentaba como expresión del desacreditado «nacionalismo burgués».

También las deliberaciones del pleno de diciembre habían empezado con la discusión sobre Eslovaquia. Lo que saldría de tales deliberaciones aún no aparecía claro por el momento, pero predominaba la impresión de que no podía ser peor de lo que teníamos y, por tanto, cualquier cambio era bien acogido.

Aproximadamente una semana más tarde se celebraron en la editorial Olympia las elecciones para la designación de la nueva junta del partido. En el trabajo del partido no se percibían aún cambios de ninguna clase, las decisiones tomadas anteriormente seguían considerándose vigentes. Así pues, conforme a lo decidido en la asamblea general, tendría que renunciar a mi cargo y abandonar la redacción, pero he aquí que, mientras tanto, y de modo completamente inesperado, me llegó una invitación para ir a Puerto Rico. Estaba firmada por la Federación de Ajedrez y por la universidad de aquel país. Tendría que dar clases de ajedrez en la universidad de Puerto Rico y, al mismo tiempo, entrenar a los mejores jugadores de la isla. Los honorarios eran aceptables en comparación con lo que pagaban en Europa, y el pensamiento de poder así mejorar sustancialmente mis proyectadas vacaciones en Italia resultaba muy seductor. A pesar de eso, vacilé un poco cuando me enteré de los temas que se habían tratado en diciembre y en enero, y de que la sesión del comité central había sido insólitamente movida. Se tenía la impresión de que, en un futuro muy próximo, las cosas podrían ponerse en Checoslovaquia mucho más interesantes. Por eso fui a ver al nuevo presidente de nuestra organización del partido y le pedí que convocase una asamblea extraordinaria de miembros en la que nos informaran sobre



lo ocurrido en el pleno del comité central. Se podría invitar para eso a Frantisek Vodslon o a cualquier otro miembro del comité de los que habían intervenido activamente en el derrocamiento de Novotny. Si no se encontraba a nadie para eso, yo mismo proporcionaría algunos informes. La nueva junta no mostró un entusiasmo especial por mi propuesta. Realmente hacía poco tiempo que habíamos tenido la asamblea anual. ¡Quién sabe lo que iba a salir de aquella sesión del comité central! Había que aguardar instrucciones de los órganos superiores. Tales pareceres me resultaban fundamentalmente contrarios y aceleraron mi partida a Puerto Rico. Pensé que si hay que estar siempre esperando instrucciones de arriba nunca se llega a enterar uno de nada; y, a principios de febrero, empecé viaje en avión a San Juan, pasando por París y Madrid.

El paisaje de Puerto Rico me recordó una Cuba en pequeño, por sus diminutas ciudades y calles. Los bares parecían sacados de una película americana del Oeste. Me quedaba poco tiempo libre para ver todo aquello a fondo, porque inmediatamente empezó mi trabajo en la universidad. Se trataba de dar varios cursos de ajedrez a principiantes y jugadores avanzados y de reunirme con los ocho o nueve mejores del país. Contra el joven e inteligente maestro internacional Caplan jugué una partida de exhibición y estuve a punto de dejar malparada mi autoridad de profesor. En el último segundo conseguí salvar unas tablas.

Los días iban transcurriendo muy monótonamente; el calor era agobiante. La mayor parte del tiempo me la pasaba en el internado y en la biblioteca de la universidad. A pesar de que los anfitriones eran muy agradables y parecían estar entusiasmados con el ajedrez, me arrepentí pronto de haber aceptado aquella invitación, porque oí por la radio que en Praga había novedades. No salía de mi asombro. Las cosas se desarrollaban a un ritmo tan emocionante como en una novela detectivesca. Por mi condición de periodista, sabía valorar los cambios que se iban produciendo en sólo pocas semanas.

En marzo fue elegido presidente de la república Ludvik Svoboda. Yo le conocía personalmente desde la época en que él había ocupado la presidencia del organismo encargado de la educación física y deportes. En el año 1950 había hablado con él de varias cuestiones relacionadas con el ajedrez. Le envié mi cordial enhorabuena y aproveché la carta para remover el asunto de los juegos olímpicos en Praga. Esperaba ganarme al

nuevo presidente para la realización de mi proyecto de la primavera de 1964.

Me había propuesto dedicarme intensivamente a esa tarea en cuanto regresase a Praga. Los pecados del año 1967 debían estar más que olvidados, porque incluso a los escritores expulsados del partido habían vuelto a admitirlos. No hay nada como estar en casa para no perderse la evolución, pero un trato es siempre un trato: en América son muy escrupulosos en este aspecto. Por eso tuve que permanecer en Puerto Rico hasta mediados de mayo. La transmisión radiofónica del 1 de mayo en Praga me conmovió hasta el punto de hacer que me saltasen las lágrimas. Tan lejos de la patria se tenía la impresión completamente distinta de la de aquellos otros tiempos en que aún gritábamos, incansablemente: «¡La bandera roja ondea ahora libre desde Asch hasta Shanghai, hurra!» Me resultaba doloroso no poder desfilar por la plaza de San Wenceslao precisamente aquel 1 de mayo.

Pero habría mentido si hubiese afirmado que, desde la distancia en que me hallaba, me era grato todo lo que oía de Praga. Por ejemplo, me molestaba extraordinariamente que se atacase tanto a los emigrantes a pesar de que yo había estado siempre más bien en contra de ellos; pero, naturalmente, rechazaba la conocida fórmula simplificadora de «emigración es igual que traición». No obstante mi desagrado hacia dicha campaña, todavía en Puerto Rico escribí un artículo sobre ese tema para la revista satírica *Puerco espín* en el que me burlaba de ellos. El artículo se publicó antes de mi regreso y, posteriormente, encontré en mi domicilio cuatro cartas anónimas. ¿Por qué la gente había de escribir siempre cartas anónimas, a pesar de que ya no era necesario? En una carta se me recomendaba la compra de una cuerda de cáñamo lo bastante larga para el fin por todos conocido. En la segunda se afirmaba que yo, desde luego, no podía emigrar porque me resultaría difícil ganarme la vida en el extranjero, ya que no estaba acostumbrado más que a lamerles el culo a los capitostes, y eso no podría hacerlo fuera.

Me irritaba entonces que el escritor Ladislav Mnacko hubiese levantado tanta polvareda. Yo había criticado duramente su ostentosa emigración del año 1967 porque me parecía que de ese modo sólo desacreditaba la lucha en pro de un juicio justo del problema del Cercano Oriente. En el otoño de 1967 escribí sobre eso un artículo redactado bastante estúpidamente para

«Espejo». Ahora me había colocado en esa revista cultural praguense. A causa de mi larga estancia en el extranjero no estaba suficientemente informado e ignoraba que dicha revista se había convertido, mientras tanto, en uno de los últimos baluartes de los ocultos conservadores (estalinistas). Eso lo comprobé sólo después de mi regreso, cuando recibí una carta en que una lectora me daba las gracias por el hecho de que ahora empuñase mi bolígrafo para aquella revista cultural. Recalcaba que «no soy yo sola quien tiene esta opinión».

A pesar de que mis opiniones no eran las de ella, no tuve tiempo para aclarárselo con más detalles. Aquellos dos artículos periodísticos fueron toda la cosecha de mi actividad periodística entre enero y junio de 1968. Me pasaba el tiempo participando en los más diversos torneos de ajedrez. Por eso me asombré tanto, posteriormente, cuando el señor fiscal afirmó que «el acusado fue uno de los iniciadores activos del llamado proceso de renovación». Aquel elogio se me hacía sin merecerlo en absoluto.

Regresé a Praga exactamente el Día de la Victoria. Pude comprobar entonces que, con mi idea fija de los juegos olímpicos, estaba tan ajeno al mundo como aquel poeta que a toda costa quería que se cambiase la letra del himno nacional. No había interés ninguno por mi proyecto. Finalmente se organizó, sin embargo, una especie de comisión, se imprimió también un folleto en colores y, a finales de otoño, fue repartido entre los participantes en los juegos de México. Pero, posteriormente, se llegó a la conclusión de que los primeros juegos olímpicos que se hiciesen en el campo socialista debían organizarse en la metrópolis y no en la «provincia». Por tanto, ¡con los juegos a Moscú!

En Praga había comentarios para todos los gustos, pero, en contra completamente de mi habitual manera de ser, no tenía ganas de mezclarme en nada. A mi juicio se hablaba demasiado y no se actuaba lo bastante aprisa. La escoba con que debería haberse barrido el moho y el musgo del comité central y de otros órganos del poder, fue guardada sorprendentemente. Sin embargo, me gustaba que otra vez se pudiese hablar y llamar a las cosas por su nombre y que la prensa escribiera con desenvoltura, como si hubiese despertado del más profundo sueño de Bella Durmiente.

Después del torneo de Luhacovice por el título de campeón de Checoslovaquia, donde, por primera vez, sólo quedé el quin-

to, tomé parte en un torneo que se celebró en Solingen. El patrocinio de la organización lo tenía el entonces ministro de Justicia y más tarde Presidente de la República Federal Alemana, doctor Heinemann. En aquella ocasión estuve conversando con él. Hablamos de la situación en el mundo y especialmente en Checoslovaquia. El doctor Heinemann me aseguró que en la República Federal se veían con ojos muy comprensivos nuestros esfuerzos en pro de la democratización y que podíamos contar con el apoyo moral, pero con nada más, porque otra cosa sería una ingerencia en nuestros asuntos internos. Le contesté que el apoyo moral era una cosa espléndida, pero que un poco de ingerencia, digamos de una cantidad de quinientos millones de dólares, no podía perjudicarnos en nada.

Se hablaba y se escribía mucho entonces entre nosotros sobre la necesidad de un empréstito de aquella cuantía. El doctor Heinemann se echó a reír y replicó que estos jugadores de ajedrez sabían calcular muy concretamente.

El alma de aquel torneo era Egon Evertz, presidente del club local. Había financiado la organización, me dijeron; era muy rico, pertenecía a la clase de los capitalistas ilustrados y no se sentaba sobre sus sacos de dinero. Evertz me pareció muy joven. Había empezado como simple obrero y se enriqueció con sus inventos. Comprobé que, en contra de lo que afirma Marx, también se puede ganar dinero de otro modo que no sea robando.

Durante aquel torneo concedí mi primera entrevista para la radio alemana. El señor Horky, un redactor de aquella organización, vino a buscarme en un Citroen al que llevaba prendida una gigantesca banderola checoslovaca. Me dijo que no había aceptado la nacionalidad alemana a pesar de que viví en Colonia desde 1948. Seguía sintiéndose checoslovaco.

Por el periódico me enteré de que en Praga había aparecido una declaración, las llamadas «2.000 palabras». Estaba firmada por una serie de importantes personalidades y la había concedido Ludvik Vaculik. Al parecer estaban enfrentados el presidium del comité central del partido comunista de Checoslovaquia y el gobierno. Incluso se oía decir que aquello tenía un carácter antisocialista. Vino a verme un redactor del diario de Solingen y me preguntó cuál era mi postura respecto a aquel manifiesto.

Yo sólo conocía aquel documento en extracto, pero lo que había leído de aquellas 2.000 palabras me parecía razonable.

El nombre de Vaculik me recordaba su discurso de un año antes en el congreso de escritores, que tanto me había impresionado. Por eso concedí la entrevista, que se publicó bajo el título verdaderamente combativo de «En caso de necesidad, iremos a las barricadas». Ciertamente que el título no procedía de mí, pero me gustó y lo dejé como estaba, porque teóricamente sólo existían entonces dos posibilidades para mejorar nuestras esperanzas de éxito. Una consistía en actuar con lentitud. Eso exigiría la mayor prudencia: primeramente llevar a cabo con el más completo silencio los cambios necesarios en los cuadros de mandos, alejar a los dogmáticos y a los partidarios de la violencia de los puestos clave y tranquilizar públicamente a la Unión Soviética. Afirmar que no ocurriría nada. Luego ir difiriendo la asamblea general del partido y las elecciones, consolidar totalmente la situación y sólo al final de todo abrir las esclusas y dejar libre curso a lo que en la primavera de 1968 había empezado tan arrebatadora y excitantemente: la libertad de prensa y la libertad de reunión y todas las libertades que a menudo se consideran triviales y naturalísimas, pero por las que después suspiran los hombres, cuando se encuentran con que ya no las tienen.

Pero, para emplear este método era ya demasiado tarde. Eran muchas las cosas que estaban en movimiento. Quedaba el segundo método: cambios rápidos con mucho estrépito, desembarazarse repentinamente de los conservadores, convocar de inmediato la asamblea general del partido comunista de Checoslovaquia y organizar elecciones en el plazo de pocas semanas, además de, naturalmente, contar también con una intervención militar soviética. Eso significa prepararse militarmente, movilizar una parte del ejército, ocupar las fronteras del Este y anunciar al mundo que defenderíamos nuestro territorio contra cualquier agresor y en cualquier circunstancia. Como es lógico, no quiero afirmar con esto que habríamos podido ganar una guerra contra la URSS. Además, una guerra habría sido lo último que yo pudiera desear. Lo que ocurría es que estaba convencido de que un anuncio público de nuestra voluntad de defendernos haría que se abstuviesen de llevar a cabo una intervención militar.

Aún hoy sigo firmemente convencido de lo mismo, pues a comienzos de 1969 me enteré, por un miembro de la delegación de un cierto «partido hermano», de que en las deliberaciones de Moscú la decisión definitiva de intervenir contra Che-

coslovaquia no se adoptó en el Politburó soviético hasta la noche del 17 de agosto.

Estaban presentes nueve miembros del Politburó. Votaron en contra Kosyguin, Schelepin y Mazurov. El viejo zorro Suslov se abstuvo y cinco votaron a favor. Por tanto, sólo cinco de nueve. Ahora bien, ¿cuál habría sido el resultado de aquella votación si nuestro ejército hubiese estado montando guardia en la frontera? Con toda seguridad, los fanáticos tipo Schelest habrían tenido entonces más dificultades para conseguir la mayoría. Por otra parte, entonces, lo mismo que hoy, opino que una nación no puede dejarse arrollar sin resistencia en ocasiones demasiado frecuentes de su historia, porque eso ejerce un influjo desfavorable en sus cualidades características.

Después de mi regreso de Solingen me extrañó la indignación con que la gente reaccionaba contra el hecho de que las tropas soviéticas una vez terminadas las maniobras, se estuviesen retirando a regañadientes y con la velocidad de un caracol en dirección a su país. Me desagradaba esa lentitud, porque un huésped sólo debe permanecer en una casa extraña el tiempo que desee el anfitrión. Ese fue el tema de mi artículo en la revista *Ferrocarriles*, en el que ponía de manifiesto hechos muy interesantes (que me habían proporcionado en el ministerio de Transportes) que contradecían la versión oficial de que las tropas soviéticas tropezaban con ciertos problemas para el viaje de regreso. No había ningún problema de esta índole. No se me quitaba de la cabeza el pensamiento de aquellos soldados soviéticos acampados en nuestro territorio. En una nueva noche en vela, escribí, por dicho motivo, la siguiente carta al embajador soviético en Praga:

Honorable compañero:

Me dirijo a usted en nombre de la profunda amistad que une a nuestros países desde hace más de veinte años y que nuestro pueblo siempre ha considerado como columna vertebral de su política y garantía de su existencia estatal y nacional.

Hoy esta amistad se halla en peligro por una trágica repetición de la política errónea que hace precisamente veinte años llevó a la primera desavenencia seria entre los estados socialistas.

La permanencia ilegal de las tropas soviéticas en nuestro territorio y la presión que se ejerce para, en el campo de

nuestra política interior, forzar un cambio del rumbo que emprendimos hace medio año tienen que deteriorar las relaciones entre nuestros países. Además, el prestigio de la URSS en el mundo se perjudica gravemente con ello y la confianza de los hombres progresivos de todos los países en la Unión Soviética recibe un duro golpe.

Todas las modificaciones llevadas a cabo en nuestro país durante los seis meses últimos tienen un marcado carácter socialista. Sólo mediante ellas adquiere el socialismo su verdadero aspecto humano. La mayoría absoluta de nuestra población las considera ya hoy parte integrante e indispensable de nuestra existencia nacional. El socialismo democrático constituye el futuro de este país, tal vez incluso más aún: la esperanza de toda la sociedad civilizada del siglo xx y posiblemente la única alternativa contra la muerte atómica. Le ruego que tenga presente que detrás de esta esperanza se alinean todas las fuerzas sanas y progresivas de la República Socialista Checoslovaca y que no nos la dejaremos arrebatar por nadie y en ninguna circunstancia.

El pueblo de nuestro país ha hecho en el pasado repetidas demostraciones de fidelidad a sus amigos, pero hace ya cinco siglos mostró también que sabe estar detrás de sus ideales hasta las últimas consecuencias.

El que estas cualidades de nuestro pueblo no incurran en contradicción, depende ahora ante todo de la voluntad del gobierno soviético. Juntamente con todos los que, en pasados años, han contribuido con su trabajo a favor de la amistad checoslovaco-soviética, espero que no se dé este caso.»

LUDEK PACHMAN

Gran Maestro Internacional de Ajedrez

¡Hoy formularía muchas cosas de una manera completamente distinta y mucho más lapidaria! En la introducción no me atrevería a afirmar olímpicamente a favor de qué está el pueblo. Eso debe saberlo mejor el pueblo mismo. Seguramente también el compañero Tschervonenko debió de reírse de lo lindo con mi amenaza de la época de los husitas. Él sabía muy bien que los husitas se habían extinguido desde hacía muchísimo tiempo. Sin embargo, después de la época de los husitas, hubo también aquella batalla de la Montaña Blanca, donde aquellos mil com-

batientes moravos que lucharon en la conocida muralla contra la superioridad enemiga, salvaron nuestro honor nacional. Aunque un amigo mío, historiador, afirma encarnizadamente que en realidad no fueron combatientes moravos, sino alemanes de guarnición Moravia del norte que trataban ante todo de salvar su honor de soldados profesionales. Ahora bien, en cualquier caso la leyenda oficial de consideración salvación del honor aquella batalla desatinada resulta muy atractiva, aunque el parecer de mi amigo no sea del todo inverosímil. El caso es que, de un modo u otro, la Montaña Blanca se nos había atragantado. Desde aquella época mostrábamos una resuelta repugnancia contra experimentos por el estilo de «contra todos». Eso se puso de manifiesto ya en el año 1938. En junio de 1968, *Der Spiegel* publicaba que, en caso de una intervención militar soviética, no había que esperar una resistencia armada.

Pero el hombre no siempre puede ser del todo cauto y clarividente. Lo cierto es que en la primavera de 1968 reinaba entre nosotros un entusiasmo tan grande, que se podía suponer que los husitas despertaban verdaderamente, pero yo no sabía que iban a seguir durmiendo.

Poco después de aquella carta me marché a Italia a pasar las vacaciones. Mi suegra cumplía por aquel entonces los sesenta y cinco años. El viaje era realmente su regalo de cumpleaños. En tales ocasiones solíamos siempre «raptarla» a una comarca más atractiva. Aquella vez fuimos a Lugano, donde vivimos a sólo ciento cincuenta metros del mar.

No lejos de nosotros, en Caorla, pasaba las vacaciones con su mujer Arnost Lustig. Nos visitábamos con frecuencia y, antes de que terminasen nuestras vacaciones, redactamos juntos un comentario sobre la situación en Checoslovaquia y sobre la política soviética respecto a nosotros. Lustig lo dictó por teléfono a la redacción de la revista literaria «Literarny listy», pero, a pesar de aquella rápida transmisión, llegó demasiado tarde; era en los días entre el 10 y 12 de agosto y el comentario había de tardar unos diez días en publicarse. Aquello acabó por sí mismo, como mostró la Historia.

Nuestro viaje de regreso lo efectuamos por Suiza, Liechtenstein y la República Federal Alemana para que las señoras pudiesen ver más países extranjeros. En Dingolfing, a la llegada, me gasté en la cristalería de mi pequeño cupé Goggomobil el saldo de mi última actividad ajedrecística.



# 16

## Los siete días de agosto

Medio dormido, oí murmullos desacostumbrados, luego sonó el teléfono. La voz de Dana Zatopekova:

—¡Ludek, nos están ocupando los Soviets!

Al principio creí que se trataba de una broma estúpida. De vez en cuando Dana gastaba bromas así de pesadas a altas horas de la noche, pero luego aquel rumor como de truenos lejanos se fue haciendo más claro. Era verdad, por tanto. Me senté en el borde de la cama; era exactamente la una y media.

Mi estado de ánimo era muy curioso; todo me parecía irreal. «Nos están ocupando los Soviets» es algo que se puede decir muy fácilmente, pero, ¿puede ocurrir de verdad una cosa así? ¿«Ocupar» a quienesquiera que sea? Durante años y años yo había hablado y escrito sobre nuestros aliados y amigos y había creído y confiado en ellos. ¿Pueden los amigos venir así y ocuparnos de noche?

Encendí la radio. El locutor estaba leyendo la declaración del presidium del comité central del partido comunista y del gobierno. La ocupación se realizaba sin el consentimiento de los órganos del partido y del estado. Ni el ejército ni la población debían oponer resistencia. Llamadas para que se conser-

vase la calma y la disciplina... y todavía seguía siendo todo como una cosa vaga, irreal.

Llamé por teléfono a varios amigos. Dana me dijo que antes de nuestra primera conversación ya habían llamado a Emil a prestar servicio en el ministerio de Defensa. Los demás sabían tanto como yo. ¿Debía ir a algún lado, hacer algo? Pero, ¿adónde y qué?

Aun antes de las siete ya no pude resistir más aquella inactividad. Me dirigí al centro de la ciudad. Inconscientemente iba en dirección al sitio mismo donde se había desarrollado el drama en mayo de 1945, al edificio de la radio checoslovaca. Allí se había improvisado una barricada, habían volcado un tranvía y un auto y estaban amontonando adoquines.

Me quedé allí algunos minutos, luego nos dispersó una sección armada con fusiles ametralladores. Un soldado me apartó con la culata de su arma. En la calle aparecieron los primeros tanques. Caminé lentamente por la plaza de San Wenceslao, la calle Opletal y la Jindriská hasta la Panská. Detrás de mí sonaron disparos. ¿Se combatía? Por el camino me preguntó un extranjero si sabía qué pasaba realmente. Contesté de un modo maquinal y oí que decía con voz consternada:

—¡Es espantoso!

Llegué hasta el Poric y entré en el edificio del *Rude Pravo*. No se me ocurrió nada mejor que ir a mi antigua redacción. Quizás allí estaban enterados. Quizá se podía hacer algo. Mis colegas de otros tiempos tampoco sabían nada. La radio transmitía sin descanso.

A eso de las nueve o nueve y media llegó un colega y dijo que debíamos irnos, porque los rusos iban a ocupar el edificio. No quise, me quedé sentado apáticamente y permanecieron conmigo dos colegas y una secretaria. A los pocos minutos estaban allí los rusos. Un oficial gritó:

—*¡Prosu, pokynut zadanije!*

Contesté, con una absoluta falta de lógica, que sólo recibía órdenes del primer secretario, el compañero Dubcek, y que por eso no me iba. Aquello era absurdo, porque nunca en mi vida había recibido ninguna orden del compañero Dubcek, y era altamente inverosímil que fuese a recibirla ahora. El oficial se quedó perplejo, luego dijo que yo no debía poner dificultades.

—La ocupación es ilegal —repliqué; y él me respondió que tenía instrucciones que cumplir.

Seguidamente hizo señas a dos soldados, que me levantaron

de la silla y me sacaron de la casa. Antes de abandonar la habitación, pude oír el diálogo del mismo oficial con nuestra secretaria, una criatura totalmente apolítica:

—*Prosu, devuska...*

—No me voy, estoy aquí en mi casa...

—*Devuska, ja vas ocin prosu...*

—¡Y yo no me voy!

Al instante la transportaron literalmente fuera de la casa.

Junto al teletipo estaba sentado un colega que transmitía a Brunn y a Ostrava noticias sobre la situación. Detrás de él estaban en pie dos soldados. Uno de ellos dijo con asombro:

—*Kakaja udivitel'naja pisuscaje masinka!* (¡Qué máquina tan maravillosa!)

El colega seguía escribiendo sin parar. Decía que estaban detrás de él y que exigían que evacuase el lugar. La frase quedó inacabada. También a él lo sacaron fuera.

Delante de la casa nos congregamos en un pequeño grupo. Tuvimos un improvisado consejo. Al parecer, todas las redacciones e imprentas habían sido ocupadas. Pero, ¿no se habrían olvidado del edificio donde estaba la administración, en la Kliment'ska? Buscamos refugio allí y nos esforzamos en montar una pequeña imprenta clandestina para que nuestro periódico pudiera seguir apareciendo y nosotros pudiésemos fijar nuestra postura respecto a la situación. Lo que no estaba claro era el sentido en que debíamos escribir. ¿Debíamos exhortar a la calma o incitar al levantamiento?

Pronto logramos montar una pequeña imprenta, mejor dicho, un taller de multicopistas. Nuestro periódico no tendría una presentación de lujo, pero eso no importaba. La tirada era mínima: unos veinte mil ejemplares. Fui con dos colegas a ver a los cajistas para concertar los últimos detalles. En primer lugar, el asunto debía permanecer en riguroso secreto. Esperábamos a cada momento la intervención de la potencia ocupante. Había que hundirse en la clandestinidad, buscar refugio en cualquier parte y dejar de existir incluso para los mejores amigos.

En la imprenta surgieron problemas inesperados. Necesitábamos para nuestro trabajo a una de las siete empleadas. Las demás debían quedarse en casa para no correr peligros. ¿Quién se ofrecía voluntaria? Las siete se ofrecieron. Ninguna quería echarse atrás. Rechazaron decididamente la pregunta de cuál de ellas tenía familia. ¿Por qué había de castigárselas por el

hecho de tener hijos? Finalmente llegamos al acuerdo de que se turnarían en el trabajo.

Nos hicimos con un poco de papel y pusimos a prueba las posibilidades técnicas. La distribución sólo sería posible hacerla en Praga y en los alrededores más próximos. Las redacciones filiales de Brünn y de Ostrava deberían ocuparse de sus propias tiradas.

Durante todo aquel tiempo no se dijo ni una sola palabra sobre el hecho de que yo no pertenecía ya a la redacción. Todos me aceptaron sin reparos. Finalmente conseguí ponerme en contacto por teléfono con algunos colaboradores del aparato del partido y sobre los cuales no cabía duda alguna respecto a su postura. Me enteré de que a la mañana siguiente se reuniría una comisión de prensa formada por representantes de los diversos periódicos, de la radio y de la televisión. Esta comisión debía transmitir los informes sobre la situación política y coordinar el trabajo de los medios de masas. Se adoptarían medidas para mantener el trabajo de la oficina de prensa checoslovaca. Por cada una de las redacciones habría un colaborador que se encargaría de recoger el material de información en los cuarteles de emergencia de la oficina de prensa. Se me encomendó participar en el trabajo de la comisión de prensa como representante de los periódicos *Deporte checoslovaco* y *Estadio*, con lo que, prácticamente, asumía la dirección política de ambas publicaciones.

Al día siguiente se reunió la comisión por primera vez. En las cercanías del Perstin me esperaba un conocido que me introdujo por una puertecita en una casa típica de la Praga antigua. Desde el patio trasero, uno de los seis pasillos llevaba a una pequeña oficina que había de ser nuestro centro constante de reunión.

Al tercer día llegué veinte minutos más temprano de la hora convenida. Para las dos de la tarde se había proyectado una huelga de una hora, y como eran de esperar disturbios, acudí con anticipación. La puerta estaba cerrada y nadie abrió al escuchar mis golpes. Entonces descubrí un pedazo de papel pegado a la puerta, el cual tenía este curioso texto:

«Com. KUKLA, llamad Muelle número...»

Miré en torno y me pareció ver sombras sospechosas que se deslizaban junto a la puerta. Bueno ¿venían ya por nosotros?

El mensaje que estaba en la puerta lo descifré de la siguiente manera: debo llamar por teléfono al número que se indica, identificarme con la palabra KUKLA, decir que llamo al Muelle y entonces me comunicarán dónde debemos reunirnos. Está pensado astutamente que por lo visto los colegas son duchos en actividades ilegales.

La primera cabina telefónica no funcionaba. En la segunda, un muchachillo mantenía una conversación interminable. Completamente fuera de mí, entré en una pequeña zapatería y rogué que me dejaran telefonar. Me miraron bastante sorprendidos y asustados, pero, después de examinar mi carnet de periodista, la gente se mostró más amistosa. Incluso abandonaron discretamente la tienda para que pudiese telefonar sin estorbos.

Marqué el número. Al otro extremo sonó una voz de mujer. Reaccioné inmediatamente:

—Aquí KUKLA, llamo al Muelle, ¡hable usted, por favor!

—¿Quién está ahí? ¿Qué quiere usted?

—KUKLA habla al muelle, ¡hable usted!

—Un momento.

Me irrité. Habrían debido organizar mejor la cosa. Se puso al teléfono un tal ingeniero Tomasek. Repetí mi consigna y, en mi fuero interno, le dirigí una fuerte censura por haber dañado tan burdamente la conspiración al mencionar su nombre.

—Aquí KUKLA, llamo al Muelle, ¿tiene usted alguna noticia para mí?

El ingeniero se mostró muy asombrado. Le pregunté si hablaba con el Muelle.

—Sí, aquí es el centro de investigación técnica para el muelle, el ingeniero Tomasek.

Comprendí por fin. No se trataba de ninguna maniobra de conspiradores. Volví al patio trasero. Allí estaba la puerta correspondiente abierta de par en par, porque mientras tanto la secretaria había vuelto. Sólo había salido a hacer un mandado y, por cuestiones de seguridad, había cerrado con llave.

La mayor parte de los redactores y de los empleados administrativos permanecía en sus puestos de trabajo.

Habíamos distribuido nuestro cuerpo de redacción en tres grupos. El primero estaba en las habitaciones que hacían de redacción, el segundo se mantenía oculto en casas de conocidos para, en caso de una detención del primer grupo, saltar a la brecha, y el tercero deambulaba por las calles de Praga para recoger novedades y detalles curiosos.

En las calles se podía ver toda clase de cosas. Los pragueños discutían acaloradamente con los soldados y oficiales soviéticos. Los oficiales soviéticos afirmaban que nos habían salvado de un ataque de la *Bundeswehr* (Ejército de la República Federal Alemana) a la que se habían adelantado unas cuarenta y ocho horas.

La primera noche, Emil Zatopeck estuvo en el centro de la plaza de San Wenceslao. Yo iba con él de grupo en grupo y observaba su comportamiento en las discusiones. Se lanzaba al encuentro de los soldados soviéticos, los cubría de improperios, enumeraba sus records deportivos y luego «¡*davajte, pogovorim!*». Con la velocidad del rayo se formaban racimos de hombres alrededor del grupito y ya estaba en marcha el perfecto mitin.

Aquel estado de cosas sólo duró dos días, luego la mayoría de los soldados soviéticos quedó «contaminada». Inmediatamente se anunciaron reagrupamientos de las tropas soviéticas. Unos cuantos cientos de miles regresaron en dirección este y norte. Vinieron fuerzas de refresco, las cuales traían, por lo visto, otras órdenes y no se dejaban arrastrar a ninguna discusión. Por lo demás, pronto perdieron también los pragueños el interés por aquello, pues junto a la mayoría de aquellos «mitines» se veía a operadores soviéticos filmando ansiosamente las escenas. La prensa soviética aprovechaba aquellas películas como prueba de que nuestra población confraternizaba con los soldados del ejército amigo. En consecuencia, dimos instrucciones por la radio y la prensa para poner fin a aquellas campañas de ilustración, instrucciones que surtieron el efecto apetecido, porque al poco tiempo ya no se veía a nadie alrededor de los soldados soviéticos.

Por aquel entonces, todos los días nos llegaban noticias sobre los preparativos y deliberaciones para la asamblea general del partido que iba a celebrarse en Vysocany, sobre la situación política, sobre el eco de los acontecimientos en el extranjero y sobre la actitud adoptada por las Naciones Unidas. Recibíamos incluso detallados informes sobre el estado de ánimo de nuestro ejército. El 23 de agosto se agudizó la situación. Una brigada de carros de combate se negó a obedecer a sus superiores. Éstos querían echar con los carros a los rusos. Una delegación enviada de Praga a toda prisa trató de calmar los ánimos.

Merecen mencionarse algunos episodios observados en las

calles de Praga. Ya en los primeros días, algunos muchachos de Vinohrady, de sólo quince años de edad, inventaron un método simple para incendiar los tanques: echaban gasolina en el tubo de escape. Varios tanques soviéticos ardieron totalmente de este modo.

Se oía hablar de las primeras víctimas de la «ayuda fraternal». Fusilaron a una muchacha de diecinueve años por repartir octavillas contra los invasores. Dos muchachos, uno de apenas diecinueve años, el otro aún más joven, conducían durante la noche un camión por las calles, probablemente no oyeron la orden de la patrulla soviética de que se detuvieran y fueron muertos a tiros.

Siempre que regresaba a la redacción solía tener un cambio de impresiones con los redactores respecto a cómo iban las cosas. Les comunicaba mis novedades. No debía haber ningún secreto entre nosotros, y, a mi juicio, nunca tuvo la dirección política una confianza tan ilimitada en la prensa como en aquel entonces. En contraste con otros tiempos, se la dejaba decidir hasta qué punto debía informar a los lectores.

Surgieron, sin embargo, algunas dificultades técnicas en el reparto de los periódicos. Los puentes sobre el Moldava estaban ocupados por las tropas soviéticas. Todos los vehículos eran detenidos y registrados, pero las redacciones no carecían de inventiva. Una flota de botecillos fondeados en el Moldava se puso al servicio del periódico. Las delegaciones praguenses de la asociación de pescadores de caña inició su acción. A un lado del Moldava, escondiéndose bajo los puentes, se distribuían los periódicos, al otro lado se los descargaba rápidamente en los coches vacíos que habían cruzado la barrera de control. Mi Goggomobil prestó valiosos servicios en este sentido. El cochecito tenía aún matrícula de la Alemania Occidental, y a los coches extranjeros no los registraban. En una ocasión se extendió el rumor de que los firmantes de las «2.000 palabras» iban a ser detenidos en las próximas horas. De repente caí en la cuenta de que yo no había firmado aquella proclama, que había sido firmada por diez mil personas. Por tanto, me senté a la mesa, escribí una cuartilla y se la pasé a los representantes de las demás redacciones:

*¡Comunicación a los ocupantes!*

Sé que en las próximas horas queréis detener a los firmantes de la proclama de las «2.000 palabras». No la he firmado hasta

ahora porque estuve mucho tiempo en el extranjero; por eso la firmo hoy.

Muy atentamente, vuestro amigo de otros tiempos:

LUDEK PACHMAN

La nota apareció en algunas hojas y fue transmitida por la televisión, pero, ¿podía tener la menor importancia un gesto así? En aquel entonces pensábamos que había que infundir valor a las gentes y fortalecerles la moral.

Para nuestro periódico escribí solamente pequeños editoriales y un único artículo extenso en el que me planteaba el problema de la colaboración. Llevaba el título «Hora de la verdad» y acababa con estas palabras:

«Suponemos que hay personas que colocan su carrera por encima de los valores que hacen la vida digna de vivirse, como el honor, el derecho y la decencia. A estas personas se les podría hacer una advertencia: los ocupantes vienen y se van. Con el progreso de la civilización se acelera el ritmo con que se marchan. La primera ocupación de nuestro país duró trescientos años; la segunda, sólo seis años, y todos estamos convencidos de que ahora la curva del tiempo descenderá en proporción geométrica. Los ocupantes vienen y se van, pero el pueblo permanece. ¡Y este pueblo no olvida! Dentro de un año, de diez, sí, incluso dentro de cien años, se sabrá quiénes han resistido en esta hora de la verdad y quiénes no. Si alguien teme por su carrera más que por el honor y por los intereses del país, que piense por lo menos, en este momento, en lo que puede ser su carrera dentro de uno, diez o veinte años.

Desde enero hasta agosto de este año fuimos más humanos. Permitimos que continuasen en sus puestos incluso aquellos de los que sabíamos que eran capaces de cometer traición. La próxima vez no caeremos ya en ese error».

Estaba ya impreso el artículo cuando me di cuenta de que algunas de aquellas patéticas expresiones eran un plagio de otras de una personalidad completamente inadecuada para el caso. J. V. Stalin había dicho una vez: «Los Hitler vienen y se van, pero el pueblo alemán se queda.» ¿Cielo santo, qué ocurrencia! ¡La gente diría que continuaba estando entre las garras del estalinismo! No era ya posible corregir el error, porque los periódicos estaban distribuyéndose. Con un ejemplar que aún tenía la tinta fresca, me apresuré a ir a la Asociación



de Educación Física y Deportes. Iba a celebrarse allí una asamblea plenaria del partido. Me interesaba leer en voz alta el artículo porque en él se aludía a un episodio ocurrido en el edificio de la asociación deportiva el 21 de agosto. La casa no estaba lejos, pero el camino era complicado. Tenía que cruzar la calle Na Porici y vi que estaban disparando. Una tropa soviética se había apostado ante el edificio de *Rude Pravo* y disparaba contra las ventanas de arriba. Por lo visto, en la ventana se había mostrado un hombre armado y con uniforme.

Quise cruzar la calle, pero alguien me agarró de la manga y tiró de mí hacia un callejón.

—Hombre, ¿está usted loco? ¿Quiere que lo maten?

El callejón estaba lleno de gente. Les expliqué la urgencia de mi cita. Por fin me dejaron salir a la calle y pude llegar sano y salvo a la casa. En realidad no había nada urgente que me obligase a ir a aquella asamblea, pero en aquel entonces todos pensábamos que debíamos hacer algo, aunque fuese completamente inútil.

Durante aquellos días, la población se comportó como se puso de manifiesto con posterioridad, mejor que nuestros mandos. La gente se afanaba con toda su alma en hacer algo, por lo menos. Los jóvenes se manifestaban en la plaza de San Wenceslao y en las calles adyacentes. Las industrias estaban dispuestas a hacer cualquier cosa y las llamadas para organizar huelgas de corta duración siempre eran acogidas con entusiasmo.

La propaganda del bando contrario se mostraba ineficaz. Por ejemplo su actuación con octavillas que lanzaban desde helicópteros. Con la rapidez del rayo se formaban en los distintos barrios pequeños comandos que recogían velozmente las hojas y, con solemne ceremonial, las quemaban en hogueras. Algunos grupos, compuestos predominantemente por muchachos, se situaban en las calles frente a los tanques, lanzaban contra ellos improperios en checo y en ruso, sin arredrarse al ver cómo se acercaban ni tampoco por las ametralladoras que los tenían enfilados.

Mientras la prensa, la radio y la televisión estuvieron en nuestras manos, la resistencia prosperó de un modo excelente, porque todo el mundo obedecía las consignas que se daban. Se anunció que había que contar con detenciones y que se debía dificultar el trabajo de los órganos extranjeros quitando los números de las casas y los letreros con los nombres de las

calles. Al cabo de unas dos horas no había en Praga ni un solo nombre de calle ni un solo número de casa. También por la radio se transmitían las características de los autos del servicio de seguridad, a los que había que interceptar porque tales agentes colaboraban con los ocupantes y era muy probable que empezasen también a practicar detenciones. Inmediatamente se inició en Praga la caza de dichos vehículos. Lo excitada que estaba la población se ilustra con el siguiente episodio: En algún lugar de Vinohrady circulaba una mañana un coche encargado de repartir leche. El chófer vio de pronto, delante de él, un auto cuyo número acababa de comunicar la radio. Se acercó con su coche, arremetió por detrás contra el otro y lo tumbó junto a un muro. Tras inspeccionar más de cerca, comprobó que había atacado a un auto que no era el que había creído. No se trataba del número indicado por la radio, puesto que dos de las cifras figuraban en orden inverso en la matrícula del auto volcado.

En la plaza de San Wenceslao reinaba gran animación. Al pie del monumento a San Wenceslao había numerosas inscripciones condenando la ocupación y proclamando la neutralidad de Checoslovaquia.

En las calles podían leerse letreros con palabras y frases que no carecían de ingenio. Una de aquellas frases corrió por Praga como un reguero de pólvora:

«¡Lenin, despierta! ¡Breznev se ha vuelto loco!»

Nacieron repentinamente nuevas canciones que pronto estuvieron en todas las bocas. «Iván, vete a casa, Natacha te espera.» La canción rusa «El partisano» recibió de la noche a la mañana una nueva letra. La última estrofa decía:

La amistad de muchos años,  
Breznev la escupe al retrete,  
Kosyguin se arranca el pelo,  
¡que Lenin venga y lo arregle!

Era probablemente el mayor estallido de arte espontáneo que haya vivido nunca la historia checoslovaca.

En Praga me visitó por aquel entonces el gran maestro holandés Donner. Corría por las calles lleno de entusiasmo:

—Esta es verdaderamente una lucha del papel contra los

tanques, y no es nada seguro que el papel tenga que perder.

Me reunía diariamente con Donner, aunque aquello iba en perjuicio de mi distribución del tiempo, pero favorecía mis planes de ganarme a toda costa a Donner para hacerlo aparecer en la televisión. Ésta emitía desde un edificio nuevo situado en el Petriny. Era un edificio de diez pisos aún no terminado, pero el ascensor funcionaba ya y en el décimo piso estaban instalados los aparatos y las cámaras. Teníamos instrucciones exactas sobre el camino que debíamos seguir para llegar a los estudios, porque hasta entonces se había conseguido mantener en secreto el emplazamiento de los mismos. Por el solar debíamos ir solamente de dos en dos, procurar pasar inadvertidos, no mirar en torno y no discutir. La primera vez no pude absterme de mirar atrás como la mujer de Lot. Lo que vi me cortó literalmente la respiración. Al otro lado de la calle, las azoteas estaban abarrotadas de gente. Todo el mundo miraba hacia el nuevo edificio, nos señalaban con el dedo y gesticulaban. Por lo visto, todos estaban enterados desde hacía mucho tiempo de que la televisión había instalado allí su estudio provisional. A pesar de esto, el bando contrario aún no había recibido ningún soplo sobre el asunto. Una muestra de que aún no había demasiados traidores en nuestras filas.

Sin embargo, no era tan fácil mantener un secreto en aquellos tiempos. Llegó a mis oídos una bonita historia sobre la radio. Uno de los muchos lugares desde donde se emitía era una villa situada en Vinohrady. A la puerta había centinelas que tenían orden de no dejar pasar más que a gente que supiera la contraseña.

De pronto apareció en el estudio, junto al locutor, un muchacho de bata blanca y llevando un gran cesto.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué hace usted aquí? —le preguntó el locutor en el primer descanso que hizo en la emisión.

—Los muchachos me mandan con unos cuantos bocadillos para ustedes. Dicen que se los han merecido de sobra por su trabajo.

El revuelo fue enorme. ¿Cómo habían podido enterarse de que se emitiría desde allí? ¿Cómo habían dejado entrar los centinelas a alguien que no sabía la contraseña? Al parecer, la había dicho correctamente. El muchacho se asombró mucho de eso, puesto que no estaba enterado de que hubiese contraseña de ninguna clase. Naturalmente, la había; era Pramen (fuente). En Checoslovaquia se llama Pramen a cualquier tienda

de comestibles, por tanto, también se denominaba así la tienda de la que venía el mensajero a traer los bocadillos. El muchacho se había abierto camino de la forma más honrada con la palabra mágica «fuente».

El tercer día circuló por la radio la noticia de que Emil Zatopek estaba en gran peligro. Se le pedía insistentemente que se escondiera. Medio día más tarde me comunicaba un redactor:

—Emil pasea alegremente por las calles, con la gorra encasquetada hasta los ojos al estilo de Sherlock Holmes, pero cualquiera puede reconocerlo.

—Hay que localizarlo inmediatamente y traerlo a la redacción, aunque para eso haya que recurrir a la policía.

Enviamos a un reportero como fuerza auxiliar. Descubrió a Emil en una esquina de la plaza de San Wenceslao en el momento en que estaba pegando un gigantesco cartel. No se daba cuenta en absoluto de que, a unos cuantos pasos detrás de él, se hallaba un soldado. Este se acercó lentamente, empujó a Emil por la espalda con la metralleta y adoptó una actitud amenazadora. Emil dio media vuelta, le sonrió al soldado, le alargó la mano y dijo:

—*Vsjo v parjadke, tovarisc.* (Todo en orden, camarada).

Luego dio la vuelta tranquilamente a la esquina y pegó otro cartel. Un rato más tarde estaba en nuestra redacción y se dejaba increpar gustosamente.

—Pero es que escondido se está tan solo y tan triste —era todo cuanto respondía a nuestras recriminaciones.

Lo senté en el coche, esta vez no en el Goggomobil, y lo llevé, cruzando el río, hasta el estudio de la televisión. Debía callar cuando pasásemos por el puesto de control que había en el puente y dejarme hablar a mí.

La mano alzada de un soldado. Paré, salté muy diligente del coche y pregunté con aire de inocencia:

—¿Quiere usted ver el portaequipaje?

El soldado se mostró muy amistoso por tanta amabilidad e iba a dejarnos pasar, pero he aquí que Emil se apea del auto y grita, gesticulando furiosamente:

—*¡Cto vy sdelali, ni sabaka od vas kuset nebudet!* (Con lo que habéis hecho, ni un perro comería con vosotros!)

Los dos soldados de la patrulla adoptaron inmediatamente una actitud amenazadora. Me interpose y les expliqué cortésmente que mi amigo había bebido un vaso más de la cuenta, bueno, no un vaso, sino varios, porque habíamos estado cele-

brando un cumpleaños. Al oír esto, los soldados mostraron una gran comprensión y aceptaron mi promesa de que me llevaría a mi amigo a casa por el camino más corto y lo más rápidamente posible.

Por aquel tiempo dormía todas las noches en un sitio distinto, aunque realmente no podría decirse que aquello fuese dormir. También estaba cambiando constantemente de coche y me comportaba como un espía de gran envergadura. Como es natural, aquello no servía para nada, pero nuestros periódicos se publicaban y, a las puertas de las fábricas, nos los arrancaban literalmente de las manos. Salían de Praga con los trenes en dirección al resto del país. Incluso la policía ayudaba en el reparto. Una vez nos detuvo uno de sus coches de patrulla. Los agentes nos preguntaron si no podían ayudarnos a repartir; en aquellos días no tenían mucho qué hacer. Recibieron dos mil ejemplares y el encargo de hacer el reparto en el distrito octavo de Praga.

El 26 de agosto por la tarde nos enteramos de que en Moscú se iba a firmar un «convenio» y que, según todas las apariencias, iba a ser muy perjudicial para nosotros. Las gentes de las calles aún no sospechaban nada de eso, pintarrajeaban las palabras que se les ocurrían y organizaban manifestaciones. ¿Todo aquello iba a ser inútil? ¿Había otra vez un nuevo Munich a la vista?

Me dirigí al poeta Jaroslav Seifert. Me obsesionaba la idea de que él debía escribir un gran poema que, transmitido por la radio y la televisión, sacudiera a las masas.

Jaroslav Seifert estaba muy excitado, iba de arriba abajo por la habitación y por fin dijo con voz temblorosa:

—Pero, maestro, no tiene nada de fácil escribir a toda prisa un poema. Además, no sé qué escribir, es imposible.

También yo sabía que era imposible, que le había hecho una petición completamente tonta. Así pues, de nuevo a mi barrio. Allí empecé a concebir algo así como una arenga. Bosquejé diversas variantes y llegué a la conclusión de que también eso era una estupidez. ¿Para quiénes podía escribir yo? Aquello debía hacerlo un político y no un periodista. En lugar de eso concebí un editorial en el que se dijera que el pueblo no quedaba obligado por lo que se hiciese y se firmase en su nombre sin él saberlo. A la mañana siguiente dulcifiqué un poco las expresiones, porque la mañana es más prudente que la noche. En lugar de ir al periódico, me dirigí a la televisión, pero tam-

poco allí podían darme consejos; la gente vagaba de un lado a otro sin saber qué hacer.

Naturalmente era muy fácil declarar que no debía aprobarse lo que quiera que acordasen y que la resistencia no armada debería continuar, mas en todas las esquinas estaban escritos los nombres de Dubcek y Svoboda. Seguro que los dos habían firmado también, posiblemente incluso los primeros. ¿Había que manifestarse contra ellos? La gente no sabía ya qué hacer en modo alguno.

Fui a la plaza de San Wenceslao, que siempre estaba llena de gente. Allí se organizó a toda prisa un mitin improvisado. Alguien habló por un altavoz y se refirió al orgullo nacional, a que había que resistir. De pronto me vi encaramado en la tribuna y seguí hablando de lo mismo: de los husitas, de la batalla de la Montaña Blanca y de que, en realidad, todo iba a salir mal. Cuando bajé me abrazó una pequeña estudiante, y un periodista extranjero me arrastró a su habitación del Hotel Yalta. Era de la televisión noruega y mostraba gran entusiasmo por haber atrapado a un gran maestro del ajedrez.

Me colocó de espaldas a la ventana para que pudiese verse el escenario de la plaza de San Wenceslao y empezó a hacerme preguntas. No sé qué respondí, pero sé que me vino esta duda: ¿qué pueden hacer los noruegos con esto y qué puede hacer nadie? Este sentimiento estaba justificado, porque en el mundo entero no había quien hiciera nada. Cierto que al principio hubo un poco de agitación, pero luego se hizo el silencio. Más tarde me comunicaron que mi entrevista se había transmitido en todos los países escandinavos.

El reportero noruego me arrastró luego junto a colegas de otros países; por lo visto tenían una buena práctica en todo aquello. Algo había que decir, aunque sólo fuera para hacer algo. Entonces conocí también a Dick Verkijk, de la televisión holandesa, con el que más adelante habría de encontrarme con mayor frecuencia. En el verano de 1970 estuvo detenido seis días en Ruzyn y luego lo expulsaron de Checoslovaquia tachándolo de espía. Por aquel entonces transmitió la televisión una secuencia, en la que, entre otras cosas, se veía mi encuentro con Dick en el verano de 1969 en el Restaurante Europa, película que, probablemente, tomaron con una cámara oculta. *Rude Prava* refirió aquello muy detalladamente y escribió que durante mi detención, Dick había estado encontrándose con mi esposa. Cuando en el otoño de 1970 despidieron a mi mujer de su

puesto de trabajo, estaba clavado en el tablón de anuncios que se hallaba en los bajos del edificio de la asociación de deportes aquel ejemplar del *Rude Pravo* al que acabo de referirme. Las frases que aludían a mi mujer estaban subrayadas con un grueso trazo. En realidad ella sólo había hablado con Dick una vez en su vida cuando, estando yo en la cárcel, él le había rogado que me diese saludos de su parte. Bueno, estoy anticipando los acontecimientos. Volvamos a agosto de 1968.

El 27 de agosto por la tarde estuve por primera vez en mi casa después de siete días. Después de darme un baño, me senté de nuevo ante la máquina de escribir y redacté algunos artículos. Por la noche estaba de nuevo en la ciudad. Llevaba conmigo dos o tres artículos sobre los acontecimientos de agosto, una proclama y una carta para la Federación Internacional de Ajedrez. Me dirigí con todo aquello al Hotel Alcron, porque quería rogar a uno de los corresponsales extranjeros que pasase la frontera con esos escritos. Al llegar a la esquina de la plaza de Carlos, un joven me hizo señas desesperadamente, levantando una de sus dos muletas.

—Por favor, ¿podría usted llevarme a mi casa? Los tranvías no circulan y a pie no puedo llegar.

Lo ayudé a subir al coche, sólo pudo entrar con dificultades, porque estaba lisiado de ambos pies. Por fin se sentó y nos pusimos en marcha hacia Strasnice.

—Es espantoso; no deberíamos dejar pasar esto tan tranquilos.

No contesté por el momento y entonces me preguntó directamente qué pensaba yo del asunto y tuve que ponerlo al corriente de lo que había oído decir en Moscú, pero que aquello no era el final, sino el principio; lo que habría más adelante no se podía prever.

—Nos hemos decidido a no rendirnos. Nosotros seguiremos luchando.

Escuché sorprendido, ¿a quién quería referirse con aquello de «nosotros»? Era un grupo de jóvenes comprometidos que, desde hacía días, organizaban en la plaza de San Wenceslao acciones clandestinas.

Llegamos a un sitio iluminado en la plaza de la Paz. Me miró a la cara:

—¿No lo he visto a usted hace algunos días en la televisión? —Me preguntó.

Le dije mi nombre. Cuando en Strasnice se bajó del coche

con grandes dificultades, se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—Si alguna vez necesitáramos algo, ¿podríamos dirigirnos a usted?

Asentí con la cabeza, tras lo cual dijo en voz más baja aún:

—Le llamaremos por teléfono. La contraseña es Jan Hus.

Se alejó cojeando pesadamente y desapareció en un portal. Me quedé sentado en el coche un largo rato pensando en todo aquello.



## Un otoño movido

Los primeros días después de agosto fueron realmente extraños. Tenía la impresión de vivir en un estado de sueño permanente. La mayor parte del tiempo la pasaba ante la máquina de escribir. Compuse diversos opúsculos y envié cartas a varios hombres de estado. La primera carta la dirigí a Janos Kadar, porque es jugador de ajedrez. Lo curioso fue que aquel escrito alcanzó una considerable publicidad. En el texto había los dos párrafos siguientes:

«El 21 de agosto se me puso fulminantemente en claro que no se trata de reformas de ningún tipo, sino de una lucha implacable contra un engaño que sólo se llama socialismo para ocultar sus verdaderos fines, sus intereses egoístas de gran potencia y su mentalidad zarista.

»Usted debe saber que entre nosotros, también después del 21 de agosto, hay gentes que no han perdido su fe en el socialismo y que quieren vivir por un socialismo auténtico, pero precisamente por esto se las tacha hoy de contrarrevolucionarios y a los que, según las palabras de un editorial del moscovita *Pravda*, "el pueblo checoslovaco, con ayuda de los partidos hermanos, va a asestar el golpe aniquilador".»

De este modo acababa aquella carta. Me enteré más tarde de que Janos Kadar la había leído y realmente no se había enfadado de forma exagerada. Por lo visto, también él sabía algo de cosas así y se guardaba su opinión.

En algunas redacciones, entre ellas las de *Trybuna Ludu* y *Mundo Libre*, dirigí comentarios polémicos sobre sus artículos acerca de la contrarrevolución, el sionismo y temas análogos. Cierto que ninguna de mis cartas se publicó en ninguno de los periódicos, pero en el «Mundo Libre» apareció una respuesta firmada por el redactor jefe interino Radatz. Empezaba con las palabras:

«... (estos tres puntos no son invención mía, estaban allí efectivamente, negros sobre blanco). Sí, ¿cómo debo hablarle a usted realmente?»

A esto seguían disertaciones increíblemente necias por el estilo del conocido Libro Blanco. Escribí entonces apresuradamente a Radatz una nueva carta y al final lo publiqué todo en la República Federal y en Holanda.

Hice en multicopista una arenga para amigos míos de los cinco países del pacto de Varsovia. En ella fustigaba la ocupación y concluía con la consigna: «¡Hombres decentes de todos los países, uníos!»

Poco después recibí una carta de mi amigo de mucho tiempo atrás, el filósofo marxista alemán profesor Georg Klaus, quien, durante varios años, había sido presidente de la Federación de Ajedrez de la República Democrática Alemana. Calificaba mi consigna de estar absolutamente desprovista de toda conciencia de clase y me pedía que reflexionase. Nuestra polémica, con forzosas pausas, se prolongó hasta el verano de 1972. En su última carta me escribía las palabras siguientes: «Sigo siendo de la opinión de que tus concepciones filosóficas son erróneas, pero cada vez me resulta más difícil refutar el material específico de que dispones».

Ya no le contesté; posiblemente la solidez de mi material lo había trastornado.

Preparé para *Der Spiegel* un extenso artículo sobre el tema «Lo que ocurrió en agosto», para el cual no encontraba mejor destino que la redacción de dicho semanario. Ahora bien, el artículo, por un error administrativo, llegó a manos de un redactor de la prensa del bulevar y apareció allí en una forma increíblemente desfigurada. Luego, por motivos inextricables, llevé al papel algo así como una confesión personal. Le puse al artícu-

lo el título «El nacimiento de un contrarrevolucionario». En el periódico *Christ un Welt*, de la República Federal Alemana, se publicó un presagio de lo que tendré que contar más adelante, pero en la redacción le pusieron el título «Monstruo, devora y muere», lo que literalmente me cortó el resuello. En mi artículo llegaba a conclusiones atrevidas, pero halló aprobación entre algunas personas, lo que demostraba mal gusto por parte de ellas, o por parte mía, o por parte de ambos. Mi mujer Eugenie protestó entonces airadamente contra su contenido y dijo:

—¡Seguro que por esto te meterán en la cárcel!

Sólo tuvo razón en parte; cierto que me encarcelaron, pero no por eso.

Hacia el 5 de septiembre escribí una carta a Josef Smrkovsky a causa de la cual me invitó a mantener con él una conversación amistosa. En mi escrito le había preguntado qué sabía hacer aún y si todo aquello tenía en general algún sentido.

Nuestra charla fue muy agradable y tranquilizadora, pero él no pudo contestar a mis preguntas; se encontraba en la penosa situación de tener que preguntar más bien que poder responder. A pesar de eso saqué la impresión de que no todo estaba perdido aún.

A mediados de septiembre hice un viaje al extranjero. Mi pasaporte de servicio, juntamente con la autorización para viajar por todos los países del mundo, estaba depositado en la Asociación Checoslovaca de Educación Física y Deportes. Lo recogí con el pretexto de que tenía que ocuparme de la publicación de mis libros de ajedrez. Hasta entonces mis libros habían aparecido en la editorial berlinesa Sportverlag, pero a finales de agosto, con la excitación de los primeros momentos, rompí todas mis relaciones con esa editorial, a pesar de que allí no me habían hecho nada malo y, desde luego, no tenían culpa ninguna de la ocupación de Checoslovaquia. Sin embargo, ya todo daba igual. Después de mi polémica con el *Mundo Libre*, la editorial Sportverlag habría tenido, de cualquier modo, que romper las relaciones conmigo, lo que habría sido ventajoso para mí pues habría podido demandarla por incumplimiento de contrato.

No tenía ningún plan concreto de viaje. Por eso decidí visitar primeramente a mis amigos de la República Federal. Si quería conseguir algo, allí estaba la mejor base de partida. Des-

de la *Deutsche Welle* se les podría leer muy bien la cartilla a los Soviets.

Ante la oficina para el visado de entrada, había en Praga una interminable cola, lo que me impulsó a dirigirme primeramente al consulado austriaco. Allí la cosa no se presentaba mucho mejor. Por pura casualidad, el señor cónsul pasó junto a mí. Lo detuve y le hice la pregunta de si, por mi calidad de periodista, no se me podrían abreviar todos aquellos trámites. Accedió y, al día siguiente, emprendí viaje a Viena, donde debía procurarme el visado de entrada para la República Federal Alemana. En la embajada de ésta en Viena no era posible adelantarse a nadie. El edificio estaba materialmente sitiado por viajeros checoslovacos. La cola se extendía por la calle a lo largo de varias casas. Así pues, vagué por Viena hasta que, mediante mis amigos del ajedrez, conseguí ponerme en contacto con el secretario de prensa del gobierno austriaco, doctor Metznik. Intervino a mi favor cerca de la embajada alemana y, al día siguiente, emprendí viaje por Salzburgo hasta Munich y, desde allí, seguí adelante. Visité a mis más íntimos amigos ajedrecistas. Así surgió la idea de que podría organizar un pequeño torneo, dar algunas conferencias sobre los acontecimientos de agosto y, para conservar la forma, jugar algunas simultáneas.

En Munich quería llevar a cabo otra gestión que me había encargado la Federación de Ajedrez. Poco después de los días de agosto, nuestro joven y más prometedor gran maestro, Kavalek, había abandonado Checoslovaquia. Si me gustase exagerar, diría que había sido discípulo mío, cosa que él recalca a menudo. En cualquier caso, estábamos muy unidos y me desconcertaba que a su debido tiempo no me hubiese dicho nada de sus intenciones. Tenía buenos motivos para su emigración, porque su padre había abandonado Checoslovaquia en 1948 y trabajaba ahora como redactor musical en la emisión checa de «Radio Europa Independiente» de Munich.

La marcha de Kavalek fue una gran pérdida para nuestro ajedrez. Por eso había decidido hacerle una visita. Por medio de su padre, me enteraría de su dirección.

Al padre sólo le conocía de vista; había asistido como invitado a la olimpiada ajedrecista de 1964 en Tel-Aviv; era un señor bajito y simpático, con barba, ojos vivos y una forma de expresarse muy cultivada. No sabía más de él.

En las calles de Munich pregunté por el emplazamiento de

aquella «Radio Europa Independiente» de tan mala fama entre nosotros. Con gran asombro por mi parte, tardé un rato en conseguir que alguien me informara. Por lo visto, los muniqueses se preocupaban de aquella institución muchísimo menos que nuestros órganos competentes, pero, por fin, averigué lo que deseaba.

Cuando comparecí ante Kavalek padre, casi se cayó de la silla por la sorpresa que experimentó. Posiblemente se aterró al verme y creyó que los partisanos rojos, entre los cuales me contaba él sin duda, habían venido ya a ocupar «Radio Europa Independiente». Pregunté por su salud y, ante todo, por su hijo Lubos. El señor Kavalek se mostró inflexible y no consintió en llevarme junto a su hijo hasta que me comprometí a que no trataría de inducir al joven a que regresara. Prometí hablar con él solamente en presencia del señor Kavalek padre, y así ocurrió. La velada transcurrió muy amistosamente y al final me quedé a pasar en casa de los Kavalek aquella noche y dos días más. Sosteníamos vivas discusiones hasta el filo de la madrugada, por ejemplo sobre la cuestión: ¿socialismo democrático o sólo democracia? Yo defendía el primer punto de vista, porque Karl Marx seguía siendo para mí, exceptuando su materialismo dialéctico, una autoridad mayor que T. G. Masaryk, a pesar de que ya también reconocía los méritos de este último. Me reprocharon que hablaba demasiado mesiánicamente. Es probable que tuvieran razón, pero, por aquel entonces, yo seguía pensando que éramos los pioneros de una nueva sociedad socialista en toda la Europa oriental. Mis anfitriones se mostraban escépticos y decían que los Soviets terminarían por lograr todo lo que habían querido conseguir en agosto. Yo les llevaba la contraria apasionadamente. El joven Lubos se limitaba casi siempre a escuchar y era probable que pensase: «Dejemos que hable este viejo loco.» Lo cierto era que en modo alguno quería venir conmigo a Praga.

Así pues, regresé solo, ansioso de enterarme de lo que hubiera ocurrido durante mi ausencia. Llamé por teléfono a Jan Prochazka y concertamos preparar un encuentro en mi casa de varios escritores con dos «hombres de enero» para deliberar sobre lo que iba a ocurrir más adelante. Hubo tantas opiniones como asistentes. A un escritor joven se le ocurrió la idea de secuestrar a Kuznesov, representante del Politburó soviético, mantenerlo prisionero en cualquier sitio, por ejemplo en el castillo de los escritores, en Dobrís, y obligarlo a firmar una es-

pecie de «protocolo dobrisense», lo que sería una broma de resonancia mundial. Desde luego el ingenio y el humor han sido siempre las mayores armas del pueblo checo. Este plan fue inmediatamente rechazado, ya que únicamente serviría para hacer un héroe del compañero Kusnesov con sólo que se le tocara un cabello.

En nuestra primera reunión conocí, por fin, personalmente a Ludvik Vaculik. A pesar de que yo había sido el último en firmar sus 2.000 palabras, me acogió inmediatamente en el círculo de sus amigos. Desde entonces nos entendimos muy bien, pero cuando estábamos en compañía de otras personas, él y yo siempre discutíamos acaloradamente. Me decían que eso era una señal infalible de genuina amistad.

En aquella reunión analizamos con mucha diligencia el contenido del protocolo de Moscú, documento altamente secreto, pero que conocía media Praga. Nos parecía muy chusco que el contenido permaneciese envuelto en tan riguroso secreto y que, sin embargo, la población estuviese enterada del texto completo. Además escuchamos con gran interés la lectura de la conversación que habían sostenido J. Smrkovsky y Kuznesov. Este documento circulaba en número de varios ejemplares entre los «círculos iniciados». Nos agradaba que Smrkovsky se hubiese mostrado decidido, pero al mismo tiempo muy prudente y con una buena táctica.

Luego leí también en voz alta el texto del discurso pronunciado por Fidel Castro en La Habana el 23 de agosto. Especialmente algunas de sus afirmaciones nos sacaron de quicio, como aquella de que éramos un pueblo que no pensaba más que en *smokings*, divisas, bonos, prostitutas y placeres análogos, lo cual nos había llevado a los brazos del imperialismo y del capitalismo. Rápidamente le escribí una carta a Fidel, la entregué en la embajada cubana y tomé el coche para poner a disposición de la *Deutsche Welle* aquella carta en castellano. En el escrito formulaba muchas preguntas desagradables sobre los detenidos políticos que había en Cuba y sobre la situación económica de los mismos. Lo que más debió de enfadar a Fidel fue que acabé la carta con el saludo revolucionario que es sagrado en Cuba: «¡Patria o muerte, venceremos!»

Cuando llegué a los estudios de Colonia, me encontré con un colaborador de la redacción húngara al que había conocido la última vez que estuve allí. Después de los sucesos de Hungría, en el otoño de 1956, había permanecido seis años en Siberia

cumpliendo una condena a trabajos forzados. Me comunicó algunas de las experiencias que había tenido allí, las cuales, como él decía, quizá pudieran serme útiles alguna vez.

Luego, mi conocido habló por el micrófono y le oí pronunciar unas diez veces los nombres de Smrkovsky y Kuznesov. A mi pregunta de qué había dicho sobre aquellos dos señores, vaciló un poco al principio, pero luego contestó que, aunque todavía no era del dominio público, *Der Spiegel* había recibido por lo visto el texto completo de la conversación entre Smrkovsky y Kuznesov. Aparecería en el próximo número y la *Deutsche Welle* la difundiría en varias lenguas.

Me apresuré a ver al jefe del departamento de la Europa oriental para explicarle que aquello podría provocar una desgracia. Seguramente acusarían a Smrkovsky de haber sido él quien había dado a conocer aquel texto para crearse *publicity*. En mi opinión, el asunto incluso podía costarle el cargo. En la radio pensaban de otra manera: los Soviets guardarían silencio para no tener que confirmar la veracidad de semejante protocolo. Por otra parte, ya era imposible suspender la publicación en *Der Spiegel*.

Grabé luego rápidamente en cinta magnetofónica mi carta a Fidel Castro y regresé a toda velocidad a Praga, porque juzgaba que era mi deber avisar a Smrkovsky. Era viernes por la noche. *Der Spiegel* aparecería el lunes. La *Deutsche Welle* quería difundir el texto antes aún: el domingo.

El sábado a primera hora de la mañana llamaba a la puerta de un amigo mío, diputado de la asamblea federal. Le conté cómo estaban las cosas y le pedí que me acompañase inmediatamente a casa de Smrkovsky. Me quitó aquella idea de la cabeza. La conversación hacía ya mucho tiempo que no era un secreto para nadie, los diputados se intercambiaban el texto, que habían hecho copiar a máquina y habían propalado por doquier. Por tanto, a Smrkovsky no podía pasarle nada. Desde luego él no le había proporcionado el material a *Der Spiegel* y, por otra parte, no era nada malo que la gente del mundo leyese aquello; por lo menos así se enterarían de que en las actuales circunstancias un político checoslovaco no tenía una vida fácil ni muchísimo menos. Sus argumentos me convencieron, me fui tranquilo a casa y lamenté únicamente la cara gasolina desperdiciada y el tiempo perdido. En casa dormí profundamente y el domingo por la mañana emprendí de nuevo viaje a Munich. Luego quería ir con mis amigos a la olimpiada ajedrecista de

Lugano en la que, por motivos políticos, no me interesaba participar. Había escrito previamente, junto con mi amigo Kavalek, una protesta contra los «amigos» soviéticos.

Desde Munich continué el viaje con mi colega, maestro de ajedrez Wolfgang Unzicker, que llevaba en su coche al maestro Pfleger, de Bamberg. Tomamos el camino más corto, por Austria. Afortunadamente mi visado austríaco aún tenía validez, pero no me hizo falta; nadie se fijó en mí.

En Lugano lo primero que hice fue buscar a nuestro equipo. Todos sabían ya que yo no jugaría, porque previamente había anunciado mi propósito ante la Federación de Ajedrez. Sobre la ausencia de Kavalek, dimos a los demás equipos nuestra explicación conjunta en inglés y alemán. Al tercer día de mi estancia en Lugano di una conferencia de prensa sobre la cual informó Radio Berna.

Al mismo tiempo se reunía el congreso de la Federación Internacional de Ajedrez y, en el curso del mismo, ocurrió un pequeño episodio. Varias semanas antes la Federación Soviética había presentado una propuesta al congreso para excluir a Sudáfrica de la olimpiada ajedrecista, basándose en que allí se violaban los derechos humanos. Juntamente con Lubos, enviamos un escrito al congreso pronunciándonos en contra de dicha propuesta. Fundábamos nuestra repulsa en el hecho de que, desde luego, estábamos en contra del racismo y de la violación de los derechos humanos, pero manteníamos la opinión de que había que igualar a todos con el mismo rasero. También otros estados habían cometido violaciones de los derechos humanos y del derecho internacional. Por eso había que excluir a todos o a ninguno.

En la sesión de la junta directiva, el delegado soviético pidió que fuera presentada su propuesta. El presidente de la FIDE, doctor Rogard, interrumpió entonces la sesión durante quince minutos, dejó leer nuestra carta al miembro soviético de la junta y le comunicó que en caso de que se pusiera a discusión en el congreso el asunto de África del Sur, también habría que hablar de nuestra carta. Después de eso, cuando volvieron a la sala de deliberaciones, el delegado soviético hizo saber que no insistía ya en que se discutiera su propuesta.

Al cuarto día estaba yo almorzando en el Hotel Arozina cuando la delegación soviética en pleno penetró en el local. Saludé y me volví a mi mesa, pero Vasia Smyslov se me acercó de repente desde la mesa soviética y me dijo:



—*Lujdek, nechatite saditsja c nami?* (Ludek, ¿no quiere usted sentarse con nosotros?)

Me sentí realmente sorprendido y contesté:

—Con mucho gusto, pero, ¿qué dirá vuestro jefe político, el compañero Sierov?

Vasia me respondió que era este precisamente quien le había enviado a hacerme la pregunta. Así pues, cogí mi plato y lo llevé a la mesa de los soviéticos. El compañero Sierov, después de saludarme, me preguntó, aun antes de que hubiese tenido tiempo para sentarme, si estaba dispuesto a discutir con él sobre mis puntos de vista. Habían oído hablar de mi conferencia de prensa, habían leído la explicación y ahora querían una toma de postura sobre el asunto.

Naturalmente, me alegré de poder hablar sobre aquello. Me hizo sus preguntas, la primera la de si yo, como comunista, estaba de acuerdo en que, entre nosotros, el socialismo había sido liquidado e iba a imponerse de nuevo el dominio del capitalismo. A eso repliqué que no me había dado cuenta de nada y que debía de tratarse de un error. Nosotros estábamos contra el capitalismo y, por lo demás, no llegaba a imaginarme cómo se podía realizar eso técnicamente: restaurar el capitalismo y todo lo demás... ¿Quién iba a tener tanto dinero como para poder comprar fábricas y campos y las otras cosas?

El debate fue cobrando fuerzas, poco a poco iban participando también los restantes miembros del equipo olímpico, todos amigos míos desde muchos años atrás. No apoyaban en modo alguno al compañero Sierov. Éste se iba poniendo cada vez más nervioso y al cabo de unos tres cuartos de hora estaba todo sofocado:

—Somos amigos vuestros y habéis matado a nuestros soldados.

Le aseguré que no habíamos fusilado ni matado a ninguno, ya que por nuestra parte no se había hecho ni un solo disparo. Afirmó que había visto las tumbas de los soldados soviéticos que habían caído. Le di la razón; sí, era verdad que había habido muertos.

—Conozco un caso muy concreto. No lejos de Praga chocaron en la oscuridad de la noche tropas soviéticas y búlgaras, ambos bandos creyeron por error que tenían enfrente unidades contrarrevolucionarias y empezaron a dispararse uno a otro.

Aquello enfadó mucho al compañero Sierov, dio un puñetazo en la mesa y gritó:

—Sepa que es muy peligroso lo que está diciendo. ¡Parece como si quisiera usted saltar del tren en marcha!

Le contesté que me daba cuenta del peligro; al fin y al cabo, ya durante la ocupación anterior, es decir, la nazi, había pasado cierto tiempo en la cárcel, lo que no era obstáculo para que mantuviese mi punto de vista, pues, en definitiva, no se trataba de nosotros solos, sino también de otros pueblos. En ese momento Boris Spasski dijo una frase que casi me hizo tragar las palabras:

—*Pravilno* (es cierto), los checos luchan también a favor nuestro.

Mi principal interlocutor en la discusión terminó bruscamente el debate, tergiversando absolutamente los hechos y afirmando que yo «estaba demasiado nervioso» y que así no se podía discutir.

De regreso en Praga, encontré una atmósfera completamente cambiada. Las depresiones habían desaparecido, de nuevo era posible hablar unos con otros, se celebraban reuniones, la vida política parecía haber cobrado impulso.

Antes de mi viaje le había escrito a Alexander Dubcek. Éste, en su discurso por radio, había condenado a los radicales calificándolos de «hombres con tendencias anarquistas» y «luchadores entre comillas» y les pedía que «expusiesen sus variantes». En mi carta le escribí que tenía el propósito de hacer eso. Condeno el convenio de Moscú y pido que se tire como un papel mojado, porque eso no es ningún convenio, sino el resultado de un «Diktat». Le pedía que no siguiese retrocediendo aún más. Más bien emocional que racionalmente, caracterizaba yo la política soviética como antisocialista.

Cuando hoy recuerdo esa carta, me avergüenzo de ella, a pesar de que mis conocidos afirman que en aquellos tiempos cumplió una tarea útil. En aquellos días Dubcek no gozaba de un sólo minuto de tranquilidad. ¿De qué quería yo realmente darle lecciones? Posiblemente los radicales de mi cuño perjudicaron entonces a la causa. Algunos de mis amigos afirman lo contrario. Tienen preparada en este aspecto la teoría física de la acción y de la reacción. Sobre el mando de Dubcek se ejercía, por lo visto, una fuerte presión por uno de los lados. Para mantener el equilibrio se necesitaba la presión por el lado contrario. Por tanto, éramos nosotros los que ejercíamos esa contrapresión, pero para que pudiese ser eficaz, hacía falta la solidaridad de nuestros dirigentes. El grupo rector de los cinco

se disolvió. Inmediatamente sólo quedaron los dos últimos mosqueteros y el anciano presidente, contra el cual se ejercían presiones por todas partes. Lenta pero implacablemente iban apretándose las tuercas, y Dubcek regresaba con ojos cada vez más desesperados de sus numerosas visitas a Moscú o a Kiev. Le escribí entonces que había debido meterse a poeta y no a político, lo que representaba un «valor» muy barato, porque Dubcek nunca ha condenado a nadie por semejantes manifestaciones de energía. En aquel tiempo empezaba yo a tomarme a mí mismo muy en serio como político y me olvidaba totalmente de que en realidad sólo soy un jugador de ajedrez.

En noviembre se celebró una importante reunión del comité central del partido comunista en la que se trató del cumplimiento del convenio de Moscú y de cuál iba a ser la línea futura del partido. Se sabía de antemano que, en realidad, el programa de acción de abril de 1968 iba a ser suprimido y que también se producirían tajantes cambios personales. El día antes de que se reuniese el comité central debía celebrarse en la isla praguense de Sofía una concentración juvenil en la que tendría que hablar yo. Pensé que sería mejor llevarme de compañero a Emil Zatopek. Los ánimos estaban muy excitados. Precisamente, al parecer debido a presiones del exterior, acababa de prohibirse el periódico *Reporter*. La gente estaba muy descontenta por eso. Había críticas y, en las fábricas, los trabajadores empezaban a formar «comisiones para defender la prensa». La víspera del mitin en la isla de Sofía, Emil y Dana Zatopek firmaron conmigo una «declaración en defensa de la libertad de prensa» y enviamos copias a las diversas redacciones.

En la isla de Sofía se concentraron diez mil jóvenes, animados de espíritu combativo. En la tribuna, dos filas de mesas. Ludvik Vaculik y su tocayo Martin, que en agosto había estado al frente de todo el aparato del partido, y también el doctor Sekaninova, Pavel Kohout y muchos más. Cada uno de nosotros pronunció una breve alocución y contestó luego a las preguntas del público. Emil y yo subimos al púlpito de los oradores. Leímos primeramente nuestra declaración sobre la prensa y luego la carta a Alexander Dubcek. Aclaré en último lugar que de esa carta ya se había dado conocimiento al comité central del partido comunista y que éste había hecho mal uso de la misma. El secretario de Dubcek, Zbynek Sojak, al parecer uno de los miembros designados para formar parte del llamado «gobierno de obreros y campesinos», proyectado en agosto,

pero que no llegó a constituirse, había esgrimido repetidas veces aquella carta ante la comisión de control del partido y solicitado que se me incoara proceso. Así pues, leí aquel escrito en el mitin, en medio de atronadores aplausos. Por aquel entonces atribuí los aplausos a la fuerza irresistible de la verdad. Hoy pienso de otra manera sobre eso, pero queda el hecho de que, después del mitin, el texto de la carta circuló con extraordinaria rapidez entre la gente. Le emisora de Moldavia y algunas otras difundieron extractos de la carta como una prueba, por así decirlo, de la existencia de contrarrevolucionarios en nuestro país.

En el transcurso de los coloquios hablé también de mi conversación con los ajedrecistas soviéticos en Lugano. Me expresé con extraordinaria dureza aquella tarde, pero, en comparación con Emil, fui como un corderito. Él tronó contra el ejército, que «en cincuenta años no había disparado un solo tiro» y contra el estadista dirigente de una potencia amiga al cual él llamaba Adolf Vissarionovich Wuhlbricht, en checo una combinación de palabras que representa la unión del apellido del mencionado estadista con el término *vul* (buey). Describió los acontecimientos de agosto como acción de guerra particular desarrollada por dicho estadista. También Emil recibió muchos aplausos, aunque en algunos pasajes se mostraba un tanto deshilvanado y, en general, hablase demasiado tiempo. Pero, por aquel entonces sólo gustaban las palabras duras y no la ilación lógica de pensamientos. Lo apasionado prevalecía sobre lo razonable.

El 17 de noviembre tuvieron lugar dos grandes mítines. Me invitaron a la asamblea de los talleres de Letov. En la casa Lucerna se celebró una asamblea de los periodistas de Praga. También allí entré en acción. Me esforcé en explicar lo que significa el socialismo. En realidad quería hablar sobre los últimos acontecimientos, por los que estábamos muy indignados, pero luego renuncié a eso para no caldear más aún la atmósfera, ya de por sí bastante excitada. Nos habíamos enterado de que Alexander Dubcek, el ingeniero Cernik y Gustav Husak, en la noche antes de la última reunión del comité central, en la que se aprobaron la conocida resolución de noviembre y determinados cambios personales, se habían apresurado a ir en avión a Varsovia para fraternizar con el mando soviético. A pesar de ello los hombres de experiencia nos dijeron que nuestra excitación era totalmente superflua, porque lo mismo

había hecho Antonin Novotny los años anteriores. Así pues, en el mitin de los periodistas me limité a añadir que la «declaración en defensa de la libertad de prensa» la habían firmado mil quinientos dos miembros del personal de Letov y que muchos operarios de otras empresas se habían adherido.

El mismo día empezó en las universidades la huelga de protesta contra los resultados del pleno de noviembre. Se preveían huelgas en las fábricas. De pronto me encontré metido en una vorágine. En el espacio de ocho días, desde el 17 hasta el 24 de noviembre, hablé en un total de diecisiete asambleas.

Las universidades fueron ocupadas por los estudiantes. Por la Facultad de Filosofía circulaba la frase: «Si te dejas guiar por un cuervo gimoteante, te llevará al desolladero», proverbio árabe cuya interpretación estaba clara entonces para todo el mundo.

Después de aquella semana excitante, tuve que pensar en mis deberes como gran maestro de ajedrez. En Grecia iba a celebrarse un torneo internacional. Me senté en mi coche y emprendí el viaje de dos mil cuatrocientos kilómetros hasta Atenas. Había aceptado con anterioridad una invitación para el torneo internacional «Acrópolis», el primer gran torneo que se organizaba en Grecia.

No abrigaba ninguna esperanza en cuanto a mis posibilidades. Mis pensamientos seguían estando en los mítines. Cierto que dormía muy bien, pero me sentía desmadejado y perezoso. Encontraba mi juego mediocre y, para ser sincero, diré que apenas miraba los resultados que iban anotando a la pizarra del torneo. Cinco rondas antes del final comprobé que Kavalek iba por delante de mí con dos puntos de ventaja y que el yugoslavo Ciric y el búlgaro Bobosov me precedían con punto y medio. Si todo iba bien podría quedar el cuarto o el quinto, pero he aquí que, como llovidas del cielo, consigo tres victorias consecutivas y, en la cuarta, derroto fácilmente a Ciric, aspirante al primer puesto. Seguidamente un espectador me asombró con el comentario de que yo estaba en el grupo de los tres que iban a la cabeza y que tenía las mejores perspectivas, porque en la última ronda debería jugar contra un adversario muchísimo más débil que los de Kavalek o Bobosov.

De modo completamente inesperado salí del torneo como triunfador, pero no me puse en marcha inmediatamente en dirección a Praga. Dejé el coche en Atenas y me trasladé en avión a Tel-Aviv. En realidad, todavía no sé para qué. Con eso

me cortaba la posibilidad de pasar en casa las Navidades; el torneo de Atenas había terminado el 19 de diciembre, pero en Israel habían aparecido diversos artículos míos, y por eso el salto desde Atenas hasta allí me resultaba seductor.

En el aeropuerto de Tel-Aviv me rodearon los reporteros. Concedí inmediatamente una entrevista política, porque, además de mis artículos, en Israel habían publicado también el texto de nuestra carta de junio de 1967 al comité central del partido comunista de Checoslovaquia. Arnost Lustig vivía entonces con su esposa en Haifa. En el aeropuerto me enteré de que me aguardaba otra tarea más. Acababa de morir Bax Brod, coetáneo y, a su manera, también biógrafo de Franz Kafka. Por deseo de la asociación de escritores israelitas, debía estar presente en la ceremonia fúnebre un «representante de la cultura» checa, y no tenían a mano a nadie más que a mí. Debería haberme negado más enérgicamente, porque un jugador de ajedrez y periodista no es en realidad un auténtico representante de la cultura.

La ceremonia fúnebre se celebró en la sala de la asociación de escritores. Además del rabino, intervendrían otros dos oradores. Hablé en inglés; sólo el último párrafo me lo hice transcribir en hebreo y me lo estudié cuidadosamente con media hora de anticipación. Cuando estaba recitando las palabras hebreas me intranquilizó un sombrío recuerdo.

En el año 1937 el gran maestro Keres hizo una visita a Praga. El organizador del torneo, el conocido periodista de ajedrez Fric, quiso darle la bienvenida con su lengua materna. Escribió un discurso de bienvenida, lo hizo traducir al estoniano, por cierto a un jugador estoniano llamado Petrov que le enseñó también a Fric la pronunciación correcta. El tren donde venía Keres entró en la estación de Wilson, Keres se apeó, el dinámico Fric saltó a su encuentro, le puso un ramo de flores en la mano y empezó a hablar. Keres lo miraba estupefacto y no sabía qué hacer, hasta que vio en un segundo término al risueño Petrov. Lo ocurrido era que Fric, en aquel párrafo estoniano que se había estudiado tan cuidadosamente, dijo: «¿Para qué demonios has venido, desgraciado? No sentimos ningún interés por ti. Da media vuelta y regresa a tu casa y aprende a jugar al ajedrez.» Naturalmente no puedo garantizar la exactitud de esta traducción.

Tuve de pronto el sentimiento infalible de estar diciendo algo análogo con mi hebreo expresivamente acentuado. Expe-

rimenté un gran alivio cuando, después de la frase final, rica en profundas entonaciones, *Jehe, sichrcha, baruch'* (honor a su memoria), resonó a coro el *Amén*, la única palabra que me resultaba conocida, y tuve la impresión de que todo se había desarrollado correctamente. De improviso, desde un rincón de la sala, sonaron, claras y fuertes, las palabras checas:

—Señores, ¿cómo es posible que Pachman se haya sacado de la manga el hebreo si, por lo visto, no es judío?

Los ocho días de mi estancia en Israel estuvieron llenos de nuevas experiencias. En 1964 había estado un mes en el país, pero en comparación con estos ocho días, no había visto absolutamente nada aquella primera vez. Ahora estaba al trote desde las ocho de la mañana hasta media noche y no tenía un momento libre. Me impresionaron especialmente los *kibbutz* de Maarvit, Haogen y Merchavja. Pronunciaba conferencias, discutía y jugaba también simultáneas. El nivel intelectual de mis interlocutores en las discusiones me dejaba sorprendido. Se trataba de trabajadores que, al anochecer, regresaban cansados de los campos o de las fábricas. Hombres de la categoría de profesores de universidad ejecutaban allí trabajos manuales por los que no recibían salario alguno, sino un poco de dinero para gastos menudos. El *kibbutz* los surtía de todo lo que necesitaba para vivir; era una especie de comunismo prístino, no una deformación soviética. Una vez a la semana se congregan en asamblea y se ponen de acuerdo sobre la minuta de las comidas. El desayuno, la comida de mediodía y la cena los toman en común. El que, entre una comida y otra, tiene hambre, va simplemente a la cocina y le dan algo.

En el *kibbutz* de Haogen pasé la noche con una familia checa. Me obsequiaron con coñac y pasteles. Pregunté, preocupado, de dónde sacaban el dinero con que comprar el coñac y los dulces, temiendo que se hubiesen gastado en eso la asignación mensual para gastos menudos, pero me sorprendieron al informarme de que el coñac se podía adquirir simplemente en la cantina del *kibbutz* sin ninguna clase de formalidades. Eso no formaba parte del dinero de bolsillo. Me vino la idea de que si entre nosotros se quisiese instaurar el mismo sistema en Praga, habría intoxicaciones alcohólicas en cantidades masivas y pronto habría que echar a la basura desde el primero al último *kibbutz*.

Hablando sinceramente, es cierto que admiraba semejante forma de vida, pero apenas habría sido capaz de soportarla.

¿Qué retiene allí a hombres altamente cualificados cuyo trabajo pagarían muy bien en cualquier parte? ¿Es posible que el ideal y el entusiasmo puedan durar decenios? Nuestro entusiasmo y nuestra solidaridad de agosto ya se habían esfumado decididamente en diciembre.

En el kibbutz de Merchavja me invitó el secretario general del partido MAPAM (de la izquierda socialista), Meir Jarim. ¡Una nueva sorpresa! Un importante político, teorizador y publicista sigue siendo miembro de su kibbutz. El kibbutz recibe todos sus emolumentos y le entrega sólo el dinero que necesita para que pueda cumplir sus tareas de parlamentario e intelectual. El partido MAPAM se apoya en los kibbutz. En su propia organización rigen también algunas de las leyes propias del movimiento kibbutz. Por ejemplo, en aquellas fechas tenía sólo veinte funcionarios permanentes que, al acabar su período de actuación como funcionarios, volverían al kibbutz para ser sustituidos por veinte miembros de éste. La mitad aproximada de los miembros del kibbutz se va turnando de este modo en las funciones del partido.

En el edificio del Parlamento de Jerusalén tuve también una corta conversación con Mikunis, secretario general del partido comunista israelita. Acababa de regresar de una visita a Rumania y me refirió el contenido de su conversación con Ceaucescu. Tras mi regreso a la patria escribí sobre eso un informe para nuestro ministerio del Exterior, pero no para entregar al ministro, sino a su subsecretario; me parecía mejor. La copia de aquel escrito permaneció mucho tiempo encima de la mesa de mi despacho y, medio año más tarde, llegó a manos del servicio de seguridad. Por fortuna, Ceaucescu continuó en su puesto; sólo ciertos primeros secretarios cesan en sus funciones cuando se enemistan con Moscú.

Quería estar en Praga justamente la noche de San Silvestre. El viaje de regreso lo efectué pasando por Atenas, donde recogí mi coche y luego por Belgrado y Bratislava hasta llegar a Praga. Los retrasados regalos de Navidad para la familia y los amigos estaban en mi portaequipaje en forma de botellas de champaña, coñac y otras pequeñeces que pasé sin dificultad por la aduana. En el jardín encendimos las velas en nuestro árbol al que le habíamos puesto el nombre de Danesak, porque fue un regalo de Dana Zatopkova, y nos alegramos sobremanera al vernos por fin otra vez juntos todos los de la familia.

Después de Año Nuevo tuvimos algunos días de tranquilidad.



dad. Luego me pidieron colaborar en un documento para el Consejo de la Liga de Estudiantes, documento que se llamaba «Programa para la joven generación». Los jóvenes querían acentuar sus puntos de vista sobre la situación en que se encontraba nuestro país y lo que se podía hacer entonces.

El 15 de enero volvió a celebrarse un gran mitin, esta vez en el Parque de Cultura Julius Fucik. La gente joven hacía preguntas muy raras, las respuestas eran a veces casi cabalísticas.

—Señor Pachman, usted, como maestro de ajedrez, sabe a la perfección las reglas del juego. Por tanto, díganos, ¿a quién le toca mover ahora?

Contesté sin vacilar:

—Todos sabemos quiénes deberían mover ahora, pero ellos no quieren jugar.

Hablando sinceramente, yo había querido decir con mis palabras que ahora les tocaba jugar a los anquilosados burócratas, a los nocivos dogmáticos, a aquellos políticos que no podían satisfacer las aspiraciones de nuestro complicado desarrollo, pero el tumultuoso aplauso me dio a entender inmediatamente que mi respuesta se había interpretado de otra forma.

Sobre una de mis respuestas se polemizó también en la prensa. El periódico *Rude Pravo* me acusó de ataque directo al presidente de la República, para lo cual sólo tuvo que cambiar un poco, pero de un modo decisivo, una de mis frases. A causa de aquella expresión desfigurada el periódico me presentó sus disculpas (¡hoy suena eso a cuento de hadas!) y publicó mi rectificación diciendo que la frase podía tener también un sentido completamente distinto.

## La segunda primavera

Sonó el teléfono. Un amigo me comunicó una cosa increíble. Al parecer, un estudiante se había quemado él mismo en la plaza de San Wenceslao. Necesité un momento para acordarme de los aparatosos suicidios de los budistas en Vietnam del Sur. ¿Podía ocurrir lo mismo en Praga? Me parecía totalmente imposible. Por la tarde me enteré de más detalles y del nombre del estudiante: Jan Palach. No había muerto; estaba con grandes quemaduras en el hospital, pero había esperanzas de poderle salvar la vida.

Al día siguiente se supo que aquel Jan Palach no estaba solo. Si no se cumplían sus peticiones, todo un grupo de muchachos seguiría su insólito ejemplo. Las peticiones eran dos: Supresión de la censura de prensa y supresión del periódico *Zpravy*, editado por los soviéticos, que insultaba a diversos intelectuales. Eran peticiones irreales en absoluto, pues en aquellos días prácticamente no había censura de ninguna clase; los periódicos escribían con claridad y dureza. Jan Palach era un muchacho extraordinario, sumamente pundonoroso, pero sin experiencia política. Quiso sacrificarse para dar testimonio, porque veía cómo la indiferencia, el alejamiento de los ideales, la emigra-

ción de unos, el cansancio y la resignación de otros y el hecho de pasarse con las banderas desplegadas al campamento contrario iba tomando cada vez mayores proporciones. Jan Palach quiso ofrecerse como víctima expiatoria.

Los días que siguieron entonces fueron muy notables. Sólo lentamente columbrábamos las profundidades de la tragedia a que habíamos llegado. En las universidades estalló nuevamente la huelga, la Facultad de Filosofía puso en circulación consignas contra los ocupantes. Seguíamos trabajando en el «Programa de la generación joven», pero sin ímpetu, bajo la impresión de que ahora todo carecía ya de sentido. Una asamblea se sucedía a otra. Las universidades seguían ocupadas por los estudiantes. Los periódicos comentaron la noticia de la misteriosa muerte de una joven. Se llamaba Blanka Nachazelova y dejó una carta de despedida totalmente incomprensible. Tenía que morir, escribió, porque de lo contrario vendría el Mercedes negro. Pronto fue desmentido el rumor de que se trataba de la novia de Jan Palach.

El sábado, 18 de enero, el que entonces era ministro de la Juventud y de Educación física, doctor E. Bosak, me pidió que por televisión hiciese comprender a los amigos de Palach que era una insensatez seguir el ejemplo de éste. En nombre del presidente de la República y del ministro presidente, me rogaba que diese esa explicación. La película se tomó en el despacho oficial del mencionado doctor Bosak. Les dije entonces a los jóvenes las siguientes palabras:

«Nunca me ha resultado tan difícil hablar como en estos momentos. Me dirijo a un grupo de jóvenes que me son totalmente desconocidos. Me dirijo a vosotros, desconocidos amigos, con el ruego de que no continuéis esa obra que por única vez se ha dado en nuestra historia y cuyo valor ético admiro infinitamente. Creedme, en este momento no se trata sólo de vuestra vida, sino de la vida de algo mucho más precioso e insustituible.

»Me interesa el éxito y la victoria de eso que vosotros queréis y que yo mismo anhelo de todo corazón. En los días de noviembre estuve entre vosotros en los claustros de la Facultad de Filosofía y en muchas otras facultades. Por eso creo que conocéis mis puntos de vista y sabéis que tampoco yo podría vivir de otra manera que como anhelamos desde enero de 1968. Espero que sepáis que rechazo someterme a la realidad que hoy creo decadente y que creo con vosotros en la inquietud creadora, no

obstante lo cual, estoy asimismo firmemente convencido de que la realización de los más altos ideales humanos sólo es posible mediante el esfuerzo común de los catorce millones de habitantes de nuestro país y de muchos millones más de personas de otros países.

»Vosotros os sentís ligados a vuestra promesa. Querría decir que su incumplimiento no es ninguna cobardía, porque se necesita un valor más heroico para vivir que para morir en nombre de esa promesa.

»Querer convencerlos con estas escuetas palabras es humanamente imposible. Por eso os ruego encarecidamente que os pongáis en contacto conmigo; reflexionemos juntos y permitidme compartir con vosotros mis experiencias. Sabéis muy bien que no os traicionaré, ni en esta hora difícil ni en tiempos futuros que puedan ser más difíciles aún.

»Nunca podría quedar tranquila mi conciencia, poniendo objeciones a vuestro propósito, si dudase un solo segundo en el sentido de que nuestra causa está perdida sin acciones desesperadas de esta índole. Vuestra generación pasará la mayor parte de su vida moviéndose en una sociedad organizada conforme a nuestras concepciones, pero esta sociedad no puede realizarse sin hombres de corazón puro, como sois vosotros.»

Si hoy uno de esos jóvenes recordase mis palabras de aquel tiempo, me acusaría de mentiroso, porque nuestra causa estaba ya entonces perdida sin acciones desesperadas, y también con ellas lo habría estado irremisiblemente.

En la tarde del domingo se celebró una asamblea en la Facultad de Ciencias Naturales. Una hora antes del comienzo, un estudiante trajo la noticia, no por esperada menos temida, de que Jan Palach había muerto. Después de la asamblea volví a casa en el momento mismo en que la televisión estaba terminando de proyectar la película que me habían hecho. El locutor citó mi número de teléfono y repitió el ruego de que me llamasen los amigos de Palach. Lo que ocurrió entonces lo he contado en el cuaderno número 5 del periódico juvenil *Mlada Fronta* del año 1969:

*El documento de una noche*  
(Monólogo de Ludek Pachman)

En la tarde del domingo la tragedia llegó a su punto culminante; Jan Palach había muerto. En el primer programa del

noticiario de la noche de televisión, me dirigí a sus amigos con el ruego ferviente de que me llamaran por teléfono y me ofrecieran posibilidades de hablar con ellos. Con eso quería tratar de conseguir salvar otras vidas. Un amigo me había avisado de que tenían el propósito de imitar el ejemplo de Palach. Me profetizó que me llamarían gentes de toda índole menos aquellos cuyas llamadas estaría aguardando entre la esperanza y la desesperación. La película para la televisión estaba terminada al mediodía. A la caída de la tarde el locutor dio a conocer mi número de teléfono. Aun antes de acabar el noticiario sonó mi aparato. Caía la tarde, se acercaba la noche, una noche que nunca olvidaré. Todavía al cabo de los años seguirá girando en mi recuerdo como una película. En aquella ocasión fui tomando rápidas notas de cuanto iba ocurriendo, por eso no es preciso que recuerde cada una de las conversaciones. Están todas «exactamente» registradas.

Me llamó una mujer deshecha en lágrimas. Quería que le transmitiese su pésame a la familia Palach. A continuación se puso al teléfono uno de mis antiguos colegas de la organización sindical. Impertérrito, no habló de la tragedia de aquella noche, sino que intentó envolverme en una conversación práctica sobre el trabajo de nuestros medios de masas. Le rogué que aplazase la conversación hasta la semana siguiente. Con inesperada rapidez se puso al aparato un profesor de Trnava. Llorando, me dijo con voz temblorosa:

—Nosotros, los eslovacos, nos sentimos engañados y amargados. El muchacho se ha sacrificado también por nosotros. Nunca debió romperse la unidad de checos y eslovacos. Tenemos la impresión de haber traicionado a los checos.

Después de dos conversaciones más, una de las cuales tocó el tema de que yo «en la política voy buscando la sopa boba», llamó una histérica y chillona voz de mujer:

—Usted, cochino fascista, usted ha empujado a esos muchos a la muerte.

Tras lo cual empezó un diluvio de llamadas odiosas que, en horas más avanzadas, fue creciendo en proporciones aterradoras.

Luego, nuevamente llamó un hombre muy viejo y muy cansado, un rentista. Sonaba su voz medio ahogada, inteligible apenas y sollozaba como un niño:

—En memoria del pobre muchacho, incluso hemos puesto una rosa encima del televisor... ¡Qué injusticia! Soy un viejo

y apenas me puedo mover, pero no termino de morirme. En los últimos tres años no he salido ni una sola vez a la calle. ¿Por qué, diga usted, por qué tenía él que morir? ¡Una vida tan joven!

El ritmo de llamadas se fue haciendo más rápido. Ahora una ama de casa, luego una muchacha de veintiún años, colaboradora de un periódico. De nuevo una voz de mujer:

—¡Lo que vosotros queréis, bribones, no sucederá nunca!

Un médico y después otra mujer más hablaron sobre la psicología juvenil. Desde Ostrava llega una llamada francamente simpática: alguien pregunta qué le pasa a Zatopek. Un pintor, «en nombre de todos los legionarios franceses», querría que transmitiese su pésame a la familia del difunto. Dice que este joven ha muerto por los mismos ideales por los que luchamos y morimos hace medio siglo. Luego otra vez una voz histérica de mujer:

—Nos trae a todos al retortero, a todos. Incluso el ejército se halla en estado de alarma. Simplemente por culpa de ese estúpido estudiante.

La voz de un hombre mayor:

—Bueno, señor Pachman, retire sus dedos de la política, de la que no entiende nada, límitese al ajedrez, sí... ¿de acuerdo? Esos malditos muchachos tiran la vida por un quítame allá esas pajas, por nada y para nada.

Después de tres conversaciones sin importancia (uno de los que habían llamado exigía a voz en grito que cambiasen el programa de televisión), alguien me hizo una pregunta interesante:

—Vaya, otra vez ha demostrado que tiene mucha labia. La verdad, ¿qué quiere hacer en definitiva si usted y los suyos han perdido rotundamente? Nada más abrir la boca, se le nota el tufillo a occidente, incluso por la pantalla. Sí, usted y sus amigos, aduladores de occidente. A ustedes les sentaría bien la emigración. Aquí, entre nosotros, no tienen nada que rascar. Bueno, espere, dentro de un año volveremos a hablar, pero no del mismo modo que hoy.

Una muchacha pide que el Presidente de la República tome cartas en el asunto. Sólo él puede salvar la situación. Le promete transmitir su propuesta al ministro de la Juventud y de Educación Física y lo llamo inmediatamente para comunicárselo. Luego llama Pavel Kohout desde Karlsbad y pregunta si puede ayudar en algo.

A hora más tardía la primera alarma. Una oyente de la Facultad de Filosofía está al aparato. Querría suicidarse, pero a solas, no en la vía pública. Dice su nombre y declara que no puede vivir ya en este mundo. Hablamos largo rato. Finalmente promete no matarse. En este momento veo claramente que me he convertido en una especie de teléfono de la angustia al que algunas personas recurren para dar salida a su preocupación. Empiezo a comprender en qué avispero me he metido y sigo esperando desesperadamente a que me llame uno de aquellos a quienes estaban destinadas mis palabras. No llama ninguno. Quizá porque mi teléfono está siempre ocupado y no encuentra el hueco por donde hacerse oír.

Está al aparato una psicóloga. Afirma que conoce a esta generación, que la causa de esta tragedia radica en la educación para el heroísmo, tipo Matrosov, que prácticamente se ha venido dando hasta ahora. Da la culpa a las malas películas en las que los hombres se arrojan ante los tanques, lo cual es desfigurar la imagen del héroe. Me llama la doctora Sekanina-Cakrtova; querría ayudar. Un capataz de la empresa CKD de Stranice opina:

—No debería usted decepcionar en ningún caso a esos muchachos. Siga haciendo todo lo que pueda. En nuestra empresa vamos a ayudar a los estudiantes con una huelga de solidaridad. Condeno también a las personas que han salido huyendo en estos días difíciles.

A mi comentario sobre las llamadas desagradables que he recibido, contesta lo siguiente:

—Cuando la inundación de la primavera cubra al país, arrastrará la baba y el fango.

Me dice su nombre y su dirección.

Empieza una nueva ronda, triste, desoladora, repugnante, una acción telefónica organizada en la que se repite siempre lo mismo hasta la saciedad. Hombres de apellidos marcadamente checos como Vopicka, Stovicek, Kucera y otros análogos se expresan con frases que apenas pueden reproducirse.

—Ha dicho usted que quería verse con alguien, ¿no es verdad? Pues a ver si nos encontramos para que pueda partírlle la cara.

Otras conversaciones muestran una desconcertante coincidencia en la elección de insultos y giros del lenguaje.

—Usted no hace más que hablar mal del partido y del gobierno. Ahí tiene las consecuencias. Los muchachos se han

vuelto locos por la propaganda criminal que usted ha hecho.

Siguen algunas conversaciones consoladoras. Llama el presidente del Instituto de Investigación Nuclear de Rez, comunica su número de teléfono y ofrece cualesquiera ayudas a favor de la salvación de las vidas de los jóvenes. Algunas personas se limitan a dar las gracias. Una madre de tres hijos dice:

—Estúpidos, simplemente por el hecho de que se haya quemado un loco, habéis montado una tragedia nacional.

Los mencionados Stovicek y Kucera debían de tener un fichero muy deficiente, porque repetían detalles absurdos sobre mi oscuro pasado. Uno afirmaba que yo había sido miembro de un consejo administrativo de fama siniestra; el otro, que había saludado a Hitler en Praga personalmente. A eso contesté que nunca había pertenecido a dicho consejo y que Hitler no me había invitado, por tanto mal podía haberlo saludado. Además en aquel tiempo tenía yo catorce años y estaba en el instituto de Nachod, donde Hitler no estuvo nunca. El señor Vopicka me participa que debo empaparme en gasolina y prenderme fuego. Esa sería la mejor muerte para gente de mi calaña. Un nuevo Kucera afirma por su parte:

—Stalin tenía razón en muchas cosas. La situación actual lo confirma.

Después de media noche cambia el panorama. Antes eran casi siempre personas mayores las que llamaban, es ahora la juventud la que se muestra más enérgica e impresionante. Estos jóvenes parecen exponentes de una generación intelectual algo atrofiada o excéntrica. Se diría que no duerme nunca y, como se trata de una noche de domingo, seguramente no están despiertos para atender un trabajo profesional.

Mi aparato suena ahora a intervalos regulares. No me atrevo a dejarlo descolgado, porque sigo esperando que llame uno de los jóvenes con los que querría hablar. Me aconsejan la emigración, me amenazan, me dicen que si no desaparezco ocurrirán cosas peores. Lo soporto todo y sigo pegado al auricular hasta las dos treinta y cinco de la madrugada.

Oigo por el teléfono las siguientes palabras:

—Siga usted jugando tranquilamente al ajedrez. ¿Para qué se preocupa usted de un loco que se quema en la plaza de Wenceslao?

Aquello ya fue la gota que colmó el vaso. Durante largas horas había estado intentando crear un margen de confianza. Después de aquella frase, era yo mismo el que estaba más ne-



cesitado de una conversación que me tranquilizase. Lentamente voy comprendiendo a hombres como Maikovski y otros que no se sintieron capaces de vivir en el seno de la sociedad que los rodeaba.

A las siete de la mañana vuelvo a ponerme al pie del teléfono. El carrusel organizado se pone a girar de nuevo, esta vez con una exactitud de máquina. Uno llama a las siete, el otro a las siete y cuarto, el tercero a las siete y media y así sucesivamente. Algunos no dicen absolutamente nada, se limitan a demostrar que están ahí, otros se contentan con lacónicas expresiones:

—Sólo quería decirte que estás jaque mate.

La llamada más corta: «¡Cerdo!»

A eso de las ocho y cuarto le digo a uno de los que llama que pronuncie unas cuantas palabras, las tomo en cinta magnetofónica y me propongo difundirlas por la radio. La última llamada organizada me llega aproximadamente a las nueve y cuarto. Con esto termina la acción. Siguen luego llamadas normales. Una conversación desde Pardubitz. Los empleados del restaurante piden ayuda contra el injusto jefe de la empresa. Les ruego que me den los detalles por escrito. Desde Jicin llama una muchacha llamada Alena. Ha interpretado mis palabras en el sentido de que todos los amigos de Jan Palach debían darse a conocer. Ciertamente que ella no lo conocía, pero se considera amiga suya. Pregunta qué debe hacer. La madre de una niña de cinco años dice que está tan desesperada como Jan Palach. Querría hacer algo más que meramente educar a su hija y me pide consejo. Quedamos citados para dentro de dos o tres días.

Un cirujano opina que la única solución consiste en «convencer a los grandes capostotes de que deben decirlo todo con claridad y justeza». Una voz desesperada me pide que vaya inmediatamente a la Facultad de Filosofía para evitar otra tragedia. El que llama acaba de enterarse del contenido de la carta de despedida de Jan Palach. Un médico afirma que esa acción ha sido necesaria para sacudir moralmente a los hombres. Quería discutir conmigo sobre eso y convenimos vernos el miércoles. Una voz de mujer:

—Sólo cuando las derechas y las fuerzas antisocialistas dejen de azuzar a los hombres, terminarán los atentados contra la propia vida. Usted no piensa como es debido.

Alrededor de las nueve y media llega una firme voz de hombre:

—Le comunico a usted la única solución que hay. El gobierno debe acceder inmediatamente a las peticiones que se le han hecho. Si no lo hace así, dentro de veinticuatro horas volverá a arder una antorcha humana.

No sé si estas palabras expresan la verdad o si son una provocación o una broma de mal gusto, pero me esfuerzo en hablar como nunca. Aunque el otro no quiere oír nada, luego se aviene a razones y promete llamar dentro de una hora. Aguardo desesperadamente, mi angustia se hace mayor por momentos, el teléfono sigue sonando. Al mismo tiempo me esfuerzo en recoger las conversaciones por escrito, tal como llegan, a trompicones, vacilantes, como son realmente. Procuro escribir todo con la mayor exactitud, porque estas conversaciones deben servir de experiencia a otros. Pienso sobre todo en aquella cadena metódica de llamadas. Están ahí, están ahí esos hombres. Esperan su oportunidad, aguardan a su víctima.

Probablemente la víctima debo ser yo, pero con absoluta seguridad todos debemos ser sacrificados. Ellos están entre nosotros. Todos debemos saber eso, pensar en eso constantemente, pero debemos odiarlos menos y comprenderlos mejor, porque sólo así podremos hacerles frente. No son muchos, pero están muy bien organizados. Es posible que estén ya impacientes, pero, al parecer, aún podrían aguardar un año más. Hablan siempre de un año o de un año y días. Uno se fue de la lengua y dijo:

—Lo sabemos todo. Tenemos sus discursos y sus cartas, tenemos también cintas magnetofónicas. Sabremos utilizar ese material.

De eso estoy convencido. Si les llega la hora, sabrán explotar sus triunfos. Aún son débiles, pero esperan hacerse más fuertes. Esperan la afluencia desde las filas de los cobardes y de los oportunistas, sobre todo de los cobardes. Por eso no debemos tener miedo por nada del mundo, en ninguna circunstancia. Porque si no seguimos siendo valientes, tendremos que morir.

Es mejor que nos esforcemos en odiar menos y en comprender más.

Pero en este momento mi única esperanza consiste en salvar alguna vida. Por ahora es lo más importante, aunque tampoco debamos olvidarnos de lo demás. Debemos salvarnos de ellos y procurar salvarlos a ellos mismos. También eso pertenece al perfil humano de la sociedad que queremos crear.»

En los días siguientes pasaron cosas raras y difíciles de comprender. Alguien, que se dio a conocer como portavoz del «grupo Palach», me llamó por teléfono y me comunicó que no querían ponerse en contacto con nadie, para no ser traicionados. Oyó mi larga explicación y prometió ponerla en conocimiento de los demás. Hoy todavía no sé a ciencia cierta si era uno de los compañeros de Palach o uno de esos locos que los criminalistas conocen a docenas.

Vinieron a verme cuatro estudiantes de la Facultad de Filosofía. Mientras estaban en mi casa me llamó por teléfono un profesor de la Academia de Teatro, donde hacía poco tiempo intervine en un mitin, y me dijo que el «número dos» del grupo Palach era una muchacha que acababa de iniciar una huelga de hambre en la plaza de San Wenceslao. Se lo había confiado una amiga. Nos apresuramos a ir a la plaza. Delante del Museo, con la fachada acribillada a balazos, habían montado varias tiendas de campaña alrededor de las cuales estaban innumerables curiosos. Nos abrimos paso y preguntamos por la muchacha en cuestión. Acababa de irse, nos dijeron, pero nadie sabía adónde. Fuimos a una pensión de estudiantes donde se conjeturaba que pudiese estar, pero tampoco estaba allí. Al día siguiente me llamó por teléfono el funcionario de los estudiantes Holecck y me dijo que él conocía a aquella muchacha y que no me preocupase por ella pues era seguro que no iba a hacer nada malo.

La misma muerte tuvo luego Jan Zajic, en cierto modo una tragedia aún mayor que la muerte de Jan Palach. La muerte de este último había sido un llamamiento moral y, por su carácter único, una luz trágica y conmovedora, irreplicable en sus efectos. La Historia recogerá su nombre y olvidará el del otro. Así lo dije entonces y repetí ese punto de vista en la triste conversación que tuve con los parientes de Zajic.

Al anoecer del día en que murió, o al día siguiente, me estaban esperando dos estudiantes a la puerta de mi casa. Habían recibido el Diario de Zajic con la indicación de que, después de su muerte, debía ser entregado a mí o a Vladimír Skutina. Éramos las únicas personas de Praga en las que aún tenía confianza. Hicimos sacar una fotocopia en la Asociación de Estudiantes Universitarios y enviamos el original al servicio de seguridad. De improviso aparecieron en Praga unas octavillas en las que se afirmaba que el suicidio de Palach había sido organizado por un grupo de cinco cabezas: Pavel Kohout, Ludek Pachman, Vladimír Skutina, Emil Zatopek y Lubos Holecck.

Habíamos persuadido a Palach de que el material combustible era una combinación química muy especial que producía una «llama fría», pero que un químico se había equivocado al hacer la combinación, desencadenándose así la tragedia. Todavía hoy no consigo explicarme de qué forma enigmática se llegó a la constelación de aquellos cinco nombres. De los citados, yo sólo conocía personalmente a Pavel Kohout y a Emil Zatopek. A Skutina no lo conocí hasta que tuvimos que ponernos en contacto para presentar una querella conjunta contra aquella acusación. Aunque sólo sea de paso, conviene mencionar que el académico Wicherle dio a conocer en la prensa que no existía ninguna «llama fría». El que afirmaba semejante disparate probablemente había obtenido un suspenso en la asignatura de Física.

Pero mucho más peligroso era el hecho de que el servicio de seguridad del estado había transmitido por teletipo la misma «información» a sus centros subordinados. Varios diputados de la Asamblea Federal recibieron aquel escrito directamente en el Parlamento. Vilem Novy afirmó con toda seriedad en una reunión electoral celebrada en Ceska Lipa<sup>9</sup> que aquellos cinco mencionados (dijo todos los nombres) «tienen algo que ver en la muerte de Jan Palach y en toda la acción de esa índole». Su frase fue acogida por la sala con silbidos e improperios, y su esposa, sentada entre el público, se volvió sorprendida a su vecino y dijo:

—¿Oye usted? Me parece que no le tienen mucha simpatía a Vilem.

En vista de lo poco amistoso de la recepción que le dispensaban, el señor Novy, visiblemente ofendido, anunció que no quería presentarse como candidato en las próximas elecciones, lo que le valió por fin el deseado aplauso.

Presenté querella judicial contra él y contra un capitán del servicio de seguridad de guarnición en Pilsen, que había propagado entre los funcionarios del hospital de la localidad aquellas «informaciones garantizadas como verdaderas».

Un abogado con el que me veía de vez en cuando, conocido mío y de Emil Zatopek como funcionario de la Asociación de Atletismo Ligero, me comunicó que Emil y Vladimir Skutina iban a presentar demanda civil contra Vilem Novy y me dijo si quería adherirme a la demanda. Lo hice. Menciono este detalle porque, más adelante, había de tener su importancia.

Un opúsculo titulado «La verdad sobre Jan Palach», que tra-

taba del asunto con más detalles aún que la mencionada hoja volante, se distribuyó en una reunión que tuvieron en el restaurante Cechie los «comunistas ortodoxos». La consigna que circuló en el pleno fue: «Fuera Pachman, fuera Zatopek.» Entonces pedí en un escrito, dirigido al comité del distrito ciudadano de Karlín, que me dejaran asistir a la próxima sesión que se celebrase en Cechie, porque quería comunicarles algo a los concurrentes. La carta quedó sin contestar, pero cuando me enteré de que uno de los participantes más prominentes de aquella asamblea de Cechie era el doctor Jaromir Lang, mi antiguo jefe de sección, quien, en ocasiones análogas, había formado parte del presidium quedé un poco sorprendido. Inmediatamente le llamé por teléfono y le rogué queuviésemos una conversación, pues por aquel entonces yo estaba obsesionado con la idea fija de que se debía entablar un diálogo entre las dos alas radicales. Las mutuas recriminaciones en las asambleas internas no llevaban a ninguna parte. La cuestión debía debatirse a plena luz. Naturalmente, eso era un puro dislate. El otro bando no quería discutir en absoluto, porque los argumentos objetivos no eran precisamente su fuerte. Sin embargo, el doctor Lang aceptó mi propuesta, pero quería encontrarse conmigo en un café. El encuentro se realizó. Después de que hubimos hablado, me confesó que sus amigos lo habían puesto en guardia contra mí. Le habían aconsejado que tuviera mucho cuidado, porque era posible que yo quisiese golpearle en el café. De ningún modo debía acompañarme al lavabo, porque allí podría yo darle un golpe en la cabeza. Yo era algo así como un perro rabioso. Me quedé sin habla. ¿A tales extremos habíamos llegado? ¿Cuándo en mi vida le había dado yo a nadie un golpe en la cabeza? Mi conversación con Jaromir transcurrió tan amistosamente como en los viejos tiempos. Algunos días más tarde me llamó por teléfono y me preguntó si estaba dispuesto a hablar con un periodista soviético que se llamaba Puckov o algo por el estilo. Quería conocer mis puntos de vista y confrontarlos con los suyos. El encuentro se realizó en el café del Hotel Zlata Husa. Los camareros se miraban bastante de reojo al darse cuenta de que estábamos hablando en ruso. Bebimos coñac, expusimos nuestros puntos de vista y nos separamos con la impresión de que había sido una entrevista muy interesante. Excitado por aquel encuentro, escribí para el periódico sindical *Prace* algunos pensamientos sobre el tema: «Hablar unos con otros, no insultarse unos a otros».

A principios de febrero redacté mi único documento realmente político de aquellos tiempos. Era una carta al ministro presidente, ingeniero O. Cernik. Lo primero que hacía era caracterizar su línea política y la actuación de otros miembros de los «cinco grandes», poco más o menos con las palabras siguientes: «Ustedes quieren, mediante la lucha proclamada a gritos contra el «peligro de la derecha», obtener un determinado crédito del bando soviético que puedan utilizar en el momento adecuado para la liquidación de la descontenta izquierda dogmática. Cuando finalmente quedasen excluidas ambas alas radicales y se viesen privadas de influencia política, podrían ustedes anunciar que se había logrado una consolidación política de gran alcance y que, por tanto, había llegado el momento de dar las gracias al bando soviético por su ayuda y justificar que esta ayuda no era ya necesaria».

Seguía exponiendo que esa línea era totalmente irreal, ante todo porque la Unión Soviética, procediendo con férrea consecuencia, perseguía, aunque fuese con otros medios, los mismos fines que el 20 de agosto de 1968. Por este motivo, el mando de Dubcek resultaba a la larga inaceptable para el bando soviético y debía ser liquidado en cualquier caso. Al seguir esa línea se privaba el mando actual de sus más fieles seguidores a los que tachaba de «oportunistas de derecha». Proponía la que, en mi opinión, era la única línea política real que, en las circunstancias existentes, podía tener algunas perspectivas de éxito: formar un sólido bloque de todas las fuerzas políticas con excepción de las izquierdas dogmáticas y proceder a la inmediata liquidación política de tales izquierdas mediante procedimientos democráticos, esto es, convocando una asamblea general del partido y unas elecciones parlamentarias. Naturalmente, cualquiera de estas medidas podía provocar el peligro de «consecuencias imprevisibles». Con el concepto de «consecuencias imprevisibles» se operaba muy a menudo por aquel entonces, pero yo exponía los motivos por los cuales consideraba muy improbable en aquellos momentos una intervención armada por parte del bando soviético.

¿Habría tenido perspectivas de éxito esta concepción? Es difícil decirlo. Algún día tendrán que juzgar esto personas más capacitadas. Desgraciadamente mi predicción de que el mando de Dubcek fracasaría se cumplió hasta el último detalle. Por otra parte, mi escrito al ingeniero Cernik tuvo como consecuencia un pequeño contratiempo. El ministro presidente había

expuesto por aquel entonces, en una conversación íntima que había tenido con representantes de la «junta de coordinación de las asociaciones creadoras», su punto de vista político que, en lo esencial, coincidía con el que se mostraba en mi carta. Después de recibirla, hizo duros reproches a los funcionarios dirigentes de la junta de coordinación, acusándolos de haber revelado el contenido de aquella conversación confidencial. No era cierto. Nadie me había revelado nada, pero en la situación en que estábamos no era ninguna obra de arte concebir una idea como aquella. Por fortuna se puso en claro posteriormente que yo había enviado mi carta exactamente un día antes de celebrarse aquella conversación confidencial.

Por aquellos días me dedicaba a escribir artículo tras artículo. Sobre la acción de Jan Palach me expresé en la revista quincenal del partido popular *Obroda*. En aquel trabajo mencioné por primera vez en mi vida a Jesucristo. Aquello fue muy torpe e inoportuno, porque sobre Jesús apenas sabía que lo crucificaron en tiempos de Poncio Pilatos y que se había sacrificado por la humanidad. A pesar de este fallo, el artículo fue aceptado. En la revista de agricultura publiqué un ensayo sobre el miedo, lo que provocó la crítica de la *Literaturnaia gazeta* moscovita, que formuló la pregunta de qué tenía que ver el miedo con la agricultura. Lo mismo que el artículo de la *Literaturnaia gazeta* tenía que ver con la literatura.

La prensa soviética y su versión checa (según nuestras leyes editada ilegalmente), *Zpravy*, me atacaba desde principios de enero. El primer golpe lo asestó el periódico deportivo soviético con un artículo titulado: «¿En qué bando estáis, Zatopek y Pachman?» En ese artículo se afirmaba, entre otras cosas, que yo había desfigurado en público (debían de referirse a mi actuación en la isla de Sofía, en Praga) mi encuentro con los jugadores soviéticos de ajedrez en Lugano. Yo habría afirmado que mis argumentos condujeron a una disputa tan violenta entre los jugadores, que terminaron arrojándose unos a otros piezas de ajedrez. «Pero eso es claramente una mentira», añadía *Sovetskii Sport*. Mi respuesta, publicada en el periódico deportivo checoslovaco, confirmaba esta última afirmación. En el restaurante de Lugano no había piezas de ajedrez a mano, por tanto no podía yo haber dicho eso. Redacté mi réplica como carta abierta a M. Botvinnik. La traducción rusa se la envié a Botvinnik y a sus colegas ajedrecistas soviéticos.

Y ya que hablamos de ajedrez, debo referir que por aquel

entonces tuve diferencias con una parte del mando de nuestra organización ajedrecista. Ya el 21 de agosto le había dicho al presidente, después de un tumultuoso debate, que o me encarcelaban o él dejaría de ser presidente. Ambas cosas se realizaron a su debido tiempo. Luego, en nombre propio, envié una protesta a la Federación Internacional de Ajedrez, sobre lo cual dijo el periódico deportivo checoslovaco que «el gran maestro L. Pachman no tiene derecho alguno a hablar en nombre de los jugadores checoslovacos». Volví a contestar en la prensa (en el periódico *Prace* y en la revista juvenil *Mlada Fronta*) con un artículo titulado «Al miedo se le agrandan los ojos».

Después de tormentosas negociaciones me dirigí con un escrito a todas las organizaciones de distrito de la sección ajedrez y pedí la convocatoria inmediata del pleno. Éste se reunió en enero; fue una sesión muy movida con resultado totalmente inequívoco. Me apoyó la mayoría absoluta de los miembros. El presidente dimitió. Con esto se cumplió la primera parte de mi predicción del 21 de agosto; la segunda debía cumplirse más adelante.

A los ataques insistentes del periódico soviético, redactado en lengua checa, *Zpravy*, se unieron los periódicos soviéticos *Literaturnaja gazeta* e *Izvestia*. En el periódico literario, bajo el título «¿Quiénes son los amigos de Occidente?», se hacía la afirmación, en forma semicortés, de que en Checoslovaquia los mayores amigos de occidente y enemigos de la Unión Soviética eran el poeta J. Seifert, el gran maestro de ajedrez L. Pachman, el escritor P. Kohout y quizás otras dos personas más.

*Izvestia* se mostraba más concienzudo. Su artículo se llamaba: «El juego sucio del gran maestro Pachman». Primeramente se atacaba con violencia mi artículo publicado en el periódico holandés *Het Parool*. Más adelante volveré sobre esto. Luego se afirmaba que hasta ahora me había «atrincherado tras el caballo de Troya del llamado socialismo humano».

»Así ocurrió por ejemplo en la concentración juvenil organizada el 15 de enero en el Parque de Cultura Julius Fucik», escribía el diario. «Algunos de los oradores que se ocultaban bajo la capa demagógica, entre ellos también Pachman, realizaron el convulsivo intento de excitar a la juventud, de inducir a sus oyentes a acciones anarquistas e irreflexivas contra la normalización de las condiciones en el país. El gran maestro se permitió un retruécano de inusitada bajeza: en el ajedrez el rey, aludiendo al Presidente, debe defenderse, no tiene derecho



a alejarse, a entregarse, porque de este modo no se gana nunca ninguna corona (la frase que ya cité del *Rude Pravo* se desfigura aquí aún más).

»La partida, en cuyo comienzo intervino considerablemente L. Pachman en la primera mitad de enero de 1969, fue un peligroso jugar con fuego. Sus víctimas fueron jóvenes confiados. Uno de ellos fue Jan Palach, que encontró la muerte por suicidio un día después de los discursos incendiarios en la concentración juvenil del parque de Julius Fucik. Muchas personas de Checoslovaquia juzgan del mismo modo las acciones realizadas aquel día por provocadores políticos. De eso habla también la carta de un lector publicada recientemente en el periódico *Mlada Fronta*. En ella se acusa a los políticos y periodistas demagogos del asesinato de Jan Palach. Estos elementos demagógicos han conseguido, especialmente entre los jóvenes, promover un espíritu de pesimismo, de falta de horizontes y de muerte. Sí, debemos corregir los errores del pasado, pero no con la ayuda de aquellos que envían a la muerte a jóvenes idealistas y esperan por su parte, en el extranjero o en cualquier otro sitio, ver a cuántos arrastran. (Algunos días más tarde, el periódico *Mlada Fronta* hacía saber que jamás había publicado semejante carta de lector). Hacen sus cálculos basándose en la falta de madurez política de una parte de la juventud. Pachman se esfuerza además en socavar la confianza de los funcionarios dirigentes de su país. Para él y sus seguidores el programa de su actividad es simple: la anarquía.

»Luchando con todas sus fuerzas contra la normalización y saneamiento de la atmósfera, se alían Pachman y los semejantes a él con las fuerzas reaccionarias de occidente más hostiles a la causa del socialismo. Pachman se esfuerza en anunciar, desde la tribuna de los socialistas de derecha, que el tiempo trabaja a favor de aquellos a los que él y la Voz de América, los círculos reaccionarios de emigrantes y los servicios de espionaje del imperialismo califican de fuerzas progresivas. El gran maestro desarrolla un juego sucio.»

M. VOLGIN

Respecto a ambos artículos, tomé rápidamente postura en la revista *Reporter*. En mi contestación al párrafo final del segundo trabajo, dije que ni siquiera quería preocuparme de aquel disparate sobre mis supuestas relaciones con los imperialistas.

Un ataque mucho más fuerte se siguió el 2 de abril en el periódico literario soviético. A doble página apareció un artículo con el título «Gambito político de Ludek Pachman. En la introducción se hablaba de un libro mío recién publicado en Holanda y se describía mi supuesta entrada en la palestra política en agosto de 1968. Se me reprochaba haber proclamado, en *Tabakluden*, «mi aprobación del llamamiento, antisocialista y enemigo del pueblo, de las 2.000 Palabras; mamarrachada que todos los hombres dignos han condenado justamente como manifiesto revolucionario». Luego se hacía una afirmación interesante:

«Con posterioridad, en noviembre del pasado año, dio a conocer aún más directamente sus intenciones. Pachman viaja a Viena y a Hamburgo. Allí este jugador político se expresa claramente entre sus correligionarios y habla tanto de la situación en Checoslovaquia como de sus planes para el futuro. En conversaciones confidenciales con sus amigos, Pachman refiere que el objetivo principal de la evolución después de enero (tal como él lo ve) consiste en el cambio del sistema político y en la liquidación de la estructura socialista. Su tarea se cifra en colaborar con todas las fuerzas para la consecución del mencionado fin».

No debo insistir en que, por aquel entonces, no hice nunca ni éstas ni análogas consideraciones. En el mencionado noviembre no estuve ni un solo día en el extranjero. Hamburgo pertenece a las pocas ciudades europeas que no conozco. Mi actividad de aquellos tiempos se describe con tono aún más excitado:

«Despliega una energía totalmente insólita. Está presente en todas partes, en asambleas, reuniones y deliberaciones. Es característico que el grado de la actividad de Pachman está directamente relacionado con la clase de sus trabajos en Praga. Cuando solicita los servicios de sus correligionarios, los corresponsales de occidente, que le llevan con sus autos de un mitin a otro, se muestra en extremo locuaz. Actúa en la radio y en la televisión. Bombardea periódicos y revistas con sus manuscritos y solicita audiencias de los ministros. Dirige sus cartas calumniosas a representantes de gobiernos de los más diversos países. Amenaza: «Algún día os arrepentiréis de no haber apo-

yado al bando justo.» Adoctrina: «Debemos esforzarnos en superar el miedo.» Recusa: «Los convenios firmados en Moscú el 26 de agosto no tienen validez ni jurídica ni moral".»

La noticia de que me dejaba llevar de un lado a otro por cualesquiera corresponsales extranjeros me asombró extraordinariamente. Siendo yo mismo un conductor apasionado, sólo a disgusto me dejo llevar por cualquiera. En el resto del artículo hallé la acusación de que mis discursos nacían en las mesas escritorio de los mencionados corresponsales extranjeros así como las palabras que, al parecer, había pronunciado en una concentración juvenil: No debemos ceder ya, debemos aprender a movilizar al pueblo y eso lo hemos conseguido por el momento. Ya eso es un triunfo en esta etapa, y no será el último».

No eran malas palabras, pero yo no las había pronunciado nunca, y luego: «La idea del orador y de los proveedores de su concepción es clara. Se debe movilizar a los hombres contra el partido, contra el socialismo. Esta idea es propagada por Pachman sistemática y constantemente. Para enmascarar sus verdaderos propósitos, el gran maestro recurre a veces a maniobras y combinaciones.» Luego se citaba extensamente mi artículo aparecido en el periódico *Prace*, y la frase en la que yo declaraba que sin el derecho del ciudadano a poder hablar francamente con su gobierno, no existe democracia alguna, era sometida a un análisis absurdo en grado sumo. «Séanos permitido —se decía— dirigir al nuevo profeta la pregunta: ¿Qué tiene de nuevo esa afirmación? ¿Quién ha dicho nunca que los ciudadanos no tengan derecho a hablar francamente con sus gobiernos? ¿En qué consiste, pues, el descubrimiento de Pachman...? Él no hace todo eso sin un motivo. El ciudadano Pachman, como se desprende de lo dicho, no puede mirar con buenos ojos las acciones prácticas del nuevo gobierno, acciones que sirven para normalizar la situación en el país. Obsérvese, la cosa está clara: su actuación y sus cartas se encaminan a un propósito, esto es, socavar los fundamentos de la estructura socialista en Checoslovaquia, despejar el camino para la restauración de los buenos tiempos antiguos... El gran maestro sueña con disolver las milicias populares, los órganos de la seguridad del Estado, con suprimir todos los órganos que protegen a la república contra la actividad de los reaccionarios y de las fuerzas hostiles al socialismo. Se esfuerza en desacreditar a la milicia popular, que Pachman presenta como una amenaza a la

inteligencia y a la juventud. Comparece ante los estudiantes en Ceske Budejovice y los incita a la lucha activa contra los órganos de la seguridad del estado. Los conjura a desenmascarar por doquier la actividad de estos órganos. Según las palabras de Pachman, los enemigos de los jóvenes no están solamente en el ministerio del Interior... Los más numerosos están en el comité central del partido comunista checoslovaco. Aquel día le pidió a la juventud que no obedeciera ya a los mandos del partido. Pachman desencadena sus ataques contra el comité central sistemática y permanentemente. A algunos miembros del comité central los tacha de conservadores, a otros de dogmáticos, a los terceros de colaboracionistas; pero al mismo tiempo comprende que no se puede atacar sólo de frente y por eso aconseja, para perjudicar al partido y al gobierno, la resistencia pasiva».

Aquello me cortó totalmente el aliento. ¿Cuándo había incitado yo de algún modo a la lucha contra el servicio de seguridad, cuándo había dicho algo tan tonto como que la milicia popular es una amenaza para la inteligencia?

«Ludek Pachman puede considerarse con razón gran maestro de la demagogia y de la doblez. Domina el arsenal de las palabras, tan humanitas de los elementos antisocialistas, como liberalismo, favoritismo, libertad, palabras con las que hace juegos malabares en sus discursos. Le gusta la violencia provocativa que hay en el fondo de todo esto. Disimulada y astutamente, empuja a la juventud hacia la tela de araña y allí la deja patalear hasta la muerte. El juego de Pachman y de sus correligionarios con la inmadurez de una parte de la juventud checoslovaca, juego que ha tenido tan trágicas consecuencias —la muerte de Jan Palach—, despierta los más profundos temores en Checoslovaquia».

Su última afirmación la reforzaba la *Literaturarnia gazeta* con la larga cita del escrito de una tal compañera Matancha, publicado, al parecer, en la revista juvenil checoslovaca *Mlady Svet*. Una cita muy expresiva y desvergonzada, razonada con expresiones enérgicas como «rompedle de una vez los hocicos». La prueba aducida sólo tenía un defecto: no pude encontrar la carta correspondiente en la revista mencionada ni siquiera después de la búsqueda más cuidadosa. Una lástima, porque, según la *Literaturnaia gazeta*, la carta había encontrado una fuerte aprobación entre nosotros.

También sobre mi escrio a Alexander Dubcek se informaba con extraordinario dramatismo:

«¡Qué ataques tan miserables los que lanza contra el pueblo soviético, contra el país soviético y nuestros partido y gobierno comunistas! Por el tono y el contenido esa carta sólo es comparable con las emisiones de Radio Pekín. (No por casualidad este orador se expresó en una de sus apariciones ante la juventud de la forma siguiente: «Nuestra política internacional debe orientarse totalmente hacia China y buscar caminos para mantener relaciones de toda índole con dicho país, porque en eso radica la única posibilidad de conseguir nuestro objetivo.» Como vemos, ya Pachman ha establecido contactos de toda índole con la agencia Sinhua).»

De una orientación hacia China no he hablado nunca. Únicamente suelo decir que debe suprimirse una valoración unilateral de este país cuya entrada en el escenario político mundial ha alterado decisivamente las relaciones de las potencias. Por otra parte, ¿dónde podría estar la delegación más próxima de la agencia Sinhua? En Praga desde luego no.

El final de aquella parte del artículo en la que el autor se ocupaba de mi carta a Dubcek, era notable: «Se lee esta porquería y no puede sustraerse uno a la impresión de que no se ha escrito en modo alguno en Praga, sino en algún sitio al otro lado del océano, al dictado de la CIA o del Pentágono y se ha traído a Praga bajo el asiento trasero de un Mercedes negro. Si se hojea el *Daily News* o *Die Welt*, se puede leer lo mismo palabra por palabra».

Finalmente, el lector de la *Literaturnaia gazeta* se entera aun de que «Pachman, en su mencionado artículo aparecido en la revista *Reporter*, ha dicho: no quiero refutar afirmaciones como las de mis contactos con la Voz de América, con los círculos reaccionarios de emigrantes y con los servicios de espionaje del imperialismo.

»Esa no es ninguna receta nueva. Porque resulta muy difícil refutar la existencia de tales contactos, Pachman pone a mal tiempo buena cara. Recientemente mencionó los llamados «grupos de presión», formados por elementos antisocialistas para ejercer presión sobre los órganos del partido y del gobierno. Estos grupos fueron condenados por el partido y por la opinión pública del país. Se comprende que Pachman esté por entero

a favor de los mismos: "Pertenezco personalmente a uno de esos grupos", aunque, con cautela, se esfuerza en disculparse, "pero sólo en el papel de peón".

»¿Para qué tanta modestia, señor Pachman? Su afirmación de ser sólo un peón no puede engañar a nadie. En realidad ha puesto usted sus miras en el papel del rey. Seamos francos: en sus "grupos de presión", una tropa de combate contra el partido comunista de Checoslovaquia, desempeña usted, señor Pachman, muy claramente, el papel de gran maestro.

## I. MOLODOV

Mi respuesta a la *Literaturnaia gazeta* la escribí en forma de una carta abierta que se imprimió clandestinamente en la URSS. Dos años más tarde tuve en las manos un ejemplar de aquella publicación ilegal.

Después del entierro de Jan Palach escribí, para ser más exacto, dicté por teléfono un artículo para el periódico holandés *Het Parool*. En diciembre el mismo periódico había editado el libro *Zeven dagen in Augustus* cuya parte principal la constituía el texto de mi conferencia sobre agosto de 1969 que pronuncié en el edificio de la Universidad de Amsterdam el 5 de octubre.

El 28 de enero apareció en *Het Parool* el artículo *Jan Palachs laatste gang*. La primera parte era un reportaje sobre el entierro; la segunda, un análisis de la situación actual en Checoslovaquia. Había dictado el artículo oprimido todavía por el recuerdo de aquellas espantosas experiencias tras mi primer llamamiento por la televisión e impresionado por diversas cartas anónimas recibidas en aquella época. Por otra parte reinaba en general el temor de que los elementos conservadores podían llevar a cabo una maniobra para adueñarse del poder, pues no se conformaban con los caminos previstos en los «protocolos de Moscú». Varias informaciones interesantes que llegaron a mis manos se las transmití, por carta, a Alexander Dubcek. Un importante documento «sobre la valoración política de la situación en el servicio de seguridad del estado» lo pasó la redacción de la revista *Reporter* a Alexander Dubcek, Josef Smrkovsky e ingeniero Cernik. Desgraciadamente ninguno de ellos ni quiso ni pudo reaccionar en contra.

Escribí en *Het Parool* que entre nosotros existía un movimiento político clandestino que se disponía a hacerse del poder

mediante acciones de fuerza. A causa de esta y de otras afirmaciones el servicio de seguridad del estado inició contra mí el 13 de mayo un procedimiento criminal. Al principio no me amenazaba ningún peligro grave. Incluso empecé a publicar en la revista *Zitrek*, de la que era colaborador asiduo por aquel entonces, un reportaje por entregas sobre el procedimiento que me estaban siguiendo. Descubrí mi primer encuentro con el encargado de la investigación, teniente Cibulka, y prodigué alabanzas a su secretaria. Cuando, después del segundo interrogatorio, me acompañó ésta hasta la salida del inhóspito edificio de la calle Bartolomejska, me preguntó:

—Lo que usted ha escrito en *Zitrek*, no lo habrá dicho en serio, ¿verdad?

Por el momento no podía acordarme de lo que había escrito sobre ella. Me ayudó a recordar y dijo que la había descrito como simpática secretaria. Confirmé eso y añadí que por ese motivo me alegraba con cada nuevo interrogatorio. Se engalló orgullosamente. Sí, incluso en el servicio de seguridad del estado una mujer lo sigue siendo.

El hecho de que al iniciarse el procedimiento me retirasen mis dos pasaportes fue muy desfavorable para mí. Ahora no podía viajar ya al extranjero. De ese modo acabaron mis conferencias en la *Deutsche Welle*, donde, por lo demás, no había estado desde octubre. La revista *Tribuna* publicó la noticia de que el «Buró checo» del partido comunista checoslovaco «hasta la resolución definitiva del caso, había dejado en suspenso mi condición de miembro del partido», pero mi organización del partido decidió no tomar conocimiento de esa medida en vista de los tres motivos siguientes:

1) La medida no se ha comunicado a la organización en la forma prescrita, esto es, por escrito.

2) El Buró checo es un órgano ilegal, no reconocido en los estatutos del partido comunista de Checoslovaquia.

3) En su opinión, debe aclararse primero el caso de Antonin Novotny y sólo después se podrán estudiar otros casos.

Así pues, seguía yendo a las asambleas del partido, en las que presentaba propuestas que eran aceptadas por todos los presentes excepto cuatro de ellos. Estos cuatro sostenían conmigo ardorosas disputas verbales durante la discusión usual. Formaba parte de los cuatro una vieja compañera que, casi con lágrimas en los ojos, exclamaba que yo descomponía el partido y que miraba con malos ojos el socialismo.

En una de nuestras últimas sesiones intervino como representante del comité central el secretario particular de A. Indra. En el curso de la discusión nos enfrentamos mutuamente y mi propuesta fue aprobada, como siempre, con cuatro votos en contra. Los señores no salían muy bien librados con los procedimientos democráticos.

Las reuniones seguían sucediéndose. Me trasladaba cada vez con mayor frecuencia al interior del país, casi siempre al norte de Bohemia. En muchas partes me preguntaban qué era lo más acertado: salirse del partido o seguir siendo miembro del mismo. Yo contestaba que el partido no era en absoluto un partido político, sino una institución monopolizadora de fuerza y que las posiciones de fuerza no se deben abandonar sin lucha. Por mi parte no me saldría del partido, porque, en último extremo, tendrían que echarme, pero al menos así les daría un trabajo administrativo. A pesar de aquella decisión del Politburó, me invitaban a sus asambleas algunas organizaciones de empresa del partido comunista checoslovaco. Las organizaciones de empresa de las minas A. Zapotocky de Uzin y la fábrica Sazavan de Zruc del Sazava fueron, por ejemplo, las que prepararon las discusiones que allí tuvieron lugar.

Muchas personas me hacían preguntas también por el presidente del Buró checo, el que con posterioridad fue ministro presidente L. Strougal, que no era muy querido que digamos. Contra diversos comentarios críticos, lo replicaba invariablemente a los de su partido con la afirmación de que él crecía de modo indefectible con sus funciones. Esto lo documentaba con el hecho de que durante su mandato como ministro de Agricultura se había notado una clara escasez de carne de cerdo, pero que tan pronto lo nombraron ministro del Interior, el número de policías del estado aumentó sin cesar.

De improviso me buscaban las personas más diversas y me pedían conversación. En su mayoría, estudiantes que hablaban conmigo y querían que les reforzase su convencimiento de que aún no estaba todo perdido. También venían, sin embargo, personas de otro tipo y entre ellas había, desde luego, numerosos agentes provocadores. Se contaba entre los mismos, por ejemplo, una estudiante que, poco después de la muerte de Jan Palach, me escribió una carta desesperada en la que afirmaba que también ella se suicidaría si no fuera por su temor a los sufrimientos físicos. Rápidamente me reuní con ella y la ayudé a organizar una asamblea en una empresa de Praga para dis-



traerla de sus pensamientos. De vez en cuando me buscaba y me hacía preguntas sobre diversas cosas. En el verano de 1969 la citaron como uno de los testigos que debían probar «mi actividad subversiva a gran escala». No consiguió probar nada, por que no tenía nervios bastante fuertes y a cada momento estaba incurriendo en contradicciones. Manifestó que la habían obligado a declarar. Aproximadamente tres semanas más tarde la metían en la cárcel. Después de mi regreso en diciembre de 1970, me buscó una vez más y me trajo un curioso mensaje de la señora Kubiasova, la compañera de Hubert Stein, del que tendré que hablar más adelante. Le dije las cosas que me vinieron a la cabeza, pues por aquel entonces ya me había enterado de la existencia de uno de sus informes a los órganos del servicio de seguridad del Estado en junio de 1969. Le recomendé que en el futuro sería mejor que se alejase de aquellos señores. No protestó lo más mínimo, se limitó a agachar la cabeza y a marcharse.

Pero un soplón consiguió pasajeramente hacerme caer en la trampa. En la redacción de *Zitrek* descubrí la carta de un «agente expulsado del servicio de seguridad», al parecer porque había hecho ciertas críticas de las condiciones del servicio y había hablado en una asamblea del regreso a los años cincuenta. Ahora se ganaba la vida como obrero. Lo busqué porque quería escribir para *Zitrek* un reportaje sobre las condiciones reinantes en el servicio de seguridad. Luego estuvimos viéndonos hasta que me detuvieron. Ciertamente que por mí no había podido enterarme de muchas cosas, entonces no se ganaban succulentos premios con las delaciones, pero, por lo visto, fue él quien, en el verano de 1969, dio el primer soplo sobre el proyecto de la petición de los «10 Puntos».

Para mí fue interesante y hasta hoy nada claro el caso de una mujer. También ella me escribió diciendo que quería hablar conmigo. Me enteré así de que era la mujer de un funcionario del servicio de seguridad del Estado con el que no se llevaba bien, porque el marido le pegaba y pegaba sobre todo a su hija de dieciséis años, insultaba a ambas, llamándolas reaccionarias, por todo lo cual estaba furiosa y «quería hacer algo». Aquello me pareció muy sospechoso, pero, por otra parte, no me hacía ninguna pregunta, era ella misma la que contaba; incluso me trajo una vez un documento oficial, muy interesante, de su esposo.

En marzo tuvo luego lugar aquel fatídico campeonato mun-

dial de hockey sobre hielo. El resultado del primer encuentro, Checoslovaquia-URSS, apareció fulminantemente, pintado con tiza, en las fachadas de todas las casas. Surgían los letreros más diversos. La divisa principal era: «En venganza por lo de agosto». El partido de vuelta lo presencié en casa, por televisión, con un conocido y con la señora Vaculikova; Ludvik llegaría tarde, estaba en aquellos momentos en Semily, pues en aquel tiempo se ocupaba en escribir una extensa serie. «El proceso de renovación en Semily», para la revista literaria. El héroe relevante era el fotógrafo local y gran exaltado Hadek. En el año 1970 le condenaron por eso a dos años de cárcel.

El partido de vuelta transcurrió de modo muy excitante; cuando sonó el silbato que indicaba el final, no pudimos contenernos ya más tiempo en casa y nos lanzamos a la calle. Fuimos primeramente con el coche al centro de Praga. La calle Nacional estaba atestada de autos y de peatones, todos los coches tenían los faros encendidos y conectadas sus bocinas. La gente cantaba y vitoreaba. Aparcamos con dificultades en la calle Rytirska, naturalmente en una zona de estacionamiento prohibido y corrimos a pie hasta la plaza de San Wenceslao. Allí terminaba toda libertad de movimiento. Simplemente fuimos arrastrados por la multitud en dirección al Museo. Consignas, gritos, cánticos. Junto al Museo conseguimos zafarnos de apreturas. En la parte inferior de la plaza de San Wenceslao tropezamos con una espesa muchedumbre que se había congregado en semicírculo alrededor del edificio n.º 13. Algunos jóvenes arrojaban piedras que cogían de un montón que, curiosamente, estaba al borde de la acera, siendo así que, por regla general, en la plaza de San Wenceslao no solía haber montones de piedras. Más curioso resultaba aún que no se viese ni a un solo guardián de la ley, a pesar de que nuestro aparato de seguridad no mostraba precisamente tendencias a disminuir. Seguimos andando rápidamente; tirar piedras no era asunto nuestro. Era una noche extraña, llena de entusiasmo y de ominosas premoniciones.

Al día siguiente apareció una declaración del gobierno checo sobre el incidente en las oficinas de la Aeroflot, cuyos cristales habían sido rotos a pedradas, y sobre otros disturbios. Era una explicación digna y razonable. La redacción del diario *Prace* me pidió que hiciese un comentario sobre ella, pero, antes de publicarse, me tacharon unas líneas sobre la demolición de los «espacios verdes que han recibido el nombre de uno de nues-

tros políticos dirigentes». La historia era esta: Alrededor del monumento a San Wenceslao, símbolo de la nacionalidad checa, había constantemente congregados, en los días que siguieron a los acontecimientos de agosto, pequeños grupos de personas en los que se improvisaban muchos discursos. A alguna cabeza avispada se le había ocurrido la idea de poner un jardincito alrededor del monumento y plantar unos cuantos árboles y arbustos. Tenía un aspecto muy chusco. El ingenio del pueblo bautizó el jardincito con el nombre de «Parque Strougal». Vladimír Skutina se refirió al jardincito en las páginas de *Zitrek*. Posteriormente eso fue motivo para una denuncia por injurias a un representante de la República» y por excitar a la rebelión. Mi comentario apareció en *Prace* el 1 de abril, redactado en los siguientes términos:

### *Sobre la demolición no solamente de casas*

Lo confieso inmediatamente: también yo estuve el viernes en la plaza de Wenceslao. Después de los momentos de excitación y alegría por la victoria sobre el campeón mundial, algunos amigos salimos para aplacar nuestros nervios.

No fue tarea fácil abrirse camino hasta la plaza de Wenceslao. Llegar hasta el Museo era aún más difícil. Todos se sentían felices. La gente lanzaba exclamaciones y la inspiración creadora del pueblo festejaba una vez más un triunfo, pero no siempre se movía en la dirección adecuada. Por ejemplo, cuando hacía objeto de comentarios satíricos a los derrotados jugadores soviéticos de hockey sobre hielo. Un adversario vencido merece nuestra generosidad. Cuanto mayor el triunfo, tanto más debemos honrar al adversario derrotado. Soy de la opinión de que los jugadores de hockey sobre hielo no tienen culpa de nada, ¿por qué, pues, burlarnos de ellos? Ciertamente que no los conozco personalmente, pero, por analogía con otro tipo de deporte que conozco de modo muy personal, puedo opinar que entre ellos no está ninguno de los autores del Libro Blanco. En cambio, las palabras dirigidas al famoso entrenador estaban justificadas. De él se sabe, desde luego, que no es precisamente simpatía lo que nos tiene. Se comporta, además, con cierta arrogancia, lo que es una característica que no siempre y no en todas las personas queda limitada al hockey sobre hielo y que, en otras esferas, tiene seguramente consecuencias aún más desagradables.

También el jardincito alrededor del monumento a San Wen-

ceslao debió de opinar lo mismo. Los arbolitos nos dieron lástima, pero, desde el punto de vista estético, la plaza de Wenceslao no ha sufrido nada con ello. (Esta frase se le había ocurrido a alguien de la redacción; yo me había limitado a poner en este pasaje punto y aparte).

El paseo de vuelta hacia el Mustek resultó más tranquilo. Eran aproximadamente las once y media cuando ante la casa número 13 nos contuvo una espesa muchedumbre. Al parecer, reinaba entre la gente muy buen humor, lo que nos pareció bien, pero también volaban piedras, y eso ya no nos pareció tan bien. Las piedras volaban en dirección al iluminado letrero «Aeroflot» y hacia las ventanas situadas arriba y abajo del mismo. Ni los letreros de neón ni los cristales de las ventanas resisten, según las leyes físicas, el encuentro con piedras, y en este caso no hubo ninguna excepción de dichas leyes. Más tarde me enteré de que eso sólo fue un caso excepcional que los hombres crearon con las manos desnudas, como también el hecho de que hicieran trizas literalmente los muebles y los quemasen. Al mismo tiempo fue destruida una parte de la primera edición de *Prace* —dos autos con algunos miles de ejemplares— y los cristales de la imprenta Mir. En eso ya no estuve presente, porque un miembro de nuestro grupo tenía que retirarse a casa.

Así, se me ocurrió la idea de escribir sobre la demolición de las casas. En la plaza de Wenceslao empezamos a hablar de eso, y uno de los interlocutores me pidió que diese media vuelta y mirase en dirección al portal del Museo Nacional. Ciertamente en eso había una cierta lógica, pero incompleta y algo torcida. Ante todo estaba el hecho de que tenemos que pagar de nuestro bolsillo el coste de la reparación del portal y de los daños sufridos por el edificio. Esto me hace recordar la divertida historia del hombre que, en un ataque de furia, demolió su propia casa. Por lo demás, la actitud sobre la demolición de casas (o de portales) permite deducir el grado de cultura de un pueblo. Los pueblos de alto nivel cultural construyen sobre todo casas y sólo son demolidas cuando están en ruinas.

No sé realmente quién ha empezado la demolición. Posiblemente fueron ardorosos jóvenes, una gente que en alguna fiesta empujó el codo más de la cuenta o tal vez intervinieron provocadores que sabían muy bien lo que hacían. Lo único que sé es que eso no debió suceder y que por lo menos en el futuro debemos saber qué métodos son más dignos y más eficaces.

Y, ante todo, qué métodos son los adecuados para nuestros fines. Porque si queremos un socialismo con rostro humano, debemos en todas las circunstancias comportarnos como hombres, después de una lucha ganada y... después de una lucha perdida. Según todos los pronósticos, habrá aún muchos combates ganados y perdidos, no solamente en el hockey sobre hielo.

No se trata en absoluto de las casas. La lucha por la democracia excluye los medios antidemocráticos. La lucha que, en cualquier caso, deberían decidir solamente hombres dignos, no permite ninguna indignidad. La resistencia contra la fuerza excluye el empleo de esta última, con una excepción: en el caso de la más extremada defensa.

Cuando hoy leo esto tengo que pensar ante todo en que la gente ya ha olvidado poco a poco lo que pasó con el portal del Museo Nacional. Después de agosto quedó acribillado por disparos de ametralladoras. El ejército que nos concedió ayuda fraternal lo había confundido con el edificio de la radio, se dijo entonces. El miembro del presidium del comité central del partido comunista checoslovaco, A. Kapek, dio, sin embargo, en una asamblea en la Facultad de Construcción de Máquinas de la Escuela Técnica en el año 1972, una explicación completamente distinta sobre aquel suceso. Lo justificó así: Los disparos de las armas de fuego tienen una gran dispersión. Pudo ocurrir, por tanto, que las salvas hechas por soldados que sólo tiraban al aire en plan de advertencia, alcanzasen con unos cuantos disparos el elevado portal del Museo. ¿Quién puede saber hoy cómo sucedió aquello? En cualquier caso, sólo cuatro años después el Museo quedó rodeado de andamios y se procedió a la reparación del portal. Se suprimió así una de las consecuencias de la «ayuda fraternal».

Por lo que se refiere al artículo que publiqué en el periódico *Prace*, tuve algunas dudas de si no sería demasiado constructivo. En el mismo periódico había publicado poco antes un comentario «Sobre el diálogo del ciudadano con el gobierno», asimismo en tono de gran moderación. ¿No podrían pensar de mí que estaba «entrando por el aro»? Pero el 2 de abril me comunicaron en la redacción que había ocurrido una desgracia: el embajador soviético había presentado una protesta contra mi comentario. En una reunión del gobierno el vicepresidente F. Hamouz había tronado de modo especial, existía la amenaza

de que destituyeran al redactor jefe y de que el periódico fuese suspendido o multado.

El redactor jefe permaneció todavía algún tiempo en su puesto; no lo echaron hasta otoño. Solamente fueron suspendidas las revistas *Reporter*, *Zitrek* y *Listy*. Respecto a *Zitrek*, incluso fueron confiscados los ejemplares que había en los quioscos, por agentes del servicio de seguridad y, por cierto, a causa de dos artículos «no exentos de objeciones»: un comentario de Skutina sobre el incidente del «Aeroflot» y mi reportaje «Procedimiento judicial», pero los vendedores consiguieron esconder hábilmente la revista incriminada; más de setenta mil ejemplares llegaron a manos de los lectores, según se dijo entonces.

Entre los periodistas reinaba el pánico. Algunos de mis amigos de las redacciones me llamaban por teléfono con regularidad entre las 16 y las 17 horas. Al principio yo no sabía por qué, pero luego me dijo el redactor jefe de *Zitrek*:

—Quieren comprobar si sigues estando en casa. Si contestas, es que todo va bien y se van tranquilos a sus casas.

Mientras tanto el mariscal Grechko «visitó» Checoslovaquia, pero se había olvidado de informar de su visita a los anfitriones. Nuestros órganos gubernamentales no se enteraron de su llegada hasta su aterrizaje en el aeropuerto militar de Milovice, pero los rumores sobre sus conversaciones con nuestros representantes dirigentes no pudieron silenciarse. El tema principal era un ultimátum: O ustedes solos ponen orden en el país o nos piden ayuda para imponer el orden. Grechko afirmó que la situación en Checoslovaquia era entonces peor que antes de agosto de 1968. Eso solamente podíamos confirmarlo nosotros, pero, en contraste con él, éramos de la opinión de que eso constituía una consecuencia de los acontecimientos de agosto. Siempre es la misma cuestión: ¿causa o efecto!

El 4 de abril tomé parte en una gran asamblea que se celebró en Liberec. Juntamente conmigo debían hablar allí los escritores Prochazka, Havel y Klimentev, pero llegaron con hora y media de retraso por lo que tuve que despachar yo solo con toda la primera parte del programa. La gran sala no podía contener a la enorme muchedumbre que allí se apretujaba. Finalmente se resolvió el problema abriendo las habitaciones contiguas y haciendo llegar a ellas los discursos por medio de altavoces. Me referí con toda franqueza a las negociaciones de nuestros representantes del gobierno con el mariscal Grechko,

pero hablé con tono moderado. A mi juicio, lo que importaba en aquellos momentos era mantener la precaria unidad de los «cinco dirigentes». Le pedí a la concurrencia que apoyase a los políticos que nos gobernaban y recalqué de modo muy especial que, al decir eso, me refería también al apoyo al doctor Husak. A éste lo habían criticado duramente en varios mitines. Siempre que me tocaba hablar de su persona insistía en que, desde luego, no estaba de acuerdo con su concepción, pero que lo consideraba uno de nuestros políticos más inteligentes y que estaba muy por encima de los demás por su dominio de la táctica política, su fidelidad a los principios y su perseverancia.

El 11 de abril habló el doctor Husak en Nitra. Allí inició sus ataques contra Dubcek. Nos enteramos de que los miembros eslovacos del comité central habían decidido en una sesión extraordinaria apoyar a Husak contra Dubcek. Sesenta votos checoslovacos más ochenta votos de los miembros conservadores checos del comité central representaban una clara mayoría. El destino de Dubcek estaba sellado. Sospechábamos al mismo tiempo que con ello estaba sellado también definitivamente el final de la orientación política iniciada después de enero de 1968. La intervención de agosto empezaba ahora por fin a recoger sus frutos. La desesperada lucha de trincheras de los meses siguientes había terminado.

¿Ya no se podía hacer nada? El 14 de abril hablé en la empresa Sazavan sobre el discurso de Husak en Nitra y sobre la decisión simultánea de los miembros eslovacos del comité central.

«Si queremos caracterizar el discurso del doctor Husak con una palabra, tendré que emplear la palabra traición. Traición a la causa de la política emprendida desde enero de 1968.» A causa de esta frase se amplió luego contra mí el procedimiento criminal que se me seguía, con la adición del artículo 103: injurias a un representante del estado.

Setenta y dos empresas decidieron emprender el intento de rechazar el resultado que se esperaba del pleno de abril. El 17 de abril querían abandonar el trabajo e invitar a todas las demás empresas a la huelga general indefinida, con peticiones exclusivamente políticas, pero en definitiva no lograron ponerse de acuerdo. Algunos participantes opinaban que no se podía llegar tan lejos, porque eso llevaría, utilizando la frase tan empleada en todas las conversaciones a «consecuencias imprevisibles» o, con otras palabras, a una segunda ocupación en

virtud de la cual todo el territorio sería administrado por los soviéticos. Yo defendía el punto de vista de que aquello quizás encerrase mejores perspectivas que un «tranquilo» cambio de mandos en el pleno de abril. Una acumulación tan masiva de cosas debía obligarnos a la acción y, posiblemente, movería incluso a la opinión pública mundial. Hasta se habló de la posibilidad de una lucha de guerrillas que, en opinión de los expertos y dadas las condiciones existentes, no habría dejado de tener éxito durante un breve espacio de tiempo.

Algunos miembros progresistas del comité central creían que el doctor Husak era algo así como una salida maravillosa del apuro; su persona podía por una parte conciliar a los Soviets y, por otra parte, ofrecer la posibilidad de continuar la política iniciada después de enero. Un defensor relevante de esta teoría era el doctor Milan Hubl, uno de los autores del programa de acción de abril de 1968. Visitó a los miembros del comité central uno por uno y les pidió que apoyasen al doctor Husak. De este modo sirvió a todos los indecisos y oportunistas que, de esa manera, se crearon una coartada para la inminente votación en el pleno. Poco antes de la reunión del comité central se le adhirió también el doctor Sabata, de Brunn, que había sido defensor de la línea Dubcek y uno de los organizadores de la «asamblea general de Vysocan» en agosto de 1968.

Mucho más tarde me enteré de que el doctor Hubl era amigo de Husak desde hacía muchos años. Le había seguido siendo fiel durante el tiempo que estuvo encarcelado el segundo. Inmediatamente después de la puesta en libertad de Husak, lo ayudó a regresar a la vida política, pero después de abril de 1969, al doctor Hubl no le sirvió absolutamente de nada ni la vieja amistad ni el apoyo que le prestó a Husak en el pleno de abril. Primeramente lo excluyeron del partido, luego a su esposa y a él los expulsaron de sus puestos de trabajo. La carta abierta que dirigió al doctor Husak dio en poco tiempo la vuelta por toda Praga. Era sabrosa. Por último lo detuvieron en enero de 1972. Al enemigo de Husak, el doctor Sabata, lo habían detenido ya en noviembre, aunque a los dos se les condenó simultáneamente, a Hubl a seis años y medio, a Sabata «sólo» a seis años. De lo que se desprende que, por lo visto, la gratitud no es una característica típica de los políticos dirigentes. Sobre esto ya ha escrito Maquiavelo en su famoso *Il principe*.

A pesar de la resistencia de muchos «progresistas», la huelga debía declararse el 17 de abril a las quince horas. Con aquel



motivo yo tendría que hablar en la empresa CKD de Vysocan. Una hora antes del comienzo del mitin debía discutir el contenido de mi discurso con los funcionarios del sindicato. Hacia las catorce horas me enteré de que la huelga se había desinflado: la asociación de obreros metalúrgicos, hasta entonces bastante radical, había iniciado la retirada y negado su apoyo. En lugar de la asamblea de empresa, se celebró sólo una reunión de funcionarios sindicales. Allí hablé firmemente convencido de que aquello no serviría para nada. Luego nos trasladamos al paraninfo de la Facultad de Filosofía, donde debíamos reunirnos con los estudiantes. Estos seguían empeñados en declarar la huelga. Por su parte, la asociación de obreros metalúrgicos razonaba por qué era imposible declararse en huelga. En cuanto empezaron las discusiones, me marché entristecido a casa.

Me acordaba de uno de mis primeros artículos aparecidos después de agosto de 1968 en el periódico *Christ und Welt*. En él había predicho la derrota de la Montaña Blanca, con la diferencia de que esta vez las consecuencias durarían más tiempo. Mi profecía se cumplió, exactamente después de ocho meses. La tristemente famosa «táctica del salchichón» se puso en práctica. Primeramente fueron sacrificados el doctor Kriegl, Pavel, Ota Sik y el doctor Hajek; la influencia de Smrkovsky quedó disminuida algo más tarde y ahora estaba en el aire el reducido influjo de Dubcek y se veía a las claras su total desmantelamiento.

¿Fue acertado por parte de ellos contribuir a aquella campaña de silenciamiento y someterse a la legendaria «disciplina de partido»? ¿Por qué Smrkovsky no se había dejado elegir en enero presidente de los sindicatos? ¿Por qué Dubcek, ahora, en abril, no se dirigía al pueblo? Ciertamente que hay que suponer que, después de agosto de 1968, no nos quedaba ya nada que hacer, pero personalmente mantengo la opinión de que aún existía una pequeñísima esperanza. Si se la quería aprovechar, el supuesto previo indispensable era sólo la unidad absoluta de los dirigentes políticos entre sí y la unidad de los mismos con el pueblo. Ni el primero ni el segundo supuesto llegaron a cumplirse. Algunos políticos dieron rápidamente la preferencia a sus propias ambiciones y no a los intereses del pueblo; otros se mostraron demasiado indecisos. Nosotros, «los de abajo», nos sentíamos entonces abandonados y traicionados.

A pesar de eso, emprendimos, durante algunas semanas más,

ciertos tímidos intentos. Algunas empresas seguían organizando asambleas a las que invitaban a periodistas, escritores y políticos. Estuve en Jablonec, una vez más en Liberec, en las minas Zapotocky de Uzin y en dos reuniones celebradas en Teplice. La organización sindical seguía teniendo un mando progresista, sí, incluso la dirección del partido no estaba aún totalmente «consolidada». ¿No era posible salvar algo todavía? ¿No se podía seguir aplicando, aun bajo el gobierno de Husak, aquel principio físico de la acción y de la reacción? Algunos botafuegos, imitando el viejo ejemplo de Jan Rohac de Duba, querían llevar a cabo, una vez más, el intento. Yo no podía faltar.

El 19 de junio debía hablar, juntamente con el escritor Havel y el periodista doctor Lakatos, en la Casa de Cultura del complejo metalúrgico Klement Gottwald en Ostrava. Por la mañana, en el aeropuerto, sólo estábamos dos; Havel faltaba. En el periódico del partido *Rude Pravo* encontramos en la primera página un artículo sobre la «provocación que elementos de derecha preparan en Ostrava». ¿Habría sentido miedo Havel y se habría quedado por eso en casa? Su teléfono no contestaba.

En Ostrava nos recibieron funcionarios llenos de preocupación. Había indicios de que el mitin sería prohibido. Los mandos de las milicias populares habían sido convocados inesperadamente; en toda la zona, el servicio de seguridad se hallaba en estado de alarma. ¿Queríamos hablar en estas condiciones? Respondimos que fuesen ellos los que tomaran la decisión, y esta fue: seguir adelante conforme al programa. A mediodía llegó Havel. Se había quedado dormido y perdió el vuelo de la mañana; ya no pensaba venir, pero había leído el mencionado artículo del *Rude Pravo* y decidió que debía acudir. Su ausencia habría podido interpretarse de otro modo: algo más que haberse quedado dormido.

Poco después de las quince horas llegamos a la Casa de Cultura, donde se apretaba una gran muchedumbre. Calculé que eran unas mil personas. Al día siguiente, *Rude Pravo* informaba que no habían sido más de trescientas. La gente miraba hacia la Casa de Cultura y se preguntaba por qué no seguía avanzando la cola.

La Casa de Cultura estaba ocupada por funcionarios del servicio de seguridad, uniformados o de paisano, desde el sótano hasta las buhardillas. El presidente del sindicato de la empresa trató de parlamentar con ellos. Después de una larga discusión, lo dejaron entrar. Como refirió posteriormente, el director de

la Casa de Cultura, con la cara blanca de miedo, estaba en su propio despacho, en posición de firme, ante los funcionarios del servicio de seguridad. La explicación del presidente del sindicato de que la Casa de Cultura era propiedad de la organización sindical y de que sólo ésta tenía derecho a disponer de la misma, resultó una pura pérdida de tiempo. Al cabo de una media hora, el presidente salió.

Fuera, mientras tanto, no habíamos estado ociosos. Me enteré de que la Casa de Cultura tenía un gran jardín. Propuse por eso que lo ocupásemos antes de que se apoderaran de él los señores del servicio de seguridad del Estado, porque se iban acercando, desde todas las direcciones, nutridos grupos de policías. La gente acogió mi propuesta con ruidoso entusiasmo, irrumpieron en tromba en el jardín, nosotros tres nos subimos al andamio que rodeaba al edificio y la asamblea pudo comenzar. Cuando volvió el presidente, se subió al andamio junto a nosotros. Los policías habían rodeado al auditorio en un amplio semicírculo e iban avanzando lentamente. Entonces otro hombre subió junto a nosotros a las aireadas alturas y pidió la palabra. Dijo que era el presidente de la junta directiva nacional de la localidad —la administración municipal— de Zabreh y pidió a los circunstantes que se disolvieran.

En lugar de disolverse, lo acogieron con insultos y él reaccionó diciendo que no se merecía eso y que siempre había estado a favor del pueblo. Luego lo pensó mejor y bajó del andamio. Sin que nadie nos molestara, prolongamos la reunión una hora más, pero hubo que ponerle fin, porque el calor era espantoso y la gente no podía resistir tanto tiempo a pleno sol. Como colofón dije, desde lo alto de mi andamio, que no muy tranquila debía de tener la conciencia el gobierno cuando en su lucha por la verdad empleaba métodos semejantes, señalando con amplio ademán a los funcionarios del servicio de seguridad que seguían acercándose en semicírculo. Desde luego, posteriormente habían de parecerme suaves los medios empleados entonces, pero el hombre no aprende más que cuando es demasiado tarde.

Atravesamos pacíficamente el cordón de policías, subimos a tres autos y nos pusimos en marcha con los coches policiales pisándonos los talones. Nos dirigimos al Hogar de Estudiantes para tener un cambio de impresiones con éstos. Apenas llevábamos media hora allí cuando entró el administrador en la sala y nos dijo que el director había llamado por teléfono desde

una reunión de la junta directiva nacional del distrito y le había ordenado que desalojase del local a todas las personas ajenas al Hogar de Estudiantes. Apenas había concluido de decir aquello cuando, con vigorosa ayuda de los estudiantes, tuvo que abandonar la sala. Al cabo de media hora sonó de pronto en todos los altavoces del Hogar un estruendosa música, por lo visto una tentativa del administrador de poner fin a su modo a la reunión que estábamos celebrando. Estuvo en un tris de que aquella idea «genial» tuviese muy malas consecuencias para él, porque los estudiantes se lanzaron encolerizados a su despacho y nos costó Dios y ayuda impedir un espontáneo linchamiento.

Al anoecer tuvo lugar una reunión de unos treinta funcionarios sindicales de las empresas de Ostrava en el restaurante Wald en la que tomaron parte también funcionarios de la Escuela Superior de Olomouc. Poco antes de medianoche nos despedimos de los asistentes y regresamos a Praga en el tren de la noche. Al día siguiente aparecieron en *Rude Pravo* y en el periódico de Ostrava *Nova Svoboda* extensos artículos en los que se afirmaba que los obreros habían impedido las provocaciones de los elementos de extrema derecha. Los conocidos oportunistas de derechas se habían desenmascarado una vez más y se habían puesto en ridículo.

A los bonzos del partido les pareció por lo visto demasiado blanda esta reacción, porque unos diez días más tarde se celebró en Ostrava un mitin de los funcionarios del partido. El doctor Husak intervino personalmente. Su discurso fue transmitido por la televisión.

Si bien no aludió con la menor palabra a la presencia de Havel y del doctor Lakatos, en cambio empleó contra mí los más duros registros. Expresó su reconocimiento a los obreros de Ostrava por «haber dado mate a ese jugador de ajedrez». Dijo que no sabía cómo jugaba yo al ajedrez, pero que, como político, era desde luego un fracasado. Hoy quizás aprobaría yo sus palabras, pero en aquel entonces casi me sacaron completamente de quicio. Me senté a la máquina de escribir y redacté sin reflexionar lo más mínimo un folleto en el que me disculpaba por haber descrito al doctor Husak como político capacitado. Achacaba ese «lapsus» a mi «desconocimiento de la persona del primer secretario». Me ofrecía a darle algunas lecciones de ajedrez, «porque ha demostrado que no domina las reglas elementales de este juego». Aquel escrito lo envié a

todas las empresas en que había hablado durante las últimas semanas. En las minas Klement-Gottwald estuvo colgado aproximadamente medio día en el tablón de anuncios, luego llegaron los agentes de seguridad y lo arrancaron. Posteriormente fueron sometidos a interrogatorio los funcionarios que habían colgado el folleto y uno de ellos incluso estuvo tres semanas en la cárcel. El texto de mi escrito se reprodujo también en octavillas.

Como es lógico, aquella fue una carta totalmente superflua.

En política hay que tener mucho aguante y no dejarse arrastrar inmediatamente por las propias emociones. Sobre todo, cuando se mete uno en tales asuntos como mero aficionado, hay que tener presente siempre esa verdad y no pensar que si el primer secretario del partido puede lanzar censuras, tú puedes hacer lo mismo.

La última asamblea tuvo lugar en la primera mitad de julio en Rumburk. Fuimos entonces en compacta formación. Venían conmigo Skutina, Kyncl, Hochman y la reportera de la televisión de Praga, Kamila Mouckova. Ésta nos contó durante el viaje, que no cruzaba la palabra con su padre, Vilem Novy, desde el mes de marzo. La había abofeteado porque no estaba de acuerdo con la línea política que él seguía, y, teniendo en cuenta que ya ella tenía una hija casi adulta, había rechazado decididamente ese método como inadecuado.

También la Casa de Cultura de Rumburk estaba ocupada por la policía, pero los funcionarios sindicales de la localidad habían sido lo bastante astutos para organizar la reunión directamente en la empresa. Se encontraban allí unas trescientas personas. El primero en contestar a las preguntas fue Jiri Hochman. Expuso las cuestiones con términos tan duros, que los demás tuvimos que acomodarnos a aquel tono. Al cabo de menos de dos horas, anunció el portero que dos coches de la policía estaban en la puerta y que los agentes querían entrar. El vicepresidente del sindicato de la empresa acudió corriendo. A los pocos minutos regresó y nos contó la conversación que había tenido a la puerta de la fábrica:

«Querían entrar. Les dije que no, que no entraba nadie. A lo que ellos contestaron:

—»¿Qué clase de asamblea es esa? ¿Tienen ustedes autorización para celebrarla?

—»No tengo noticias de asamblea alguna.

—»No se haga usted el tonto. Hay unas trescientas personas reunidas en la empresa.

—»Es verdad. Las he invitado para un cambio de impresiones sobre la empresa. Como organización sindical, estamos autorizados para eso».

Se dieron por vencidos y se marcharon.

La discusión sostenida aquella tarde era la única de la que no tenían reseña alguna los servicios de seguridad. De todas las demás, tenían informes, cintas magnetofónicas, apuntes. De esta última, absolutamente nada. Lo sé porque la comisión que hubo de decidir sobre la propuesta de que me expulsaran del partido, lo primero que pidió en la sesión siguiente a la de apertura fue un apunte de los discursos que pronuncié en Rumburk, pero comprobaron con pesadumbre que no disponían de apunte alguno.

La mencionada comisión empezó a trabajar a principios de julio. La primera sesión duró aproximadamente seis horas y media y en ella se habló de todo lo imaginable, desde Marx a Mao Tse-Tung. La conclusión fue curiosa. En las actas se podía leer la siguiente frase: «La comisión no ha conseguido refutar los argumentos del compañero Pachman. Por eso se aplazan las actuaciones hasta que la comisión sea completa con otros miembros instruidos ideológicamente».

La sesión siguiente se celebró, por tanto, con una concurrencia más amplia y otra vez duró más de seis horas, pero sin que se llegase tampoco a ningún acuerdo. Sólo después de que me hubieron detenido, la asamblea plenaria de la junta directiva de distrito del partido comunista checoslovaco —en ausencia mía, naturalmente— decidió mi exclusión del partido. Eso fue el 15 de octubre. Al día siguiente, uno de mis guardianes me mostró con triunfante malevolencia aquella noticia, que recogía el periódico. Tres o cuatro miembros se habían abstenido en la votación celebrada en el pleno, el único voto en contra fue el del presidente de nuestra organización local, doctor Zahora. Éste, miembro fundacional del partido comunista checoslovaco y doctor en Filosofía, había estado después de la guerra en el servicio diplomático como embajador checoslovaco en Irán. Después de terminada la votación en el pleno del partido, el doctor Zahora abandonó la mesa de la presidencia y entregó su carnet, explicando que salía del partido.

Cierto que su salida voluntaria no le fue aceptada, sino que él también fue expulsado.

Pero otra vez estoy anticipando un poco los acontecimientos por mi deseo de enlazar una cosa con otra. Estábamos de acuerdo algunos amigos en que no debíamos seguir callando frente a una situación política que por momentos se iba dibujando con más claridad. Debíamos formular clara y abiertamente nuestros puntos de vista. Naturalmente, estábamos convencidos de que en cualquier instante podían empezar las represiones y que, por tanto, debíamos obrar con la máxima prudencia. Decidimos no lanzar ningún manifiesto, sino una petición al Parlamento, al Consejo Nacional Checho, a ambos gobiernos, el checo y el eslovaco, y al comité central del partido comunista checoslovaco, ya que el derecho de petición está garantizado en el artículo 29 de nuestra Constitución. Con tal de no dar a conocer al público el texto de dicha petición, podíamos prácticamente escribir lo que quisiéramos. Eso es lo que pensábamos, pero, desgraciadamente, todo es pura teoría.

Teníamos el siguiente plan: en primer lugar redactaríamos juntos el texto de la petición, luego la firmaríamos los diez coautores, y después cada uno de los firmantes trataría de conseguir por lo menos cinco firmas más. El conjunto de firmas debía representar un promedio de clases sociales de la población.

Cada uno de los participantes proporcionó comentarios e ideas para el texto y con base en los mismos yo elaboraría una formulación de conjunto. En julio nos reunimos en el casino de la isla. Ruder para cambiar impresiones sobre el material reunido. La elección de aquel lugar un tanto insólito no quería decir que nos sintiéramos en absoluto como conspiradores. Lo habíamos elegido por motivos puramente prácticos. La madre de mi mujer no estaba entonces muy bien de salud. Tener muchos huéspedes en nuestra casa habría resultado una carga demasiado grande para ella. El casino era un sitio muy limpio y lo bastante espacioso para el número convenido de participantes. Aparte la sesión inaugural, nos reunimos allí otras dos veces. La tercera reunión debía celebrarse el 16 de agosto, porque, mientras tanto, yo quería pasar las vacaciones con mi mujer en Luhacovice. No lejos de nosotros, en Brunov, pasaba sus vacaciones los Vaculik, podíamos encontrarnos con regularidad y Ludvik «limaría» la redacción final.

En Luhacovice tuvimos un tiempo magnífico, íbamos todos los días a bañarnos a la playa e intercambiábamos visitas con los Vaculik, durante las cuales manteníamos con Ludvik los

más encendidos duelos verbales. Calificó mi redacción del texto de absolutamente imposible. Yo había formulado la petición como un serio documento político. A Ludvik le desagradó aquello. Quería que el escrito tuviese un cierto aspecto literario. Nos pusimos de acuerdo en que ya lo volvería a redactar todo. Luego se llevarían a cabo las correcciones de estilo. Por otra parte, se nos ocurrió una brillante idea. En mi borrador se aludía a nuestro reconocimiento del manifiesto de las «2.000 palabras». ¿Qué pasaría si expresábamos la cosa de un modo completamente distinto? ¡Ni una palabra sobre aquel asunto! ¡Pero nuestra petición otra vez volvería a contener exactamente 2.000 palabras!

Antes de nuestro regreso a casa desde Luhacovice, me traje Ludvik su texto de la petición. Me quedé sorprendidísimo. Había salido algo completamente distinto del material elaborado en común. ¿Qué dirían sobre eso los demás participantes en el proyecto? Recortar la obra hasta que tuviera exactamente 2.000 palabras, representó un duro trabajo pues, al contar, siempre salía un número distinto.

El 16 de agosto volvimos a reunirnos en Praga en la isla Ruder. Al principio hubo recriminaciones, pero terminamos poniéndonos de acuerdo sobre el texto de Ludvik con alguna que otra pequeña modificación. El resto de las firmas debían estar recogido después del 21 de agosto, para que no se dijera que queríamos provocar algún tipo de manifestación, ya que era de esperar que el 21 de agosto transcurriese muy tumultuosamente.

El 19 de agosto los alrededores de nuestra casa en Praga tenían el mismo aspecto que al comienzo de una guerra. Dos autos nos vigilaban desde la ladera de la montaña y uno estaba apostado junto a la puerta trasera, todos equipados con radioteléfonos: un despliegue fenomenal. Estuve sentado todo el día a la máquina de escribir, porque en septiembre tenía que entregar un nuevo libro de ajedrez. Por la tarde me dirigí montaña arriba hacia los dos autos. La dotación estaba afuera, en pie. Cuando me vieron, una señorita policía se lanzó hacia uno de los coches con la velocidad del rayo y se inclinó sobre el micrófono. Invité a los vigilantes de paisano a tomar una taza de café en mi casa. Rehusaron con una sonrisa y explicaron que, estando de servicio, les era imposible aceptar. Les revelé, por tanto, que por la tarde iríamos al cine. Pensando en ellos, había elegido una película detectivesca.



Por la tarde salimos con el Goggomobil, seguidos de cerca por tres coches con nueve o diez ocupantes a bordo. El convoy nos acompañó hasta el cine. Después de la proyección nos siguieron hasta nuestro garaje.

Al día siguiente me quedé en casa. Al anochecer me visitó el doctor Tesar. Le entregué todo el material para la petición, la cual habíamos denominado, en el entretanto, «10 Puntos, dirigidos a...» seguía la lista de las instituciones a las que estaba destinada. Tesar quería realizar él solo el trabajo final, porque yo estaba muy ocupado con mi libro de ajedrez y ya me había «agenciado» mis firmas. También al día siguiente me quedé en casa, a pesar de que fuera se había purificado el aire repentinamente. Aquello no me gustaba lo más mínimo. ¿Por qué habían desaparecido tan de improviso? Una conversación telefónica con mi mujer me aclaró que en otros sitios había mucho movimiento. En Praga estaban ocurriendo muchas cosas.

Al anochecer me contó más detalles. Ella había ido a pie al trabajo, siguiendo las recomendaciones que se daban en las octavillas que durante los últimos días habían estado repartiendo en Praga. En esas hojas se incitaba a la población a manifestarse digna y silenciosamente. Quizás algún día puedan averiguar los historiadores u otras instituciones por qué esa manifestación no fue digna ni silenciosa, por qué se blandieron porras de goma, se arrojaron bombas de gases lacrimógenos e incluso hubo algunos disparos sueltos. ¿Es que tenía que repetirse la «variante Aeroflot»? La incertidumbre no duró mucho tiempo. En los días siguientes se pudo comprender con toda claridad a quiénes habían beneficiado los disturbios.

Nos acostamos temprano. Antes de dormirnos hojeé una vez más el cartapacio castaño en que había guardado un ejemplar de los «10 Puntos» y otros documentos. El cartapacio estaba señalado con las letras F-N-O. Ya eso nos había hecho reír alegremente en la isla de Reuros. El cortapacio no tenía nada que ver con el Frente de Liberación Nacional (liberación se dice en checo «osvobození», de aquí la abreviatura F-N-O). Aquellas iniciales procedían de mi antigua redacción, donde una de mis secciones era Fakta-Názory-Ohlasy, F-N-O (en castellano: «Hechos-Opiniones-Comentarios»).

Casi exactamente a las doce y media de la noche del 22 de agosto de 1969 llamaron a la puerta de nuestra casa. Por la ventana pregunté quién era.

—Aquí Cibulka —fue la respuesta.

Rápidamente quemé un papel en el cuarto de baño, reflexioné durante cinco segundos qué debería hacer con el cartapacio F-N-O, lo escondí a toda prisa bajo el armario y abrí la puerta.

Seis hombres penetraron en la casa. Debía vestirme. Me dieron a leer un papel en virtud del cual debía considerarme detenido «por injurias a representantes de la República», de lo que me había hecho culpable por mis expresiones contra el doctor Husak. Aquello me pareció pura ironía. En las asambleas de primavera todos lo habían denigrado. Yo había sido uno de los pocos que habían realzado sus cualidades positivas. Aún antes de que hubiera terminado de vestirme, empezaron a registrar la casa. Aquello duró nueve horas largas. Rebuscaron en todas partes, miraron los libros uno a uno, la ropa blanca, las camas y las sillas. Sólo debajo del armario donde estaba el cartapacio castaño no se les ocurrió lanzar ni una mirada.

Al despedirme de mi mujer se me escapó un comentario impensado:

—No te olvides de llamar al servicio de limpieza cuando hayan terminado aquí los compañeros.

En realidad había querido decir «a las limpiadoras», que era otra empresa de servicios comunes completamente distinta. El jefe de la expedición policial se indignó por mis palabras:

—No nos ofenda usted. Nos hemos comportado con toda decencia.

Sí, por una vez se comportaron en realidad decentemente.

Por la tarde salimos con el Goggomobil, seguidos de cerca por tres coches con nueve o diez ocupantes a bordo. El convoy nos acompañó hasta el cine. Después de la proyección nos siguieron hasta nuestro garaje.

Al día siguiente me quedé en casa. Al anochecer me visitó el doctor Tesar. Le entregué todo el material para la petición, la cual habíamos denominado, en el entretanto, «10 Puntos, dirigidos a...» seguía la lista de las instituciones a las que estaba destinada. Tesar quería realizar él solo el trabajo final, porque yo estaba muy ocupado con mi libro de ajedrez y ya me había «agenciado» mis firmas. También al día siguiente me quedé en casa, a pesar de que fuera se había purificado el aire repentinamente. Aquello no me gustaba lo más mínimo. ¿Por qué habían desaparecido tan de improviso? Una conversación telefónica con mi mujer me aclaró que en otros sitios había mucho movimiento. En Praga estaban ocurriendo muchas cosas.

Al anochecer me contó más detalles. Ella había ido a pie al trabajo, siguiendo las recomendaciones que se daban en las octavillas que durante los últimos días habían estado repartiendo en Praga. En esas hojas se incitaba a la población a manifestarse digna y silenciosamente. Quizás algún día puedan averiguar los historiadores u otras instituciones por qué esa manifestación no fue digna ni silenciosa, por qué se blandieron porras de goma, se arrojaron bombas de gases lacrimógenos e incluso hubo algunos disparos sueltos. ¿Es que tenía que repetirse la «variante Aeroflot»? La incertidumbre no duró mucho tiempo. En los días siguientes se pudo comprender con toda claridad a quiénes habían beneficiado los disturbios.

Nos acostamos temprano. Antes de dormirnos hojeé una vez más el cartapacio castaño en que había guardado un ejemplar de los «10 Puntos» y otros documentos. El cartapacio estaba señalado con las letras F-N-O. Ya eso nos había hecho reír alegremente en la isla de Reuros. El cortapacio no tenía nada que ver con el Frente de Liberación Nacional (liberación se dice en checo «osvobození», de aquí la abreviatura F-N-O). Aquellas iniciales procedían de mi antigua redacción, donde una de mis secciones era Fakta-Názory-Ohlasy, F-N-O (en castellano: «Hechos-Opiniones-Comentarios»).

Casi exactamente a las doce y media de la noche del 22 de agosto de 1969 llamaron a la puerta de nuestra casa. Por la ventana pregunté quién era.

—Aquí Cibulka —fue la respuesta.

Rápidamente quemé un papel en el cuarto de baño, reflexioné durante cinco segundos qué debería hacer con el cartapacio F-N-O, lo escondí a toda prisa bajo el armario y abrí la puerta.

Seis hombres penetraron en la casa. Debía vestirme. Me dieron a leer un papel en virtud del cual debía considerarme detenido «por injurias a representantes de la República», de lo que me había hecho culpable por mis expresiones contra el doctor Husak. Aquello me pareció pura ironía. En las asambleas de primavera todos lo habían denigrado. Yo había sido uno de los pocos que habían realzado sus cualidades positivas. Aún antes de que hubiera terminado de vestirme, empezaron a registrar la casa. Aquello duró nueve horas largas. Rebuscaron en todas partes, miraron los libros uno a uno, la ropa blanca, las camas y las sillas. Sólo debajo del armario donde estaba el cartapacio castaño no se les ocurrió lanzar ni una mirada.

Al despedirme de mi mujer se me escapó un comentario impensado:

—No te olvides de llamar al servicio de limpieza cuando hayan terminado aquí los compañeros.

En realidad había querido decir «a las limpiadoras», que era otra empresa de servicios comunes completamente distinta. El jefe de la expedición policial se indignó por mis palabras:

—No nos ofenda usted. Nos hemos comportado con toda decencia.

Sí, por una vez se comportaron en realidad decentemente.

# 19

## Ruzyn y Pankrac

En la calle Bartolomejska me negué a prestar declaración, firmé una breve diligencia sobre este hecho, oí en silencio los comentarios del jefe del teniente Cibulka, quien dijo «ya tendremos tiempo de sobra para hablar de todo» y luego me trasladaron a Ruzyn en un coche Volha. Pasé por las formalidades de ingreso, registro y ducha de rigor. Me llevaron al sótano y me metieron en la celda número 10. Un espacio de escasamente cuatro por dos metros; en el suelo, un saco de paja sobre el cual ya estaba tendido un hombre. Me tumbé junto a él y traté de quedarme dormido. Imposible; la cruda luz de una bombilla me daba directamente en los ojos. Durante meses, aquella iluminación nocturna no me dejó descansar. Cuando estuve encarcelado durante la guerra, mi celda estaba a oscuras; sólo de vez en cuando entraba el guardián en su corta ronda, encendía la luz, la apagaba luego y desaparecía. Ahora el sistema de iluminación había mejorado enormemente. Más tarde recurrí a atar mi pañuelo sobre los ojos por las noches, debido a lo cual mis compañeros de celda me llamaban «la vaca ciega»; pero la primera noche no se me ocurrió aquella idea. Permanecí despierto hasta la mañana.

También de día estaba siempre encendida la luz en mi celda, porque en el sótano, llamado «el agujero», no entraba nunca el sol. A mediodía metieron a otro joven en mi celda. Nos mostró unos cuantos arañazos y hacía como si sintiera un miedo terrible. Cuando más tarde me puse a pensar en aquello, llegué a la conclusión de que todo era fingido. Permaneció cinco días en nuestra celda y constantemente nos estaba haciendo preguntas. Luego lo sustituyó un muchacho de veinte años llamado Pepa, el cual tenía varios robos sobre la conciencia. Nos describía con los más vivos colores cómo se roba un auto, cómo se puede abrir una ventana desde fuera sin formar ruido, cómo se corta la luna de un escaparate. Mi segundo compañero de celda, Franta, solía contarnos la desgarradora historia de su detención, el 21 de agosto, en Kolín. Como es lógico, era inocente en absoluto. Por otra parte, su joven esposa estaba esperando un hijo.

El primer día de mi vida de preso no empezó de un modo muy alegre que digamos. En los pasillos se oía el estrépito de pesadas botas, gritos y sordos golpes de bastonazos. Para desayuno trajeron pan y un brebaje que llamaban café. Aquel refugio no parecía ser precisamente el Hotel Alcron.

Por la tarde, el interrogatorio, sin abogado, con el pretexto de que ello se debía a una medida legal extraordinaria del presidium de la Asamblea Federal n.º 99. En definitiva se trataba de una autorización especial para prolongar el arresto hasta tres semanas durante las cuales no me estaba permitido ponerme en contacto con ningún abogado.

Ya no me negué a prestar declaración. Mi caso me parecía muy simple y la defensa absolutamente clara. Tenía dos argumentos: primeramente me había expresado respecto al doctor Husak con la misma dureza, poco más o menos, con que él se había expresado respecto a mí, y ante la ley todos los ciudadanos son iguales; en segundo lugar, el artículo «injurias a un representante de la República» no podía referirse en modo alguno a la persona del doctor Husak, porque él no es ningún representante de la República, sino representante de un partido político, el partido comunista de Checoslovaquia. Como antecedente me referí al caso Jindra y doctor Pus del año 1963. Fue un asunto interesante. Los dos susodichos declararon en una fonda, después de la correspondiente puesta en forma a base de varias rondas de ron o de aguardiente de ciruelas, claramente y a voz en grito, que Antonin Novotny era un grandísimo...

(aquí seguía aquella sonora expresión que dio motivo para el cargo de injuria).

En el juicio pidió el defensor a varios testigos que dijese exactamente la fecha en que se profirió dicha expresión. En la sala de justicia nadie comprendía qué buscaba el defensor con aquello. Sólo en su alegato final se puso aquello en claro. Demostró que la «injuria» se había cometido en una fecha en que Antonin Novotny no era todavía presidente de la República. Se trataba del intervalo entre su elección y la fecha en que prestó el juramento prescrito por la ley constitucional. Por tanto, durante ese período sólo era primer secretario del partido comunista de Checoslovaquia, representante del partido y no de la República. El tribunal, sin embargo, no tomó en cuenta este razonamiento del defensor, pero los acusados interpusieron con éxito recurso ante el Tribunal Supremo.

Se sabe que las sentencias del Tribunal Supremo sientan jurisprudencia y son, por tanto, obligatorias para tribunales de instancia inferior. Además, me parecía imposible que fuera a concederse al doctor Husak una protección represiva mayor que a Antonin Novotny. ¿Por qué me habían metido entonces en la cárcel? Naturalmente, me proponía formular la oportuna protesta.

Ocho días estuvimos tres presos en la celda del sótano. En un rincón había un retrete portátil sin tapadera ni biombo. Propuse que cuando uno de los tres estuviese utilizándolo, los otros dos se volviesen de espalda, pero aún así resultaba muy desagradable. Más tarde introduje una mejora con ayuda de una sillita metálica que convertía al retrete en algo parecido a un lavabo corriente, quedando así resuelto un problema serio.

Al tercer día de mi estancia en el «sótano» presenté reclamación de por qué no se me permitía salir nunca de la celda. Me contestaron que, conforme al reglamento penitenciario, tenía derecho a eso, desde luego, pero que era mejor no hacer nada por el momento. La cárcel estaba llena de maleantes que, incitados por gentes de mi calaña, se habían lanzado a la calle el 21 de agosto para promover disturbios contra el partido y contra el gobierno. Sostuve un pequeño debate político con los guardianes. En un diálogo posterior tuve que reaccionar contra el comentario de si sería capaz de volver a escribir, como en Semily, aquello sobre el proceso de renovación. Contesté avergonzado que no era yo quien lo había escrito, sino Ludvik Vaculik. La respuesta del amabilísimo instructor fue impertinente:

—Todos sois iguales; siempre estáis echándoos las culpas unos a otros.

Al cabo de ocho días me trasladaron con Pepa y Franta al primer piso. La nueva celda era para cuatro personas, dos en cada cama, pero, como éramos seis, dos tenían que dormir en el suelo, sobre un saco de paja. Me turnaba con Pepa; una noche él y otra yo. La celda estaba espantosamente llena de humo, porque todos, menos yo, eran fumadores. Mi vecino fumaba incluso por las noches. Lo habían encarcelado por malversación y no hacía más que pensar intensamente en cómo podría salir mejor librado. Otro compañero de celda me confió que pesaba sobre él una acusación por robo a mano armada, pero que probablemente intentarían achacarle colaboración con el servicio de espionaje francés. Paulatinamente otros compañeros de celda fueron afirmando que eran «políticos». Consideraban mucho mejor el espionaje que el hurto o el robo.

Cuando mi plazo de tres semanas estaba a punto de terminar, cogí un fuerte cólico intestinal. El médico ordenó que me trasladaran al hospital de la cárcel de Pankrac para dictaminar si se trataba de algo infeccioso.

El primer día de mi estancia en el hospital apareció el señor Cibulka. Le pregunté si había venido para ponerme en libertad, porque las tres semanas ya habían transcurrido. Sin decir palabra, me alargó una hoja de papel. Se me acusaba, conforme al artículo 98 de la Parte Segunda del Código, de extensas actividades encaminadas a la destrucción de la República, por lo que me podía salir un castigo de tres a diez años de prisión.

Me quedé mirando incrédulamente aquel papel y empecé a leer. Se afirmaba allí, por ejemplo, que yo había influido, con espíritu hostil al Estado, en la actividad de las organizaciones sindicales, que había perturbado la moral de trabajo en las empresas y cosas análogas. Sólo dos nombres se citaban como testigos: un tal señor Rosenkranz y la estudiante ya mencionada de la Facultad de Ciencias Naturales. ¿Qué significaba aquello? Al tal señor Rosenkranz no le había visto la cara en toda mi vida. Me había hablado dos o tres veces por teléfono, explicándome que era funcionario de la junta de empresa de no sé qué fábrica, que la situación era espantosa y qué debíamos hacer. Yo le había aconsejado entonces que cumpliera bien su función sindical, que expusiera sus puntos de vista y que utilizara todos los derechos sindicales.

Me sentía atónito. Aquella acusación me puso furioso. Inme-

diatamente empecé a enviar protestas a todos los destinatarios posibles. Escribí una carta personal al presidente de la República y luego anuncié que, como protesta, me declaraba en huelga de hambre. Por primera vez se me permitió hablar con mi abogado defensor. Este intentó disuadirme de mi propósito y prometió informar del asunto a mi mujer.

La huelga de hambre la mantuve exactamente cuatro semanas; en las dos primeras no tomé comida en absoluto. Luego me visitaron los médicos y me propusieron que aceptara, para la conservación de mi vida y mi salud, que ellos, tres veces a la semana, me alimentasen artificialmente con una sonda de estómago. Se levantó un acta en la que se insistía expresamente en que esa medida médica no afectaba para nada a mi huelga de hambre como protesta política. Gracias a esta medida, mi huelga de hambre no ponía en peligro mi vida. Perdí unos diecisiete kilos. Al final de la huelga de hambre mi mujer recibió por fin la primera autorización para visitarme. Había prometido convencerme de que pusiera fin a la huelga.

Durante la huelga de hambre estuve en régimen de aislamiento. También en los paseos estaba rigurosamente aislado. A pesar de eso me enteré de que en el mismo hospital de la cárcel, en el piso de arriba, estaba también Vladimir Skutina. Conseguí intercambiar con él unos tres billetes clandestinos. Me escribió que ahora era ya como si se hubiese echado todo a los perros y que lo mejor que se podía hacer era dejar que las cosas siguieran su curso. Le contesté que debía solicitar que lo admitieran en la redacción de la *Tribuna*. Replicó que yo era un burro y que él no había querido decir eso. Poco después lo pusieron en libertad por motivos de salud. Le dijo a mi mujer que aquella correspondencia había vuelto a darle ánimos.

Luego me fue comunicado por la Fiscalía General de la República que, conforme a mis reclamaciones, se había dejado sin efecto la acusación formulada contra mí. ¿Una alegre sorpresa? ¡Ay, nada de eso! Al mismo tiempo que se me hacía esa notificación, se me comunicaba otra. Había nuevas acusaciones contra mí. Desde mi detención era el tercer papel de aquella clase que recibía. Se me acusaba de haber realizado preparativos para un derrocamiento de la República, delito previsto en los artículos 7 y 98 de la Parte Primera del Código. Justificación: había organizado reuniones ilegales en la isla Ruder de Praga, con el propósito, valiéndome de un material sub-

versivo llamado «10 Puntos», de poner en peligro la consolidación de las condiciones en nuestra República y de haber desatado contra ella una violenta campaña propagandística. El final de aquel galimatías no lo comprendí en absoluto, pero lo cierto era que seguía amenazándome un castigo de uno a cinco años.

Puse fin a la huelga de hambre y me llevaron de nuevo a Ruzyn, esta vez al sexto piso, a una celda cerca de la enfermería. Comparada con mis celdas anteriores, ésta era enormemente confortable, con una cama normal y un retrete de asiento. Éramos tres; uno de mis compañeros se llamaba Emil y estaba en prisión preventiva por intento de asesinato; el segundo, Pavel, por robo y hurto.

Transcurrieron semanas y meses sin que nadie viniera a interrogarme. Me habían traído de casa un tablero de ajedrez y empecé a estudiar diversas variantes. Por aquel entonces aún estaba permitido escribir y recibir cartas. (Un guardián, al que llamábamos «cabeza gris», calificaba aquellas conquistas de consecuencia de las «deformaciones» ocurridas desde enero de 1968 y vociferaba uno y otro día por la «enormidad de mi correspondencia»).

Entonces escribí un diluvio de cartas de las cuales algunas no llegaron a sus destinatarios, aunque sí la mayoría. Recibía también más correspondencia, de casa y de conocidos. Dana Zatopkova pegaba en la carta fotos de diversas ciudades y yo tenía que adivinar de qué ciudades se trataba. Naturalmente, se me ocurrió que sólo tenía que despegar las fotos del papel para ver en el reverso el nombre de la ciudad, impreso allí con letras muy claras. De este modo dejaba no poco asombrada a Dana y, en poco tiempo, me familiaricé con todas las ciudades. En algunas cartas había incluso finas alusiones políticas y me asombraba mucho que las dejaran llegar a mis manos. Sólo a Jan Tesar y a Rudolf Bartek no les podía escribir. Sabía que no estaban lejos de mí, en prisión preventiva, acusados de lo mismo que yo.

Uno podía irse a dormir muy temprano. A las siete de la tarde estábamos acostados ya en toda la penitenciaría de Ruzyn. A eso de las nueve de la noche tocaban retreta y entonces era obligatorio meterse en la cama, pero por la noche encendían la luz y entonces empezaba el «juego de la vaca ciega».

Inmediatamente después de la retreta comenzaban las ruidosas llamadas:



—¡A todos los muchachos y muchachas de Ruzyn os desea buenas noches Pigííííí!

A veces ocurría algo distinto:

—¡A todos los asesinos y putas, ladrones y estafadores y a todos los secretarios políticos, os desea buenas noches Pigííííí!

Por regla general seguían sonando otras veces de un lado a otro del patio, algo así como:

—¡Tonda llama a Franta! ¡Contesta, cerdo!

—Aquí estoy, animal. ¿Qué mosca te ha picado, bestia?

—Oye, imbécil, ya me he quitado el muerto de encima, no se te vaya a ocurrir irte de la lengua, cerdo.

—Claro, ya lo sé, todo en regla, animal. ¿Y qué hay de ese Dasa?

En medio de la conversación sonaba un tiro, un disparo de advertencia de algún centinela. Se hacía el silencio durante algunos minutos, y luego vuelta a empezar. Porque el objeto principal de la prisión preventiva es impedir que los cómplices puedan ponerse de acuerdo entre sí, véase artículo 67, apartado b del Código Penal, y ese era también el motivo de mi encarcelamiento. Muy bien, pero, ¿cómo y con quién habría podido ponerme de acuerdo? Cualquiera podía leer por su cuenta lo que se decía en los «10 Puntos». Por mi defensor me había enterado de que, después de mi detención, los «10 Puntos», con sus correspondientes firmas, fueron enviados sin dificultad a las respectivas instituciones destinatarias y que después —por lo visto como respuesta de estas instituciones a nuestra petición, del mismo modo que en otros tiempos era costumbre entre los señores feudales— también Battek y Tesar habían sido encarcelados.

A finales de noviembre, ¿o fue ya en diciembre?, tuve la impresión de que la conducta de Pavel no era del todo clara. Lo llamaban frecuentemente para interrogarlo y, cuando volvía, nunca conseguíamos que nos explicara con claridad qué le habían preguntado. Un día contó de pronto una historia muy confusa: al parecer había estado durante algún tiempo en Francia durante el otoño de 1968, y ahora los agentes del servicio de seguridad lo estaban interrogando sobre una supuesta colaboración con el contraespionaje francés. Era un cuento increíble. Por eso un día lo agarré por la solapa, le miré a los ojos y le exigí que hablase de una vez. ¿Qué querían de él? Durante un rato se resistió tercamente, murmuró algo sobre el espionaje francés, pero luego se echó a llorar y, poco a poco, fue

saliendo la verdad. Si me sonsacaba para que le dijese determinadas cosas y luego él las repetía en una declaración, podría contar con una pena más suave. Evidentemente, había hecho sus cálculos sobre una disminución del castigo, pero también sobre la posibilidad de una fuga. Lo más curioso fue el hecho de que, un cuarto de hora después de nuestra conversación, entraron en la celda dos guardianes y, literalmente, sacaron en vilo a Pavel. Al día siguiente trajeron a nuestra celda, en lugar suyo, a un viejo. Le había sustraído a la compañera de su vida un anillo valorado en diez mil coronas. Ella lo denunció, quiso después retirar la denuncia, pero ya era demasiado tarde. El viejo estaba en la cárcel y con eso la cosa estaba acabada.

El incidente de Pavel me revolvió el estómago. Una y otra vez me esforzaba en recordar qué era lo que yo había hablado. Luego comprendí que en la celda debía de haber micrófonos ocultos y que nuestras conversaciones habían sido grabadas. No podía acordarme de nada especial, pero indudablemente disponían de varias cintas magnetofónicas. Unas cuantas bromas inofensivas sobre el sexo femenino, historietas de años juveniles, en suma, lo suficiente para montar una especie de confesión que podrían hacer oír a mi esposa con objeto de que viera qué clase de crápula tenía por marido. En la cárcel la competencia por contar las historias más picantes sobre mujeres es un entretenimiento muy extendido. Cualquier periodista dotado de un poco de fantasía tenía que ganar en una competencia así, aunque no fuera más que por motivos de prestigio.

Por aquel tiempo yo estaba precisamente de muy buen humor, todos los días cantaba la canción *Mi pequeña patria*, recalcando las palabras «nuevamente volverá a florecer mi pequeña patria». Contaba e inventaba chistes políticos. Pero después de lo ocurrido con Pavel, permanecí silencioso y dejé de confiar incluso en Emil. Eso le dolió visiblemente. Un día me agarró por la solapa y barbotó:

—¿Se puede saber de una vez qué diablos te pasa?

Una noche, todavía medio dormido, me vino una idea totalmente estúpida.

Pavel y Emil me habían dicho que su juez instructor se llamaba teniente Jankot. Los dos me habían mostrado escritos en que figuraba ese nombre. Para los dos les había escrito instancias dirigidas al juez instructor Jankot, calle Bartolomejska (ya no recuerdo el número). De improviso me vino a la memoria aquel apellido. ¿No era el mismo que el de alguien que

había sido comisario de la Gestapo? ¿No sería posible que las instancias escritas de mi puño y letra fuesen sometidas a cualesquiera procedimientos químicos para hacerme pasar como confidente de la Gestapo?

Naturalmente, todo eso no era más que una absurda fantasía nocturna. ¿Qué tenía que ver la Gestapo con la señora J... ni con los disparos hechos en Ostrov del Eger? A pesar de eso, el sudor me corría por la frente. Poco antes de que me detuvieran había leído el libro de Arthur London, *Confesión*, un relato de su encarcelamiento en Ruzyn en los años cincuenta. Ciertamente que hoy las cosas funcionaban en Ruzyn de otra manera, pero, ¿no existían otros métodos aún más refinados? Ideas tan fantásticas empezaron a danzarme en la cabeza después de las noches despreocupadas en que me había complacido imaginándome como héroe capaz de burlarse de los funcionarios del servicio de seguridad.

El 3 o el 4 de diciembre me interrogaron por primera vez sobre el asunto de los «10 Puntos». Antes del interrogatorio no tenía ningún miedo; no podía pasarme nada. Sin embargo, durante el interrogatorio me hallaba en un estado muy curioso, como si quisiera hablar y declamar y tuviese en muchos momentos la impresión de estar hablando y al mismo tiempo escuchándome, como si estuviese oyendo a una tercera persona. Quizá reaccioné de un modo tan raro porque llevaba muchas semanas sin que nadie me interrogase.

Como es natural, no quería complicar a nadie inútilmente en el asunto. Por ejemplo, contesté negativamente a la pregunta de si Jaroslav Seifert figuraba en la lista de firmantes. Estaba seguro de que después de mi detención no era posible que hubiese firmado. Era un señor anciano y seguramente los amigos no habrían querido causarle ninguna molestia. Por eso negué sin vacilar que hubiese intervenido en la acción. Negué, a pesar de que uno de los testigos había declarado que Seifert firmó también la petición. Dije que aquello no era verdad, calificué esa afirmación de «cobarde afán de buscarme una coartada» y declaré que únicamente habían participado aquellos cuya intervención no podía desmentirse y que, desde luego, no tenían el propósito de negar que habían colaborado en aquel acto.

Al tercer día de mi interrogatorio narré el curso de mi vida. Lo hice arrogantemente y no dejé de subrayar que la Gestapo me había tenido en prisión preventiva y que el comisario de un regimiento de partisanos había vivido en mi casa. Cuando

volví a la celda, me sentía muy descontento. ¡Había hablado por los codos! Parecía como si quisiera envanecerme de pasados méritos. Posteriormente conseguí que me dejaran escribir un *curriculum vitae* distinto, en cuya redacción suprimí todos aquellos detalles. En el curso de mi interrogatorio me enteré por primera vez de que la petición de los «10 Puntos» había sido difundida por Radio Europa Independiente y por otras emisoras y de que habían publicado el texto varios periódicos extranjeros además del *Ceske Slovo*, que se editaba en Munich y era órgano de la emigración checa. De vuelta a la celda recordé que en una conversación con un amigo (será mejor que no diga su nombre), me había ido literalmente de la lengua. Aquel hombre no tenía nada que ver con el asunto, pero, poco después de mi detención, había ido en viaje de servicio a la República Federal Alemana y, por casualidad, precisamente a Munich. Era muy fácil sospechar que había sido él quien dio la petición a la publicidad, pero luego volví a tranquilizarme, porque el texto de los «10 Puntos» no estaba aún terminado cuando me detuvieron ni tampoco recogidas todas las firmas, por tanto él no tenía nada que ver con el asunto. Afortunadamente, así quedó demostrado y, por lo demás, ese detalle no les habría servido para nada a los señores jueces instructores.

Una semana más tarde tuvo lugar mi llamado conocimiento del sumario. Tuve que leer las declaraciones de los testigos y repasar una vez más las mías propias. Las declaraciones de algunos testigos me dejaron literalmente perplejo. Dos de ellos podían «acordarse» de que yo había leído el material de los «10 Puntos» en una reunión tenida con todos los asistentes. Eso era absurdo, porque el texto no existía aún. Otros afirmaban por su parte que yo había leído algo completamente distinto. Uno de ellos, un ingeniero, incluso citó trozos de lo que yo había leído. Según él, había estado tomando apuntes. Tres testigos afirmaban que yo había criticado a Dubcek y a Smrkovsky y que había alabado en cambio al doctor Husak. Se notaba que querían ayudarme con eso, pero no habían mentido en lo más mínimo. Yo había dicho sobre Husak lo que siempre solía decir de su persona y opinaba que mi folleto lo había escrito algo precipitadamente. En cuanto a Dubcek y Smrkovsky sostenía que en abril debieron defenderse más activamente y no darse por vencidos sin un solo disparo. Eso lo había dicho con frecuencia sin tener que cambiar para nada mi opinión sobre el perfil de cada uno de los «hombres de enero».

Pero luego tuve que leer la declaración de Emil Zatopek. Hacía ya unos veinte años que era uno de mis mejores amigos. No creía en lo que estaban viendo mis ojos; aquello resultaba totalmente increíble. Lo leí dos y tres veces y por eso hasta hoy me han quedado algunos párrafos en la memoria.

«En enero de 1969 visitó Pachman a Josef Smrkovsky y le ofreció formular un manifiesto para defenderse. Smrkovsky la rechazó y dijo que una propuesta así sólo tendría sentido si estaba firmada por los trabajadores de una empresa...» Algo de esto era verdad, mejor dicho, sólo verdad a medias, pero, ¿por qué había de contar Emil una cosa así, cuando nadie se la había preguntado? ¿Por qué se había mostrado tan dispuesto a decirla?

«En junio de 1969 Pachman recibió en su casa la visita del gran maestro soviético de ajedrez Keres. Pachman le preguntó a Keres si no quería emigrar de la Unión Soviética. Keres le contestó con la contrapregunta de si Pachman no quería emigrar de Checoslovaquia.»

¡Cielo santo, aquello era una mentira! ¿Cómo había sucedido en realidad? En junio de 1969 se había jugado en Luhacovice un torneo internacional de ajedrez. Keres y Korchnoi representaban a la Unión Soviética. Yo me negué a jugar allí en vista de la participación de los representantes de la URSS, a pesar de que estos eran amigos míos. Para demostrar que mi negativa a intervenir en el torneo no tenía nada que ver con mi amistad personal, invité en un bar de Luhacovice a los dos jugadores, encontrándome yo allí como simple espectador. Charlamos entonces de cosas sin importancia. En Praga los invité a cenar en mi casa. Korchnoi no pudo venir, por lo que en el último momento invité a Emil. ¿Cómo surgió el asunto de la emigración? Recuerdo que se estaba hablando de autos. Keres tenía dificultades para encontrar piezas de repuesto para su coche norteamericano. Se quejaba de que nadie podía reparárselo.

—Entonces no le queda a usted más remedio que emigrar con su Ford —bromeé.

También él tomó a broma mi comentario.

—Pero, ¿no quiere usted acompañarme? Tengo sitio para dos.

Eso fue todo, pero lo inexplicable es por qué lo dijo Emil. Keres, siendo del todo inocente, podía verse envuelto en dificultades a causa de aquella declaración. En el interrogatorio

no se me hizo pregunta alguna sobre aquel asunto, por eso no pude refutar nada. Hoy consta en los autos.

Me desahugué con mi compañero de celda, el otro Emil. Este reaccionó de un modo muy simple.

—¡Envía todos esos imbéciles a la mierda!

Al dárseme conocimiento del sumario, dedujo mi defensor que las investigaciones previas habían terminado y que ya no quedaba ningún punto por aclarar. Ello significaba una débil esperanza. Tal vez podría estar de vuelta en casa para Navidad. El desengaño llegó muy pronto. Se me dijo que en las declaraciones había puntos que se contradecían, no sé cuáles. El caso tendría que ser devuelto al juzgado de instrucción para que se llevasen a cabo investigaciones complementarias. Por tanto, lo de la Navidad quedaba en un sueño.

—Emil, ¿qué me dices?

Por el momento mi problema no le interesaba en absoluto. Me contestó:

—Corre a la puerta y mira a ver si se acerca algún guardián.

Se subió al taburete, alcanzando con la cabeza casi el techo de la celda, miró por la ventana y empezó a mover excitadamente las manos. Desde la ventana de nuestra celda se veía la estación férrea de Ruzyn. Determinados días su hija pasaba en el tren. En la última visita él le había prometido que miraría desde la ventana. No podía ver a su hija, pero esperaba que ella lo viese a él. Mirar desde la ventana estaba rigurosamente prohibido, de aquí tantas precauciones. Por lo demás, la ventana estaba directamente debajo del tejado y mirar desde ella resultaba muy incómodo.

Luego nos hicimos café. Yo había recibido de casa Nescafé. Habíamos de pensar en la forma de prepararlo. No era nada simple. Organizar aquello resultaba muy complicado. Lo primero era hacerse de un pedazo de cordón. La solución es fácil: al cambiarse de ropa interior se sustrae un cordón de los calzoncillos. Pero como todos los presos tienen la misma ocurrencia, prácticamente en la cárcel no hay ningún calzoncillo que tenga cordones. Al cabo de unas tres semanas, tuvimos suerte. Ahora había que buscarse la marmita. Al cabo de tres días conseguimos apoderarnos de una. Empezamos sistemáticamente a devolver todos los días sólo dos platos de aluminio, como si se nos hubiera olvidado el tercero. Invariablemente nos lo reclamaba el guardián, pero al tercer día se le pasó por alto con las prisas. El resto fue un verdadero juego de niños: duran-

te tres días estuvimos guardando nuestro periódico, el *Rude Pravo*; conseguía que me lo trajeran porque no ponían dificultades al tratarse de un periódico del partido, y porque me interesaba ver lo que decían en él de mí. A partir de agosto de 1969, en aquel diario, con marcada exageración, se me trataba de «uno de los organizadores dirigentes de las fuerzas antisocialistas». Atamos nuestro plato con el cordón, lo llenamos una tercera parte de agua y encendimos debajo los tres números del *Rude Pravo*. El papel ardiendo tuvo fuerza suficiente para hacer hervir nuestra agua. Ciertamente que esta manipulación tuvo como consecuencias un hedor espantoso, pero no se notó demasiado.

Aquella vez resonaron por el pasillo los pasos de una guardiana. Ya no recuerdo los insultos que proferimos contra ella en voz baja. Acompañaba a uno de los presos a la enfermería.

—¿Qué demonios estáis quemando ahí?

Se acercaba a la puerta para espiar por la mirilla. Me puse muy cerca de la puerta. Emil se quedó a un lado y escondió el plato debajo del lavabo. Cerca de la puerta me puse a vociferar diciendo que aquel humo lo habrían causado seguramente los muchachos de la celda de al lado con su Taras Bulba. Así se llama el tabaco más barato y por tanto el más preferido en la cárcel. Mi afirmación de que los muchachos de al lado eran lo que estaban «humeando» no entrañaba riesgo alguno, ya que era lo que hacían constantemente. Por lo demás, yo tenía la impresión de que la humareda producida por el *Rude Pravo* era muy semejante a la que podría producir el Taras Bulba. La guardiana se marchó tranquilizada, bebimos cómodamente nuestro café y dejamos salir el humo por la claraboya, que sólo podía abrirse por una rendija. Aquella vez yo había tenido suerte, porque mis dos compañeros de celda no eran fumadores.

La preparación del café sigue siendo mi último recuerdo claro del tiempo que antecedió a la Navidad. Durante los días siguientes me despertaba ya a las dos o a las tres de la madrugada completamente bañado en sudor y temblando de pies a cabeza, aunque no tenía miedo alguno. En los últimos tiempos me daban píldoras e inyecciones, sin que yo pudiera comprender exactamente el motivo de tantas medicinas, pero me alegraba la esperanza de que tal vez me mandarían a casa para curarme allí.

Una noche me vino a la cabeza la extraña idea de que iba a

morirme precisamente el 24 de diciembre, el día del nacimiento de Cristo. Por la mañana me incorporé en la cama y rechacé el periódico. Emil se me acercó y empezó a barbotar:

—¡A la porra todo! ¿Ha vuelto a hacerte una de las tuyas ese imbécil de Zatopek?

Pero no era Zatopek quien me preocupaba; mis pensamientos iban por otros derroteros muy distintos.

No puedo reconstruir los hechos con exactitud y, por tanto, tengo que limitarme a decir lo que otras personas me han contado. En cualquier caso está claro que uno de aquellos días redacté un folleto que llevaba el título de: «A los organismos a los que interese y también a los que no interese en absoluto.» Este folleto fue unido a los autos. Pude leerlo posteriormente. Por fortuna, no había en él nada que pudiese interesar a ningún organismo. Me lamentaba únicamente de mi vida, escribía algo sobre mi hermano y sobre algún que otro testigo mentiroso.

Lo único que sé con certidumbre es que me trasladaron desde mi celda n.º 8 a un pequeño agujero en el sótano. Me bajaron en el montacargas. Allí me encontré, sin darme cuenta medio sentado, medio tendido, sobre un saco de paja; un hombre paseaba delante de mí de arriba abajo y me miraba con cara de pocos amigos. Le repetí varias veces algunas palabras de las que me acuerdo con toda precisión: «Con la muerte no acaba nada, y todo tuvo su principio alguna vez.» Le añadí que debía fijarse mucho en aquello, porque gracias a tales palabras, sería famoso alguna vez. Él no decía nada, se limitaba a seguir paseando de arriba abajo y me miraba sin pronunciar palabra. Luego fui yo el que me levanté y me puse a andar, y él se quedó sentado. Por último entró un guardián en la celda y me arrojó un paquete de comida. Hacía diez días que lo estaba esperando inútilmente. Como me dijo mi mujer más tarde, aquel paquete debieron de retenerlo diez días en la cárcel; ella lo había entregado en tiempo oportuno.

La noche fue muy rara. Por la mañana estaba tendido sobre medio saco de paja con fuertes dolores de espalda y sin poder moverme. Me sacaron, me metieron en un gran vehículo, que podía ser un autobús. Aquel coche me sacudía de un lado a otro, con lo cual mis dolores de espalda no hacían más que aumentar. Cuando nos paramos, un guardián me agarró de la mano y me llevó debajo del aparato de los rayos X en el hospital. Volvieron los fuertes dolores. No podía tenerme en pie. Me dijeron que durante la noche había estado dando topetazos



con la cabeza contra la pared. Repliqué que en la Edad Media los caballeros condenados a muerte se suicidaban de ese modo. Así ahorran trabajo al verdugo y sus familias no perdían el derecho a heredar las propiedades de los condenados, pero sé con toda seguridad que nunca se me había ocurrido el pensamiento de matarme de esa forma.

Permanecí tendido en la sala del hospital, sin poder levantar la cabeza. Junto a mi cama estaba sentada mi mujer y un poco más lejos se hallaba el señor abogado. Mi mujer me dijo que aquel día le habían concedido permiso para visitarme, que había venido a Ruzyn con el señor abogado y que se había enterado allí de que yo estaba en el hospital. El señor abogado se mostró dispuesto a acompañarla al hospital, donde el permiso de visita siguió surtiendo efecto. Dicho sea de paso, este señor abogado era al parecer un hombre decente que no experimentaba ninguna alegría por el caso que le habían encomendado. Renunció a mi defensa poco después de Año Nuevo. Me asignaron entonces un abogado que parecía ser mucho menos inteligente, pero también lleno de buenas intenciones.

Mi mujer dejó junto a mi cama una caja gigantesca llena de manjares propios de Navidad. Por aquel entonces aún no se había limitado la cantidad de paquetes navideños que se podían enviar a los presos.

De la hermosa caja no probé lo más mínimo. En aquel tiempo no tenía apetito alguno ni podía moverme. Cuando trajeron el té, mi mujer me levantó la cabeza con todo cuidado para que pudiese beber. Cuando se fue, entró el médico. Me dijo que tenía fractura en la base del cráneo y una lesión grave en la columna vertebral. Debía permanecer tendido y no incorporarme en ningún caso, cosa que no me apetecía en absoluto, porque me sentía muy débil.

Al anochecer siguiente —era Nochebuena— vino el médico con una enfermera. Me comunicaron que mi mujer llamaba constantemente por teléfono y que quería saber cómo estaba. El médico no debía transmitir nada de aquello, porque iba en contra de los reglamentos, pero mi mujer y Dana Zatopkova me enviaban sus saludos.

Y luego me rodeó la oscuridad. En ella me atormentaban pesadillas, y locas ideas me pasaban por la cabeza. Yo era alguien distinto y el mismo a la par. También los nombres de mis compañeros de celda del n.º 8 me perseguían constantemente. Todo se alejaba delante de mí como en una película

acelerada. Traían comida, se iban y volvían y traían comida otra vez, se reía el centinela del pasillo, alguien me afeitaba y alguien volvía a traer comida. Posteriormente me explicó el médico que yo había pasado aquellos días en una especie de delirio y que había estado siempre bajo el efecto de somníferos.

Del primer día que puedo acordarme con claridad fue el 8 de enero. No comprendo por qué se me ha quedado tan grabada esta fecha. En realidad no tiene importancia. En la habitación, o mejor dicho, en la celda —propiamente era una cosa intermedia—, seguía estando en el suelo la gigantesca caja. Miré dentro. Encontré chocolate, frutas del sur, salchichón húngaro, nueces y pasteles, pero no tenía ganas de comer. En vista de mis constantes ruegos se me permitió compartir aquello con mis compañeros de celda y el centinela del pasillo, pero sólo después de una larga discusión con el guardián.

A primeros de enero apareció en mi habitación el teniente Cibulka. Dijo que la investigación seguía adelante, pero que previamente tendrían que llevarme a la sección de detenidos de la clínica psiquiátrica de Bohnice. Protesté contra eso, porque me sentía ya completamente bien. Rechacé con energía la versión de que había querido suicidarme. Consideraba totalmente absurdo haber proyectado cualquier clase de suicidio. Por deseo de mi defensor, retiré luego mis protestas. Me dijo que la misma no tendría ninguna importancia práctica, que sólo serviría para alargar las investigaciones y con ello la duración de mi encarcelamiento.

En Bohnice estábamos tres en una celda. A un muchacho de unos diecinueve años lo habían detenido por asalto y violación. Por dos veces había atacado a los guardianes; excepto unas bofetadas, sólo había recibido inyecciones tranquilizantes. Mi segundo compañero de celda era un viejecillo que estaba lamentándose constantemente de la cobardía de los hombres. Contaba que cuando descargó la escopeta contra la que había sido compañera de su vida, había allí unas cuantas personas y que ninguna lo había sujetado, ¡por cobardía!

Estuve casi dos meses en Bohnice. Dos psiquiatras y después dos psicólogos estuvieron estudiándome y llevando también a cabo investigaciones neurológicas. Mi conversación con los psiquiatras carecía totalmente de interés, pues por más que me esforzaba en descubrir qué me había ocurrido antes de Navidad, no lograba atrapar ni el menor recuerdo. Esto no era óbice para que los psicólogos hicieran pruebas muy interesantes con-

migo. Tenía que contar números, repetirlos de derecha a izquierda, logrando hacerlo a veces con números de siete cifras, otras con menos. Me mostraban cuadros curiosos que yo tenía que describir, les dictaba los cuentos que se me ocurrían, en su mayor parte detectivescos o de ciencia-ficción, pues en este género me sentía más fuerte. Los cuatro hablaban muy concienzudamente conmigo sobre el curso de mi vida. Llegaron al resultado de que estaba completamente sano. Mis síntomas paranoicos se debían por lo visto a una psicosis carcelaria. Mi coeficiente de inteligencia dio más de 140, lo que les pareció bastante considerable teniendo en cuenta que yo no era académico.

Durante estas semanas de las investigaciones médicas prosiguieron también los interrogatorios. Me trataban siempre de un modo curioso. Tenía la impresión de que los organismos instructores se proponían calar en todas mis intenciones y no dejar libre juego a la fantasía. Me hacían siempre las mismas preguntas, o sea, qué era lo que me había propuesto con tal o cual párrafo de tal o cual escrito. Yo contestaba siempre lo mismo, esto es, que había querido decir exactamente lo que había escrito, pero esto no les bastaba.

—¿Qué quiso usted decir con las palabras «un ejército que nunca dispara en el momento adecuado»?

—En nuestra historia se conocen casos en que nuestro ejército no ha disparado. Y posteriormente han informado los historiadores de que se debió disparar. Pienso, por ejemplo, en Munich.

Tampoco esta respuesta les bastaba.

—Ha dicho usted «por ejemplo», lo que significa que también tiene otros casos en la imaginación; díganos cuáles y si esa frase se refiere también a agosto de 1968.

Repliqué que eso ya lo había explicado en el libro *Zeven dagen in Augustus*, cuya traducción del holandés estaba a disposición de los instructores. (Cuando estuve en libertad, intenté comprarles una copia de esta traducción, cosa que les sentó muy mal).

Todavía hoy me asombra no haber mandado simplemente a todos esos señores a la porra. No quería insultar a nadie y consideraba sus preguntas como una especie de discusión política, pero con posterioridad se puso de manifiesto que el asunto no era para tomarlo a broma, ni muchísimo menos. El período de instrucción se prolongó con el pretexto de que existía la

amenaza de que yo continuase mi actividad punible, puesto que no había modificado mis puntos de vista y me negaba a distanciarme de las tesis expuestas en los «10 Puntos». Se hacía visible la necesidad de distanciarme, porque sólo así me pondrían en libertad, pero yo hacía ver que no comprendía aquella indirecta tan clara.

Los días seguían arrastrándose. No tenía nada que leer. Nos hicimos naipes con papeles corrientes y jugábamos al «mariage» hasta la saciedad. A diferencia de la cárcel común, allí siempre había mucho que comer. Por la ventana tirábamos los restos de comida al parque abandonado. Cuatro faisanes se acostumbraron a aquel pienso y acudían siempre puntualmente a las horas de las comidas. Por lo general, se trataba de macarrones o de pan con mantequilla.

A finales de marzo volvieron a llevarme a Ruzyn. Otra vez una celda diminuta, no mayor de cuatro por dos metros, con un retrete en el rincón. Aquel rincón de las necesidades era lo que más me molestaba. Estaba allí bien a la vista y me resultaba muy desagradable utilizarlo delante de mis compañeros de celda. Además, cuando dormía, mis pies tropezaban siempre con el borde de aquel chisme. Nuestra mesita había que ponerla completamente pegada al retrete, tan sumamente pequeña era la celda.

Mi compañero era un eslovaco, quien, inmediatamente después de saludarnos, me comunicó que mi predecesor en la celda había sido un tal Jirka, curtidor. Había estado allí unas siete semanas. Había sido un tiempo muy divertido, habían cantado juntos y se habían contado muchas historias. El tal Jirka sabía narrar muy bien. Eso era comprensible, porque Jirka había sido antes reportero en la revista *Listy* y luego en el conocido periódico *Reporter*. Así pues, continuando la tradición celular cantábamos y nos contábamos historias, aunque ya en este aspecto me había hecho mucho más prudente. También jugábamos a «¡Hombre, no te enfades!» Al principio ganaba yo siempre, pero luego perdía por falta de atención.

Una vez más estaban acabadas las diligencias previas y conocí el sumario. Todo aquello me parecía superfluo, un «bla, bla» inútil, pero había que tener mucho cuidado porque, además de a los tres que estábamos detenidos, se culpaba a otros cinco que se hallaban en libertad: Vaculik y Havel, los periodistas Hochman y Nepras y el politólogo Lubos Kohout. Según todas las apariencias, se me consideraba el cabecilla del grupo.

Precisamente entonces el caso había recibido la designación «procedimiento judicial Pachman y compañeros».

Formulé protesta contra los métodos desleales empleados en la investigación. Se trataba de pequeñeces que sólo se ponían de manifiesto al estudiar atentamente los autos. A J. Hochman le hacían, por ejemplo, esta pregunta:

—De las declaraciones del acusado Pachman se desprende que usted le proporcionó datos escritos para la elaboración del material de los diez puntos. ¿Qué tiene que decir usted sobre eso?

Naturalmente aquello era una pura invención. De ninguna de mis declaraciones podía deducirse nada semejante.

Hochman replicaba que me había proporcionado algunos datos sobre la situación internacional, pero seguramente en su fuero interno me maldecía por haber declarado semejantes estupideces. Una semana más tarde me preguntaban a mí del mismo modo:

—De las declaraciones del acusado Hochman se deduce que le proporcionó a usted para la elaboración de los diez puntos determinados datos sobre la situación internacional. Díganos de qué modo utilizó esos datos.

No fue pequeño mi asombro. ¿Por qué tenía que decir Hochman tamañas tonterías? Ciertamente que me había proporcionado algún material, pero aquello no tenía nada que ver con los diez puntos. Para no ponerlo en dificultades, salí del paso con unas cuantas frases vagas, diciendo que no me acordaba de lo que me había entregado Jiri, pero afirmando no haber utilizado nada de aquel material.

Las declaraciones de los testigos eran interesantes. Uno de ellos había firmado la petición, pero no llegaron a acusarle, quizá porque se desdijo de todo y cantó literalmente todos los detalles, incluso el hecho de que J. Seifert había firmado el documento. Según los autos, estaba muy arrepentido de su participación, decía que yo lo había inducido y le había solicitado que buscara otros firmantes. Nombró a uno cuyo nombre aparecía por primera vez en los autos sin ninguna necesidad.

Podía acordarme muy bien de aquel muchacho. Un funcionario de la Juventud, un radical, un botafuego al que nada le parecía bastante agresivo. Sus amigos lo llamaban «Che Guevara».

Extraordinariamente honrada me pareció la declaración del funcionario de los estudiantes J. Muller.

—¿Tomó usted parte en las reuniones que se celebraron en la isla de Remos?

—En los últimos tiempos tomé parte en un gran número de reuniones. Ya no sé cuáles fueron con detalle.

Esta respuesta me pareció clásica.

—¿Le llevaba Pachman en su auto a la isla de Remos?

—He ido a menudo con Ludek Pachman en su auto, pero no puedo ya acordarme de todos los sitios a que hemos ido.

Sí, él conocía desde luego los diez puntos, pero ya no podía acordarse de cuándo había visto aquel material. En total, aproximadamente, doce preguntas. No había ni una sola cosa de la que pudiera acordarse. Si todos los testigos hubiesen perdido su memoria de un modo tan asombroso, para Cibulka pronto habría florecido una existencia de jubilado forzoso, pero la mayoría de los testigos no había perdido la memoria, sino todo el valor. Todos se distanciaban, estaban enterados de que... Citaban hechos y nombres cuando tranquilamente habrían podido afirmar no saber nada y no acordarse.

Lo que más me interesaba por aquel tiempo era el final de la investigación. Porque la pena de cárcel es un puro paraíso comparada con la prisión preventiva. Se tiene relativamente mucha libertad de movimientos, se puede trabajar, no hay que estar acurrucado en una pequeña celda mirando fijamente al vacío. Por lo menos así era como me representaba la condena en prisión. Posteriormente me enteré por mis amigos de que el trabajo allí no era ni especialmente entretenido ni especialmente ligero.

El bajo nivel de nuestras instituciones penitenciarias me sorprendía hasta cierto punto. Es verdad que en el extranjero no había estado nunca en la cárcel, pero había leído algunos trabajos sobre las cárceles de otros países. En la mayoría de ellos, cuando no está determinada la culpabilidad del detenido, el régimen penitenciario es mucho más leve para él. Entre nosotros ocurre lo contrario. Durante la prisión preventiva se tienen muy pocos derechos y son mínimas las facilidades que conceden. Están prohibidas la radio y la televisión. Parece que Ángela Davis protestó una vez cuando le quitaron su transistor. Puedo comunicarle que durante el tiempo que estuve detenido no me dejaron escuchar nunca la radio.

La lectura de los libros de la biblioteca de la cárcel era una experiencia descorazonadora. Lo primero que chocaba era la elección de los mismos. Estaba allí, por ejemplo, una obra

de Nikolaieva llamada *Cosecha*. Por lo que puedo recordar, se trataba de un libro laureado con el premio Stalin del año 1951, pero cuya lectura podía poner malo a cualquiera. En todos los libros faltaban las primeras y las últimas páginas, porque los presos necesitaban papel de fumar. A veces nos entreteníamos haciendo adivinanzas sobre quién habría escrito tal o cuál libro.

Sólo tenía una posibilidad de comparación: la del tiempo que estuve detenido en Mlada Boleslav en el año 1940, un recuerdo nada grato. Ciertamente entonces había mucho menos que comer, pero por aquella época tampoco se comía mucho estando en libertad. Sin embargo, mi celda de Mlada Boleslav, comparada con el agujero que ocupaba ahora, era un magnífico palacio, incluso con retrete y agua corriente y una cama normal. En 1940 teníamos todos los días una hora de paseo. En el patio de la cárcel podíamos hablar durante el paseo. Ahora, la llamada «salida» se realizaba a una especie de camarote de cemento al que llamábamos establo. Desde las celdas vecinas, los ocupantes más temperamentales solían tirar piedras, por lo cual había que resguardarse con la velocidad del rayo.

Nada de aquello me importaba demasiado; se podía aguantar. Lo peor era la absoluta inactividad. La prisión preventiva debe durar, según la ley de enjuiciamiento penal, dos meses, tras los cuales sólo puede prolongarse en casos muy justificados. Yo tenía ya a mis espaldas, sin justificación de ninguna clase, el cuádruple de este tiempo y no podía preverse el final de esta situación. A últimos de abril volví a pasar aproximadamente una semana en el hospital y luego me trasladaron a la cárcel de Pankrac. Recibí allí a un compañero de celda muy joven cuya actividad de soplón se le notaba a la legua. Jugaba al ajedrez, por cierto no muy mal; por lo visto lo habían elegido teniendo en cuenta mi ocupación favorita. Le dije desde el principio que había comprendido cuál era su tarea y le propuse el siguiente «convenio»: a falta de mejor ocupación, jugaríamos los dos al ajedrez. Yo hablaría con él principalmente sobre el estado del tiempo y las muchachas, y él se inventaría las noticias que quisiera con objeto de justificar algún tipo de actividad. Ni siquiera protestó y tomó todo de una manera muy deportista. El «procedimiento judicial» a que se veía sometido estaba combinado de una manera totalmente fantástica y al parecer con intervención de la embajada griega.

Mi salud no era muy buena. Por eso el médico me dio per-

miso para quedarme tendido también durante el día en mi camastro, lo que se anunciaba en la puerta de mi celda. También ahora tenía un camastro auténtico y no un saco de paja sobre el desnudo suelo como en Ruzyn.

Todavía cuando estaba en el hospital le había pedido a mi mujer que me enviase una Biblia. Ella consiguió satisfacer mi petición después de muchas idas y venidas, pero el caso es que ahora me era posible estudiar la Biblia. Resultaba una lectura difícil, porque se trataba de la Biblia de Kralic, que no tiene comentarios. Especialmente el Antiguo Testamento me presentaba grandes dificultades. La mayoría de las cosas no las entendía en absoluto o sólo muy poco. Algunos pensamientos despertaban mi interés, otros pasajes me los saltaba. Hice mi propia selección y redacté una lista de preguntas que posteriormente me proponía formular a un sacerdote.

Dos veces recé en mi celda. La primera vez entró un guardián y se rió de mí:

—Vaya, vaya, tiene usted razón; sobre todo hay que salvar el alma.

A la segunda vez se abrió la mirilla y el guardián me preguntó qué estaba haciendo. Le dije que rezaba y que estaba pensando sobre el sentido de la vida; la expresión «meditar» no la había asimilado aún. Con muy buenos modos, me permitió que siguiese.

Luego se me comunicó que podía examinar una vez más los autos, ya que la prisión preventiva se había prolongado y mis objeciones contra eso carecían de utilidad. La justificación de este reexamen era una sugerencia indirecta para que capitulase y me retractase de mis puntos de vista «heréticos». También las instancias del doctor Tesar y del ingeniero Battek habían sido rechazadas.

Nuevamente el estudio de los autos resultó un asunto muy desagradable. Todo era simple palabrería, pero concebí la sospecha de que en los autos se había llevado a cabo cierta manipulación. Este pensamiento se fue haciendo en mí cada vez más fuerte y por eso decidí declararme de nuevo en huelga de hambre. Comuniqué mi decisión conforme a lo ordenado, lo que dio motivo a que empezasen bromas de toda índole. Se me obligaba a recoger la comida, a ponerla sobre la mesa, a entregar mi plato en el turno siguiente y recoger nueva comida.

Mi defensor estuvo hablando conmigo una semana después de haber iniciado la huelga. Afirmaba que pronto se llegaría



a poner en claro la situación y que con mi huelga de hambre no hacía más que alargar inútilmente el encarcelamiento. Calculaba que me impondrían una pena de dos a tres años, pero que, restando el tiempo de prisión preventiva podría solicitar la libertad condicional. Así pues, interrumpí la huelga, pero el arreglo no llegó a producirse.

Un día me llevaron al palacio de justicia situado en el mercado de las frutas. Allí iba a verse el proceso civil por el asunto de Vilem Novy. ¡Casi año y medio después! En la pequeña antesala vi a mi mujer y a una joven de nuestra vecindad. Una vez en la sala, observé que estaban presentes también el doctor Nepras y la esposa de Vaculik. Luego se me acercó Emil Zatopek y me dijo *nazdar* (te saludo) y me dio la mano. Inmediatamente le apartaron los guardianes.

El juicio fue una pura comedia. Vilem Novy no se retractó de sus manifestaciones, sino que dijo que sus cinco antagonistas eran hombres de derecha responsables de todas las discordias y también de la muerte de Palach.

Durante la vista se me preguntó si había incitado a los estudiantes a declararse en huelga. Repliqué que, desde luego, no los había incitado, pero que, una vez que la huelga estuvo declarada, los había animado activamente.

Luego se produjo un hecho sensacional del que informó el *Rude Pravo* al día siguiente en un largo artículo. Emil Zatopek declaró que no había querido acusar a Vilem Novy, pero que sus amigos lo habían persuadido para que lo hiciera. Ahora comprendía que su actitud era contraria al socialismo, pero ya que él no quería estar contra el socialismo, le presentaba sus excusas a Vilem Novy y retiraba su querella. Se dirigió a Vilem Novy, ambos se estrecharon la mano y esperábamos que incluso se abrazaran y quisieran presentar la imagen de un «doble Krushev», pero todo quedó en un apretón de manos.

Pavel Kohout se levantó y pidió que se anotara en los autos que nunca en su vida había hablado con Emil Zatopek y por tanto, no existía la posibilidad de haberlo persuadido de nada. Seguidamente también Holecek pidió que se comprobase lo mismo con los autos. Skutina no estaba presente; se encontraba aún en el hospital. Al poco tiempo volvieron a meterlo en la cárcel. Yo vacilé un poco sobre si debía levantarme y decir cómo había ocurrido realmente la cosa, pero no quería proporcionarme una coartada tan barata y dejé pasar todo aquello.

En realidad, había sucedido de la manera siguiente: en fe-

brero había venido a buscarme un hombre para mí absolutamente desconocido. Se presentó como señor Kanturek, doctor en derecho y buen amigo de Emil Zatopek. Yo sabía que se trataba de un conocido funcionario de la organización de atletismo y árbitro de la tradicional carrera de resistencia Praga-Bechovice. Este doctor Kanturek me dijo que Zatopek y Skutina, que también era conocido suyo, habían decidido demandar a Vilem Novy por las expresiones que profirió en la asamblea de Ceske Lipa. Lo enviaban a preguntarme si quería adherirme a la demanda que ellos iban a presentar. Por si decidía hacerlo, me ofrecía sus servicios. Me mostré de acuerdo. El doctor Kanturek me representó luego tanto en el proceso civil como en mi procedimiento judicial.

El transcurso posterior de la vista dio la impresión de que nosotros, los tres mohicanos, fuésemos los acusados y Vilem Novy desempeñase el papel de un extraordinario abogado. Por otra parte, cosa completamente insólita en un juicio civil, el fiscal estaba en contra de los demandantes. Antes de terminarse la vista, tomó la palabra y presentó una acusación contra nosotros. Se nos acusaba de ser unos auténticos intrigantes que teníamos la culpa de todo. Era asombroso que tuviésemos valor para molestar a la justicia con semejante asunto. La señora juez, una persona de aspecto delicado, pero por lo visto de naturaleza amargada, rechazó nuestra querella y en la sentencia alabó la honradez de Vilem Novy. Por tanto, una mentira comprobada se convertía en prueba de honradez. La señora juez nos llamó «conocidos desviacionistas de derechas» y condenó, lo mismo que había hecho el señor fiscal, el atrevimiento que habíamos mostrado al molestar a la justicia incluso después de haber sido públicamente desenmascarados. Estábamos convencidos de que todo lo que hiciéramos sería inútil.

En lo que se refiere a Emil Zatopek, me enteré más tarde por mi mujer. Después de que hubo terminado su apretón de manos con Vilem Novy, se volvió hacia el público, se sentó junto a mi mujer y quiso entablar conversación con ella. Mi esposa se negó a cambiar con él una sola palabra y, tras haber él insistido, justificó su decisión con unas frases que pueden perdonársele teniendo en cuenta lo excitada que estaba. Dijo que hasta entonces había tenido a Emil sólo por un idiota, pero que ahora veía que era realmente un cerdo. Eso no fue óbice para que él realizase otros intentos. El domingo la llamó por teléfono y le dijo que quería ir a visitarla. Ella le con-

testó que no pensase siquiera en eso. El hecho de si habríamos de volver a hablar con él tendría que decidirlo yo, y eso sólo podría hacerlo cuando me dejasen en libertad. Él respondió que iría, a pesar de todo. Fue, llamó, y nuestra puerta permaneció cerrada.

En la cárcel, yo seguía estando en contacto con mi compañero de celda, el soplón. Evidentemente, él disfrutaba de algunos privilegios; desaparecía de vez en cuando y regresaba de muy buen humor. Una vez incluso trajo una botellita de licor. También durante el paseo nos dejaban ir a los dos solos, naturalmente en compañía del guardián, hasta el jardincillo que había en el patio posterior, donde, excepto nosotros, no se veía alma viviente.

A finales de agosto, mi salud empeoró mucho. La mayor parte del tiempo la pasaba inmóvil tendido en mi camastro. Dejé de jugar al ajedrez, no leía la Biblia, no abría ningún periódico y me limitaba a mirar fijamente el vacío. Entonces inicié mi tercera huelga de hambre, pero esta vez no la di a conocer oficialmente, limitándome sólo a dejar de comer. Volvieron a llevarme al hospital, allí tomé té dos veces y luego también dejé de beber. En dos ocasiones me ataron a la cama. Me pusieron una cánula en la vena del brazo y me alimentaron con una infusión gota a gota. Me arrastraban o me llevaban al consultorio y me exigían que abriera la boca. Me negaba siempre. Entonces me metían en la boca un instrumento de metal y me introducían una sonda en el esófago. Por medio de un tubo de goma, me echaban una gran cantidad de líquido. Trataba de resistirme, pero pronto me di por vencido. No tenía deseos de enfadarme con los médicos. A pesar de eso, mi huelga de hambre continuaba y seguía esforzándome en mantener la boca cerrada, lo que nunca conseguía con aquel tratamiento brutal.

Un día me comunicaron que, como no estaban acostumbrados a tener que dar de comer por la fuerza a los detenidos, me llevarían de nuevo al departamento de pacientes de la clínica psiquiátrica de Bohnice. Esta vez no para estudiar mi estado mental, sino para someterme a una cura. En realidad no se podía hablar de cura alguna ya que no estaba loco. En Bohnice me dejaban sentar en la celda, ya que durante el día no permitían que se estuviese acostado. Esta vez no recibí ni libros ni material para escribir. Sólo me daban un lápiz corriente cuando quería escribir a casa o redactar un documento

oficial. Me explicaron que no podían darme libros porque estaban reorganizando la biblioteca y que no disponían de útiles para escribir. Junto a la mesa había atadas tres sillas y allí nos sentábamos los tres. Mis dos colegas hablaban entre sí, pero yo permanecía mudo casi siempre. A ellos les daban medicinas y les ponían inyecciones, a mí no me daban nada. Varias veces me visitó el director del establecimiento para intentar persuadirme de que interrumpiera de una vez mi persistente huelga de hambre.

También el abogado trató de convencerme de lo mismo, pero a mí se me había metido en la cabeza no dejarme convencer por nadie. Cesé completamente de beber, durante varios días no tomé ni una sola gota de líquido, pero no sentía ni hambre ni sed. A los cinco o seis días después de haber tomado mi último pedazo de pan, empezaron a darme de comer a la fuerza tres veces al día. Para eso, me sacaban de la celda, me sentaban al revés en una silla, el guardián y una enfermera me sujetaban las manos sobre el respaldo. Otra enfermera, y algunas veces una doctora me metían un tubito por la nariz. Yo sentía cómo el tubito iba descendiendo hasta el esófago. Junto a la abertura encendían todas las veces una cerilla, la dejaban arder un rato y empezaban a introducir líquido. Yo sólo percibía si era un líquido frío o caliente, algunas disoluciones eran frías, otras más bien tibias. Lo que no comprendía de aquel procedimiento era aquello de encender la cerilla. Estuve dándole vueltas en la cabeza y llegué finalmente a la única explicación lógica. Comprobaban de aquel modo si la sonda se habría introducido en los pulmones en lugar de en el esófago. En ese caso la cerilla se habría apagado o habría empezado a temblar. Aquel modo de alimentarme era sumamente desagradable. A pesar de eso, no quería ceder. Aproximadamente a finales de septiembre pedí papel y lápiz, quería escribir una instancia. Le escribí al doctor Husak y le comuniqué que todavía no se había celebrado el juicio y que la prisión preventiva resultaba de una duración interminable. Al final de la instancia recuerdo con toda precisión que escribí: «No pido nada para mí, pero ruego que dejen en libertad a los dos que están acusados conmigo. El doctor Tesar tiene tres hijos pequeños, y su mujer no trabaja».

A mediados de octubre se me comunicó que la semana próxima se celebraría el juicio, pero sin asistir yo; comparecería más tarde, cuando estuviese repuesto. Por aquel entonces pe-

saba yo exactamente cincuenta y seis kilos, treinta y dos menos que al comienzo de la «cura de recuperación».

Todos los acusados recibieron invitaciones para el proceso, el doctor Tesar y el ingeniero Battek en la cárcel y los demás en libertad. Citaron por escrito a una serie de testigos, pero durante la tarde y el anochecer que precedieron a la fecha fijada enviaron mensajes a todos los afectados, incluso a los testigos, comunicándoles que el juicio no se celebraría. Poco antes Ludvik Vaculik se había encontrado con la escritora Jindriska Smetanova y le había enseñado la citación.

Poco tiempo después se decía por la radio que en el extranjero circulaban rumores sobre la preparación de un proceso político en Checoslovaquia, pero que se trataba exclusivamente de cuentos de la propaganda burguesa. En vista de ello, Jindriska Smetanova procuró tener una conversación con el redactor de la radio responsable de la noticia. Le dijo que ella había visto con sus propios ojos una citación para aquel proceso. Él le prometió enterarse del asunto y cuando ella acudió a hablarle posteriormente recibió la explicación de que semejante proceso no se celebraría.

En el mismo sentido se expresó también un portavoz del ministerio del exterior en una conferencia de prensa para periodistas extranjeros. Un periodista yugoslavo pidió la palabra y preguntó si era verdad que el 14 de octubre a las ocho de la mañana se celebraría en el edificio del palacio de justicia de Praga un proceso en el que figurarían como acusados el doctor Tesar, el ingeniero Battek, L. Vaculik, L. Kohout, el doctor Nepras, J. Hochman y V. Havel. El portavoz del Ministerio del Exterior contestó categóricamente que por el momento en Checoslovaquia ni se preparaban ni se celebrarían procesos de ninguna clase. Más tarde se le indicó a aquel periodista yugoslavo que debía abandonar Checoslovaquia en el plazo de catorce días.

Respecto a nuestro cacareado proceso hubo interesantes incidentes entre bastidores. Primeramente se llevó a cabo una votación sobre el tema en el presidium del comité central del partido comunista checoslovaco, y el doctor Husak perdió la votación. Él, Svoboda, Colotka y Erban votaron contra semejante proceso, pero en modo alguno porque tuviesen una simpatía especial a los tres que estábamos detenidos, sino porque querían evitar el sensacionalismo en el extranjero. Hubo en cambio siete que votaron a favor del castigo de los «indignos

contrarrevolucionarios». Se fijó la fecha del juicio, pero en el último momento los partidos comunistas occidentales objetaron en Moscú que sus intereses iban a verse gravemente perjudicados por un proceso semejante y por este motivo a última hora, mayoría más, mayoría menos, todo volvió a desinflarse otra vez.

En el Parlamento un grupo de rencorosas luchadoras de vanguardia dirigió una interpelación al Ministerio del Interior preguntando cuándo y cómo serían castigados por fin «aquellos contrarrevolucionarios». Esto indignó de tal modo al doctor Husak, que hizo comparecer en su despacho a la presidenta de la Cámara Popular, Sona Penningerova, y a otra terca señora, creo que fue la Dostalova, y las amonestó.

El ministro del Interior no se dignó contestar aquella pregunta, cosa que nadie le criticó. Sólo en el *Rude Pravo* apareció un editorial firmado por el redactor jefe, secretario del comité central del partido comunista checoslovaco, M. Moc. Ciertamente que en él no se citaba el nombre de nadie, pero estaba muy claro de quiénes se trataba. Por lo visto, un grupo de provocadores había urdido un plan para estorbar los esfuerzos de consolidación del partido y del gobierno: Con sus acciones habían estado provocando tanto tiempo, que se juzgó necesario encarcelarlos. Este grupo había hecho los cálculos para desencadenar con su conducta un movimiento de protesta y hacerse pasar como héroes y ganarse la adhesión de relevantes figuras, desde Sartre hasta Aragón. Esos provocadores eran unos cobardes. Habían dosificado de tal forma sus acciones, que no podía encontrarse para ellos un castigo superior, pero el partido se había percatado del plan y no estaba dispuesto a contribuir al éxito del mismo. Se resolvería la situación con medios políticos.

Aquella era una advertencia clarísima, pero no dirigida contra nosotros, sino contra las izquierdas, incluyendo a los hombres duros del presidium. Con todo, nos resultaba interesante enterarnos de que habíamos realizado nuestras acciones tan refinadamente que no merecíamos un castigo grave. Algo más tarde, M. Moc «corrigió» sus afirmaciones en un discurso por la radio, en el que dijo que nosotros habíamos planeado tan hábilmente nuestra provocación, que no habíamos llegado a contravenir los correspondientes artículos del código. ¡Un descubrimiento notabilísimo! Lo que se le olvidaba explicar al propagandista cortesano de Husak era cómo puede estar una persona

catorce meses en prisión preventiva sin haber infringido ni un sólo artículo del código.

Como es natural, yo no tenía entonces ninguna sospecha de aquellos manejos. En la tarde del 15 de octubre vino a buscarme un hombre, dijo que llegaba del palacio de justicia y me entregó una comunicación. En ella se me informaba de que se me ponía en libertad, ya que con arreglo al artículo 67 del código penal faltaban los fundamentos para continuar mi prisión preventiva. No era de temer que el acusado persistiese en su actividad criminal teniendo en cuenta el grado de consolidación política que se había alcanzado y además por su estado actual de salud, pero el acusado debía continuar en tratamiento en la sección civil de la clínica psiquiátrica de Bohnice. Leí el papelucho y me dio todo igual. Luego alguien me ayudó a vestirme y me sacó fuera. Allí me estaba esperando mi mujer. Como me contó más tarde, hacía ya algunos días que estaba enterada de que me iban a poner en libertad, porque había estado hablando con el doctor Husak. El 18 de octubre la llamaron al palacio de justicia para comunicarle que se había decidido poner fin a mi prisión preventiva. Ella sorprendió a los señores al manifestarles que hacía ya casi una semana que estaba enterada de eso. Afirmaron que era imposible puesto que acababan de tomar la decisión en aquel momento. Mi mujer les dijo que desde el comité central le habían comunicado la decisión aun antes de haberse tomado efectivamente. Les pareció muy desagradable remover aquello porque rápidamente cambiaron de tema.

Mi mujer me metió en el auto, pero no me llevó a casa, sino una manzana más allá, a otro pabellón del hospital. Aguardamos primeramente en la antesala, luego nos pasaron a una habitación espaciosa donde había unos doce enfermos. Allí me acostaron.

Mi apetito seguía siendo miserable; por lo demás, también aquí continuaba en internamiento, no se trataba de una libertad completa. Los médicos de aquella sección de la cárcel continuaban alimentándome con la sonda, pero directamente en la cama y sin emplear la fuerza. Me parecía que lo mejor era no ver el mundo nunca más, no pronunciar una palabra; cerré por tanto los ojos y los mantuve cerrados con una única y pequeñísima excepción hasta que verdaderamente me pusieron en libertad.

Al cabo de unos días, no sé si fueron dos o tres, percibí

cuando me alimentaban un olor espantosamente amargo. Tuve de pronto el presentimiento de que querían envenenarme. Rechacé la sonda y pronuncié sólo dos palabras: «Quiero comer». Esas fueron mis últimas palabras hasta el regreso al hogar.

La noche fue muy opresiva. Tenía el sentimiento de una oscuridad infinitamente negra. Oía un extraño tic-tac según el cual mi respiración se acortaba y se alargaba. En algunos instantes tenía la sensación de que el aliento me salía de abajo arriba y que retrocedía luego. Con todo el cuerpo bañado en sudor, pensé: «De esta no sales»; pero algo replicó en mi interior: «Tienes que salir de ésta, muchacho.» La noche fue infinitamente larga, pareció durar varios días. Quizá fue así en realidad.

Hubo una ocasión en que abrí un momento los ojos: me encontraba en una habitacioncita. Sentadas delante de mí estaban dos enfermeras medio dormidas; no había nadie más, la segunda cama estaba vacía. Recordé que debía mantener los ojos cerrados y no hablar. Rápidamente cerré los ojos.

Alguien me dijo que allí estaba mi comida. Me incorporé un poco en la cama y sentí en la boca el gusto de carne y patatas. Aquello tenía un sabor maravilloso. Cuando la comida se hubo acabado, no me habría importado nada repetir.

Empecé a familiarizarme con las cosas que me rodeaban y a escribir con los ojos cerrados. A veces eso salía mal, dos renglones se agolpaban en el mismo sitio. Posteriormente me acostumbré a escribir con mayúsculas y a separar mucho los renglones, y así las páginas se podían leer bien. Tres veces a la semana me visitaba mi mujer. Me hablaba, yo le contestaba por escrito en cartulinas. Me trajo un transistor, de vez en cuando oía música, mi primera experiencia cultural después de un trimestre y medio. Por la mañana había deliberación sobre lo que iba a comer, podía comer todo lo que me pidiese el estómago.

El 9 de diciembre vino la doctora y me preguntó si después de que me dejaran en libertad querría abrir los ojos y volver a hablar. Escribí en una cartulina: «Naturalmente, cuando esté en casa hablaré y abriré los ojos».

Entonces me sacaron al pasillo, mi mujer me abrazó, abrí los ojos y la vi por primera vez desde aquel día en que me había traído al departamento civil de la clínica psiquiátrica.

Una vez en casa, saludé y abracé a mi suegra, quien me obsequió con una de sus especialidades: un pollito maravillosa-



mente relleno, y me dejé caer cómodamente en mi sillón. Habían transcurrido casi dieciséis meses desde que por última vez me había sentado allí. El ambiente que me rodeaba me parecía irreal. Nuestra sala de estar con sus cuarenta metros cuadrados parecía una sala inmensa, y la iluminación tenía un curioso tono amarillo.

Dormía mal, me despertaba invariablemente a las dos de la madrugada, volvía a dormirme, volvía a despertarme y a las cuatro de la mañana ya no podía resistir más.

Un día después de mi regreso a casa me llamó por teléfono Dick Verkijk desde Amsterdam. Era aquél «espía» al que habían expulsado de Checoslovaquia. Me preguntó si no podría hacerme una pequeña entrevista. Dije que sí, pero no pronunciamos ni una sola palabra sobre política. Di las gracias a mis amigos holandeses por sus manifestaciones de solidaridad. En casa me esperaban centenares de cartas de Holanda. Los niños de dos clases de la escuela Anne-Frank de Utrecht me habían enviado también a la cárcel de Pankrac una colección de dibujos infantiles. Una parte de los mismos me la entregaron inmediatamente, pero la otra parte sólo después de mi puesta en libertad, porque se trataba de dibujos que sólo contenían motivos carcelarios. Al segundo día después de mi regreso, vinieron también los primeros amigos, al principio algo temerosos de estorbar, luego más a menudo y sin disculparse. La vida normal había empezado.

## «¡Siempre has de pertenecer a un partido!»

5

El camino que emprendí a continuación había de llevarme a la parroquia de Smichov. Declaré que en el año 1946 había salido de la Iglesia, pero que ahora quería volver. Tuve que enseñar mi partida de bautismo. Me dijeron que mi caso debía resolverlo el obispo. La salida de la Iglesia estaba penada automáticamente con la excomunión y sólo el obispo podía levantarla. Quedaba el tiempo muy justo hasta Navidad, pero antes de Año Nuevo, en caso de que el obispo diese su aprobación, podría acercarme el sacramento de la penitencia y con ello quedaría todo terminado.

Anteriormente había hablado del asunto con Ludvik Vaculik. Había mostrado comprensión por mis ideas y me dijo que había pensado mucho sobre el problema y estaba a punto de declararse creyente, pero, de un modo muy seco, comentó mi vuelta a la Iglesia con estas palabras:

—¡Siempre has de pertenecer a un partido!

La cuestión de la existencia de Dios ya hacía más de diez años que no me dejaba en paz. De vez en cuando se hundía en el olvido, luego resurgía otra vez. En el año 1946 yo había salido, por así decirlo, casi automáticamente de la Iglesia. Por

aquel entonces estaba muy claro para mí que no había Dios, que la religión era «el opio del pueblo». No cantaba salmos en honor de la Eucaristía, como a menudo habíamos cantado en las procesiones de mayo. Para mí las cosas se ofrecían lógicas y comprensibles. Pensaba que la materia es eterna. Evoluciona, tiene sus propias leyes, de la materia muerta surge, en una etapa superior, la materia viva. El pensamiento es producto de la misma. El todo es infinito en el tiempo y en el espacio. Quien no cree eso y afirma algo distinto es simplemente un reaccionario. Hay que persuadirle, convencerlo de esta verdad que al final triunfará en todo el mundo. Porque esta verdad trae consigo el progreso y la hermandad de todos los hombres, una sociedad sin amos ni esclavos. ¡Proletarios de todos los países, uníos! ¡Fuera todos los tiranos y traidores!

Ya en el año 1947 había dado clases en cursillos del partido organizados en diversos lugares sobre el materialismo dialéctico e histórico. El libro de igual nombre de J. V. Stalin era para mí el compendio de toda la sabiduría. ¡Qué simple y comprensivamente estaba expresado todo en él! Sí, bastaba saber aquello y acaso sólo un poquitín más y se estaba ya equipado para poder contestar todas las preguntas. El tiempo en que finalmente todos los hombres entenderían aquellas cosas tan simples y se pondrían en marcha con nosotros me parecía estar muy de cerca.

Pero con el curso de los años empecé a dudar. Demasiados acontecimientos de mi vida me habían dado motivos para aquellas dudas. No tenía ya el sentimiento de que el materialismo dialéctico constituyese realmente la última sabiduría y la verdad suprema. La energía es al parecer una forma del movimiento de la materia, pero aquello me parecía ahora completamente insensato. ¿Cómo puede la materia transformar su movimiento en la forma primitiva y realizar nuevamente el proceso contrario? ¿Qué ocurre entonces con una explosión de la bomba atómica? ¿Qué hace que una materia sea tal materia si los físicos ni siquiera son capaces de definirla?

Lenin había escrito que la materia es una realidad positiva, independiente de nuestra conciencia. Esa definición nunca pudo explicarme nada, porque literalmente todo cabe dentro de ese concepto. Para un idealista objetivo, también Dios, según esta definición, debía ser materia. ¿Es infinito el todo en el tiempo y en el espacio? ¿Qué pasa entonces con el movimiento comprobado de las galaxias y con su retracción? Se ofrecía la teo-

**ría del átomo primigenio, pero en realidad eso es lo mismo que la creación bíblica. ¿Qué era lo que había hecho estallar el átomo primigenio y hacer que la materia saltase en astillas? Al parecer el todo tiene también pulsaciones, pero, ¿de dónde procede esta energía inimaginable que hace detener las galaxias y lanzarlas de nuevo? ¿Y el problema de la entropía y de la muerte del calor del Todo? ¿Dónde queda entonces su infinitud? Los astrónomos afirman que nuestro sistema solar no perecerá por el enfriamiento, sino por una explosión del Sol que lo incendiará todo. El final del mundo por el fuego ya está predicho, por otra parte, en la Biblia. Al parecer el Todo puede ser infinito en el tiempo, porque en alguna parte de las profundidades del Todo pueden existir también lugares con una entropía negativa. Pero, ¿por qué debemos creer en tales cosas si se nos pide creer solamente en lo que es verosímil?**

**Entonces empezó a interesarme la teoría de la relatividad de Einstein. Por los libros de física me enteré de que un electrón puede estar al mismo tiempo en dos lugares. El principio de la indeterminación y todas las demás cosas por el estilo me abruman. La materia puede constituir el fundamento para todo, pero nadie sabe lo que la materia es propiamente. Si hay algo seguro, es el hecho de que este concepto es sumamente inseguro.**

**En aquel momento empecé a anunciar por todas partes que el materialismo dialéctico es una filosofía superada, que el movimiento comunista puede subsistir también sin esta doctrina. Lo más importante en el marxismo es, desde luego, su parte económica y algunos conocimientos sociológicos. ¿Para qué, pues, el materialismo dialéctico? ¿Es que existe la obligación de llevarlo todo cuidadosamente hasta el final, cerrarlo cuidadosamente y no dejar ninguna pregunta por contestar? ¿Por qué el socialismo como comunidad social justa y funcionando en orden no podría tolerar diversos sistemas filosóficos? Me gustó la tesis de que «poca filosofía puede llevar a los hombres cerca del materialismo y más filosofía cerca del idealismo».**

**Durante una discusión soviética sobre cuestiones de biología, me enfrenté a Lysenko en una reunión del partido. Me parecía demasiado grosero y mezquino que el comité central del partido comunista de la URSS pudiera decidir simplemente que «la tesis del camarada Lysenko debe constituir en el futuro la directriz para el trabajo de los biólogos». Me parecía que los argumentos de los demás eran, por lo menos, tan verdaderos**

como los de él. La condena de los primeros me resultaba escandalosa. Mi hermano me interrumpió y dijo que yo estaba adoptando la pose del defensor de los oprimidos y fracasados. Él por su parte, admiraba a Lysenko. Pero a mí aquello no me explicaba nada. Me habían preocupado los escritos de Carrel, de Ulehla y algunos otros expertos, y, totalmente de improviso, percibí la vida como un asunto intrincadamente complicado. ¿Era posible que los átomos y las moléculas se mezclasen simplemente unos con otros y que, por así decirlo, surgiese la vida de la nada, un fenómeno infinitamente complicado y maravilloso? Afirmar que la vida nace por casualidad, sin un querer consciente, significa creer en un milagro muchísimo mayor del que representa creer en Dios. De ese modo mis discusiones se iban ampliando cada vez más y nadie se molestaba por eso, posiblemente porque al mismo tiempo hablaba contra el «imperialismo». Se toleraban mis «inofensivas chaladuras».

En los años sesenta empecé a interesarme por la parapsicología. Me enteré de que nuestros parapsicólogos son los más marginados de los científicos. No podían comparecer abiertamente ante la opinión pública. Un tal profesor Horvai, que había hecho su carrera en el partido y en la ciencia mediante el «rechazo» de la parapsicología, se había erigido en árbitro reconocido que condenaba aquellas «doctrinas erróneas». Me reuní a menudo con un grupo de parapsicólogos y traté de ayudarlos un poco. Los llevé al comité central del partido comunista checoslovaco (salvo una excepción, todos eran hombres que no pertenecían a ningún partido) y pronuncié algunas palabras a favor de ellos con objeto de proporcionarles algunas posibilidades para la investigación y la enseñanza. Naturalmente mis argumentos quedaban congelados en el organismo que habría debido ocuparse de aquello. Sin embargo, en la URSS la parapsicología no sólo está permitida, sino que recibe apoyo. Sólo entre nosotros se la considera engaño y superstición. Por aquel tiempo yo caminaba cada vez más desde un materialismo estricto a una concepción más idealista. La compenetración entre el movimiento comunista y el materialismo me iba pareciendo cada vez más sospechosa.

Esperaba de todo corazón que los conceptos de movimiento comunista y de materialismo no seguirían siendo idénticos a la larga.

Poco a poco empezaba a creer que realmente debe existir un Dios. Quizá por aquel entonces era más bien algo interme-

dio entre la fe y la incredulidad. Verdaderamente no sé cuándo **recé** por primera vez una oración, es probable que lo hiciera en algún torneo de ajedrez. Quizá me era necesario ganar una partida importante. Varias veces entré también en alguna iglesia, pero no mientras estaban diciendo misa, porque no comprendía la liturgia. Así es que me sentaba en un banco de la iglesia y pensaba, rezaba de vez en cuando un Padrenuestro, ya que no sabía otras oraciones. Había transcurrido mucho tiempo desde mi infancia. De vez en cuando se me ocurría que la fe exige también sacrificios, pero este pensamiento se esfumaba una y otra vez. Quizás era porque pensaba que ya habría tiempo para eso cuando fuese más viejo.

Cuando jugué en el torneo de Atenas, en diciembre de 1968, rezaba ya más a menudo, aunque creo que por aquel entonces no tenía la intención de pedir la victoria en una partida. En aquel tiempo las cuestiones del ajedrez me interesaban muchísimo menos. Precisamente se debió a una pura casualidad el hecho de que empezara a escribir para la revista cristiana *Obroda*, aunque fue una estupidez por mi parte hablar de la muerte de Jan Palach relacionándola con Jesucristo. Eso lo he reconocido ya en la confesión. En el periódico *Christ und Welt* se publicó también mi confesión por casualidad o por un curioso encadenamiento de circunstancias.

Con Eugenie hablé por primera vez sobre cosas de la fe cuando me visitó en julio de 1970 en la cárcel de Pankrac. Al principio quedó sorprendida, pero luego también ella comenzó a pensar en eso. Ya en mis cartas desde la cárcel le mencioné este tema, pero sólo cuando estuve en casa le conté todo, por lo menos aquellas cuestiones sobre las cuales se había hecho claridad en mí.

Lo que yo había sentido y experimentado, tanto en las oscuras noches de Pankrac como en Bohnice, me llevaba a la convicción de que no se trataba propiamente de fe, sino de intelecto. Esto me asusta en cierto modo, porque la fe debe ser desde luego, un mérito. Pero quizá cada uno de los seres humanos recibe alguna vez una oportunidad. Cuando por primera vez mencioné estas ideas delante de Ludvik se puso furioso. Luego empezó a increparme. Si él alguna vez llegaba a tener tales visiones, no creería lo más mínimo en el asunto; Dios no podía obligarle a creer. Desde entonces hemos hablado de esto con mucha frecuencia. Ludvik discute ahora conmigo y formula diversas teorías y definiciones sobre lo que Dios es o puede

ser. Me ha prestado su Teilhard de Chardin y yo a él Lacroix y el Heer con lo que en este terreno hemos iniciado el intercambio de fuentes de estudio.

A partir de la Navidad de 1970 yo iba regularmente a la iglesia. Eugenie me acompañaba. Había decidido dejarse bautizar y acompañarme en este como en todos los demás caminos. El primer medio año que transcurrió hasta su bautismo se negaba a sentarse conmigo en la iglesia en los bancos delanteros. Se quedaba siempre completamente escondida en la parte posterior. Más tarde me dijo alguien que ella una vez había llorado cuando me acerqué a comulgar.

Madla Vaculikova, una mujer creyente y siempre convencida, me llevó a un sacerdote y confesor conocido suyo. La conversación con él me impresionó muy fuertemente. Le rogué que preparase a Eugenie para el bautismo, pero ya que lo iban a trasladar de Praga, fui a verlo en la iglesia Thein y concertamos un encuentro. Hablamos entonces de muchas cosas. Le dije que estábamos casados desde 1946 y que en agosto queríamos celebrar nuestras bodas de plata. Me explicó que debíamos casarnos canónicamente, pues de otro modo no teníamos derecho a recibir las bendiciones de la Iglesia. Le prometí que así lo haríamos y nos pusimos de acuerdo en celebrar el matrimonio canónico en la iglesia de Thein el 6 de septiembre, el día de nuestras bodas de plata. Entretanto Eugenie se familiarizó con el catecismo y fue bautizada. Cuando me dirigía a la iglesia de Thein, caía un temporal de nieve tan espantoso que sólo a duras penas pude abrimme camino hasta la puerta de la iglesia. El viento me tiraba literalmente al suelo. Cuando abandoné la iglesia la tempestad se había aplacado. Eso me pareció verdaderamente simbólico.

# 21

## No escribas para las «Flores» rojas

Cuando aún estaba en Ruzyn y Bohnice, soñaba con poder volver a jugar una buena partida de ajedrez, intervenir en un torneo, entusiasmarme en un duelo con Fischer, quebrarme la cabeza sobre qué jugada debía hacerse después de: 1. P4R. Ahora decidí llevar a la práctica este plan. Al fin y al cabo, había conseguido algo en el deporte del ajedrez y aún tenía cierta significación en este terreno. Quizá las piezas volverían a obedecerme. Seguramente nuestros mandamases se alegrarían de que quisiera dedicarme al ajedrez y no a la política. Después de todo, los funcionarios de nuestra Federación de Ajedrez eran amigos míos desde hacía muchos años. Con anterioridad yo había hecho algunas cosas, a favor de algunos. Al secretario general de la Federación, ingeniero Sajtar, le había ayudado en sus funciones internacionales, al presidente del consejo de entrenadores, F. Blatny, en muchos viajes al extranjero. Si bien en ajedrez él no tenía ninguna suerte, lo llevábamos con nosotros como entrenador o segundo. Era un muchacho divertido. A una de sus más frecuentes expresiones correspondía la frase: «Eso es como una cervecita...»

El 28 de diciembre escribí a la Federación de Ajedrez y les



rogué que me comunicasen cómo debía seguir mi actividad en el juego. Estaba dispuesto a ofrecer garantías de que no mezclaría mi actividad ajedrecística con la política y que mientras estuviese jugando me abstendría de intervenir en cualquier acto político.

La respuesta llegó muy rápidamente, el 14 de enero, y era muy concisa:

**Apreciado compañero:**

Acusamos recibo de su escrito de 28.12. del que ha tratado la junta directiva de la Federación Checoslovaca de Ajedrez en su sesión del 8.1.1971. Solicitado el parecer del Consejo de Entrenadores, con el que se identifica esta Junta, se llega a la conclusión de que Vd., con su actitud y sus declaraciones en los años 1968 y 1969, se ha excluido de las filas de la representación estatal de nuestro organismo socialista de Educación Física. Esta situación continúa.

Con saludos,

**BOZETECH VRANEK,**  
presidente en funciones de la Federación Checoslovaca de Ajedrez,  
**ingeniero JAROSLAV SAJTAR,**  
secretario general de la Federación Checoslovaca de Ajedrez.

Por tanto, un nuevo presidente. Cuando me llevaron a Ruzyn lo seguía siendo el general Macek que el 21 de agosto, con uniforme de general, aunque retirado, se había puesto al frente de la manifestación en la plaza de San Wenceslao. Vranek era también un viejo conocido mío, pero antes de su jubilación había trabajado en el ministerio del Interior y por tanto era ahora, desde luego, hombre más digno de confianza de las autoridades.

Elevé mi protesta a la Asociación Checoslovaca de Educación Física. En mi correspondiente escrito manifesté que no era yo quien me había excluido y que el estatuto disciplinario de la Asociación Checoslovaca de Educación Física sólo puede sancionar conductas que no tengan una antigüedad mayor de seis meses. ¿Por qué no se me habían pedido responsabilidades antes por mi actitud y mis declaraciones?

Ludvik se excitó espantosamente al leer el comunicado. Quiso escribir también él. Se pasó toda la tarde sentado ante la

maquina de escribir. Por cinco veces arrojó el escrito al cesto de los papeles (es en lo que se diferencia de mí: yo escribo directamente en limpio, y al cesto de los papeles sólo arrojo los demás intentos), hasta que a eso de las tres de la madrugada nació la siguiente carta:

A los señores B. Vranek y J. Sajtar:

Muy señores míos:

Mi amigo Ludek Pachman me ha dado a leer su carta en la que le comunican que ha sido excluido de la representación estatal en el deporte del ajedrez. Dicen ustedes naturalmente, que él mismo se excluyó por sus puntos de vista y su actitud en los años 1968 y 1969. Les escribo porque su carta afecta también a mi persona, yo también juego al ajedrez, mal, pero a gusto. El ajedrez, señores míos, es la disciplina regia, ¿no les parece?

Su escrito, por el contrario, está concebido en un tono grosero y arrogante y se basa en una ideología simplificadora. Como si lo hubiese escrito alguien que en los momentos libres de la intimidad, en el redil familiar, no pudiese pensar sobre el mundo y la vida de otra manera que la de un funcionario subalterno con temor por la pérdida del pan cotidiano. Pero se pueden establecer diferencias. La lucha política, que puede llevar al hecho de que el partido triunfador despoje de sus funciones políticas a todos los que eran sus adversarios en un tiempo, es una cosa. Esa es la moral de la política y de la fuerza. Pero algo completamente distinto es la decencia humana, el sentimiento cultural y el espíritu deportivo. Esos valores no deberían ser suprimidos. Permítannos decir, por tanto, que la absoluta mayoría de nuestra población condena definitivamente hoy a los hombres que explotan oportunistamente la situación y que, bajo la máscara de la progresiva lucha política, en lo esencial sólo llevan a cabo una sucia campaña arribista contra hombres de otras convicciones utilizando su esfera de influencia para perseguirlos en sus puestos de trabajo y en sus esferas privadas. Para sus campañas abusan del apoyo de sus valedores que los tienen a su disposición en la calidad que les corresponde. Pero, ¿por qué la Federación de Ajedrez ha de adherirse a esta tendencia?

Manifiestan ustedes su repulsa contra la actitud y las opiniones de Pachman únicamente porque así fue como se manifestaron señores más altos que también podrían expulsarlos a ustedes en un santiamén. Por eso sospecho que su escrito es muestra de cobardía. Dejen que sus hijos mayores les confirmen en casa que el hombre tiene derecho a permanecer fiel a sus puntos de vista cuando con ello no va en contra de la legislación ni de su conciencia. Si a alguien no se le permite actuar conforme a sus puntos de vista, no se le permite tampoco vivir humanamente. ¿Por qué se estancan ustedes en esa evolución?

Su manera de obrar va en contra de la misión y del encargo que tienen encomendados. Deciden de un plumazo si Pachman puede jugar o no al ajedrez internacional, a pesar de que según las leyes de la sana razón humana sólo es él quien debe ventilar eso en el juego contra sus demás adversarios honorables. Eso también deberían verlo con claridad ustedes en sus momentos de iluminación. ¿Acaso la persona a la que han pedido ustedes consejo domina el juego del ajedrez? ¿Les han preguntado ustedes a los jugadores de ajedrez de su asociación qué opinan sobre el tema? ¿O consideran que Pachman es algo así como su propiedad? Entonces, deberían cuidarse de la evolución que él pueda tener. Después de su carta debo esperar que comiencen ahora a poner en claro qué combinación de jugadas es aceptable sobre el tablero político para que «todo el pueblo pueda comprenderlo». Así como la reducción del arte a reglas tales que pueda comprenderlas cualquiera, representa siempre la liquidación del arte en sí, la política ajedrecista llevada a la práctica por ustedes significa la liquidación del deporte del ajedrez. Por eso no me asombraría que los jugadores checoslovacos no quieran sentarse ante el tablero y que sus colegas extranjeros tengan que expresar su desprecio ante semejante política. Es cierto que el tablero de ajedrez está dominado por el principio monárquico y está organizado de un modo militarista, pero que el que se sienta ante el tablero debe respetar ese principio y esa organización es algo infinitamente democrático por encima de cualesquiera que sean nuestras condiciones. Una vez presencié en una aldea cómo un camorrista bastante bebido se acercaba a dos jugadores de ajedrez que estaban en un rincón de una taberna.

Estuvo un rato tambaleándose amenazadoramente alrededor del tablero, y luego, con un murmullo estúpido, le quitó a cada jugador una pieza del tablero y desapareció.

Cuando leí su carta, señores jugadores centrales, no tuve más remedio que acordarme de este incidente.

LUDVIK VACULIK  
*Praga 7, Veletrzní 21*

Para conocimiento: Ludek Pachman.

Representante del Ministerio Público —indicios del delito de opresión (artículo 237 del Código Penal).

Consejo Nacional Checo (daños a los intereses estatales en el extranjero).

Ministerio de Cultura (proceder anticultural).

Al cabo de cierto tiempo Ludvik recibió noticias de la representación del ministerio público. Ningún motivo para proceder judicialmente.

A finales de febrero fui citado por la comisión profesional de la Asociación Checoslovaca de Educación Física, que era la que en definitiva debía decidir sobre mi actividad ajedrecista. El presidente de nuestra sección de ajedrez me acompañó a la reunión, pero no lo dejaron pasar. Me vi sentado yo solo a un lado de la habitación y, en semicírculo alrededor de mí, unos diez hombres, de los cuales únicamente me era conocido el secretario de la comisión. Un señor de cabellos blancos, de hablar muy preciso y de expresión inquisitiva condujo el juicio:

—Al referirse usted en los años 1968-1969 a agosto de 1968 empleó varias veces el término de ocupación. ¿Por qué hizo eso? ¿Seguiría empleando hoy ese término?

Al principio no salía de mi asombro; en lugar de asistir a un debate sobre mi actividad ajedrecista, se me quería someter de pronto a un examen de Historia o de Derecho Político. Si querían ponerme a prueba, tendría que contestar que también hoy seguiría utilizando la misma expresión. Según el diccionario publicado por nuestra Academia de las Ciencias en el año 1966, ocupación significa posesionarse de un territorio extranjero. Si aquellos señores no estaban de acuerdo con ese término, tendría que rogarles que me dijese si es que no habíamos sido ocupados o si para la Unión Soviética no éramos territorio extranjero.

El señor de cabellos blancos me dijo con voz visiblemente

alterada que era mi obligación comprender las diferencias de clases.

—Los términos de expresión no se pueden concebir en el sentido de diferencias de clases, eso ya lo ha demostrado Josef Visarionovich Stalin.

Esta respuesta acabó de malhumorarlo.

—¿Y se asombra usted de que hayan venido a nuestro país donde desde medio año antes se le estaba ofendiendo groseramente?

—Lo que me asombra es que no hayan venido antes los alemanes del oeste. A esos hace ya más de veinte años que los estamos ofendiendo groseramente.

Se originó una pequeña confusión y me hicieron preguntas extraordinariamente curiosas que el de los cabellos blancos sacaba al parecer de un cartapacio colocado delante de él.

—En enero de 1969 alabó usted en la revista literaria *Literarni noviny* el libro de Mucha: *Sol frío*. ¿Por qué?

Contesté con la contrapregunta de si él había leído el libro. No, no lo había leído. Se trataba de la persona del autor. Por tanto le pregunté si conocía de cerca a Jiri Mucha. No, él no lo conocía, por tanto juzgué inútil seguir contestando. *Sol Frío* es el título de un libro en el que Jiri Mucha describe sus experiencias en la cárcel. Durante mucho tiempo yo no había sabido que él estuvo en la cárcel. En una ocasión publiqué sobre él un articulito totalmente estúpido en *Rude Pravo* por una noticia aparecida sobre él en la revista literaria. En el otoño de 1968, me disculpé ante él públicamente a causa de ese artículo, y escribí que su novela era muy reveladora. Nunca se podía saber si tendría que hacer uso de sus experiencias alguna que otra vez.

Ya duraba el debate tres horas largas cuando aquel señor de los cabellos blancos disparó su andanada:

—Hace más de año y medio no condenó usted ni una sola vez la agresión israelita contra los estados árabes.

Había esperado aquella objeción, aunque hecha en forma más inteligente. Repliqué que no había podido condenarla sin entrar en conflicto con la definición propuesta por la URSS en las Naciones Unidas sobre el concepto de agresión. Eran los árabes con arreglo a dicha definición, los únicos que se habían hecho claramente culpables de agresión en el año 1967. Quise aclarar eso con más detalles, pero me interrumpió el chirriante presidente:

—¡Basta por ahora! Ya nos hemos hecho una idea clara de usted.

Poco después recibí la comunicación por escrito de que el acuerdo de la Federación de Ajedrez quedaba confirmada. Me sorprendió un poco aquella estúpida parodia de juicio, pero se me dijo que entonces era lo usual. Yo no constituía ninguna excepción. En las llamadas «depuraciones», por lo general, el fundamento del examen lo constituía la pregunta sobre el juicio de los acontecimientos de agosto. Era la que decidía principalmente el destino de los examinados. Del modo como se respondiese esta pregunta dependía que uno perdiese su empleo o no. Por Praga circulaba el siguiente chiste:

—¿Considera usted que lo ocurrido en agosto de 1968 fue una ocupación, o una ayuda fraternal?

—Naturalmente, una ayuda fraternal.

—¿Cuándo llegó usted a adquirir ese punto de vista?

—El primer día de la ocupación.

La gente contestaba de distinta forma, según su temperamento y sus inclinaciones, esa pregunta crucial. Algunos consideraban que su aceptación de la ayuda fraternal era un trámite sin importancia al que había que someterse. Otros se resistían. Su suerte quedaba entonces en el aire y dependía de una serie de factores. Unos terceros volvían a decir lo que pensaban y se quedaban sin colocación.

La respuesta de un conocido mío no es ningún chiste:

—Mi punto de vista sobre lo ocurrido en agosto de 1968 coincide con los puntos de vista de la mayoría del movimiento comunista internacional.

Contra eso no hubo objeciones ni más preguntas. Sin dificultades quedó confirmado en su puesto.

Muchos millares de personas debieron cambiar de profesión. Periodistas, ante todo, pero también una serie de científicos muy cualificados y muchos políticos. A. Dubcek trabajaba en la explotación forestal de Bratislava, C. Cisar en el organismo de la conservación de los monumentos nacionales. Pero esos dos han sido, con todo, los que han salido mejor librados. El secretario del comité central del partido comunista checoslovaco de «aquel tiempo de las deformaciones de 1968-1969», V. Slavik, es hoy ayudante de maquinista de draga, varios políticos han pasado a ser simplemente cesantes. El doctor en medicina F. Kriegl no pudo visitarme como médico corriente, a pesar de que no teníamos en modo alguno sobra de médicos.

A F. Vodslon le fue arrebatada la dirección del organismo que presidía, y se le ofreció, a cambio, la plaza de portero. Hoy también está en situación de jubilado forzoso. Vaculik se puso a buscar trabajo. Le ofrecieron el puesto de ayudante de fogonero. El escritor Klimentev trabaja de portero de noche en un pequeño hotel. El periodista doctor Nepras se ha hecho conserje, el político L. Kohout trabaja como ayudante de impresor exclusivamente en el turno de noche.

Mi mujer tuvo que abandonar su puesto en el organismo de la Educación Física el 1 de octubre de 1970. Antes de que la despidieran, la excluyeron del partido comunista checoslovaco en una tumultuosa sesión convocada con tal objeto. En esa sesión ella habló abiertamente y sin temor. Los primeros en atacarla fueron algunos conocidos nuestros de la sección de ajedrez. Eugenie había trabajado como secretaria general de las secciones de patinaje artístico sobre hielo y de remo. Frecuentemente la habían alabado en grado sumo por su espléndida eficacia, incluso en las calificaciones finales. En tres largos párrafos de aquel informe se realizaban su capacidad de trabajo, su espíritu de sacrificio y su iniciativa, pero en el último párrafo se decía lacónica y tajantemente que había defendido opiniones oportunistas de derechas y que no se mostraba propensa a cambiarlas. Por eso era necesario excluirla del trabajo.

Con este fallo laboral estuvo unos dos meses recorriendo todas las fábricas imaginables. En dos empresas le dijeron que al mes siguiente podría empezar a trabajar, pero, llegada la fecha, se disculpaban amablemente por no poderla admitir. En la primera empresa le afirmaron que le habían prometido trabajo erróneamente, ya que el puesto estaba en realidad ocupado. En la segunda empresa se mostraron más francos y le dijeron sin rodeos que con aquel apellido no podía trabajar allí. Casi por milagro encontró trabajo en una cooperativa, pero con un sueldo mensual inferior en quinientas coronas al que tenía antes.

No llevaba mucho tiempo trabajando y ya todos, los jefes y la organización del partido, la trataban muy decentemente.

En una empresa de Praga se desarrolló una divertida historia que casi parece un chiste. En el guardarropa de los trabajadores se podían leer en dos armaritos los siguientes letreros: «Profesor, doctor en Ciencias, fogonero».

En el armario de al lado: «Profesor, graduado en Ciencias,

ayudante de fogonero.» Por tanto, la cualificación no se había olvidado por completo.

Equipado con estos conocimientos, intenté, a pesar de todo, volver a mis trabajos, naturalmente sin una autocritica pública. Muy pronto tuve que comprobar exactamente lo que significaba el concepto «exclusión de la representación estatal». Se puso en claro para mí que no podía jugar ni en el equipo nacional ni en las competiciones oficiales, pero, ¿se referiría también esa prohibición a torneos a los que yo quisiera comparecer únicamente en nombre propio? Recibí, una detrás de otra, tres invitaciones para asistir a diversos torneos: en Sarajevo, en la Natanya israelita y en Puerto Rico. Me presenté a la Asociación Checa de Educación Física para solicitar que se me autorizase el viaje. Mi solicitud fue rechazada con el estereotipado pretexto de que esos torneos no figuraban en nuestro plan internacional, pero pude descubrir que nuestra Federación, a pesar de esgrimir ese pretexto, había ofrecido a los yugoslavos la participación «de cualquier otro jugador checoslovaco de ajedrez».

Así pues, por lo que se refería a competiciones internacionales, no había nada que hacer, pero en las competiciones nacionales la cosa debía de ser distinta. La ordenación disciplinaria de la Federación establece diferencias muy expresas entre una «prohibición de la representación estatal» y una «prohibición de intervenir en encuentros internacionales de clubs». Por tanto, probablemente podría figurar en nuestro club contra un club extranjero. El asunto no parecía presentarse sin esperanzas.

Así pues, jugué en el primer tablero de mi club, Slavoj Prag Vysehrad, en las competiciones estatales por equipos. Me fue muy bien y tuve la impresión de que en el espacio de pocos meses volvería a estar en forma. Ante algunos espectadores interesados hice tablas con Hort. En un encuentro en Brunn me buscó Franta Blatny y quiso hablar conmigo. Le pregunté cómo había votado en mi caso. Contestó: «Naturalmente, como los demás»; tras lo cual me negué a seguir ocupándome de él. Su destino tampoco había dejado de ser interesante. En el año 1968 había pronunciado en algunos lugares ciertos discursos. Por ese motivo fue expulsado de las filas de los miembros del partido. Eso quiso borrarlo con redoblado celo, para lo cual hizo méritos... principalmente en lo que a mí se refería. Su propuesta de resolución fue mucho más dura que la pre-



sentada por la presidencia. Escribió además, algunos artículos sobre el trabajo político-educativo; pero cuando más tarde el nuevo presidente Himl asumió el mando de la Asociación Checoslovaca de Educación Física, se enteró (eso ocurrió, naturalmente, después de mi encuentro con Franta en Brunn) de que en la junta directiva de las secciones de ajedrez y de tenis de mesa seguía trabajando un miembro expulsado del partido. A partir de entonces Franta tuvo que ir con mucho cuidado.

A finales de mayo tuve un encuentro igualmente notable. Me trasladé con Vaculik a Luhacovice. Se celebraba allí un torneo internacional de ajedrez. Quise asistir para saludar a mis viejos amigos de diversos países. Llegamos a mediodía y fuimos al restaurante. El camarero nos mostró una sala reservada donde estaban almorzando todos los jugadores. Inmediatamente después de nuestra entrada se levantó el gran maestro soviético Antoschin y salió corriendo a toda prisa. El segundo representante soviético, Liberson, se puso en pie tranquilamente, me alargó la mano y contestó a mis preguntas sobre la salud de su hermano, con quien todavía en el verano de 1968 yo había intercambiado discos. Posteriormente el mismo Liberson cruzó conmigo algunas palabras también en la sala del torneo ante el público allí congregado. Los demás participantes, un húngaro, un búlgaro e incluso el maestro de la República Democrática Alemana, hablaron conmigo sin ningún embarazo, como con un viejo conocido y no como un presidiario.

Con mi viejo amigo Laci Szabo hablé después del final de su partida. A propósito de eso me gustaría contar otro encuentro que tuve con Szabo. Fue en Moscú a mediados de octubre del año 1956 en un torneo memorial de A. Alekhine. Discutía con frecuencia con Szabo sobre los acontecimientos húngaros. Le mostraba periódicos soviéticos en los que podía leerse que en las calles de Budapest se fusilaba y se ahorcaba a honrados comunistas. Él no podía comprenderlo, pues Imre Nagy era también comunista. En una recepción celebrada el 3 de noviembre nos despedimos uno de otro. En aquella ocasión tuvimos un cambio algo duro de palabras. Dije que la situación en Hungría sólo podría salvarse aún mediante la intervención de divisiones soviéticas. Él afirmaba por su parte que yo simplificaba la situación. De ese modo era seguro que no se resolvería nada. Para resolverlo... A la mañana siguiente, inmediatamente después de mi llegada a Praga, me enteré de que al

pueblo húngaro se le había prestado «ayuda militar contra las furias de la contrarrevolución». Ya no puedo acordarme de si también entonces se dijo lo de «fraternal». En cualquier caso, hablé en una asamblea sobre las enseñanzas que se desprendían de los acontecimientos húngaros y no dejé de jactarme de mi clarividencia.

En octubre de 1968 ya había tropezado por propia experiencia con la contrarrevolución y con la ayuda fraternal, por lo que, en una emisión por la «Deutsche Welle», presenté mis disculpas a Szabo, refiriéndome a Hungría. No temía que con eso le pusiese en dificultades, ya que él no había hablado mucho entonces en Moscú, y por otra parte Janos Kadar tiene cierta debilidad por los jugadores de ajedrez. Ahora volvía a encontrarme con Szabo después de mucho tiempo. Le presenté a Ludvik Vaculik. Szabo se echó a reír y dijo que se había reunido toda la contrarrevolución checa. También nosotros nos echamos a reír y volvimos a la sala del torneo. Por allí estaba dando vueltas Bozotech Vranek. Después de una larga vacilación se acercó a nosotros y, con amplio ademán, me ofreció la mano:

—¡Te saludo! —dijo, resplandeciendo muy orondo y visiblemente convencido de haber tenido un gesto lleno de abnegación.

Miré por encima, como si él fuese transparente, en dirección al tablero de pared. Su mano descendió lentamente.

—¿Es que ya no me conoces, Ludek?

—Creo que ya no nos conocemos.

Por aquel entonces yo era aún muy duro; los ideales cristianos tardan mucho en irse imponiendo.

Unas diez personas observaron la escena. Madla Vaculikova estaba fuera de sí, empezó literalmente a temblar. Me dijo que había sido algo totalmente espantoso, aterradoramente violento y desagradable, pero al mismo tiempo satisfactorio. Porque votar contra alguien, ponerle de patitas en la calle y luego ofrecerle la mano delante de todo el mundo es un cinismo demasiado fuerte.

En aquella ocasión aún concertamos con los Vaculik la reserva de habitaciones en el hotel para pasar las vacaciones del verano.

Mi última partida la jugué en circunstancias muy interesantes. Era el 10 de junio. El presidente de nuestro club me pidió que fuera a verlo y me comunicó un tanto indeciso lo siguiente: un equipo de la universidad moscovita de Lomonosov había

llegado a Praga. Tenía que jugar contra los universitarios de Praga y al mismo tiempo deseaba jugar un match amistoso con algún club. Los moscovitas habían elegido para eso a nuestro club y ahora me rogaba el presidente que jugase por mi club, porque primeramente el equipo estaba debilitado por mi ausencia (los estudiantes moscovitas eran muy fuertes) y en segundo lugar mi participación se vería como un gesto de buena voluntad en pro de la normalización de las relaciones con los jugadores soviéticos de ajedrez. Además, eso podría servir para promocionar mi actividad ajedrecística.

Rechacé el ligero temor de que pudiera considerarse eso como una normalización muy progresista, lo que dio pie para que el periódico del partido, *Rude Pravo*, pudiera afirmar, días más tarde, que un círculo cada vez más amplio de personas apoyaba la política del partido y del gobierno y la colaboración con la URSS. Medité una vez más la propuesta y sólo desde aquel punto de vista me decidí a intervenir. Pensé que quien me conozca no supondrá que yo quiera pasar por el aro y, por otra parte, prácticamente nunca he interrumpido mis relaciones amistosas con los jugadores soviéticos de ajedrez.

Dos horas más tarde llamé por teléfono al presidente de nuestro club y le dije que quería jugar. Ayudé además a mi club cediéndole un regalo para los huéspedes. En casa tenía una fotografía, sin valor en aquel tiempo, en un bonito marco: Lenin jugando al ajedrez con Gorki. Al anochecer se jugó en una atmósfera muy amistosa. Mi adversario era el joven maestro moscovita Dubinsky. Empecé atacando, sacrifiqué la calidad y rechacé unas posibles tablas, pero de pronto Dubinsky encontró excelentes contrajugadas, me apretó de modo muy desagradable y me vi con apuros de tiempo, pero la rutina sigue siendo la rutina. Finalmente conseguí el empate a pesar de todo. Encargué al jefe del equipo soviético que saludase a mis viejos colegas Mijail Moiseivich Botvinnik y Salo Salomovich Flohr.

Tres días más tarde nuestro presidente, con voz temblorosa, me pidió que fuera a verlo. Había ocurrido algo horroroso. En la junta directiva de la Federación de Ajedrez se habían enterado de una cosa terrible. Un día después de los juegos, el embajador soviético en Praga, S. V. Tschervonjenko, había llamado por teléfono al secretario del comité central del partido comunista checoslovaco, Kempny, y le había comunicado que mi intervención en la lucha contra los jugadores soviéticos de aje-

dreza había sido una provocación y que había que extraer las consecuencias correspondientes. Kempny llamó inmediatamente al presidente de la Asociación Checa de Educación Física, mi jefe de otros tiempos, Nejezchleb, y le dijo que mi participación en la lucha había sido una provocación de la que había que extraer las consecuencias correspondientes.

Al cabo de cuatro días, la junta directiva del comité central de la Asociación Checoslovaca de Educación Física extrajo las consecuencias. Los dos funcionarios que habían organizado el match (uno era el presidente de nuestro club) fueron relevados de sus funciones en la Federación de Ajedrez. A mí me desposeyeron *ipso facto* del título de «maestro benemérito del deporte» y «toda mi actividad en el ajedrez quedaría suspendida hasta el examen definitivo de todo el caso». Se indicaba como justificación, que yo había violado «la prohibición de la representación internacional». Inmediatamente presenté escrito de protesta e indiqué que, como no existía «prohibición alguna de la representación internacional», mal podía hablarse de aquello. El conjunto era una pura estupidez. Saqué a relucir también otros argumentos, entre ellos el hecho de que solamente a instancias de los funcionarios responsables del ajedrez que habían visto en eso la expresión de mi buena voluntad, había tomado parte en el match.

El 3 de junio la junta directiva de la Organización de Educación Física tomó dos decisiones. En la primera rechazaba mi petición como totalmente desprovista de fundamento, en la segunda me expulsaban de las filas de los miembros de la Asociación Checoslovaca de Educación Física. Esto significaba que desde aquel momento ya ni siquiera podría jugar al ajedrez en el club. Mi carrera ajedrecística de treinta años había terminado para siempre. Me vino entonces al pensamiento una experiencia algo cómica: Años antes había escrito yo para la revista *Kvety-kvety*, en castellano «Flores», un reportaje sobre el ajedrez soviético. Como eco de este reportaje recibí una carta anónima de contenido verdaderamente lapidario: «Jugador de ajedrez, no escribas para las *Flores* rojas, porque cuando la cosa estalle, no jugarás al ajedrez nunca más».

Seguí escribiendo para las *Flores* rojas, la cosa no estalló y yo no podría jugar nunca más. Ser expulsado de este modo de la Educación Física que yo había representado durante más de un cuarto de siglo, no siempre sin algunos que otros éxitos, ¿no era demasiado? Recordé luego y pensé que no, que no era

demasiado. A otras personas les había ocurrido algo mucho peor. Ese era, por ejemplo, el caso de Vera Odlozilova-Caslavska. Yo conocía todos los detalles. Los Odlozils son amigos nuestros. Vera estuvo en contacto con mi mujer durante años en un trabajo común para la Educación Física. La Caslavska es la más triunfal deportista de nuestro país y por cierto de todas las épocas. Renuncio a enumerar de memoria cuantas medallas de oro olímpicas y otras medallas olímpicas ha alcanzado, cuantas veces fue campeona del mundo y de Europa, porque el número es enorme. En los juegos olímpicos de Tokio se escribió que la Caslavska le había prestado a su país mayores servicios que una docena de diplomáticos. También su última actuación en los juegos olímpicos de Méjico en el otoño de 1968 encontró el mismo aplauso unánime.

Se debería suponer que todos los países del mundo, por muy degenerado que pueda estar el régimen, sabrían honrar a una persona así. Pero Vera, en junio de 1968, había firmado las fatídicas «2.000 Palabras». Desde otoño de 1969 la llamaron a incontables conversaciones, le pidieron que se arrepintiera de lo que había hecho y que se retractase de su firma. Como no se arrepentía de nada, no podía tampoco retirar su firma. Seguidamente se lo prohibieron todo. Nuestra mejor gimnasta no podía entrenar a ningún equipo, tenía que rechazar todas las invitaciones del extranjero. Los americanos quisieron rodar una película con ella, eso habría representado un montón de dólares para la república: no pudo aceptar. Tenía un contrato para escribir un libro. Lo escribió pero no pudo publicarlo. Su marido fue expulsado del ejército. Una y otra vez la invitaban a aquellos «cambios de impresiones». En una de esas últimas conversaciones le pidió el presidente de la Asociación Checoslovaca de Educación Física que rompiese sus relaciones con «amigos inadecuados» y citó por sus nombres a los Pachman y a los Hanzelka. Vera replicó que apreciaba a esos amigos y por tanto no podía cortar las relaciones con ellos.

Finalmente expulsaron a Vera también de su club: Estrella Roja de Praga. Quisieron hablar con ella respecto a su actividad como entrenadora. Ella se había ofrecido para entrenar por lo menos a los niños si se le prohibía entrenar a las representantes mayores.

Nos describió luego el transcurso de aquella reunión. Fue un asunto verdaderamente absurdo.

De los treinta hombres aproximadamente que estaban sen-

tados alrededor de la mesa, ella sólo conocía a uno. Por lo visto, toda la junta directiva había sido cambiada. A pesar de que Vera se encontraba a la puerta, en pie, siguieron hablando tranquilamente como si ella no estuviese allí. Así pues, permanecía en la puerta y miraba a su alrededor. Por fin alguien la «notó». Empujó con el pie una silla en dirección a ella. Naturalmente, a continuación la exigencia de que tomara asiento. Se sentó... y ellos siguieron conversando entre sí como si tal cosa.

Finalmente, ella pidió la palabra. Dijo que, aunque era cierto que la habían invitado a aquella sesión, por lo visto llegaba muy inoportunamente. Comprendía que tendrían dificultades por su calidad de miembro de su club y quería facilitarles la situación retirándose del mismo. Al oír esto, el presidente se puso en pie de un salto y barboteó, lleno de indignación:

—¿Habéis oído eso, compañeros? Ella quiere marcharse. Es increíble. Todavía quiere seguir siendo ella la que decida si permanece o no en nuestra sección. ¡Pero no será así, compañera! ¡De ningún modo! Seremos nosotros los que decidamos. Y yo propongo expulsar a la compañera Caslavskaja, no que ella se vaya simplemente. ¿Quién está a favor de mi propuesta?

Todos estaban a favor, excepto aquel único miembro de la antigua junta al que Vera conocía bastante de tiempos anteriores. Este se abstuvo de votar. Nadie presentó ninguna objeción y naturalmente tampoco nadie votó en contra. De este modo la que había sido varias veces vencedora olímpica y campeona del mundo y de Europa, Vera Caslavskaja, fue excluida de nuestra Educación Física: bastaron pocos minutos. Vera no presentó ninguna reclamación y nadie se mostró dispuesto a que se modificase aquella decisión de la junta. Cuando a una deportista de fama mundial se la trata simplemente de «ella», cuando tan vergonzosamente se la puede hacer saltar, ¿cómo iba a quejarme yo de mi suerte? Ciertamente que tampoco se mostraron muy afables conmigo, pero por lo menos les causé algunas molestias en el trabajo administrativo.

A pesar de todo, quise arriesgarme a un último intento desesperado. Porque el hombre no puede desprenderse tan fácilmente de lo que ha sido la obra de toda su vida cuando se encuentra en una edad apta para seguir desarrollando su actividad. Así pues, escribí tres cartas seguidas al presidente de la Federación Internacional de Ajedrez, profesor doctor Euwe, en Amsterdam. Le pedía a esa organización que interviniera en mi

caso, ya que la conducta seguida contra mí violaba, a mi juicio, los estatutos de la FIDE, que prohíben cualquier discriminación racial, religiosa o política. Por otra parte, este era también el primer caso de exclusión de un jugador de ajedrez por motivos políticos. ¿Emprendería algo la FIDE? Durante años yo había estado trabajando activamente para la FIDE. Aunque sólo fuese por ese motivo, la organización debía emprender algo.

El doctor Euwe no contestó a ninguna de mis cartas. Se limitó a decirme por conducto de Lubos Kavalek, que quería venir a Praga para hablar del asunto con nuestra Federación de Ajedrez y conmigo personalmente. Ni vino ni volvió a dar noticias suyas. Sin embargo, por aquel mismo tiempo estuvo dos veces en Moscú, lo que desde luego era prudente por su parte. Se sabe que los jugadores soviéticos de ajedrez son muy fuertes y que hasta la victoria de Fischer retuvieron todos los títulos de campeón mundial. Al doctor Euwe le interesaba más estar en buenas relaciones con ellos que con cualquier otro gran maestro. Cuando en el año 1970, en el congreso de la FIDE, no salió elegido ningún representante soviético para el Buró de la FIDE, el doctor Euwe hizo varias gestiones hasta que consiguió que los representantes soviéticos figurasen en el Buró. No puedo tomárselo a mal ni a él ni a la FIDE, ¿por qué habrían de indisponerse con la organización de ajedrez más fuerte del mundo?

Presenté una última solicitud a la jurisdicción máxima, la junta directiva del comité central de la Asociación de Educación Física Checoslovaca, lo que quiere decir al órgano federal. Objetivamente y sin emociones, describí mi caso en el periódico *Schach-Echo*. Mi artículo terminaba con el siguiente párrafo:

«A principios de este año fui castigado, entre otras cosas, porque en agosto de 1968 me había negado a jugar contra los jugadores soviéticos de ajedrez. Ahora se me castiga porque he jugado contra los jugadores soviéticos de ajedrez. Por eso se plantea para mí la duda verdaderamente hamletiana: *To play or not to play, that is the question!* (Jugar o no jugar, este es el dilema).»

Mi conclusión era desde luego inexacta. La pregunta no se había planteado, sino que estaba ya resuelta de antemano: *Not to play at all and for ever!* (¡No jugar jamás!).

Tenía aún la esperanza de poder jugar, al menos, por correspondencia. Al organizador de una de aquellas competiciones le envié mi solicitud a Eslovaquia y pagué inmediatamente el dinero de la inscripción. El dinero me fue devuelto junto con la frase lapidaria: «Desgraciadamente imposible.» Por casualidad me enteré de que la «Liga de amigos alemanes de ajedrez por correspondencia», con sede en Hamburgo, admite también miembros extranjeros. En el ajedrez por correspondencia da completamente igual donde se viva, lo realmente importante es que no sea demasiado lejos de una oficina de correos.

Lleno de esperanza, le envié mi solicitud de inscripción a Herr von Masow, presidente de dicha Liga. Al cabo de mucho tiempo, recibí la respuesta: no podía ser admitido como miembro y él me rogaba que comprendiese los motivos. Mejor habría sido que aquellos señores me hubiesen comunicado sus motivos y así por lo menos habría podido discutir con ellos un poco. Bueno, ¿qué se podía hacer contra eso? Empecé a jugar dos partidas por correspondencia contra el señor Mattheussen de la ciudad belga de Kapellan. Me escribió que ya era bastante anciano, que había jugado contra Lasker y Koltanowski. Sin embargo por fin encontraba a alguien con quien jugar, quizás así nos alegraríamos los dos reciprocamente...

En el verano estuvimos con los Vaculik en Luhacovice. Fue maravilloso. En la playa discutíamos con Ludvik, como en los viejos tiempos sobre todo lo divino y lo humano, pero en general él se había hecho más tranquilo, sólo en los últimos tiempos estaba verdaderamente nervioso. Durante aquellas vacaciones vio la luz del mundo una frase que después se ha hecho un proverbio: «Eso es Selucky.» La cosa surgió así: Una vez íbamos en el coche por la comarca, y la señora Madla empezó a contar que Selucky había escrito un interesante estudio sobre aquello, que... Al oír ese nombre, Ludvik la interrumpió con la exclamación:

—¡Esto ya no hay quien lo aguante! Otra vez el tal Selucky, por décima vez lo mismo. ¡No, es realmente imposible!

La señora Madla se calló, ofendida, y transcurrió un gran rato antes de que consiguiéramos reconciliar al matrimonio. De aquel incidente se derivó nuestra costumbre; cuando alguien cuenta demasiado a menudo la misma cosa, gritan los demás: «Eso es Selucky». Al principio lo gritábamos ya a la segunda vez, posteriormente nos pusimos de acuerdo en adoptar una



conducta más tolerante y sólo a la tercera o cuarta vez prurupíamos en nuestra frase de Selucky.

Dos veces a la semana íbamos, casi siempre los cuatro, a la iglesuca de la aldea vecina. Había allí un sacerdote joven que a simple vista se notaba que era muy solícito. Se alegró al ver nuevos rostros en su iglesia. Cuando por primera vez asistimos allí a misa, en el momento marcado en el ritual nos exhortó con la fórmula «Daos fraternalmente la paz». Yo estaba sentado junto a Ludvik en uno de los bancos de la iglesia, le alargué la mano y le dije:

—La paz sea contigo.

En lugar de contestar con la fórmula prescrita en la liturgia «y contigo», respondió, desconcertado: *Cest praci*. Este es el saludo comunista checo y significa, traducido literalmente, «honor del trabajo». Me quedé sin habla. Después de la misa, me explicó su reacción:

—Mira, es que estamos todo el día juntos, charlamos de todo lo divino y lo humano y de improviso me espetas eso de «la paz sea contigo». ¿Qué otra cosa podía yo decir?

(En mayo de 1972 volvió a sacar a colación aquel incidente y dijo con tono de culpabilidad: —Fue realmente una estupidez mía, ¿verdad?).

El tema de la homilía fue la conocida parábola de los trabajadores en la viña del Señor. El que sólo había trabajado una hora en todo el día recibía al anochecer su salario completo. Discutimos acerca de si el principio de la misericordia debe estar siempre sobre el principio de la justicia y nos preguntamos cuánto tiempo podría durar una hora así de la vida. Ludvik reaccionó con un chiste: A un notorio bandido lo visita en la cárcel el sacerdote:

—Haz penitencia, hijo mío.

—Demasiado tarde, padre. He cumplido ya cincuenta años y he estado pecando durante toda mi vida.

—Nunca es demasiado tarde, hijo mío, la misericordia de Dios es infinita.

—¿De verdad nunca es demasiado tarde?

—Nunca, puedes estar seguro, hijo mío.

—¡Oh, es maravilloso, padre! Puesto que hay bastante tiempo, déjeme pecar unos cuantos años más. Luego me corregiré.

## Se desata el octavo poder

Después de mi regreso a casa dispuse de dos meses de descanso a mis anchas. Escribí mi libro de ajedrez «Partidas decisivas» y me curé de las consecuencias de la estancia en la cárcel. A finales de febrero me atreví a entrar por primera vez en la sauna de la isla de Sofía y fui saludado muy cordialmente por el coro de desnudos. Entre ellos estaba también Gustav Vlk, el actual redactor jefe de la revista *Deporte Checoslovaco*. Había sido viejo amigo mío y compañero de negocios en notables transacciones comerciales. En todos los primeros de mes, el conocido «día del sobre», me devolvía las cien coronas que me debía y sazónaba aquel acto solemne con dos o tres chistes. Exactamente dos días más tarde tenía que volverme a pedir prestadas las cien coronas, acto no menos solemne que solía volver a sazonar con dos o tres chistes. Cuando una vez le propuse que se quedase simplemente con las cien coronas y se las prestase él a sí mismo, se mostró terriblemente ofendido. Las deudas había que pagarlas. Encontré por último una solución para simplificar la transacción, consistía en dejar las cien coronas permanentemente en el cajón de la mesa de mi secretaria. De esta forma él podía sacar el dinero sin dificultades aun cuando no estuviese yo en la redacción.

Cuando en abril de 1970 me dieron a leer mis autos, quedé

muy sorprendido por un juicio que él había firmado sobre mi persona. No me dejaba ni un hueso sano. Por eso me comporté ahora con mucha reserva con él, lo que tuvo como consecuencia que no llegué a enterarme de que en mi antiguo periódico estaba ya preparado un escrito polémico contra mí, cuyo autor era ni más ni menos que el redactor jefe en persona. El artículo apareció como editorial el 26 de febrero. En él se afirmaba que me había quitado «la capa de rebelde y liberador» y me dedicaba a esperar al cartero. Éste me traía donativos del extranjero. Por eso se me podía comparar con las sobradamente conocidas «muchachas de Tuzex» (tienda en Praga en la que se paga con divisas), lo que lisa y llanamente significa «prostitutas».

Exigí la publicación de una rectificación de prensa y en ella dejé sentado lo siguiente: Era cierto que la revista *Schach-Echo* había publicado una noticia sobre mi puesta en libertad y había pedido a sus lectores que me enviaran donativos, pero yo protesté inmediatamente contra eso. El *Schach-Echo* había publicado mi toma de posición en su número de febrero, recalcando que yo devolvería todos los donativos a los remitentes. El 30 de enero di instrucciones al banco Zivno para que devolviese todos los donativos y aceptase sólo aquellas cantidades procedentes del extranjero que, conforme a mis órdenes, fueran reconocidas como honorarios por mis artículos o publicaciones sobre ajedrez.

No he recibido nunca una respuesta de mi colega de profesión de otros tiempos, ni presenté tampoco querrela contra él porque me resultaba penoso llevarlo ante los tribunales. Poco después repitió también el mismo ataque la radio, en un escrito debido a la pluma de Bohous Rohacek. A éste lo conocía yo desde el año 1948 aproximadamente, cuando trabajábamos en una sección de los sindicatos. Por aquel entonces Bohous estaba considerado un botafuego y corrían rumores de que era trotskista. En los últimos años de la era Novotny había vivido haciendo equilibrios políticos. Los conocidos me contaron que había estado dos años sin trabajo. Durante aquel tiempo estuvo comiendo en el club de periodistas y se hacía invitar a salchichas y cerveza, por un capricho de la casualidad, siempre por los futuros «oportunistas de derechas» a los que ahora insultaba en la radio con extremada dureza y sin el menor sentido de las realidades. En la radio se le encomendaba el trabajo de lo que llamábamos de un «negociado de insultos».

En marzo apareció en *Rude Pravo* un artículo muy curioso. Un ataque contra mí a causa de una conversación absolutamente inofensiva que, dos años antes, se había publicado en el *Deporte Checoslovaco*. En aquella conversación había apoyado el programa del ministerio de la Juventud y el Deporte. Ahora se me reprochaba que entonces yo había alabado a nuestra generación joven y había escrito que ésta no carecía de ideales, como se acostumbraba a decir. Había dicho que debíamos esforzarnos en comprender mejor a nuestra juventud y en querer enseñarle menos. En eso no podía encontrar ya nada indignante. Todo lo contrario. Casi coincidía con la «línea de la consolidación». Sin embargo, *Rude Pravo* me señalaba con el índice levantado mencionando la clase de elementos que habían educado a nuestra juventud. ¡A qué tipos de ideales la conjuraban!

El artículo aparecía firmado por el redactor de la sección deportiva, Svadlena. Sí, y eso era precisamente lo picante del asunto.

Porque a ese Svadlena se le había prohibido hacía varios años, por sentencia judicial, trabajar con los jóvenes. El señor redactor entrenaba entonces a un grupo de boxeadores jóvenes y daba palizas tan implacables a los muchachos que había llegado a producir algunas lesiones graves. Ahora arremetía contra mí y, en el último párrafo de su artículo, atacaba también al redactor del periódico deportivo, el antiguo representante del tenis de mesa, excampeón del mundo y de Europa, Iván Andreadis.

Pero lo más divertido del asunto es que Andreadis no había llegado a sostener esa conversación conmigo. En una reunión de redactores había mencionado que pensaba celebrar una conversación con Pachman, pero después, por la razón que fuera, se había olvidado de aquello. La conversación la sostuvo mi amigo de muchos años, el redactor y pintor Ota Masek y su contenido correspondía totalmente al temperamento tranquilo de Masek. Andreadis se enteró de la conversación cuando ya estaba impresa y se enfadó diciendo que Ota había querido arrebatarle su premio de laboriosidad. Con su bonachonería característica, Ota Masek lo citó posteriormente como coautor del artículo y compartió el premio con él.

Esperaba, por tanto, que Iván escribiese una rectificación aclarando que no era él quien había realizado aquella conversación. Rectificó, pero de un modo completamente distinto. Se lamentaba de sus errores. Decía que todo el año 1968 había

vivido bajo mi influencia y que posteriormente se había dado cuenta de que mis opiniones eran erróneas. Ahora él apoyaba con todo entusiasmo los esfuerzos de consolidación de la nueva dirección del partido. Debo decir que aquello me pareció ya el colmo. ¿Qué era lo que él había vivido bajo mi influencia? La última visita que me hizo fue cuando yo estaba aún en la redacción como jefe suyo. Y sólo por este motivo hablaba él entonces tan calurosamente de sus relaciones amistosas conmigo. En el año 1968, yo no había hablado nunca con él. Cierto que seguía viéndolo en alguna que otra visita ocasional a la redacción, pero siempre en compañía de otros.

Primeramente quise escribirle a Iván, pero luego llamé a mi ex secretaria Blanka y le rogué que le comunicase que, en mi opinión, él pertenecía a una especie muy específica de ungulados. Ella le transmitió eso fiel y valientemente y me dijo después que Iván no podía comprender que yo no le comprendiese. Al mismo tiempo me enteré del verdadero trasfondo del asunto. Iván se sentía amenazado en su función de entrenador de nuestros representantes del tenis de mesa por otro ex representante llamado Stanek. Stanek es ahora redactor del periódico del partido *Rude Pravo*. ¡Bonitos motivos tienen estos periodistas!

Durante algún tiempo permanecí callado sobre esta y otras cosas, pero luego hubo los dos procesos contra Vladimir Skutina. Yo le conocía sólo muy superficialmente desde el año 1969. En aquel entonces nos habíamos encontrado en dos o tres mítines. En otoño del mismo año estuvimos los dos presos en la cárcel de Pankrac, él un piso encima de mí. Me hizo saber que una vez me había visto en el paseo por el patio. Ahora lo condenaban a la pena, increíblemente dura, de cincuenta meses. En aquel tiempo difícil nos reuníamos regularmente con su mujer y su hijita, Lucinka. Era una niña encantadora. Siempre hacía el ofrecimiento a los invitados con la alegre pregunta «¿Quiere usted café, o té?», sonreía y ella misma iba sirviendo lo que deseaba cada uno.

A principios de julio apareció en nuestra casa mi amigo Honza Vlk. Acababa de terminar sus estudios de filosofía y trabajaba como camarero en una fonda. Nos dijo que había un holandés en Praga que deseaba hablar con él, conmigo y con Honza Sling sobre el caso Skutina. Estaba muy preocupado y pensaba que no debería fastidiarme con aquel asunto, puesto que ya yo por mi parte estaba bastante en peligro. Contesté que

quería queuviésemos la conversación si con aquello se podía ayudar a Skutina. Quizás inconscientemente me dolía también el hecho de que hubiera pasado tanto tiempo sin que yo hubiera hablado en absoluto con nadie del asunto.

Al día siguiente nos encontramos los tres en la plaza Dejvicer. El holandés, que por su aspecto más bien parecía un estudiante que un redactor, llevaba en su cartera un magnetófono. Nos dirigimos al bosque de las afueras y allí pudimos sostener la conversación sin que nadie nos molestara. Yo hablaba en alemán, Sling en inglés (afirmaba que no conocía ni una palabra de alemán) y Vlk en checo, porque no habla ni alemán ni inglés. Este detalle tendrá su importancia más adelante. Sling traducía las palabras de Vlk al inglés.

Ambos jóvenes proceden de familias que en los años cincuenta habían sufrido duras persecuciones. Sling es hijo del primer detenido del llamado grupo Slansky. Su padre fue ejecutado como miembro del Centro de conspiración contra el Estado. Al padre de Vlk lo acusaron de ser jefe del «gran consejo trotskista» y lo condenaron a quince años de prisión. Murió poco después de ser puesto en libertad. Sus dos hijos dirigen ahora, a intervalos regulares, escritos de protesta a Husak, y algunas de sus conversaciones se publicaron también en periódicos extranjeros.

Hablé con mucha moderación. Mis únicas expresiones críticas fueron:

—Encuentro que la sentencia contra Skutina ha sido dura e injusta y soy de opinión de que no se debe callar sobre esto.

Y en segundo lugar:

—Fui muchos años un comunista convencido y activo. Hoy todavía siento cierto complejo de culpabilidad cuando veo que el movimiento comunista en todos los países en los que no está en el poder se presenta con consignas sobre derechos civiles tales como libertad de prensa, libertad de reunión, etcétera, y cómo tales derechos son suprimidos cuando los partidos comunistas están en el poder.

A la pregunta sobre mi actividad ajedrecística respondí comentando la historia de mi exclusión de la Federación de Ajedrez y la completé con un dato del que sólo había podido enterarme después de mi expulsión. El ya mencionado presidente de cabellos blancos de la comisión investigadora de la Asociación Checoslovaca de Educación Física se llamaba doctor Jiri Kepoak, y en el año 1950 había sido uno de los magistrados en

el vergonzoso proceso a resultas del cual una mujer, la doctora Milada Horakova, había sido condenada a muerte y ejecutada, siendo inocente. De todos los procesos habidos en la Europa oriental, aquél había sido el único asesinato judicial de una mujer. Y eso fue todo lo que yo dije en aquella conversación. Sling soltó su lengua mucho más extensamente, Vlk se mostró en conjunto también muy moderado.

La conversación fue difundida el 2 de agosto por la emisora Hilversum II y poco después se creó un problema extraordinario. Nuestra emisora volvió a emprenderla duramente contra mí. El primer ataque lo encabezó el conocido Bohous en forma de una descripción muy dramática:

«Hubo en tiempos un esbelto joven lleno de nobles ideales. Iba de fábrica en fábrica y fundaba en ellas círculos de ajedrez. Posteriormente llegó a ser gran maestro de ajedrez... bueno, sí, ya ustedes saben que se trata de Ludek Pachman».

Y así siguió contando muy animadamente que, puesto que con mi habilidad ajedrecística no prosperaba mucho, había decidido probar fortuna en otro terreno. El miembro del comité central Frantisek Vodslon había sido víctima mía; yo le había preparado sus discursos y de ese modo había aprovechado la oportunidad para extender mis opiniones incluso en el supremo órgano político. Pero había terminado jugando mal y ahora sólo sabía escupir veneno y hiel, insultar al partido y a todo el movimiento comunista, como lo demuestra lo siguiente, etcétera...

Siguieron otras emisiones en las que repetidas veces se hizo la afirmación de que yo era un «renegado» que, con ayuda de los medios occidentales de comunicación de masas, mendigaba limosnas en el extranjero.

«No se trata de cantidades insignificantes en modo alguno —añadía Bohous, dando libre suelta a su exuberante fantasía—. Los donativos realizados por cuenta de algunos prominentes de la misma calaña representan en un solo año la suma de once millones de dólares».

Cuando alguien me contó aquello, pensé al principio que se habría equivocado. Once mil ya habría sido una propina muy buena. Pero no se había equivocado. Más tarde leí aquella monstruosa afirmación reproducida en blanco y negro en el guión de emisiones de la radio holandesa.

# 23

## Una amistad de veinte años

A mediados de junio, el periódico *Rude Pravo* pasaba literalmente de mano en mano. Las gentes sacudían las cabezas en silencio. Aquella sensación la producía una gran entrevista con Emil Zatopek. Emil reconocía sus «faltas y errores». Afirmaba no saber nada de lo que quería y seguían queriendo en la actualidad sus amigos de otros tiempos L. Pachman y P. Kohout. Con estilo análogo me apostrofaba una vez más en aquella entrevista. Declaraba que era cierto que había firmado el manifiesto de las 2.000 palabras, pero después de haber expresado inmediatamente sus reservas. Al parecer le había dicho entonces a Ludvik Vaculik:

—Ludvik, ¿no es esto un ataque contra el papel dirigente del partido?

Ludvik le había replicado:

—¡Claro que lo es, so loco!

En seguida llamé a Ludvik para ver qué decía sobre eso. ¿Sobre qué? Él no leía *Rude Pravo* en absoluto, contestó, pero iba a ir inmediatamente a comprarlo a un quiosco y luego me llamaría. La respuesta: Aquella conversación entre Emil y él nunca se había celebrado. Hasta finales de 1968 no se había en-



contrado con él ni una sola vez. Le pregunté qué pensaba hacer.

—Absolutamente nada. Realmente Emil tiene toda la razón. Si me hubiese hecho entonces una pregunta tan estúpida le habría contestado desde luego, de esa manera.

Me extrañaba que Dana Zatopek llevase tanto tiempo sin venir por nuestra casa. Por eso le escribí una carta y al día siguiente recibí la respuesta... de Emil. Poco después me hallaba en su domicilio. En medio de nuestra conversación llegó Dana, muy excitada. Había temido que nos estuviésemos aporreando y por ello se había apresurado a regresar del trabajo. No nos estábamos aporreando, sino bebiendo ron cubano y discutiendo. Fue una charla reveladora. Emil afirmaba prolijamente que nuestro régimen era el más humano de todos los regímenes que habíamos tenido, pero en la misma frase me aconsejaba apartarme de «aquellas cosas», porque de lo contrario pronto me vería cogido en las tenazas...

—Pero, Emil, te estás contradiciendo a ti mismo. ¿Un régimen humano y pone a alguien en las tenazas?

Bueno, era verdaderamente muy humano, pero sólo con aquellos que lo apoyan, aunque la evolución tiende también a la mejora general.

—Mira —comentó—, en la Edad Media se quemaba a la gente en la hoguera. Hoy ya no existe una cosa así entre nosotros. He decidido estar con aquellos que tengan el poder. La vida es tan corta, que hay que vivir tal como se presentan las cosas.

A la pregunta de qué pensaba hacer si dentro de un año o dos eran otros los que se alzaban con el poder, la despachó de un simple manotazo.

—Eso no tiene importancia. Entonces me retractaría nuevamente de esto que te estoy diciendo ahora y me pondría a favor del nuevo régimen. ¿Por qué no? Es lo que pasa siempre que se habla de humanitarismo y estupideces semejantes. Las relaciones entre los hombres son primordialmente de naturaleza animal. Si uno quiere vivir tranquilo, tiene que comportarse como un animal domesticado y no como una bestia salvaje.

Me acordaba de aquel día de agosto de 1968 en que cruzamos el puente donde estaba el control ruso al que insultó Emil y me acordaba de otros días de aquel corto otoño y de la primavera siguiente. En Navidad yo le había hecho entonces un regalo: una cinta magnetofónica de nuestra común intervención en el mitin de la isla de Sofía. Con la dedicatoria «A Emil en recuerdo de los tiempos en que todavía luchábamos unidos

junto al Piave». También me acordaba de una expresión del doctor Husak de los días de septiembre de 1968: «Antes apreciaba a Emil Zatopek como relevante deportista. Hoy aprecio también su carácter humano.» No le envidiaba a Emil ese reconocimiento de un político dirigente. Ahora bien, quizás hoy prefiere también desempeñar el papel de un animal domesticado.

Si he de ser sincero confesaré que no podía estar enfadado con Emil. Suele ser en los tiempos difíciles, desde luego, cuando amistades que han durado veinte años y más se derrumban de pronto. Ya los antiguos romanos tenían sobre esto un prudente adagio: *Donec eris felix, multos numerabis amicos. Tempora si fuerint nubila, solus eris.* (Mientras eres feliz, tienes muchos amigos. Si los tiempos son adversos, estarás solo).

En el fondo puedo considerarme feliz por el hecho de haber perdido, además de a Emil, sólo a otro viejo amigo. Un actor de teatro y cine que en otros tiempos, frecuentaba nuestra casa y con quien habíamos compartido alegrías y penas. Todavía a comienzos de 1970 me mandaba cartas a la cárcel y me aseguraba su amistad. Pero posteriormente también a él le apretaron las tuercas, empleando como presión el problema de subsistir. En el verano de 1971 mi amigo fue a colaborar en una nueva película en la URSS. Después de su regreso a la patria no volví ya a tener noticias de él, pero uno de mis amigos que estuvo sentado a su lado en un partido de fútbol le preguntó si se había encontrado conmigo. Saltó como si le hubiese picado una tarántula y dijo con voz lo bastante alta para que pudiese oírlo la gente de las inmediaciones:

—No he hablado con él ni una palabra. No tengo ningún trato con él. ¡No me permitiría a mí mismo una cosa así!

## ¡Al fin unidos!

Eugenie estudiaba el catecismo y venía conmigo a la iglesia. Después de tantas excitaciones, el estudio no le resultaba fácil. Se había concertado que la bautizarían el 5 de septiembre. Un día más tarde, a las quince horas, se celebraría nuestra boda canónica en la iglesia de San Gallus, coincidiendo con la fecha de nuestras bodas de plata.

Yo quería que la ceremonia se realizase con la mayor sencillez, pero el sacerdote me dijo que, con arreglo al ritual, la ceremonia en cuestión tenía que estar acompañada de la santa misa. Ésta podía decirse sin dificultad a las tres de la tarde. Luego se celebraría la boda canónica. Hice imprimir cincuenta invitaciones y se las envié a mis amigos. A los ateos declarados los excluí o los invité solamente a la cena que daríamos en nuestra casa para festejar las bodas de plata. La fiesta empezaría a las siete de la tarde. En las tarjetas de invitación había impreso un gran 25 y encima podía leerse: Divisa para los años venideros: «Bienaventurados los que perseveraron» (Santiago 5-11). En relación con el número 25, aquello quería significar que también debíamos perseverar en los años venideros. Eso podía interpretarse, naturalmente, de otra manera y, si he

de ser fiel a la verdad, confesaré que en la petición de los «10 Puntos» también habíamos hablado de eso, de que había que perseverar.

El viernes 3 de septiembre, por la tarde, fui a la iglesia para confesarme. Allí recibí la noticia nefasta: algún dignatario estatal, creo que el propio ministro de Cultura, le había comunicado al obispo que si se celebraba realmente aquella ceremonia oficial, se consideraría como un acto hostil de la Iglesia frente al Estado. El sacerdote me informó, al mismo tiempo, de que yo tenía derecho a la ceremonia de la boda y que eso no me lo podía discutir nadie, pero que si no quería insistir en dicha ceremonia, el obispo podría declarar retrospectivamente válido, conforme a la Iglesia, mi enlace matrimonial del año 1946. Acepté esa propuesta inmediatamente, pero ya que sentía una rabia tremenda contra los funcionarios estatales, aplacé mi confesión hasta que la furia se me aplacase.

Sin embargo, ahora teníamos el problema de qué haríamos con los invitados. A algunos no se les podía ya localizar en tan corto plazo. O no tenían teléfono o había otras dificultades. Mi testigo iba a ser el señor Simsa, un pastor evangélico de las Alturas de Bohemia-Moravia, hijo de un conocido colaborador de la YMCA que había perecido en un campo de concentración. El señor Simsa era amigo nuestro desde 1969, pero ahora precisamente estaba en algún sitio de la Bohemia occidental, en un congreso de los clérigos evangélicos. Había quedado en venir directamente a la iglesia. A algunos amigos sólo se les podía localizar telefónicamente en la oficina, pero, siendo una tarde de viernes las oficinas estaban cerradas. Si la iglesia permanecía cerrada el lunes, sin que nosotros nos disculpáramos, podrían creer que les habíamos gastado una broma pesada y con cosas así no se debe jugar. El sacerdote me aconsejó que no apareciera en la iglesia, en lo cual se mostró muy clarividente, como se demostró más tarde. Convinimos en que mi mujer iría a la iglesia a eso de las quince horas para disculparse ante los asistentes y traerlos a casa.

Una vez de regreso en casa comprobé que nuestro teléfono no funcionaba. Llamé a la sección de averías. Al cabo de cierto tiempo me comunicaron que nuestro aparato no tenía ninguna avería. El teléfono había sido desconectado por orden de la administración municipal en vista de que no habíamos pagado el recibo del mes. Naturalmente, sí lo habíamos pagado. Una reclamación al director de la central telefónica resultó inútil.

Tendríamos que esperar hasta el lunes. Dije que presentaría una reclamación, contestó que podía reclamar lo que quisiera; no me serviría de nada.

El lunes me comunicaron de parte de la administración municipal, que nos habíamos equivocado totalmente, que nuestro teléfono no estaba desconectado en absoluto, que sólo teníamos una avería normal. No pude menos que expresar mi asombro por el hecho de que no supieran eso en la sección de averías. Sobre este tema se limitaron a guardar silencio y prometieron que el aparato estaría arreglado en el espacio de tres días.

El domingo por la tarde fue bautizada Eugenie. Un bautizo íntimo en la sacristía. Sólo estaban presentes su madre y la madrina del bautizo, una joven amiga suya que había trabajado en un teatro de aficionados, como Eugenie, haciendo de ingenua, en tanto que mi mujer se encargaba de los papeles de enamorada. Como segundo nombre, Eugenie debía llamarse, por su madrina, Jarmila, pero el sacerdote confundió un poco las cosas. Antes del bautizo estuvo hablándonos de un gracioso incidente que se había producido en el bautizo de una tal Alena y, cuando llegó el momento, bautizó a Eugenie con las palabras: «Te bautizo, Eugenie, Alena», lo que repitió dos o tres veces. No tuvimos corazón para interrumpirlo. Todo fue muy bien. Después del bautizo fuimos a misa a San Wenceslao. Eugenie recibió por primera vez la sagrada comunión. Para variar, esta vez fue a mí a quien se le saltaron las lágrimas. Por mi parte, no fui a comulgar por puro desconocimiento del catecismo: una semana después de la confesión anterior, no podía acordarme de haber cometido ni un solo pecado mortal, aunque veniales los tenía a montones.

En la mañana del lunes nos visitaron dos mujeres de nuestra parentela con una tarta gigantesca. Habían recibido nuestro telegrama anunciando la suspensión de la ceremonia de boda, pero ya estaban a punto de subir al autobús y les dio pena dejar que la hermosa tarta se desperdiciase. Después de mediodía apareció también en nuestra casa el señor Simsa, cogiéndonos completamente por sorpresa. No habíamos cocinado nada, porque Eugenie tenía primero que cumplir su misión delante de la iglesia de San Gallus para que los invitados no esperasen en vano, y luego nos reuniríamos a comer a eso de las 15,45 en el restaurante Wallenstein, en la parte reservada.

Eugenie fue con el Goggo a la iglesia. No había hecho más

que aparcar, cuando apareció un coche Tatra 603 y se detuvo muy cerca. Bajaron cuatro hombres y se apostaron junto a la puerta del templo. Luego llegó un segundo coche, también con una dotación de cuatro hombres que sacaron algunas cámaras y otros aparatos. Los cuatro hombres de un tercer auto se dirigieron directamente al bar cercano, pidieron un vermut y de vez en cuando se asomaban «casualmente» a la puerta del establecimiento para ver qué pasaba delante de la iglesia. Dos guardias de uniforme paseaban sin cesar alrededor del templo.

Luego llegaron los primeros invitados. Eugenie les presentó sus disculpas y no necesitó hablar mucho con ellos, porque después que vieron el amplio despliegue de fuerzas que se habían concentrado allí, desaparecieron *motu proprio*.

De pronto surgió también un equipo de operadores. *Rude Pravo* escribió algunos días más tarde que habían sido operadores de la televisión alemana occidental. Lo examinaron todo y preguntaron a Eugenie, que seguía esperando delante del templo, si aquella era la iglesia de San Gallus. Ella contestó que sí y añadió que si estaban esperando presenciar la boda, podían marcharse, porque no se celebraría. Diciendo eso, señaló al «personal de acompañamiento» que había en torno de la iglesia. Antes de que pudieran hacerle más preguntas empezaron a rodar desde la otra acera. El señor Galetti no emprendió en modo alguno la fuga, sacó también su cámara y filmó la banda opuesta. Inmediatamente se colocaron a su lado los dos guardias de uniforme, le pidieron la documentación y le preguntaron qué hacía allí. Él mostró su carnet profesional y dijo que estaba haciendo una película sobre los monumentos artísticos de Praga, entre los cuales se contaba también aquella iglesia. Tras eso, los funcionarios del Estado le dejaron en paz y él pudo abandonar pacíficamente en su coche el lugar de la acción. Puntualmente, a las 15,45, nos sentamos a la mesa. La mesa contigua fue ocupada rapidísimamente por un señor y una dama que mantenían la oreja sospechosamente pegada al mamparo de madera que había entre una y otra mesa.

Encargué cinco platos de sopa, cinco «roulades» moravas, tres cervezas grandes y dos pequeñas, explicando que aún quedaban por venir dos invitados. Sólo había cerveza en botellas, así es que encargamos cuatro botellas y yo compartí la mía con Eugenie. Luego expliqué que el señor Brettschneider también querría tener algo que hacer (aludía así al soplón de igual nombre en el *Schwejk*) y empecé a contar anécdotas sobre

Breznev y Mao-tse-Tung. No precisamente las más nuevas, pero supuse que aquellos señores de al lado estarían familiarizados con otro tipo de anécdotas.

Trajeron la comida rápidamente, también la cerveza estuvo en seguida en la mesa. Aún no habíamos vaciado ninguna botella y pensé que sería mejor no abrirlas con demasiada precipitación. Por eso encargué además fresas como postre y café. Estuvimos sentados una hora larga en el local. Luego llevamos a los parientes a la estación, y el señor Simsa vino con nosotros. En la calle Ancha nos alcanzó un coche de la policía. Se detuvo junto a nosotros y nos hizo parar; al parecer se trataba de un control ambulante. Bajé del coche y enseñé mis papeles. Un agente me preguntó si yo trabajaba, si estaba empleado. Contesté que no estaba empleado. Replicó que cómo era eso. «Le quedaría verdaderamente agradecido —respondí— si puede darme noticias de alguien que quisiera emplearme.» Yo ya había preguntado en doce empresas, ninguna quería admitirme... y esa era la pura verdad. A continuación disparó la salva que tenía preparada:

—Huele usted a alcohol. ¿Qué ha bebido?

Negué que oliera a alcohol y dije que había tomado una cervecita después de comer, pero nada excesivo.

—No nos interesa lo que usted haya bebido después de la comida, sino el hecho de que ha bebido. ¿Está dispuesto a someterse a la prueba del alcoholómetro?

Dije que estaba dispuesto, subí a su coche y soplé en el balón. El agente me lo arrancó velozmente de la boca. Le pedí que me dejara ver el resultado.

—Esto no es para usted, sino para nosotros. Hemos comprobado que ha tomado alcohol. Va a acompañarnos a la prueba de la sangre.

El señor Simsa se hizo cargo de la llave de mi coche. Encontró también a un amigo que después de la comida no había tomado cerveza alguna y estaba dispuesto a llevar nuestro coche hasta la puerta de mi casa. Los tres policías me llevaron en su coche Volha a la toma de sangre en la estación de control de bebedores en la clínica junto a Appolinaire.

Por el camino se me ocurrió preguntarles algo:

—Según las ordenanzas, ustedes sólo pueden realizar la prueba del alcoholómetro cuando tienen una sospecha fundada de que alguien ha ingerido alcohol. ¿Podrían explicarme en qué basaron esa sospecha?

La respuesta fue verdaderamente sensacional. Les había llamado la atención por conducir tan lentamente. Además, al entrar en la calle Ancha había dado la señal de torcer a la izquierda a pesar de que seguía estando en una calle principal (en Praga, estos lugares de adelantamiento tienen un ángulo muy pronunciado) y no debía haber hecho señal alguna, afirmaban ellos. Empecé a discutir, diciendo que tuve que señalar porque en este caso se trataba de cambio de dirección y no de adelantamiento. Me replicaron muy vivamente y así el camino hasta la clínica resultó entretenido en extremo.

Eran las 17,45 horas. Una enfermera me extrajo la sangre, un médico me examinó. Me miró los ojos, tuve que tocar la punta de mi nariz con un dedo teniendo los ojos cerrados y caminar a lo largo de una raya blanca.

—Está bien. Desde luego no ha tomado una cantidad excesiva de alcohol. Puede irse a casa.

Pero el agente de policía tenía algo que decir contra eso, yo debía acompañarles. El médico se mostró muy asombrado por eso. En tales casos sus clientes suelen trasladarse en sus coches a sus casas respectivas o a veces incluso policías amables los llevan al domicilio en sus autos de patrulla.

Los agentes se mostraban contrarios a cualquier tipo de discusión y me llevaron a la comisaría de Perstyn, donde me metieron en una habitacioncita. Allí estaban sentados ya dos individuos. Se me indicó que debería esperar. Al cabo de una media hora me levanté y entré en la habitación contigua, donde pedí hablar con el jefe de servicio para preguntarle por qué tenía que esperar.

—Quédese usted tranquilamente sentado donde está. Tiene tiempo de sobra.

Explicué pacientemente que no tenía tiempo de sobra, porque en mi casa estábamos celebrando las bodas de plata de mi matrimonio y ya debían haber empezado a llegar los primeros invitados.

—No hablamos con conductores borrachos.

Lo informé de que no era en modo alguno un conductor borracho. Mientras no tuviera en sus manos el resultado de la prueba de sangre, tenía que considerarme inocente.

—Cuando esté el resultado, será usted un conductor borracho.

Afirmé que después de tres días, si el resultado estaba para entonces, no podía haber ya ningún conductor borracho. Pedí



que me permitiesen por lo menos telefonear a casa de un vecino para informar de dónde me encontraba.

Tampoco eso se me permitió. Volvieron a llevarme a la habitación. Allí permanecí sin hacer absolutamente nada durante tres horas largas.

El señor Simsa había informado en casa sobre lo que me había ocurrido. Mi mujer fue a la clínica y empezó luego a telefonear a todas partes preguntando por mí. Llamó también a la comisaría donde me encontraba, pero le dijeron que yo no estaba allí. Trató también de localizar el organismo de investigación donde trabajaba Cibulka. Allí le dijeron que desde luego ese departamento no me había detenido. Sin conseguir enterarse de nada, volvió a casa.

Mientras tanto se habían reunido ya diecinueve invitados a nuestra fiesta en el sótano. No se bebía nada, los ánimos estaban en el punto de congelación. Finalmente mi mujer se encaminó otra vez a la clínica. Jiri Hanzelka la llevó en su coche y Karel Kyncl les acompañó a los dos. Allí se mostraron dispuestos a ayudarla. El médico miró el registro de entrada. Los policías eran indudablemente de Perstyn. Inmediatamente mi mujer llamó allí por teléfono. El hombre que se puso al aparato dijo que esperase un momento y después de mucho esperar comunicó que sí, que yo estaba allí.

—Voy inmediatamente a recogerlo.

—Eso de recogerlo no es tan fácil como usted cree —afirmó el agente.

—¿Por qué no? ¿Es que está detenido?

No, yo no estaba detenido, pero había que levantar el correspondiente atestado. Eugenie replicó que iba allí en seguida y colgó rápidamente.

Precisamente en aquel mismo momento me llamó el jefe de los servicios para que pasase a su despacho, donde quería entender el atestado. Primeramente deseó informarme de mis derechos. Repliqué que ya había sido informado demasiado a menudo sobre mis derechos y que no tenía que molestarse en eso. Dijo que era su deber informarme. Su información me puso de mal humor.

—Si quiere usted informarse a toda costa, no debe olvidar que, con arreglo al artículo cien de la ley de enjuiciamiento criminal, tengo derecho a negarme a declarar si con mi declaración puedo perjudicarme a mí mismo o a las personas que me están allegadas.

—Eso es verdad, pero si se negase sólo se perjudicaría usted a sí mismo, ya que se consideraría una circunstancia agravante.

Objeté que eso no era cierto, que el sentido del artículo era precisamente lo contrario, para que no surgiese una circunstancia agravante.

—¿Celebra usted, o no celebra las bodas de plata? ¿Quiere ir a casa, o no?

Se le veía ya claramente enfadado.

Quise decir que era ya demasiado tarde para ninguna clase de fiesta pero en aquel mismo momento la puerta se abrió de par en par e irrumpió Eugenie en el despacho seguida por un policía de uniforme que trataba de sujetarla por un brazo.

—Estoy aquí y te espero.

Al llegar, le habían advertido de que yo estaba prestando declaración y que nadie debía entrar en el despacho. Ella se resistió. Si no estaba detenido podía entrar, pero como no se lo permitían, se sentó, juzgó la situación y penetró en el despacho como una bomba que hubiera estallado entre nosotros.

El interrogatorio fue breve. Aproximadamente a las 21,45 horas me dejaron marchar por fin. Al revolver la esquina me senté junto a Jiri (el coche estaba impecablemente aparcado desde el punto de vista conspiratorial). Jiri dijo que ahora por fin podríamos celebrar la fiesta.

—Nada de eso, ahora tenemos que ir a la clínica.

Se asombraron mucho al oírme decir aquello. ¿Para qué a la clínica? Lo aclaré rápidamente. La primera prueba de sangre se la habían llevado los policías. Muy bien podía suceder que por la noche algún bienhechor a costa del erario público, tomase unas cuantas copas de aguardiente y se confundieran los frasquitos de sangre... Por eso, otra vez a sacarme sangre. Yo había leído en alguna parte que todavía después de varias horas puede averiguarse cuál era el nivel alcohólico original y además por lo menos averiguarían con exactitud mi grupo o mi tipo sanguíneo o como quiera que se llame.

En la clínica comprendieron inmediatamente de qué se trataba. Todos los médicos presentes fueron testigos. Me examinaron una vez más. Si se comprobaba la existencia de alcohol, el análisis me costaría cien coronas, de otro modo sería gratis. Ellos mismos llevarían la sangre a la mañana siguiente al Instituto de Medicina Legal, para excluir cualquier posibilidad de cambio.

Luego nos fuimos a casa en el coche. Habían dado ya las

once de la noche cuando llegamos. Me acogieron con gritos de hurones. El más escandaloso fue Honza Tesar. Recibí regalos. El de Honza fue especialmente original. Un auténtico sable de general de la primera república. Tuve que desenvainarlo inmediatamente y todos gritaron el juramento de los checos: «Seguimos siendo fieles.» ¿O fui yo quien lo gritó primero?

Los Hanzelkas nos regalaron un gatito en una linda cestilla. Hacía mucho tiempo que yo lo deseaba, pero las dos damas de la casa estaban siempre en contra. Afirmaban que los animales ensucian la vivienda. Sin embargo, ahora se mostraban encantadas con el elegante animal y no hacían más que llamarlo cariñosamente misi, misi, gatito por aquí y gatito por allá. Pregunté a mis invitados qué nombre deberíamos ponerle. Uno exclamó espontáneamente: *Ucho*. Y todos gritaron a coro: ¡Bravo, bravo, *Ucho*, *Ucho*!

*Ucho* es una abreviatura. Cuando dos años antes nos reuníamos en la isla de Remos, alguien dijo que aquello era como una Central del Movimiento de Resistencia Checoslovaco. Estupendo, dije yo, nos llamaremos *Ucho*. Hay que señalar que en el idioma checo, «Central del Movimiento de Resistencia Checoslovaco» se dice *Ustředí Československého Odboje*, por tanto, U-CH-O.

Como tales *ucho* nos llamábamos por teléfono para combinar nuestra próxima reunión y nos divertíamos imaginando lo que dirían sobre eso las estúpidas «palomas mensajeras», nuestros subrepticios oyentes. Escribí inmediatamente en mi libro de notas: «3 septiembre, 19 horas, *Ucho*.» Supongo que los señores del servicio de seguridad del Estado pasarían sus buenos apuros para descifrar mis notas.

Se había encontrado el nombre. Nuestro gato estaba bautizado. *Ucho* maullaba lastimosamente, rechazó la leche y lo trasladamos al primer piso donde disfrutaría de calma y oscuridad.

Alguien nos había regalado dos discos. Valses y operetas de Strauss. Los aparté con malhumor. Si hay una clase de música que no me guste, es la de Strauss; que me disculpen mis amigos austriacos. Ahora bien, debo añadir algo. Algunos días después de nuestra fiesta, en un programa de radio emitido por la tarde, hubo otra de las emisiones escandalosas de Bohous. Las maniobras imperialistas de diversión adoptaban ahora formas distintas. Por ejemplo, la gente recibía del extranjero discos declarados como música de Strauss, pero cuando se los hacía funcionar se escuchaban las palabras: «Me llamo Pavel Tigríd...» y luego seguía la valoración de los años 1968 y 1969.

Rápidamente puse el disco. Y de pronto oímos: «Me llamo Pavel Tigríd...»

El día siguiente estuvo por completo bajo el signo de Ucho. Se perdió varias veces, lo encontramos una vez en la cesta de los papeles, la otra vez debajo del ropero. Aquí la situación se hizo crítica, porque nos resultaba completamente imposible conseguir que saliera el querido animalito. Mi suegra empezaba ya a lamentarse de que Ucho iba a morir de hambre, cuando en aquel momento apareció fielmente; pero al cabo de un cuarto de hora había desaparecido otra vez. Lo localizamos en la biblioteca, entre las obras completas de Goethe. Hubo también dificultades sobre la forma de alimentarlo. Por lo visto, sólo le gustaba la leche, pero también le ofrecíamos golosinas de todas clases. Nuestra forma deplorable de educarlo se vengó concienzudamente, porque hoy Ucho se ha convertido en un auténtico gato sibarita. La carne de ternera tiene que ser únicamente de solomillo, las sardinas de Portugal, rechaza las yugoslavas, y quiere exclusivamente nata con azúcar.

El miércoles tuve que empezar a ocuparme de la cuestión de encontrar un empleo. Mi inserción en el proceso laboral se mostraba altamente complicada. Hasta el 15 de mayo me habían dado por enfermo. Posteriormente no tendría más remedio que trabajar. Ciertamente que en casa tenía mucho trabajo que hacer, pero eso no contaba ante las autoridades. Sin un puesto fijo de trabajo, prácticamente se me consideraba como «parásito en el cuerpo de la sociedad». Sí, incluso existía un precepto legal dedicado a eso. Se llamaba «parasitismo».

Me presenté en la comisión nacional del departamento de fuerzas laborales como ciudadano sin empleo y pedí que me insertaran en el proceso laboral. Me entregaron una lista de puestos vacantes, me adoctrinaron convenientemente y extendieron un acta. Guiándome por la lista, busqué seis puestos vacantes para los cuales me consideraba suficientemente capacitado. Elegí ocupaciones no demasiado pomposas, con un sueldo mensual de 1.650 a 1.900 coronas. En todas partes exigían una formación escolar completa y el dominio de dos idiomas. Yo podía aprobar exámenes en tres idiomas extranjeros y otros dos los dominaba parcialmente.

Aproximadamente una semana después empecé a recibir las primeras respuestas. Me hicieron reír. Se me comunicaba, por ejemplo, que era cierto que se había dicho que el puesto estaba vacante, pero que una revisión más detallada había demostrado

que en realidad no estaba vacante. Aquel cargo estaba relacionado con la función de un negociado independiente de la sección T/IV y estaba ocupado por el compañero XY... Sin embargo, en la lista de los puestos vacantes entregada el trimestre siguiente seguían figurando las mismas ofertas de empleo. Otras empresas me comunicaban lisa y llanamente que yo no tenía las condiciones requeridas para el cargo o bien que «esta función necesita, además de conocimientos técnicos, madurez política». En una palabra, no me querían en ninguna parte.

Diez días más tarde recibí una nueva lista de puestos vacantes, volví a escribir a seis empresas y guardé sus respuestas en una carpeta. Venían a decir lo mismo que las primeras. Comuniqué por tanto a la comisión nacional de distrito que debía seguir sin trabajo. Nuevamente levantaron acta de eso. Además, me indicaron que debía solicitar trabajos manuales, pero eso me lo habían prohibido mis médicos. Consiguientemente, tuve que someterme a otros exámenes médicos, como resultado de los cuales hube de comparecer ante una comisión que tenía que decidir sobre mi subsidio de desempleo. A causa de parciales incapacidades para el trabajo se me asignó un subsidio mensual de 610 coronas.

En la mañana del jueves mi mujer me trajo a la cama *Rude Pravo*; por lo visto me había mostrado muy obediente. En la segunda página leí: «666 palabras sobre un pequeño percance. También un gran maestro puede equivocarse...»

«La eminencia de nuestros representantes derechistas, ayer poderosos, hoy impotentes, recibió hace poco una comunicación. Uno de los más ruidosos activistas de esta vieja y moribunda tendencia política se ha decidido a infundir algo de vida a esta agonía. Y como el destino le echara a perder sus planes, cayó en la cuenta de que su vida matrimonial iba a cumplir ya un cuarto de siglo, por lo cual decidió organizar una fiesta un tanto insólita. Dio a conocer que el 6 de septiembre del año 1971 volvería a tomar como esposa a su cónyuge legítima, esta vez con arreglo al ceremonial canónico, en la iglesia de San Gallus en la ciudad antigua de Praga. El exhibicionismo de algunos hombres que han llegado a la convicción de que en este país ya no significan nada, los lleva al oscurecimiento de su capacidad mental. Precisamente eso es lo que le ha ocurrido a uno de los que eran héroes de otros tiempos. Antiguamente sabía calcular muchas jugadas para partidas de gran complicación, pero esta vez ha pensado como un aspirante de muy baja categoría.

El reconocimiento de su acción, agradable a Dios, de querer volver a casarse después de un cuarto de siglo con la misma mujer, pero no ante la comisión nacional, sino bajo el compadrazgo del Padre Celestial en persona, lo justifica él con esta cita: "Bienaventurados los que perseveraron". La medida de que él mismo perseveró lo muestra su oscilación de marxista a católico. ¿Quién sabe si él, si un bautismo posterior, puede ser considerado como católico? Su salida del partido se juzgaba una prueba bastante débil. Por eso el señor párroco informó a nuestro converso (como nota a pie de página figuraba: Converso-sa, una persona que se pasa a otra fe, especialmente a la católica. Diccionario extranjero de la Editorial del Estado, Praga, 1966) de que no estaba dispuesto a actuar en la ceremonia. Ésta no se celebraría. Pero, ¿qué hacer, entonces? Las invitaciones estaban enviadas; las tartas, cocidas y, además durante veinticinco años se había compartido ya el lecho matrimonial. La lastimosa esposa (¿o sólo novia?, pero reconocemos tranquilamente las leyes de nuestro Estado y decimos esposa) de nuestro converso se apresuró a colocarse ante la puerta de la iglesia para comunicar a los allí reunidos el estado de la cuestión. Respecto a los allí reunidos hay algunas contradicciones. La emisora alemana occidental, *Deutsche Welle*, no informada con excesiva precisión, hablaba al día siguiente de «centenares de personas». Testigos presenciales afirmaban no haber más de quince personas. Sea una cosa u otra, el caso es que entre esas personas se encontraba el señor Galetti, según su carnet, operador de la televisión alemana occidental. Estaba allí, aguardaba y, a falta de la esperada sensación, empezó a sacar películas de los monumentos artísticos de Praga. Por tanto, la cosa tuvo un buen resultado a pesar de todo.

»El enroque de nuestro converso no se ha realizado. El nuevo derrotero del marxismo-catolicismo no se ha llevado a efecto. El banquete de las bodas del cuarto de siglo se limitó a una modesta comida en un restaurante de la parte vieja de la ciudad. Entre los asistentes, cosa que sólo hay que citar de paso, estaba también un párroco de la hermandad evangélica, con lo cual este desviacionismo de la fe cobró un aspecto muy pintoresco. Séame permitido comentar que nosotros, el pueblo de la tradición husita, no sentimos precisamente mucha simpatía por esos conversos que cambian de opinión como de camisa para conseguir un trozo más blando de pan o una mayor fama en el extranjero.

»Celebraron la fiesta al modo del auténtico Kondelik (personaje de una novela checa que siempre salía bien en todas las situaciones). Se agasajaron con cerveza.

»Con eso podría haber terminado realmente todo. La partida estaba ya suficientemente perdida, pero he aquí que el diablo se mezcla además en el asunto. Nuestro converso tuvo mala suerte. Como no se trata de ningún mendigo perseguido por el destino, después de la fiesta se montó en su auto y quiso llegar a toda prisa a su gineceo para celebrar la noche de bodas. En nuestras calles existe la costumbre de que, de vez en cuando, surgen guardianes de la ley con sus coches azules y de rayas blancas y ruegan a los señores conductores que soplen en el balón. Eso no debía haberle pasado a nuestro señor conductor. Nuestro converso, cuando quiso hacer subir en San Gallus el balón de su provocación, se había olvidado de que hay otros balones. Así pues, sopló, porque no le quedaba más remedio. Y la verdad salió a relucir con la prueba de sangre en la clínica. Ciertamente que nuestro converso afirmó que sólo había bebido una cerveza, pero les ruego a ustedes que recuerden los muchísimos conductores que afirman lo mismo en la misma situación. El resultado de la prueba de sangre se recibe al cabo de algunos días. Para estar seguros, la policía de tráfico retira el carnet de conducir a nuestro converso. Y todo esto en el transcurso escaso de doscientos minutos. Como se ve, no es una partida especialmente afortunada. Su héroe ni siquiera se ha cubierto de gloria. No supo ni... perseverar. Un rasgo que no tiene nada de representativo, especialmente en un gran maestro.

»Quienquiera que haya jugado al ajedrez, aunque sólo sea como profano, sabe que no se puede rectificar el movimiento de una pieza una vez que se la ha movido. Aquí no hay ningún *touché*, como con el florete. Y mucho me temo que nuestro converso, en su afán de exhibicionismo, llegue alguna vez a mover tan torpemente que pueda lograr una absoluta rareza, pero posible en la historia del ajedrez, esto es, darse el mate a sí mismo.»

VACLAV DOLEZAL

Empecé inmediatamente a estudiar el asunto. Mis primeras investigaciones sacaron a la luz del día dos cosas. En *Rude Pravo* no hay ningún Vaclav Dolezal. El restaurante Wallenstein no es una cervecería, sino un restaurante de vinos. Allí se recibe como máximo una cerveza por persona en una comida principal.

No puede hablarse de orgías de cerveza. Esta norma puede confirmarla el director del restaurante y en determinadas circunstancias está dispuesto a declararlo así ante los tribunales.

A mediodía fui a la clínica para recoger el resultado del análisis de sangre. No estaba aún allí, por lo cual me enviaron al Instituto de Medicina Legal, donde se había hecho el análisis. Un joven químico me dijo que el resultado acababa de enviarse a la clínica. Es curioso que aquel resultado no llegase nunca. Pedí un duplicado. A pesar de que eso, como me dijeron, no es usual, me extendieron uno. El resultado era inequívoco: nada de alcohol en la sangre. Algo inseguro, pregunté por el resultado de la primera prueba de sangre, la oficial. También negativo. Se me quitó un gran peso de encima.

—¿Podrían darme ustedes también un certificado del resultado oficial?

Vacilaron un poco. Por la mañana la policía les había prevenido sobre eso. El resultado era sólo para la policía, pero en ninguna parte se prohíbe expresamente que se comunique también al interesado. Así pues, me fui muy contento con dos certificados en el bolsillo que demostraban de modo inequívoco que el inexistente señor Vaclav Dolezal era un embustero.

Durante los días siguientes, en la clínica tuvieron no pocas molestias con mi asunto. Porque no sólo el servicio de seguridad del Estado, sino también la subsecretaría del ministerio de Salud Pública se interesó por el resultado de los análisis y por las actas correspondientes.

Tomé un taxi, porque era verdad, como había dicho *Rude Pravo*, que me habían quitado el carnet de conducir. El taxista no puso en marcha el taxímetro, me di cuenta a los pocos metros, pero no quise discutir. No iba a arruinarme porque me cobrara algo más. Al llegar a mi destino, pregunté:

—¿Qué le debo?

—Si usted no se ofende, señor Pachman, quisiera expresarle mi respeto con esta carrera.

Me sorprendió que me conociera, pero me agradó. Por la tarde, en el momento en que estaba redactando un borrador de rectificación de prensa para *Rude Pravo*, leyeron por la radio el comentario de un tal señor Bohuslav Zenisek. También aquí resultaba que en la radio no existía un redactor de semejante nombre. Por tanto, no sólo en mis pesadillas de las noches de enero, sino también en la radio y en la prensa, hay personas inexistentes de hermosos y retumbantes apellidos checos.



También el señor Zenisek habló de renegados, conversos y gentuza semejante. En resumen, una copia del artículo del periódico del partido, incluyendo la orgía de cerveza y la pérdida de mi carnet de conducir. Consiguientemente escribí otra instancia pidiendo una rectificación y otra carta más, creo que la cuarta, al doctor G. Husak. La primera se la había escrito en el otoño de 1968. En aquel entonces aún recibí una respuesta por escrito encabezada con «Apreciado compañero». Fue por lo demás, la única respuesta a pesar de que mi escrito del otoño de 1970 tenía ya tiempo de sobra para ser contestado. ¿Qué ocurriría ahora?

Poco tiempo después queríamos ir a pasar unas vacaciones de diez días a las montañas Krkonose. Pregunté en la policía si podían devolverme mi carnet de conducir. No podían; las diligencias no estaban aún terminadas. Así pues, envié un escrito de reclamación al comandante de la administración de la policía municipal. La única respuesta a mis «obras completas escritas» la recibí del redactor jefe de la radio. Valía la pena leerse.

Muy señor nuestro:

Ya que con arreglo al reglamento de la radio checoslovaca estamos obligados a contestar cualquier carta, sea cual sea su motivo, su tono y su contenido, le comunico, respecto a su escrito de 9 de septiembre de este año, que no estamos dispuestos a difundir lo que usted nos pide. Según los principios fundamentales de la radiodifusión socialista, sólo deben transmitirse informaciones fieles a la verdad.

JOSEF SKALA

Redactor jefe de la redacción principal de la emisión política y director en funciones de la radio checa.

El 29 de septiembre me citaron para que fuese a la comisaría de policía de Praga 1. Pregunté si debería comparecer acompañado de mi abogado. Me dijeron que no, que se trataba del carnet de conducir. Me arriesgué y me trasladé allí en taxi. Nuestra conversación empezó con veinte minutos de retraso. Cierto que dos policías de uniforme habían comparecido puntualmente, pero teníamos que esperar a una tercera persona,

**un señor de paisano. Bajo la presidencia de un señor de uniforme, de cuya graduación me he olvidado, empezó el debate.**

**—Quisiéramos preguntarle, señor Pachman, si se da cuenta de su responsabilidad como conductor automovilista. Según nuestras ordenanzas, está prohibido beber alcohol antes de emprender viaje llevando un auto. Conforme a su propia declaración, antes del viaje bebió una cervecita.**

**Repliqué que el concepto «antes del viaje» no se me aparecía completamente claro. Al fin y al cabo yo podría haber bebido una cervecita el 1 de enero y haber podido conducir un coche el 31 de diciembre del mismo año, constando entonces que esa cerveza la había bebido antes de emprender el viaje. Replicaron que no, que naturalmente se referían al mismo día. Pregunté si se explicaba así en algún punto de las ordenanzas. No, no se explicaba. Por lo que se refería al incidente de mi carnet de conducir, con arreglo al acta levantada, yo había tomado la cerveza una hora antes de salir con el coche del restaurante. Ese espacio de tiempo lo consideraba yo suficiente para que el alcohol quedase absorbido en la sangre.**

**—Parece que tiene usted ciertos conocimientos médicos al afirmar tan rotundamente cuando el alcohol queda absorbido en la sangre, ¿no es así?**

**—No, de ningún modo, por eso espero tan ansiosamente que ustedes me comuniquen si el 9 de septiembre me hice merecedor de un castigo por violación de las normas de tráfico o si no fue así.**

**Cierto que la investigación había mostrado que no me hice culpable de transgresión alguna de las normas de tráfico, pero las autoridades tenían que formularse otra pregunta: la conciencia que yo tenía de mi responsabilidad como conductor.**

**También sobre esa cuestión podíamos debatir, dije, pero desgraciadamente no tenía tiempo por el momento. Por otra parte, las autoridades estaban también muy sobrecargadas por las muchas tareas de la lucha contra el crimen, por lo cual sugería que me devolviesen sin más formalidades mi carnet de conducir, para que me pudiese marchar.**

**—La cosa no es tan simple. Hemos comprobado al revisar su expediente que usted en los pasados años ha cometido varias infracciones de tráfico. Por eso tenemos que poner en duda su capacidad para conducir un coche. Se le devolverá su carnet únicamente si se somete aquí, ahora mismo, a una prueba de control.**

A mi ruego de que me refrescasen la memoria sobre lo que podría estar anotado en aquel expediente, contestaron:

—En el año 1957 iba usted conduciendo a una velocidad de sesenta y dos kilómetros por hora por un paso a nivel en Bezdecin. En el año 1963 tenemos anotadas aquí dos infracciones. En un lugar cerrado sobrepasó usted el límite de velocidad en un trayecto de más de veinte kilómetros, y el mismo año contravino una indicación de prohibido torcer a la izquierda. En el año 1967...

Todavía bastante tranquilo, objeté que en los quince años de mi actividad como conductor había cubierto un total de unos 250.000 kms. con siete coches distintos y que en un recorrido así bien pueden cometerse algunas pequeñas faltas. Además había intervenido en tres rallys organizados por el Automotoclub «Cisne Blanco». El director de la carrera había sido el señor Sommer. Dos veces yo había logrado el primer puesto y una vez el tercero. Eso podían comprobarlo. Dentro del recorrido del rally se había celebrado una prueba sobre reglas de circulación y otra sobre habilidad. En ambas pruebas yo había salido bien, como muestra el resultado final. Por tanto, no estaba absolutamente injustificado que yo pudiera conducir un vehículo automóvil.

Siguieron en sus trece. El derecho a exigir una prueba de capacidad estaba previsto en el bando número 87/64, artículo 13.

Algo cansado, dije que no me acordaba muy bien de ese artículo y rogué que me permitiesen ver el bando en el boletín oficial. Contestaron que no tenían a mano el boletín oficial. Entonces pedí que me dejara consultar con mi abogado. Estaba en el hospital. Por último rogué que me concediesen un plazo hasta el día siguiente. Pero luego se me ocurrió otra idea salvadora. No tenía por qué someterme a la prueba. Según el párrafo primero del mencionado artículo, sólo está autorizada para ello la inspección de tráfico del distrito donde tengo mi domicilio. Nunca he vivido en el distrito I de Praga.

Tampoco eso me sirvió de nada. Consiguientemente volví a presentar escritos de protesta a la administración de la policía municipal y además llamé por teléfono al secretario del doctor Husak. Me dijo que para tal asunto debía dirigirme al ministro del Interior. Me dirigí a él. Al cabo de algunos días llegaron los escritos de respuesta. El comandante de la administración de la policía municipal me comunicaba que había revisado el proceder del órgano de policía y que no encontraba nada que

**objetar. Eso me dio pretexto para dirigirle un nuevo escrito y por cierto recalando en él los siguientes argumentos:**

**«Si un escrito análogo de reclamación hubiese llegado a manos del jefe de policía de un país medianamente civilizado, como, por ejemplo, Zambia o la república de Chad, este jefe aprovecharía la ocasión para someter a prueba el proceder de sus subordinados y mejorar de algún modo el comportamiento arbitrario de los mismos. En ningún caso despacharía con un par de líneas mi instancia. Eso y no otra cosa es lo que se haría si los Estados africanos, después de liberarse del imperialismo colonial, se esfuerzan en elevar su nivel cultural y civilizado en general.**

**»Pero nosotros no vivimos ni en Zambia ni en la república de Chad, sino en un país progresivo y socialista cuyo aparato policíaco, por lo visto, no está obligado a elevar su nivel cultural. Por eso he de convencerme de que resulta inútil dirigirse a este organismo con una queja y que en estas condiciones se debe buscar el derecho y la verdad con medios completamente distintos.»**

Con eso otra vez había escrito más de la cuenta, siendo lo peor que aquella expresión de «otros medios» no representaba absolutamente nada.

También el ministerio del Interior me comunicó por escrito no haber encontrado nada objetable en el comportamiento de los funcionarios del servicio de seguridad. En casa repasé mis apuntes de la emisión que hizo por la radio el compañero Zenisek el 9 de septiembre. En ella se decía: «Si la misión de la propaganda burguesa es confundir y engañar a las personas, la misión de nuestra propaganda es decir la verdad y llamar a las cosas con sus nombres verdaderos.»

Aquello me impresionó de tal forma, que decidí escribir una carta más. Como era sabido que el compañero Zenisek no existía, dirigí mi escrito al existente Bohous Rohacek:

Querido Bohous:

«No te enfades conmigo por el hecho de haberte tenido sin noticias mías durante tantísimo tiempo. Pero, mira, he conocido a dos Rohacek. Ambos en el último curso de bachillerato. Así pues, no estaba seguro de si eres mi amigo de aquellos tiempos en los que yo, como esbelto adolescente, recorría las empresas fundando círculos de ajedrez. Pero ayer tu otro amigo de juventud me ha confirmado que tú eres «mi Rohacek». ¡Con

enorme alegría puedo dirigirme a ti ahora, Bohous, viejo compañero! Eres un perfecto zorro, haces tus cosas de un modo excelente. ¡Es la pura verdad! Desde luego no se me habría ocurrido nunca la magnífica idea de cómo socavar este régimen y sin embargo poder ser recomendado en KSC, perdona, naturalmente he querido decir KCS. (Juego de palabras checas. La abreviatura KCS significa Partido Comunista de Checoslovaquia. La abreviatura KCS significa Coronas Checoslovacas). Ya lo ves. Todas mis proclamaciones, declamaciones y reclamaciones no me han llevado a ningún sitio. En cambio, tú... Tú asestas al régimen un duro golpe tras otro con tus historietas y negocijos en esferas que incluso para él son imposibles de alcanzar...

»Sólo ahora comprendo por qué me dedicas precisamente tu preciosa atención. Somos desde luego viejos amigos. Y los viejos amigos deben ayudarse, ¿no es verdad? Tú has comprendido fabulosamente bien que la gente hoy día cree precisamente lo contrario de lo que se comenta, se lee y se habla respecto a tal o cual persona. Tú sólo hablas así sobre mí porque quieres hacerme propaganda. Muchísimas gracias. Lo has hecho muy bien, pero te ruego verdaderamente que no exageres demasiado las cosas a fuerza de buena voluntad. Hay aspectos que podrían perjudicarme. Precisamente ahora ocurre una de esas cosas. Hay un montón de gente que me fastidia con motivo de sus vacaciones. Tú sabes desde luego que ahora entre nosotros se puede viajar con mucha más facilidad. Y por pura presunción la gente ya no sabe adónde ir. Crimea o la Playa de Oro no les parece lo bastante noble. Quieren ir a la Riviera, a Montecarlo o incluso a Gran Canaria. Para tales viajes necesitan divisas fuertes, e imagínate, se figuran que yo podría ayudarlas con mis once millones de dólares. Escriben que después de la restauración del capitalismo me devolverán el dinero en coronas canjeables. Eso me llena de preocupación, porque todavía no he podido encontrar mis once millones. Probablemente alguien me los birló delante de las narices en la época en que estaba técnicamente incapacitado para poder llevar a cabo transacciones burguesas.

»Mucho peor le sucede a la bonita muchacha del banco Zivno que se preocupa de mis ingresos de divisas, ayer lloró claramente. Dijo que nos conocemos desde hace ya mucho tiempo y que por eso no se merecía que la dejase atrás. Porque sólo le confío las transacciones absolutamente insignificantes, esos

**honorarios risibles por mis artículos y libros sobre ajedrez, pero el dinero gordo se lo confío a otra persona.**

»Te ruego, Bohous, que al menos este asunto lo pongas en claro. La pequeña tiene auténtica clase. Una abeja realmente bonita. Por eso te ruego que vayas al banco Zivno a la ventanilla 9. La pequeña es fácil de reconocer. Lleva siempre esos jerseys unisex. Habla con ella, dile quizá que no todo procede de tu cabeza, que te lo ha dicho algún cretino, que en el mejor de los casos podría descubrir quien ha destruido el hermoso monumento de Josef Vissarionovich. No lo olvides. Pon el asunto en claro (pero no con el cretino, sino con la bonita abeja...).

»Bohous, desgraciadamente tengo que poner fin. Aún me queda por escribir un articulito sobre ajedrez. Tú ya sabes, los negocios..., sólo son pocos los que comprenden que hay que combinar el negocio con lo agradable. Pero ahora debo asegurarte aún mi eterno agradecimiento. Si alguna vez volvieras a verte en necesidad, dirígete desde luego a mí. No digas que algo así no puede pasarte, porque hoy la suerte de los periodistas es muy curiosa. Puede ocurrir que el socialismo se transforme en comunismo, que el dinero quede suprimido... y entonces, ¿qué? Al dólar, viejo compañero, esas medidas no le afectarían y quizá, de aquí a entonces, pueda yo haber rastreado esos mis once millones...»

Por medio del obispo de Praga y administrador papal, doctor en filosofía, Tomasek, recibí el certificado acreditando que nuestro casamiento civil del año 1946 quedaba reconocido desde el principio como casamiento canónico. Seguramente en aquellos tiempos no sospechó el funcionario del registro civil que estaba ejerciendo una función sacerdotal. Poco después, en San Gallus, tuvo lugar la confirmación de nuestra promesa matrimonial. Fuimos uno más entre unos cincuenta matrimonios que concurrieron a la iglesia. Al obispo le envié un informe detallado sobre nuestro asunto y le comuniqué que había demandado judicialmente a las redacciones de *Rude Pravo* y de la radio. Me contestó con una carta muy hermosa que empezaba con las palabras «Querido amigo» y terminaba con la bendición para nosotros dos.

# 25

## Milan y Jana

Después de mi regreso al hogar, en diciembre de 1970, nos pareció que sería agradable invitar a un niño de un orfanato a pasar las navidades con nosotros. Me dirigí al hospicio de Klanovice y me enteré allí de que había un varoncito gitano de siete años que podría colmar nuestros deseos. Queríamos recogerlo un día antes de Nochebuena y devolverlo después de Año Nuevo. Luego tuvimos que renunciar al proyecto. Me sentía muy mal, necesitaba urgentemente descanso, tenía que someterme a tratamiento, todos los días me visitaba la enfermera a causa de mis trastornos intestinales. Mi suegra también estaba enferma y mi mujer tenía que ir a trabajar todos los días. No habríamos tenido posibilidad alguna de cuidar adecuadamente a nuestro pupilo.

Ahora, en el otoño de 1971, queríamos llevar a cabo nuestro plan de otros tiempos. A finales de octubre volví a dirigirme a Klanovice y me puse de acuerdo con la señora directora. Cierro que no podía tratarse de una adopción, me explicó ella, porque, al fin y al cabo, yo era un periodista quemado y en estos casos no se concede el permiso necesario, pero existe la posibilidad de llevarse a un niño para cuidarlo durante un período pasajero.

«Periodista quemado» es una expresión que tendré que explicar con más detalle. En diciembre de 1970 varios amigos me describieron sus experiencias en las comisiones de depuración de la asociación de periodistas. Algunos periodistas se negaron a comparecer, objetando que la jefatura de la asociación era ilegal, que no había sido elegida por nadie y que estaba compuesta por gente que nunca había escrito en un periódico. Ludvik acudió, pero se quedó con el abrigo puesto. Uno de los cinco o seis miembros de la severa comisión le pidió que se lo quitara.

—No es necesario —dijo él—; puedo estar con el abrigo puesto.

Eso suscitó el asombro general. ¿Es que él creía, lanzando una mirada significativa a la montaña de expedientes, que podía salir del paso con tanta rapidez?

—Bueno, bueno, señores míos, vayamos por partes. Yo sólo he venido para comunicarles a ustedes dos cosas. En primer lugar me han dirigido la carta de invitación con el encabezamiento de «compañero Vaculik»; les ruego que tomen nota de que para ustedes no soy ningún compañero, sino el señor Vaculik. En segundo lugar, se han olvidado ustedes de añadir al final la fórmula «atentamente». Les ruego lo tengan en cuenta para la próxima vez.

Con esto quedaba la cuestión fallada definitivamente contra él.

Al día siguiente escribieron los periódicos que Ludvik Vaculik había sido expulsado de la asociación de periodistas a causa de su actividad anti... anti... anti... y anti...

Jirka Hochman acudió con otra actitud. Entró, se sentó cómodamente y dijo, mirando a los circunstantes:

—¡Ah, señora!, ¿también es usted periodista? Pues yo no la conozco de nada.

La dama se sonrojó y dijo que en el séptimo curso del bachillerato había trabajado para una revista de estudiantes. Jirka comentó que debía de hacer mucho tiempo de eso. Dicho con más exactitud: el séptimo curso no es garantía suficiente. Jirka es un buen escritor y debió de aprovechar bien la ocasión. Seguidamente pronunció un inflamado discurso sobre los colaboracionistas y otra gentuza, y abandonó el inhóspito lugar. Una vez en casa, redactó una carta aún más dura, que posteriormente fue exhibida en la exposición sobre la furia de los contrarrevolucionarios, exposición que pudo verse en diversos barrios de Praga.



Respecto a esta exposición, circularon otras historias. Ludvik la visitó con un amigo, un conocido pintor académico. Estaban completamente solos en la sala, únicamente en la entrada se hallaba sentado un joven. De pronto vieron en un gran panel de la pared una foto muy ampliada de Ludvik con la leyenda:

«Este régimen no ha sabido resolver durante los veinte años de su existencia ni un solo problema humano. Ludvik Vaculik en el Congreso de Escritores de junio de 1967.»

—Exactamente —dice Ludvik; se sacó el bolígrafo del bolsillo y firmó debajo del texto.

El joven que estaba en la entrada se puso repentinamente en movimiento. Se acercó:

—No está permitido que usted pintarrajee en el panel.

Ludvik declaró pacientemente que no había pintarrajeado nada, sino que se había limitado a firmar. El joven lo único que debía hacer era comprobar que se trataba del mismo Vaculik. El muchacho se quedó mirándole y luego se alejó con pasos medidos y regresó con un señor de más edad, que resultó ser el director de la exposición. Éste se mostró más enérgico.

—¿Quién le ha permitido a usted escribir aquí?

Ludvik replicó que no se lo había permitido nadie, pero que tampoco él había permitido que expusiesen aquí su fotografía y copiasen su cita. Seguidamente el señor le pidió a Ludvik su documentación. Vaculik se le echó a reír a la cara:

—¿Por qué he de mostrar mi documentación? ¿Es usted quizá del servicio de seguridad? Si cree que he deteriorado el panel, estoy dispuesto a comprarlo.

El señor exhibió su documentación de policía del Estado. Ludvik comprendió que tenía que identificarse, se echó mano al bolsillo y volvió a sacarla con una tímida sonrisa de culpabilidad.

—Me he olvidado en casa el carnet de identidad.

Era de temer que esta vez Ludvik iba a pasarlo mal, pero finalmente el señor «director de la exposición» aceptó como documento su cartilla de ahorros y le exigió a Ludvik que manifestase expresamente en el libro de visitantes haber estampado su propia firma y justificar por qué lo había hecho. Ludvik resolvió aquel encargo de la siguiente manera: «He firmado en el panel número 12 porque mi frase del Congreso de Escritores de 1967 sigue teniendo validez hoy. Ludvik Vaculik.» Y su dirección completa.

Más tarde volvimos a hablar de eso. Ludvik estaba visiblemente deprimido:

—Mira, ahora ya todos han sido encarcelados, pero yo no. Examinándolo fríamente, la cosa me parece demasiado estúpida. Al final la gente tendrá miedo incluso a hablar conmigo.

Le aseguré que por lo menos yo seguiría hablando con él, porque ya se sabe que tengo la mala costumbre de charlar sin ton ni son con todo el mundo.

Una semana después visité con Battek y Tesar la exposición, que mientras tanto se había trasladado al centro de la ciudad, al Palacio Kotva. En un panel encontré una frase que al parecer procedía de mí, de la asamblea de periodistas celebrada en la sala Lucerna el 17 de noviembre de 1968. Yo no había dicho ninguna de aquellas palabras. Por eso pedí el libro de visitantes, en el que escribí:

«Debo hacer constar que mi supuesta frase en la asamblea de periodistas celebrada en la sala de Lucerna no es idéntica a la pronunciada por mí. En esta exposición me han llamado la atención especialmente las pruebas del trabajo de los medios de comunicación de masas de los años 1968-1969, porque demuestran que entonces poseíamos al menos una prensa digna de la sociedad civilizada del siglo xx.» Firma, dirección.

Después de esta visita a la exposición, el alcalde de Praga, doctor Zuska, en una asamblea (supongo que fue en la asamblea ciudadana del Frente Nacional antes de las elecciones), debió de acusar recibo con la siguiente frase:

«Los oportunistas de derechas vuelven a levantar cabeza y continúan abiertamente sus provocaciones. Sí, el conocido oportunista de derechas Pachman, quien por su actividad ya ha estado en la cárcel, ha hecho un comentario provocador en el libro de visitantes de la exposición del palacio de Kotva. Podríamos perseguirlo por esto, ya que se encontraría el artículo adecuado del código para ello, pero queremos resolver el incidente de otra manera.»

¿Se me reprodujo fielmente su discurso? ¿Encontrar algún artículo adecuado? Testigos presenciales me aseguraron que lo había dicho exactamente así.

Pero me estoy apartando del tema, mejor dicho, del subtema de este capítulo, de mi expulsión de la asociación de periodistas. Como en diciembre no había recibido la más mínima notificación, llegué a sentirme francamente intranquilo. ¿Es que quizá no querían expulsarme? En enero pagué personalmente

mi cuota en la asociación. Una colaboradora de la asociación de periodistas me susurró que la nueva secretaria era una..., bueno, una de mala uva. El camarero del restaurante del club se alegró de verme y me dijo que ahora sólo venían tipos avinagrados. La encargada del guardarropas me contó lo más reciente: alguien había propinado unas cuantas bofetadas a Rohacek, allí, detrás de la cortina.

Como nadie se preocupaba de mí, me seguía considerando periodista, y así lo hacía constar en todos los documentos. En junio me enteré de que iba a celebrarse un congreso de los periodistas libres, a los cuales yo también pertenecía. Como no había recibido ninguna invitación, escribí a la junta, por si se trataba de un error administrativo. Del escrito de respuesta se deducía que yo ya estaba expulsado de la asociación desde el 20 de diciembre y por tanto no se me había invitado a aquel acto. El asunto estaba del todo claro. Pero ese escrito procedía de un tal señor Prochazka, secretario de la comisión encargada de preparar el congreso de periodistas, y firmada por la dirección de trabajo de la asociación de periodistas checos. Eso me dio motivo para comunicar a la junta directiva de la asociación que un tal señor Prochazka seguramente se había apoderado de los papeles de cartas con membrete y del sello oficial de la asociación. Era por lo visto, una broma de aquel señor, completamente desconocido en los círculos de periodistas y que además ponía su firma al pie del escrito de una junta no existente en los estatutos de la asociación. Mi carta quedó sin respuesta. Por tanto seguí considerándome miembro de la asociación y utilizaba mi carnet de periodista, aunque sólo para sacar entradas oficiales de funciones de cine, ya que con un carnet de periodista se tiene derecho a sacar entradas incluso quince minutos antes de que empiece la proyección. Muy cómodo, ¿no es verdad? Una vez quisimos ir tres al cine, aunque para un carnet sólo dan dos entradas. Traté de convencer a la señora que estaba en la taquilla de que me diera una entrada más. Afirmó que no disponía de ninguna y apartó mi carnet sin dirigirle una sola mirada.

—¿Ni siquiera para los de *Rude Pravo*?

Me sonrió amistosamente y replicó:

—Pero, señor Pachman, yo sé muy bien que usted no trabaja en *Rude Pravo*. Le daría gustosamente una tercera entrada, pero no tengo ninguna más.

Mi mujer me reprocha que la avergüenzo en todas partes,

pero es que ella lo toma demasiado en serio y me censura también que lea en público *Rude Pravo*. El caso es que la taquillera me arrojó las entradas como a un perro sarnoso al mismo tiempo que apartaba mi carnet. Entre nosotros hace mucho tiempo que los periodistas no son tan queridos como en 1968.

A principios de noviembre parecía como si nuestro plan de tener invitados infantiles en nuestras navidades no pudiese cuajar. El viernes siguiente deberíamos recoger a nuestro agregado familiar, para que se acostumbrase a estar entre nosotros un poco como en casa, pero el martes anterior me enteré de que el doctor Tesar y algunos dignatarios evangélicos, el párroco y el vicario del distrito eclesiástico en Vrsovice, un profesor de filosofía y otros más habían sido detenidos. Hasta ese momento no supe que el doctor Tesar pertenecía al credo evangélico. Nunca había mencionado eso delante de mí. Aquella noticia me intranquilizó mucho, no sólo a causa de Honza, sino porque varios evangelistas se contaban entre mis amigos personales más allegados. En diciembre de 1970 había estado incluso pensando si debía adherirme al credo evangélico; me parecía menos pomposo. Luego pensé de otra manera. «Un solo rebaño y un solo pastor...», eso era lo que se había dicho. Y entre nosotros había unas seis Iglesias evangélicas distintas que no podían ponerse de acuerdo entre sí. ¿Por qué no lo hacían, si ya no confiaban en los papistas? Esta opinión la mantuve ante mis amigos evangélicos, a pesar de lo cual seguimos siendo amigos, porque ya no existe ningún Calvino que haga llover fuego y azufre por tales palabras.

Al día siguiente quise visitar sin falta a la señora Tesar y a sus tres hijos, pero cuando me puse en camino por la mañana tuve que cambiar rápidamente de dirección porque vi que me seguían en un Simca y en un Volha. Me pareció ver también un tercer coche, un Cortina. La cosa volvía a enredarse, pensé. Ahora me vigilan por mis relaciones tomándome por un evangelista, a pesar de que *Rude Pravo* había descrito muy detalladamente el tema de mi religión. Aunque es posible que la policía secreta no lea ningún periódico del partido.

Traté de dejarlos atrás, pero mi coche Skoda, ya que el Simca 1501 había tenido que venderlo a causa de motivos pecuniarios, se mostraba bastante inadecuado para esta maniobra. Hice un nuevo intento, doblé a la derecha hacia el puente de Carlos, a una velocidad de treinta kilómetros, y luego torcí a la izquierda para meterme en una callejuela que lleva al Klarov.

Allí, sin respeto a las prescripciones del tráfico apreté fuertemente el acelerador. Los dos coches que me seguían se quedaron a bastante distancia. Al final de aquella callejuela se tuerce de nuevo hacia la izquierda en dirección a Klarov, a la derecha hay un callejón sin salida que desemboca bajo el puente del Kampa. Así pues, hacia la derecha. Pero el Simca seguía estando en mi espejo retrovisor. Mala suerte otra vez. Poco después de doblar la esquina hay otro callejón sin salida. Me metí y aparqué entre varios coches. En cuestión de segundos se me acercaron los tres perseguidores. Arranqué hacia el cruce que lleva al Klarov. Entonces se me ocurrió la idea de dejar, por motivos muy concretos, que me siguieran tranquilamente el rastro. Por eso les esperé. Volvieron a hacerse visibles al cabo de unos siete minutos. Saludé con la mano y conduje en dirección a Dejvice. Allí aparqué ante la Casa Central del Ejército; mis tres perseguidores buscaron también rápidamente un sitio donde aparcar. A la entrada estuve hablando de algo con el portero. Y luego dos funcionarios uniformados trajeron un voluminoso paquete que metieron en mi coche. Inmediatamente saltaron dos muchachotes del auto Volha, que había aparcado muy cerca del mío, y se lanzaron con rápidos pasos hacia la entrada. Yo arranqué, los tres coches detrás de mí, pero el Volha sólo con el chófer.

En Holesovice aparqué a una manzana de distancia de la casa de Vaculik. Pegado a mí se quedó el Volha, cuyo ocupante me siguió hasta la casa. Naturalmente, él no sabía cuál era el contenido de mi gran paquete. Creía que se trataba de una cosa sucia, pero la «cosa sucia» era un modesto acuario que pertenecía a una antigua empleada de la Casa Central del Ejército, a la que acababan de echar del partido y luego de la Casa del Ejército. Me había rogado que le llevase el acuario a Ludvik.

Cuando entré en el ascensor, el bajito pero muy forzado muchachote entró detrás de mí. Se comprimió en el ascensor y yo pregunté cortésmente:

—¿A qué piso, por favor?

—Al mismo que usted.

Apreté el botón para el tercer piso, a pesar de que Ludvik vive en el quinto, y empecé a charlar con mi perseguidor. Le manifesté que no se debe seguir a la gente llamando tanto la atención. Él debería ir con más frecuencia al cine para ver una excitante película detectivesca, y así podría aprender mucho.

Cierto que yo no sabía cuáles eran sus ingresos, pero por un trabajo tan chapucero incluso 500 coronas sería demasiado. El hombre empezó a maldecir. Decididamente, el dominio de sí mismo no era su lado fuerte. Era empleado subalterno, eso lo sabía yo por experiencia. Los cargos superiores saben dominarse mejor y se esfuerzan en mantener una conversación más inteligente, cosa que también consiguen en casos excepcionales. En el tercer piso, abrí la puerta.

—Por favor, hemos llegado.

Salió, cerré la puerta y quise apretar el botón para seguir hacia arriba, pero él se lanzó contra la puerta con todo su corpachón, la desencajó literalmente y voló hasta la pared opuesta. Seguimos ascendiendo juntos. Con gran asombro por mi parte, me dejó indemne, lo que a pesar de todo era una señal de dominio de sí mismo, pero, para mayor seguridad, no proseguí la conversación iniciada. Salimos, llamé en el piso de los Vaculik, y Ludvik y Madla aparecieron juntos bajo el dintel.

—Fijaos en éste —dije—. Desde primera hora de la mañana me viene pisando los talones de este modo idiota.

Inmediatamente tronó Ludvik:

—¿Cómo se permite usted eso, hombre? En cualquier país decente se sigue a alguien con tanta cautela, que no se nota nada. ¿Y usted? Si no aprende a hacerlo, será mejor que se quede en casa. Es un descaro esto.

El hombre echaba chispas. Nos gritó que éramos nosotros los que teníamos que aprender.

—Pero primero le enseñaré yo a usted —dijo Ludvik, dando un paso adelante—, porque ahora voy a arrojarlo escaleras abajo.

El hombre emprendió sorprendentemente la retirada. Al fin y al cabo estaba aislado y nosotros éramos tres.

Un cuarto de hora más tarde bajamos. El coche Volha había desaparecido; en su lugar estaba un seiscientos tres negro. Hacía ya mucho tiempo que Ludvik llamaba a estos coches «enemigo de clase». Toleraba mejor a los Volhas, aunque fuesen negros.

El enemigo de clase nos seguía a unos tres metros de distancia, otros dos coches iban detrás a intervalos prudenciales. Ensayé un truco simple. Antes del cruce reduje la velocidad y pasé con luz amarilla. Esto no les detuvo. Los tres pasaron con luz roja detrás de mí.

Ludvik declaró que sería mejor que llevase él solo el acua-

rio a su propietaria. ¿Para qué necesitábamos echarle encima a toda la jauría? Aquello me pareció insensato. De cualquier modo los señores perseguidores averiguarían quién era el propietario del acuario. A pesar de eso, me detuve junto a la oficina de correos de Smichov; Ludvik se bajó y continuó en el tranvía. Inmediatamente se apeó del enemigo de clase un hombre que emprendió su persecución. Los demás continuaron conduciendo detrás de mí hasta que llegué a la puerta de casa. Aparcaron en nuestra calle. Era un asedio en toda regla.

Ludvik me llamó por teléfono para contarme su viaje a Malesice y regreso. Después del recorrido común en el tranvía, el perseguidor se quedó esperándole delante de la casa y volvió a subir con él al tranvía para el regreso, pero se sentó discretamente en el otro extremo. Ludvik estuvo examinándolo un rato, luego se sentó junto a él y empezó a hablarle amistosamente.

—Duro servicio el suyo, ¿verdad?

El hombre asintió y se mostró muy locuaz. La gente cree que se trata de una gollería, pero no hay nada de eso. Ludvik hizo acopio de valor y propuso que, para ahorrar tiempo, se podría tomar un taxi entre los dos para el viaje de regreso. El hombre se mostró de acuerdo, pero dijo que necesitaba un comprobante de gastos. Ludvik prometió entregarle el comprobante, tomaron el taxi y, con una conversación muy animada, regresaron hasta Holesovice.

Escribí seguidamente una nueva reclamación dirigida al ministro del Interior en la que expresaba que me sentía físicamente amenazado porque los vehículos avanzaban completamente pegados a mi auto y violaban además las normas de circulación, puesto que en los cruces seguían avanzando incluso cuando los semáforos estaban en rojo. Todo aquel teatro suscitaba el espanto de mis vecinos, por tanto se trataba también de un acto de terror psíquico. Tampoco esta carta tuvo contestación.

Respecto a este asunto, un joven de nuestra vecindad hizo un descubrimiento curioso. Al volver a su casa la noche anterior ya bastante tarde, tropezó en el jardín de sus padres con tres muchachotes. Les preguntó cómo habían entrado allí y qué eran lo que buscaban.

—Quítate de delante o vas a meterte en un lío.

La respuesta permitía deducir que el humor de aquellos muchachos no había mejorado mucho con la vigilancia nocturna.

No fui yo el único que estuvo tan fastidiado durante aquellos

días. Del mismo modo persiguieron a F. Janouch, un excolaborador científico del Instituto de Física Nuclear. Sólo le dejaron en paz cuando se negó a permitir que registrasen su portacarpas. Lo curioso era que lo habían confundido con Karel Kyncl. Este último ensayó en un cruce de calles mi viejo truco. Me contó que a pesar de haber conducido estrictamente conforme a las ordenanzas, y en cambio sus perseguidores haber pasado todas las luces rojas, hacia el mediodía recibió una visita en el hospital donde trabajaba como archivero. Dos señores de uniforme le pidieron su carnet de conducir y afirmaron que había pasado estando las luces en rojo. Se defendió diciendo que de eso a quienes tenían que culpar en cambio era a los perseguidores, pero fue inútil. Al despedirse, uno de aquellos dos señores le alargó la mano. Sobre lo que ocurrió después existen dos versiones. Según declaración de los policías, Karel dijo: «No le doy la mano a ningún gángster.»

Según la declaración del propio Karel, confirmada por una enfermera que estaba presente, su frase fue algo distinta:

—¡Entre gángsters no se da la mano!

Karel explicó que con eso había querido decir que, como a él se le trataba como a un gángster, no tenía derecho a darles la mano a personas decentes.

Como quiera que sea, el caso es que contra Karel se siguió procedimiento judicial por insulto a fuerza armada y por lo pronto le fue retirado su carnet de conducir durante el espacio de seis meses «por no haber respetado las señales de semáforo».

En la mañana del viernes nuestra casa seguía rodeada. Le pedí por teléfono al señor doctor Zahora, expresidente de nuestra organización del partido, que viniera a visitarme, porque lo necesitaba como testigo.

Nos trasladamos juntos en el coche a la fiscalía del distrito y en el primer cruce de calles encajó todo maravillosamente. Estuvo en un tris que me arremetiese por detrás el enemigo de clase. Se detuvo a pocos centímetros de mi parachoques trasero. Comunicué todo eso en la fiscalía, se levantó acta de la denuncia y el doctor Zahora fue admitido como testigo. Como otros testigos cité a Madla y Ludvik Vaculik. Ya por la tarde habían desaparecido todos los puestos de vigilancia de nuestra calle. ¿Casualidad? ¿O habían comprobado de pronto que no pertenezco al credo evangélico? ¿O al final había servido de algo la intervención de la fiscalía? Pero de mi denuncia no recibí la menor noticia. También quedó sin contestar la denuncia



que formulé contra autores desconocidos por ejercer presiones ilegales e injuriar a un representante de la república. En mi cartapacio encontré un día un opúsculo de varias páginas en el que se afirmaba que J. Smrkovsky fue un agente de la Gestapo. Esta «afirmación» se probaba con los mismos argumentos con que en los años cincuenta Smrkovsky fue declarado «convicto» y condenado. Con posterioridad fue rehabilitado total y públicamente.

Pero al anochecer del viernes hubo todavía en la familia una pequeña fiesta. Mi mujer trajo de Klanovice al pequeño Milan. Después de la cena jugamos con él diversos juegos y lo instamos a que nos contara su vida. El padre abandonó a la familia cuando Milan tenía tres años de edad. La madre ha desaparecido hace dos años. La han buscado por todo el país. Milan nos dijo que su hermana Jana, dos años mayor que él, estaba también en el orfanato. Inmediatamente decidimos que la niña pasara con nosotros su duodécimo cumpleaños en la semana siguiente e invitar a Jana y a Milan a celebrar con nosotros las Navidades y otras fiestas.

Al día siguiente paseamos con Milan por Praga. Visitamos el gran laberinto y la vista panorámica de la batalla de la Montaña Blanca. Le conté también la batalla contra los suecos en el puente de Carlos. El niño no quería creer que esa guerra hubiese terminado precisamente en medio del puente de Carlos. Luego visitamos el parque de cultura Jilius Fucik con sus muchas atracciones. Hacia mediodía estábamos enormemente cansados. A pesar de eso, fuimos aún al Jardín Zoológico, pero tuve que renunciar a los leones. Mi mujer siguió acompañando al pequeño. También nuestro programa dominguero fue muy variado.

Al anochecer lo llevamos de regreso a Klanovice. Nos rodearon unos diez niños, sólo Jana se quedó tristemente apartada. Eugenio la cogió por un brazo y le dijo que queríamos celebrar juntos su cumpleaños. En la fiesta de cumpleaños hubo también otros pequeños invitados, entre ellos Ladik Nepras, pero a quien Jana y Milan preferían era a Monika Lederer. Una criaturita deliciosa de algo más de dos años y a la que yo llamaba Monika-Armónica. Le gustaba eso tanto, que estaba constantemente repitiéndolo.

En Nochebuena, Jana adornó ella sola el árbol de Navidad. Milan me ayudó a hacer los bollos de navidad rellenos de pasas; con este motivo comió un montón de pasas, por lo cual nuestros

hollos quedaron parcamente rellenos, pero eran dignos de una exposición. Fue mi primera hazaña como pastelero. Hubo una alegría gigantesca con los regalos. Naturalmente los niños no querían acostarse. Los llevamos con nosotros a la misa del gallo. En san Wenceslao la gente estaba tan apretujada que apenas pudimos abrírnos paso. A causa de una pequeña escaramuza entre policías y jóvenes alborotadores a la puerta de la iglesia, el señor párroco tuvo que interrumpir su homilía.

También en la Nochevieja los niños resistieron hasta medianoche y recibieron un poco de vino para brindar. Jana opinó sentenciosamente que no sabía qué encontraba la gente en el vino, pues la limonada sabe mucho mejor, pero Milan se portó como hombre de mundo e hizo como si le gustase la insólita bebida.

Lo más hermoso eran las visitas al cine con los niños. Charlaban entusiasmados sobre lo que habían visto. Después de una película de indios Milan expuso diversas teorías sobre la mejor manera de defender un fuerte. Las discusiones más fuertes se entablaron acerca de una película rumana sobre las luchas de independencia contra los turcos. Había allí un príncipe... he olvidado su nombre, pero era muy valiente. Milan se enfadó muchísimo porque nuestro Rodolfo II no corrió en su ayuda a pesar de que se decía amigo suyo. En verdad, le dio una puñalada por la espalda, lo que a Milan le pareció completamente indignante. Le expliqué al jovencito que los príncipes y los emperadores tenían precisamente esa costumbre y que también hoy es eso lo usual en el mundo. Milan se aseguró que si él tenía un amigo, como, por ejemplo, Ladik, nunca ocurriría una cosa así.

Cuando llevamos los niños de vuelta a Klanovice convenimos en ir a recogerlos de nuevo al cabo de dos semanas. No hubo nada de eso.

## 26

### ¡Usted viene con nosotros!

Casi se me había olvidado mencionar las elecciones de noviembre. Fuera de mis propias experiencias sé muy poco sobre ellas. Ni fuimos a verlas ni depositamos nuestros votos. Aproximadamente una semana antes de las elecciones vino a visitarnos un agitador. Un hombre muy decente; ni siquiera se enfadó al enterarse de que no íbamos a participar en la elección. Hablamos exclusivamente sobre cuestiones de cibernética.

El segundo día de elección —era un domingo— vino corriendo a nuestra casa, muy excitada, una vecina y por una rendija de la puerta le dijo a mi suegra, que les disculpáramos, pero que ellos iban a votar, porque en nuestra calle todo el mundo iba a participar en la elección. Me extrañó por qué habría venido precisamente para comunicarnos eso y por qué se tenía que disculpar. Nosotros no habíamos hablado con nadie de las elecciones. ¿A qué, por tanto, esa excitación?

Varios amigos nos contaron que miembros de la comisión electoral los habían buscado el domingo a mediodía con las urnas y les habían preguntado si no se habrían olvidado de ir a votar. Me escamó francamente que nadie viniera a decirnos lo mismo. Incluso teníamos preparado un pequeño refrigerio.

Posiblemente el Frente Nacional quería renunciar a nuestros votos.

Pero dos experiencias de amigos míos, que me las contaron después de las elecciones, son dignas de mención.

Un exredactor jefe, hoy techador, saludó en la puerta a los dos agitadores y preguntó qué deseaban.

—Venimos por lo de las elecciones.

Preguntó, asombrado, que qué elecciones eran esas. ¿Hay ahora elecciones?

—¿Cómo, compañero, no te has enterado de que dentro de tres semanas tendremos elecciones?

Él no se interesaba por eso; era un simple trabajador, no tenía tiempo para la política. Por lo visto, los dos no lo conocían personalmente, porque se mostraron muy afables y rogaron poder seguir. Luego empezaron a explicarle que la clase trabajadora es la clase gobernante y que por eso él debía defender sus derechos.

—Pero yo no querría gobernar; soy techador y cubro tejados.

Le objetaron que la cosa no era así; si los trabajadores dejaban de gobernar, vendrían de nuevo los capitalistas. Se hizo el asombrado y preguntó de dónde iban a poder venir. Bueno, pues del occidente imperialista. Por último les preguntó a qué partido iban a elegir ellos. Contestaron que a ningún partido; sólo habría una lista única de candidatos.

—Pero, entonces, díganme ustedes para qué tendría que ir yo a votar, si sólo hay una lista de candidatos. Entonces ya se sabe de antemano quien va a ser elegido. Será mejor que me quede en casa y así tendré tiempo para trabajar en el jardín.

Esa era una postura equivocada; mediante la participación en las elecciones había que demostrar la compenetración con el socialismo y apoyar a los candidatos del Frente Nacional. Cuando les preguntó quién era el candidato de ellos, le comunicaron orgullosamente que el compañero Gustav Husak era su candidato para la Asamblea Federal.

—¿Husak? —preguntó él—. ¿No es ese uno muy corpulento que siempre está hablando por la televisión? No tiene un aspecto muy simpático, que digamos.

—Compañero, no elegimos a los candidatos porque sean fotogénicos, sino porque son buenos políticos. A nuestro candidato para el Frente Nacional de Praga lo conoces tú, vive por cierto aquí en la calle, el compañero...

—¿Qué me dicen ustedes? ¿Ese mocetón? Pero en el año 1968 tenía la boca llena de renovación y democracia y ahora dice exactamente lo contrario. Desde luego a ese no lo elegiré.

Se quedaron visiblemente perplejos y prometieron volver en otra ocasión; mientras tanto, él debía reflexionar concienzudamente sobre el asunto. Volvieron, se limitaron a dar con caras de pocos amigos la papeleta electoral y no preguntaron en absoluto si había reflexionado. Probablemente se habían enterado mientras tanto de quien se trataba.

En la familia de otro amigo, el hijo varón estaba precisamente a punto de terminar el bachillerato. Por eso el consejo de familia decidió que los padres no irían a votar, pero el hijo sí. Si quería, podía esconderse detrás de la cortina. Allí podía hacer lo que quisiera, pero en cualquier caso tenía que votar, porque de lo contrario mandarían aviso al instituto y eso podía costarle el título. Ciertamente prorrumpió en maldiciones, pero fue a votar en compañía de sus condiscípulos, que tenían el mismo problema. A la entrada estaba una mesita donde recibieron las listas de candidatos con los nombres cuidadosamente subrayados. Unos cuantos pasos más allá les alargó un hombre un escrito firmado por el alcalde de Praga. El señor corregidor daba las gracias a los jóvenes electores por su primera participación electoral y les explicaba algunas cuestiones del socialismo. Los jóvenes no pudieron entrar detrás de la cortina, porque aquello era tan diminuto que, desde todas partes, se podía ver lo que hacían, metieron el escrito del señor alcalde en el sobre y se guardaron las listas de candidatos en los bolsillos para demostrar que habían votado conforme a las normas.

Seguidamente uno de los hombres que estaba a la entrada se lanzó hacia ellos.

—¿Qué habéis metido en las urnas?

El papel que nos dieron ustedes a la entrada. ¿Por qué? ¿Es que no debíamos hacer eso?

El hombre se lamentó de que eso era una estupidez; aquel escrito no era más que un recordatorio de las elecciones. ¿Y dónde estaban las listas de candidatos? Las habían metido en el mismo sobre. Eso lo tranquilizó, volvió con ellos a su mesita y les regaló dos nuevos diplomas.

Cuando el hijo volvió a casa colocó sus diplomas en el retrete, donde se encontraba ya una pequeña exposición familiar de piezas análogas. Tres menciones cuidadosamente enmarcadas por méritos contraídos en la estructuración de la república

socialista, un premio de periodismo y condecoraciones militares. Cuando su padre advirtió el aumento de la colección, casi estuvo a punto de dar bofetadas a su retoño. Eso lo consideró injusto el hijo: lo que el padre hacía, también podía hacerlo él. Cuando unos dos meses más tarde se realizó un registro en casa de mi conocido, descubrieron los policías la exposición y llamaron inmediatamente a una mujer para que fotografiase la totalidad, pero de forma que pudiesen distinguirse tanto los diplomas como el lugar donde estaban colocados. La pobre mujer ensayó toda clase de posturas: sentada, en pie y tendida, pero ninguna le daba resultado. Hizo varias fotos y explicó que habría que superponerlas, pero en el juicio seguido contra el padre no se habló ni de la mencionada exposición ni del retrete.

El viernes 7 de enero apareció en mi casa el corresponsal de la Associated Press, señor Kramer. Anteriormente yo sólo le había concedido una corta entrevista en el curso de la cual me preguntó si me había apartado del comunismo y había ingresado en la Iglesia católica. Después de que le confirmé eso, recibí recortes de periódicos extranjeros en los que figuraba la entrevista, como también la historia de mi llamada borrachera al volante.

Ahora el señor Kramer quería despedirse de mí. Pensaba abandonar Checoslovaquia la semana siguiente y me preguntó si no quería concederle una nueva entrevista. No me apetecía mucho. ¿Qué iba a poder contarle? ¿Expresarme con frases sibilinas o decir que aún había que perseverar? En el extranjero eso ya no le interesa a nadie; para la gente es igual que esté Dubcek o Husak. Replicó que no, que no era igual, pero reconoció que el interés por Checoslovaquia efectivamente había disminuido. Por eso su agencia le había dicho que saliese de Praga, donde ya no se le necesitaba, y se trasladase a la Alemania occidental, donde podría haber noticias más interesantes, por ejemplo si el canciller federal, Brandt, viajaba a Moscú y, a su regreso, podía sostener la opinión de que el viaje había sido acertado. Finalmente convinimos en que le diría algo, pero, excepcionalmente, algo que no tendría que ver nada con la política, sino sobre la inminente lucha Fischer-Spasski. Ese es mi terreno, sobre eso puedo dar opiniones algo autorizadas. Sólo yo prepararía la entrevista, incluso las preguntas, porque el señor Kramer no entiende mucho de ajedrez.

Me dijo aun que sería maravilloso si, para cerrar su estan-

cia en el país, pudiera también tener una entrevista con Smrkovsky. Pensé «Eso desde luego sería maravilloso para ti y obtendrías succulentos premios, querido muchacho. Pero, ¿qué ocurriría si eso le trae dificultades a Smrkovsky?» Sin embargo le dije en voz alta que Smrkovsky sólo había concedido una única entrevista, para un periódico comunista italiano, y yo dudaba mucho de que quisiera decir algo a la Associated Press. No obstante, el señor Kramer insistió en que al menos yo debería preguntárselo a Smrkovsky. Me escribió cinco preguntas que yo le haría al interesado para concertar con él una entrevista. Prometí hacerlo de mala gana, y dejé la cuartilla con las preguntas sobre la mesa de mi despacho.

El sábado estuve de visita en casa de Kyncl y hablé de que pensaba transmitirle a Smrkovsky el ruego del señor Kramer, pero que opinaba que no era un asunto conveniente. Poco antes había convenido con Karel que iría a recogerle en la tarde del lunes al hospital para traerlo a nuestra casa. Ahora decidimos hacer una parada intermedia en casa de Smrkovsky.

La mañana del lunes examiné con más detenimiento la cuartilla de Kramer. Lo primero que leí fue la última pregunta:

«Señor Smrkovsky, en nuestro país se afirma que usted fue uno de aquellos políticos checos que en mayo de 1945 impidieron que el ejército norteamericano liberase Praga. Si eso es verdad, ¿qué opina usted hoy de esa actitud?»

Contrariado, rechacé la cuartilla. Aquello no se lo enseñaría a Smrkovsky; no quería que tuviese que censurármelo. Porque cualquier niño sabe la historia de cómo Churchill trazó en Yalta una lista de varios estados europeos sobre un pedazo de papel. Detrás escribió, calculada en tantos por ciento, la medida de la influencia de occidente y del este en cada uno de los países. Stalin tomó en sus manos aquel papel, asintió aprobadoramente con la cabeza, se echó a reír... y de este modo recayó la decisión sobre el destino de la Europa oriental. Todo se desarrolló más rápidamente que la venta, por ejemplo, de una cámara fotográfica usada. Ciertamente Stalin no tomó demasiado en serio aquel dictamen. Respecto a nosotros, la influencia debía ser de un cincuenta por ciento. Stalin, en el año 1948, con ayuda de sus fieles, incluyendo mi insignificancia y la de casi todos los que son hoy mis amigos, cambió esta proporción en ciento por ciento a su favor. El hecho de que la cantidad haya seguido siendo la misma desde entonces nunca ha excitado en demasía a nadie.

Si ahora Smrkovsky, del modo que sea, ha caído en la cuenta de lo que fue planeado en Yalta, ¿qué tendría que responder hoy al señor Kramer? ¿Que él era comunista y que como tal deseaba la liberación de todo lo que se fundase en la conciencia de clases? La cuartilla del señor Kramer se quedó encima de la mesa de mi despacho y cambié mi plan. Quería traer a Karel directamente a casa y posiblemente hacer con él una corta escapada a la casa de Frantisek Vodslon en Dobrichovice. En mi última visita trabajaba en el jardín, ahora hacía frío, por tanto tenía que estar dentro de casa, quizá aburriéndose.

Puntualmente a las 14,29 horas (no me gusta llegar demasiado tarde), aparqué delante del hospital. Ante mí estaba un coche Volha. Cuando bajé saltaron dos señores, uno me agarró por el brazo izquierdo, el otro por el brazo derecho, y el primero dijo con voz bien modulada:

—Usted viene con nosotros, señor Pachman, tenemos que hablar con usted.

Pedí que me comunicasen de qué teníamos que hablar. Eso ya lo sabría más tarde. No tenía tampoco ningún mandamiento por escrito. También de eso me enteré más tarde. Sólo uno de ellos exhibió ante mis ojos una especie de carnet y dijo que era el capitán Maxa y que había estado en nuestra casa en agosto de 1969 haciendo el registro domiciliario. Se trataba por tanto de un viejo conocido. Me llevaron a la Bartolomejska, allí me aguardaba un pequeño grupo. Primero quisieron registrarme. Basándome en los correspondientes artículos, exigí un mandamiento por escrito, pero en lugar de exhibir algún documento oficial me rodearon, me sujetaron con fuerza y vaciaron todos mis bolsillos. Por lo visto no habían encontrado lo que buscaban. Se echaron a reír cuando hallaron en mi cartera dos estampas de santos, estampas que yo solía comprarle en San Wenceslao a un inválido. No se olvidaron de hacer constar en la lista de mis cosas personales aquellas dos estampas de santos. Me quitaron las llaves del coche y me comunicaron que ya se ocuparían ellos del transporte de mi vehículo a casa. Dos de ellos se marcharon, otro se sentó frente a mí e inició la conversación. Si yo tenía relaciones con occidente podría escribir algo sobre él mismo en la prensa occidental, empezó diciendo. Repliqué que tenía relaciones, que él sólo debía darme su *curriculum vitae* y que eso tal vez podría interesar.

—¿Qué periodistas extranjeros, digamos de los Estados Unidos, conoce usted?



Conozco a un montón, y sobre todo a aquel espía holandés Verkijk sobre el cual él habría podido leer cosas en *Rude Pravo*. Verkijk no le interesaba; se limitó a parpadear al oír el nombre del espía. ¿Qué había de los americanos?

También conocía a muchísimos de ellos, respondí mientras pensaba febrilmente. De la visita a Kyncl y de la conversación allí mantenida no había hablado con nadie ni tampoco había hecho mención de la visita que me hizo el señor Kramer. Era seguro que Karel no habría hablado de eso; el pensamiento era absurdo. Por tanto, sólo quedaba una explicación: O bien en casa de Kyncl o en la mía existía un micrófono oculto. No, en mi casa desde luego no. Por consiguiente, en casa de Kyncl, porque nuestro encuentro a la puerta del hospital también se había convenido en casa de él y era totalmente visible que el coche Volha estaba esperándome delante del hospital. Sólo mucho más tarde me enteré de que Karel era detenido exactamente a las 14,30 horas al otro lado de la puerta de entrada.

Y mucho más tarde aún me enteré de que en el momento de mi interrogatorio estaba realizándose el registro de nuestra casa. Conforme a las normas de la ley de enjuiciamiento penal, un registro sólo debe realizarse cuando existe la fundada sospecha de que en la vivienda se encuentra el objeto relacionado con la investigación. Es trámite imprescindible que el acusado sea sometido previamente a un interrogatorio, en el cual, él mismo pueda declarar si los objetos buscados se encuentran en su domicilio o no. Naturalmente hasta entonces ni yo había sido interrogado ni había en curso contra mí ningún procedimiento judicial. Ellos eligieron el giro al revés: primero el registro de mi persona y el de mi casa, y, según el resultado de esos registros, formular las acusaciones. Si el resultado era negativo, siempre disponían de una «incriminación supletoria», y eso fue lo que ocurrió.

Eugenie es una mujer ducha en registros domiciliarios. Estuvo discutiendo con los policías y pidió que le enseñasen el mandamiento correspondiente, lo cual dio lugar a una larga serie de llamadas telefónicas con los grandes jefes. Luego ella exigió ininterrumpidamente que viniese un testigo imparcial, tal como está previsto en la ley de enjuiciamiento. Por fin le permitieron que llamase por teléfono al doctor Zahora para que viniese a nuestra casa. Hasta que no llegó el doctor, durante toda la discusión Eugenie no permitió que los agentes se sentasen. Tuvieron que permanecer en pie más de una hora.

Mientras tanto, vinieron a visitarnos los Hanzelkas. Habían sido invitados previamente para que juzgasen por sí mismos los progresos de Ucho. En compañía del jefe de la expedición de registro, Eugenie fue a la puerta y dijo, sin que el jefe pudiera impedirselo y con toda claridad, la clase de visitantes que tenía en casa. Los Hanzelkas se marcharon y fueron así los primeros en contar a nuestros amigos que ya me habían detenido de nuevo.

La enérgica actitud de mi mujer desagradó visiblemente a aquellos señores, porque el señor Reznicek, de quien tendré que volver a hablar más adelante, me dijo en un interrogatorio que mi esposa ejercía sobre mí una nefasta influencia.

Finalmente, cuando llegó el doctor Zahora, pudo empezar el registro. En seguida encontraron la cuartilla sobre mi mesa. Uno de los señores se marchó al momento con su botín. Luego registraron mi biblioteca con penosa acritud, aunque dejaron tranquilos el libro sobre Stalin, los «Recuerdos y reflexiones» de Fischer y la «Confesión» de London. Nuestra discoteca, en cambio, les interesó extraordinariamente.

—¿Tienen ustedes aquí valeses?

—Tenemos muchos valeses —respondió Eugenie—. Valeses de Chopin y de Smetana.

—¿No hay nada de Strauss?

—No, no tenemos valeses de Strauss —dijo Eugenie, con visible alivio, porque el día anterior habíamos prestado nuestra música de Strauss.

—¿Recibe su marido también discos del extranjero?

—Sí, alguien nos enviaba muchos discos, pero ahora ya no envía ninguno.

Inmediatamente quisieron saber quién era ese alguien.

—Un amigo de Moscú; hemos cambiado discos nuestros por discos soviéticos. Si quieren ustedes, pueden mirar los discos soviéticos.

Los miraron y se quedaron sorprendidos.

Examinaron dos máquinas de escribir y un montón de material escrito, entre otras cosas un capítulo de mis recuerdos; titulado «Tiempo de descanso», el cual describía mis experiencias desde diciembre de 1970. Se lo llevaron. ¡Loco de mí!, yo pensaba por aquel entonces que el tiempo de descanso había empezado. También se llevaron la carta del obispo de Praga. La reclamé más tarde. Se negaron a devolverla y afirmaron que en un procedimiento judicial aquella carta podría servir de

prueba de que el obispo apoyaba mis actividades criminales. Lo curioso es que eso me lo dijeron después de ponerme en libertad. Me dolió lo de la carta. Le comuniqué al obispo mi pérdida y recibí de él una contestación concebida poco más o menos en los siguientes términos: «Querido hijo, eso no tiene ninguna importancia. Nunca doy pie para ninguna clase de acción judicial; a los hombres sólo les transmito mi bendición y eso no está prohibido.»

El registro domiciliario duró unas cinco horas, bastante menos que la primera vez. Todo aquel tiempo estuve en la comisaría de la Bartolomejska. Al cabo de varias horas me trasladaron a la acera opuesta. En la anterior figuraba el letrero «Administración de distrito», en la segunda: Ministerio Federal del Interior, Departamento de Investigación del Servicio de Seguridad del Estado. Me habían ascendido.

Me sentaron junto a la máquina de escribir y manifestaron que querían extender un acta. Exigí una comunicación por escrito sobre el comienzo del proceso, a lo que replicaron que aún no estaba ni procesado ni detenido, sino que únicamente me estaban interrogando. Eso sonaba algo más esperanzador. Por eso me decidí a declarar aun en ausencia de mi abogado. Quizá no encontraban nada contra mí y me dejaban marchar. Salió luego a relucir mi ya mencionada conversación difundida por la radio holandesa. ¿Por qué empezaban ahora a preocuparse de eso, medio año después de que hubiese ocurrido? ¿No podían haberme detenido antes y no de un modo tan estúpido? Seguramente sólo era un pretexto. Querían saber alguna otra cosa.

Sobre aquella conversación difundida por la Radio Hilversum II estaba dispuesto a declarar. Era un asunto absolutamente trivial que no podía dar motivo alguno para un proceso. Además, ya todo había estado escrito y tomado en cinta magnetofónica, ¿para qué, pues, este interrogatorio?

En medio de la conversación irrumpió en el despacho un hombre que ondeaba triunfalmente la cuartilla del señor Kramer. Manifestó que ahora íbamos a hablar claro, cosa que no me sorprendió especialmente. Se veía que lo tenían todo tramado con relación al periodista americano. También yo tenía pensada ya mi respuesta. Era insensato querer silenciar el nombre del señor Kramer. Primeramente ellos tenían en la mano la cuartilla escrita por él, era una pequeñez identificar al autor, y en segundo lugar el señor Kramer, en caso de que lo acusaran,

tenía todas las de ganar. En el peor de los casos, lo expulsarían de Checoslovaquia, con lo cual no harían más que adelantar el viaje que tenía preparado para el jueves. Llegado a Francfort, prepararía una gran conferencia de prensa con televisión y bombo y platillo, y obtendría así succulentos premios y un ascenso. La cosa no podría menos que llamar la atención. Al fin y al cabo, también Dick se habría merecido su obligado viaje. Entre colegas hay que ayudarse. Eso significaba que ahora yo tendría que cargárselo todo al señor Kramer. Dicté la historia con gran placer en mi declaración, subrayé que Smrkovsky no sabía absolutamente nada del asunto, porque finalmente me había decidido a no visitarlo sobre el particular, como demostraba la cuartilla que había dejado sobre mi mesa. Ciertamente que Kramer quería venir a visitarme el martes. En ese momento yo le devolvería la cuartilla de las preguntas con la observación de que la pregunta sobre la liberación de Praga era inapropiada. Los señores estaban visiblemente muy decepcionados por el hecho de que la granada de obús que habían disparado no llegase a estallar.

A pesar de eso, insistían:

—¿Y estaba enterado el señor Kyncl?

¿Por qué había de estar enterado el señor Kyncl?

Naturalmente él no sabía nada, ni siquiera sé si conoce a Smrkovsky. Yo lo conozco, eso ya figura en el acta. Esta afirmación los decepcionó aún más.

Aproximadamente a la una de la noche se me comunicó la decisión de que iban a procesarme por agitación y daños a los intereses de la república en el extranjero. Ahora tenía motivos para excitarme, porque en aquella comunicación, junto a las frases ya mencionadas, se aducían también dos duras expresiones que yo nunca había utilizado. Recordaba que las había utilizado Sling, pero apenas podía confundirse mi alemán con su inglés. Posiblemente ello no habría bastado para una orden de arresto, por eso fue amañado.

De ese punto no tenían ellos ya que preocuparse, porque entre nosotros, en los casos en que se decreta la detención nadie tiene libertad para hablar, por lo menos es una libertad que no ha existido hasta ahora. Desde luego a Ángela con sus dos pistolas no la habrían dejado en libertad.

Consiguientemente presenté *ipso facto* la reclamación de que se me achacaban algunas expresiones que yo nunca había utilizado y que tampoco se encuentran en los apuntes tomados

por el servicio de seguridad sobre mi entrevista. Las expresiones que empleé efectivamente fueron investigadas y se comprobó que en ningún caso podían clasificarse como figura delictiva. Además, no comprendía por qué habían de detenerme ahora, siendo así que la conversación fue difundida a finales de agosto y estábamos ya en enero.

En la comunicación no se hablaba para nada de los señores Kramer y Smrkovsky. El señor Kramer hizo su viaje conforme al plan que tenía proyectado. El martes antes de su marcha fue a visitarnos a nuestra casa y se enteró de que yo estaba detenido, hecho éste sobre el cual pudo extender rumores aún más sensacionalistas. Cuando se marchó, no sospechaba que la cuartilla escrita por él se encontraba en la Bartolomejska. Los funcionarios del servicio de seguridad seguramente se habían hecho las mismas reflexiones que yo y habían renunciado a contribuir a que le dieran un premio. Aproximadamente a las tres de la madrugada me trasladaron a la calle Konviktska. Ahora me veía metido en una celda del sótano de la misma casa en cuyo primer edificio estaba aquel comandante al que yo había ofendido tanto con mi comparación con los policías de la república del Chad. Sentí mucha curiosidad por si bajaría a espiarme por la mirilla.

Cuando me desnudé, el guardián me arrebató la chaqueta. Mis gafas se cayeron de un bolsillo y se rompieron. El investigador estaba aún presente, por lo cual le entregué los restos y le rogué cortésmente que se los diese a mi mujer para que me enviase otras gafas. Prometió hacerlo, desapareció y seguí sin recibir ningún comunicado sobre la detención, sino únicamente sobre el inicio del procedimiento judicial, y no es lo mismo una cosa que otra.

El desayuno, una especie de refrigerio con algo llamado café y un pedazo de pan seco, me lo trajo una celadora a la que yo conocía de los tiempos de Ruzyn. La saludé, le pregunté por su salud y por el motivo de encontrarse ahora aquí. Dijo que así estaba más cerca de su casa, pero aquello era desde luego un subterfugio, porque posteriormente me enteré en Ruzyn de que allí se habían «reconstruido los cuadros de mando». Ahora habían cambiado a los «guardianes poco sólidos» que habían estado allí en la época de las reformas de 1968-1969. Aquella celadora era joven, seguramente correspondía al tipo «poco sólido». Me molestaba que perteneciese al género femenino, pues en aquella celda existía el retrete de pie y sin cortinas.

Decidí frecuentarlo únicamente al anochecer, cuando estaban allí los guardianes.

Al día siguiente sufrí un nuevo interrogatorio y sólo al tercer día compareció el fiscal Balas, pues mi antiguo conocido del año 1970, el que entonces era un poco menos funcionario oficial, fiscal Kaska, había sido relevado. Antes de la importante visita, el guardián entró en mi celda y me alargó una declaración para que la firmase. En ella se expresaba que las gafas se me habían partido por pura casualidad. El fiscal quiso que yo confirmase lo mismo en un acta. ¿Para qué tantas formalidades a causa de unas gafas? Dijo que Eugenie había comparecido con las gafas rotas ante el fiscal general de la república y había afirmado que desde luego habrían tenido que golpearme; desde allí había ido a otras instituciones y había exigido una intervención inmediata. Me alegró que se me ofreciese la oportunidad de poder firmar otras varias veces. Seguramente en el exterior se deduciría de ello que me golpeaban espantosamente, puesto que firmaba todo lo que querían. Al señor abogado le dije que lo mejor sería que permitiesen que mi mujer me visitara lo antes posible. Él no adoptó postura ninguna sobre esto. Durante más de tres meses no hubo permiso ninguno para visitas.

Furioso por el hecho de que hubiesen vuelto a encarcelarme a causa de semejante tontería, hice constar una dura protesta en los autos. Durante catorce meses había estado en prisión sin que hubiese recaído sentencia alguna. Ahora exigía que o se me descontasen aquellos meses o que el caso fuese llevado ante los tribunales. Como, con aquello yo no había ganado ni perdido, se puso de manifiesto, porque también Tesar y Battek, naturalmente cada uno por sí mismos, habían sido condenados a causa de los «10 Puntos».

Al cuarto día me trasladaron a Ruzyn. Estábamos unas veinte personas, encadenados unos con otros, e íbamos sentados en el autobús en dos filas una frente a otra. Al principio no vi absolutamente nada, luego empecé a mirar en torno. El detenido que estaba sentado frente a mí me escrutaba fijamente, me sonrió cuando se encontraron nuestras miradas y se encogió de hombros como si quisiera decir: «Ahora ya no hay nada que hacer, ahora estamos dentro del cepo.» Cuando el autobús empezó a recorrer ruidosamente las calles y en el momento en que el guardián no miraba, aquella persona me susurró:

—Del asunto de Smrkovsky no sé nada, ¿está claro?

—Perfectamente claro —repliqué.

## De nuevo 4 × 2 metros y hospital

De nuevo estaba en Ruzyn, en el sótano, pero solo. Me entregaron un paquetito de mi mujer: cepillo de dientes, pasta dentífrica, jabón y dos tabletas de chocolate marca Suchard. Yo siempre pensé si este señor Suchard no sería un checo y originariamente se llamaría Sucharda. Me explicaron que las demás cosas no podía recibirlas. Quedarían en custodia. Porque mi mujer me había mandado también un abrigado jersey, una gorra, pantalones y babuchas, lo que al parecer iba en contra de las ordenanzas. A diferencia de los años 1969 a 1970, no se podía llevar prendas y ropa interior propias. La vestimenta era uniforme: largos pantalones pardos de entrenamiento y chaqueta, camisa y calzoncillos largos; para la noche unos calzoncillos algo más cortos y una segunda camisa. A las camisas les faltaban casi todos los botones; encontrar uno o dos botones era un caso de suerte. A los calzoncillos les faltaban los cordones. Mientras me esforzaba ansiosamente en encontrar algún cordón, los calzoncillos me caían hasta las rodillas.

Por lo que puedo recordar, durante la primera semana estuve una o dos veces en el patio. Luego, lo pasé mal. En el retrete, mi actividad intestinal sólo funcionó una única vez,

aquello había ocurrido en Konviktska, ahora también eso había pasado. En la visita médica pedí una medicina, recibí una, pero no sirvió de nada. Así pues, otra vez dejé de comer, pero sin anunciar la huelga de hambre. Porque después de mi llegada a Ruzyn el alcaide me hizo ir a su despacho y me dijo que si me declaraba en huelga de hambre, eso sería considerado como violación de la disciplina y castigado consiguientemente. Por tanto me limitaba a no comer nada; arrojaba la comida en el water y luego hacía correr el agua. Por lo menos eso era un placer. Por lo demás no había nada, ninguna lectura, nada de escribir, sólo mirar fijamente el vacío.

A causa de la absoluta inactividad, se ponían de manifiesto otras molestias. Soñaba que iba a asfixiarme, tenía nuevamente visiones angustiosas y sentimientos raros. Me acordé de aquella noche de Bohnice y traté de mantenerme en forma con ejercicios respiratorios. También creí oír el tic tac en mi interior. Cuando me llevaban por el pasillo para hablar con el alcaide, me parecía ver en torno blancos papeles y estar pasando a través de una doble fila de guardianes que me miraban con mucha seriedad.

Todavía cuando estaba en casa me sentía cristiano. Ahora era incapaz de rezar. En lugar de oraciones, me relacionaba con Dios mediante largos debates y en espíritu hablaba por ambos. Me decía a mí mismo que era muy pecador y contestaba que desde luego me corregiría, pero que por el momento eso no podía ser; sólo podría corregirme cuando estuviese en casa.

El guardián me vino a buscar para llevarme al interrogatorio. Me negué a ir y dije que me sentía muy mal. Al principio quiso simplemente llevarme arrastrando, pero luego lo pensó mejor y volvió al cabo de un rato con mi defensor, a quien yo había conocido hacía muy poco tiempo. Porque cuando quise presentar querrella contra *Rude Pravo* y la radio, llamé a mi antiguo defensor y le pregunté qué se podía hacer en ese caso, pero en aquel momento él había perdido visiblemente los nervios. Me gritó que eso era una estupidez y que tenía que buscar a otro abogado. Me recomendaron uno, al que di plenos poderes, pero posteriormente tuvo que ingresar en el hospital. Así pues, busqué al director del consultorio de orientación jurídica número 6 y eso dio motivo a una notable entrevista. Se llamaba doctor Ruzicka y era el abogado de *Rude Pravo* y de Vilem Novy. En el proceso tristemente famoso de Slansky había defendido a Arthur London, y yo había oído decir una vez que



de todos los abogados que habían intervenido en aquella sangrienta comedia él había sido, a pesar de todo, el mejor.

Después de que hubimos charlado un rato, le pedí que nombrase a un sustituto en lugar del abogado enfermo y le rogué que encomendase esa tarea al abogado más joven de su consejo consultivo. Porque era del dominio público que en los años cincuenta, entre nosotros, muchos abogados colaboraban de un modo u otro con el servicio de seguridad del Estado y los de más edad también ahora podrían estar comprometidos en eso de una u otra forma. Pocos minutos más tarde me sentaba ante un joven abogado llamado V. Cilinek. Yo no tenía ni ganas ni tiempo para investigar qué clase de persona era. Sólo posteriormente me enteré de que era miembro distinguido del partido comunista checoslovaco y funcionario de los sindicatos. Me causó una impresión excelente, hizo que le explicara el caso con todos los pormenores (por aquel entonces se trataba sólo, desde luego, de querellas civiles) y dijo que no podía aprobar tales métodos, por lo cual haría todo lo que estuviese en su mano para oponerse, pero que ello no sería mucho. Podía confiar en él. Confié y, como se demostró más tarde, con entera razón, pero ahora en la celda no me sentía con valor para hablar con él. Seguí negándome a acudir al interrogatorio y, en consecuencia, él volvió a abandonarme.

Varios días más tarde (el número exacto se me ha olvidado) me trasladaron al tercer piso, a una celda de las mismas dimensiones, otra vez de  $4 \times 2$  ms., pero con retrete de taza, lo que en mi situación era indiferente. Junto al lavabo había una mesa. Estaban, además, otros dos detenidos con los que, después de las experiencias del año 1969, no me confié en absoluto.

También allí volvieron a asaltarme los mismos pensamientos raros que en el año 1970. Una vez más creía estar viviendo mi segunda vida; en la primera había sido un gran criminal, un asesino y un bandido, pero ahora se me había presentado la ocasión de testificar aquello y nuevamente había perdido la oportunidad, puesto que vivo de un modo pecador, egoísta y sin amor a mi prójimo, exceptuando a Eugenie. Empecé a acordarme mucho de mi hermano, con el que no tenía relaciones muy amistosas.

Las circunstancias habían sido éstas: después de renunciar a mi puesto en los sindicatos nos veíamos cada vez más raramente. Comunista convencido como era yo entonces, quería disuadirle de su proyecto de divorciarse de su mujer, porque

los motivos para una separación me parecían enormemente tontos. Lo invitamos un par de veces, luego volvió a casarse y se construyó una nueva vivienda. En el año 1967 vivió algunos días con nosotros porque estaban reformando su casa. Nos enzarzamos en un debate político y en el calor de la discusión dije que durante el régimen de Novotny había aproximadamente casi tanta libertad individual como en la Alemania nazi de la preguerra. Naturalmente eso era muy exagerado, porque en los últimos años del gobierno Novotny, a pesar de todo, ya muchas personas podían viajar con permiso al extranjero. La revista literaria podía escribir algo de tipo crítico (ahora ya no, desde luego) y, con motivo de la carta ya mencionada sobre Israel, ni siquiera me persiguieron, como hoy en cambio habría ocurrido indudablemente. Cuando Antonín Novotny fue derrocado experimentamos una alegría ilimitada. Ciertamente que en tiempos posteriores pensábamos a menudo en la profunda sabiduría del adagio: «Más vale malo conocido que bueno por conocer». Pero. ¿quién habría sospechado entonces lo que iba a pasar?

El caso es que mi hermano, en aquella ocasión, se puso a gritarme espantosamente, diciendo que no debía ofender al régimen ni decir estupideces sobre los nazis. Él había visto cómo a los niños les estrellaban la cabeza contra la pared. Le contesté que también yo eso lo sabía, pero que ahora estábamos hablando de otras cosas. Siguió tronando hasta que le dije que no tenía por qué gritar; al fin y al cabo, no era más que un huésped en nuestra casa. Seguidamente, como es natural, empaquetó sus cuatro cosas y se marchó. Seguí echando pestes de su carácter. Recordé entonces que una vez, en Yugoslavia, le invité a un vaso de Coca-Cola. Él bebía aquello por primera vez en su vida, la probó y dijo: «¡Uf, demonios, qué porquería tan americana!» Yo bebí la Coca-Cola muy a gusto y todavía hoy la sigo bebiendo con predilección. Por lo menos en este aspecto yo no tenía nada de dogmático, por eso pude ofrecérsela.

En algún momento de finales de la primavera de 1968 visité a mi hermano y me reconcilié con él. Él estaba, ciertamente en contra de nuestro economista nacional Sik, pero ponía por las nubes a Silhan. Posteriormente ambos tuvieron que dejar sus puestos, el alabado y el escarnecido, pero mi hermano y yo ya nos entendíamos mucho mejor a pesar de que él solía decir que «estos intelectuales lo enredan todo.» Debían hablar menos y entonces se podría llevar a cabo tranquilamente la reforma eco-

nómica, porque la que nosotros teníamos planeada fracasaría, desde luego. Se me ha olvidado mencionar que mi hermano es catedrático de economía en la universidad. Sus estudiantes lo llaman «Compañero Prescien» (un juego de palabras: Pres significa «más de») a causa de sus imponentes proporciones.

Yo admitía, en parte sus argumentos, pero a fin de cuentas me gustaba poder hablar libremente y sin trabas y consideraba esta parte de la reforma, la libertad personal, mucho más hermosa que la reforma económica. Con eso no estaba él de acuerdo. Afirmaba que los soviets no permitirían nunca una cosa así. Como se puso de manifiesto, fue entonces mucho más listo que yo.

En el año 1970 me enteré de que mi hermano era miembro de la comisión depuradora del partido en su universidad y que esta comisión ya había despedido a unos cien colaboradores de la universidad. Eso me excitó extraordinariamente. Me acordé de haberlo invitado varias veces. Él nunca había aceptado mis invitaciones. Sin embargo, por otra parte, me escribió estando yo en la cárcel y me visitó en Bohnice. Con mi furia, eso era algo de lo que me había olvidado completamente. Ciertamente le escribí una carta que se mantenía en los límites de la prudencia, pero, por lo demás, era una carta extremadamente dura cuyo punto culminante consistía en que por una vez se había conseguido hacer olvidar la injusticia cometida, pero que, una segunda vez, el pueblo no olvidaría. La reacción de mi hermano fue muy airada. Me reprochó que durante toda mi vida yo había sido un patrono típico; que él siempre había hablado conmigo a disgusto y que yo incluso ahora lo amenazaba (lo que no correspondía en absoluto a la verdad). Mencionaba él también a nuestra tía de Bakov, de la que siempre se había hecho caso omiso en la familia y se la había mantenido apartada. Durante el socialismo, había llegado a ser incluso funcionaria del partido.

A eso le contesté ya con mucho enfado y de un modo no muy agradable. Sería mejor que él dejase a la tía en paz; a la edad de cinco años, mal podía yo haber hecho caso omiso de nadie: ese reproche debía aplicárselo a sí mismo. Posteriormente yo la había visitado y la había ayudado en el aspecto financiero, ya que ella por sólo 1050 coronas al mes, tenía que recoger pesados paquetes de los trenes y, por las noches, no podía hablar de puro cansancio. El hecho de que fuera funcionaria del partido no constituía más que un caso típico de

demagogia social, para producir la impresión de que los trabajadores mal pagados tenían algo que decidir, cuando la verdad era que la clase trabajadora no podía decidir absolutamente nada. ¿De dónde se irrogaba él el derecho de escribir sobre esa tía nuestra de la que no se había preocupado durante veinte años y de cuya dura vida sólo se enteró cuando asistió a su entierro? En mi carta, valoraba luego al doctor Husak y a sus fieles y le pedía, finalmente, que se entrevistase conmigo. A eso contestó que rompía todas las relaciones conmigo mientras yo no cambiase. Quise contestarle de nuevo para preguntarle cómo iba él a poder observar que yo había cambiado, si rompía las relaciones conmigo, pero luego dejé las cosas como estaban. Ahora bien, aquí en Ruzyn tuve que volver a pensar detenidamente en el caso.

Le escribí a mi hermano. Le pedí perdón, comprendía todo lo que él me había predicho en otros tiempos. También tenía él razón en aquello de que en el año 1968 yo sólo me había limitado a parlotear y a envanecerme. Tenía que confesar que me había gustado que la gente me oyera. Desde luego, con mi tía, me había portado vergonzosamente. ¿Por qué no se me había ocurrido nunca la idea de preguntarle si necesitaba algo? En casa habíamos organizado fiestas al estilo norteamericano. El dinero gastado en las mismas se habría podido emplear mejor ayudando a otras personas.

Mientras escribía todo aquello, no me acordaba en absoluto de que mi carta pudiese ser censurada. Seguí escribiendo que mis puntos de vista sobre agosto de 1968 no habían cambiado; quizás aquello fue incluso una suerte, como se mostrará más tarde.

Un joven comisario, mi nuevo investigador (se llamaba al parecer Jodas), vino a verme. Del hecho de que se enviase a un funcionario tan insignificante, deduje que no se podía tratar de nada muy especial. Posteriormente vino acompañado por el señor Reznicek, el jefe del departamento de investigación del servicio de seguridad estatal. Mi abogado, posteriormente, me informó de quién era el señor Reznicek. En la primera visita me negué a declarar aduciendo que me sentía muy mal. En aquella conversación estuvo también presente el intérprete jurado doctor Basch, presidente de la Federación Checa de Ajedrez. Me pareció que me miraba muy tristemente. Cuando quisieron hacerme volver a la celda, me resistí de pronto de muy mala manera. Seguidamente hicieron que me agarraran dos

guardianes, que me arrastraron por el suelo hasta el ascensor y desde el ascensor a nuestra celda.

La segunda vez, declaré, pero sólo por escrito. Las preguntas me parecían totalmente absurdas. Me preguntaron, por ejemplo, entre otras cosas, qué distancia tenía yo de la boca el micrófono cuando fue grabada la conversación. Ese era un dato que debían haber aclarado ellos, puesto que tenían la cinta magnetofónica de lo que hablé. Reprodujeron la grabación y el doctor Basch confirmó la coincidencia con lo que constaba en los autos. Pero yo mismo había confirmado eso hacía mucho tiempo. La presencia del doctor Basch era un simple formalismo oficial. Con eso se aclaró también una contradicción existente en el cargo original. En los autos había dos apuntes de la conversación. El primero era auténtico, tomado de la guía de programas de la radio holandesa; el segundo era una transcripción de la *Deutsche Welle*. En el apunte de la *Deutsche Welle* se me atribuían al parecer algunas frases de Sling. La utilización de la grabación reproducida de una cinta magnetofónica cuando la traducción del texto original figura en los autos es desde luego un procedimiento algo insólito; pude comprobar posteriormente que la *Deutsche Welle* había procedido con toda corrección y que el amañó se debía a nuestro servicio secreto.

En las partes de las entrevistas que se me atribuían originalmente, Honza Sling había lanzado un ataque muy duro. Habló de asesinatos en las cárceles en los años cincuenta (que realmente fue así lo demuestra el caso del asesinato del párroco Toufar, sobre lo cual me enteré posteriormente con detalles), hablaba de un médico de Ruzyn que por lo visto hacía experiencias con los presos, cosa que, como me dijeron, no correspondía a la verdad, y de cuestiones análogas. Se expresaba también sobre los «crímenes de este régimen», que yo en la toma de la conversación consideré demasiado duro desde el punto de vista táctico.

Quizá pensaba Honza que podía permitirse eso. Su madre, Marianne, es inglesa. Ella volvió a Inglaterra después de la ejecución de su marido; tuvo que dejar a sus dos hijos en el orfanato de Pocernice. La señora Sling ha seguido siendo de modo peculiar una convencida comunista y miembro del partido comunista británico. Y el padrino de Honza era el secretario general del partido comunista británico, mister Golan.

Como se puso de manifiesto, estas relaciones fueron de utilidad porque Honza salió de la cárcel al cabo de tres semanas,

a pesar de que había hablado aproximadamente un mil por ciento con más dureza que yo. En el verano recibió autorización para poder trasladarse con su mujer a Inglaterra, desde donde, por lo visto, sólo volverá «después de la guerra».

En cada interrogatorio yo rogaba que dieran permiso a mi mujer para visitarme. Eso no podía ser, me decían, por lo menos no podría ser mientras yo no quisiese comer. Pero he aquí que un día me llevaron a la planta baja. Había visita para mí. Era mi hermano. Sorprendentemente, le habían permitido sostener conmigo una conversación a solas. Yo sabía con seguridad que en alguna parte debía estar escondido un testigo. Nos abrazamos. Me alegraba de verlo. Durante nuestra conversación de una hora, me rogó que pusiese fin a la huelga de hambre y me dijo que con acciones de resistencia no podría conseguir nada. Le contesté que no estaba llevando a cabo ninguna huelga de hambre, sencillamente era que ni tenía hambre ni podía hacer deposiciones. Cuando se despidió de mí, volvieron a llevarme a la celda.

Volví a sentirme peor y decidí definitivamente no comer nunca más. Al principio no quería tampoco beber, pero esto lo echó a perder un truco del médico. Yo había ido a consultarlo a causa de mi faringitis. Él disolvió un gargarismo en un vaso de agua y me dijo que debía seguir rápidamente sus instrucciones: hacer gárgaras, escupir, inspirar, gargarizar y beber el resto del agua del gargarismo. La bebí, me gustó y por consiguiente tomé una porción más.

Luego hubo otra vez un interrogatorio estúpido y la visita de dos psiquiatras.

Y después sucedió algo que quiero contar aquí, aunque sé que si lo leyese Eugenie me pediría que lo borrara. Opinará que cuando la gente lea esto me tomarán por loco, pero yo le contestaré diciendo que me he decidido a escribir todo lo que sé con entera exactitud. Y esto que voy a contar lo sé con una seguridad de un doscientos por ciento. Por lo demás, puedo hacer contar que en el espacio de estos tres años un total de once psiquiatras han convenido en que no estoy loco. Por eso no pudieron tenerme retenido en Bohnice. Al parecer, no se encontró a un adecuado duodécimo psiquiatra, porque a diferencia de los jueces, los psiquiatras no están aún suficientemente consolidados.

Se trata de los siguientes sucesos: Durante tres noches seguidas estuve muy mal. Tenía la sensación de que iba a asfi-

xiarme. En la tercera noche me incorporé en la cama y no pude librarme del pensamiento de que Dios deseaba mi muerte. Pero de pronto temí la muerte de una manera terrible y pedí perdón a Dios por no poder aceptar Su voluntad. También vi claramente la escena de cómo en el año 1970 había estado una vez en casa leyendo las cartas de Séneca a Lucilio. En una de ellas (la LXX) se cuenta cómo un prisionero tuvo suficiente valor y espíritu de inventiva para librarse de sus guardianes por medio del suicidio. Consideré que eso era una señal.

De pronto me pareció que la cama se elevaba muchísimo por encima del suelo de piedra pulimentada. Diferí mi decisión, pero seguía teniendo el sentimiento de que debía realizarla a toda costa aquella misma noche. Y he aquí que después de haber pasado sin dormir toda la noche suena el despertador y mi compañero de celda se dirige hacia el retrete. En aquel momento me puse de pie en la cama y salté con la cabeza hacia abajo como si me tirase al agua. Sólo sentí un ligero golpe en la cabeza, mi compañero de celda se puso en pie de un salto y llamó al guardián. Le dijo, y al parecer era lo que pensaba, que me había golpeado la cabeza contra la cama. Enseñó al guardián un pequeño chichón que se me veía en la cabeza.

Me volvieron a arrojar sobre la cama y me ataron con mucha fuerza. Se portaron, también mi compañero de celda, muy groseramente conmigo. De vez en cuando, alguien me ponía la escudilla bajo la nariz y me preguntaba si por fin quería comer o no. Yo sacudía la cabeza para expresar mi negativa, tras lo cual me cubrían de insultos. Permanecí varios días amarrado. Luego me soltaron. Cuando me pusieron una lavativa para hacerme evacuar, decidí comer de nuevo, pero he aquí lo que sucedió: en lugar de darme comida, me dieron leche azucarada, luego otra vez leche azucarada y a la tercera vez ya no pude resistirla. Por eso declaré que ahora ya no quería realmente comer y que iniciaba una verdadera huelga de hambre.

No sé cuántos días estuve aún en Ruzyn. En cualquier caso, de allí volvieron a llevarme a la cárcel de Pankrac. Excepto una enfermera, ya no había nadie allí a quien yo conociese del año 1969. Me sentía muy débil, no tenía ganas de hablar. Cuando el guardián entraba en mi celda, se comportaba con espantosa rudeza. Me agarraba por donde podía con sus zarpas, por la barbilla o por el cuello, me arrastraba un trecho por la celda, me hacía sentar o incorporarme con la misma rudeza. ¿No quieres comer? Está bien. Me abría la boca a la fuerza y me

metía la cuchara. Escribí una reclamación contra él y me enteré de que se trataba de un asesino condenado solamente a ocho años. Sobre este tema volveré más adelante.

Me pusieron unas cuantas inyecciones y en una semana me sentí muchísimo mejor. Tenía la intención de cesar en mi huelga de hambre en cuanto me tratasen convenientemente mis trastornos intestinales. (Ciertamente que en mi petición de reconocimiento escribí erróneamente sobre actividad «perlática» en lugar de «peristáltica», pero estaba claro de qué se trataba.) La médica fijó el tratamiento y luego todo transcurrió como en el país de las maravillas. Todas las mañanas venía una enfermera y me preguntaba cómo me sentía, explicándome a continuación lo que había para comer. Luego me servían. Por la mañana leche o cacao, a eso de las nueve, dos panecillos, mantequilla, fiambre o queso; para la comida del mediodía, una auténtica sensación: un gran plato blanco, sí, un verdadero plato, nada de escudilla, y en él un gigantesco bistec, a veces incluso dos, y patatas asadas con guarnición de pepino, todo al nivel de un Hotel Alcron. Antes de la comida del mediodía, una lata de compota. Para la cena, una variante de la comida del mediodía y media hora después un paquetito con panecillos, fiambre, queso y huevos. Ya apenas era capaz de consumir la mitad de todo aquello, el resto lo recibía el vigilante del pasillo. No aquel grosero, del que ya he hablado, sino un hombre más tranquilo y más decente que no me llamaba nunca barbián, loco o cerdo, sino que me decía señor Pachman.

Dos o tres veces recibí visitas de los investigadores, acompañados por el señor Reznicek y el abogado, hasta que, por fin, el 10 de abril quedaron terminados los autos. Comprobé que, además de las frases ya mencionadas —que en el peor de los casos, sólo podían excitar a un colérico notorio, el resto consistía en puro blabla. En los autos constaba también un juicio del periódico al que yo había pertenecido y que me llenó verdaderamente de asombro. A diferencia de la última apreciación que habían hecho sobre mí, en este juicio sólo se hablaba del tiempo que yo había pasado en la redacción. Se escribía que me había portado como un colaborador lleno de iniciativas, capacitado política y profesionalmente y que gozaba de grandes simpatías en la redacción. La firma era la misma que en el año 1970. ¿Cómo era posible eso? Seis semanas más tarde lo averigüé. Según las nuevas directrices se debían revisar también los juicios de las organizaciones sindicales. El jefe leyó en la



sesión sindical un juicio análogo al que se había hecho en el año 1970, lo que originó grandes protestas de mis colegas de otros tiempos, pero especialmente de un redactor amigo mío. Dijeron que todo aquello eran mentiras y que además no tenían por qué juzgar sobre mi conducta en los años 1968-1969, ya que en aquel tiempo no era yo ya miembro de la redacción. Se ponía así de manifiesto lo que se indica con la conocida expresión de «coraje ciudadano». Al mismo tiempo, se mostraba en este pequeño ejemplo que, con un poco de valor, también puede alcanzarse algo en situaciones difíciles.

Cuando se dieron por cerrados los autos, también volvió a cerrarse la comida normal; aquellos platos extraordinarios sólo fueron servidos durante unos diez días. En cambio, se permitió que Eugenie pudiese visitarme. Hablábamos durante una hora aproximadamente y podíamos enlazarnos las manos sin que nos lo impidieran. Me contó que de nuestros amigos ya apenas había alguno que estuviese en su casa. El porqué, me lo imaginé fácilmente. Y a pesar de que el abogado, al oír aquellas palabras, se movió con cierta impaciencia en su silla, nos dejó continuar. Eugenie me contó además una cosa casi increíble. Mi hermano había hecho sacar fotocopias de mi carta y había enviado ejemplares a Smrkovsky, Kriegl, Vaculik, Kohout y otros. El escrito lo había completado con un comentario en que los insultaba. Además había enviado fotocopias a diversos periódicos para que las reprodujesen. Aquello me impresionó profundamente; al fin y al cabo, se trataba de una carta particular que yo había escrito en un difícil estado psíquico y físico. Eugenie me explicó que había roto con él porque, al haberle hecho reproches, la había calificado de mujer pública.

Eugenie trajo un paquetito en el que, además de frutas, golosinas, un tónico capilar, papel de cartas, un bloc y principalmente revistas de ajedrez, había tres libros: El Nuevo Testamento, *La Imitación de Cristo*, de Tomas de Kempis y la obra de Quoist, *Entre el hombre y Dios*. Este último libro me lo había ofrecido Emil Zatopek en nuestra última conversación, con las siguientes palabras:

—Muchacho, un conocido me ha regalado este libro. Es algo sobre Dios; esas cosas no son para mí, sino más bien para ti.

Rechacé el regalo porque en aquellos tiempos tenía mucho que leer y porque en mi subconsciente tenía la sospecha de que de Emil no podía venir nada decente.

Me dediqué en primer lugar al Nuevo Testamento, que desde luego ya había leído anteriormente, pero sólo ahora disponía de tiempo para estudiarlo y tomar notas. Luego le tocó el turno al Kempis. Abrí el libro por la página 202 y leí completamente fascinado: «Consérvame también esa gracia que me has mostrado como algo tan grande y salvador para poder superar mi viciado yo que me conduce al pecado y a la perdición.» Esa oración la encontré como hecha para mí. Finalmente estudié el libro de Quoist y traté de hacer de ambas obras, por medio de notas, una especie de síntesis y lograr la respuesta a la pregunta de «cómo vivir». Lo fui apuntando todo punto tras punto en mi bloc. Entonces fue cuando vi con claridad que realmente es muy difícil ser cristiano.

Recibí entonces a un compañero de celda, el señor Jurena. Yo era, en contra de todas las ordenanzas penitenciarias, el único que hasta entonces había permanecido solo en una celda. El señor Jurena me contó que también él sabía jugar al ajedrez y que había conseguido la categoría de maestro en la cárcel de Pankrac. Como recompensa, podía recibir un paquete de cinco kilos. Empezamos a jugar al ajedrez. Cuatro partidas por la mañana y cuatro por la tarde. En el espacio de cuatro semanas él había conseguido contra mí tres veces tablas y en una partida le cedí una pieza, tras lo cual abandoné inmediatamente. Con eso estaba muy satisfecho. Tosía y me contó que tenía bronquitis, pero poco antes de que me dejaran en libertad, me confesó que tenía los bronquios completamente bien. Había recibido el encargo de hacerme compañía. Al principio había temido que exigieran de él menesteres serviles, pero no había que hablar de eso: sólo debía jugar conmigo al ajedrez; como recompensa le prometieron cuatro semanas del salario total de preso (era de profesión techador) y un permiso para ir a Olmütz a pasar el fin de semana. Le di a leer el libro de Quoist, pero no le gustó lo más mínimo.

También mi hermano me visitó de nuevo. Nos dejaron hablar sin estar presente ningún guardián. Le pregunté en seguida por qué había publicado las fotocopias. Afirmó que al hacer eso había querido ayudarme. A mí me parecía precisamente lo contrario, pero quizás él lo había pensado así realmente, aunque con ello pudiese perjudicarme más. Me enteré de que el texto de la carta ya estaba para su publicación en las redacciones de los periódicos cuando los redactores jefes recibieron por tele-tipo la orden de no publicar la carta. Pero en la universidad,

en la facultad de Economía, los jefes políticos leyeron la carta a los estudiantes, que estaban descontentos por alguna que otra medida.

Luego vino a verme de nuevo el señor Reznicek a causa de mi carta al doctor Husak; porque yo había vuelto a escribirle. Hoy no sé con exactitud si desde Ruzyn o desde Pankrac. En cualquier caso, el señor Reznicek venía a comunicarme oficialmente que el juicio se celebraría pronto. Y si me comportaba allí con seriedad, podía contar con que mi caso fuese tratado de modo benévolo. Nadie tenía interés en perseguirme. Recibí la noticia con asombro, pero también con cierta alegría. El señor Reznicek se despidió con las palabras de que antes del juicio vendría a visitarme por lo menos otra vez más.

Cuando escribí una carta a casa saqué un sobre que estaba en medio del paquetito. Cayó un papel, el único mensaje que Eugenie había pasado clandestinamente en la cárcel. Contenía sólo pocas líneas y estaba firmado con iniciales, por lo que supe que el autor era un sacerdote al que yo conocía.

Con el mayor interés, leí las siguientes frases:

«Si la verdad exige el sacrificio de la vida, hay que hacerlo. Pero si no lo exige, es malo y sacrílego quererlo hacer por la fuerza. Al Señor no le gustaba la actividad exterior, prefería el desierto. San Pablo, después de su conversión, pasó tres años en el desierto...»

Para mí fue como si aquellas líneas contestasen todas mis preguntas y dudas de los últimos tiempos. Ahora estaba decidido. En aquella síntesis del Kempis y de Quoist debía caminar un trecho más en la dirección del Kempis. Anoté otros diez puntos, esta vez verdaderamente sin aspectos políticos. Las normas conforme a las cuales quería vivir. Decidí también tener un comportamiento reservado ante el tribunal. Quería salir de donde estaba, porque la cárcel, desde luego, no era ningún desierto. Si pronunciaba discursos políticos ante el tribunal, ello sería sólo una conferencia para los funcionarios de seguridad, los empleados de justicia y mi mujer, porque no habría más gente. A mi mujer podría darle esa conferencia siempre que quisiera, y por lo que se refería a los demás, era de antemano una insensatez querer cambiarlos.

Esta vez vino el señor Reznicek en compañía del director. Traía una buena noticia. La semana próxima sería el juicio, que se concentraría en los puntos que habían servido de motivo de acusación para mis diversos encarcelamientos: Tanto los

«10 Puntos» como también la entrevista para Radio Hilversum. Si me comportaba moderadamente ante el tribunal, la sentencia sería suave y mi encarcelamiento de los años 1969-1970 y 1972 sólo se sobrepasaría un poco. Pero antes debía prometer que en el futuro ni intervendría en público ni desarrollaría ninguna actividad política y, especialmente, no concedería ninguna entrevista para el extranjero. Por otra parte, tendría que retirar ante el tribunal las querellas civiles presentadas contra *Rude Pravo* y la radio. Bajo estos supuestos, me pondrían en libertad por motivos de salud. También podría contar con que me indultarían el resto de la condena.

La oferta me pareció aceptable porque parecía también corresponder con mis planes de regreso al hogar. Al fin y al cabo, san Pablo en el desierto ni tenía que luchar con medios de masas ni desplegar actividades políticas. Debía superar mi presunción. Prometí lo que me pedía, pero recalqué que no era mi propósito echarme ceniza sobre la cabeza ante el tribunal y reconocer mis pecados. Me defendería contra cualquier inculpación que me hicieran que fuese distinta a las mencionadas. Me aseguraron que así estaba convenido.

Un día antes del juicio vino a verme de nuevo mi hermano y me aconsejó que declarase ante el tribunal que me distanciaba de la campaña de los medios de masas occidentales, que querían montar sobre mi caso una campaña contra la república. La noticia de que existiera una campaña así me alegró, pero me limité a decirle a mi hermano que no podía distanciarme de una cosa que me era desconocida. Consulté luego con mi abogado y nos pusimos de acuerdo en dejar a mi discreción todas las cuestiones de tipo político. Él se concentraría en los aspectos jurídicos del caso.

## Sentencia en nombre de la República

El jueves, 4 de mayo, me trasladaron en un coche Volha al palacio de justicia de la calle Spalena. Me acompañaban tres guardianes y me explicaron por el camino que no debía hablar con nadie y que me debía comportar cortésmente ante el tribunal. Cuando se dirigiesen a mí, debía ponerme en pie.

Delante del edificio vi a Jirina Kynclova. Corrió excitada hasta la acera y al verme trató de llegar hasta el vehículo, pero el coche entró rápidamente en el patio por la puerta trasera. Sólo entonces pude bajar. En el sótano me encerraron en una celda. Allí vendrían a recogerme. Pasé el tiempo consumiendo las provisiones que estaban puestas sobre la mesa y comí con gusto un trozo de embutido, queso y un panecillo con mantequilla.

Esposado a los guardianes, subí a la sala donde se iba a celebrar el juicio. En la escalera me gritó alguien: «¡Hola Ludek!». Era Stana Neprasova. Me dio unos golpes en la espalda para animarme, pero la alejaron inmediatamente y se me indicó que no debía buscar a las mujeres. También estaba allí Frantisek Vodslon, que me alentó con un «Te saludo, Ludek». La inconfundible voz de barítono de Lubos Kohout gritó: «Viva

Ludek» y a la entrada estaban también otros amigos, entre ellos Ludvik con una barba grisácea y, ante todo, Eugenie, que se me acercó. También a ella la rechazaron.

Me condujeron a una habitación pequeña con tres filas de bancos y una larga mesa. Eugenie trató de sentarse directamente detrás de mí, pero la hicieron poner en el banco de más atrás. Detrás de mí se sentó el director del hospital de la cárcel. Sólo permitieron entrar a unas cuantas personas. La mayoría tuvo que esperar delante de la puerta. Dos periodistas, algunos funcionarios de seguridad —al parecer con fines de adoctrinamiento—, y el tribunal; eso era todo. Al día siguiente apareció también mi hermano. Se sentó sin saludar, muy lejos de Eugenie. También el doctor Ruzicka apareció un momento, probablemente para controlar a sus subordinados.

El juicio empezó con la lectura del escrito de acusación, del que Eugenie quiso tomar apuntes taquigráficos. Entonces el presidente del tribunal declaró que «le está prohibido al público tomar notas». Evidentemente se refería a Eugenie al hablar de público, porque los dos periodistas pudieron seguir escribiendo tranquilamente. A uno de ellos lo conocía. Era el señor Hecko de *Rude Pravo*.

El presidente del tribunal (además de él había dos jueces y una juez) me preguntó si me reconocía culpable. Contesté que conocía el sumario por lo que me habían mostrado durante mi detención preventiva y en el curso de las actuaciones.

En aquel momento el fiscal hizo una propuesta sorprendente: Los detalles del procedimiento judicial que se había seguido contra mí en el año 1969, ante todo la doble «injuria al doctor Husak» y el asunto relacionado con el artículo en *Het Parool*, no estaban suficientemente preparados. Habría que ampliarlos y escuchar a otros testigos. Por eso proponía retrasar esos puntos del juicio para tratarlos en un momento posterior. Consulté brevemente con mi defensor. Éste opinó que nuestras objeciones serían desde luego inútiles y que por el momento tampoco él veía claro si sería mejor callar. Lo era. Se reclamó entonces el procedimiento judicial del año 1969 y pocas semanas más tarde fue incorporado a los autos.

Durante el interrogatorio no se me preguntó, sorprendentemente, por ningún detalle especial, sino que se me pidió sólo una exposición de conjunto. Así pues hablé sin ninguna idea preconcebida de que, con relación a los «10 Puntos» y a la entrevista en la radio holandesa, asumía toda la responsabilidad

política, pero que no estaba convencido de que fuera una responsabilidad punible. Los «10 Puntos» eran una petición que yo no había hecho pública. Por la radio holandesa sólo había dicho la verdad y había expresado mis puntos de vista en forma moderada.

Sólo entonces me hicieron preguntas de las que pude deducir que el motivo principal de la acusación eran los «10 Puntos». La entrevista quedaba al margen. En el asunto de los «10 Puntos» se convirtió ahora en pregunta clave una cuestión que anteriormente había sido absolutamente insignificante: si había dado la petición a conocimiento público. Contesté que no lo había hecho y declaré con todo detalle una vez más el material que había leído para componer dicha petición, pero silencié el nombre del autor. Dije simplemente que había sido material de mi cosecha. La mayoría de las preguntas la respondió mi abogado, con quien había hecho un ensayo concienzudo antes del juicio. Cuando pude sentarme de nuevo, lo hice con la firme convicción de que al señor fiscal se le habían acabado todas sus argucias. Yo no veía ni un solo punto verdaderamente vidrioso por el que tuviera que preocuparme. Antes del juicio mi mayor miedo se refería a las preguntas que me hicieron antes de la vista, porque principalmente en el artículo para *Het Parool* se me habían escapado algunas expresiones duras.

Luego comparecieron los seis psiquiatras y psicólogos. Los cuatro primeros, del año 1970, dijeron unánimemente que yo estaba del todo cuerdo y me adularon hablando de mi alto coeficiente de inteligencia. Los otros dos psiquiatras confirmaron su dictamen escrito del mes de abril en el que venían a decir poco más o menos que anímicamente yo era del todo normal, pero que en los momentos críticos me habían atacado profundas depresiones. Por eso una continuación del encarcelamiento podría influir de modo muy considerable en mi estado. Como reliquia de mi psicosis carcelaria del primer período de detención es cierto que en el verano de 1971 había conservado totalmente mi capacidad de discernimiento, pero la capacidad de dominio de mí mismo había disminuido de modo considerable. Por eso proponían la aplicación de circunstancias atenuantes según el artículo 32.

La cuestión del dominio de mí mismo no me pareció nada clara. Porque, ¿quién no se habría puesto furioso al enterarse de que condenaban a Vladimir Skutina a cincuenta meses? Pero guardé silencio sobre eso porque comprendí que podría

serme de utilidad. Sólo un loco rematado o un Janosik nato (Janosik fue un rebelde eslovaco y altruista que robaba a los ricos y daba a los pobres) se habría defendido en semejante situación. Por el momento no me interesaban ni los ricos ni los pobres.

En el descanso del mediodía me volvieron a llevar esposado al sótano, donde había pasado también el pequeño descanso de la mañana. De nuevo me gritaron voces conocidas y me pareció distinguir la de la señora Heller de France Press. Por la tarde fueron interrogados los testigos propuestos por la acusación. Sólo eran tres. Las declaraciones de los demás testigos debieron leerse de los autos. En nuestra última conversación el señor Reznicek me había instruido de que sería mejor no insistir en las manifestaciones de dichos testigos, pues de ese modo el juicio podría prolongarse, aplazarse quizás y con ello yo volvería más tarde a casa.

El primer testigo fue el joven que había hablado de que Jaroslav Seifert había firmado también la petición. Su aspecto era de quien no tiene la conciencia muy limpia. Entró en la sala deslizándose, se inclinó al verme y se colocó muy cerca del presidente.

—¡Cuéntenos todo lo que sepa sobre la preparación del material para los llamados «10 Puntos»!

¡Ninguna respuesta! El presidente repitió su pregunta con voz aún más alta, y el testigo sólo pudo contestar tres palabras:

—No... sé... nada...

Eso consternó al señor presidente. ¿Cómo podía ser que de pronto no supiese nada? A su debido tiempo, y nuevamente hoy, había sido informado de que debía decir la verdad y nada más que la pura verdad, pues de lo contrario se hacía reo de un delito. ¿O es que realmente no podía acordarse de nada? ¿O es que había que leer su declaración anterior? Una vez más, ninguna respuesta. Por tanto, leyeron su declaración completa del año 1969. El testigo escuchaba con la cabeza gacha.

—¿Coincide esta declaración que hizo usted entonces con la verdad?

De nuevo un profundo silencio. Sólo después del tercer requerimiento, balbuceó él:

—Yo entonces tenía miedo, señor presidente. Ya sabe usted; entonces los tiempos...

Mi defensor saltó inmediatamente a la brecha y obligó al



testigo a decir si en aquel otro tiempo había sido influido de uno u otro modo, si había prestado su declaración solamente porque tenía miedo de que lo persiguiesen de alguna manera.

—Es lo que podría decirse —respondió el testigo, con voz moribunda.

El señor presidente se encrespó:

—¿Quiere decir eso que la declaración que hizo usted entonces no correspondía a la verdad?

—No es cosa que pueda afirmarse definitivamente.

Turbación general, luego un completo silencio y finalmente se me requiere por si quiero hacer alguna pregunta al testigo. Respondí que no quería. El testigo desapareció, no sin hacerme una inclinación al despedirse, Eugenie me confesó que el pobre diablo le había dado verdadera lástima. Había resultado demasiado penoso. No le guardaba el más mínimo rencor a aquel hombre, a pesar de que en otros tiempos ella no se habría mostrado tan tolerante. ¿La educación cristiana empezaba ya a dar sus primeros frutos?

El testigo siguiente fue Emil Zatopek. De su interrogatorio tomé notas exactas a base de las cuales, una vez en casa, resumí el siguiente protocolo:

«Apunte sobre la declaración del testigo Emil Zatopek en el juicio contra L. Pachman en el Palacio de Justicia de Praga, el 4 de mayo de 1972.

»Al testigo se le hizo por el presidente del tribunal una sola pregunta de índole general:

»¿Qué sabe usted sobre la preparación del material para los "10 Puntos" en el año 1969?

»Emil Zatopek contestó:

»Cuando Pachmann me dio a leer el material de los "10 Puntos", experimenté un verdadero susto. Le dije inmediatamente que a causa de eso lo encarcelarían y firmé entonces el material únicamente porque no quería dejarlo solo en la estacada. Con toda probabilidad tenía la intención de mostrar ese material a la opinión pública. Sobre si quería enviarlo también a los periódicos, no me puedo acordar, pero sí de que le dije a Ludek muchas veces: ¿Cómo quieres socavarlo todo? Quieres incluso que los funcionarios estatales sean depuestos. ¡Eso no está bien! Después de que fuera detenido, vinieron a verme Battek con Tesar. Sí, e incluso me exigieron que debía firmar

una vez más el manifiesto. Por tanto, no puedo hablar de otra cosa que de intentos subversivos.

»Entonces dije inmediatamente que en cualquier estado se persigue a las personas que actúan contra él, pero que desde luego existe una gran diferencia cuando en América se encarcela a Angela Davis y aquí a Ludek Pachman. Porque Angela Davis lucha, naturalmente, a favor del progreso, pero Ludek lucha contra el progreso y contra el socialismo. Junto a esto hay que mencionar que su evolución fue muy interesante. Al principio incluso me pareció demasiado dogmático como comunista. Ni siquiera quiso permitir que tuviésemos en casa un árbol de Navidad. Tuve que entrar el árbol secretamente con Dana y clavarlo en el jardín. Así era él entonces, pero luego Ludek dio una vuelta de 180 grados. Empezó a luchar contra el socialismo y contra el partido. Dijo, desde luego, que los comunistas se habían alzado con el poder y que, por tanto, había que arrebatárselo. Siempre me estaba hablando de lo mismo. Incluso me envió a su abogado. Me convencieron para que presentase querrela contra Vilem Novy, pero ante el tribunal, me explicó Franta Ruzicka, un viejo camarada mío del atletismo ligero, que me estaba colocando contra el socialismo. Y yo no quería en modo alguno colocarme contra el socialismo. Por eso le alargué inmediatamente la mano a Vilem Novy en señal de reconciliación. Eso irritó a Pachman contra mí, y Eugenie me insultó por lo mismo. Yo le había dicho a ella que iría a verla para hablar del asunto, pero inmediatamente contestó que no lo deseaba y que si yo iba me daría con la puerta en las narices. Fui a pesar de todo y verdaderamente no me dejó entrar. Ludek está, desde entonces enfadado conmigo. Estamos totalmente opuestos. Primero él era comunista, pero luego se situó contra el partido comunista. En cambio, este tiempo ha servido precisamente para hacer de mí un verdadero comunista. En cuanto ustedes vuelvan a dejar en libertad a Ludek, éste volverá a no dejarles ningún descanso. Efectivamente volverá a hablar en la radio holandesa e incluso a acusar al *Rude Pravo*.»

(Nota del autor: La declaración de Emil Zatopek fue muy amplia e imposible de resumir y por eso no fue tomada en el protocolo).

Pregunta de Ludek Pachman: El testigo ha descrito el material de los «10 Puntos» como subversivo. Da a entender que, a pesar de eso, lo firmó por amistad a mí en la primera visita

que le hice. Hacía ya veinte años que éramos amigos. Lo que no está claro es por qué el testigo volvió a firmar la petición una vez más cuando fueron a visitarlo dos personas absolutamente desconocidas para él: Battek y Tesar. Pido que el testigo indique los motivos que lo movieron a hacer eso entonces.

Emil contestó, volviéndose a referir al maquiavelismo de carácter antisocialista de la actividad de Pachman, etc. Sólo después de la tercera repetición de esta pregunta y tras el requerimiento del presidente del tribunal de exponer sus motivos de modo breve, explicó que toda la culpa la tenía Eugenie Pachman. Cuando Ludek había sido detenido, ella había empezado a organizarlo todo. Porque, desde luego, es aún peor que él. Se ha convertido en una auténtica loba furiosa. Azuzó también contra él a Battek y a Tesar para que se le lanzasen al cuello. Y él, Emil, no tuvo entonces valor para negar la firma.

Segunda pregunta de Ludek Pachman: En el acta de su declaración el testigo manifestó literalmente: En enero de 1969 Pachman hizo una visita a Josef Smrkovsky y le ofreció que redactase un alegato en su defensa. Smrkovsky se negó a aceptarlo. Le pido al testigo que indique si semejante alegato fue redactado realmente y que diga quien lo firmó.

En lugar de dar una respuesta, describió Emil Zatopek a Josef Smrkovsky como a un hombre alrededor del cual se habían congregado todos los descontentos. Incluso después de su regreso de Moscú en 1968 había echado leña al fuego en lugar de tranquilizar los ánimos. También en esta ocasión se le pidió por tres veces al testigo que contestase. Por fin dijo que ya no lo sabía.

Seguidamente dijo Ludek Pachman: Señor presidente, permita usted que refresque la memoria del testigo. Ese alegato fue efectivamente redactado y, por cierto, en la vivienda de Emil Zatopek, en su máquina de escribir. Fue firmado por Emil Zatopek, Dana Zatopek y Ludek Pachman. Los tres lo llevaron conjuntamente a Smrkovsky. Me ha sorprendido que el testigo, evidentemente por pura modestia, haya silenciado absolutamente semejante participación.

A esto replica Zatopek que ya no puede acordarse de tal cosa.

Ludek Pachman: Es posible que el testigo tenga muy mala memoria. Para refrescársela estoy dispuesto a dedicarle como recordatorio el original de dicho alegato, suponiendo que eso sea técnicamente posible.

Tercera pregunta de Ludek Pachman; esta vez refiriéndose al gran maestro soviético de ajedrez P. Keres. Esta pregunta no la permite el presidente del tribunal porque al parecer no guarda ninguna relación con el asunto que se está tratando. Seguidamente el testigo abandona la sala de justicia. Sólo son recogidas protocolariamente sus respuestas a las preguntas de Pachman, pero no sus declaraciones originales.

El tercer testigo fue el doctor Michal Lakatos. Figuraba desde el comienzo del asunto. Había sido el primer signatario en mi lista, aún antes de que la hubiese firmado yo. Sí, incluso la había firmado cuando el texto definitivo aún no estaba terminado y trabajó conmigo en la redacción provisional. En agosto, cuando firmó la mayoría, él no estaba en Praga, sino pasando vacaciones en Suecia. Después de su regreso y de mi detención, se retractó de su firma, lo que el doctor Tesar comentó en su declaración con las palabras «estoy muy decepcionado por la declaración del doctor Lakatos». Yo no estaba tan decepcionado. Cualquier hombre tiene derecho, cuando está en juego todo, a comportarse prudentemente. Yo había llamado por teléfono a Michal en cuanto salí la primera vez de la cárcel y hablé con él con entera normalidad. También estuvo presente en nuestra fallida boda canónica.

A la obligada pregunta, contestó con una sonrisa:

—Señor presidente, desde entonces han transcurrido casi tres años. No puedo acordarme exactamente del asunto. ¿Querría usted, por favor, hacerme preguntas detalladas?

—¿Firmó usted el escrito llamado los «10 Puntos»?

—El escrito llamado los «10 Puntos», que fue presentado a la asamblea federal, al consejo nacional checo y a otras instituciones estatales y del partido, no lo firmé.

Eso era la pura verdad, y el señor presidente lo sabía.

—¿Firmó usted un escrito análogo, concebido sólo a grandes rasgos y que estaba en relación con los «10 Puntos»?

El arruinado jurista doctor Lakatos (en antiguos tiempos había trabajado en el Instituto para el Estado y el Derecho y a medias también como periodista en la revista *Zitrek*) contestó en forma afilada:

—Por lo que a esa pregunta se refiere, señor presidente, querría acogerme a los beneficios del artículo 100 que me permite negarme a hacer una declaración de la que pueda derivarse el peligro de un procedimiento judicial contra mí, un pariente o una persona allegada.

El rostro del señor presidente se ensombreció. Preguntó entonces si el testigo había colaborado en la preparación del escrito que posteriormente se hizo público con el nombre de «10 Puntos». El testigo volvió a acogerse a los beneficios del artículo 100 y aún lo hizo por tercera vez a la pregunta de si había tomado parte en alguna de las reuniones celebradas en la isla Remo. Por último preguntó el presidente en qué relaciones estaba con el acusado Pachman y cómo juzgaba las actividades desarrolladas por éste hasta entonces. No era una pregunta muy indicada. Porque el testigo no se refirió ya al artículo 100, sino que pronunció un discurso de unos diez a quince minutos del que se dedujo en lo esencial que había estado y estaba en muy buenas relaciones de amistad con Pachman. Pachman era para él un hombre inflamado por el ideal de la sociedad socialista; siempre había defendido el socialismo de un modo convincente. Concebía el socialismo a la moderna, como corresponde a las condiciones y tradiciones europeas. De modo análogo, siguió fluyendo su corriente oratoria.

Me sentía profundamente avergonzado por tantas alabanzas y no hice ninguna pregunta al testigo. También los demás renunciaron a hacérselas. Luego se leyeron los protocolos de las declaraciones y ocurrió, en aquel momento, algo enigmático. Al principio se leyó la declaración del ex-redactor del periódico campesino *Zemedelske Noviny*. El redactor Kalina había declarado que en marzo hice una visita a su redacción y le comuniqué que habían expulsado a Emil Zatopek del ejército. Ahora estaba sin colocación y yo le rogaba que hiciese algo por él. Lo misterioso de la historia consistía en que esa manifestación no salió a relucir en la lectura. ¿Una casualidad? ¿O era que algún juez había hecho una pequeña modificación? Eugenie me dijo que había observado a los funcionarios del servicio de seguridad y que estos se habían quedado completamente atónitos.

Antes de que volvieran a llevarme a la celda, le rogué al director del hospital de la cárcel que ordenase a la enfermera que me tuviese preparada una lavativa para la tarde. Eso era ya algo que se había olvidado tres veces y cuando yo llamaba a la puerta para que me llevaran al interrogatorio era invariablemente insultado por el guardián. Para vengarse, éste no avisaba a tiempo a la enfermera. El director prometió hacerlo y esta vez la cosa transcurrió debidamente.

Al día siguiente, hasta el primer descanso, se leyeron las

declaraciones de los demás testigos. Yo tomé la palabra en todos los casos y pedí enérgicamente que se leyeran las declaraciones que demostraban de una manera del todo inequívoca que yo no había leído en público los «10 Puntos». Realmente era cierto; entonces no los había leído.

Durante el descanso, mi defensor me trajo una buena noticia. Le había preguntado al presidente si podía ir redactando la petición para que me sacaran de la cárcel. El presidente consultó con el fiscal por si éste tenía alguna objeción que hacer. El fiscal prometió no hacer ninguna objeción si en las palabras finales quería yo comprometerme a no intervenir en política en lo sucesivo. El defensor accedió y quiso redactar la petición.

Luego vino la recapitulación final. El fiscal habló cifiéndose literalmente a la acusación, como si en todo el tiempo no se hubiese aclarado ni rectificado nada. Mi llamado odio al socialismo lo explicó de un modo muy peculiar.

El socialismo es la dictadura del proletariado, dijo él, y en una sociedad dividida en clases el proletariado debe tener en las manos los medios del poder para dominar a las demás clases. Contra esto se había rebelado el acusado. Había discutido el papel rector del partido comunista checoslovaco pretendiendo estructurar las relaciones entre los partidos políticos del Frente Nacional sobre la base de coparticipación. Por otra parte, sostenía correspondencia con emigrantes. (Al decir emigrantes se refería a Milos Haloucka de Puerto Rico. Nuestra correspondencia se limitaba a comunicaciones sobre el estado del tiempo y la salud de los hijos. ¡Todo muy divertido!)

El fiscal afirmó que en mi caso no se trataba de una petición, sino de un programa de acciones subversivas contra el gobierno. Yo había dicho que la petición de los «10 Puntos» no había sido leída en público. Los testigos discrepan sobre este hecho, pero era evidente, dijo él, que por lo menos yo había propagado en público los fundamentos ideológicos de los «10 Puntos». Por eso nuestra acción era peligrosa, ya que se realizó en una época en que las fuerzas contrarrevolucionarias de agosto de 1969 se congregaron para manifestarse abiertamente, etc., etc. Respecto al asunto de Hilversum, recalcó especialmente que representaba una agitación en extremo peligrosa porque se había utilizado para este fin la radio.

La intervención de mi defensor fue excelente. Desmenuzó ante todo las inculpaciones recogidas en el artículo 98 y relativas al socavamiento de la república. Preguntó qué significaba

aquello en realidad y qué hechos eran necesarios para que pudiera considerarse que se había cometido tal delito. Citó la interpretación oficial de este artículo, describió una vez más el transcurso de la gestación de los «10 Puntos» y señaló que no se había probado ni un solo hecho de los exigidos para dicha inculpación. Subrayó además que se me acusaba a causa de un texto cuyo contenido definitivo sólo fue elaborado después de mi encarcelamiento. Ciertamente yo había dicho en mi declaración que quería asumir la completa responsabilidad también de la redacción definitiva dada al texto por mis amigos después de mi detención. Ese era, desde luego, un hermoso gesto, pero absolutamente irrelevante desde cualquier punto de vista jurídico.

Con ello, el artículo 98 quedaba desvirtuado. Se ocupó luego del artículo 100, agitación. ¿Qué es necesario para agitar? Ante todo un contenido que resulte adecuado para agitar a alguien. Analizó el contenido de la conversación incriminada y demostró que en ella no había nada por la que pudiera calificársela de agitadora. ¿Qué más se necesitaba? Que por lo menos dos personas fuesen agitadas por el contenido. Esas personas debían ser evidentemente ciudadanos checoslovacos, porque nuestras leyes no se refieren a ciudadanos extranjeros. ¿A quién había agitado yo efectivamente en tales condiciones? Aquí sólo podía tratarse de radio Hilversum. Desde luego a la *Deutsche Welle* yo no les había dado ningún permiso para emitir. ¿Quién fue agitado por la emisión de radio Hilversum? Entre nosotros apenas hay quien oiga Hilversum II y no está demostrado en modo alguno si aquel día hubo un solo ciudadano checoslovaco que oyese aquella emisión y comprendiese su contenido. Todo lo más, la agitación pudo darse durante la grabación de aquella conversación, pero estaba demostrado sin posibilidad de duda que los ciudadanos checoslovacos presentes en la conversación, Jan Vlk y Jan Sling, no entienden una sola palabra de alemán. Y, como se sabe, yo había desarrollado mi parte de conversación, exclusivamente en lengua alemana.

Fue muy concienzudo mi defensor. En este único punto, quizás incluso demasiado concienzudo, como se puso de manifiesto por la tarde. Porque, desde luego, los señores del tribunal no habían llegado ellos solos a la genial combinación con los dos Jan.

Luego hablé yo. Libremente, sin minuta, fijé mi posición sólo respecto a algunos puntos del discurso del señor fiscal. La mayor

parte ya los había hecho constar por escrito y figuraba en los autos.

Declaré que difícilmente podía referirse a mí la inculpación de que había perseguido con odio a la sociedad socialista. Porque yo consideraba al socialismo como un estado perfecto de la sociedad humana y no tenía la intención de cambiar mis puntos de vista en este respecto aun después de las tristes experiencias actuales...

Me había comportado sólo y únicamente según mi leal saber y entender, pero no era un político, sino un jugador de ajedrez y en muchos casos había podido dejarme llevar por mis emociones y no por consideraciones racionales...

¿Qué decía la acusación respecto a mi participación en el caso? Se afirmaba que Ludek Pachman, en abril de 1969, abrigaba la intención de anunciar públicamente su repulsa del desarrollo de la situación política en la república checoslovaca y de movilizar a la opinión pública contra los cambios habidos en la dirección del partido y contra la consolidación de la autoridad estatal. ¿Qué hechos de los registrados en los autos justifican semejante conclusión? Efectivamente yo había hablado con algunos amigos personales acerca de que debíamos expresar nuestra repulsa de la situación creada después del 21 de agosto de 1968, pero desde el principio habíamos insistido en la norma fundamental de que eso sólo lo haríamos de modo estrictamente legal, en forma de una petición. Y no hay ni un solo testigo ni una sola prueba de que hasta mi detención yo rebasara el marco de ese convenio.

—La acusación afirma que he leído en voz alta este material en presencia de unas veinte personas en un fuego de campamento. Ya he declarado que eso no encaja ni puede encajar. Porque sólo a un estúpido puede ocurrírsele la idea de querer socavar a la república, de tal o cual modo, leyendo él públicamente su programa de destrucción a personas completamente desconocidas en un fuego de campamento. Si la acusación afirma eso, contradice con esta afirmación sus propias miras. Porque de este modo no pueden realizarse acciones subversivas de gran alcance, sino, todo lo más, sólo acciones de broma o chiquilladas de jovencitos idiotas...

Sobre la cuestión de los «10 Puntos» seguía improvisando limpiamente acerca de algunas otras afirmaciones del fiscal.

—No comprendo esas «pruebas» de mi odio contra el socialismo y quisiera hacer la observación de que el señor fiscal, al



afirmar eso, se desvía de la doctrina marxista. Porque, conforme a la definición marxista, el socialismo no es ninguna dictadura del proletariado, sino más bien su negación. Es también imposible hablar de nuestra sociedad como de una sociedad dividida en diferentes clases.

Mientras daba esta lección de fraseología marxista, miraba al señor fiscal un tanto maliciosamente. Él tenía un aire bastante avinagrado.

—El señor fiscal afirma, proseguí, que el escrito del que se trata no es ninguna petición, sino un convenio de los signatarios para un programa de acciones subversivas contra la república. Como pruebas concretas aduce que nosotros no deseábamos participar en las elecciones, que nos hemos aislado del acontecer social y que nos hemos arrogado el derecho de no coincidir con el gobierno. Opino que en conjunto se trata de cosas que no pueden calificarse de delitos, pero ante todo quiero poner de relieve que los argumentos del señor fiscal son absolutamente ilógicos. Afirma en lo esencial que habíamos elaborado un plan para llevar a cabo acciones subversivas contra el gobierno... y precisamente enviamos ese escrito al gobierno para que tuviese conocimiento.

Sobre el asunto de la emisión de radio Hilversum, sólo tomé postura, brevemente y un poco autocrítica, al expresarme así:

—Desde mi primer encarcelamiento, fue mi única intervención de carácter político. Mis motivos no fueron ni calculadores ni egoístas. Quería ayudar a un amigo, porque me había encontrado en la misma situación que él... públicamente, pero con medios inadecuados. Sin embargo, soy de parecer de que en este caso no puede hablarse de agitación alguna, porque ni me dirigí a nuestra opinión pública ni tenía tampoco la intención de dirigirme a ella. En mi caso tampoco puede hablarse de perjuicio de los intereses de la república en el extranjero, porque el artículo 112 sólo prevé la propagación de noticias e informaciones falsas, pero mi afirmación de que la condena de Skutina es injusta no era ninguna información, sino que representaba mi punto de vista personal. La única información que transmití en aquella entrevista se refiere al tema del acabamiento de mi actividad ajedrecista. Y esta información corresponde a la verdad, como puede comprobarse. A pesar de eso creo que no debería haber hablado de eso. Porque, por una parte, es una tontería querer resolver problemas de nuestra federación de ajedrez por medio de la radio holandesa y por

otra parte, realmente, abusé del propósito de ayudar a mi amigo, arrimando el ascua a mi sardina. Como disculpa de ello, sólo puede añadir que acudí sin preparación alguna ante el micrófono y que hablé improvisando. A pesar de estas manifestaciones, debo hacer presente de nuevo que el tono de mi intervención en radio Hilversum fue relativamente moderado. Me vi sorprendido con mi detención a principios de enero y consideré injusto que a pesar de mi mal estado de salud haya sido yo el único de los tres acusados en este caso al que han encarcelado.

Cuando hube dicho esto, tuve el sentimiento de haber traspasado de nuevo las fronteras de lo tolerable. Antes del juicio había pensado una vez más, muy concienzudamente, sobre el asunto. Los «10 Puntos» no son sólo una cosa mía, sino una acción conjunta. Por eso debo defenderlos a toda costa. En la cuestión de Radio Hilversum, que me afecta sólo a mí, puedo ceder algo. A pesar de eso, tenía el temor de que Eugenie pudiera enfadarse, pero si por la tarde me dejaban realmente en libertad, lo que dependía de si el señor Reznicek cumplía su promesa, entonces el enfado se le pasaría rápidamente.

Puse fin a mis manifestaciones declarando que en el futuro sólo me dedicaría a mi actividad ajedrecística, a mi curación y a mi familia y que tenía el propósito de retirar las querellas contra *Rude Pravo* y la radio. En la última frase incluso dije literalmente: «Esta época no es precisamente tranquila y sólo la historia podrá hacer recaer sobre ella su juicio definitivo.»

Volví a sentarme en mi sitio, se interrumpió el juicio hasta las quince horas y luego se leyó la sentencia.

A mediodía aún se desarrolló un pequeño episodio... ¿o fue por la mañana? Pero esto no es esencial. Lo cierto es que cuando volvieron a llevarme esposado a la celda, había tres o cuatro guardianes en el pasillo. En el mismo momento en que me disponía a dar cuenta de mi pan con embutido se abrió la puerta. Instintivamente adopté una postura de defensa, pero un guardián que me resultaba desconocido avanzó tranquilamente hacia mí, me alargó la mano y dijo:

—Simplemente quiero estrecharle la mano para que usted sepa que también aquí hay hombres.

Rápidamente abandonó mi celda como si tuviese miedo de ser observado. Por la tarde, el juicio no empezó hasta las quince treinta. Para oír la sentencia todos se levantaron de sus asientos.

—Oigan ustedes ahora la sentencia en nombre de la República. Se halla culpable al acusado y se le condena a la pérdida de libertad durante dos años sin más condicionamientos. Expiará la pena en el primer grupo correccional.

Seguían los fundamentos de la condena entre los cuales hubo dos puntos que me llamaron la atención. Se decía expresamente que no se había podido probar que yo hubiese propagado en público el material de los «10 Puntos» mediante lectura en el exterior. Luego se afirmaba que mi conversación para la radio holandesa se caracterizaba como agitación porque se había celebrado en presencia de dos súbditos checoslovacos, Jan Vlk y Jan Sling. Por lo demás, conforme al escrito de la acusación...

Mi defensor pidió la palabra y preguntó si también se había decidido lo referente a la petición de puesta en libertad. El presidente contestó que la decisión del tribunal sobre este punto faltaba aún por ser anunciada, pero que antes el acusado debía manifestar su postura respecto a la sentencia que se acababa de leer. Una corta deliberación con mi defensor. Evidentemente lo relativo a la agitación era una pura estupidez. De ese modo los praguenses podrían intentar por las noches agitar al público de la plaza de San Wenceslao con un discurso en lengua china. Pero nada de apelación. No. Una pena más leve es totalmente irreal. Y quizá tienen ya incluso dos decisiones en la manga respecto a la puesta en libertad. Una si recurro contra la sentencia, otra si dejo correr las cosas. ¡Así pues, resuelto! Nada de apelación. Volví a mi sitio y dije:

—Acepto la sentencia, señor presidente, y renuncio a cualquier apelación.

El fiscal declaró que no adoptaba de antemano postura alguna. Para eso aún disponía de ocho días. Luego el presidente del tribunal anunció la decisión en cuanto a mi encarcelamiento. Se me pondría en libertad. ¿Tenía algo que objetar en contra el señor fiscal? ¡No!

Un grito de mi Eugenie. Se precipitó sobre mí, pero eso originó un alboroto. Un guardián la agarró por el brazo y le dijo que ahora no debía acercárseme. Eugenie se revolvió. ¿Por qué no, si ya me habían dejado en libertad? Él le explicó que oficialmente no estaba libre aún. Tendría que «ser entregado conforme a las ordenanzas». Primeramente tendrían que llevarme a Pankrac, allí recibiría mis papeles de excarcelación. Por tanto, le rogué a Eugenie que me esperase con el coche delante de la cárcel de Pankrac. La puerta de la sala de justicia estaba

abierta. La gente miraba adentro. Eugenie salió, habló con los amigos, contestó un montón de preguntas, etc. Unos siete corresponsales extranjeros estaban también allí. Después de tres días, se emitió por radio Londres una conversación sostenida al parecer con la señora Pachman, pero por lo visto nadie pudo descubrir en ella tendencias levantiscas, puesto que nadie tuvo nada que objetar. Sin embargo, con las prisas, los periodistas no habían comprendido bien que un excarcelamiento no significa un indulto de la pena. Por eso varias emisoras anunciaron que el régimen de Husak había perdonado a Pachman los seis meses que aún le quedaban de cárcel. Pero eso no era exacto. El Estado podría en cualquier momento encarcelarme durante seis meses más. Porque sólo los dictámenes médicos habían sido decisivos para mi actual excarcelamiento.

A la cárcel de Pankrac me llevaron sin esposas. Los guardianes hablaban conmigo como si yo fuese uno de los suyos. Una sensación maravillosa. Yo también me comporté afablemente con ellos; al fin y al cabo recibían sus órdenes de arriba, y el recuerdo del guardián que me saludó en el descanso del mediodía en el palacio de justicia era un punto más a favor de ellos.

En Pankrac quedó todo resuelto en unos veinte minutos. Yo ya había empaquetado mis cosas la víspera, contando con la promesa del señor Reznicek. Recibí entonces mis ropas, la cédula de excarcelamiento y la indicación de presentarme en el espacio de cinco días en la oficina de servicio de la policía. Probablemente querían darme aún más consejos prácticos para que no volviese a ser criminal.

En el regreso a casa, nos detuvimos en la iglesia Thein. El señor vicario no estaba. Saludamos brevemente a su representante y, después de algunos minutos de descanso, seguimos en el coche hasta casa. Mi suegra me esperaba con un largo abrazo, pero Ucho hacía mucho tiempo que había olvidado a su señorito.

—¡Espera, bestezuela, ya te enseñaré yo! ¡Para eso tendrás, en lugar de solomillo de vaca, sopa de carne o sólo pescado dos días!

Después, Eugenie quiso beber un vaso de vino conmigo. Rechacé el placer del alcohol como parte integrante de mi superación de todos los apetitos corporales, según el Kempis. Luego sonó Amsterdam al teléfono. Fiel a mi promesa al tribunal, dejé que fuese Eugenie la que hablara. Naturalmente era Dick

Verkijk el que estaba al aparato. Se había enterado hacía una hora de mi excarcelamiento. Por eso quería felicitarme rápidamente. Después llamó una amiga de mi mujer desde Moravia; se había enterado una hora antes de la noticia por la BBC.

Y finalmente nos pusimos a comer y a contarnos cosas. Eugenie me habló de sus duelos con los funcionarios de seguridad, del registro domiciliario, de las dificultades con nuestra libreta de ahorros. Porque cuando me detuvieron yo llevaba conmigo la libreta de ahorros y había rogado que se la entregasen a mi mujer, ya que también estaba puesta a su nombre. Pero la retuvieron. Entonces Eugenie dejó de pagar las cuentas y comunicaba a todo el mundo que venía a reclamar su dinero que debían enviar las facturas al servicio de seguridad del Estado, a manos del investigador señor Jodas, que era quien tenía nuestra libreta de ahorros. Tras aquello, la libreta fue devuelta rápidamente.

Así contamos y contamos, nuestra conversación interrumpida de vez en cuando por una llamada. Hubo felicitaciones telefónicas y casi todos los amigos dijeron que vendrían a visitarnos al día siguiente.

## Debo ser sincero

Esta vez fue Ludvik mi primer visitante. Como saludo le dije que tenía un aspecto horrible con aquellas barbas. Inmediatamente empezó a contradecirme y expresó que, por lo menos en aquel aspecto, tenía derecho a la libertad personal. Eso no me importa nada, dije yo; no tengo nada que objetar contra la libertad, pero esas barbas son espantosas, a pesar de todo... Le escancié su acostumbrado whisky y me serví jugo de naranja. Me miró asombrado y me preguntó qué significaba aquello. Después que le expliqué que en lo sucesivo no bebería alcohol, se levantó y volvió a echar el whisky en la botella (¡suerte que lo bebe puro!) y exclamó, acalorado:

—También yo beberé jugo de naranja. ¿Debía enterarme por ti mismo de que te has hecho mejor?

No fue posible convencerlo. También la señora Madla puede testimoniar que es muy difícil convencer a Ludvik de algo. Él miró en torno, se levantó, volvió a sentarse y así transcurrió un largo rato.

—Es verdaderamente asombroso; todos han sido encarcelados. Sólo yo no he estado aún nunca en chirona. Imagínate, pronto la gente tendrá miedo a abrir la boca delante de mí.

Expresé mis dudas respecto a eso, pero comenté que la realización de su deseo no podría perjudicarlo. Unas cuantas semanas de cárcel le sentaría muy bien a su vientre en aumento. Durante un rato discutimos el problema del vientre para pasar luego a una discusión sobre todo lo divino y humano.

Llegaron otros amigos, alabaron la esbeltez de mi línea y sólo los sinceros me dijeron prudentemente que había envejecido un poco. Yo no había caído en la cuenta de eso. No suelo mirarme al espejo. Sé afeitarme con maquinilla eléctrica sin necesidad de utilizarlo. Ahora, excepcionalmente, me miré al espejo y vi que tenían razón.

Se reanudaba la vida normal y con ello las normales preocupaciones. Principalmente, las muchas visitas a los médicos. Lo primero que había que curar era mi columna vertebral. El especialista en ortopedia me prescribió un corsé. Como en la preparación del mismo tardaron más de dos meses, tuve que recibir entretanto, y cada dos días, inyecciones calmantes del dolor. Era una suerte, sin embargo, que existiera un preparado excelente para las molestias peristálticas: la Isticina. Los primeros paquetes me los regaló J. Seifert, después seguí recibiendo provisiones de la República Federal Alemana.

A la semana escasa de mi regreso, fui a visitar a un sacerdote del país a quien yo conocía y, con sorpresa por mi parte, me acompañó Ludvik. Nos quedamos a pasar la noche. En la casa parroquial hacía mucho frío, aquel mes de mayo se presentaba bastante fresco. Por la mañana se lamentaba Ludvik de que aquí se vivía demasiado ascéticamente para su gusto. Había que levantarse a las cinco de la mañana, a las seis y media había que hacer media hora de meditación en la iglesia, luego venía el desayuno, un poco de tiempo libre por la mañana y, antes de la comida del mediodía, nuevamente la oración, las «horas». Utilizamos el tiempo libre para dar un paseo por el bosque, durante el cual el sacerdote me confesó de un modo muy poco corriente. Por aquel tiempo, en enero, yo llevaba por lo menos treinta años de vida pecadora, o así me lo parecía. Así pues, emprendimos el asunto a fondo, una especie de confesión general. Principalmente se trataba de salvarme de las ideas erróneas que yo había concebido en la cárcel de Pankrac. Yo mismo había preparado mi plan de expiación e incluso lo había puesto por escrito, el sacerdote lo aceptó y me dio la absolución. Luego seguimos los tres paseando y charlando.

Ludvik desarrolló teorías muy notables, como, por ejemplo,

la de que Dios es realmente la suma de todas las almas y que, si no hubiera personas, tampoco habría ningún Dios. Explicó también que, como escritor, tenía ante Dios el deber de escribir buenos libros y que así Dios le perdonaría todos los pecados. El sacerdote movía la cabeza al escuchar tales frases y discutía. Durante el regreso, dijo Ludvik muy repentinamente:

—Mira, no había pensando nada de esto, he dicho las cosas tal como me venían a la cabeza. Me gustaría saber cómo va a reaccionar él.

En los días siguientes empezó para mí una actividad completamente nueva. La suegra no podía cocinar a causa de la crisis nerviosa que había sufrido en la primavera. Mi mujer estaba trabajando, por consiguiente, conforme a las reglas de la igualdad de derechos, era yo el que tenía que ponerme al tajo. Mis experiencias de los tiempos de boy-scout me sirvieron de mucho, y además un libro de cocina del año 1950. Pero tenía la vaga impresión de que en aquellos tiempos había que economizar mucho la mantequilla y los huevos. Cambié las medidas que se recomendaban en el libro de cocina. Mis platos nadaban directamente en grasa.

Cocinar no es realmente una cosa tan mala. Los conocedores incluso afirman que los hombres son cocineros natos. Desde luego esto no puede decirse en cuanto a las compras. La mayoría de las veces era yo el único hombre que estaba en la tienda entre muchas mujeres y también el único que constantemente se excitaba y manifestaba su descontento a todo el mundo.

Empezó con la cuestión del suministro de carne. A comienzos de mi carrera como cocinero de la familia, intenté proceder sistemáticamente. Redacté la lista de comidas para toda una semana. Luego me acordé de que en tiempos de mi primer encarcelamiento había leído en un amplio estudio publicado en el periódico del partido, *Rude Pravo*, los efectos nocivos que la carne de cerdo tenía a la salud. Inmediatamente borré la carne de cerdo de la lista de comidas, también en consideración a Ucho, ya que por un escrito titulado «¿Posee usted un gato?» de Miroslav Soukup, un conocido problemista de ajedrez, me había enterado de que la carne de cerdo es perjudicial para los gatos.

Consiguientemente, en la lista de la comida de la primera semana figuraba carne de ternera con setas, asado a la vinagreta, «roulades» de vaca, filetes de ternera y platos análogos. Ya desde el primer día empezó a no funcionar bien la cosa.



Porque el lunes las carnicerías estaban cerradas, lo que me sorprendió en cierto modo. Como plato supletorio había coliflores cocidas, pero también se presentaron dificultades no pequeñas para su adquisición, ya que ante las tiendas de verduras y frutas había colas interminables. «¡Ajá —pensé—, esto pasa los días en que cierran los carniceros!» Por tanto, conservé la paciencia, sin maldecir demasiado violentamente, en aquella primera cola que presenciaba mi «vida de amo de casa».

El martes por la mañana, antes de las ocho, fui a la carnicería, pero otra vez me encontré con una cola que apenas se movía. Me desagradó en grado sumo que las mujeres mantuvieran conversaciones interminables con el dependiente, porque eso retrasaba las compras. Por fin me tocó el turno. Pedí tres libras de carne de ternera para hacer el siguiente reparto: 200 gramos para cada uno de los adultos y sólo 150 para Ucho. El dueño del establecimiento me miró asombrado: no había ninguna carne de ternera. Mentalmente corregí la lista de comidas y pedí solomillo de vaca. Me informaron de que tampoco había, sino solamente carne de cerdo. Protesté y exigí que se diera a conocer eso en el escaparate para que la gente no tuviera que estar esperando en balde. Desde luego abandoné la tienda y pregunté a la última mujer de la cola dónde había un carnicero decente que vendiese carne de ternera y de vaca.

La mujer empezó por mirarme como entre nosotros se mira a los hindúes vestidos con su traje nacional. Luego me comunicó que actualmente no podía comprar carne de vaca en ninguna parte y que carne de ternera hacía ya dos años que no había. Esa noticia me sublevó. Volví a entrar en la tienda y le pedí al carnicero una explicación de por qué entonces se recomendaba en *Rude Pravo* una disminución en el consumo de carne de cerdo por motivos de salud siendo así que no había otra clase de carne. La mención del *Rude Pravo* hizo al principio vacilar al tendero, pero luego se mostró extraordinariamente locuaz, y, después de una breve discusión, quedó aclarado el equívoco. En el año 1970, cuando yo había leído en la cárcel el mencionado estudio de *Rude Pravo* sobre el consumo de carne, había ingentes cantidades de carne de vaca, pero ninguna carne de cerdo. Ahora pasaba al revés. Naturalmente ya tampoco se leen artículos sobre la peligrosidad de la carne de cerdo, sino que en las ediciones dominicales de *Rude Pravo* se encuentran recetas para hacer sabrosos platos a base de carne de cerdo.

El carnicero rechazó resueltamente mi opinión de que se debía protestar contra semejante estado de cosas. Afirmó que su misión era vender lo que le daban. Las protestas no venían por tanto a cuento. Quería ponerme a maldecir cuando me acordé de mi famoso artículo 100 y abandoné la «agitación del pueblo». Me admiraba únicamente que aquellas mujeres siguieran estando con tanta paciencia en la cola, que hubiesen de comprar eternamente carne de cerdo y que no protestasen lo más mínimo a pesar de que ninguna de ellas tuviese conocimiento del artículo 100. Probablemente era que ya se habían acostumbrado.

Una mujer, que resultó ser también propietaria de gato y admitió por tanto mis argumentos de que era imposible que Ucho comiese carne de cerdo a causa del escrito ya mencionado, me dio por fin un consejo. En los establecimientos que vendían «platos a medio hacer» había frecuentemente carne de vaca. Encontré en las inmediaciones uno de esos establecimientos. Tenían carne de vaca, pero mechada. Compré la carne mechada; una vez en casa quité el tocino de un trozo, para Ucho, porque pensé que a los adultos el poquitín de aquella carne mechada no nos perjudicaría mucho.

Los días siguientes fueron aún peores. Ante las tiendas de hortalizas y frutas había colas gigantescas no sólo los lunes, sino todos los días. En las tiendas de comestibles en autoservicio, las colas eran más pequeñas, pero había que hacer dos paradas, una para recoger la bolsa, la otra ante la caja. También en la carnicería tuve que hacer el mismo día dos paradas, una para la carne y otra para los embutidos. Yo lanzaba maldiciones ruidosas y conseguí que dos mujeres se desatasen también en expresiones que el fiscal Balas habría calificado decididamente de agitación motivada por odio contra la ordenación socialista del Estado y de la sociedad en la República (artículo 100, primera parte). No puedo decir si me habría inculcado también de instigar a acciones punibles, pero al fin y al cabo tales acciones no puede atribuírseles a nadie.

Con el tiempo me fui imponiendo en mis derechos de ciudadano del estado socialista y en los establecimientos exigía el libro de reclamaciones. En virtud de eso se desarrollaba una viva correspondencia con diversas administraciones de distrito. Me comunicaban las causas de la pasajera escasez de artículos. Un caso me pareció especialmente picante. Traté de comprar una pila para mi magnetófono de cassettes, el mismo que empleé

en tiempos en mi memorable conversación con el señor Willi Daume.

En la primera tienda no había pilas, tampoco en la segunda, pero allí me aconsejaron que fuese a un comercio especializado, un establecimiento de la calle Zitna. Aquí me dijeron brevemente que ni había tales pilas ni las habría. Eso me asombró, porque en los escaparates estaban expuestos magnetófonos de cassettes. ¿Cómo es que se los expendía, si no había pilas para los mismos? Según las palabras del vendedor, cualquier niño puede manejarlos, si hay pilas. ¿Y cuando éstas se agotan? Entonces, en opinión del comerciante, los magnetófonos quedaban completamente inútiles; lo más que podía hacerse era comprar el reostato y el transformador y conectar el aparato a la corriente eléctrica. ¡Le digo a usted, señor...!

Pedí el libro de reclamaciones, expliqué el incidente en un largo párrafo y expresé mis juicios a los representantes dirigentes del partido y del gobierno sobre lo que debía ser un mercado bien provisto, llamándoles la atención sobre el hecho de que la falta de pilas hacía poner en duda las capacidades de tales representantes, por lo cual deberían cuidarse de volver a tener las pilas lo antes posible.

Tampoco en los establecimientos Tuzex, donde había que pagar con moneda fuerte, existían las pilas necesarias, pero sí magnetófonos de cassettes marcas Philips y Hitachi. ¿Por qué tampoco existían pilas a cambio de moneda fuerte? La explicación no dejaba de ser interesante: En una delimitación mutua de Tusex y Batería VEB en Slany se había acordado que la fábrica Batería cubriría todas las necesidades de estas pilas. Por eso no podía pedirse ninguna del extranjero. Los convenios para el año en curso hacía ya mucho tiempo que estaban concertados, por tanto no podía cambiarse nada y consiguientemente no había pilas. Pedí cortésmente el libro de reclamaciones, porque en un establecimiento donde hay que pagar con moneda fuerte no es adecuado ponerse a maldecir.

Unas dos semanas más tarde me enteré del trasfondo de aquel atasco. En Batería VEB se había quemado o había hecho explosión una planta de producción. No se sabía exactamente. No había cobertura de divisas para la importación fuera del presupuesto acordado. A pesar de eso, los magnetófonos siguieron importándose, porque estaban en las listas del plan y por tanto tenían cobertura de divisas. Eso me tranquilizó en cierto modo. Llamé por teléfono a mi amigo Lothar Schmid

de Bamberg y le rogué que me enviase cinco pilas del tipo IEC R 14. Prometió mandármelas inmediatamente por correo. Porque en Bamberg no tienen problemas de ninguna clase respecto a la distribución. Si catorce millones de checos pudiesen llamar sencillamente por teléfono a Bamberg, la calamidad de las pilas quedaría suprimida. Como se ve, todo el asunto podría resolverse sencillamente sólo con que cada cual tuviese amigos en Bamberg.

Estaba considerablemente retrasado en mi programa de estudios. Al borde de mi estantería se amontonaban los libros sin leer. Pienso también que es difícil estar en casa y comportarse al mismo tiempo como si se viviera en un desierto. Desde luego tenía muchas visitas, pero eran sobre todo de las esposas de mis amigos, por la mayoría de los maridos estaban en la cárcel. Tesar y Battek desde noviembre, Kyncl había ingresado al mismo tiempo que yo y seguía estando allí, Jirka Lederer desde febrero. A finales de enero habían vuelto a hacer una gran redada, habiendo caído en el copo Vladimir Nepras, también Jirka Hochman y otros amigos nuestros, aunque no los más allegados. ¿Por qué están allí realmente? Tesar y Battek, porque repartieron hojillas antes de las elecciones, Nepras y Hochman a causa de una reunión, al parecer ilegal, tenida en el domicilio de Nepras. A los cuatro los harán responsables también, por lo visto, de los «10 Puntos», motivo que contra mí había sido de importancia principal, pero que contra ellos era sólo un punto accesorio de la acusación.

Había dos casos que yo no podía entender en absoluto. Jirka Lederer ya había sido condenado a principios de marzo, lo mismo que yo, a dos años. Pero, ¿por qué? En mayo de 1968 había escrito un artículo para la revista de literatura y en él había criticado un poco a Gomulka. En realidad era un trabajo en tres partes; las dos primeras trataban de la amnistía anunciada para el 9 de mayo de 1968. El procedimiento judicial que se siguió contra él hacía referencia sólo a la última parte de su artículo, y también eso era muy discutible, porque evidentemente él había escrito esa parte y la había entregado a la redacción antes del 9 de mayo. Por lo demás, todo el contenido del trabajo era muy moderado. El compañero Gierek había atacado mucho más fuertemente a Gomulka dos años y medio más tarde. Ahora bien, lo que se concede a uno...

A Karel Kyncl lo habían detenido, en principio, solamente a causa de la petición que el verano anterior habíamos dirigido

a la Fiscalía General del Estado respecto al asunto de Vladimir Skutina. En aquel entonces habíamos protestado contra la sentencia veinticinco personas, entre ellas Smrkovsky, Vodslon, el académico Malek, naturalmente también Vaculik y otros periodistas y escritores y entre ellos todos los que ahora están encarcelados en Ruzyn, excepto Battek, quien por aquel entonces no estaba en Praga. Nos convocaron una y otra vez a interrogatorios, pero nos negamos a declarar aduciendo que una petición no es ningún acto delictivo. En lugar de declarar, entablamos prolijas disputas con los órganos de investigación, sobre Angela Davis o sobre la justicia española. Porque en nuestra petición habíamos escrito que nuestra justicia estaba al mismo nivel que la española. Sin embargo, en aquel entonces, yo había manifestado en el «interrogatorio» que no estaba de acuerdo con eso. Había estado varias veces en España y había encontrado allí un país tranquilo y en orden. Lubos Kohout había tenido que aducir una copiosa serie de certeras citas de Marx y Lenin, lo que sumió en profunda confusión a los órganos estatales, ya que contra los clásicos no se puede polemizar. El hecho de que el texto de esta petición hubiese sido publicado por la revista de la Alemania occidental *Die Zeit* era lo que más había perjudicado. A causa de eso Karel estaba ahora en la cárcel. Pero ante el tribunal se cambiaron por dos veces las inculpaciones contra él. Primeramente desapareció del todo la petición del escrito acusatorio y en lugar de eso surgieron los siguientes dos puntos: en octubre de 1970, Kyncl, en una reunión de la liga de periodistas (eso fue poco antes de la expulsión final), había pronunciado un discurso en defensa mía. Y como segundo motivo estaba la acusación de «ataque a un funcionario público», puesto que se había pronunciado la palabra gangster. Como el escrito de acusación reposaba sobre bases muy frágiles, los órganos investigadores se esforzaron en encontrar algo más que diese consistencia a sus cargos. En aquel entonces todos fuimos interrogados sobre aquello, pero eso no condujo a nada. Ante el tribunal volvió a surgir, sin embargo, la «petición Skutina», y Karel tuvo finalmente que pasar veinte meses en la cárcel, cuatro meses menos que Jirka. Lo más curioso es el hecho de que sus conocidos opinaron a pesar de todo «que ha sido un afortunado, sólo le han caído veinte meses», o «¡Hombre, sólo dos años, pero eso es fenomenal!» El sentimiento del derecho se había embotado en cierto modo en las personas. En los tiempos de la

primera república se condenaba por regla general a los «políticos» a dos días y hay que ver la tremolina que se armaba por semejante abuso. Hoy las condenas se miden como mínimo por años, y eso se llama la legalidad socialista.

El 14 de septiembre Bohous afirmó en su crónica escandalosa por radio que yo había enviado a *Die Zeit* la petición para que la publicasen. De dónde se sacó eso, constituye para mí un enigma, pero en cualquier caso es una mentira.

Las esposas se reunían frecuentemente en nuestra casa. Eugenie se había atribuido el derecho excepcional de estar presente, a pesar de que se trataba, según la denominación pensada por mí, de la SZOM, la liga de las mujeres abandonadas por sus maridos; en checo *Svaz žen opustených mužů*, por tanto SZOM. Algunas veces también yo estaba presente, y Eugenie podía brindar con un vasito sin temer al guardián del orden. El programa principal de las reuniones consistía en la lectura en voz alta de las cartas recibidas de la cárcel y en la evaluación de las mismas. Desde el punto de vista de la salud estaban casi todos considerablemente fastidiados, excepto Battek, quien por lo visto se mantenía en forma en la cárcel con sus ejercicios de yoga. Durante su primer encarcelamiento entró una vez un guardián en su celda y le gritó:

—¿Qué está usted haciendo, Battek?

Battek no cambió lo más mínimo su postura y contestó tranquilamente:

—Me sostengo sobre la cabeza, como usted ve.

El caso es que el guardián se sintió tan impresionado por el espectáculo y la tranquila respuesta, que se puso a gritar y abandonó la celda. Pero hasta ahora Rudolf no había estado ni una sola vez en el hospital. Jirka Hochman era el que estaba peor de todos. Ya achacoso en la vida civil, sufrió un ataque en la cárcel, a consecuencia del cual quedó paralítico. Le trasladaron al hospital carcelario de Pankrac. Allí lo dejaron estar un solo día y volvieron a llevarlo a su celda de Ruzyn, a pesar de que no se podía mover. Nepras se había declarado en huelga de hambre. Eso me hizo recordar que, después de mi vuelta a casa en diciembre de 1970, él había dicho que la huelga de hambre es una estupidez, que de ese modo no se puede alcanzar nada. ¡Sí, es muy fácil dar buenos consejos!

En las sesiones de aquella sociedad de las mujeres abandonadas por sus maridos, yo siempre llevaba a cabo un severo interrogatorio. Qué aspecto tenían las celdas, adónde daban las

ventanas, cuál era la vestimenta, qué daban de comer, por la mañana, al mediodía y por la noche, qué temperatura reinaba en la celda y muchísimas más preguntas muy bien detalladas. En uno de estos interrogatorios se da uno cuenta de lo poco que las personas se fijan en el mundo que las rodea y de la cantidad de cosas que pasan por alto. Si la reunión de las abandonadas se celebraba en nuestra casa, yo cocinaba siempre un pequeño banquete. Dos veces hubo carne ahumada con albón-digas sin salsa, y para ello tuve algunas complicaciones, ya que, sólo había panceta —que no sabe a nada—, para grasa de cocina o jamón, que era espantosamente caro.

La peor cuestión era Klanovice: donde habían llevado a los niños. La señora directora había prohibido que los niños nos visitaran, al parecer no por propia iniciativa, sino por mandato de la junta nacional de distrito, ya que nuestra influencia educativa no estaba de acuerdo con la política estatal. Realmente se nos prohibió también ir a visitar a los niños allí, pero de vez en cuando íbamos cuando la señora directora estaba ausente. Una vez, Eugenie fue allí sola; era el cumpleaños de Milan, lo llevó a la pastelería y le compró una tarta de cumpleaños para que no se sintiese menos que Jana, y regresó con él. En el regreso tropezaron con la señora directora. Pero otras veces tuvimos más suerte. Le confié el asunto a mi abogado y quise que hiciera una instancia para que pudiéramos tener en casa algún niño. Resultó ser una empresa sin esperanzas. Porque en las directrices sobre los requisitos para confiar criaturas a padres adoptivos, una de las condiciones indispensables es que los niños sean educados en el espíritu socialista, y ese socialismo yo no puedo entenderlo ni con la mejor voluntad del mundo. Ese tipo de dictadura del proletariado y de la sociedad dividida en clases, como decía el señor fiscal, hacía ya mucho tiempo que no era de mi gusto.

A principios de junio me llamó por teléfono un señor y preguntó si me acordaba de él; antes de mi proceso había acompañado a mi hermano en la visita que éste me hizo a la cárcel de Pankrac. Por lo visto, quería hablarme sobre la condonación del resto de mi pena. Me pareció que aquel era un motivo bastante alegre para tener una conversación. No tenía nada que objetar contra su visita. Dijo que quería traer a otro compañero, su superior jerárquico.

Llegaron ambos compañeros. A la pregunta de qué podía ofrecerles para beber contestaron que vodka, a pesar de que

yo (desde luego para ablandarlos ideológicamente) les había puesto la botella de whisky justo ante las narices.

La conversación empezó con prolijas preguntas sobre mi salud. Les hice saber que un día sí y otro no, tenían que ponerme una inyección y que mi columna vertebral había que sujetarla con un corsé, lo cual, dado el calor reinante, era algo en extremo desagradable. Asintieron con la cabeza y expresaron la esperanza de que todo aquello mejoraría con el tiempo. El compañero más importante opinó luego que lo mejor sería que volviese a dirigirme al marxismo, porque «el hombre tiene que creer en algo». Le di la razón, pero confesé que a mí el marxismo no me parecía un adecuado objeto de creencia. Eso entristeció visiblemente al compañero. De modo convulsivo, buscó otro tema de conversación. Finalmente le pregunté de modo directo por el motivo de su visita.

—Pues bien —empezó a decir circunstanciadamente—, la cuestión es ésta. El Ministerio de Justicia delibera sobre el resto de la pena que se le impuso a usted. Nosotros dos tenemos que redactar ahora un informe sobre su actividad actual, informe que será decisivo para la decisión sobre su caso. El contenido de nuestro informe dependerá, naturalmente, de la sinceridad con que usted nos hable.

No comprendí del todo, por lo menos no inmediatamente. Por eso les dije que no tenía nada que ocultar.

—Por el momento estoy escribiendo un libro de ajedrez y he asumido la dirección de la revista que se publica en Hamburgo *Schach-Archiv*. Los honorarios por esta actividad los hago enviar legalmente al banco Zivno de Praga. De eso vivo, porque en Checoslovaquia estoy sin trabajo.

El compañero se echó a reír y dijo que eso ya era cosa sabida y que no hacía falta que se lo contara, pero no me confió que el conocimiento de esos hechos lo habían extraído de mis cartas y de mis conversaciones telefónicas. Sin embargo, él parecía saber sin género de dudas que yo lo sabía. Insistí en que por el momento eso era todo y que no ejercía ninguna otra actividad.

—Pero su actividad no nos interesa —dijo él, y colocó el peso de la entonación en la palabra «su».

Entonces comprendí qué era lo que querían. Por eso me propuse sonsacarles algo y luego despedirlos con viento fresco. Así pues, me hice el sorprendido y expresé mi opinión de que la actividad de otras personas no debía influir en que se me encarcelara o no.



—Pero eso depende precisamente de hasta qué punto se muestre usted sincero. Eso influye en la condonación de la pena.

Cruzó jovialmente una pierna sobre otra y empezó a explicar:

—Pero no queremos tanto. Y a nadie va a sobrevenirle ningún daño por eso. Para empezar, nos basta con una sola cosa. En octubre del año pasado propuso usted en casa de los Kyncl en presencia de otras cinco personas (también estaba la esposa de usted) reproducir en multicopista la entrevista con Josef Smrkovsky. En aquella ocasión dijo usted que uno de sus conocidos tenía un hermano, y que éste tenía acceso a un multicopista y podría hacer aquello. A nosotros nos interesa sólo el nombre de su conocido.

Se había confirmado mi sospecha. En la vivienda de Kyncl habían instalado micrófonos ocultos. Esa era toda la fuente de la sabiduría de ellos. Una suerte que en casas extrañas yo nunca cito nombres cuando hablo demasiado.

Entonces crucé a mi vez placenteramente las piernas y le pregunté si él creía que podría enterarse de eso. Replicó que así debía ser, porque aquello podía ser útil para mí.

—Además, debe usted pensar también en su esposa, que está metida asimismo en el asunto. Si no quiere usted decírnoslo, tendremos que interrogarla.

Esa amenaza no surtió efecto. Eugenie se habría divertido de lo lindo con aquel interrogatorio ya que, habla con los agentes de la policía secreta como con subalternos vulgares. Por tanto, ¿por qué no? Si los compañeros querían intentarlo con ella...

—Respecto a eso puedo tranquilizarle completamente —dije—. Mi conocido, mejor dicho, su hermano, tuvo miedo al final y no reprodujo absolutamente nada. Por eso ya la cosa no puede interesarle a usted.

Me contradijo amistosamente. Sí, sí le interesa, aunque no hubiese ocurrido nada. Porque su misión era «tenerlo todo registrado». Le hice observar que a mí, en cambio, no me gustaba lo más mínimo saber que todo estaba registrado. Por eso tampoco podía ayudarlo. Seguidamente se movió en su sillón y declaró que no abandonaría mi casa antes de que yo le hubiese revelado por lo menos esa insignificante pequeñez. Me puse en pie bruscamente y declaré que quería hacerme mi comida. Para eso necesitaba tiempo. Porque no tenía la intención de volver a declararme en huelga de hambre. Transcurriría un

largo rato antes de que yo pudiese volver a hablar. Entonces se fueron, pero no sin que el compañero más importante volviese a insistir una vez más, entre la puerta y el quicio, sobre si no quería decir nada. Después de esa ultimísima e inútil apelación, se marcharon.

Durante algunos días no pasó nada. Yo escribía mi libro de ajedrez, y de vez en cuando me visitaban amigos. Fuimos en coche a Hyskov de Beroun a ver a Josef Smrkovsky. Le encontramos en el jardín, arrodillado, igualando el césped con una hoz. Un jardín gigantesco, aproximadamente dos mil metros cuadrados. Le pregunté por qué se tomaba aquel trabajo con la hoz. Un cortacésped sería mucho más cómodo. Él opinaba que no, que no serviría porque la cuesta es demasiado empinada. Y con una guadaña no podía desenvolverse, porque le resultaba muy difícil andar. Pero con la hoz podía trabajar poniéndose de rodillas.

Luego rechacé el coñac que se me ofrecía y acepté la leche agria. El perro de Smrkovsky saltaba de alegría por la visita; creo que se alegraba más que su mujer. No había modo de quitármelo de encima.

El 13 de julio celebramos el sexagésimo noveno cumpleaños de mi suegra. Esta vez habíamos invitado al banquete en el restaurante China a tres miembros de la «sociedad de las mujeres abandonadas por sus maridos», Eva Skutinova, Jirina Kynclova y Stana Neprasova. Nos encontramos a las 17 horas para ir juntos al cine. Yo no había elegido precisamente una película muy alegre: la producción inglesa sobre «Marat-Sade». Pero en Praga había causado entonces en los círculos iniciados un pequeño revuelo, porque de la boca del marqués de Sade llueven improperios contra la revolución, de la que Marat es defensor apasionado. Cuando en la oscuridad del cine seguíamos los acontecimientos, me conmovió una idea verdaderamente triste. Todavía no hacía mucho tiempo, yo habría estado por completo al lado de Marat. Ahora me sentía más cerca de la sabiduría cínica de Sade. Ciertamente Sade perdía una parte de mi favor por su descripción demasiado naturalista de la ejecución del asesino del rey, pero poco después deja sentir de nuevo a Marat el fuego de su ironía. Para mi suegra naturalmente la película no fue la más adecuada. También las mujeres abandonadas por sus maridos habrían preferido ver una comedia.

En el restaurante China mejoró el estado de ánimo. Como los camareros sabían que estábamos en celebración, nos sirvie-

ron perfectamente. Las puntas de bambúes eran exquisitas. Apenas puede creerse lo que el milenarismo arte culinario chino puede ofrecer. Después fuimos a casa a tomar el café. Las adictas al alcohol hablaron fogosamente a favor del coñac, yo seguí con mi Cola, porque en vista de mi difícil situación como único ser masculino entre cinco mujeres, tenía que permanecer lúcido.

A la mañana siguiente se detuvo un auto delante de nuestra casa. Llamaron, unos señores pidieron que se les dejase entrar y me exigieron que los siguiera inmediatamente al cuartelillo de la policía de la calle Bartolomejska. No, no se trataba de ningún interrogatorio, solamente de una conversación. A pesar de eso me alegré de que mi suegra no pudiera oírlos, porque ya estaba excesivamente impresionada por todo aquello.

Me interrogaron, o mejor «conversaron» conmigo a trío. Yo sólo conocía a uno. Aquí o bien, giraban los cuadros de mando demasiado rápidamente, o no hacían más que enviar más y más fuerzas nuevas al combate contra mí. Si violo mis obligaciones ante el tribunal, seré detenido. A pesar de que ni he expiado mi pena ni me han condonado el resto de lo que me quedaba, desarrollo una actividad subversiva y congreso alrededor de mí a elementos hostiles al Estado.

Al oír eso me mostré muy sorprendido y pedí inmediatamente datos concretos. Me contestaron con la frase usual en los órganos no demasiado inteligentes de la investigación: eso yo lo sabía mejor que ellos. La respuesta me enfadó y propuse acabar nuestro debate. Entonces se mostraron más concretos:

—Ayer mismo estuvo usted en el restaurante China, con tres mujeres cuyos maridos están en la cárcel. Eso no puede considerarse más que como provocación pública.

Objeté que, más bien, se podía considerar como fiesta de cumpleaños de mi madre política. Sobre eso no quisieron oír nada. Ya se me había advertido que no debía intervenir en actos públicos, por tanto no me era lícito permitirme tales cosas. El tono de la discusión se animó inmediatamente, puesto que defendí mi punto de vista de que una cena no es ninguna intervención en público, sino una consumición pública. Por otra parte yo no le había prometido a nadie y en ningún sitio que fuese a hacer caso omiso de mis amigos. Aquellas tres mujeres se sentían muy solas en sus casas. De cuando en cuando había que animarlas. El asunto se aclaró aún más:

—Hemos comprobado que usted apoya a familias de presos.

Eso puede considerarse como apoyo a acciones punibles y contra esa actividad hay artículos del código.

Me mostré muy sorprendido de que mujeres e incluso niños de quince años, y aun de menos edad, pudieran desarrollar una actividad hostil contra el Estado. Pregunté de qué tendría que vivir la señora Tesarova con sus tres hijitos si no se la ayudara. Porque el Estado raramente se preocupaba de ellos.

—Tampoco usted debía preocuparse de eso —sentenció el hombre que en la «conversación» asumía la presidencia.

Le aseguré que le cedería con gusto la preocupación por esa familia y pregunté si deseaba empezar desde ese mismo momento. Juzgó que mi comentario era improcedente. Luego los señores explicaron que aún había más cosas. Sabían que yo había visitado a Josef Smrkovsky.

—Pero es natural que ustedes sepan eso; al fin y al cabo tienen en Hyskov a ese soplón que toma los números de matrícula de todos los coches que se detienen junto a la casa de Smrkovsky. No llevé mi coche a lo alto de la montaña porque quería facilitarle el trabajo a ese señor. Aparqué mi coche exactamente en la esquina ante la casa de dicho compañero.

Al decir esto había exagerado grandemente, porque la carretera de subida hasta la casa de Smrkovsky es malísima.

Eso último hizo enfadar tanto a los señores que, inmediatamente, desplegaron una conferencia sobre los daños que seguía causando la contrarrevolución. Después de un pequeño duelo de palabras, se siguió un resumen cuyo sentido era la comunicación «de que se trataba de la advertencia definitiva. Tras ella se pasaría a la acción.»

Después de aquella conversación que duró más de dos horas y media y cuyo tema principal estuvo sazonado con polémicas menores sobre temas históricos, filosóficos y políticos, abandoné a los compañeros.

Aquello ocurrió un viernes, pero la acción se reanudó el lunes, después de dos días de bien merecido descanso. Por la mañana, a las ocho, cuando salí para hacer las compras, había junto a la puerta trasera un coche Voalh, y a cierta distancia un seiscientos tres. Del Volha se apearon dos señores que me siguieron a la distancia como máximo de tres metros. Así fuimos juntos a la tienda de autoservicio que hay en Kosire. Los compañeros contemplaron desde la entrada cómo iba con la cesta de mostrador en mostrador. Yo los observaba con idéntica atención y eso casi estuvo a punto de serme fatídico, porque

mi mano privada de la mirada rectora, metía la mitad de mis compras no en la cesta del autoservicio, sino en mi propia bolsa de aprovisionamiento. Gracias a Dios, me di cuenta de eso antes de llegar al pupitre de la caja, corregí el error y salvé el tropiezo. *A posteriori* me espantaba la idea de lo que habría pasado si los compañeros hubiesen irrumpido en la tienda y me hubiesen acusado del hurto de cinco paquetes de sopas rápidas, de dos latas de carne de cerdo china y de trescientos gramos de queso.

Volvieron a acompañarme al regreso y entonces cometí un error decisivo: en lugar de emplear la entrada del frente de la casa, utilicé la puertecita de la calle Pod Lipami que da directamente a nuestro jardín. Esta entrada trasera, bien disimulada, había estado hasta entonces sin vigilancia, pero en menos de veinte minutos ya estaba allí el tercer auto.

Como siempre, vinieron los vecinos y suministraron informes sobre la situación de las fuerzas que nos rodeaban. Un estudiante había descubierto un sendero clandestino absolutamente maravilloso. Empezaba en una casa a tres o cuatro números de distancia de la nuestra y corría luego transversalmente por los jardines hasta nuestra terraza oculta bajo la colina de maleza. Inmediatamente se ofreció para el trabajo:

—¿Hay algo para sacar de aquí, llevar o traer?

En el curso del lunes los órganos investigadores tuvieron, por lo menos, algo que anotar. Nos visitaron varios amigos. Eva Skutinova que venía acompañada por Venek Silhan, uno de los hombres dirigentes del congreso de Vysocany. Era la primera vez que él estaba en nuestra casa para informarse sobre mi salud. En el parte del señor soplón, esta visita debía tener luego un sentido más profundo. Sólo el amigo Lubos se dio cuenta de la situación en el momento oportuno. Se deslizó por la callejuela hasta la colina situada ante el garaje de la sociedad para colaboración con el ejército, donde halló cobertura en la espesa hierba. Como aún había visibilidad, se arrastró con el estilo de un cualificado escucha enemigo hasta la cabina telefónica más próxima, desde la cual nos proporcionó un informe sobre la situación. Pero ya estábamos enterados de todo por los vecinos y con tanta exactitud, que habríamos podido levantar un plano de estado mayor general con precisas banderitas de situación que indicaran los lugares justos donde estaban aparcados los autos y donde se hallaban los peatones al acecho.

En aquellos días reinaba un calor sofocante. Al principio tuve la intención de pasar el día junto al agua. Pero mis vigías informaron que los agentes secretos se pasaban las horas sudando y gimiendo alrededor de la casa, algunos incluso desnudos de cintura para arriba, y utilizando el órgano del partido, *Rude Pravo*, como abanico que les proporcionaba fresco. Renuncié a ir al baño y jugarles así una mala pasada. Porque en caso contrario también ellos vendrían a los baños, harían figurar el coste de las entradas como gasto de servicio, las salchichas que se tomarían en el mostrador serían a costa del Estado, y además se refrescarían en el agua. No, compañeros, será mejor que sudéis. Así pues, me metía de vez en cuando bajo la ducha y seguía escribiendo animosamente mi libro sobre el encuentro Fischer-Spassky.

En Reykiavik había por aquel entonces más agitación aún que entre nosotros. El 2 de julio debía empezar el match. Pero Fischer no compareció. Por tres veces lo avistaron en el aeropuerto neoyorquino, pero por tres veces se volvió e hizo comunicar a los organizadores que la bagatela de 150.000 dólares era demasiado poco para él y su colega Spassky. El mundo entero andaba de cabeza y, por fin, el millonario inglés Mr. Slater decidió salvar la lucha aportando 50.000 libras más. Eso me indignó porque, antes, un campeón mundial se daba por muy satisfecho embolsando 5.000 dólares. ¿Por qué ahora no debía bastar una suma tan elevada? Me alegraba que Bobby ganase dinero, pero me parecía inadecuado que alguien impusiese las condiciones por conducto de sus representantes y que en el último momento apretase las tuercas. En este sentido escribí también un comentario para el periódico alemán *Deutsche Schachblätter*. Alababa la generosidad de Mr. Slater, pero expresaba también mi opinión de que se habría podido emplear mucho mejor el dinero en un mundo en el que dos tercios de la población seguían pasando hambre.

El miércoles vino Ludvik y dijo que yo era idiota. Esas 50.000 libras habían salvado una lucha interesante, pero era necesario notar que cada cual tenía el derecho de decidir cómo emplear su dinero. Lo que yo tenía que hacer era intentar ganar también 50.000 libras y luego podría dedicarlas a Bangladesh o donde quisiera.

Afirmé que me sería imposible ganar las 50.000 libras si él me molestaba con su cháchara. Ante objeciones suyas afirmé que yo tenía derecho a decidir lo que debía aparecer en mi

artículo; él, si lo deseaba también podría escribir sobre Fischer y poner por las nubes sus hazañas.

Quise obsequiar a Ludvik con un whisky, lo que le dio pretexto para cubrirme de improperios, puesto que seguía pensando que yo quería hacerme pasar por mejor que él. Luego quise poner la canción española *Rosas en el mar*, pero tampoco eso le gustó. Respecto a esta canción, habían las siguientes circunstancias: la descubrí en Puerto Rico en la primavera de 1968 y me gustó muchísimo. Una española, llamada Massiel, en la primera estrofa canta, sobre el amor y dice que es más fácil encontrar rosas en el mar. En la segunda estrofa canta sobre la razón, y también dice que es más fácil encontrar las rosas. La tercera estrofa habla de la libertad, la cuarta de la soledad. En la primavera de 1969 había puesto la canción incesantemente. Le gustaba, sobre todo, a Jirka Lederer. Siempre que me visitaba, cruzaba una pierna sobre otra y decía: «Vamos, muchacho, pon nuestra canción.» A finales de marzo, el disco se perdió. Sucedió así: la televisión me hizo una entrevista en mi casa y para responder a la pregunta de qué era lo que yo deseaba en el futuro para nuestro país puse el disco, lo dejé girar y traduje la tercera estrofa:

*Voy pidiendo libertad,  
y no quieren oír.  
Es una necesidad para poder vivir.  
La libertad, la libertad, derecho de la humanidad.  
Es más fácil encontrar rosas en el mar.*

La entrevista pudo ser transmitida en el momento justo. Inmediatamente después sucedieron los disturbios en la Aeroflot, tras los campeonatos mundiales, y con ello terminaron las emisiones de esta índole. La libertad pasó a estar en el Index. Sólo se la podía cantar en España. La directora del programa me había pedido prestado el disco, pero ella, inmediatamente después del pleno de abril, se trasladó a países más tranquilos y se llevó el disco. Hasta el invierno 1971/72 no llegué a conseguir otro. El jugador español de ajedrez Prado, a quien conocí por casualidad en Praga en el encuentro de la copa Davis Checoslovaquia-España, me lo envió, aunque entonces les habíamos atizado a los españoles por 3:2. Ludvik no soportaba la canción. Me ofrecí a poner el disco sólo para tener un motivo más de discusión.

Seguíamos hablando sobre el despliegue masivo delante de nuestra casa. Diariamente había allí de seis a siete vigilantes desde las siete de la mañana hasta las siete de la tarde. Luego entraba el turno de noche, pero yo no daba un paso fuera de la puerta, por tanto, ¿para qué tal despliegue? Ludvik decía que era totalmente inútil discutir sobre los motivos y el por qué hacen algo. Simplemente lo hacen, y lo hacen para tener alguna actividad o para impedir que las personas olviden que ellos existen, o para afirmarse a sí mismos de lo necesarios que son para el socialismo. Yo tenía la impresión de que aquello podía relacionarse con el hecho de que entonces se estaban celebrando en Praga dos procesos. Uno me concernía: junto con el ex director de la escuela política central del partido comunista checoslovaco, doctor Milan Hubl, estaban ante el tribunal el doctor Jan Tesar, el ingeniero Rudolf Battek y Jiri Muller. Se les acusaba de «subversión de la república». Esta subversión consistía en que antes de las extrañas «elecciones» de noviembre habían escrito unas cuartillas en las que se podía leer que entre nosotros, conforme a la Constitución, no existe ningún deber electoral, sino solamente el derecho electoral. Por eso nadie estaba obligado por la ley a desempeñar esa comedia electoral de los estadistas. Además, Honza y Rudolf tenían que responder del viejo cargo del año 1969, nuestra obra común, los llamados «10 Puntos». El doctor Hubl había sido, según afirmaba la acusación, editor de una revista mensual que tenía el título de «Hechos, objeciones, acontecimientos». Durante mis interrogatorios en primavera, también me habían preguntado por eso. Naturalmente yo estaba sobre aviso y esperaba aquella pregunta. Con aire de inocencia, pregunté si no se trataría de «Hechos, opiniones, voces», una de mis secciones constantes en la redacción del periódico deportivo checoslovaco. Ciertamente no quisieron admitirme aquella completa falta de noticias, pero dejaron pasar la cosa. Estos episodios de los interrogatorios me impulsaron, después de mi excarcelamiento, a preguntar a mi confesor si era pecado mentir algo a los agentes de la policía secreta. Él dijo que era pecado. Lo correcto era callar. Una mentira no debe decirse en ninguna circunstancia. Le confíe que no podía arrepentirme de aquel pecado, ya que con mentiras en el interrogatorio podía ayudar a otros hombres. Le cité un caso muy concreto. El confesor se quedó pensando y dijo finalmente que, a pesar de todo lo consideraba un pecado, aunque un pecado venial.



Así pues, se celebraba ahora el proceso contra mis amigos. Y además, otro contra antiguos colaboradores de la comisión municipal del partido comunista checoslovaco en Praga. El jueves a mediodía vino directamente desde la sala de justicia a nuestra casa Dasa Batteková con su hija Alice. Nos informó sobre el transcurso del proceso y buscó a alguien en el garaje próximo a nuestra casa que pudiera repararle su Fiat. Me trasladé con Alice en coche al garaje, seguido de cerca por el auto negro de los vigilantes. Entregamos el Fiat y dimos la vuelta al garaje para volver a casa. El enemigo de clase se quedó en su puesto detrás del garaje. Por lo visto le había pasado por alto nuestro regreso tras la entrega del coche averiado. Llevábamos sentados ya una hora larga a la mesa y el coche con los compañeros seguía estando allá arriba. Me intranquilizaba saber que no estaban delante de mi casa. Después de la comida del mediodía subió Alice a la montaña y participó a los compañeros que el señor Pachman les enviaba sus saludos y la noticia de que ya hacía mucho tiempo que estaba de nuevo en casa; no tenían por qué preocuparse. Los compañeros reaccionaron con visible malhumor y contestaron que ya lo sabían. No obstante, se pusieron inmediatamente en camino para volver a ocupar sus puestos de costumbre.

Dasa nos dijo que el asunto ante el tribunal no tenía buen aspecto. Rudolf en ningún caso, podría volver a casa después del juicio a pesar de que llevaba ya veintidós meses en la cárcel. A Honza Tesar y a Milan Hubl, el cabecilla del grupo, les pasaba algo aún peor. Ese Milan Hubl es un caso interesante. Fue, en otros tiempos, amigo íntimo de Husak. También después de la detención de este último en los años cincuenta siguió siéndole fiel.

Realizó varios intentos para que lo dejaran en libertad y ayudó a Husak después de su regreso de la cárcel para labrarse una nueva existencia. Posteriormente lo ayudó también a ingresar de nuevo en la política. En abril de 1969 habló Hubl a todos los partidarios de Dubcek en el comité central del partido comunista checoslovaco y trató de convencerlos para que votasen a favor de Husak. Porque Husak era la mejor solución. Su persona ofrecía la única posibilidad de continuar la política los dos, Hubl y Sabata, casi al mismo tiempo, ante los tribunales. Sabata, el enemigo de Husak, fue condenado a seis años; Hubl, el amigo de Husak, a seis años y medio. Este medio año más debía considerarse como añadidura por la fiel amistad y

para enseñar al hombre que los sentimientos no tienen valor en política.

Después de que nos hubieron dejado Dasa y Alice, empecé a poner en práctica mi plan, que había madurado de modo completamente espontáneo durante los comentarios de las partidas de Fischer.

Primeramente le escribí al ministro federal del Interior, Radko Kaska, una carta de siete páginas. En ella le describía con exactitud mis avatares y experiencias de los tres últimos años con los órganos a él subordinados, le pedía que fuesen expedidos pasaportes de emigrantes para mí y para los dos miembros de mi familia, y escribía al final: «Según mis experiencias de los últimos años, he de temer que el caso sea resuelto de otra forma, según el modo y manera desgraciadamente usuales entre nosotros. Por eso hago observar que la documentación completa, incluyendo una traducción de esta carta, ya está preparada para su entrega a la comisión de las Naciones Unidas encargada de los derechos del hombre». Esa era una afirmación algo exagerada, porque hasta pocos días más tarde no inicié el examen y la traducción de los documentos. Pero estaba convencido de que la maquinaria oficial no funcionaría tan rápidamente como para hacer posible mi encarcelamiento inmediatamente después de recibir este escrito.

Otra instancia se la dirigí al ministro de Justicia del Gobierno checo, doctor J. Nemec. En ella se decía, en síntesis, lo siguiente: «Según comunicación del tribunal debo abonar las costas por dieciocho meses de cárcel, lo que viene a significar aproximadamente 20.000 coronas. Si estas costas las debo pagar yo, querría hacer una contrapetición al negociado que compete. La valoración de mis exámenes por rayos X durante la época anterior al año 1969 y posteriormente, de los cuales una parte se realizó en el hospital carcelario de Pankrac, demuestran que a consecuencia del defectuoso tratamiento de la rotura de mi columna vertebral en diciembre de 1969 se me ha producido una deformación constante de tres vértebras espinales, lo que origina constantes ataques dolorosos y disminuye considerablemente mi capacidad de trabajo.» Me permitía aludir a si, en estas circunstancias, no sería mucho más inteligente suprimir la exigencia de entregar las costas de encarcelamiento.

Naturalmente no se trataba sólo del dinero, aunque 20.000 coronas no sea ninguna pequeñez. El verdadero sentido de esta «partida de ajedrez» sólo podrá ponerse en claro por el conte-

nido de la tercera carta. Estaba dirigida al director del hospital de la cárcel. Le comunicaba que en el hospital se habían llevado a cabo tales y cuales exámenes. Según la extensión de los mismos, se mostraba inequívocamente que... etc. Yo terminaba con la frase: «Teniendo en cuenta que por aquel tiempo nuestros médicos, por temores existenciales, se veían en cierto modo limitados en la libertad de sus diagnósticos, he enviado al extranjero dichas radiografías a fin de que sean comprobadas por expertos. Por este motivo es imposible devolvérselas a ustedes en un plazo breve.»

El escrito al Ministerio del Interior lo llevó mi mujer personalmente al secretario del mismo. Al día siguiente el aire se había despejado delante de nuestra casa. Los funcionarios del servicio de seguridad tuvieron el lunes un trabajo especial. Convocaron a los médicos para buscar mis radiografías. Con uno de los médicos esa exigencia dio lugar a una conversación bastante animada. Ellos iban directamente a su objetivo: ¿dónde estaban las radiografías de Pachman?

—¿Pachman? ¿Qué Pachman? —dijo él, impasible.

—¿Cómo? ¿Es que no conoce usted a Pachman? —se asombró el funcionario del servicio de seguridad.

—Por favor, ¿va a pedirme usted que conozca a todos mis pacientes? Aunque... espere un momento, sí, en realidad conozco a dos Pachman. ¿A cuál de los dos se refiere usted?

Estos señores, muy perplejos por la actitud del señor doctor, se marcharon.

El director de la cárcel de Pankrac sufrió algunas molestias, lo que me alegró mucho, porque sus relaciones claramente amistosas con el servicio de seguridad del Estado son ampliamente conocidas también fuera de los muros de la cárcel. Que realmente tuvo un percance se hizo visible también por el tono de la carta que recibí al cabo de algunos días. El señor director pedía la devolución de las radiografías antes del 15 de septiembre, pues de lo contrario presentaría denuncia por robo de documentos oficiales de sanidad. Mi abogado se echó a reír ruidosamente cuando se enteró. ¡Aquello sí que sería una novedad, acusar a un paciente de haber robado su propia documentación! Yo no reí en absoluto, porque comprendía que se trataba de algo decisivo. Así pues, mandé fotocopiar las radiografías y tuve que enviarlas. En la carta yo había exagerado algo el desarrollo de los acontecimientos, pues presentaba como hechos cosas que solamente tenía la intención de emprender. En la pre-

paración de las fotocopias hubo algunas dificultades; no eran muy buenas que digamos, por lo que retuve seis de las diecinueve radiografías originales de la documentación de Pankrac. Mi abogado devolvió las restantes radiografías después del 15 de septiembre para que no pareciese que teníamos miedo. El director se lamentó de que el envío no estaba completo, pero mi abogado me llamó inmediatamente por teléfono y rogó al señor director, a instigación mía, que le informase de si tenía algún justificante del número de piezas de la documentación. Después de esto, el señor director no puso ya objeciones.

Al mismo tiempo que se desarrollaban estos acontecimientos, escribía yo el final de mi libro sobre Reykjavik. Fischer jugó la primera partida como si quisiera elevar la tensión del match; en el final de la primera partida se dejó cercar un alfil y perdió. En la segunda partida no compareció porque no quería permitirles a los organizadores instalar en la sala cámaras de televisión. Los organizadores se mostraron verdaderamente desesperados por eso, puesto que los ingresos por las emisiones de televisión debían, naturalmente, cubrir una parte de los gastos del encuentro. Y hasta ahora nadie ha encontrado el modo de emitir por televisión sin instalar cámaras. El resultado estaba 2:0 a favor de Spassky, y los comentaristas del *Rude Pravo* estallaban de pura alegría por un nuevo triunfo del deporte ajedrecista soviético. Personalmente yo le habría deseado a Spassky ese triunfo de todo corazón. Es una persona excelente y en ese sentido yo había escrito en anteriores ocasiones, pero los triunfos para la URSS no eran en absoluto de mi gusto. Por eso tuve algunas dificultades en los comentarios, porque escribía sobre la lucha también para el periódico alemán *Deutsche Schachblätter*. Si hubiera estado en el lugar de Spassky y en la situación 2:0, me habría esforzado diligentemente en jugar todas las partidas a tablas para así exasperar a Fischer. Pero Spassky quiso terminar la lucha prácticamente en la tercera partida y, como se dice, hacer polvo a Fischer. Ciertamente Fischer es muy impulsivo, pero también un genial jugador de ajedrez. Ganó una hermosa partida, la siguiente la ganó también, y el match se convirtió en juego por un punto.

Los señores ministros hicieron esperar su respuesta cuatro semanas. Por eso llamé por teléfono al secretario del ministro del Interior. Me comunicó que el señor ministro estaba de vacaciones y que, desde luego, contestaría a mi escrito a su regreso.

Esas tres primeras cartas las había escrito de un modo totalmente emotivo, sin pensar mucho. Ahora pensé la cosa una vez más y me aconsejé con mis amigos, quienes me hicieron ver que continuar la acción sería realmente arriesgado. Ciertamente era posible que me dejaran emigrar, pero me parecía más probable que volviesen a meterme en la cárcel. Posiblemente también harían lo mismo si callaba y hacía como si nada hubiese pasado. Pero, ¿qué clase de vida habría sido esa entonces? Rodeado a cada momento, constantemente perseguido, sin la más mínima posibilidad de un trabajo productivo. En mi situación, una actividad política sería pura locura y, si se piensan las cosas como es debido, una mala faena, porque podría poner en peligro también a otras personas. A mi regreso de la segunda estancia en la cárcel, mis amigos me habían aconsejado enca-recidamente que lo primero que tenía que hacer era relajarme y curarme a fondo. ¿Cómo se puede uno curar si se expone constantemente a nuevas excitaciones?

Decidí, a pesar de todo, proseguir la acción sin tener en cuenta el riesgo. Escribí una carta al comité central del partido comunista checoslovaco en la que resumía brevemente el contenido de mi escrito al ministro. Formulé los puntos más importantes de la manera siguiente:

1) Actualmente no tengo en Checoslovaquia ninguna posibilidad de trabajar en aquellas profesiones para las cuales estoy cualificado. Comprendo, naturalmente, que no puedo seguir actuando como periodista, pero no consigo comprender los motivos para la prohibición de cualquier actividad de tipo ajedrecista. He dedicado treinta años de mi vida al ajedrez y en ese campo he conseguido ciertos resultados. Todavía hoy, según mi palmarés, estaría en el segundo puesto de la República. Es lógico que los órganos de la asociación checoslovaca para la Educación Física elijan a sus representantes estatales para competiciones individuales y por equipo, pero lo que no veo claro es por qué no puedo intervenir en ningún campeonato en el que juegue por mi propia persona y por qué no puedo ser miembro de un club de ajedrez. En toda la historia del ajedrez ni un solo jugador, hasta ahora ha sido expulsado de su federación por motivos políticos. Entre nosotros, por ejemplo, también el maestro de ajedrez F. J. Prokop, que durante la ocupación nazi fue redactor jefe del periódico *Ceske Slovo* y condenado a cinco años de cárcel por colaboracionista, en cambio no

fue expulsado de la Federación. Tampoco el gran maestro Saemisch, a pesar de que estuvo en un campo de concentración como antifascista, fue expulsado de la Federación de Ajedrez de la Gran Alemania.

2) Por motivos políticos, mi esposa fue despedida de su puesto de trabajo en el comité central de la Asociación checoslovaca para Educación Física, a pesar de que los resultados de su labor fueron los mejores y de que ella, a costa de un sacrificio personal muy importante, completó su especialización mediante el estudio en la Facultad para Educación Física en la Universidad de Carlos. Actualmente trabaja en la pequeña sociedad de construcción STAS, en Praga 5; pero hace poco la Asociación checa de las compañías de producción exigieron de la jefatura de la sociedad STAS que expulsaran a mi mujer sólo a causa de su apellido. El examen de sus relaciones laborales fue diferido hasta mediados de septiembre y es más que cuestionable que pueda seguir su actividad en este puesto de trabajo, en modo alguno sometido a razones políticas.

3) En los años 1969-1970, y nuevamente en la primavera de este año, pasé casi dieciocho meses en la cárcel. La primera mitad de la detención se basaba en los preparativos de los «10 Puntos»; la segunda, en mi intervención en la emisora de radio holandesa el 2 de agosto de 1971, en la cual expresé mi repulsa respecto a la sentencia dictada contra Vladimir Skutina. En aquel entonces fui condenado exclusivamente porque, de un modo franco y con expresión de mi nombre completo, manifesté mis puntos de vista. No he hecho ninguna otra cosa y no se me acusa de ninguna otra acción. Nuestros políticos dirigentes han afirmado en varios discursos que entre nosotros nadie será perseguido por sus actividades en los años 1968-1969. Compruebo que la inculpación más importante contra mi persona, inculpación sobre la cual estuvo fundada la mayor parte de mi condena, se refiere a mi actividad política en el año 1969.

4) De igual manera antes que ahora, después de mi salida de la cárcel, me he esforzado de modo sincero en apartarme de toda actividad política y dedicarme por completo a mi curación y a ser posible a mi actividad ajedrecística. En el pasado año se desató una grosera y, como se puede demostrar, injusta campaña de todos los medios de publicidad, contra mi persona. En este año los órganos del servicio de seguridad del Estado, poco después de mi liberación (que se realizó por motivos de salud), me persiguieron de modo y manera que no pueden des-

cribirse más que como la más dura presión psíquica. He informado de ello tanto al ministerio del Interior del gobierno federal, en un escrito personal en forma detallada, como también al secretario general del comité central del partido comunista checoslovaco en una redacción resumida.

5) A consecuencia de mis dos estancias en la cárcel he sufrido serios daños en mi salud. Padezco ahora de una actividad peristáltica totalmente débil del intestino, y de una deformación de las vértebras espinales 3, 4 y 5, consecuencia de una rotura no curada de la columna vertebral en diciembre de 1969. Mi estado físico y psíquico ha empeorado igualmente de modo muy expresivo, lo cual han podido comprobar los expertos forenses. Para curarme de nuevo, necesito ante todo descanso y, tal como se hallan ahora las cosas, eso me está negado.

6) Es evidente que mi existencia causa preocupaciones a los órganos estatales y gastos relativamente grandes. Si mi petición fuese aceptada, se ahorrarían 610 coronas mensuales así como la pensión de mi madre política.

Finalmente declaraba que: o se me debía hacer posible una vida normal en Checoslovaquia, considerando que forma parte normal de la vida de un gran maestro de ajedrez el derecho a jugar al ajedrez, o que se me concediera la emigración. Aludía también a que había expuesto el caso a otras instituciones, y en recuerdo de mi latín de bachillerato empleaba la expresión *Alea iacta est* (la suerte está echada) en el escrito al comité central del partido comunista checoslovaco. En los días siguientes quedé desbordado por mis obligaciones ajedrecísticas. El señor Rattmann, de Hamburgo, vino a buscarme a Praga y mostró diversos deseos en relación con el *Schach-Archiv*. Mi libro sobre el combate Fischer-Spassky debía aparecer un mes después del match y ser expuesto en la feria del libro de Frankfurt. Además, pedían comentarios varias revistas extranjeras de ajedrez. Reanudé el ritmo de trabajo, también los honorarios volvieron a fluir lentamente, de forma que ya sólo necesitaba esperar nuevos ataques ingeniosos del *Rude Pravo* y de la radio. Por otra parte me enteré de que en la televisión estaba preparada una película que me presentaba como bribón sin carácter. La película se basaba en contradicciones entre frases que yo había pronunciado aproximadamente en el año 1950 y otras de épocas posteriores. Consideré que ese método mostraba poca inventiva, pues ya había explicado a menudo con toda

claridad que había sido tonto en aquel entonces. Esa película debía haberse proyectado en la primavera, en la época de mi proceso, pero fue diferida por indicaciones «de arriba».

Debido al trabajo, no podíamos salir de vacaciones. Además, Eugenie volvía a tener dificultades en su puesto de trabajo. Estaba amenazada por una nueva ronda de «pruebas de aptitud» y la sociedad de las comunidades de producción del distrito estaba empeñada en su despido. Convocaron al presidente de la cooperativa de construcción de Kosire y le dijeron que la señora Pachman no podía trabajar como secretaria; no podía trabajar allí en absoluto. Pero el presidente se mostró sorprendentemente firme. Era hombre honrado a pesar de que antes había sido presidente de la organización del partido y había asumido la dirección de la sociedad sólo después de ponerse en vigor la orden de que nadie que no perteneciera al partido podría ejercer aquella función. Su predecesor en el escaño de la presidencia había sido un auténtico técnico, pero como le faltaba el libro rojo con el carnet del partido, le asignaron ahora un trabajo subalterno.

Sobre el asunto Pachman se originó un debate. El nuevo presidente se empeñó en afirmar que la señora Pachman trabajaba bien y que por tanto él no veía ningún motivo para despedirla. A la objeción de que debía cuidarse, ya que no era seguro, que pudiese seguir siendo presidente, contestó furioso, diciendo que así podría volver a su trabajo de montador electricista. Con ello no ganaría menos y tendría menos quebraderos de cabeza. Le pidió al comité de distrito del partido comunista checoslovaco que interviniera, fundamentando la petición en que al fin y al cabo la señora Pachman debía trabajar en alguna parte. Mientras tanto, Eugenie seguía acudiendo a su puesto de trabajo; la «prueba de aptitud» quedó diferida hasta finales de septiembre.

Muchos de entre nosotros afirman que no pueden hacer otra cosa que seguir las instrucciones de sus jefes, aunque se trate, por ejemplo, de la expulsión de un colaborador. Yo afirmo que esa es una frase vacía. Precisamente el hecho de que todos «deban» le hace posible al régimen imperar con medios de la época del feudalismo. Si nadie opinase automáticamente que «debe», el régimen no podría proceder como ahora.

Cinco días después de haber enviado mi escrito a la presidencia del comité central del partido comunista, me llamó por teléfono algún dignatario del ministerio del Interior; creo que



se llamaba Hlavacek. Me dijo que el señor ministro le había encargado ocuparse de las cuestiones relacionadas con mi carta. Me preguntó si me podía visitar.

Vinieron dos. Basándome en mi experiencia de la última visita les ofrecí inmediatamente vodka, con el comentario de que el whisky no estaba bien visto en su departamento. En eso me dio la razón el señor dignatario. Venía de riguroso uniforme y no quiso siquiera café. E inmediatamente pasó a tratar del asunto.

—El compañero ministro me ha encargado que le comunique a usted que rechaza rotundamente el tono de su escrito. Lo considera inapropiado y chantajista.

Un buen principio, pensé, y abrí la polémica con el tema de a qué se puede considerar chantaje y a qué no, frases que apoyé con ejemplos de los métodos empleados por el Régimen. Me interrumpió al momento:

—No hemos venido aquí para mantener discusiones políticas. Tenemos que comunicarle que a usted y a su familia, gracias a la generosidad de los órganos políticos existentes, se les concede, a pesar de todo, la emigración fuera de Checoslovaquia.

Pregunté si eso era una comunicación oficial. Me dijo que sí. No me darían nada por escrito. Su colega —señaló a su acompañante— me explicaría las formalidades que tendría que cumplir. Debía presentar una solicitud oficial en el centro del distrito para la expedición de pasaportes y visados en Perstyn. Sería contestada en sentido positivo.

El compañero me explicó todo, y era mucho, lo que había que explicar. Tenía que proveerme de diversos certificados y comprobantes, documentos y escrituras, también por ejemplo, el comprobante de que nuestra partida no perjudicaba a la situación de las divisas del Estado o que las autoridades militares no oponían objeción alguna respecto a mi situación en cuanto al servicio. Pero ante todo teníamos que firmar una declaración en la que expusiéramos que renunciábamos a todas nuestras propiedades que en el momento de nuestra emigración se encontrasen en el territorio checoslovaco. Y teníamos que pagar los impuestos prescritos por la ley: entre 400 y 10.000 coronas por persona.

Mi primera impresión, cuando me abandonaron, fue la de que aquello no podía ser verdad, que se trataba nuevamente de una trampa. Así pues, me senté ante la máquina de escribir y

redacté una carta para el ministro del Interior en la que confirmaba el contenido del trato verbal concertado con su representante. Ahora el asunto tenía forma jurídica. Si nadie nos comunicaba expresamente que no podíamos emigrar, el trato tendría validez.

Apenas había terminado mi carta cuando sonó el teléfono. Coblenza al aparato. El señor Leicher del *Rhein-Zeitung* preguntaba si estaba dispuesto a conceder una conversación sobre el match Fischer-Spassky. Rápidamente contesté que, en vista de mi compromiso ante la justicia, no podía conceder ninguna entrevista a periódicos extranjeros que pudiera considerarse de algún modo como conversación política. Pero daba igual lo que se hubiese dicho ante los tribunales, porque los señores del servicio de seguridad del Estado hacía mucho tiempo que habían roto aquel convenio al tratarme como a un malhechor peligroso.

Concedí la entrevista y en ella repetí mi punto de vista de que Bobby Fischer seguiría siendo campeón mundial durante unos diez años, pero alabé también a Boris Spassky por sus cualidades de carácter, enjuicié las aperturas de aquel match y hablé de mis encuentros con Fischer. La conversación duró aproximadamente veinte minutos, y el señor Leicher me pidió al final otro favor. Los lectores de su periódico querrían tener autógrafos en mi libro de ajedrez. Él pensaba mandarme a Praga una gran cantidad de mis libros y yo debía devolvérselos firmados. Naturalmente, él abonaría los gastos.

—Puede usted hacer eso, pero, si no le corre mucha prisa, sería mejor que esperase un poco. Dentro de dos meses, poco más o menos, podré firmar los libros directamente en su redacción y así se ahorrará usted los gastos de envío.

Mi comunicación produjo el efecto de una bomba. Se inició una catarata de cómo, porqués y cuándo, y se me preguntó dónde quería establecerme.

Dije que probablemente en Holanda, pero que aún no lo sabía con exactitud. Eso dependía de muchas circunstancias, ante todo de dónde se me quisiera admitir.

Una hora después de esta conversación me llamó el corresponsal en Praga de la agencia DPA.

—Señor Pachman, acabo de recibir un teletipo de la central. Dicen en él que, según informes de cierto periódico alemán, se le ha concedido a usted la emigración de Checoslovaquia. ¿Es verdad eso?

Lo confirmé y pensé que la DPA debía de tener un hombre listo en la redacción.

Una hora más tarde habló la agencia Reuter, y a eso de las ocho de la noche, unas cuatro horas después de la conversación con el *Rhein-Zeitung*, también la AFP. Habían recibido un teletipo de la central en el que...

La cosa había pasado a ser del conocimiento público. Y si ahora algún señor ministro o «superministro» del Muelle de la Brigada de Kyjev (sede del comité central del partido), o alguien más alto de la calle Bajo los Castaños (sede de la embajada soviética) quería considerar el asunto de otra forma, por lo menos se produciría algo de sensación en el mundo. Y cuando se está en un aprieto, un poco de sensación en el mundo exterior sólo puede ser de utilidad.

Para mí estaba completamente claro que sólo había dos soluciones posibles del caso. O me dejaban ir, o me encerraban de nuevo. Desde luego, los señores ya estaban discutiendo sobre lo mismo. El servicio de seguridad del Estado y el ministerio del Interior abogaban por el encierro; un par de halcones del Politburó apoyaban esta alternativa; y el doctor Husak probablemente estaba, con alguno de sus fieles, y ya desde el año 1970, a favor de una solución más suave. Desde este punto de vista redacté mi escrito al Presidium del comité central del partido comunista checoslovaco. Excepcionalmente me abstuve de todo impropio, para no proporcionar una alegría más a los halcones.

Luego empezó la penosa peregrinación de una oficina en otra. Una experiencia muy interesante. La mayoría de los funcionarios se portaba con mucha amabilidad, esforzándose en complacernos. Algunos miraban también prudentemente a su entorno, se inclinaban para pegarse a mi oído y me susurraban algunas palabras que encajaban en el artículo 100. No, realmente no encajaban. Para realizar el delito allí previsto se necesitaba que estuviesen escuchando dos personas o más. Y yo sólo era una persona.

Antes de la firma de la declaración, según la cual el Estado debía hacerse cargo de todos nuestros bienes y haciendas, me esforcé naturalmente en salvar mis propiedades. Hicimos que justipreciasen oficialmente nuestra casa. La valoraron en 252.000 coronas. Una suma muy decente. El primer interesado ofrecía de momento incluso más: 280.000 coronas. Mejor aún. Confié a mi abogado los trámites relativos al asunto y el concierto del

convenio de compra. Pero había un obstáculo decisivo. En alguna orden gubernamental se decía que «la venta de inmuebles, si se realizaba para fines de eludir una obligación legal, sería considerada como nula.» En la reglamentación complementaria se hablaba expresamente de que «esta orden entra en vigor sobre todo en el caso en que la venta se realiza en un plazo más corto de un año antes de abandonar la República.»

Por lo visto, al principio se entendía como abandono de la República la fuga ilegal, pero eso no estaba expresado literalmente. Por tanto no podía regir. Me enteré de un caso que lo aclaraba todo. Una muchacha había encontrado un novio en el extranjero. Se casó con él y consiguió su permiso de emigración. Había recibido de sus padres como herencia una casa familiar que vendió entonces. Con la suma obtenida se compró vestidos, ropa interior y algunas joyas y encontró el medio de poder sacar aquellas cosas. Abandonó la República y posteriormente la venta de la casa fue declarada no válida. Como es natural, el nuevo propietario protestó contra eso y, en consecuencia, a los parientes más próximos de la joven señora no les quedó otro remedio que indemnizar a la comisión nacional con el producto de la venta.

Siendo esas las circunstancias existentes, dejé en suspenso la venta de la casa; si la compraba mi hermano, se vería en apuros. Si acusaban a una de nuestras tías, podría morirse del susto. En cualquier caso, el Estado obtendría la casa gratis. Pero yo quería dificultarles un poco las cosas. Y tenía una cierta idea de cómo podría lograrse eso.

Me senté ante el articulado del código y estudié algunos párrafos. Luego redacté un escrito de queja. En él, el matrimonio Pachman acusaba al Estado checoslovaco porque, contradiciendo dos artículos de la Constitución checoslovaca y algunos artículos del código civil, había obligado al matrimonio Pachman, explotando la situación apurada del mismo, a firmar una declaración mediante la cual renunciaba a todas sus propiedades. Esa declaración es por tanto inválida conforme a derecho y está además en contradicción con la carta de los derechos humanos de las Naciones Unidas, la cual había sido firmada por Checoslovaquia.

Al mismo tiempo acordamos un convenio con una familia de trabajadores con tres niños y que no tenía vivienda: poníamos a disposición de esta familia nuestra casa, sin cobrarles nada, durante nuestra estancia en el extranjero y nos obligába-

mos a proporcionarle a la familia una vivienda de iguales características tras nuestro regreso a Checoslovaquia. Yo pensaba que eso no sería nada difícil, porque si alguna vez podíamos volver, probablemente varios poseedores de viviendas mucho más hermosas buscarían a toda prisa el camino de la emigración.

La última formalidad que se exigía de nosotros era el certificado de las autoridades militares. Fue lo último que hice, porque yo nunca había sido soldado. Por eso a ellos debía de darles completamente igual donde estuviese yo. La capacidad defensiva del pacto de Varsovia no sufriría el menor daño por mi ausencia.

Pero el ejército sigue siendo el ejército. En la primera oficina comprobaron que yo no era soldado y me comunicaron que por ese motivo no podían hacer nada, ya que ellos manejaban los comprobantes del servicio militar. Tendría que ir a la puerta de enfrente. Pero allí, a su vez, sólo llevaban los comprobantes de suboficiales y oficiales. En la tercera habitación sólo había los comprobantes de los soldados rasos. Sin embargo me escucharon y llegaron a la conclusión de que, puesto que no era soldado, nada tenía que buscar ni pedir entre ellos. A mi pregunta de a quién correspondía yo entonces y dónde se me podría extender el certificado en cuestión, me contestaron muy lógicamente que no pertenecía a nadie y que por tanto tampoco a nadie podía pedirle el certificado. Objeté que el ministerio del Interior me exigía ese certificado y que, consiguientemente, tenía que haber una posibilidad de conseguirlo. Permanecieron fríos y distantes.

Me dirigí al jefe de defensa del distrito. En aquel momento preciso él sostenía una conversación telefónica muy larga y, desde luego, secreta, por lo cual me vi obligado a esperar ante la puerta. Pero después me recibió y me escuchó. Estuvo pensando intensamente y, después de un largo silencio, me pidió el certificado demostrativo de que yo estaba exento del servicio militar. Conforme a la verdad, contesté que, hacía veinticinco años, se me había expedido desde luego semejante certificado, pero que nunca había hecho uso de él y que lo había perdido no sabía dónde. Sin embargo, mi documentación personal demostraba que yo estaba exento del servicio militar. Por eso no era muy probable que pudiese tomar parte en una posible lucha contra el imperialismo o en defensa del río Ussuri, por lo cual el sello oficial del mando militar de mi distrito estampado al

pie de mi instancia no pondría en peligro la capacidad defensiva del campo socialista.

Sobre la cuestión del imperialismo no hizo ningún comentario, pero me explicó que yo tenía que denunciar la pérdida de ese documento militar —así lo llamó— y me envió a la tercera puerta. Entré y dije que quería denunciar una pérdida. En la habitación había dos oficiales y una señora. El oficial de mayor graduación quiso enviarme a la policía; allí podrían proceder a la búsqueda del documento perdido. Respondí que, sin querer menospreciar las capacidades de nuestro aparato policíaco, dudaba muy seriamente de la posibilidad de encontrar aquel documento, puesto que lo había perdido hacía veinticinco años.

Aquel oficial era la copia exacta del teniente Dub del Schwejk. Los argumentos empleados por él en la discusión eran muy divertidos. Los otros dos hundían las caras en los legajos y se desternillaban de risa.

Volví al señor comandante y le dije que su encargo no podía cumplirse. Me acompañó de nuevo hasta el teniente Dub y le ordenó a éste que atendiese mi petición. Se fue, y Dub tomó mis datos personales y dijo «bien». Repliqué que nada de bien, yo necesitaba el certificado. Era lo que acababa de decirle. Pero él no quería extender ningún certificado, y en consecuencia fui por tercera vez en busca del comandante. Este volvió a acompañarme y ordenó que me extendiesen el certificado. Dub dijo «a sus órdenes» y me extendió un certificado, según el cual «por propios datos estaba exento del servicio». La pérdida de mi correspondiente justificante la había comunicado yo conforme a las ordenanzas. Le rogué muy cortésmente que hiciese constar por escrito que en efecto, como yo afirmaba, estaba exento del servicio militar y que por parte de las autoridades militares no había ninguna objeción para que yo emigrase de la república.

El debate se agudizó y terminó con su exclamación y mi respuesta:

—¿Es que tiene usted algo contra nuestro régimen socialista?

—Se podría decir también que nuestro régimen tiene algo contra mí y que está fuera de propósito hablar a este respecto de socialismo.

Seguidamente se precipitó en el despacho de su superior y volvió con el comandante.

—¿Qué es lo que dice usted sobre nuestro ordenamiento social? —preguntó el comandante, que parecía bastante aburrido.

Repliqué que nuestro régimen no me había acogido precisamente dentro de su corazón y que por eso yo estaba contra él y quería emigrar, cosa que no podía menos que ser útil a nuestro ordenamiento social, pero que aquel señor no quería extenderme ningún certificado. Por tanto, tampoco podría emigrar.

—Bueno, escriba usted por fin de una vez, hombre, que no hay inconveniente alguno.

El otro cogió el certificado y añadió las siguientes líneas: «Aquí no hay objeciones que hacer contra una emigración de la República.»

—¡Muchísimas gracias y hasta la vista! —dije.

—Será mejor que no volvamos a vernos —me gritó, pero la señorita me sonrió.

Tuvimos luego que ir con Eugenie al departamento de asuntos internos de la comisión nacional de distrito, donde teníamos que autenticar nuestras firmas. Ya habíamos estado allí días antes para rogar el consentimiento de aquellas autoridades. El jefe de dichas autoridades no quería extenderme un certificado que expresase su conformidad con nuestra emigración. Le pregunté por qué y dijo: porque me conocía. Él había trabajado en otros tiempos en el departamento de deportes e incluso una vez me había condecorado. Opinaba que yo aún podría hacer mucho a favor de la República, y por eso era injusto abandonar el país. Fue verdaderamente conmovedor la manera como dijo eso, pero tuve que hacerle observar que su jefe supremo, el señor ministro del Interior, era de otra opinión.

Finalmente pudimos trasladarnos en coche a Perstyn y entregar allí los formularios rellenos y cubiertos con muchos sellos oficiales. Una dama que se daba mucha importancia, no quiso admitir nuestros formularios al principio, afirmando que solamente las mujeres que querían casarse en el extranjero podían emigrar, o bien parados que habían encontrado allí colocación. Mi sugerencia de llamar por teléfono al señor ministro para comprobar que éste estaba de acuerdo, la indujo por fin a poner término a la discusión. Con frente arrugada, nos indicó:

—Naturalmente renuncian ustedes a su nacionalidad checoslovaca.

Repliqué que, naturalmente, conservaríamos la nacionalidad y le hice ver que estaba anotado al pie de mi instancia que tenía la intención de regresar a la República en cuanto las condiciones se hubiesen normalizado. Se limitó a decir que ya recibiríamos noticias.



# 30

## Nuestro viaje hasta la frontera

Otras preocupaciones nos salieron al encuentro. La venta de la mayor parte de nuestros muebles, de la mayor parte de nuestra biblioteca, el transporte de las cosas, la preparación de las listas que tendríamos que presentar en Aduanas y, principalmente, el cálculo exacto de lo que costaría todo aquello, con objeto de no dejar ninguna deuda. Las preocupaciones mayores las tuvimos con el coche Goggo. Aún no podíamos venderlo, porque el plazo permitido por la ley era de cinco años después de la importación del vehículo. Y no hacía tanto tiempo que teníamos el coche. Intenté por tanto conseguir el paso del auto sin tener que pagar aduanas, alegando que el cochecito era el premio que me habían concedido en un torneo de ajedrez y que a su entrada en el país ya se habían pagado los derechos de aduana. Se me indicó que esa alegación no servía. Por tanto el Goggo tuvo que ser valorado para pagar nuevos derechos de aduana a la salida.

Respecto a las listas para aduanas hubo en Praga muchas bromas. Teníamos que declarar incluso la pequeñez más insignificante, todo lo que nos llevábamos con nosotros o que queríamos enviar facturado, y en cada uno de los artículos indicar

la marca de fábrica, el año de producción y su valor. Una de las indicaciones más originales decía:

Artículo: un gato. Marca: gato doméstico llamado *Ucho*. Valor: unas 50 coronas checoslovacas. El gato salió muy barato; sólo pagamos por él una corona, cincuenta céntimos, porque, según opinión de los expertos, no tenía ni «pedigree» ni raza.

Por aquellos días nos llegó, vía Hamburgo, un escrito desde Solingen. El presidente del club de ajedrez local, Herr Evertz, amigo mío desde el año 1968, se había preocupado por propia iniciativa de recabar para nosotros el permiso de residencia en la República Federal de Alemania y nos ponía a disposición una vivienda y otras cosas necesarias. Con ello quedó decidida la cosa. Nos estableceríamos en Solingen. Ciertamente al principio Eugenie se mostró algo decepcionada por no poder vivir entre tulipanes y rosas, sino en la región del Ruhr, pero se dejó convencer por mi descripción de la belleza de Solingen y de sus alrededores. Lo que más la encantaba eran las perspectivas sobre la instalación de la cocina. La entusiasmaba una cocina pintada de color naranja. Es la que tenemos ahora. Todas las mujeres tienen sus propias preocupaciones y, como añadidura, Eugenie tiene también las mías.

En casa habíamos hablado mucho con nuestros amigos sobre lo que haríamos y no haríamos en el extranjero. Algunos creían que podían intentarse montar una sucursal extranjera de nuestra UCHO, nuestra «Central del Movimiento de Resistencia Checoslovaco» y, si era posible, incluso un taller propio UCHO. Pero en la mayoría de los casos surgían obstáculos de índole familiar. Ludvik rechazaba resueltamente tales proyectos. Una de las veces que nos reunimos —ya había vuelto a decidirse por el whisky— dijo de pronto:

—Hombre, es curioso. Sólo ahora me doy cuenta verdaderamente de que ya no estarás más aquí.

No lo pasé muy bien en aquel momento, pero levanté los ánimos con la exposición de planes o, como dice Ludvik, con mi megalomanía. En mis planes figuraban muchos países, el gran Mao, Nixon y Brandt, con una renovación al término de cada una de las etapas. Ludvik me replicó secamente que sería mejor que estudiase mi ajedrez, porque en el mundo occidental cada cual debe ejercer una profesión que dé de comer.

El 17 de octubre, exactamente a la hora de la comida del mediodía, llegó a nuestras manos la comunicación de la oficina de pasaportes de la administración del distrito, diciéndonos

que nuestra instancia había sido admitida. Teníamos que pagar 10.000 coronas por Eugenie y otro tanto por mí. A mi madre política la evaluaban en 6.000 coronas. Tras la entrega de esas cantidades, nos darían los pasaportes inmediatamente. En el plazo de una semana nos debíamos presentar en la administración del distrito. Pagué aquel mismo día, pero como no estaba claro para mí si el plazo de una semana había que entenderlo como mínimo o como máximo, decidí dirigirme al servicio de Seguridad al cabo de una semana exacta. Mientras tanto, levantamos la casa a toda prisa. Requerimos a la empresa de transportes Cecho para el 7 de noviembre, pues ese mismo día queríamos ponernos en viaje. La fiesta de la gran revolución socialista de octubre. Pero la agencia Cecho me estropeó la alegría. Necesitaban al parecer dos días para el embalaje. Por tanto, había que aplazar el traslado hasta el 8 de noviembre. Para aquel día reservé habitaciones en un hotel de Bamberg y recordé que esta fecha también es histórica, pues se trata del aniversario de la derrota de la Montaña Blanca.

El 24 de octubre fui a la oficina de pasaportes. La dama que estaba en la ventanilla dijo que no tenía nuestros pasaportes. Tenía que dirigirme al jefe de negociado. Éste me hizo la sorprendente comunicación de que nuestra instancia no estaba aún despachada. Ignoraba en absoluto cuándo lo estaría. Le mostré el documento donde, con letras bien claras, se podía leer que nuestra solicitud para emigrar... etc., estaba despachada. Además le mostré el comprobante de haber pagado las 26.000 coronas. Replicó con mucha arrogancia que no debía seguir molestándole. Recibiría noticias cuando todo estuviese terminado. Tampoco debía telefonar, porque eso entorpecería el trabajo de la oficina; allí tenían otras cosas que hacer.

Inmediatamente solicité una conversación con el secretario del ministerio del Interior. Se mostró muy amable, revisó mi solicitud y prometió darme noticias dentro de dos o tres días. Tres días más tarde me comunicó que había intentado enterarse de dónde estaba el obstáculo, pero que no había podido conseguir detalles concretos.

¿No era curioso? ¿Quién resuelve, entonces, ese asunto, si ni siquiera el secretario del ministro del Interior consigue averiguar qué es lo que pasa? Una vez más me puse furioso, me senté y escribí a la junta directiva del comité central del partido comunista checoslovaco. En ese escrito amenazaba muy exacta y concretamente sobre lo que iba a emprender si el asunto no

se arreglaba. Calificaba la conducta del ministerio del Interior de subrepticia estafa de 26.000 coronas y terminaba con las palabras: «Sé de antemano que con mi proceder me expongo de nuevo a la conocida y primitiva represalia que se ha convertido en parte integrante e inseparable de su sistema político. A pesar de eso, no estoy dispuesto a someterme a la arrogante arbitrariedad de los órganos que constituyen el apoyo de su fuerza.»

Envié la carta. Al día siguiente tuve la impresión de que en realidad ahora era el final. Había tensado el arco con exceso, obligándolos literalmente a que volvieran a encerrarme. El curioso proceder de la oficina de pasaportes tenía visiblemente un trasfondo de motivos políticos. Al parecer, en nuestro glorioso mando no se está de acuerdo sobre la solución de mi caso. Unos quieren soltarme; otros, meterme en chirona. Posiblemente ahora el partido duro ha convencido al más moderado para que se vuelva atrás en su promesa de dejarme partir al extranjero. Pero yo no podía hacer ya nada más. Por eso llamé apresuradamente por teléfono a las agencias AFP y DPA y les comuniqué que nuestras autoridades me habían engañado. Me han sacado las 26.000 coronas, pero retienen los pasaportes. Traduje el texto de mi carta a la junta directiva del comité central y preparé la copia para su envío al extranjero, pero no por medio de la Oficina de Correos 120.

La inseguridad duró diez días. Luego llegó la comunicación: recoger los pasaportes. Actividad febril, la agencia de transportes Cecho se mostró comprensiva, nuestras cosas serían emba-ladas el 15 y el 16 de noviembre, y el jueves al anochecer podrían recogerlas. Decidimos emprender la marcha el jueves 16 de noviembre a las 17 horas y pasar la noche en Selb. En aquella pequeña ciudad fronteriza había ingresado yo todos los años en secreto algunas sobras de mi actividad ajedrecística en la caja de ahorros. De esta forma tenía siempre y de manera inmediata, después de nuestras fronteras, unos cuantos marcos a disposición. En realidad las reservas allí depositadas eran las que habían podido costear las vacaciones en España de mi madre política. Ahora iban a servirnos a nosotros.

Nuestro primer paso al «capitalismo» lo hicimos en la mañana del viernes, con una suma en los bolsillos que equivaldría a las cuotas completas que concede el banco estatal de nuestro país para los emigrantes: 25 marcos alemanes por cabeza. Unos marcos caros, pues nuestro banco los cambiaba según la coti-

zación de 1 marco = 10 coronas checoslovacas. Los turistas de la república federal alemana reciben por cada marco 4 coronas. El empleado de una agencia de cambios de la otra acera debería ser condenado desde luego por este negocio conforme a alguna ley sobre la usura. Pero, ¿qué es lo que acostumbraba a decir el señor Reznicek? «Cada país tiene sus leyes.»

Recibí un informe interesante: Si viene hacia nosotros un único funcionario de aduanas con los bultos de la agencia de transportes Cecho, es un aduanero. Si vienen dos, uno es el hombre de la aduana, el otro, el hombre del servicio de seguridad.

A nuestro encuentro salieron tres. La marca y la calidad de las mercancías no las observaron. Habríamos podido llevar tranquilamente, en vez de nuestra batería de cocina, oro puro. En cambio, cualquier pedazo de papel les llamaba extraordinariamente la atención. Sólo al día siguiente, después de la consulta con los jefes, se decidió que podía sacar la sentencia que me fue impuesta en el juicio y los autos oficiales de la fiscalía del Estado. Pero los boletines escolares, ni siquiera el diploma de Eugenie sobre su calificación como árbitro de patinaje artístico sobre hielo, podíamos llevarlos con nosotros. Se nos hizo saber que los documentos personales se nos enviarían solamente por medio de las representaciones de nuestras autoridades en el extranjero.

A la solemne comida final invitamos a siete miembros de la liga de las mujeres abandonadas por sus maridos y a un esposo recobrado. Que los Rezniceks reventasen tranquilamente de rabia. Celebramos la fiesta en un restaurante de la parte baja; para tomar el café fuimos a casa. Entre cajas de madera y de cartón alzamos los vasos; también yo renuncié excepcionalmente a mi abstinencia. Prometí que no las olvidáramos ni a ellas ni a sus consortes y les pedimos que hicieran lo mismo. Las mujeres lloraron, lo que al fin y al cabo es su misión. Nuestro Ucho se deslizó, por última vez, cuesta arriba buscando a la gata negra que era su novia.

Al día siguiente, a las cuatro, habíamos terminado con el equipaje. Los funcionarios de aduanas, o quienesquiera que fuesen, se habían ido. A los embaladores les escanciamos el último vino y el último trago de aguardiente. Habíamos calculado que nuestra asignación, por cabeza, de dinero checoslovaco nos permitiría aún lo suficiente para las propinas, una cena antes de la frontera y para repostar.

A eso de las cinco y media sonó el teléfono. La administración de distrito:

—Por lo visto, señor Pachman, ha pasado usted por alto el hecho de que sólo puede salir del país el 20 de noviembre. Solamente queríamos advertírselo para que no haga un viaje inútil hasta la frontera.

A mi pregunta de qué había pasado, contestaron que debíamos examinar bien nuestros pasaportes. Efectivamente: estaban extendidos el 20 de octubre, pero en la hojita supletoria en la que se autorizaba el viaje estaba en el rótulo «válido desde el 20-XI-72 hasta el 20-V-73».

¿Qué significa eso ahora? Yo he estado bastante a menudo por muchas partes del mundo, pero nunca me había ocurrido una cosa semejante, que la autorización para viajar no sea válida desde el día mismo en que se extiende el pasaporte. Por lo demás, la advertencia «desde, hasta» no se lee nunca. Es algo que se da por pensado y sabido. Supuse que aquello podría ser a causa de las elecciones que iban a celebrarse en la República Federal de Alemania el 19 de noviembre; probablemente existía detrás de todo aquello la siguiente argumentación: de la República Democrática Alemana se había enviado antes de las elecciones unos 300 presos amnistiados a la República Federal, por tanto no se podía dejar salir de Checoslovaquia ni a un solo ex presidiario. Aquello me indignó. Tenía cuarenta y ocho años de edad y hasta entonces no había presenciado en toda mi vida unas elecciones libres. En el año 1946 estaba precisamente en Moscú interviniendo en un torneo. Y posteriormente ya no había habido elecciones, sino sólo manifestaciones.

¿Qué hacer ahora? Nuestra vivienda estaba totalmente liquidada. El dinero checo, consumido. Teníamos que reservar determinada suma para pagar los gastos del gas, del teléfono y de la electricidad. Ludvík pagaría después las facturas por nosotros. Pasamos la noche en casa de conocidos y por la mañana emprendimos viaje en coche en dirección a la frontera occidental. Acampamos en Kynsperk, porque nuestras reservas de dinero no habrían bastado para pagar un hotel en Praga.

El lunes por la mañana, a las 7.05 horas, estábamos ya junto a la frontera. Yo iba delante con el Fiat, Eugenie venía detrás con el Goggo. Ambos vehículos llenos de paquetes. Revisado todo por la aduana y selladas las maletas, al cabo de cinco minutos podrían habernos permitido dejar la frontera a nuestras espaldas.

Tuvimos que bajar e ir a la oficina oficial. Allí nos hicieron esperar exactamente dos horas. Luego me llamó por teléfono el comandante del control de pasaportes y me comunicó que no podíamos emprender viaje porque en la República Federal de Alemania se preparaba una provocación relacionada con la llegada de mi persona.

Pregunté de qué provocación se trataba y quién debía provocarla. Él no lo sabía, pero declaró que teníamos que regresar inmediatamente a Praga y presentarnos allí en Perstyn. Mi suegra, la pobre, sufrió un auténtico ataque de nervios. Empezó a sollozar y a lamentarse de que nunca nos dejarían salir, que me meterían de nuevo en la cárcel y además...

La dejamos en casa de conocidos en las inmediaciones de la frontera y nos trasladamos en coche a Praga. A Ucho lo hicimos acampar en nuestra vivienda vacía, lo proveímos de comida y nos dirigimos al hotel Praga para pedir una habitación. Al señor que estaba en la recepción lo saludé con especial cordialidad. Porque se trata del escritor que ahora forzosamente ya no puede seguir escribiendo, Alexander Klimentev.

En compañía de nuestro abogado, a las 16 horas, estábamos en Perstyn. Nuestro doctor Cilinek no podía comprender nada de aquello, pero nos tranquilizó a pesar de todo. Había tiempo de sobra para tranquilizarnos, puesto que tuvimos que esperar largas horas antes de que nos recibiesen. En la recepción nos encontramos también con aquel otro señor —no el coronel— del ministerio del Interior, pero la presidencia la tenía el comandante de la administración de distrito.

Nos confirmó lo que había dicho aquel otro comandante de la frontera en Pomezi. Había que prevenirse contra provocaciones de determinados elementos de la República Federal de Alemania, ya que nosotros seguíamos siendo ciudadanos checoslovacos y era deber de nuestras autoridades protegernos. De cualquier modo, a partir del 28-XI, 0,00 horas, podríamos emprender el viaje.

Protesté y anuncié mi intención de comunicar aquel curioso comportamiento a las agencias extranjeras de prensa. Pero eso no era del todo verdad, porque ya lo había comunicado una hora antes de nuestra llegada a Perstyn. Declaré que presentaría también querrela judicial para que nos indemnizasen los perjuicios que se nos originaban por aquel percance. Dijeron que comprendían el asunto. Estaban dispuestos a pagar nuestra estancia en el hotel Flora y a poner a nuestra disposición una

cantidad razonable para la comida y otros gastos. Le dije a aquel señor que, según los antiguos romanos, *pecunia non olet* —expresado más prosaicamente: el dinero no hiede—, pero que con seguridad yo no podía afirmar lo mismo del dinero de ellos y que por tanto prefería que me prestasen algo de dinero y vivir en un hotel menos lujoso. Pareció quedarse algo desconcertado con mi latín. Cuando nos dirigimos en coche a nuestro hotel, vi que, una vez más éramos seguidos. Se detuvieron delante del hotel, me siguieron de cerca, dos se apostaron junto a la recepción, uno me siguió hasta el primer piso y se quedó en el pasillo delante de nuestra habitación. Hubo cuatro individuos que durante la cena se colocaron en la mesa contigua. El que estaba de servicio junto a la recepción permaneció en su puesto.

Al anochecer le escribí al doctor Husak:

«La carta que le escribo a usted hoy es la última que recibirá de mí. Me da la sensación de que le he escrito demasiado a menudo. Pero esta vez no se trata en realidad de ninguna carta, sino de una comunicación para que usted tome conocimiento de la misma».

Seguía una corta descripción del estado actual de las cosas. Luego, la advertencia de que si el 28 de noviembre no se nos dejaba traspasar la frontera, me declarararía en huelga de hambre en señal de protesta y la mantendría hasta el momento en que se nos permitiese partir. Luego le daba a conocer la «provocativa e inculta denigración de mi persona» y comentaba que «según todas las apariencias, querían provocar algo que no debía resultar demasiado difícil, dados los modales y aspectos que utilizan ustedes.»

Cerraba mi escrito a Husak con la siguiente afirmación:

«En mi última carta no pedía nada de ustedes, porque he llegado a la conclusión de que es insensato e inútil rogarles algo. Quería únicamente ponerle a usted en guardia respecto a los acontecimientos y traerle al recuerdo la conocida verdad de que quien coopera a extender la arbitrariedad, la injusticia y la violencia, en la mayoría de los casos termina siendo víctima de las mismas. Esta es una ley invariable, ante todo en las revoluciones, tanto en la francesa como en la llamada revolución socialista. Usted ya ha podido comprobarlo por experiencia



personal. Le deseo de todo corazón que eso no tenga que repetirse. Sin embargo, debía usted saber que esos señores cuyo poder incontrolable se va haciendo cada vez más fuerte lo odian a usted aún más que a mí, porque el odio crece constantemente con la importancia de cada personalidad. La sociedad civilizada tiene sus leyes, cuya violación lleva siempre a trágicas consecuencias. Si hoy le escribo a usted, no se trata en absoluto de algo que haga por mí mismo, sino más bien por usted y por todo el grupo de poder al que usted representa.

Con la mayor consideración,  
LUDEK PACHMAN  
Por ahora sin casa y sin trabajo.■

A la mañana siguiente nos trasladamos en coche al edificio del comité central del partido para entregar la carta. Ellos estaban de nuevo en la acera rondando el hotel. Pasamos por su lado y de pronto me acometió una fría rabia. En voz tan alta como pude, le dije a Eugenie:

—¡Mira estas caras de idiota!

El individuo me miró, dio un paso hacia mí, pero retrocedió. También él tenía su frío ataque de rabia. Si él no podía hacer todo lo que quisiera, ¿qué no me pasaría a mí?

Después de entregar la carta, fuimos a darle de comer a Ucho. Detrás de nosotros, dos coches. Cuando desemboqué en la calle Holeckova, nos tenía bloqueado el paso un camión. Reaccioné con la velocidad del rayo y me deslicé al lado a todo gas. Recorrí las curvas de la Svedska con el mejor estilo de corredor de mis tiempos de rally, doblé luego por el Strahov y me metí por el primer callejón, directamente delante de un garaje.

Estábamos solos. Eugenie fue a pie para ver a Ucho, y yo regresé en coche a la ciudad. Y de pronto me di cuenta de que no podía utilizar en lo más mínimo aquella libertad. Nadie me esperaba en toda Praga, nadie contaba con mi presencia, de todos me había despedido ya. Lentamente, me dirigí al domicilio de uno de los políticos del año 1968 (como nota para los órganos de Seguridad: ¡no se trataba de Smrkovsky!), quería estrecharle la mano una vez más sin que pudiesen darse cuenta de eso. Pero él no estaba. Seguí en el coche hasta el domicilio de Lada Nepras. Pero tampoco él estaba en casa ni en el garaje. Siendo doctor en filosofía, trabajaba allí como encargado por

910 coronas al mes. Fui a otro garaje e hice que lavaran el Fiat.

Ya me esperaban delante del hotel. Con toda solemnidad se dedicaban a su tarea. Decidimos permanecer un día más en Praga y mantenernos pacíficamente. Quizá nos concedían descanso y podríamos entonces recoger sin estorbos a nuestra madre de casa de los conocidos con los que había vivido en aquellos días, sin que nuestras «sombras» vinieran pisándonos los talones.

Al día siguiente la atmósfera estaba despejada en el hotel, pero Ucho, el estúpido animalito, había desaparecido. Había hecho horas extraordinarias junto a su dama gata. No regresó hasta la tarde. Lo metimos en el auto y, cuando quisimos ponernos en marcha, nuevamente volvimos a darnos cuenta de la presencia de nuestros acompañantes. Decidí despistarlos, no sólo por consideración a nuestros conocidos, sino por broma.

El primer intento resultó fallido. Aumenté la velocidad por la Karlovarska y me escondí detrás de la cárcel de Ruzyn. Cuando rehice el camino, volvieron a descubrir nuestras huellas. Nos seguían a una distancia de cien metros. Seguramente tenían más caballos bajo el cárter que nosotros.

Aproximadamente después de haber dejado Praga a cuarenta o cincuenta kilómetros a nuestras espaldas, conseguimos despistarlos. Torcí por una carretera vecinal y entré en un pueblo para desde allí telefonar a Praga y dar el primer informe sobre la situación. La oficina de correos estaba cerrada y cuando volví, a la distancia de unos veinte metros de nuestro Fiat, se encontraba un Renault R16. El coche Simca que nos había seguido hasta entonces había desaparecido. De nuevo me dejé dominar por un incontrolado ataque de furia. Por mi gusto habría embestido sin contemplaciones contra el Renault. Pero luego triunfó la razón, porque, ¿quién habría reparado nuestro auto antes del 28 de noviembre cuando normalmente tardaban en eso tres meses?

Cuando nos acercábamos a la localidad de Sokolov, ya era de noche. Delante de Sokolov la carretera tuerce bruscamente a la derecha, y la carretera secundaria lleva directamente a la ciudad. Antes de la curva apagué las luces y seguí recto. Contaba con que cuando ellos no vieran las luces, pensarían que había torcido a la derecha. Lo pensaron y nos vimos libres. Recogimos a nuestra madre, que nos aguardaba desesperada y convencida de que habíamos huido al extranjero sin ella. ¡Y

la pobre había firmado antes que renunciaba a su pensión! Se tranquilizó en cierto modo y la cena en el hotel del Cisne Blanco transcurrió incluso alegremente. Después de que hubimos comprobado que el dinero que habíamos recibido en concepto de préstamo podría durar por lo menos hasta el martes, encargamos vino.

Yo había comunicado al puesto de aduanas de Pomezí que el 28 de noviembre volvería a estar allí a las siete de la mañana.

En los últimos días, en el hostel del Cisne Blanco, el tabernero y la cocinera estuvieron constantemente trabajando. Varios periodistas extranjeros querían saber cómo iba la cosa. Quien estaba más a menudo al aparato era naturalmente Dick Verkijk. Me dijo que desde el 20 de noviembre estaba en la frontera. Algún camión checo había llegado hasta Schirnding. Su conductor le había informado de mi debate con los funcionarios de Aduanas y de que había visto que nos habían hecho retroceder. Y Dick, el «espía» expulsado de Checoslovaquia, se sentó en su coche y se dirigió a la aduana checoslovaca. Tuvo que mostrar su documentación y, a su pregunta por el señor Pachman, se le contestó que de ese señor no sabían absolutamente nada. Sería preferible que volviese a alejarse del territorio checoslovaco, en el que estaba ilegalmente. Dick me dijo que ahora no quería acercarse a la frontera, no fuese a ser que por su culpa no quisieran dejarme salir para que no espiáramos juntos. Pero, evidentemente, estaba de nuevo en la frontera, sólo había querido conseguir que los del otro lado pensasen que él no venía.

El martes volvíamos a estar allí en el momento puntual. Esta vez nos hicieron esperar solamente una hora, una pequeñez si se la compara con nuestro primer viaje a Pomezí, y nos comunicaron seguidamente, con toda concisión, que no podíamos cruzar la frontera. Teníamos que volver al hotel que había después de Kynsperk y esperar allí instrucciones posteriores.

Ante la primera alambrada maciza —en nuestras fronteras hay siempre dos alambradas, para que, si alguien puede atravesar una con el auto, siga quedando intacta una de ellas— aguardaba el corresponsal de la agencia Reuter en Praga. Estaba con su esposa en un coche deportivo y observaba lo que iba ocurriendo. Poco antes de mi viaje a la aduana había hablado con él brevemente. Después de nuestro poco glorioso regreso, me detuve allí, bajé del coche y quise hablar con él largo y

tendido. Aquello ocurría fuera del límite aduanero, por tanto, nadie tenía que objetarme nada.

Fue un error. Avanzó un aduanero contra nosotros, nos enfiló con su fusil ametrallador y gritó que debíamos marchar inmediatamente. Dije que no sabía por qué; aquel no era ningún aparcamiento prohibido. Me apuntó con su arma y bramó:

—¡Quítese de en medio rápidamente; de lo contrario, dispare!

El inglés tomó nota de algo, tras lo cual el soldado fronterizo enderezó el arma contra él y le gritó alguna cosa. Luego volvió a dirigir el arma contra mí, de un modo totalmente inequívoco. Le dije algo así como que él estaba muy excitado, que el asunto podía resolverse de buena manera y propuse entonces que el hombre de la Reuter me acompañase a mi hotel, donde podríamos hablar tranquilamente. Pero el de la Reuter prefirió caminar en dirección contraria; a los pocos minutos había atravesado la frontera e informaba a sus colegas de la otra parte de lo que había ocurrido. Inmediatamente circuló la noticia de que nos fusilarían de un momento a otro. Desde Kynsperk comuniqué lo mismo, en una conversación relámpago, a la AFP y a la DPA. Todavía hoy no puedo decir quién fue más rápido.

A eso de las 14 recibimos visita. Cuatro señores, dijeron, de la administración de distrito de Pilsen. Mostraron sus carnets del Servicio de Seguridad, pero en ellos no se podía leer a qué unidad pertenecían. Lo único seguro era que se trataba de funcionarios del Servicio de Seguridad.

—Nos han encargado comunicarles que hoy mismo podrán cruzar la frontera, pero no por Pomezi. Ustedes vienen con nosotros, les acompañamos hasta el puesto de control de sus pasaportes y solucionamos su partida.

Aquello sólo podía significar que querían despistar a los periodistas que estaban aguardando. Probablemente nos llevarían hasta Rozvadov. Cuando abandonábamos el hotel, le susurré a alguien del personal:

—Nos llevan a Rozvadov. Si alguien llama por teléfono, ¡dígaselo, por favor!

A los pertenecientes a ocupaciones menos lucrativas, incluyendo a esas clases trabajadoras dirigentes en Checoslovaquia, se les puede seguir teniendo confianza. ¡Es de esperar que eso ensaje dentro del orden establecido!

Viajábamos desde el norte hacia el sur, pero después de Roz-

vadov no torcimos. Seguíamos avanzando a lo largo de la frontera siempre hacia abajo. Por tanto, vía Folmava, hacia Furth im Wald.

Repostamos en Domazlice. Con ello sólo nos quedaban veinte coronas en los bolsillos. Quería enviárselas desde la frontera, como recuerdo, a Ludvik, para que también él se divirtiese. Cuando nos apartamos de la gasolinera, los señores nos comunicaron que no íbamos hacia Folmava, sino hacia Zelezná Ruda. Allí había ahora un nuevo paso fronterizo. Me lo mostraron en el mapa de carreteras.

Avanzábamos y avanzábamos y el asunto se tornaba cada vez más curioso. Finalmente abandonamos la carretera principal y nos internamos por un camino vecinal. Y luego nuevamente vuelta atrás y otro rodeo parecido. O el que conducía el coche era un idiota o querían gastarnos una broma... No quería permitirme pensamientos más negros. ¡Quizá pretendían ponernos furiosos por última vez!

Me detuve y dije que antes de las 18,30 horas teníamos que estar en la frontera. De lo contrario, emprendería viaje de regreso a Praga. Prometieron que estaríamos a esa hora. No estuvimos. A eso de las 18,30 horas sólo estábamos en Klatovy. Me detuve de nuevo y les comuniqué que ya estaba bien, que regresaba.

Me convencieron, con un tono muy conciliador, para que no hiciera eso, se disculparon por los rodeos y nos aseguraron que iríamos por el camino más corto y con la máxima velocidad posible —la cual, teniendo en cuenta nuestro Goggo, no podía ser en verdad muy alta— hacia Zelezná Ruda. Estaríamos listos en cuestión de diez minutos.

Me dejé convencer. Llegamos a la aduana, pero no estuvimos listos en el espacio de diez minutos. Tuvimos que sacar de los coches todas las maletas selladas y el equipaje de mano y llevarlos hasta la oficina de aduanas. Con Ucho surgieron algunas dificultades. Para que no se nos escapara y desapareciese para siempre, desalojamos primero el Goggo, lo registraron con todo cuidado. Pusimos dentro a Ucho. Luego pasaron al Fiat. Una vez más, los aduaneros se concentraron exclusivamente en nuestros papeles. Recogieron la copia de mi carta al doctor Husak con el sello oficial de su recepción por parte del Comité Central. Se retiraron con el papel, deliberaron y volvieron con la comunicación de que podía conservar la carta. Luego volvieron a estudiar la carta que el mismo día había remitido a

mi abogado para protestar contra aquella actitud idiota e indignante de los aduaneros. Deliberaron más tiempo aún, pero también me dejaron conservar aquella carta.

El registro duró dos horas, luego llevamos las maletas a los coches, nos fotografiaron con flash por delante y por detrás, por lo menos quince veces. Al parecer para *Rude Pravo*. Dudé sobre si debía mostrarme alegre o triste, luego me mostré tal como suelo hacerlo.

Por fin, todo había terminado. El motor de mi Fiat en marcha. Nuestros acompañantes y dos aduaneros estaban en pie delante de nosotros. Nos despedimos de los aduaneros; habían sido muy amables, nos habían ayudado a transportar nuestras maletas. A un lado estaban ellos, al otro nosotros, y el jefe de nuestra «suite» no pudo menos que pronunciar un largo discurso que en síntesis venía a decir lo siguiente:

Yo debía pensar muy bien cómo iba a comportarme en el extranjero. Mientras jugase al ajedrez y no me ocupase de meterme en política, cabría la posibilidad de que también volviese a jugar al ajedrez en Checoslovaquia y regresara al país. Pero, «si en el extranjero desarrolla usted una actividad dirigida contra nuestra República, también en el extranjero encontraremos medios suficientes para ejercer acciones eficaces contra usted.» Me pareció aquello de un descaro inaudito, después de que nos habían traído como ganado a lo largo de toda la frontera occidental llevándonos por el campo hasta una comarca desconocida para mí y que encima quisieran adoptar altos tonos de adoctrinamiento. Por eso le di las gracias al habernos lanzado en medio de la noche en dirección a Munich, adonde en principio no queríamos ir en absoluto, a pesar de que teníamos muy buenos conocidos en Radio Europa Libre. No debían preocuparse por mi comportamiento. Yo sabía muy bien cómo debía comportarme en el extranjero y me comportaría así al pie de la letra. A los dos aduaneros les dije cordialmente «Hasta la vista». Eugenie hizo lo mismo. Nos sentamos en los coches y emprendimos marcha hacia lo desconocido. Al parecer cuando Comenius, supo que había dejado detrás de él la frontera del país, había llorado. Yo no lloré. Los tiempos han cambiado.

En la frontera bávara se mostraron muy sorprendidos. Habían oído hablar de mi caso. Aquel mismo día la radio había anunciado que nuevamente no se me había permitido cruzar la frontera. ¿Cómo era posible, que estuviésemos ahora aquí? En lugar de un control severo, encontramos una conversación amis-

tosa. Llamé por teléfono a la agencia DPA de Munich y rogué que nos reservasen habitaciones en un hotel y convocasen a todos los periodistas en Schirnding, adonde iríamos después de Munich. No debían seguir esperando en vano.

Continuamos el viaje montaña arriba, cuando pasamos por Landshut era ya más de medianoche, y nos metimos por el camino que yo conocía tan bien, hacia Munich. Allí encontramos felizmente el edificio de la DPA. Exactamente a la 1,30 horas entramos en una gran oficina. Dick corrió a mi encuentro; había llegado allí desde Schirnding antes que nosotros desde Eisenerz. Detrás de él los Kavaleks, el hijo menor tenía ya la misma barba que el padre. Nos abrazamos y empezamos a contarnos cosas. Luego apareció Wolfgang Unzicker con su mujer y algunos periodistas, una conferencia de prensa completamente improvisada. Nos acostamos con las primeras luces del alba.

Al día siguiente, de nuevo la prensa y una conversación con Kavalek hijo para la voz de América, y con el padre para Radio Europa Independiente y, una vez más, periodistas. Yo hablaba y hablaba. Pensaba que en Schirnding habría estado más tranquilo y habría habido menos agitación, conforme al artículo 100, y menos perjuicio de los intereses, conforme al artículo 112, y menos injurias, conforme a los correspondientes artículos 102, 103 y 104.

Al tercer día me estallaba ya la cabeza. Esquivamos al resto de la prensa escapándonos en el auto. Dick vino con nosotros hasta Solingen, pero su gran Volvo Kubatur no habría podido atemperarse con nuestro pequeño Goggo. Así pues, lo dejamos pasar delante, y otros holandeses de la televisión seguían en coches próximos. El punto de reunión era Bamberg, para la comida del mediodía en casa de Lothar Schmid. Seguramente se alegraría cuando viese aparecer a sus puertas toda la caravana, pensaba yo algo maliciosamente. En el cruce después de Munich hubo aún otro incidente. Frené con más energía de la cuenta y, ¡catapúm!, Eugenie arremetió con el Goggo en la carrocería de mi coche. Como es natural, tenía yo la culpa, lo que al punto me demostró Eugenie de modo convincente. ¡Yo no tenía por qué retorcerme como una lombriz!

En casa de Lothar hubo la emoción de costumbre. Wolfgang y Bernhard habían crecido enormemente. La pequeña Alexandra empezó a llorar, pero conseguí tranquilizarla, lo que fue considerado por todos una gran hazaña.

Al Goggo lo dejamos en el taller. Ya he descrito su triste fin.

Eugenie se trasladó con algunas maletas al auto de Dick. Esta vez el punto de reunión era la casa del señor Evertz en Solingen.

Yo iba con mi suegra y Ucho en el coche. Al principio teníamos la intención de ir uno detrás de otro, pero en algún sitio entre Wurzburg y Frankfurt nos engulló la autopista. Ciento treinta, intermitente de la izquierda, más gas, intermitente de la derecha, menos gas, de nuevo en la derecha de la autopista y otra vez adelante. La raya blanca interrumpida a la izquierda y de nuevo a la derecha. Sobre pasamos a los coches más pequeños y fuimos engullidos por los grandes, los Mercedes y BMW.

Mi suegra dormía. Iba oscureciendo; por la cuesta los faros iluminaban extrañas formas espectrales, carteles de advertencia, nombres de ciudades y cruces de autopistas surgían ante mí y volvían a desaparecer en la oscuridad. Ucho estaba sentado en el asiento trasero, se comportaba dignamente y no mostraba deseo alguno de lavarse, observaba aquel mundo maravilloso que nunca había visto hasta entonces.

Yo lo había visto a menudo. Con mucha frecuencia había ido a lo largo de aquella autopista, también a altas horas de la noche, pero solo, sin la suave respiración de mi suegra junto a mí y el ronroneo de Ucho a mis espaldas. Todo vuelve, pero nunca tal como fue; nunca en círculo, sino en espiral. Esto nos enseña realmente la dialéctica de aquel materialismo de otros tiempos.

Círculo o espiral. Hoy ya no lo sé. He vivido dos revoluciones, quizás incluso un diminuto trozo de la tercera. La primera revolución se realizó bajo la bandera de la libertad y del humanitarismo contra la amarga injusticia y la estremecedora violencia. Pero dio nacimiento a nueva injusticia y a nueva violencia. Los hombres de la SS rociados con gasolina ardían como antorchas, y en las mal afamadas «casitas de martirio» junto al Hradschin se torturaba a los hombres de la Gestapo del Dr. Pfizner. Pfizner intentó, antes de su ejecución, hacer bajo la horca el saludo ario con el brazo alzado por lo que recibió algunas bofetadas del verdugo, y las masas del pueblo que estaban presentes empezaron a alegrarse. Luego vino la erradicación de los alemanes, y a mis objeciones en una asamblea sobre que aquel acto estaba en contradicción con la política marxista de las nacionalidades, enseñada por J. V. Stalin, se me contestó: «Compañero, se trata de extender las fronteras del esclavismo hacia el oeste.» Dos años más tarde, a causa de Tito, el esla-



vismo pasó completamente de moda, pero quién sabe si va a modernizarse de nuevo.

La segunda revolución la viví en el hospital. En espíritu yo cantaba entusiasmado aquello de «fuera los tiranos y todos los traidores». Estaba abierto el camino para el socialismo. Pero medio año más tarde la maquinaria de las «casitas» del Hradschin estaba de nuevo en apogeo. Primeramente devoró a los anticomunistas, poco después a los comunistas. Desde Milada Horakova hasta Rudolf Slansky sólo había un pequeño trecho de camino. En cierta ocasión nuestro primer secretario había rehabilitado en Kosice a Rudolf Slansky con las palabras de que ciertamente no había cometido aquello de que se le acusaba, pero que a pesar de eso le había ocurrido lo que le ocurrió, porque había sido un canalla. Precisamente por aquel tiempo se nos había hablado mucho de humanitarismo socialista. Klement Gottwald dio, por aquel entonces, la orden de ejecutar a sus amigos y colaboradores más íntimos, a pesar de que él podía saber que eran inocentes. Al final también eso se puso en claro. Pero Klement Gottwald ha seguido siendo el héroe. ¿Por qué? Entre otras cosas porque en cierta ocasión, todavía en tiempos de Masaryk, había dicho públicamente que se iba a Moscú para aprender allí cómo había que retorcer el cuello a nuestros burgueses. ¿Cuántos años de cárcel tendría que contar hoy por su expresión? Pero indudablemente hoy entre nosotros el humanitarismo es mayor que en los tiempos de T. G. Masaryk. La revolución empieza siempre, desde luego, con cánticos y acaba devorando a sus propios hijos. Sade, no Marat, tenía razón.

No quiero tener nada que ver con ninguna revolución. Que devoren a quienes quieran. Pero tengo el sentimiento opresivo de que si alguna vez volviera a llegarse tan lejos, aún podría renovar mis viejos días poniéndome detrás de una estúpida barricada.

«Debe usted saber que nada tiene ningún sentido», me ha adoctrinado repetidamente el señor Reznicek. Honza, Vladimir, Ruda, todos ellos están en la cárcel y el mundo se mantiene en lo esencial con la boca cerrada. Sin embargo, tal vez el señor Reznicek tiene razón. Pero vuelvo a pensar que en la Historia todo tiene su sentido. Sólo los hombres creen ser tan listos como para conocer rápidamente qué es lo que tiene un sentido y qué es lo que no lo tiene.

Cuando el joven Palach murió, la suya fue una muerte ex-

piatoria por otros. Los vigilantes de los nuevos tiempos incluso han alejado la lápida de su tumba, para que nadie pueda saber que yace allí debajo. Pero, a pesar de eso, cada día hay flores frescas en su tumba. Y flores que fueron en todo tiempo el símbolo de la esperanza y del amor.

# Cronología

*De la «Primavera de Praga»,  
enero, hasta agosto de 1968*

- 5 enero: Novotny es sustituido por Dubcek como secretario del Partido Comunista checo.
- 29/30 enero: Dubcek discute en Moscú cuestiones acerca de las relaciones mutuas Checoslovaquia-URSS y del bloque internacional del movimiento comunista.
- 10/13 febrero: Conversaciones checoslovaco-rumanas en Bucarest.
- 22 febrero: Conferencia en la cumbre de los partidos comunistas con motivo del 20 aniversario del aplastamiento de todas las fuerzas antileninistas en Checoslovaquia.
- 25 febrero: El teniente general Sejna, dirigente político del Ejército, huye a Occidente.
- 4 marzo: El Comité Central del partido comunista checoslovaco destituye al jefe del departamento ideológico del Comité, Jiri Hendrych; decide suprimir la censura y permitir la entrada y las relaciones con corresponsales no comunistas de la prensa extranjera.
- 14 marzo: El Consejo Nacional Eslovaco pide en Pressburgo la transformación de la República Socialista de Checoslovaquia en una federación. Se suicida el viceseministro de Defensa.

- 15 marzo: Son relevados el ministro del Interior y el Fiscal General.
- 18 marzo: El órgano central del partido comunista checoslovaco pide la dimisión de Antonin Novotny como presidente del Estado.
- 20 marzo: Movimientos de tropas soviéticas en la frontera oriental de Checoslovaquia.
- 22 marzo: Novotny dimite como presidente del Estado. Es aceptada su dimisión «por motivos de salud». Unos 50 funcionarios dirigentes dimiten en estos días. Es sustituido por Svoboda.
- 23 marzo: De modo sorprendente, Dubcek toma parte en la deliberación no anunciada de los representantes de estados socialistas europeos (excepto Rumania) que se celebra en Dresde sobre cuestiones económicas y políticas.
- 27 marzo: El gobierno de Checoslovaquia se queja oficialmente al gobierno de la República Democrática Alemana por las críticas del secretario del Comité Central de la SED, Hager, sobre la evolución en Checoslovaquia.
- 28 marzo: Suicidio del vicepresidente del Tribunal Supremo, que preparaba las rehabilitaciones.
- 30 marzo: La Asamblea Nacional, el más alto órgano del poder del Estado y cuerpo legislador, elige en la primera votación secreta celebrada desde 1948 al ex ministro de Defensa (1945-1950) y «héroe de la Unión Soviética», general Ludwik Svoboda, presidente del Estado.
- 1 abril: 2.500 antiguos presos políticos del «período del dogmatismo» fundan en Praga el «Club 231».
- 4 abril: En una sesión plenaria del Comité Central del partido comunista checoslovaco se cambia por primera vez, en votación secreta, la composición del presidium del partido y la secretaría.
- 5 abril: Dubcek revela su «Programa de acción».
- 6 abril: El gobierno Lenart dimite por recomendación del Comité Central del partido comunista checoslovaco.
- 8 abril: Presta juramento el nuevo gabinete Cernik.
- 18 abril: La Asamblea Nacional elige, por votación secreta nuevo presidente al rehabilitado comunista Smrkovsky.
- 25/29 abril: Rehabilitación de numerosos ex funcionarios y científicos, entre otros el secretario general del partido comunista checoslovaco hasta 1951, Rudolf Slansky (ejecutado en 1952).

La agencia Tass juzga duramente las revelaciones de Praga sobre la responsabilidad de la URSS en los antiguos procesos espectaculares, en las liquidaciones y en el asunto Masaryk (muerte no aclarada del ministro del Exterior después del adueñamiento del poder por los comunistas en marzo de 1948).

Las KPdSU, SED y los partidos comunistas y obreros de Polonia, Hungría y Bulgaria se reúnen en Moscú.

Se pide públicamente la continuación del partido socialdemócrata en Checoslovaquia. El ministro del Exterior de la República Federal de Alemania, Brandt, comunica en Bonn al gabinete que, según informes secretos, la URSS quería estacionar en lo sucesivo una división en Checoslovaquia.

El Comité Central del partido comunista checoslovaco priva a Novotny y a otros funcionarios de su condición de miembros del partido y convoca el próximo congreso del partido para el 9 de septiembre de 1968. Debe elegir un nuevo Comité Central.

Unidades del Ejército Rojo penetran en Checoslovaquia en maniobras.

Las «maniobras de Estado Mayor» del Pacto de Varsovia, al mando del mariscal soviético Yakubovski, empiezan en Bohemia occidental con numerosas unidades de acompañamiento.

La censura de prensa es suprimida en Checoslovaquia por la ley.

El manifiesto de las «2.000 Palabras» es publicado en el periódico sindical y otros periódicos regionales. (Pueden ver traducción española en: SOLER ROIG, *Checoslovaquia*, ed. Anfora, Barcelona 1968, pp. 275 y ss.).

El presidium del Comité Central del partido comunista checoslovaco condena unánimemente la publicación de las «2.000 Palabras».

El funcionario máximo del Comité Central del partido comunista de la Unión Soviética, Breznev, subraya la importancia de la compenetración y unidad del bloque socialista.

El periódico moscovita *Pravda* condena duramente el manifiesto de las «2.000 Palabras».

En la conferencia Cumbre del Pacto de Varsovia de representantes del partido y del gobierno de la URSS, República Democrática Alemana, Polonia,

Hungría y Bulgaria se redacta una carta al Comité Central del partido comunista checoslovaco con una tesis: los fundamentos del socialismo en la república socialista de Checoslovaquia están amenazados por la contrarrevolución.

- 18 julio: El presidium del Comité Central del partido comunista checoslovaco contesta a la carta de Varsovia.
- 19 julio: El mariscal soviético Yakubovski sale de Checoslovaquia. Empiezan en el oeste de la URSS las mayores maniobras desde 1945, que más tarde se extienden a los Estados vecinos. El periódico *Pravda* informa sobre hallazgos de armas en Bohemia, que estarían destinadas a tropas de agentes.
- 29 julio - 1 agosto: El Politburó del Comité Central del partido comunista de la Unión Soviética y el presidium del Comité Central del partido comunista checoslovaco deliberan en Cierna y Tisou. Según el comunicado se acuerda en un «amplio cambio de impresiones de camaradería... en una atmósfera abierta llena de sinceridad y mutua comprensión, un encuentro multilateral de camaradas» para el 3 de agosto en Bratislava.
- 3 agosto: Conferencia en Bratislava de los remitentes de la carta de Varsovia con los dirigentes del partido comunista checoslovaco y del gobierno de la República Socialista de Checoslovaquia. Se da el siguiente comunicado: «... Sobre la base de experiencias históricas, los partidos hermanos se han convencido de que el camino del socialismo y del comunismo sólo se puede promover si se refuerza la legislación general en pro de la estructura de la sociedad socialista y consiguientemente se atiende, y en primera línea, al papel rector de la clase trabajadora y de sus guardianes: los partidos comunistas... La inquebrantable fidelidad al marxismo-leninismo, la educación de las masas populares en el espíritu de las ideas del socialismo y del internacionalismo proletario, la lucha irreconciliable contra la ideología burguesa, contra todas las fuerzas antisocialistas, ese es el camino para el éxito con el reforzamiento de las posiciones del socialismo y con la repulsa de los manejos del imperialismo...»
- 4 agosto: En un discurso radiado y televisado sobre las conversaciones multilaterales, explica Dubcek. Declaro con toda franqueza... que no hay motivos justificados para temer por nuestra soberanía... que excepto el documento que ha sido publicado no se han tomado otras decisiones...»

El máximo funcionario del partido comunista yugoslavo, mariscal Tito, visita Praga. La población le recibe entusiasmada.

El periódico *Pravda* renueva y endurece la campaña contra la política en Checoslovaquia.

El máximo funcionario de la SED, Ulbricht, conferencia en Karlsbad con Dubcek. Ulbricht declara públicamente, aludiendo al comunicado de Pressburgo: «La cuestión principal... es la formación de una conciencia socialista en el sentido del marxismo-leninismo.»

El funcionario máximo del partido comunista rumano visita Checoslovaquia; tratado de amistad Checoslovaquia-Rumania.

Ataques al general Prchlik en Checoslovaquia. La prensa soviética pide del mando del partido comunista checoslovaco el cumplimiento de los acuerdos de Pressburgo, especialmente en el terreno de los medios de información.

Se anuncian maniobras de las tropas checoslovacas para el 21-22 agosto en Bohemia occidental.

Sesión extraordinaria del Comité Central del partido comunista soviético en Moscú. Se declaran terminadas las maniobras en la frontera occidental de la URSS. A las 21,30 horas comienzo de la invasión militar en la República Socialista de Checoslovaquia.